



ABRIR PARTE II

PARTE III

MAYORES Y ACTIVIDAD/ES
EN EL ENTORNO DE LA JUBILACIÓN Y EL ENVEJECIMIENTO:

UNA INVESTIGACIÓN PSICOSOCIOLÓGICA

6. ESTRATEGIA METODOLOGICA

En este capítulo se describe el procedimiento de investigación, desde el primer interrogante planteado hasta la redacción final, pasando por exponer el método, técnicas, observaciones, cronograma y otros puntos claves. Se explicita el cómo y porqué de la estrategia metodológica seguida (técnicas y justificación), cómo y dónde (criterios, lugares, contextos), con quién (participantes), qué y para qué (análisis de discursos) se ha llevado a cabo la investigación.

El método seguido en este estudio es de carácter cualitativo, aunque también se han consultado y analizado los datos secundarios y estudios cuantitativos a los que se irá aludiendo. De entrada, hemos de señalar que se busca la relevancia y significatividad social más que la generalidad o representatividad estadística. Es decir, no se persigue la representación derivada de la aplicación de métodos de muestreo probabilístico, sino que se trata de descubrir y abarcar la gama más amplia de discursos y actitudes de la gente mayor en relación a la actividad y sus concomitantes. No interesa tanto la distribución numérica de los casos como que la información recabada de distintas maneras sea relevante, contrastable y profunda.

En nuestro caso hemos querido asirnos a la metáfora de la *construcción de un edificio*. Por tanto, partimos del diseño-*plano* de investigación-*construcción*, sobre la base de unas *herramientas y materiales* (técnicas) preparados para ir construyendo, *planta a planta*, fase a fase, el *edificio*-investigación. Todo ello es imposible sin el *equipo constructor* (los participantes del estudio) que es imprescindible en este estudio. La investigación es pues, un proceso, un *viaje* o una *construcción* siempre inconclusos. A pesar de las dificultades que se presentan (véase en anexo, "Observaciones y *anécdotas* de investigación"), seguimos el método cualitativo porque consideramos el *camino* adecuado para llegar a una mayor profundización sobre el significado, valores, actitudes de los mayores hacia la actividad en el periodo "postlaboral" y en la última etapa vital. Nuestro objeto y fines se enmarcan en el mismo supuesto básico del método cualitativo que parte de la idea de que el mundo social está construido con significados y símbolos, lo cual implica, pues, la búsqueda de esta construcción y significados.

6.1. LOS CIMIENTOS

Tenemos que empezar subrayando que los inicios de este estudio se hallan en aquellas primeras preguntas que nos planteábamos cuando se estaba acotando el tema de investigación de la tesis. El interés y preocupación iniciales por el tema de envejecimiento y mayores no puede ubicarse en fecha exacta, pues fue despertando poco a poco¹. El interés personal inicial empezó a adquirir un carácter más "profesional" y "académico" durante los cursos de doctorado². Los distintos momentos y diversos apoyos de personas ya han sido mencionados en

¹ Para tener una idea más clara del curso que ha seguido el estudio es preciso remontarnos a los primeros momentos de su gestación (véase "Agradecimientos"). Para ver gráficamente la evolución de la misma obsérvese el cronograma (en anexo) con las tareas según el mes, año e intensidad de realización.

² Los trabajos fueron encaminados hacia el tema de mayores o de género, principalmente. Por ejemplo, sobre mayores realicé trabajos para las asignaturas "Envejecimiento y sociedad. Políticas de la vejez", prof. Máximo Díaz (trabajo: *Una aproximación a la jubilación: situación actual y autopercepción de los/as jubilados/as*) y la asignatura "Intervención Psicosocial en Servicios Sociales Comunitarios", prof. F. Chacón (trabajo: *Imágenes de los servicios sociales destinados a los mayores: una aproximación a través de la prensa*). Otros trabajos pivotan en torno al *análisis discursivo y/o a la perspectiva de género* que son centrales en esta tesis.

el “capítulo de agradecimientos”. Esta “red de apoyo”, todas las experiencias -profesionales y personales- y los hechos que se van sucediendo marcaron una primera etapa exploratoria (documental y de análisis previo de fuentes de información) sobre la que se asienta el tema, diseño y puntos más relevantes de la tesis. El principio fue una búsqueda bibliográfica general respecto al tema del envejecimiento y personas mayores. Esta fase se extiende hasta la redacción final del estudio, pues se han realizado continuas consultas bibliográficas hasta el día de hoy. Para ello, se ha recurrido a diferentes fuentes y bases de datos. Las principales **fuentes consultadas** han sido:

- Información obtenida a través de **internet**: páginas web de organismos del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (IMSERSO, INSS, INEM, etc.), del CIS, del INE, páginas web de organizaciones y Fundaciones de mayores o relacionados con mayores, etc.
- Censo de Población, Padrón³, INE.
- INSS: Boletín de Estadíst. Laborales, Anuario Estadístico, Evolución Mensual de las Pensiones, 1998 y 1999.
- Estudios del CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas)⁴.
- Encuesta de Población Activa, INEM.
- Resultados encuestas CIRES (Centro de Investigación sobre la Realidad Social)⁵
- Artículos de revistas especializadas (véase bibliografía)⁶ y otras revistas o boletines⁷.
- Artículos de prensa (El País, ABC, EL Mundo, etc.), principalmente.

Para la consulta de estas fuentes, y demás información bibliográfica y documental, se han visitado diversos **lugares claves** (bibliotecas, centros documentales) y se ha hablado con informantes que nos han aportado información relevante. Además, otros espacios han sido visitados para el contacto directo con las personas mayores u otros profesionales relacionados con las mismas (véase los distintos puntos en el epígrafe 6.2.1.). También, se han visitado y consultado otros lugares no sólo para la obtención de información “escrita y publicada” sino para otro tipo de información oral y/o de temas colindantes. Estos han sido:

- Servicio de Estudios del IMSERSO.
- Estudios, departamentos e investigadores de distintas universidades: UCM, Universidad Carlos III de Madrid, Alcalá de Henares.
- Estudios y profesionales del CSIC.
- Ayuntamiento y Concejalía de Sanidad y Servicios Sociales de Cocentaina (Alicante).
- Concejalía de Tercera Edad y Centro de Servicios Sociales, Ayuntamiento de Alcoy (Alicante).
- Concejalía de Tercera Edad, Infancia y Mujer, Ayuntamiento de Leganés (Madrid).
- Servicios Sociales de Alcobendas (Madrid).

³ Hubiesemos podido contar con datos del Padrón de 1996 recientemente publicado (1998) en algunas CC.AA., para así tener datos más recientes que los del Censo de 1991. Pero debido a tres motivos, no utilizamos dicha fuente: 1) no se dispone de datos que nos interesan respecto a los jubilados (condición socio-económica anterior, p.e.), 2) pocas CC.AA. tienen disponibles y publicados datos pertinentes a nuestro estudio, 3) La accesibilidad a los existentes era dificultosa. Aunque aludiremos en algún caso al Padrón de 1996 nos centraremos en otras fuentes que se citan en este apartado y en las notas a pie de tabla.

⁴ Véase el apartado 4.2.1. sobre “Métodos y técnicas cuantitativos...”

⁵ ídem nota al pie anterior.

⁶ Las revistas que se citan a continuación siguen publicándose (a fecha 1996), por ejemplo destacamos, 1) **Revistas españolas**: *Revista Española de Geriátría y Gerontología*, *Revista de Gerontología*, *Gerpress*, *Sesenta y más*, *Geriatrika*, principalmente. 2) **Revistas extranjeras**: *Giornale di Gerontologia*, *Psychology and Aging*, *Activities, Adaptation and Aging*, *Age and Ageing*, *Ageing and Society*, *Bulletin du Vieillessement*, *Eurolink Age*, *Eurlag Newsletter*, *Gerontologie*, *Gerontologie et Société*, *The Gerontologist*, *Gerontology*, *The International Journal of Aging and Human Development*, *Journal of Gerontological Social Work*, *Research on Aging*, principalmente (véase Bibliografía).

⁷ Se trata, por ejemplo, de la revista *Júbilo* de edición mensual reciente (desde enero 1999), o de revistas-boletines editadas por organizaciones de/para mayores (UDP, Cáritas, p.e.).

- C.S.S.B.: Centro de Servicios Sociales de Base, Usera-Almendrales, Cáritas Madrid.
- Centro de Servicios Sociales Hospital de San José, Getafe (Madrid).
- Federación Regional de Pensionistas y Jubilados de CCOO (Madrid).
- ABUMAR (Abuelos/as en marcha, asociación), Madrid.
- UDP (Castilla-La Mancha y Madrid)
- SECOT (Madrid).
- Cáritas Española, Cruz Roja, en Madrid (responsables de los programas de mayores).
- Residencia Asistida de Tercera Edad "Mariola", dependiente de la Generalitat, Alcoy (Alicante).
- Hogares y otros espacios de/para mayores

Hemos de puntualizar que la voluntad de consultar y abarcar la máxima información en castellano y otros idiomas del territorio español (en inglés y francés aún es más abundante la documentación) nos ha llevado mucho tiempo, y aún así resultaría pretencioso decir que se ha consultado "toda" la información. Por ejemplo, no olvidemos que sólo en España, y aunque se trata de un fenómeno recientemente estudiado, existe una desbordable información, creciendo a un ritmo imparable en los últimos años, para la cual precisaríamos de más tiempo.

6.2. DISEÑO-PLANO DE INVESTIGACIÓN-CONSTRUCCIÓN y TRABAJO DE CAMPO

En este apartado tratamos las técnicas aplicadas, el diseño-*plan* definitivo aplicado en la fase empírica y el trabajo de campo, los criterios de selección de los informantes, los distintos contextos y el guión. De forma genérica, el diseño es el plan general que marca las pautas que sigue, o debería seguir, cualquier investigación. Según Ander Egg (1990:153), *diseño es el esbozo, esquema, prototipo o modelo que indica el conjunto de decisiones, pasos y actividades a realizar para guiar el curso de la investigación*. Los distintos tipos de diseños y otros puntos relacionados con las técnicas y métodos de investigación social vienen ocupando el centro de las reflexiones de diversos autores e importantes metodólogos, algunos ya citados⁸.

El diseño de investigación cualitativa no se somete a criterios de validez clásicos en base a los supuestos de Campbell y colaboradores (1966) aplicados a los estudios cuantitativos. No obstante, ello no implica, ni mucho menos, que la investigación cualitativa carezca de validez, rigor y fiabilidad. Para aclarar estas dudas, siguiendo a Valles (1997:76 y ss.), recordemos que el trabajo cualitativo tiene un estilo propio, pero tal como dicen Ruiz Olabuénaga e Ispizúa (1989:61), la investigación con técnicas cualitativas está sometida a un proceso de desarrollo similar a una investigación cuantitativa, que deberá cumplir las siguientes fases: Definición del Problema, Diseño de Trabajo⁹, Recogida de Datos, Análisis de los datos, Validación e Informe. O tal como dice Morse (1994), las fases son: fase de reflexión, fase de planeamiento, fase de entrada, fase de recogida productiva y análisis preliminar, fase de salida del campo, análisis intenso, fase de escritura (en Valles, 1997:79).

Si se plantea esta cuestión desde la evaluación de una investigación cualitativa deberíamos tener en cuenta que "no todo vale" sino que hay que seguir unos criterios

⁸ Por ejemplo, Duverger (1975), Bugeda (1974), Torregrosa (1974), Ander Egg (1990), Festinger y Katz (1991), Hammersley y Atkinson (1994), Ibáñez (1989), Sierra Bravo (1983), Grawitz (1975), Morales (1981), García Ferrando, Ibáñez y Alvira (1989), Campbell y Stanley (1966), Pons (1993), Denzin y Lincoln (1994), Ruiz Olabuénaga e Ispizúa (1989), Maestre Alfonso (1990), Yin (1989), Clemente (1992), Valles (1997), entre otros.

⁹ Los tipos de diseño podrán ser "emergentes" o "proyectados". Este último es el que suele aplicarse porque es el que está más estructurado. Para conocer con profundidad cada uno de los pasos y elementos de diseño de una investigación cualitativa, condiciones básicas del investigador (...) véase la aportación didáctica y clara (mediante cuadros, ejemplos, etc.) de Valles (1997, pp. 74-105) y otros expertos citados anteriormente.

determinados¹⁰. Evidentemente para alcanzar todo ello se aplicarán técnicas distintas (que más adelante tratamos). El primer paso a tener en cuenta en todo proceso es la “formulación del problema” que suele elaborarse en base a la pregunta o idea inicial planteada (véanse, en la introducción, los interrogantes diversos que fueron el detonante de esta investigación). Una vez formulado el problema en preguntas de investigación, se buscan las perspectivas teóricas y marco conceptual que orientará la recogida de información. Todo ello ayuda a decidir qué aspectos del problema se van a enfocar (es inmanejable tratar todos) y con qué métodos; es decir, siguiendo a Valles (1997:86), se debe conjugar la amplitud (sin pretender abarcar todo) con la focalización (sin excluir la exploración y el descubrimiento a lo largo del estudio).

Un paso posterior es tomar las “decisiones de muestreo” que sin tratarse de un muestreo “estadístico” al estilo cuantitativo también deberá cumplir unos criterios, que son, entre otros: ser casos relevantes al problema, heterogéneos y accesibles (suele denominarse “muestreo reflexivo o tipológico”)¹¹. En fin, no se trata de perseguir una representación estadística, ni hacer inferencias estadísticas, sino que “*la preocupación es por las condiciones bajo las cuales el constructo o la teoría opera, no por generalización de los resultados o contextos*” (Miles y Humberman, 1994: 27-29, en Valles, 1997:94). Es relevante destacar algunos tipos de estrategias más empleados en los estudios cualitativos: *estrategia de la investigación documental* o uso de documentación (escrita o no; es el mínimo obligado en toda investigación que se precie); *estrategia del estudio de caso(s)* (observación participante, método biográfico, p.e.); *estrategia de triangulación* (en la que se da una combinación de técnicas y estrategias).

6.2.1. Técnicas aplicadas: Entrevistas en Profundidad y Grupos de Discusión

En nuestro estudio se ha seguido la “estrategia de triangulación” mencionada. Las técnicas aplicadas -obviando la documentación-, han sido las entrevistas en profundidad, los grupos de discusión y la observación.

Dentro de las técnicas narrativas de conversación y narración están las **ENTREVISTAS EN PROFUNDIDAD** semiestructuradas que se aplican en esta ocasión. La entrevista es una forma de *diálogo social* al mismo tiempo que la conversación (en este caso la producida por la entrevista) constituye la unidad mínima de interacción social (Alonso, 1994). Tal como señala Alonso (1994:237-238), la entrevista abierta es un proceso de interacción específico y parcialmente controlado en el que el interlocutor “informante” construye arquetípicamente una imagen de su personalidad, escogiendo una serie de materiales biográficos y proyectivos de cara a su representación social; su identidad se construye sobre este proceso dialógico y conversacional¹².

¹⁰Estos criterios de calidad y rigurosidad son:

- 1) Confiabilidad o credibilidad (validez interna en los métodos cuantitativos, veracidad). Se refiere al uso adecuado y suficiente de los recursos técnicos.
- 2) Transferibilidad o autenticidad (validez externa, generalización), lograda a través de la “selección” y “muestreo estratégico” adecuado.
- 3) Coherencia, dependibilidad o consistencia (fiabilidad).
- 4) Criterios éticos de privacidad, confidencialidad y consentimiento en relación a la defensa de las personas-sujetos.

¹¹ Otro criterio es el de “saturación” o redundancia, cuando se observa que los datos se repiten; o el criterio de “excelencia”. Ruiz Olabuénaga e Ispizúa (1989) desarrollan éste y otros criterios a seguir en la selección. Concretamente, Bazo (1992) sigue el criterio de “excelencia” para seleccionar a los sujetos mayores de 65 años en su investigación cualitativa *La ancianidad del futuro*.

¹² Varios autores son los que tratan esta técnica: Benney y Hughes (1956), Bradburn y Sudman

Optamos por considerar a los mayores como protagonistas o “narradores activos”; nosotros somos “narradores-observadores”, más pasivos. Concretamente, en la preparación de las entrevistas¹³ habrá que considerar varios aspectos: la selección de los entrevistados más capaces y dispuestos a dar información relevante; la elección del tiempo y lugar más apropiado (...) (ibidem, Valles, 1997:192). En definitiva, siguiendo a Alonso (1994:229), *“la entrevista en profundidad es... un constructo comunicativo y no un simple registro de discursos que hablan del sujeto. Los discursos no son así preexistentes de una manera absoluta a la operación de toma que sería la entrevista, sino que constituyen un marco social de la situación de entrevista. El discurso aparece, pues, como respuesta a una interrogación difundida en una situación dual y conversacional, con su presencia y participación, cada uno de los interlocutores (entrevistador y entrevistado) co-construye en cada instante ese discurso (...) Cada investigador realiza una entrevista diferente según su cultura, sensibilidad y conocimiento particular del tema y, lo que es más importante, según sea el contexto espacial, temporal o social en el que se está llevando a cabo”*.

A pesar de las críticas a este tipo de entrevista¹⁴ la aceptación y ventajas de la misma se presentan hoy de forma clara. Las ventajas pueden ser las siguientes: riqueza informativa (intensiva, holística, contextualizada, personalizada), posibilidad de indagación y clarificación, flexibilidad, economía, accesibilidad a información difícil de observar, intimidad y comodidad. Sin embargo, las limitaciones también son diversas: problemas de reactividad, falta o exceso de *rapport* o sintonía, fiabilidad, validez, entre otras (Valles, 1997:195-198). En fin, sobre los usos, diseño, campo y análisis de las mismas pueden consultarse distintas obras ya citadas al principio de este epígrafe¹⁵. Para finalizar, y siguiendo a varios autores (Ruiz Olabuénaga e Ispizua, 1989; Sierra Bravo, 1985) podemos aclarar que la entrevista constituye un encuentro cara a cara entre el investigador y los informantes, encuentros éstos dirigidos hacia la comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto a sus vidas, experiencias o situaciones tal como las expresan. Las entrevistas en profundidad intentan seguir el modelo de una conversación entre iguales y no el intercambio formal de preguntas y respuestas. El investigador trata de avanzar lentamente, intentando lograr el “*rapport*” o sintonía con los entrevistados. Pero estas observaciones y la existencia de unas normas, pasos, “consejos” a seguir tampoco implica que existan criterios rígidos que uno no puede saltarse sino que, en la línea de lo que defiende Wright Mills de aplicar “*imaginación sociológica*” a nuestras investigaciones, hay que procurar ser como “artesanos” con todo lo que ello supone de dosis de creatividad, iniciativa y libertad (aportando nuestras ideas y tácticas) pero también de seriedad, precisión, rigor y formalidad, que nos son más que los criterios mínimos que debe cumplir toda

(1981), Ortí (en García Ferrando, Ibáñez y Alvira, 1989), Sierra Bravo (1983), Ruiz Olabuénaga e Ispizúa (1989), Alonso (en Delgado y Gutiérrez, 1994), Fraser (1990), Gorden (1975), Taylor y Bogdan (1992), Walker (1985), Silverman (1985, 1993), Valles (1992, 1997), Clemente (1992), Weiss (1994), principalmente

¹³ De los distintos tipos de entrevistas profesionales que hay (entrevista de asesoramiento, de selección, de promoción, médica, etc.) aquí aplicamos, obviamente, la entrevista de investigación. También entre los múltiples términos que se utilizan para la misma el más usual suele ser el de “entrevista en profundidad”. Otros términos son: entrevista intensiva (Brenner, 1985), entrevista individual abierta semidirectiva (Ortí, 1986), entrevista larga (McCracken, 1988), entre otros (Valles, 1997:189).

¹⁴ Recordemos, por ejemplo, que la entrevista era vista como algo que “resulta interesante como auxiliar para la exploración de los datos de la investigación (Schuman y Goldsen, 1958), pero no puede considerarse como un producto típico de la investigación científica” (Scheuch, 1973) (en Reyes, 1988:333), aún en la actualidad se presentan muchas objeciones a la técnica, pero esto parece estar superándose y es aceptada claramente como técnica de investigación que puede ofrecer grandes posibilidades.

¹⁵ Para “notas prácticas”, criterios de selección y otros problemas que plantean las entrevistas pueden verse Ruiz Olabuénaga e Ispizúa (1989), Gorden 1975 (en Valles, 1997:212), Glaser y Strauss (1967:61, en Valles, 1997:214-215), Delgado y Gutiérrez (1994), p.e. o el anexo sobre “observaciones metodológicas...”.

investigación para ser considerada como científica.

Hemos de decir que tanto antes como después de este periodo se aplicaron algunas entrevistas igualmente importantes para la fase empírica. Las entrevistas previas¹⁶, fuera del periodo central de aplicación, nos sirvieron para “probar” el guión, asegurarnos de que no olvidábamos ningún tema relevante en la consecución de nuestros objetivos, y sobre todo, para contrastar la información con el croquis o boceto inicial del diseño que habíamos perfilado.

En relación a los **GRUPOS DE DISCUSIÓN**¹⁷, hemos de mencionar los diferentes usos y tipos¹⁸ que caracterizan a esta técnica (investigación básica, evaluación de programas, investigación orientada al cambio, investigación de mercados, investigación-acción, etc.), observamos la pertinencia de aplicar Grupos de Discusión para nuestros objetivos de profundizar sobre los significados de la actividad desde el envejecimiento y la jubilación. Ahora, eso sí, esta técnica se ha acompañado (siguiendo el ejemplo de otros estudios) de otras técnicas: consulta de datos secundarios, ent. en profundidad, análisis documental y observación.

Las ventajas, descritas por los expertos, frente a otras técnicas son: facilidad, abaratamiento, rapidez, flexibilidad, interacción grupal, entre otras. De todas maneras, los metodólogos señalan que no siempre éstas ventajas son ciertas y, por tanto, las limitaciones pueden ser: artificialidad, peligro de “deseabilidad” social de los participantes, generalización, sesgo, comparabilidad, validez y fiabilidad, principalmente. De todas maneras, pensamos, siguiendo a Canales y Peinado (1994:290-291) que el Grupo de Discusión es una técnica idónea para nuestro estudio y para la investigación sociológica general, y dice así, “*si el universo del sentido es grupal (social), parece obvio que la forma del grupo de discusión habrá de adaptarse mejor a él que la entrevista individual, por abierta (o ‘en profundidad’ que sea)... la reordenación del sentido social requiere que la interacción discursiva, comunicacional (...) cuando hablamos, nunca conseguimos restituir plenamente la unidad entre significante y significado... cuando hablamos siempre decimos más y algo distinto de lo que nos proponemos (...), re-producir y reordenar el sentido precisa del trabajo de grupo*” (Valles, 1997:305). En definitiva, parece que el grupo de discusión presenta aún más ventajas frente a otras técnicas cuantitativas o cualitativas, como la observación, la entrevista en grupo o el análisis de contenido (véase Canales y Peinado, 1994:287-316). En nuestro caso hemos intentado combinar todas ellas.

Tal como decíamos al hablar del diseño cualitativo, no se persigue la representatividad estadística sino la *representatividad tipológica*, socio-estructural, el desentrañar las estructuras

¹⁶ Estas entrevistas “previas” (algunas grabadas, otras fueron conversaciones más informales) fueron por ejemplo a: Luis Acebal (Subdirector de SECOT), Ignacio Martínez (sociólogo, UDP), conversaciones y consulta con profesores (de la UCM y de la U.Carlos III de Madrid), con la asistente social del Hogar “Oscar Romero” (...), personas mayores en general (familiares, amigos, vecinos) fueron la base de las posteriores entrevistas “formales” y los grupos de discusión posteriores.

¹⁷ Recordar que todos los que han estudiado el origen de esta técnica (Ibáñez, 1979; Morgan, 1988; Stewart & Shamdasani, 1990; Krueger, 1991), coinciden en centrar la primera referencia en la obra de Merton (1946) y Merton, Fiske y Kendall sobre *The Focused Interview* (1956). También coinciden en señalar la génesis en la investigación de mercados y no en la investigación social cuya aplicación fue posterior (Valles, 1997: 280-284).

¹⁸ El grupo de discusión es uno de los tipos de “entrevistas grupales”, entre los que podemos citar los siguientes: grupo nominal, técnica Delphi, *brainstorming* (tormenta de ideas), entrevistas grupales (de campo, naturales y formales) y grupos de discusión sin moderador. Para una información más completa de los tipos, características, origen, tácticas, etc., véase Ibáñez, 1979, 1985, 1989, 1991; Canales y Peinado, 1994 (en Delgado y Gutiérrez); Krueger, 1991; Morgan, 1988, 1993; Stewart y Shamdasani, 1990; Ortí, 1989 (en García, Ibáñez y Alvíra); Ruiz Olabuénaga e Ispizúa, 1989; Taylor y Bogdan, 1992; Delgado y Gutiérrez, 1994; Valles, 1997, entre otros.

de significado¹⁹. Se busca tener representadas en nuestro estudio determinadas relaciones sociales; en fin, que distintos “tipos” sociales “representen” una variante discursiva, combinando los criterios mencionados. Además, en todo grupo tendrá que producirse una interacción grupal adecuada para un posible intercambio comunicativo aceptable; por ejemplo, sería poco fructífero para nuestro estudio reunir a personas homogéneas en algún sentido (género, edad) pero incompatibles y demasiado heterogénea en otros (pensiones, estudios, estatus socio-económico). Tal como dicen Canales y Peinado (1994:299), todo grupo ha de “*combinar mínimos de heterogeneidad y de homogeneidad*. Mínimos de homogeneidad para mantener la simetría de la relación de los componentes del grupo. Mínimo de heterogeneidad, para asegurar la diferencia necesaria en todo proceso de habla... *un texto demasiado homogéneo produce un texto idiota*”. Se trata de evitar reunir partes “demasiado enfrentadas” o “demasiado iguales” y tener en cuenta los criterios elegidos.

Para la realización de los GD se seleccionaron y contactaron los/as miembros siguiendo las características y criterios comentados anteriormente. Además se han seguido otras pautas recomendadas por los metodólogos expertos en los procesos cualitativos²⁰. Hemos consultado algunos estudios que aplican este tipo de técnicas (no son muy abundantes, como se ha comprobado en el 4.2.2. sobre el método aplicado a la jubilación y al envejecimiento), pero hemos introducido nuestra forma de proceder y detalles particulares que creíamos pertinentes. He aquí unas de las ventajas de la metodología cualitativa ya comentada: la flexibilidad (que no es sinónimo de falta de rigurosidad) de adaptar las herramientas de investigación al objeto de estudio y no a la inversa. Por tanto, además de seguir cada una de las fases recomendadas no hemos dejado de considerar unas observaciones básicas que el pionero de esta técnica, J. Ibáñez (1986), propone: “*el grupo de discusión posee un tamaño deseable de 5 a 10 actantes*²¹; *la duración normal es de una a dos horas (una hora y media, lo óptimo)*; *en la composición del grupo se requiere: una combinación de homogeneidad y heterogeneidad de los actantes, y es conveniente que existan diferencias y/o contradicciones que permitan la interacción verbal*”, entre otras puntualizaciones.

Una vez preparado el guión, el material necesario y otros detalles imprescindibles en los GD (adecuación del local con condiciones ambientales mínimas, cintas, fichas, grabadora, otro material, etc.) pasamos a la contactación de los/as participantes de los GD. Tras la fase de la contactación de los/as miembros de los GD se procedía a la reunión y grabación del discurso de los/as convocados/as a las mismas²². En las reuniones (y también en las entrevistas, pero con algunas diferencias obvias) se procedía tal como se expone en el cuadro? del anexo1?

En cuanto a la **OBSERVACION**, hemos de puntualizar que además de los lugares visitados para la obtención de información “escrita y publicada” (ver 6.1.), se han visitado otros espacios de una manera más sistemática e intencionada en relación a nuestros “sujetos-

¹⁹ De forma general, la composición y número de grupos dependerá de dos criterios maestros en los que coinciden los expertos: *heterogeneidad* (reproducir las conversaciones-discursos más relevantes, característicos o pertinentes al objeto de estudio, aplicando el criterio de *saturación teórica o saturación estructural*) y *economía* (en relación al tiempo, presupuesto y otros recursos disponibles).

²⁰ Para conocer otras técnicas, papel del moderador (*preceptor*, en términos de Ibáñez), contactación, lugar de reunión, transcripción, tácticas, análisis, etc., véase con profundidad a los autores citados.

²¹ De 7 a 10 participantes según Krueger (1991) y de 8 a 12 según Stewart & Shamdasani (1990). Grupos de más de 12 personas, por ejemplo, no son recomendables por la tendencia a formar subgrupos. De 3-4 personas tampoco porque nos estaría proporcionando un abanico demasiado cerrado de información.

²² Para conocer los datos técnicos de la aplicación de cada uno de los GD, véanse las fichas técnicas y de control de cada uno de los GD en el Anexo 2, en CD. Si se quieren conocer los datos de cada uno de los/as componentes de los GD véanse las fichas grupales que también se acompañan en el Anexo 2, delante de la transcripción de cada GD.

protagonistas” de estudio. Siguiendo algunas directrices de la observación participante y no participante se han visitado (y hemos interactuado) los siguientes lugares de/para mayores. Veamos el largo *viaje* recorrido. Algunos de estos puntos visitados y/o acontecimientos vividos en torno al tema, que hemos ido anotando en nuestro “diario” de investigación, han sido:

- Asistencia III Congreso Nacional de Organizaciones de Mayores, 16-17 de Noviembre de 1997, Madrid²³.
- UDP (Unión Democrática de Pensionistas y Jubilados de España), Madrid.
- SECOT (Seniors Españoles para la Cooperación Técnica), Madrid.
- ABUMAR (Abuelos/as en Marcha)²⁴, Madrid.
- Centro Municipal de Mayores “*Monseñor Oscar Romero*” (Carabanchel, Madrid)
- Centro Municipal de Mayores “*Roger de Flor*” (Carabanchel, Madrid)
- Centro de Tercera Edad *Hospitalillo de San José*, Getafe (Madrid)²⁵
- Club de *Pensionistes y Jubilats* de Cocentaina (Alicante)
- Club de Ancianos de la Parroquia San Vicente de Paúl, Madrid.
- C.S.S.B. Centro de Servicios Sociales de Base, Cáritas Usera-Almendrales, Madrid.
- Servicios Sociales Municipales, Alcobendas (Madrid)
- Organización “Solidaridad Carlos III”²⁶.
- Lugares públicos: parques, calle, vecindario (conversaciones con mayores y observaciones)
- Entorno próximo: familiares, vecindario.
- Asistencia congresos, cursos

Pero lo que ha dado verdadero peso a esta fase aplicada de donde hemos obtenido información han sido las técnicas de entrevista en profundidad y Grupo de Discusión comentadas. Respecto a las **entrevistas a informantes cualificados/as** hemos considerado cuatro niveles de actuación-representación: nivel académico, administrativo-institucional, asistencial y organizacional. Véase el esquema 6.1. al final del epígrafe y el Cuadro 1 en anexo 1 para mejor comprensión y visualización de las características de los 18 entrevistados/as.

También podemos observar gráficamente el esquema 6.2. al final del epígrafe sobre las **entrevistas a mayores** (véase la distribución de los 20 mayores seleccionados). Y se han aplicado 10 **grupos de discusión**, con un total de participantes de 71 personas mayores (véase Esquema 6.3. al final del epígrafe para ver la distribución de los GD realizados). Para conocer los datos que finalmente se recogieron véanse las fichas completadas por cada uno de los 109 **participantes “directos”** de los que se tiene información grabada y transcrita (anexo 2, en CD) o la tabla 6.3. de la “muestra tipológica”.

²³ El congreso se celebró el primer día en el Instituto de Enseñanza Secundaria “Ramiro de Maeztu” (Serrano, 127) y el 2º día en el Palacio de Congresos, en Madrid. El congreso fue convocado por 24 organizaciones de mayores, al que se añade una alta participación y diversas actividades también por parte de otras entidades públicas y privadas.

²⁴ Esta asociación madrileña de mayores, de reciente creación (2 años), tiene como presidenta a D^a Marisa Viñes. Con esta presidenta, con Alicia Sandoval (abuela), y Chus Bocanegra (periodista revista “*Crece Feliz*”) estuve conversando y compartí un coloquio televisivo el día 27-IV-1999 (emitido al día siguiente) sobre “El papel de las abuelas en la incorporación de la mujer al mercado laboral”, en el programa *Empléate a Fondo* (TV2), que se emite de lunes a viernes de 9:30 a 10 h.

²⁵ Sólo en Getafe hay 9 Centros u Hogares municipales de Mayores, 1 Hogar Caja Madrid, 2 centros de día y otras asociaciones/agrupaciones de jubilados (Véase apartado “asociacionismo” en 9.7.),

²⁶ Esta organización se inscribe en los Servicios de Actividades culturales y deportivas de la Universidad Carlos III. Al solicitar su colaboración, responsables de dicha organización que gestiona actividades de voluntariado (entre otras) me informaron que el tema de mayores no es un tema atractivo ni demandado por los jóvenes voluntarios. Por ejemplo, tan sólo 2 de los voluntarios habían acudido a organizaciones relacionadas con mayores (uno a la Asociación san Vicente de Paúl y otro a Cruz Roja) (Mayo, 1998).

DISTRIBUCION DE LOS/AS EXPERTOS/AS ENTREVISTADOS/AS,
según hábitat y nivel de actuación/representación

*Eje socio-
espacial
(Hábitat)*

En zonas de
más de 500.001
habitantes

EE14. J. José López
Jiménez, Técnico Social
de Cáritas Española. Ex-
responsable programa de
mayores. Tesis sobre
vejez

EE15. M. Angel
Millán, Responsable
Programa de Mayores
de Cáritas Española.
Profesor Enseñanza
Secundaria

EE5. Pilar Rodríguez,
Jefa del Servicio de
Estudios del IMSERSO.
Investigación y artículos
mayores

EE1. M. Angeles Durán.
Catedrática de
Sociología. Profesora de
Investigación, CSIC.
Investigación mayores

EE2. J.M. López
Cepero, Profesor
Titular de Sociología,
Jubilado emérito,
UCM. Investigación

EE16. Luis Acebal, Sº
General de SECOT
(Seniors Españoles para
la Cooperación Técnica),
Madrid

EE17. Susana Gende,
psicóloga. Responsable
programa de mayores,
Cruz Roja Española
(Madrid)

EE6. Ezequiel Gracia,
Secretario General de la
Federación Regional
Pensionistas y Jubilados
de Madrid. CC.OO

EE3. Benjamín García
Sanz, Profesor Titular,
UCM. Director Master
envejecimiento rural.
Artículos, tesis mayores.

En zonas de
100.001 hasta
500.000
habitantes

EE18. Javier Álvarez, sociólogo,
Director de investigación y
Proyectos "Simple Lógica, S.L.". Asesor técnico UDP Castilla-La Mancha (Albacete)

EE10. Carmen Domínguez,
Trabajadora Social
(Responsable prog. de
mayores). Ayuntamiento de
Getafe (Madrid)

EE7. Libertad A.
Alonso. Concejala de
tercera edad, infancia y
mujer. Ayuntamiento de
Leganés (Madrid).

EE4. Gregorio Rodríguez
Cabrero, Catedrático
Sociología. Universidad
Alcalá de Henares.
Investigación mayores.

EE11. Rosa Moreno,
Animadora socio-cultural.
Responsable mayores.
Ayto. de Leganés (Madrid)

EE12. Rossana Costa,
Trabajadora Social.
Programa Ayuda a
domicilio y teleasistencia.
Ayto de Alcoy (Alicante)

EE8. Enriqueta Ferri,
Concejala de Tercera Edad.
Ayuntamiento de Alcoy
(Alicante)

EE13. Elia Rodríguez,
Trabajadora Social,
Ayuntamiento de
Cocentaina (Alicante)

EE9. Milagro Agulló Martí,
enfermera. Supervisora
Residencia Mariola
(Alcoy). Concejala de Salud
y Servicios sociales,
Cocentaina (Alicante)

En zonas hasta
100.000
habitantes

Nivel ONG's, Asociaciones
de para mayores

Nivel asistencial público

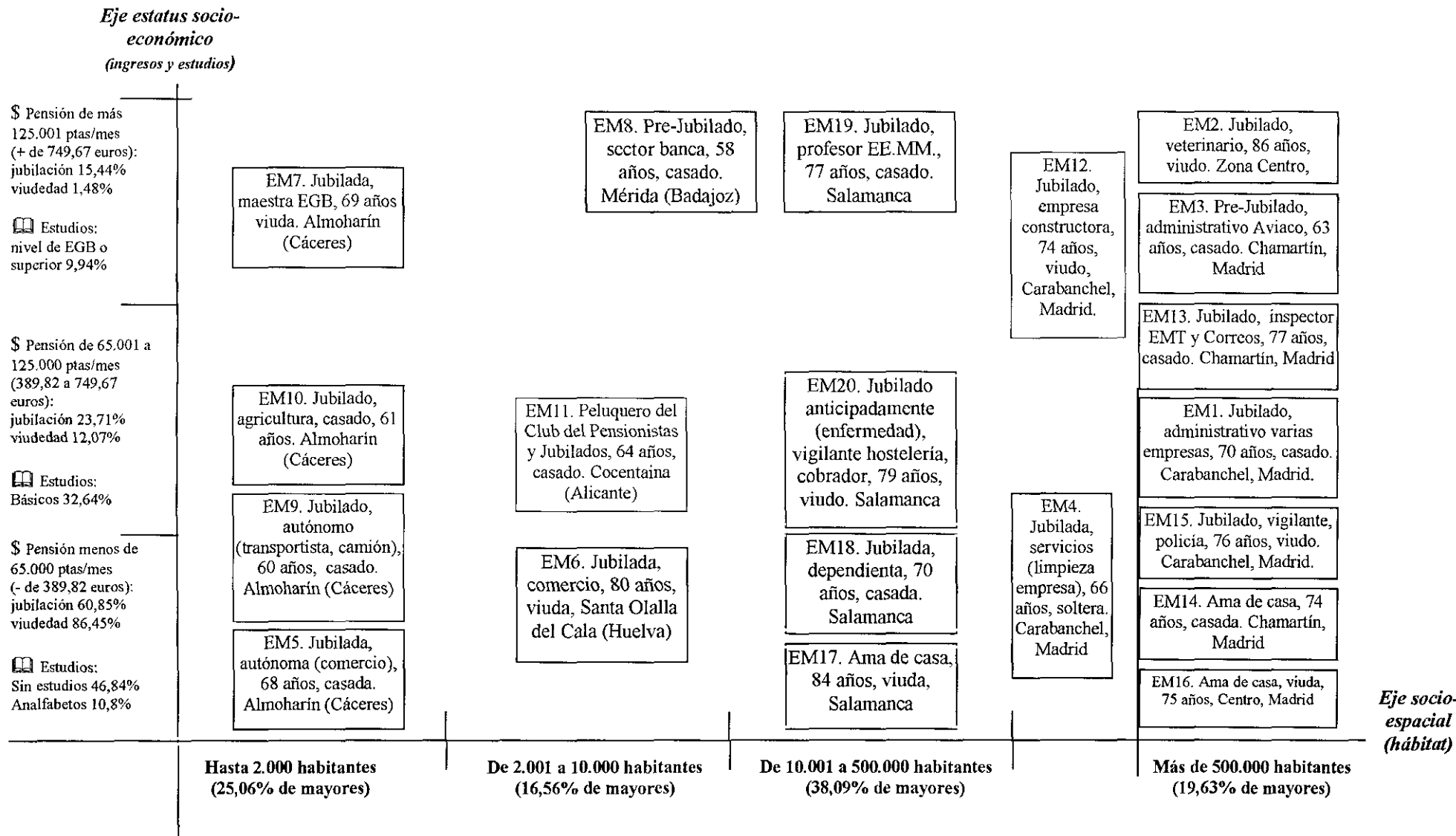
Nivel institucional:
administración, sindicatos

Nivel académico:
universidades, investigación

*Eje: Nivel de
actuación y
representación*

Esquema 6.2.

DISTRIBUCION DE LOS/AS ENTREVISTADOS/AS, según estatus socio-económico y hábitat



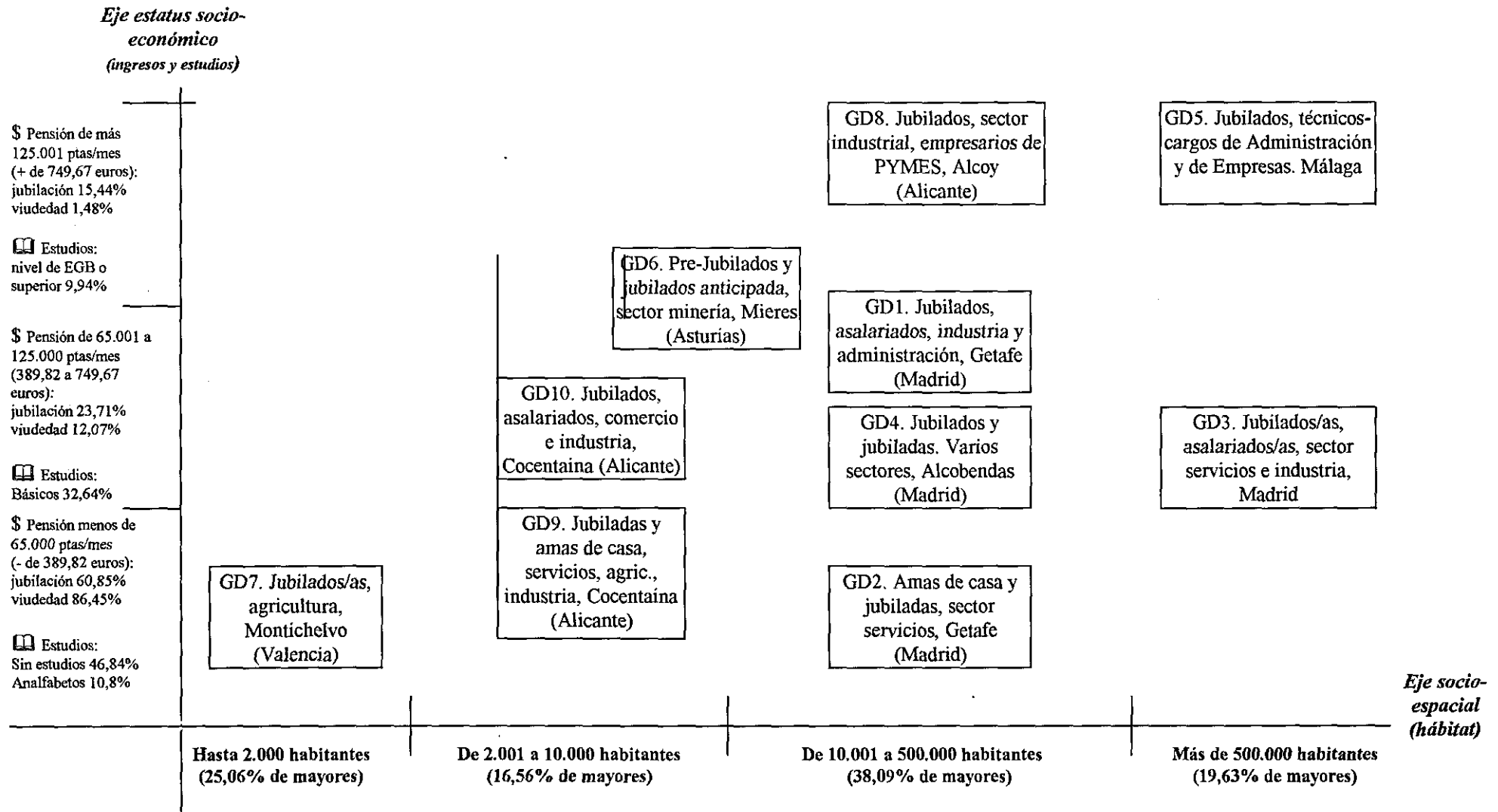
- \$ → El porcentaje se refiere a las personas jubiladas de todas las edades (el 99% de jubilados/as son mayores de 60 años) y su cuantía de la pensión (jubilación y viudedad). Se ha calculado en base a *Informe Estadístico 1997*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, INSS, 1998. Estos son los datos más recientes. El informe estadístico del INSS de 1998 está en elaboración. (1 euro = 166,74 ptas).

- Estudios → El porcentaje se refiere a las personas mayores de 65 años que han alcanzado el nivel de estudios señalado. Se ha calculado en base a datos del *Censo de Población de 1991. Tomo I, Resultados Nacionales*. INE, 1994, pág. 46.

- Hábitat → (rural, intermedio, urbano, megarbano): indica el porcentaje de mayores de 65 años distribuido según las zonas donde viven. También se ha calculado en base al Censo de 1991, pág. 51.

Esquema 6.3.

DISTRIBUCION DE LOS GRUPOS DE DISCUSION, según estatus socio-económico y hábitat



- \$ → El porcentaje se refiere a las personas jubiladas de todas las edades (el 99% de jubilados/as son mayores de 60 años) y su cuantía de la pensión (jubilación y viudedad). Se ha calculado en base a *Informe Estadístico 1997*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, INSS, 1998. Estos son los datos más recientes. El informe estadístico del INSS de 1998 está en elaboración. (1 euro = 166,74 ptas)

- Est → El porcentaje se refiere a las personas mayores de 65 años que han alcanzado el nivel de estudios señalado. Se ha calculado en base a datos del *Censo de Población de 1991. Tomo I, Resultados Nacionales*. INE, 1994, pág. 46.

- Hábitat → (rural, intermedio, urbano, megaurbano): indica el porcentaje de mayores de 65 años distribuido según las zonas donde viven. También se ha calculado en base al Censo de 1991, pág. 51.

Cuadro 6.3. DISTRIBUCION DE LA “MUESTRA TIPOLOGICA” DE LOS PARTICIPANTES DE ESTE ESTUDIO

GD o ENT.	EDAD				SEXO		NIVEL SOCIO- ECONOMICO ⁽¹⁾			ESTADO CIVIL				HÁBITAT				TOTAL
↓	65	65-74	75-84	85 y +	mujer	hombre	bajo	medio	alto	soltero/a	casado/a	viudo/a	S/D	rural	inter- medio	urbano	mega- urbano	
GD1	1	5				6	1	5?			6					6		6
GD2		4	1		5		5				1	4				5		5
GD3		3	3	1	3	4	4	3			4	3					7	7
GD4	2	3	3		3	5	3	4?	1?		5	3				8		8
GD5	1	6				7			7		7						7	7
GD6	5	1				6	1	5			6					6		6
GD7	1	3	2	1	4	3	7				4	3		7				7
GD8		7	2			9		3	6?		8	1			5	4		9
GD9	1	4	3		8		7	1		3	2	3			8			8
GD10	2	6				8	3	5?			8				8			8
Total GD:	13	42	14	2	23	48	31	25	14	3	51	17		7	21	29	14	71
Entrevistas mayores:	5	7	7	1	8	12	8	6	6	1	11	8		4	3	4	9	20
Total mayores:	18	49	21	3	31	60	39	31	20	4	62	25		11	24	33	23	91
ENTREVISTAS A EXPERTOS/AS:																		18
TOTAL “MUESTRA TIPOLOGICA” DE LOS PARTICIPANTES DIRECTOS:																		109

(1) Para el nivel socio-económico se tuvo en cuenta el nivel de ingresos (pensiones, principalmente), y el nivel de estudios: el interrogante indica la dificultad de clasificar a una persona mayor según el “estatus”, pues muchos mayores tienen unos ingresos medios pero unos estudios mínimos, p.e.. Además de los criterios enunciados en esta tabla se consideraron otros: profesión, nivel de salud (...) ya tratados anteriormente.

6.2.2. Criterios de selección y contextos

Siguiendo los supuestos generales citados se siguieron unos criterios determinados que orientaron la selección de participantes/informantes de este estudio. Los *criterios para seleccionar a los expertos* entrevistados fueron: distintos contextos (rural, intermedio, urbano), accesibilidad y predisposición del entrevistado; distintas profesiones y/o cargos; relación/experiencia con el tema de mayores; distintos ámbitos de representación-actuación que queríamos tratar: 1) Nivel académico (universidad, investigación), 2) Nivel institucional (administración, sindicatos), 3) Nivel asistencial público, 4) Nivel ONG's y asociaciones de/para mayores.

El *Criterio principal para los mayores* fue: los informantes tenían que ser personas mayores entre 65 y 85 años (criterio flexible por incluir pre-jubilados), de ambos sexos, que hubiesen trabajado bien de forma remunerada (jubilados/as, pre-jubilados) o bien de forma no remunerada (amas de casa), con autonomía física-psíquica y social, de distintos niveles socio-económicos, diferentes trayectorias laborales, diferente estado civil y distintos hábitats. A continuación, justificamos cada uno de los criterios.

1. Edad.

Este criterio es básico a la hora de seleccionar a los participantes. El intervalo de las personas seleccionadas abarca desde los 50 años hasta los 87 años, pero los seleccionados se concentran entre 65 y 75 años (edad modal: ??) que pueden definirse como “mayores jóvenes” o “adolescentes de la vejez”, según algunos autores. Hemos considerado este intervalo porque es adecuado y conveniente para la consecución de nuestros objetivos de conocer los significados del trabajo y la actividad respecto al pasado (a su trayectoria laboral, aún cercana) y en relación al presente. Su nivel de autonomía notable permite que sus actividades, más o menos pasivas, tengan un sentido diferente a las de los mayores de 80 años cuyos problemas y preocupaciones pueden ser ya bien diferentes en cuanto que su salud empieza a deteriorarse y resulta algo lejana la experiencia de la jubilación.

Este motivo no implica que los mayores de 80-85 años tengan, sin excepción, una mayor dependencia y actividades más pasivas, pero de forma general, suelen presentar situaciones, problemas y, por tanto, discursos diferentes a los mayores del intervalo 65-79 sobre el que pretendemos profundizar. El hecho de que apenas hayamos seleccionado a mayores de 80-85 años es porque se considera que estas personas serían objeto de otro estudio que analizara otro tipo de problemas que aquí no se plantean, por ejemplo, problemas de dependencia, salud, movilidad, necesidades asistenciales, mayor soledad, entre otros. Ello no indica que entre los “mayores jóvenes” no nos encontremos con personas ya dependientes y poco activas; y a la inversa, entre los mayores de 80 años podemos encontrar, cada vez más -y de hecho algunos de nuestro estudio lo son-, personas independientes, activas y sanas. Con todo ello justificamos la elección de informantes entre 65 y 80 años. Recordemos que no estamos “discriminando por la edad” a los mayores de nuestro estudio (sería contradictorio con la línea de esta tesis), sino que nuestros objetivos son limitados. El intervalo de edad será, pues, flexible teniendo en cuenta todo lo comentado y el hecho de las jubilaciones anticipadas-prejubilaciones. Todo ello hará que nos encontremos con algunos menores de 65 años (prejubilados y jubilados anticipadamente) y personas con más de 80 años que cumplen el resto de requisitos o criterios.

Se ha entrevistado a 18 menores de 65 años, 49 mayores entre 65-74 años, 21 entre 75-84 años y 3 mayores de 85 años (véase cuadro 6.3. “muestra tipológica” de los participantes).

2. *Sexo-Género.*

Esta categoría también es considerada fundamental en nuestro estudio para poder establecer comparaciones intergénero. Conviene recordar que según el INE (Censo de Población de 1991), de las 5.370.252 personas mayores de 65 años, el 58,87% son mujeres (3.161.996, en número absolutos) y el 41,12 son hombres (2.208.256). Además, conforme asciende la edad, el porcentaje de mujeres mayores aumenta (por ejemplo, el 71% de los mayores de 75 años son mujeres), lo cual es un claro indicador del fenómeno denominado “feminización de la vejez” que más adelante trataremos (véase también capítulo 2).

Se ha entrevistado a 31 mujeres y 60 hombres mayores. Hemos consultado a más hombres, porque son los que nos aportan mayor información sobre la vivencia de la jubilación. Pero, tal como hemos apostillado anteriormente, no queríamos que fuera un estudio androcéntrico (como la mayor parte) en el que se pierde la posibilidad de comparar intergénero. Por eso hemos considerado a un buen número de mujeres porque aunque son una minoría jubiladas (35,5% del total de mujeres, y 20,9% sobre el total de mayores inactivos/as), la perspectiva de género es un eje crucial de análisis en nuestro estudio.

3. *Situación de actividad-inactividad laboral actual*

Todos nuestros informantes (excepto los expertos, obviamente) son jubilados, jubiladas o amas de casa. Es decir, todos/as han trabajado bien de forma remunerada (por lo que perciben una pensión), bien de forma no remunerada (amas de casa o “sus labores”, según conceptos del INE), o ambas situaciones (amas de casa y trabajadoras fuera del hogar). Tengamos presente en todo momento que no todos los mayores son jubilados, ni todos los jubilados son mayores (véase capítulo 1). Pero, siguiendo datos del INSS, los jubilados se concentran en los mayores de 65 años (90% de los jubilados tienen más de 65) y el porcentaje es superior si tomamos a los mayores de 60 (el 99% de los jubilados ya han cumplido los 60) (véase capítulo 2).

Según datos del INE (Censo de 1991), de los 5.370.252 de mayores de 65 años, 5.239.999 (97,56%) son económicamente inactivos y 130.253 (2,42%) económicamente activos. Por tanto, en virtud de estos y otros datos se elegirán: *Hombres mayores jubilados*, *Mujeres mayores jubiladas*, *Amas de casa mayores* y *Pre-jubilados mayores de 50 años*.

Para seleccionar a los mayores de los tres primeros tipos citados nos hemos apoyado sobre los datos y tablas ya comentados en el capítulo 2. Para los “prejubilados mayores” hemos de decir que se seleccionan algunos prejubilados (en concreto participantes del GD6 de Mieres-Asturias-, del GD10, y 2 entrevistados, EM3, EM8), que nos pueden servir de contraste con los otros mayores y mujeres. Pero hemos de apuntar que esta situación junto con otras colindantes (paro de mayores, discriminación por la edad, jubilación anticipada, etc.) merece, por sí sola, ser objeto de otras investigaciones. En nuestro caso, alguno se jubiló (“le” jubilaron) de forma anticipada, pero son considerados en nuestro estudio como “jubilados/as” aunque tengan menos de 65 años. No se debe confundir ambos conceptos (prejubilados y jubilados anticipadamente) que suelen tomarse como sinónimos (ver capítulo 3).

4. *Trayectoria pasada: Situación profesional, profesión y rama de actividad*

Además de considerar la situación de actividad/inactividad actual de los mayores, es fundamental para nuestros objetivos conocer la trayectoria laboral pasada de la gente mayor a entrevistar. Pensamos que la situación profesional y la ocupación anterior son algunos de los factores más importantes que marcan, según nos indican casi todos los estudios consultados, la vivencia de la última etapa de la vida. Por ello, uno de los criterios principales en la selección ha sido su Situación profesional, Profesión y Rama de actividad anterior.

En cuanto a la *Situación profesional anterior* no olvidemos el desequilibrio intersexo existente al hablar de número de jubilados: si de todos los mayores de 65 años las mujeres rozan el 60%, sobre el total de jubilados/as (con pensión propia) sólo estamos hablando de un tercio de jubiladas frente a las dos terceras partes de jubilados varones.

En relación a la *Rama de actividad económica*, hemos considerado para la selección de mayores que las ramas que han acogido a los jubilados han sido, por este orden: 1) agricultura y pesca, 2) industrias manufactureras, 3) otros servicios, 4) comercio, restaurantes y hostelería, y 5) construcción. Aunque el orden variará, como hemos comentado, según el sexo.

El criterio *Profesión* se ha desestimado por dos motivos. Primero, la profesión, según el INE consta de 20 niveles distintos (véase tabla 2 en anexo) y por ello complejidad de manejarla a nuestros efectos. Segundo, si se toman los datos agrupados (9 niveles que puede observarse en la tabla resumen 2.4.) se solapan y repiten, entonces, las denominaciones con la clasificación correspondiente de la "rama de actividad" citada.

5. Estatus o nivel socio-económico actual

Además de la trayectoria laboral pasada, resulta imprescindible tomar como criterio de selección el estatus o posición socio-económica de los mayores en la actualidad. Este aspecto, como es comprensible, viene marcado claramente por los anteriores comentados, pues dependiendo de la trayectoria laboral se tendrán más o menos bienes, ingresos y/o pensión.

En la mayoría de los estudios sociológicos (sobre todo los que adoptan una metodología cuantitativa, basada en la aplicación de cuestionarios) esta categoría se desglosa en 5 subcategorías: alto, medio-alto, medio-medio, medio-bajo, bajo, en relación a la condición socio-económica del INE (19 categorías). En nuestro estudio, para la selección de las personas mayores hemos agrupado estas 5 categorías en tres, que son: estatus socio-económico alto, medio y bajo²⁷. A su vez, el criterio "estatus socio-económico" nos indica el nivel de estudios y el nivel de ingresos, por lo que vamos a justificar cada uno de ellos.

- Nivel de estudios.

Para identificar a una persona de estatus alto se ha tenido en cuenta que el nivel de instrucción sea, según denominación del INE, de tercer grado (Diplomaturas, Licenciaturas, Ingenierías y Arquitectura, Doctorado, Postgraduado y otras titulaciones no universitarias) o de segundo grado (Graduado Escolar, Bachiller, FPI, FPII, otras titulaciones medias). Para los mayores de estatus medio, hemos tomado el nivel de estudios de primer grado, que incluye la posesión de estudios básicos, sin llegar a tener el Graduado Escolar. Para el nivel bajo se ha considerado el grado "sin estudios" (leer, escribir y otros conocimientos básicos) y "analfabetos" (ver esquema 6.3: y tabla 2.6.).

²⁷ En el estudio de Agulló y Garrido (1996) las categorías fueron dos: estatus medio-alto y estatus medio-bajo. Pero para estudio consideramos pertinente establecer, al menos, tres niveles: alto, medio y bajo.

Hemos de señalar que el nivel de estudios de los mayores es medio-bajo de forma general debido a que estas generaciones no consiguieron un mayor nivel de instrucción (oficial, que no es lo mismo que la “preparación general” más amplia que sí poseen) porque el nivel de enseñanza que se ofrecía a toda la población era muy básico. El interés primordial en aquellos años -la niñez y juventud de los/as mayores de hoy, de nuestro estudio- era el trabajo antes que la formación (Véase apartado 2.4.).

- Nivel de ingresos.

Para la justificación de este criterio se procederá del mismo modo y en base a las fuentes de datos disponibles a nivel nacional. Esta categoría ha marcado también la selección tomando en consideración los ingresos (pensión) de la persona mayor²⁸. Si los ingresos superan las 125.001 pesetas/mes (+ de 749,67 euros/mes) significa, en nuestro estudio, que pertenece a un nivel alto. Si los ingresos del participante son menores, entre 65.0001 y 125.000 ptas/mes (de 389,82 a 749,67 euros/mes), es considerado de estatus intermedio. Y si la pensión es inferior a 65.000 ptas/mes (- de 389,82 euros/mes) implicará que son de estatus bajo en nuestro estudio.

La justificación de estos intervalos -quizá en comparación con los salarios de la población activa total son muy bajos-, se explica con la distribución de las pensiones por cuantías actual que se concentra en los niveles medio-bajo. Es decir, el 60,85% de las pensiones por jubilación y el 86,45 de las pensiones de viudedad están por debajo de las 65.000 ptas/mes (INSS, 1998). Hemos considerado este corte en las 65.000 pesetas observando que la pensión media de todos los tipos de pensiones en la actualidad apenas supera esta cantidad (véase 2.4). Por ejemplo, el 23,71% de las pensiones por jubilación y el 12,07 de las de viudedad oscilan entre 65.001 y 125.000 ptas/mes. Sin embargo, por encima de las 125.000 pesetas sólo están el 15,44% de las pensiones de jubilación y el 1,48% de las de viudedad (véase tabla 2.8.). Ello explica claramente que la mayor parte de mayores tiene un nivel de ingresos medio-bajo (la mayor parte no alcanzan el Salario Mínimo Interprofesional que está en 69.720 ptas/mes, en 1999. Si observamos la distribución de pensiones (número y pensión media) por edades (tabla 2.10.) podemos ver la coherencia de lo citado.

6. Hábitat o Ambito Territorial.

Hemos querido tener en cuenta este criterio porque observando los datos, vemos una distribución desigual de mayores según el número de habitantes de las zonas (véase epígrafe 2.5., esquema 6.2. y 6.3., tabla 2.13 y tabla 4 en anexo I). De todos modos, hemos de decir que aunque en sí mismo el ámbito territorial nos ofrece, de entrada, poca información de la situación de los mayores, no es del todo cierto, pues envejecer en uno u otro hábitat implica una mayor ausencia/presencia de servicios socio-sanitarios, de redes de apoyo social, distintas posibilidades de participación social, proximidad o aislamiento diferente, por sólo citar algunos puntos. Según algunos estudios envejecer en el mundo rural (en pueblos de menos de 2.000 habitantes) es bien diferente al envejecimiento en zonas intermedias (entre 2.001 y 10.000

²⁸ Está claro que el nivel de ingresos no es el único indicador del estatus económico. Hubiésemos podido tener en cuenta los bienes, la vivienda y otros datos de los mayores (por ejemplo, a través de la Encuesta de Presupuestos Familiares). Obviando, claro está, que otros bienes y ingresos aumentan o disminuyen el estatus económico, en nuestro caso, se ha tomado el nivel de ingresos en relación a las pensiones, desde el momento que es el principal ingreso (según distintos estudios y encuestas) con el que cuentan los mayores.

habitantes) o en ámbito urbanos (más de 10.001 habitantes), y no digamos en zonas metropolitanas o megaurbanas. Pero queremos dejar claro que no se debe meramente al espacio físico donde se envejezca sino por todo lo que el mismo implica de ventajas/desventajas para vivenciar el envejecimiento.

Ya quedó claro en el capítulo 2 los conceptos adoptados en nuestro estudio en relación al hábitat. Recordemos que el tomar el número de habitantes para diferenciar las distintos entornos espaciales es criticado desde varios frentes, pero es lo que generalmente se suele hacer por motivos de simplificación y comodidad investigadora y conceptual. En nuestro caso hemos procurado indagar sobre “campos” de distinto número de habitantes, pero tomando en consideración también otros criterios: municipios que se diferencien por dedicarse a sectores productivos predominantes, de distintas comunidades autónomas (dialectos, costumbres distintas), y claro está, con posibilidad de acceso. Desarrollamos nuestro trabajo de campo en cada una de las áreas diferenciadas según el número de habitantes²⁹. Pero nos podemos preguntar ¿para qué acudir a distintos hábitats si no se busca la representatividad? Recordemos, pues, que aunque no se busque la representatividad estadística, se pretende indagar sobre la **variabilidad, diferenciación y peculiaridad discursiva** que, de hecho, hemos entresacado de los informantes de distintas zonas. Pensemos que otras de las características del método cualitativo es buscar la riqueza, profundizar en los distintos contextos y tipos posibles, “encontrar el detalle”, y este era uno de nuestros objetivos.

Para nuestro estudio, los conceptos utilizados cuando hablemos de zonas *rurales* nos estamos refiriendo a menores de 2.000 habitantes; *intermedias* entre 2.001 y 10.000; *urbano* de 10.001 a 500.000 y ámbito *megaurbano* cuando superan los 500.000 habitantes³⁰. De todas maneras, también utilizaremos conceptos como ciudad (para zonas urbanas y megaurbanas) o pueblo (para zonas rurales e intermedias).

²⁹ Los discursos de Agulló y Garrido (1996) se centraron en Madrid-ciudad. En nuestro caso, los GD abarcarán el ámbito de Madrid y otros hábitats: rural, intermedio, urbano y megaurbano.

³⁰ Con esta cantidad de habitantes en España nos encontramos con seis ciudades: Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza y Málaga (ordenadas de mayor a menor número de habitantes).

Cuadro 6.2. Algunas características de los “puntos muestrales” de este estudio

municipio (provincia)	total población	mujeres	hombres	tipo zona	sector productivo predominante
Alcalá de Henares (Madrid)(1)	163.386	82.884	81.302	U	industria-servicios
Albacete (1)	143.799	73.565	70.284	U	servicios-agrícola
Alcobendas (Madrid)	83.031	42.052	40.979	U	servicios-industria
Alcoy (Alicante)	60.921	31.616	29.305	U	industria-servicios
Almoharín (Cáceres)	2.047	1.031	1016	R	agrícola-ganadero
Cocentaina (Alicante)(2)	10.737	5.480	5.257	I	industria-agrícola
Getafe (Madrid)(2)	143.153	71.970	71.183	U	servicios-industria
Leganés (Madrid)(2)	174.593	87.593	87.000	U	servicios-industria
Madrid(2)	2.866.850	1.528.292	1.338.558	M	servicios-industria
Málaga	549.135	285.271	263.864	M	turismo-industria
Mérida (Badajoz)	51.830	26.449	25.381	U	servicios-turismo
Mieres (Asturias)(2)	51.423	26.671	24.752	U	industria extractiva
Montitxelvo (Valencia)	610	303	307	R	agrícola
Muro (Alicante)	7.104	3.591	3.513	I	industria-agrícola
Salamanca	159.225	84.375	74.850	U	servicios-turismo
Santa Olalla del Cala (Huelva) (1)	2.285	1.127	1.158	R	agrícola

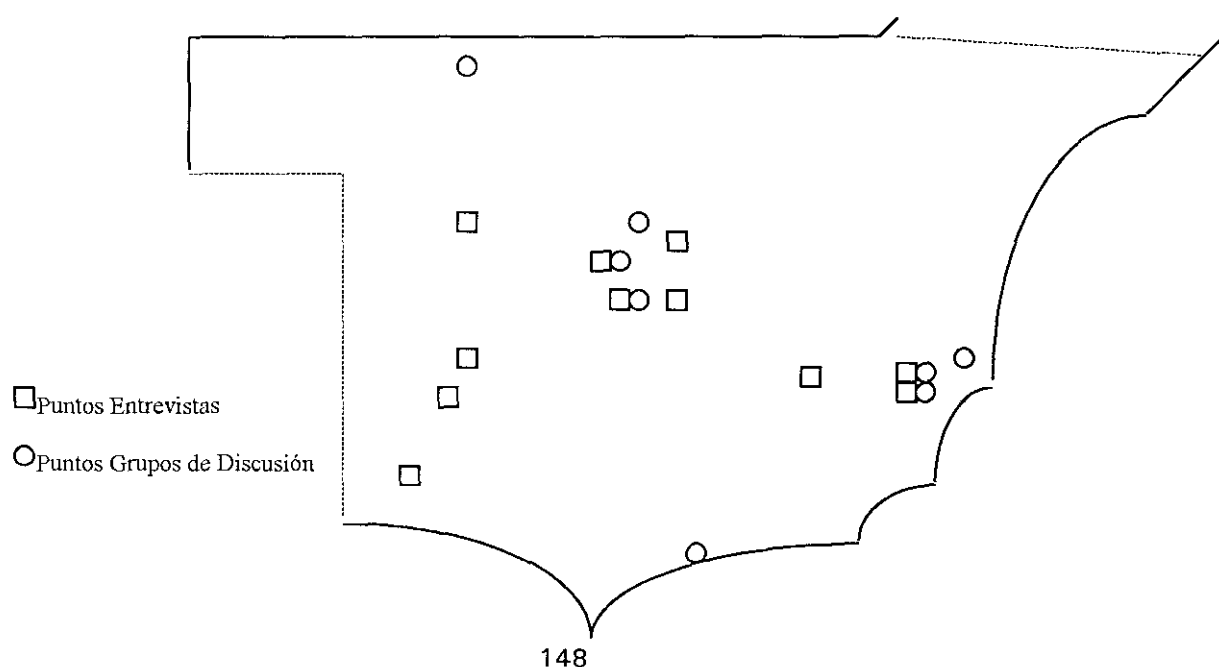
(1) A estas localidades no se ha acudido, pero los entrevistados viven/trabajan generalmente en las mismas.

(2) El % de gente mayor en estas localidades es: Madrid (11,5%); Getafe (7%, 1995); Leganés (6%, 1995); Mieres (20,37%, 10.477 mayores, 1996); Salamanca (20%, 1991); etc. Véase Padrón 1996 correspondiente.

Fuente: Página www.ine.es y Padrón 1996 de las distintas Comunidades Autónomas.

A continuación, se presenta de forma más clara y rápida, gráficamente, la distribución de los puntos donde se han aplicado las GD, las entrevistas en profundidad a expertos y a mayores:

Figura 6.1. Distribución de los “puntos muestrales” de este estudio.



Otras categorías que no se han tenido en cuenta para la selección pero obviamente se utilizarán en el análisis pueden ser: estado civil y modos de convivencia (véase capítulo 2) , niveles de salud-enfermedad (epígrafe 8.3.), N° de hijos/as, N° de hijos/as conviviendo con el informante; Padre/madre u otro familiar mayor conviviendo con el informante; Clases de pensión, regímenes especiales; Propiedades y condiciones de la vivienda (propia, de alquiler...) y otras necesidades materiales; Pertenencia a Asociaciones, ONG's, parroquia, etc.; Hobbies, aficiones, entre otros (véase fichas individuales -anexo 2 en CD- y análisis donde hemos recogido esta información).

De forma paralela a la reflexión sobre los criterios de selección y a la realización del diseño de entrevistas y grupos de discusión, se fue perfilando **EL GUIÓN** que determinaría el cauce (obviamente no se trata de un guión con preguntas cerradas) de las reuniones de grupo o entrevistas. El esquema o guión nos servía para controlar que no se escapaba ningún tema de interés a nuestros objetivos y, también, para retomar o reorientar la discusión cuando los participantes se desviaban del tema central. El contenido de cada uno de los puntos del guión y la justificación de los mismos (de forma más explícita que en el cuadro adjunto) puede verse en el anexo 1.

- 1. Presentación: NOMBRE Y TRAYECTORIA LABORAL: actividades pasadas de los mayores (trabajo y ocio)**
- 2. ACTIVIDADES ACTUALES: Tiempos, tipos, satisfacción, significados, dimensiones**
- 3. JUBILACION ¿CAMBIOS O CONTINUIDAD?, significados, relación con la actividad**
- 4. DEFINICION DE SER MAYOR, aspectos, concepto.**
- 5. IMAGEN SOCIAL, representaciones, tratamiento que reciben.**
- 6. VALORES, preferencias actuales. "Ideal" de ser mayor y jubilación, propuestas.**
- 7. FUTURO, proyección, perspectivas.**
- 8. Otros comentarios en relación a la/s actividad/es de los mayores.**

6.3. FIN DE CONSTRUCCIÓN DEL EDIFICIO, PLANOS PARA OTROS ESTUDIOS...

Esta fase abarca todo el proceso aunque suele ser más intenso al final de la investigación. El análisis en nuestro caso es de diferentes tipos y ocupa determinados tiempos (véase cronograma en el anexo 1):

1) Análisis documental. Como se dijo en el epígrafe 6.1. este tipo de análisis se desarrolla a lo largo de toda la investigación, pero sobre todo al principio y al final. Son los análisis que se reflejan en base a información de varios autores, estudios y cualquier tipo de documentación sobre el tema.

2) Análisis de los discursos extraídos del "trabajo de campo". Como la expresión indica, esta tarea será posterior a la obtención de información directa una vez transcritos los discursos de los entrevistados y participantes de los grupos de discusión. Se trata de extraer los análisis

de cada uno de los GD y de cada una de las entrevistas en profundidad.

3) Análisis de contraste. Se produce cuando se dispone de todo el material ya transcrito y analizado por separado. En estos momentos estábamos ya en disposición de iniciar los análisis comparativos de la información obtenida de la aplicación de las técnicas ya comentadas. Partiendo de los análisis individualizados se ha llegado a un análisis común de los discursos de las técnicas aplicadas. Se da un paso más allá del análisis del material y se pasa a la interpretación y contraste.

Un apunte metodológico a recordar: en cualquier caso, no olvidemos la dificultad de análisis debida, en parte, a la incapacidad de establecer compartimentos estancos con los discursos ya que son varias las dimensiones que inciden sobre cada tipo de discurso. Por ejemplo, si hablamos del “discurso femenino” obviamente se está generalizando, pero nunca estamos diciendo que todas las mujeres piensen de esta manera (no pretendemos cuantificar los discursos), pero sí el discurso que representa a la mayor parte de mujeres de nuestro estudio. Por cuestiones de organización material y comprensión lectora procedemos del siguiente modo: imaginemos por un momento que disponemos de distintas carpetas (véase figura 1. en el anexo 1) en las que se incluyen los distintos discursos de los mayores (discursos “predominantes”): 1) discurso de las mujeres mayores, 2) discurso de los jubilados, etc. A ello se añaden otros discursos más “específicos”, o subcarpetas incluidas en las anteriores, como son: a) discurso de las jubiladas, b) discurso de las amas de casa, c) discurso de los jubilados de estatus alto, c) discurso de los jubilados de estatus medio, etc.

En fin, se han confeccionado distintas “carpetas” con los discursos por género, estatus socio-económico, hábitat... que marcan distintos tipos de discurso según la temática que hayamos analizado. Se han separado los discursos por género, estatus, hábitat o circunstancia familiar, dependiendo de la dimensión que nos muestre discursos dispares y comparables. De cualquier modo, por ejemplo, no todos los hombres ni mujeres, ni del mismo estatus o hábitat piensan igual (y también, en una misma persona se encuentran distintos matices y tipos de discursos) pero se ha intentado unificar los discursos a efectos de orden.

4) Análisis e interpretaciones finales. Con toda la información anterior se llegó a la última fase (no por ello cerrada a ulteriores estudios, obviamente) en la que se contrasta y articula la información de distintas fuentes: documentos (expertos, estudios, encuestas), discursos de las técnicas aplicadas y análisis de la que escribe. Nuestras interpretaciones y aportaciones se han ido reflejando a lo largo de toda la tesis pero en esta fase quedarán patentes. Por tanto, en base a toda esta información de los discursos, las aportaciones de expertos/as, de estudios y encuestas, análisis propios, las aportaciones de los teóricos e investigadores, se procedió a la redacción de la versión definitiva de este estudio.

CAPITULO 7. LAS PERSONAS MAYORES ANTE LA ACTIVIDAD PASADA: **¿CUALQUIER TIEMPO PASADO FUE MEJOR?**

"Tan sólo entendiendo lo que significa el trabajo para la persona, podemos comprender lo que supone la jubilación" (Bernabeu, 1994:22)

No podemos hablar sobre las actitudes hacia la jubilación sin conocer antes las actitudes¹ hacia el trabajo de los mayores de nuestro estudio. Para ello, se tratarán la satisfacción, motivaciones-razones y significados que los mayores han otorgado a sus trayectorias laborales. Con toda esta información se estará preparado para comprender mejor cuáles son las actitudes de los mayores y significados hacia la jubilación (capítulo 8). Como las actitudes hacia la jubilación dependen directamente del trabajo, no se puede/debe desglosar el análisis de las condiciones laborales (qué, cómo) de las actitudes hacia el trabajo (porqué, significados) de forma salomónica. Se trata, por tanto, de dar respuesta a cuestiones como ¿en qué han trabajado y bajo qué condiciones?, ¿qué les gustaba más y menos del trabajo?, ¿qué sentido e importancia le otorgaban al trabajo, qué lugar ocupaba en sus vidas?, ¿por qué trabajaron principalmente (motivaciones, razones)? Después (en el capítulo 8) se continúa indagando sobre el trabajo pero desde un punto de vista actual, profundizando sobre la transición y aceptación/rechazo hacia la jubilación.

Pensemos que, con la escala de valores de la sociedad actual, en la que se sobrevalora la producción y la competitividad, parece necesario desmitificar la importancia del trabajo, denominado el "becerro de oro" de nuestros tiempos, para que la jubilación sea vista como un periodo de oportunidades digno aunque se deje de ser productivo de manera oficial. En la actualidad la persona empleada es "el modelo a seguir" frente al desprestigio social que reúnen la posición de desempleado, inactivo (incluidas las amas de casa, estudiantes) o jubilado. Las características y valores de las personas activas y empleadas son las que están siendo ensalzadas socialmente. En general, las características de la **persona activa (trabajadora) frente a la persona mayor (jubilada)**, a tenor de informaciones de varios autores (Campo y Navarro, 1981; Moragas, 1991; Cano, 1990; Altarriba, 1992) son: aptitud funcional plena frente a aptitud reducida; estatus de productor frente a estatus de consumidor; alto poder económico frente a estatus de receptor pasivo de renta-pensión; control frente a descontrol vital; autorrealización por objetivos profesionales-económicos frente a la imposibilidad de autorrealización económica-profesional; posición vital innovadora frente a una actitud de conservar; ampliación de los contactos sociales frente a una creciente limitación de los mismos, entre otros. Por tanto, este listado puede explicarnos de manera resumida la situación de la persona jubilada en comparación con la persona activa, que aunque esté desempleada, siempre tendrá posibilidades de incorporarse al mercado laboral. Esta sería una de las diferencias más importantes entre los jubilados (pasivos) y los desempleados, jóvenes, mujeres u otros colectivos con situación marginal que siempre tendrán la posibilidad de introducirse en el mundo laboral.

En virtud de análisis de varios expertos (Kalish, 1991:193-194; Sánchez Vera, 1993:34-35) parece relevante analizar, aunque sólo sea de manera somera, los **valores primordiales** de la sociedad actual en comparación con los valores vigentes en la primera socialización de los mayores. Los valores del mundo occidental, aún con variantes, dependiendo claro está de los individuos y grupos sociales, están siendo: 1) (auto)realización y capacidad para la realización; 2) producción de bienes, servicios u otros; 3) capacidad para

¹ Recordemos que la actitud es un constructo teórico destinado a definir las relaciones entre sujeto y objeto, en este caso entre los mayores y el trabajo-jubilación. Una de las definiciones (más mentalista) es "actitud es la disposición mental que orienta nuestra acción hacia el objeto de la actitud" o bien, otra definición (esta más conductista) "actitud es la respuesta hacia un objeto determinado". Pero nuestra definición enfatiza el matiz de "constructo" en cuanto que se trata de una "respuesta y discurso sobre algo construido socialmente" (ver capítulo 1).

desarrollar de forma satisfactoria las relaciones humanas; 4) independencia y autosuficiencia; 5) satisfacción con el pasado; 6) capacidad para divertirse, 7) conocimientos, capacidad para controlar la tecnología, 8) capacidad sexual, atractivo y vitalidad física, 9) influencia y poder, 10) riquezas materiales, 11) capacidad para alimentar y mantener a otros, 12) deseo de invertir tiempo, energías y dinero en el futuro.

Sin embargo, observamos como en el momento en que las personas mayores vivieron su juventud, los valores que predominaban era bastantes distintos. Por ejemplo: 1) Seguir los códigos tradicionales de la moral judeo-cristiana, 2) mantener el matrimonio durante toda la vida, 3) ser un trabajador honrado y sacrificado, 4) tener una vasta descendencia, 5) tratar de defender al propio país en una guerra o apoyarlo en un controversia, o incluso dar la vida por él, entre otros. M. Mead (1969) resume perfectamente esta inadecuación general de valores diciendo de los mayores que "*somos inmigrantes en el tiempo, inmigrantes procedentes de un mundo anterior*" (Sánchez Hidalgo y Allende, 1975:185); se refiere a que están viviendo una época con diferentes hechos, valores y actitudes para la que quizás no están preparados. Como se puede percibir, la re-socialización en valores de los mayores puede estar chocando con la escala de valores actual. De hecho, muchas inadaptaciones a esta etapa de la vida pasa por la dificultad de compatibilizar estos valores e integrarlos con los nuevos principios dominantes y vigentes hoy.

7.1. DUREZA DE LAS CONDICIONES LABORALES Y VITALES: ENTRE EL ORGULLO Y EL OLVIDO

De entre todas las investigaciones consultadas, hemos de apostillar que pocos son los que se detienen a desmenuzar la biografía de los mayores. Algunos autores como Beauvoir (1970/89), Fericgla (1992), Bazo (1992), J. De Miguel, Castilla y Caïs (1994), Rodríguez de Lecea (1996), por ejemplo, sí que presentan unos análisis más profundos, pero la mayoría resuelven de un plumazo la descripción del pasado de las personas mayores aludiendo a la dureza y punto. En nuestro caso, hemos querido diseccionar sus trayectorias dada la relevancia indudable para las vivencias actuales. Tengamos presente que conociendo las auto/biografías de los mayores vamos más allá de lo personal y obtenemos una re-construcción social de la situación que permite un acercamiento más hondo para entender las distintas transformaciones (laborales, familiares, de ocio, etc.). Recordemos que ya Mills (1959) abogaba por una articulación de *historia y biografía* para hacer una mejor sociología, en cuya intencionalidad se sitúa el enfoque discursivo y cualitativo seguido en este estudio.

Las frases "*somos la peor generación*"(GD4:14 ó ver GD5:5) o "*la historia nuestra es de dolor*" (GD4:1 ó GD3:9, EM11:4, p.e.), resumen bien el discurso común de los mayores en torno a sus andaduras laborales y vitales tan sacrificadas. Así lo reflejan los mayores de cualquier extracto social, género y/o hábitat. Parece básico, pues, conocer las trayectorias laborales de los mayores para intentar comprender sus actuales actitudes y discursos en torno a la jubilación y actividad. Ya podemos ir anticipando la "absoluta" centralidad del trabajo² de los hombres mayores, el poco tiempo de ocio del que han disfrutado en sus vidas, y las "dobles jornadas" de muchas mujeres centradas en su familia-hogar pero trabajando de forma remunerada al mismo tiempo. De cualquier manera para casi todos los mayores "cualquier tiempo pasado fue peor", y todos coinciden en señalar las duras condiciones de vida y trabajo.

² Cuando nos refiramos a la centralidad del trabajo pasado de los mayores aludimos a la ocupación del tiempo cotidiano trabajando; al trabajo como medio de vida, y al trabajo desde su faceta de "constructor" de identidad psicosocial y como valor central en el que se han implicado los mayores. Observaremos que siendo por uno u otro motivo (más o menos instrumental y/o expresivo) el "ergocentrismo" queda patente.

El discurso predominante de los mayores de nuestro estudio nos muestra unas andaduras laborales -en muchos casos, en sentido literal han tenido que “andar” mucho-, caracterizadas, principalmente, por la dureza. De entrada, ya podemos apuntar que no hemos encontrado ningún discurso, ni en las entrevistas ni en los GD, en los que no surgieran las difíciles situaciones no sólo laborales sino sociales, culturales y políticas en las que los mayores se socializaron y educaron. Han conocido, ya siendo adultos, las mejoras alcanzadas en el periodo democrático, el Estado del Bienestar y desarrollo socio-económico general. Pero, no se puede olvidar que su pasado está teñido de “dureza” y, de hecho, ellos nos lo recuerdan en sus extensos discursos sobre su pasado. Han tenido que atravesar y resocializarse en distintos acontecimientos socio-políticos (Guerra Civil, postguerra, dictadura, transición) que han marcado claramente sus trayectorias laborales y vitales, y por ende, también marcan su jubilación y vivencia del envejecimiento de forma determinada. Conociendo sus *curriculum vitae* podemos conocer, pues, la compleja evolución y el desarrollo acelerado de la modernización que ha ido viviendo la sociedad española en las últimas décadas. Los mayores, en medio de este proceso, son claros testigos de la evolución progresiva; sin embargo sólo recientemente están siendo beneficiarios de las consecuencias positivas de los avances alcanzados. Hemos comprobado, pues, cómo la infancia y juventud viene marcada por diversidad de **eventos socio-políticos** que han conformado un contexto complejo, un telón de fondo problemático, sobre sus vidas ya *per se* individual y laboralmente difíciles. Los de más edad de nuestro estudio nos cuentan cada uno de los acontecimientos socio-políticos de la mayor parte del siglo XX ya finalizando. Si observamos el cuadro adjunto, podemos imaginar y trasladarnos a la juventud de los mayores, viendo las distintas edades que los mayores de esta tesis tenían en algunos de los eventos aludidos. La idea ha sido tomada de Rodríguez Cabrero (IMSERSO, 1997:45) pero adaptándola a los mayores de nuestro estudio.

AÑO DE NACIMIENTO	GUERRA CIVIL 1936	TRANSICION 1975	HOY 1999
1909	27	66	90
1914	22	61	85
1919	17	76	80
1924	12	51	75
1929	7	46	70
1936	1	39	63
1939	-	36	60
1944	-	31	55

Los más mayores cuentan detenidamente la Guerra Civil, en la que tuvieron que participar activamente³. En cualquier caso, estuvieran en uno u otro bando, todos recuerdan las penalidades de la posguerra, la dictadura y por último la transición y democracia española.

“H.- ...todos asustados “¿qué harán de nosotros?”(...) a la guerra, y entré en la Brigada (...) nos envían a luchar al Frente de Teruel, y después del Frente de Teruel... pasamos la guerra... y estábamos en un pueblo llamada Masagoso y cogen y nos cercan ¡no cercan! y nos cogen los de Franco, ¡nos cogen prisioneros! (...) Nos encierran, vamos a la prisión (...) estábamos encerrados a pan y agua y poco ¿eh?, (...)”

³ De Miguel et al (1994), en su estudio cualitativo detallado de tres generaciones, *La sociedad transversal* (Fundació “la Caixa”, Barcelona. nº 8 de *Gerontología y Sociedad*. Premio M.A. Terribas, al mejor proyecto de investigación social concedido por “la Caixa” en 1993), denominan a los mayores “la generación de la Guerra Civil”, a los adultos “generación del 68” y a los más jóvenes “generación X”. Al margen de estas denominaciones, queríamos resaltar este análisis estructurado por generaciones (sobre autobiografías y entrevistas en profundidad) y la relevancia de la Guerra Civil, como hito importante en la vida de los mayores.

H.- ...A los 17 años ya hacía dos años que había empezado la guerra, o un año y pico, y me tocó, como al hombre [refiriéndose a otro participante del gd] ir a la guerra también (...) y el día 4 de julio del año 38 nos cercan los nacionales en el frente de Teruel y mataron a un amigo mío (...) la Batalla del Ebro, la famosa batalla, allí murieron un montón del pueblo...” (GD7:3-4 y véase EM2:1: “...pero tenía miedo de que supieran que había estado en Béjar y... ¡me pegaron 4 tiros! Mataban a gente como chinches (...) ...sangre por todos sitios, y cuando me daba la vuelta ¡ya se había muerto!, muy duro...” ó GD3:5 y GD3: 22-23)

Los discursos más contestatarios ante la represión de la dictadura observamos que se concentran en los grupos y entrevistas de mayores de estratos sociales más humildes (véase, p.e., GD3, GD1, EM20:8 en el anexo). Por contra, los discursos de los mayores en general se caracterizan por el conformismo y la ausencia de crítica en comparación con la represión pasada que gran parte de ellos cuentan. Se trata de un discurso concienciado (todos reconocen lo que han tenido que soportar) pero no demasiado crítico y más bien benévolo en relación a las situaciones socio-políticas a los que han tenido que enfrentarse. Los discursos son inevitablemente críticos al hablar de condiciones de vida y laborales más generales (todos lo critican) pero, desarrollan poco sus discursos en relación a la coyuntura socio-política que vivieron (además sería objeto de otros estudios, no de éste). Veamos algunos de los discursos más contestatarios y de protesta, aunque no sea el de la generalidad de los mayores.

“H.- ...en los tiempos de la Dictadura y... te pillaban con un folletín y ¡suficiente, claro! y ¡fuera de la fábrica! (M.- Claro), eso es lo que pasaba, ¡vamos! yo por lo menos lo he vivido, no sé si usted (...) (...)H.- Trece años enlace sindical fui yo (...) enlace sindical fui yo, y la terminación, pues ¡ya ve!, ¿eh?, y me dijeron que le salía caro a la empresa...” (GD3:22-23 y ver EM20:8 ó GD3:40 y 41)

En fin, su pasado resulta mejor valorado si toman como parangón la historia de **sus antepasados**, de sus padres y abuelos. Parece que hay un gran consenso en que los padres trabajaron y vivieron en peores condiciones que ellos. Se construye una **discursividad de “consuelo”, legitimadora**, que excusa y hace menos disonante el sufrimiento pasado con sus relatos poco críticos. Se forma un discurso conformista en relación al pasado.

“...nuestros padres no nos podían dar otra cosa porque ellos en el campo... (...) - (...) ahora vivimos muy bien, comparado con aquella época, por eso somos conformistas... no es que seamos conformistas, no, sino que somos una generación que ha visto varias transformaciones a lo largo de los años y por eso hoy, como estamos tocando techo para nosotros, para nosotros... conformes a la fuerza. - Estamos contentos porque vimos eso, que era miseria... (...) (...) - (...) no tenían ni agua para ducharse, pero vamos, nosotros en esta época nuestra creo que hemos salido de la nada, o semi de la nada, con un nivel de vida muy, muy bajo y muy duro, porque en la época...” (GD1:17-18 y ver GD6:15 ó GD7:13: “...Vivimos ahora mejor que años atrás...”)

Sin embargo, si toman como punto de referencia en la balanza valorativa de su pasado **la situación de sus hijos y las condiciones de vida actuales**, se quejan no sólo de sus trabajos pasados sino de la mejor vida (¿demasiado cómoda?) que los jóvenes de hoy viven y no saben apreciar. Muchas veces lanzan duras críticas hacia los jóvenes por no valorar lo que se les ofrece ahora. Parece que algunos manifiestan un determinado complejo de “inferioridad” o “envidia sana” hacia los jóvenes. Además, algunos se autoculpabilizan por haber educado a sus hijos de forma “demasiado tolerante”, en contraste con la educación tan represiva en la que se socializaron.

“...nos tuvimos que adaptar a aquellos trabajos que pudimos o que cogimos, sin estudios..., hoy la juventud dice: “no, es que no estoy a gusto”, nosotros nos hemos preocupado por que tengan unos estudios. M.- ¡Y encima se quejan de todo! (...)H.- Tienen muchos pajaritos en la cabeza ¿eh? (...)H.- Yo lo digo muchas veces, los nietos de ahora se crían mejor que los ricos de otras épocas, pero todos, todos se crían mejor, (M.- Sí, sí), porque no les falta de nada...” (GD4:4-5 o ver GD10:9, p.e.)

En cualquier caso, la coyuntura actual de paro y precariedad, sobre todo en las zonas más afectadas, está mermando puntos positivos y envidiables de la situación actual. Según algunos mayores parece que se está dando una marcha o un paso atrás, o al menos una paralización en el progreso en relación a las condiciones laborales (ver capítulo 11 ó p.e. GD6:18 ó GD3:28). Aunque a veces nos hemos encontrado con un debate en torno a la evolución/involución que han vivido, en general todos señalan que **“cualquier tiempo pasado fue peor”** y que el estilo de vida que han vivido ha sido mejor que el de sus antepasados, y ahora están mejor respecto a cuando eran jóvenes. Sin embargo, no dejan de reconocer que su situación es peor en relación a la de los adultos y jóvenes de hoy (GD10:15: *“...nosotros garrote y trabajo..., hoy ni garrote ni trabajo...”*). Con todo ello no debe concluirse que se trata de discursos “conformistas en extremo” sino que algunos (los de estatus medio y bajo) se muestran más críticos con la situación pasada que otros. No perdamos de vista que todo dependerá del punto de referencia (antepasados, su pasado, actualidad) con el que comparen su situación.

Encontramos, pues, un **discurso común: entre el orgullo** (de haber sobrevivido) y **el olvido** (el querer olvidar su duro pasado). El *ergocentrismo* y la *discursividad* ambivalente (“entre el orgullo y el olvido”) son dos características comunes de los mayores cuando hablan de su trabajo pasado. Pero no todo es tan sencillo. Muchos discursos muestran satisfacción hacia el trabajo en general y, sin embargo, rechazo concreto de las condiciones de trabajo (*faceta extrínseca del trabajo*) que se han tenido; en este caso se echa de menos algún aspecto del trabajo y por tanto la actitud hacia la jubilación será ambivalente: de rechazo o aceptación **según el aspecto** del que se esté hablando. Todo ello variará dependiendo no sólo del trabajo pasado (estatus anterior) sino también del género, hábitat, expectativas anteriores a la jubilación, entorno social y familiar, principalmente. Debido a la complejidad manifiesta en sus discursos procederemos por partes, pero de entrada ya decimos, que todo está relacionado y ni todo es blanco o negro, positivo o negativo. Emplearemos términos a veces dicotómicos en un intento de entender (y ordenar) la realidad pero no de reducirla. Paralelamente a las conclusiones de Crespo et al. (1998), las explicaciones sobre el trabajo se estructuran en un *continuum* (poco nítido, ambiguo) más que en una tipología.

En general, los mayores no están satisfechos con sus trayectorias laborales, pero más debido a las condiciones pésimas de trabajo que han tenido que soportar (aspectos *extrínsecos* al trabajo) que al trabajo en sí (*intrínseco*)⁴. Es decir, están orgullosos de sus trabajos porque les ha permitido “salir adelante” (*faceta instrumental*) pero no están satisfechos plenamente porque no han sido trabajos fáciles, ni elegidos libremente, ni cualificados, ni les ha aportado autorrealización y desarrollo personal (falta de “expresividad”). En este sentido, encontramos opiniones en cuanto a la doble faceta del trabajo: la instrumentalidad (forma de ganarse la vida y ganar dinero) así como en la dimensión placer/sufrimiento (querido y obligado al mismo tiempo). Los mayores destacan estos aspectos junto a otros negativos: coerción-obligatoriedad, extensos horarios, rutina-monotonía, etc. Pero, si estos son análisis generales, se encuentra una clara diferenciación social de sus estructuras discursivas. En los mayores de posición más desfavorecida predomina el trabajo como satisfacción de necesidades y cumplimiento de una obligación. Mientras que observamos una mayor satisfacción laboral y motivos más expresivos del trabajo en los mayores de mejor posición socio-económica, que sería el otro extremo de

⁴ Aunque es muy discutible la diferenciación aspectos *extrínsecos*-*intrínsecos* del trabajo, cuando utilizamos estas denominaciones consideramos aspectos *intrínsecos* del trabajo -al igual que otros autores- al trabajo en sí (funciones y tareas concretas, autonomía, aplicación de habilidades y aptitudes requeridas). Al hablar de aspectos *extrínsecos* nos estamos refiriendo, p.e. a: remuneración, horario, promoción, seguridad,... u otras condiciones de trabajo y relaciones laborales.

Conviene diferenciar también las motivaciones *instrumentales* (externas, el trabajo como “medio”) de las más *expresivas* (el trabajo como “fin”, vocación, p.e.).

“realización personal”. Entre estos polos necesidad-proyección personal podemos situar los significados del trabajo pasado que expresan los mayores (para significados desde los trabajadores véase p.e. Crespo et al, 1998). Resaltemos aquí dos ideas claves de nuestro estudio aparentemente contradictorias pero que se complementan:

1) Los que peor recuerdo tienen del trabajo son los jubilados/as de menor estatus, por ello, de forma coherente, muestran **unos discursos de deseo hacia la jubilación**, o más bien, de “fin del yugo” del trabajo. E inversamente, los que tienen actitudes positivas hacia el trabajo tienden a rechazar la jubilación (estatus más alto).

2) Pero, no todo es tan sencillo. Como el trabajo ha sido central en sus vidas después lo encuentran a faltar -no las condiciones pésimas que tanto critican-, debido a los aspectos positivos que les reportaba. Por tanto, podemos decir que parece que un mayor *ergocentrismo* puede suponer una menor aceptación de la jubilación (en jubilados de cualquier estatus). Esta es una de las ambivalencias que encontramos en esta tesis y que es posible comprender mejor desde el análisis discursivo. Pensemos que la centralidad del trabajo nos permite entender el rechazo bastante generalizado (al menos en una primera fase) hacia la jubilación.

Pero si estas ideas son orientadoras para conocer las estructuras discursivas de los jubilados y jubiladas, no es así para la totalidad de mujeres mayores que muestran unos discursos aún más complejos, acordes con sus situaciones también más complejas y menos uniformes que las de ellos. El hecho de que las mayores hayan tenido que encargarse de las tareas del hogar (en exclusiva o compatibilizando con el trabajo) marca una situación similar en algunos aspectos con sus coetáneos, pero bien distinta en otros. Como hemos observado en sus discursos, las mujeres no echan de menos el trabajo porque sus condiciones de trabajo han sido pésimas, deplorables (sin contrato, salarios bajos, véase 7.3.), y sobre todo porque han tenido una “doble o triple jornada” trabajando dentro, fuera y educando a los hijos. Apenas se encuentran diferencias en los discursos de los mayores según habiten en zonas rurales, intermedias o en grandes urbes. Tampoco si se trata de mayores “más jóvenes” o de más edad. Todos han soportado un duro pasado. Sin embargo, sí se podrían señalar “gradaciones” de dureza, características y discursos diferentes en relación al pasado laboral en los mayores según sea su estatus socio-económico y según el género, como se trata en los apartados siguientes.

7.2. EL TRABAJO COMO MEDIO DE VIDA. EL *ERGOCENTRISMO* EN SU PASADO

Las estructuras discursivas de los jubilados de nivel medio y bajo⁵ -en este apartado- pueden resumirse con estas frases: “*Ha sido una vida de trabajo muy dura*”, “*en la mina he enterrado mi vida*”. Con una simple mirada al pasado de los mayores de nuestro estudio se observan la centralidad laboral y los distintos trabajos que han desempeñado (“aprendiz de mucho, maestro de nada”), todos ellos con bajas exigencias de cualificación y realizados en condiciones pésimas. No sólo los prejubilados y jubilados mineros destacan su “oscuro” pasado laboral (que sería el ejemplo más paradigmático de penosas condiciones de trabajo), sino que el discurso masculino general (incluido algunos jubilados de nivel alto) destaca la “cara negativa” de su trabajos. Veamos esquemáticamente estas características:

⁵ Hemos de tener presente que se ha “sobre-representado” a los mayores de menor nivel socioeconómico porque en general los mayores españoles pertenecen al estratos medios y bajos; los mayores de estatus alto apenas alcanzan el 15% (el 15,44% cobra más de 125.001 ptas/mes, INSS, 1998; el 9,94% tiene estudios superiores, Censo 1991).

Cuadro 7.1. Algunas características de las trayectorias laborales de los jubilados de estatus medio y bajo

- Condiciones de trabajo pésimas y duras en cualquier sector productivo.
- Ausencia de oportunidades para elegir sus profesiones.
- *Curricula vitae* erráticos: diversidad de trabajos a lo largo de su pasado laboral.
- Movilidad “horizontal”: cambios de trabajo pero pocas mejoras/ascensos.
- Trabajos manuales-físicos.
- Poca cualificación y formación reglada baja (la mayoría).
- Extensos horarios (de “sol a sol”), pocos días festivos, ausencia de vacaciones.
- Salarios raquíticos, al límite.
- Pluriempleo para paliar bajos salarios y necesidades diversas. “Doble jornada” en el caso de las mujeres.
- Motivaciones extrínsecas e instrumentales (económicas), poco expresivas, “falta de vocación”.
- Trabajando desde la infancia (¿obligada “explotación infantil”?), preeminencia del trabajo ante la formación escolar.
- Emigraciones internas o extranacionales. Muchos obligados a emigrar a otros países (sobre todo de la Europa occidental, en proceso de reconstrucción socioeconómica tras la II Guerra Mundial) o del campo a la ciudad (o a otras CC.AA.) en una España en proceso de reconstrucción, también, tras la Guerra Civil.

Una parte de los mayores de nuestro estudio iniciaron sus primeras experiencias en el campo. Desde la más tierna -para ellos no tan *tierna*- infancia están trabajando en las labores agrícolas. Más tarde tuvieron que abandonar sus zonas rurales en busca de nuevos trabajos y lugares, tanto del territorio español como más allá de nuestras fronteras. Es el caso de algunos de los emigrantes que se trasladaron y viven actualmente en la periferia de las grandes ciudades, en nuestro estudio concretamente en la zona metropolitana de Madrid, cuyos discursos los encontramos en el GD1 en Getafe, en el GD4 de Alcobendas, el GD3 de Madrid. También fuera de la comunidad madrileña, algunos jubilados de la cuenca minera de Asturias, proceden de otras zonas castellanas, principalmente, y emigraron a Asturias en busca de trabajo y mejores condiciones de vida (GD6 ó p.e. GD4:5). La precariedad de sus trabajos era tal, que muchos se llegan a plantear actualmente hasta qué punto haber emigrado y soportado tantas penalidades les ha compensado. Incluso algunos se arrepienten de “haber dejado el pueblo”. Se trata de los de nivel medio y bajo que no han alcanzado lo que querían. Algunos de ellos no sólo han tenido que emigrar de un espacio a otro sino que **también se sienten como “emigrantes en el tiempo”**, que van a contratiempo, a contracorriente, que se encuentran desconectados de la vida actual: emigraron buscando otra vida pero tampoco se han adaptado a sus nuevos hábitats. Además, muchos siguen anclados en su pasado, resignados a re-socializarse (de nuevo “otra adaptación”) para vivir la jubilación y las nuevas demandas sociales de “hiperactividad y juvenilismo”. Algunos piensan que no ha merecido la pena tanto esfuerzo, no se sienten recompensados:

“...aquí todos tenemos paga, pero para lo que hemos trabajado no nos ha compensado...” (GD10:2).

“...nuestros sitios de origen, y tuvimos que emigrar porque no había trabajo y había muchas necesidades. Vinimos aquí y nos tuvimos que adaptar a aquel trabajo (...) dando tumbos para arriba, para abajo toda la vida y nada más que sufriendo, y diciendo: “¿para esto me he venido del pueblo!?”... Entonces esta es la vida y claro, si estuviéramos aquí 20 personas, pues todas contaríamos más o menos lo mismo...” (GD4:4 ó ver: GD4:1: “...en el pueblo estábamos muy mal (...) es que aquí hemos trabajado tanto o más que allí pero a disgusto, porque yo con el taxi mismo (...) que si volviese otra vez a nacer eso, yo no me venía a Madrid...”)

La mayor parte de los que emigraron proceden de pequeños asentamientos (menos de 2.000 habitantes)⁶ y de las zonas más depauperadas de aquellos años: Extremadura, las dos Castillas y otras zonas rurales. Generalmente había menos posibilidades de trabajo en estas zonas (aunque otros destacan que en las ciudades también se sufrió igualmente), tuvieron que emigrar en busca de una nueva vida lo que, como poco, conllevó las

⁶ Para aclarar la terminología rural-intermedio-urbano-megaurbano empleada ver epígrafe 2.5.

consecuencias negativas de tener que abandonar su zona natal y re-socializarse en un nuevo entorno, nuevas costumbres, y en algunos casos, una nueva lengua y cultura (ver GD4:4 ó ver GD3:3 y 7).

Indagando en los “movimientos espacio-laborales” (cambio de territorio, cambio de trabajo) de la población jubilada, observamos también el fenómeno inverso que se apuntaba en la primera parte de este estudio: es decir, una vez jubilados (o incluso antes), los mayores vuelven a sus lugares de origen y/o donde están sus hijos. Es el caso por ejemplo, del entrevistado EM2 (jubilado veterinario que nació en Béjar -Salamanca-, le destinaron a El Ferrol y jubilado ha venido a Madrid), o de algunos participantes del GD7 de Montichelvo (Valencia) en el que 3 de los jubilados emigraron a Barcelona y a otros puntos (Marruecos, Francia, Valencia) y recientemente han vuelto a su zona natal. Aquí nos estamos deteniendo en los “itinerarios”, en el sentido literal de la palabra, de los varones jubilados. Pero, por otra parte, las mujeres soportan aún más, junto a sus parejas o sin ellas, esta crudeza en el trabajo, en la crianza de los hijos (ver GD7:1-2 ó ver EM10:1 y 4, p.e.).

Observemos en sus discursos la **diversidad de trabajos** que los mayores han tenido que desarrollar, todos ellos con el denominador común de ser poco cualificados, con largas jornadas de trabajo y poca valoración económica y social. Veamos la procedencia agrícola o ganadera de muchos de los emigrantes, que después se han dedicado a otros oficios sean del sector servicios o sector industrial. En general, léase detenidamente la ficha grupal de cada uno de los participantes de los GD o entrevistas, o bien las primeras páginas de las transcripciones. En ellas se han anotado los diferentes trabajos que han desempeñado los jubilados, sobre todo los de estatus medio y bajo. Muchos jubilados han tenido que cambiar de sector y profesión varias veces a lo largo de su vida. Además de los testimonios adjuntos véase p.e. GD7:3-6, GD1:1-2, GD3:5 ó GD4:1 en el anexo.

“...he tocado de todo ya. En mi juventud, hasta que me fui a servir estuve en el campo, de labrador. Después de electricista, “poniendo líneas”, después 15 años de zapatero, luego jovero, en el textil (...).

- Pues yo de joven trabajé también en el campo, en la agricultura. Después estuve en una fábrica en Barcelona, en una fábrica metalúrgica, y después ingresé ya en la Guardia Civil...

- ...trabajé en la “Goma” [fabrica de suelas y tacones de goma), cerraron la “Goma” y me fui a Alcoy. Me puse de electricista en la “Hidro” y después en el Textil, en diferentes fábricas...” (GD10:1)

Parece que se imponía el **pluriempleo “forzoso”** para salir adelante, para sobrevivir, mantener a la familia (mujer y numerosos hijos, muchas “bocas que alimentar”), pagar los estudios de los hijos, comprar una casa y adquirir otros bienes necesarios y, a menudo, tan inaccesibles. Destacan en sus discursos las **razones de carácter económico (extrínsecas, instrumentales)**, principalmente para cubrir las necesidades individuales, pero sobre todo, familiares. La alta natalidad del momento, la familia numerosa característica de hace unos años (“baby boom”), forzó a los jubilados a trabajar intensamente, duramente, para salir adelante. No tenían otra opción para cubrir sus necesidades más que trabajar intensamente, aunque fueran trabajos no elegidos y poco ilusionantes.

“- Ilusión no, que nos hacía falta, lo hacíamos por dinero, y por sacar a la familia...

- Pues yo creo que una familia se puede llevar con menos lo que pasa es que somos un poco también (...) y para vivir yo no creo que sea preciso tanta hora, pero nos lo hemos montado así y así va la bola.

(...)- Pero decidme a mí una familia de 6, 4 y 2, con 8 horas, ¿qué teníamos que hacer?

- Claro, teníamos que hacerlas...” (GD10:3)

“...28 años de sereno, digámoslo así, en un hotel de de Salamanca (...) salía a las 10 de la mañana de allí y me iba a cobrar recibos a la Comercial Terrestre Marítima, cosa que estaba hasta las 8 de la tarde (...) no ganaba bastante para sacar a mis hijos adelante pues eso (...) dos trabajos y sin descansar. Yo no he sabido lo que era descansar, coger 15 días o 8 días de descanso. ¡Ni un día!, tenía que pedirle a Dios ponerme malo para descansar...” (EM20:1 y ver GD3:5 “...Manufacturas Metálicas, que estaba pegado a la plaza de Legazpi,

entonces salía y me iba con unos amigos a la cosa del mercado de frutas y verduras, a la carga y descarga...”
y ver GD7:3 y GD7:7, GD3:3, GD10, p.e.)

El “discurso del ahorro” está manifiesto o latente. Uno de los motivos de trabajo, en relación a la razones económicas expuestas, era “trabajar para ahorrar” no para “consumir o disfrutar” (que serían motivaciones más actuales) sino para los hijos, para sus estudios, para la casa, por si surgía “alguna desgracia imprevista”... para el futuro, para la vejez⁷. “Luchar, sacrificarse...” para sacar a sus hijos adelante son términos muy repetidos en todos sus testimonios, sobre todo los de estatus más bajo. Además de “su lucha” el discurso y expresiones religiosas de agradecimiento a Dios (sobre todo en las mujeres) remiten en los mayores tal como habíamos comentado (ver p.e. GD3:10 ó GD4:2).

La **baja formación reglada** es una parte del círculo cerrado: baja formación → empleo poco cualificado → baja preparación-formación. Es decir, el carecer de una formación y preparación ha sido causa y consecuencia de los empleos precarios que han soportado. A su vez, los trabajos pocos cualificados tampoco les permitían mejorarse y adquirir un mayor nivel de preparación. Ha sido pues un círculo, que con las generaciones actuales se está quebrando, pero del cual los mayores de hoy no podían salir. El bajo nivel de estudios que caracteriza a los mayores queda patente en sus discursos hasta el punto de reflejar en sus verbalizaciones un “complejo de inferioridad e incultura” por la falta de formación reglada. Ya se dejó claro en el apartado sobre “nivel de estudios” (véase apartado 2.4) que el bajo nivel educativo oficial no es equivalente a falta de cualificación, incultura o poca experiencia. También se expresaron los motivos coyunturales (carencias materiales, falta de posibilidades, p.e.), no personales, por los que los mayores poseen baja educación formal. Pero de todas maneras ellos siguen dando prioridad a la falta de estudios formales y minusvalorando la extensa experiencia laboral que tienen.

H.- ...nosotros no hemos estado ni 3 años [al colegio, se refiere].(...)

M.- A mí que me sacaron de la escuela que tenía 8 años porque mi hermana cogió un casino de señores y tenía que ayudarla y con 8 años pues..., dejé de ir a la escuela. (...)

H.- A mí me hubiera gustado estudiar y tener unos estudios superiores... (GD4:4 ó ver GD10:7).

Las **jornadas de trabajo interminables** (“de sol a sol”), los horarios de trabajo infernales contrastan con los cortos y raquíticos salarios que les reportaban. Además, no disfrutaron de muchos días festivos ni de vacaciones tal como ahora conocemos.

“- ...era a base de echar horas extraordinarias, pero en las horas extraordinarias nosotros teníamos un calendario... (...) ...porque si había que había que trabajar, el domingo y los sábados pues había que trabajar... y yo, no me lo han contado ¡eh!, yo, he ido a trabajar la Semana Santa entera, el día del Corpus, el día de la Ascensión, el día San... Santiago y todos los santos que hay...bajo el cielo... (GD1:11)... la jornada era de doce horas... (GD1:12)

- ... meterte cinco días, por ejemplo, setenta horas...

- ...Es que en el campo tenías hasta que se fuese el sol...” (GD1:13 y ver GD3:8-9, GD10:1 y 3, EM20:1).

A estas condiciones de trabajo pésimas, en algún caso más típicas de la otras épocas que de nuestros tiempos, se añade **el trabajo rutinario, en cadena, con la cronometración y turnos insufribles** que los mayores de estatus medio y bajo (sobre todo los puestos de trabajo menos cualificados del sector industrial, como asalariados de fábricas) han tenido que afrontar. Esto nos recuerda las pautas más radicales del *fordismo*, *taylorismo* y la concepción más deshumanizada del *hombre-máquina*. Las voces de los jubilados claman lo insoportable de estas condiciones:

⁷ Véase p.e. EM2:4: “...siempre ahorrando y guardando dinero (...) hacer es lo que hemos hecho toda la vida: ¡ahorrar! (...) dinero sólo en casos necesarios, para el día que te surja alguna urgencia, para el día que a alguna hija mía le hiciera falta algo, pero luego no, en tonterías no, que se gasta el dinero en viajes...”

“...lo he aborrecido por el 4º turno, ese 4º turno es criminal: que tengas que descansar martes y miércoles y que el sábado y domingo tengas que trabajar 12 horas y no puedas estar con tu familia, eso no...”

(...)- Y cuando empezaron a cronometrar el trabajo..., para de contar.

(...)- Donde está el “piloto” que decimos, y allí dale que te pego, y 12 horas así...

- (...) era de pulimentar metales, de sacarles el brillo, joyas, embellecedores de los coches..., se tragaba mucho polvo y además para ganar dinero había que trabajar también a prima, entonces los cronometradore
estaban siempre allí..., entonces si querías sacar una hora de prima tenías que sacártelo de la piel, ¿sabes?

(...)- ...(...) de día no había luz, pues tenía que trabajar de noche, y trabajaba yo sólo, en la imprenta, desde las 10 de la noche hasta las 8 de la mañana...” (GD10:2-3 ó ver GD3:8 “...panadería aquí en Madrid, que trabajaba a las once de la noche y salía a las once de la mañana, y luego dormir por el día...” (GD3:8)

Los discursos de queja por las condiciones duras de trabajo (véase 7.1.) delatan un rechazo no hacia el trabajo en general (se consideran “muy trabajadores”, “no sabemos hacer otra cosa”, dicen ellos) pero sí hacia la forma como lo han desarrollado: encerrados en una fábrica, jornadas extensas, turnos criminales, etc. Las **actitudes negativas hacia las condiciones de trabajo** quedan reflejadas en sus palabras:

“- ...El campo lo tenía un poco aborrecido (- Joyero lo mejor, ¿no?), ¿joyero?, no es nada agradable ser dependiente, el que no lo prueba no lo sabe; estar detrás de una gente, si tienes ganas de reírte o de llorar tienes que hacer buena cara siempre, y aguantar..., no es muy agradable. Es más práctico y más bonito estar detrás de una máquina, recibiendo órdenes y liando hilos o lo que sea que no..., parece muy bonito el ser dependiente pero no se lo aconsejo a nadie, (- A simple vista parece mejor) (...)

- (...) no nos ha servido para la vejez porque queríamos tener algo que entonces queríamos conquistar y no nos lo han dado, porque aquí todos tenemos paga, pero para lo que hemos trabajado no nos ha compensado (...)- (...) más me ha gustado es la Construcción, en una fábrica encerrado no me ha gustado estar nunca; vas aquí, vas allá, cambias mucho y en la fábrica es un trabajo muy monótono” (GD10:2, 3 y apartado 7.1.)

Como discurso específico percibimos un fuerte rechazo de las condiciones de trabajo tan duras desde los **jubilados y prejubilados mineros**, como era de esperar. Ninguno destaca los aspectos positivos del trabajo, salvo el reconocimiento de que ha sido un medio para sobrevivir y para ahora tener unas de las pensiones más elevadas que ellos justifican por sus duros trabajos pero que la sociedad general no reconoce (véase capítulo 10). Los trabajadores de la minería, como ejemplo de **peligrosidad e insalubridad**, no manifiestan actitudes positivas hacia el trabajo pasado. Trabajaron por obligación, por motivos extrínsecos (concretamente económicos).

“J.- ...mi trabajo para mí ... va la misma palabra suena mal “¡trabajo!” [Dice con desdén) en todos los trabajos que estuve, estuve a gusto en todos, ¡claro! he tenido que trabajar mucho, ganar poco

(...)P.- Creo que el trabajo por lo menos para mí en la mina tenía poco que gustar, yo en la mina pues trabajé más por obligación, no porque me gustase el trabajo.

P.- Yo, bueno yo también trabajé por obligación en la mina porque era el único sitio donde se podía trabajar en aquella época porque era donde se ganaba algo más... (GD6:1-2)

P.- ...entré yo, a los dieciséis, que entré de aprendiz minero y de ahí pasé a vagonero, (...) para el exterior y ahí el trabajo va me gustaba más que dentro de la mina porque la mina era muy monótono, era siempre el mismo trabajo, era un trabajo como diría yo en cadena o en cinta y esa rutina no me hacía tener... (...) esas máquinas que eran muy peligrosas, incluso cuando iba, iba con algo, con mucho cuidado, con mucha precaución, era muy fácil herirse, y ayer mismo hubo un accidente (...)

P.- (...) entré como todos, de ayudante minero y tal, de vagonero, estuve en la rampa y tal... y ¡claro!, bastante penoso porque (...) meterte trescientos o quinientos metros bajo tierra para luego todo el día...” (GD6:1-2 ó ver GD6:6: “...todavía no había maquinaria moderna, máquinas de picar (...) estabas cerrado, había mala ventilación, mucha humedad, mucho peligro, en fin la mina tiene un nombre que no...”)

Aunque el caso más alarmante, escandaloso y vistoso de dureza laboral es el de los trabajadores mineros, percatémonos que lo comentado hasta el momento refleja unos *curricula* erráticos, de continúa re-adaptación, que incluso nos están describiendo más sufrimiento de lo que podíamos pensar a priori. Hemos visto que no sólo los discursos de los prejubilados y jubilados de la minería (en representación de otros sectores también

duros y en proceso de reconversión) expresan las deplorables e insalubres condiciones laborales. No sólo la mina es dura.

A todo ello se añaden secuelas físicas que a todos ha dejado este tipo de trabajos y experiencias extremas, y muchas veces les ha abocado a una jubilación anticipada (ver GD6:4 y 10). La dureza del pasado laboral de los mayores se reafirma al observar cómo cada uno de ellos perciben que su **profesión ha sido la más dura** en comparación con otros empleos. Esto se denota en sus continuas quejas respecto a su/s puesto/s de trabajo y a las críticas comunes sobre otras profesiones que les parecen más ligeras que las suyas.

“...en una agencia de transportes subiendo sacando sacos de patatas que antes no había ascensores ni nada, y luego te metes a la mina a rampar con 16, cuando tienes 30 ya estás algo tocado (J.- Estás quemado, claro), ahora, si hubiese estado de guardia civil no estaría tan usado...” (GD6:22 ó ver GD7:21 “...no estoy conforme de que seas Guardia Civil y los jubilan a los 55 ¿eh?, porque ha sido militar le jubilan a los 55, todos descansadotes y los pobres labradores se jubilan a los 65...” ó ver GD3:9: “...y esto es una cosa parecida a una mina, eso, lo que hay ahí es parecido a una mina, ahí la gente se deshidrata...”)

Un indicador claro de la no valoración de su trabajo, o incluso desprecio hacia el mismo, se expresa claramente en la no recomendación a los hijos de sus propios trabajos (no le aconsejan a nadie este trabajo) con el que se han identificado: “entré en la mina y eso, porque claro, era una cosa fija, era una cosa segura y claro, yo luego tengo un hijo que tiene 25 años y *nunca le dije: “oye, tú, vete para la mina”, ¡nunca!...*” (GD6:7). Otros se arrepienten igualmente de sus decisiones: no haber buscado otro tipo de trabajo menos peligroso y duro. Algunos recalcan que no es que el trabajo les asustara, no rechazaban el trabajo en general. No se consideran “vagos” ni muchos menos: se perciben con un alto grado de responsabilidad, entrega, sumisión, capacidad de aguante, etc. Pero el que hayan sido “trabajadores tan eficaces” y productivos no implica que estuvieran satisfechos: sus **aptitudes eran óptimas**, pero no sus **actitudes** hacia el mismo. El trabajo era un medio no un fin; los motivos eran instrumentales más que expresivos. El motivo de no haber alcanzado mejores trabajos suelen atribuirlo a **falta de cualificación y formación**.

Otro discurso específico es el de los **trabajadores del campo, agricultores** (GD7, EM10, p.e.) caracterizado igualmente por la dureza de sus condiciones de trabajo pero, parece que estos mayores mantienen una actitud más positiva hacia su pasado laboral y mayor satisfacción con el mismo. De hecho, tal como estos trabajadores comentan, “**no se jubilan nunca**” porque siguen trabajando en el campo, aunque sea de forma menos intensa o colaborando con sus hijos (véase capítulo 9.3.1.). Esta actitud positiva hacia el trabajo coincide con las opiniones de los **trabajadores autónomos, empresarios y trabajadores cualificados de los niveles altos** (ver 7.4.), en cuyas “profesiones” (podemos denominarlo “profesión” en cuanto que se identifican plenamente con ellas) han podido autorrealizarse en mayor medida y han tenido unas condiciones laborales más favorables.

La frase siguiente resume gráficamente la discursividad de los jubilados de estatus más desfavorecidos: “*¿Gustarnos el trabajo? Había que trabajar para salir adelante...*”. Debido a las condiciones laborales de los mayores estos jubilados muestran en general actitudes negativas hacia los trabajos que han estado obligados a desempeñar para salir a flote. Es decir, han sido trabajos intensos, no elegidos, “obligados”, pero aún así han sido centrales en sus vidas e “imprescindibles”. Se trata de un discurso de coerción (siguiendo los análisis de Crespo et al, 1998:59), una percepción del trabajo como sumisión y obligación, como una imposición externa y no interiorizada. Pero, con todo ello las **actitudes hacia el trabajo pasado son positivas**. Sin embargo, las **actitudes son negativas cuando se refieren a las condiciones de trabajo** que tuvieron, al cómo han trabajado. De ahí la dificultad de análisis, la ambivalencia de sus discursos, aunque predominen las actitudes negativas. Tal como ellos dicen “han tenido que ser amantes del trabajo” a la fuerza, ha tenido que gustarles.

“...la respuesta entre nosotros seis que estamos aquí y aunque hubiera otros sesenta iba a ser muy común, porque nosotros, todos, pertenecemos a una generación, a una generación que nuestra vida se basaba en el trabajo (...) teníamos que ser amantes del trabajo porque éramos personas honradas y porque las circunstancias y la vida que veníamos viviendo, ya reflejada en nuestros padres, se basaba siempre en el trabajo, no había ni rentas ni cosas (...) a todos nos gustaba trabajar, porque trabajando teníamos un duro, si no trabajabas no tenías un real...” (GD1:6 ó ver GD4:2: “...nos hemos tenido que adaptar a lo que teníamos no a lo que nos ha gustado...”)

Nos encontramos con opiniones ambivalentes sobre si “echan de menos el trabajo o no”, incluso en una misma persona. Estas contradicciones nos explican que dependiendo de a lo que se estén refiriendo cuando hablan de trabajo lo echan en falta o no. Por ejemplo, si piensan en las “condiciones de trabajo” (salario, horario...) no echan de menos su trabajo; si piensan en las relaciones con compañeros, sí. De nuevo, recordar que **no podemos tomar el trabajo como algo unidimensional, y por ello tampoco el rechazo** y el echar de menos el mismo está claro. En definitiva, si las motivaciones eran más intrínsecas y/o expresivas en mayor medida parece que se acuerda uno del trabajo. Aquí está la clave del análisis: **diferenciar los distintos aspectos del trabajo para analizar su admiración u hostilidad.**

Deriva de sus discursos una **satisfacción y sentimiento de orgullo** por su trabajo porque les ha permitido “salir adelante”; es decir, satisfacción pero más bien por motivos instrumentales (materiales, no expresivos) y extrínsecos al propio trabajo. Por ello la primera reacción es responder que “nos ha gustado todo”, pero luego profundizando sobresalen los aspectos negativos del mismo. No debemos confundir el orgullo y satisfacción de todos los mayores (menos en las mujeres que se sienten más desvalorizadas) de haber salido adelante, de haber superado aquella época, con la satisfacción hacia el trabajo pasado; son aspectos distintos. Se “adaptaron” a todo aquello. La mayoría dicen que **“les ha gustado todo el trabajo”, pero indagando en sus discursos quieren decir que se adaptaron**, que lo superaron. Esto es bien diferente a decir que les ha gustado en sentido pleno. En este sentido también hemos encontrado un discurso de trabajo, no ya como obligación externa, sino como una obligación interiorizada, una ética responsable individual hacia el trabajo, que nos recuerda las premisas que apuntaba Weber. Este sentido del trabajo como deber ético, como una “misión” vital que cumplir, lo observamos en algunos trabajadores de estatus medio y también en algunos trabajadores autónomos, pequeños empresarios y de mayor nivel. Pero como veremos en el apartado 7.4. en los mayores de mejor posición es donde hemos encontrado unos significados del trabajo positivos, que a veces aportaban un sentido “cuasimístico”, de sacralización, hacia el trabajo.

Pero, obviamente, los de menor estatus también destacan algunos de los **aspectos positivos** de “algunas” de sus experiencias (pues la variabilidad de trabajo ha quedado patente) son: libertad de decisión, de horario, libertad de movimiento, menor cansancio físico, trabajar al aire libre... Pero sobre todo valoran el **autocontrol y libertad** (ver p.e. GD4:3) que es, precisamente, lo que ha estado ausente en sus trabajos. De hecho, algunos critican los trabajos como el de los agricultores (GD7:6-7) porque nunca dejan de trabajar, y por el esfuerzo físico que requiere, o que al menos en su juventud requería.

Otra característica de sus trayectorias se refleja en los **“discursos de la suerte”**, del destino, que los mayores transmiten. En muchas ocasiones aluden a atribuciones externas para explicar la situación tan precaria que han vivido. Esto lo observamos en gran parte de nuestros mayores en un discurso de resignación, de la suerte, “lo que Dios ha querido”: su pasado más o menos exitoso ha dependido no sólo de ellos sino del “destino, la suerte” (véase apartado 9.5.3.4. sobre algunas actividades en el ámbito parroquial y su discursividad teñida de carácter religioso). En general, se quejan porque **no han tenido tanto control sobre sus vidas, no han elegido sus profesiones** como les hubiera gustado,

parece que todo “les ha venido dado”. Esta tendencia se percibe mayormente en los jubilados de estatus bajo y medio y en las mujeres mayores en general.

“- Eso es la suerte, la vida...” (GD1:7)

“- ... (habla de sus distintos trabajos)...tuve mala suerte” (GD:4:1)

“-...y gracias a Dios he colocado dos hijos, hoy los tengo casados, estoy con mi mujer...” (GD4:4).

En fin, a pesar de que el trabajo el *medio* de vida central dicen haber llegado al límite: “ya estaba bien de trabajar”. El echar de menos el trabajo no sólo dependerá, como estamos viendo, de las condiciones del mismo, sino también del entorno (espacial y relacional) que ahora se tenga (mayor o menor soledad), de las actividades que ahora se realicen, de las posibilidades (económicas, de salud) entre otras. En general, podemos decir que no echan de menos trabajar si se cumplen estas condiciones:

- Si las condiciones de trabajo eran pésimas (estatus medio y bajo) y/o estaban sobrecargadas (mujeres, apartado siguiente 7.3.)
- Si llenan el tiempo con otras actividades o relaciones “elegidas”. Aunque no ocupen todo el tiempo pero sí se sienten a gusto como están (véase capítulo 9).
- Si no gustaba el trabajo (aunque las condiciones no fueran tan pésimas) porque ya se notaban cansados (p.e. estatus alto, apartado 7.4.).

7.3. EL TRABAJO COMO COMPLEMENTO FAMILIAR

“*Estamos agotadas, no hemos parado ni dentro ni fuera...*” (discurso de las que han trabajado fuera del hogar, de las jubiladas de hoy) y “*mi vida ha sido mi familia y mi casa*” (discurso de las amas de casa), son, de entrada, dos discursividades claramente diferenciadas que podemos encontrar en boca de las mujeres mayores. Si bien estas dos frases resumen la distinta situación intrageneracional de las mujeres, sus andaduras nos muestran mayor diversidad, menor linealidad y menor uniformidad y consenso de lo que expresaban las voces masculinas. Las mujeres mayores reflejan trayectorias laborales aún más erráticas y diversificadas. Muchas dejaron su trabajo al casarse; otras han vivido una continua entrada y salida del mercado laboral; algunas han trabajado después de educar a sus hijos, etc. Aquí nos vamos a centrar en el grueso de mujeres mayores que son aquellas que han tenido el norte de su vida en la familia y el hogar, y aquellas que han trabajado remuneradamente pero al mismo tiempo han tenido que ser amas de casa. Recordemos, según datos del Censo de 1991 (véase capítulo 2) que sólo un tercio de mujeres son “jubiladas” (35,5%), es decir, que cobran pensión propia; el otro tercio con “pensionistas” (30,72% cobran otro tipo de pensión, generalmente de viudedad) y el resto “amas de casa” (32,21%). Sus discursos son, pues, más complejos atendiendo a esta diversidad en sus *andaduras vitales*⁸.

En general, si el discurso de los mayores refleja un consenso en relación al sentir como “mala generación”, las mujeres aún muestran una autopercepción más negativa y enfática de este aspecto. Con los jubilados comparten casi todos los puntos tratados anteriormente (véase cuadro 7.1.). Pero, además, son conscientes de una mayor “desgracia” que ha caído sobre ellas por varios motivos: no han podido trabajar en condiciones óptimas, han estado sobrecargadas (trabajo del hogar y extradoméstico), no han podido estudiar ni formarse (las mujeres mayores tienen menor nivel de estudios reglados que los varones), no han podido salir de casa como sus coetáneos (viajar o a los bares, p.e.), apenas

⁸ Hemos de puntualizar que muchas de nivel alto que tienen mayor formación y por ende tuvieron mayores posibilidades pudieron trabajar de forma continua como los varones, pero constituyen una minoría de mujeres mayores. Nos centramos en las de nivel medio y bajo, y no en las de estatus alto que no representan más que a una mínima parte y cuyos discursos fueron ampliamente desarrollados en Agulló y Garrido (1996)

han tenido posibilidad de ocio activo (deportes, viajes...), entre otras limitaciones. En fin, tal como ellas mismas expresan, no han podido vivir ni como las mujeres de ahora ni como los hombres de sus edades *“no es como las jóvenes de ahora,... nosotras no hemos podido estudiar, ni trabajar en lo que queríamos, ni conducir, ni salir con nuestras amigas, ni viajar... ¿no diréis que no hemos sido desgraciadas las mujeres de nuestra edad?”* (GD2:17). Sobran comentarios.

Un análisis simplista nos indicaría que las mujeres “poco tienen que contar” respecto a su trayectoria laboral ya que su actividad ha pivotado alrededor del hogar y de la crianza de los hijos. El trabajo remunerado ha sido, generalmente, secundario para ellas. Pero por todo ello, sus itinerarios laborales son erráticos y más complejos de analizar. No tienen nada de simples y uniformes. Dentro del discurso femenino al menos se distinguen tres tipos de discursos dependiendo de su pasado laboral: el discurso de las que han trabajado remuneradamente de manera central (minoritario), el discurso de las amas de casa (muchas) y de las trabajadoras y amas de casa al mismo tiempo (mayoritario, en relación a nuestro estudio). En nuestro caso hemos profundizado sobre estos dos últimos tipos de discurso (de estatus medio y bajo) por ser, hoy por hoy, los más representativos de las mujeres de edad⁹.

De forma general, una primera diferencia observable en relación a los jubilados es que en sus discursos se detienen menos hablando de sus trabajos, son menos retrospectivos. No se extienden describiendo sus trabajos de forma tan pormenorizada; tienen un discurso menos “descriptivo” y más rotundo en sus críticas que los varones. Ello puede interpretarse de varias maneras: por una parte, parece que no “echan tanto de menos” el trabajo remunerado porque quizás no ocupó el centro de sus vidas, no se sentían autorrealizadas con él mismo. Por otra parte, esto puede percibirse como que el trabajo no llenaba totalmente su tiempo diario, que tenían que compartir con el papel principal de ama de casa y madre. Sus discursos acerca del trabajo suelen estar teñidos de queja, protesta de la situación laboral y vital que han vivido. En cualquier caso sus estructuras discursivas tratan otras temáticas como los hijos, la soledad, por ejemplo, que de inmediato surgía en sus conversaciones aunque se les preguntaba, en principio, por sus pasados laborales.

De entrada, la gran mayoría de mujeres mayores han tenido que soportar la “doble” o “triple jornada” trabajando dentro y fuera del hogar. Muchos de los jubilados también tuvieron lo que hemos denominado “pluriempleo forzoso” pero al menos eran “empleos”, eran trabajos remunerados. En relación a las mujeres hemos de puntualizar que incluso las que se autocalifican como “amas de casa” han alternado otro trabajo extradoméstico, sea de forma temporal o, en algunos casos, a lo largo de su vida. Su *curriculum vitae* está lleno de “huecos” laborales coincidiendo con la etapa de crianza de los hijos, pero en realidad trabajaban de forma sumergida, bien apoyando a los maridos en negocios familiares, bien en el propio domicilio a destajo. Podemos observar claramente la extensión de los *curriculum* de muchas mujeres, la diversidad de sus trabajos, que choca a su vez con el extenso descrédito que ellas manifiestan y la desvalorización social que han sentido en torno a su trayectoria vital. A las condiciones laborales pésimas citadas, en las mujeres se añaden otras más que nos permiten afirmar que su situación laboral y vital pasada ha sido, si cabe, más deteriorada que la de sus coetáneos:

⁹ Aunque hemos tenido en cuenta a las mujeres de estatus elevado, sus comentarios podrían equipararse laboralmente al discurso de los varones con una trayectoria laboral más continua. De todas maneras, aún habiendo trabajado remuneradamente de forma central sus discursos son distintos a los de los varones tal como comprobamos en Agulló y Garrido (1996), tal como se confirma en otros estudios (Arber y Ginn, 1991, 1993; Bazo, 1990, 1992; Freixas, 1993; Friedan, 1994; Pitaud, 1984; Rosenthal, 1990, entre otros) y en alguna entrevista aplicada para esta tesis a este perfil de mujer.

Cuadro 7.2. Algunas características de las trayectorias laborales de las mujeres mayores

- Doble o triple jornada, intentando compatibilizar los tres “trabajos”: hogar, familia, trabajo.
- Trabajo no remunerado y no reconocido socialmente. Profesiones desvalorizadas, principalmente del sector servicios: limpieza, costura, comercio, cuidadora...
- Condiciones de trabajo pésimas: sin contrato generalmente, salarios bajos, trabajo en el propio domicilio (a destajo, sin seguridad)
- Lugares de trabajo: empresas con poco prestigio, apoyo en negocio-agricultura familiar (principalmente del marido).
- Motivación del trabajo extrínseca e instrumental, principalmente económica, por necesidad, para complementar el salario del marido.
- Mayor descualificación profesional (debido a las menores posibilidades y menor experiencia) que los varones de sus edades.
- Socialización tradicional en valores sexistas: la mujer debía desarrollar antes su faceta de “madre” que la de “trabajadora” cuando, en muchos casos, les ha tocado desempeñar igualmente ambos roles.
- Todo ello ha implicado una mayor dependencia, sumisión, inseguridad, sin control ni poder de decisión sobre sus trabajos ni sobre sus vidas.

Muchas **abandonaron sus trabajos al casarse**, dando prioridad (costumbre al uso en su juventud), al “rol de madre y esposa” antes que al de trabajadora y profesional. Esta “decisión forzada” en las mujeres afectará para que actualmente estén viviendo en peores condiciones socio-económicas la jubilación (véase capítulo 8) y la experiencia del envejecimiento se vuelva más dificultosa y deteriorante para ellas.

“...trabajando ocho años hasta que me casé, pero como entonces la mujer que se casaba, el marido por un lado no te dejaba y la empresa tampoco te admitía... entonces tuve que salir. Me dieron un dinero, que entonces se daba... nada, una miseria, pero me tuve que salir. Después me casé y he sido una mujer pues de mi casa...” (GD2:1 ó ver EM17:1: “...Cuando me casé lo dejé, dejé de hacer pantalones. (...) porque no quería mi marido...” ó GD3:3: “...Hice bachiller superior y era maestra, pero después me casé y ya no...”)

El fenómeno de la emigración también forma parte de sus “itinerarios” vitales y avatares, destacando las dificultades que han tenido que superar para salir adelante. No sólo muchos de los varones de estas edades tuvieron que abandonar sus tierra, sino que también las mujeres han emigrado (junto a sus parejas o de forma individual) más de lo que en principio se pueda pensar. La representación e imagen del “emigrante mayor” que suele tenerse es en masculino, cuando estamos comprobando que muchas mujeres mayores han tenido igualmente que salir de su zona natal en busca de mejor trabajo y futuro. Esta invisibilidad del papel de las mujeres (en nuestro caso mayores) viene siendo desvelada sólo recientemente por algunos estudios. Podemos decir que no se han reconocido hasta el momento ni las aportaciones de las mujeres mayores emigrantes y tampoco las de “las que se quedaron”, que contribuyeron igualmente al mantenimiento y sostenibilidad de sus familias y de distintos lugares del estado español en reconstrucción tras la Guerra Civil¹⁰.

“- ...me vine a Madrid a trabajar con trece años en una casa, luego me fui con diecisiete años a otra, he estado cuarenta años trabajando con ellos porque me casé y volví a trabajar con ellos... (...) ..murió mi marido y ya mis hijas pues no quisieron que... que trabajara. También soy viuda, hace diez años que se murió y ya te digo, trabajar mucho y pasar muchas calamidades porque hemos pasado mucho porque yo he llorado muchísimo porque era joven cuando me vine y he llorado muchísimo porque lo pasaba muy mal (...) te tenían como si fueras ¡un perro!, hablando claro (...) comiendo lo que no querían ellos
- ...me vine a Madrid antes de la guerra, que pasé la guerra en Madrid y (...) Y luego ya, terminó la guerra, pues vivía con mi madre, estuve sirviendo pues poco tiempo, luego va me casé y estando casada pues me puse a trabajar en una oficina de limpieza y he estado pues veinte años...” (GD2:2 ó ver GD77 ó EM4:1-2)

¹⁰ Se ocupan de “correr el velo” de las mujeres y hacer visibles sus aportaciones autoras como M.A. Durán (1972, 1986, 1988), Salle y Casas (1987), Barañano (1992), Borderías, Carrasco et Alemany (1994) y diversas investigaciones financiadas-apoyadas por el Instituto de la Mujer y/u otros organismos.

parece que todo “les ha venido dado”. Esta tendencia se percibe mayormente en los jubilados de estatus bajo y medio y en las mujeres mayores en general.

“- Eso es la suerte, la vida...” (GD1:7)

“- ... (habla de sus distintos trabajos)...tuve mala suerte” (GD:4:1)

“-...y gracias a Dios he colocado dos hijos, hoy los tengo casados, estoy con mi mujer...” (GD4:4).

En fin, a pesar de que el trabajo el *medio* de vida central dicen haber llegado al límite: “ya estaba bien de trabajar”. El echar de menos el trabajo no sólo dependerá, como estamos viendo, de las condiciones del mismo, sino también del entorno (espacial y relacional) que ahora se tenga (mayor o menor soledad), de las actividades que ahora se realicen, de las posibilidades (económicas, de salud) entre otras. En general, podemos decir que no echan de menos trabajar si se cumplen estas condiciones:

- Si las condiciones de trabajo eran pésimas (estatus medio y bajo) y/o estaban sobrecargadas (mujeres, apartado siguiente 7.3.)
- Si llenan el tiempo con otras actividades o relaciones “elegidas”. Aunque no ocupen todo el tiempo pero sí se sienten a gusto como están (véase capítulo 9).
- Si no gustaba el trabajo (aunque las condiciones no fueran tan pésimas) porque ya se notaban cansados (p.e. estatus alto, apartado 7.4.).

7.3. EL TRABAJO COMO COMPLEMENTO FAMILIAR

“*Estamos agotadas, no hemos parado ni dentro ni fuera...*” (discurso de las que han trabajado fuera del hogar, de las jubiladas de hoy) y “*mi vida ha sido mi familia y mi casa*” (discurso de las amas de casa), son, de entrada, dos discursividades claramente diferenciadas que podemos encontrar en boca de las mujeres mayores. Si bien estas dos frases resumen la distinta situación intrageneracional de las mujeres, sus andaduras nos muestran mayor diversidad, menor linealidad y menor uniformidad y consenso de lo que expresaban las voces masculinas. Las mujeres mayores reflejan trayectorias laborales aún más erráticas y diversificadas. Muchas dejaron su trabajo al casarse; otras han vivido una continua entrada y salida del mercado laboral; algunas han trabajado después de educar a sus hijos, etc. Aquí nos vamos a centrar en el grueso de mujeres mayores que son aquellas que han tenido el norte de su vida en la familia y el hogar, y aquellas que han trabajado remuneradamente pero al mismo tiempo han tenido que ser amas de casa. Recordemos, según datos del Censo de 1991 (véase capítulo 2) que sólo un tercio de mujeres son “jubiladas” (35,5%), es decir, que cobran pensión propia; el otro tercio con “pensionistas” (30,72% cobran otro tipo de pensión, generalmente de viudedad) y el resto “amas de casa” (32,21%). Sus discursos son, pues, más complejos atendiendo a esta diversidad en sus *andaduras vitales*⁸.

En general, si el discurso de los mayores refleja un consenso en relación al sentir como “mala generación”, las mujeres aún muestran una autopercepción más negativa y enfática de este aspecto. Con los jubilados comparten casi todos los puntos tratados anteriormente (véase cuadro 7.1.). Pero, además, son conscientes de una mayor “desgracia” que ha caído sobre ellas por varios motivos: no han podido trabajar en condiciones óptimas, han estado sobrecargadas (trabajo del hogar y extradoméstico), no han podido

“...en el pueblo salía de mi trabajo, tenía que hacer la comida, atender a mis hijos y él se iba al café...”

J- Mira, yo a tomar el café.

A- Claro. Y yo terminaba, salía corriendo y me iba a mi trabajo igual que él, pero en ese intermedio la que había estado haciendo era yo.” (EM1819:7 ó ver EM7:4-5-: “...para llevar la casa y la escuela tenía que estar siempre corriendo. Yo, iba a la compra y miraba el reloj...” ó GD2:18)

Las amas de casa aunque no tienen un discurso propio sobre el trabajo extradoméstico, se sienten igualmente desconsideradas en la “entrega total de su vida” a la familia y al hogar. Más que hablar por tanto de forma intensa de su pasado laboral (tal como hacen los jubilados, cuyo discurso hacia el trabajo es recurrente) el discurso de las mayores está teñido de protesta y temáticamente **centrado más en la familia-hogar que es lo que ha conformado el eje de sus vidas**. La centralidad de la familia se ha impuesto a la centralidad del trabajo. Este “eje” conductor es frente a lo que muchas indirectamente se “revelan”, pero también muestran satisfacción, quizás por no sentirse aún más desgraciadas y con mayor disonancia o contradicción respecto a lo que han sido. Late el discurso de la frustración, del “querer y no haber podido” (trabajar, conducir, salir más, estudiar...). En sus discursos predominan las expresiones de “teníamos que”, “no tuvimos elección”, “había que...”, aún más enfáticamente que en los hombres.

Muchas han trabajado “sumergidas” (en el hogar y de forma extraoficial: en los dos sentidos “encerradas”). En cualquier caso, sus discursos son menos recurrentes hacia el pasado laboral que el de los jubilados. Esto puede ser una prueba indicativa de la menor centralidad y del significado del trabajo remunerado como algo secundario y complementario. Su pasado laboral ha marcado obviamente sus actitudes hacia el trabajo, que generalmente (excluyendo a las mujeres de estatus alto) han sido negativas como se comprueba en sus diálogos. En sus relatos no hacen más que **acentuar la cara negativa** de los empleos que han tenido. Han estado insatisfechas con el trabajo, no les gustaba (no se identificaban con los mismos, a diferencia de sus coetáneos), pero como hemos dicho anteriormente, sobre todo el rechazo ha sido hacia “la forma”, las **condiciones de trabajo**, en que han desempeñado sus “profesiones” si así se pueden llamar. Muchas han trabajado incluso sin cobrar apenas (apoyo al trabajo del marido o padres, p.e. en zonas rurales agrícolas; o en pequeños negocios del marido). Es un discurso caracterizado por las coerción, sumisión, imposición externa, aún de forma más acentuada que en sus coetáneos.

Reconocen que sus trabajos no son cualificados, pero están orgullosas de haber “contribuido” a la economía familiar, de haber “cumplido una misión” bien sacando a los hijos adelante, bien complementando (en el caso de las viudas “sustituido”) el sueldo del marido, bien encargándose de las tareas del hogar en exclusiva. Además de las motivaciones económicas, destacan también la independencia económica “relativa”, las relaciones, la posibilidad de salir del espacio doméstico que ha sido posible gracias a ganar su propio dinero.

Las que han tenido muchos hijos, destacan la dificultad en la mayor parte de las ocasiones para **armonizar el múltiple papel** de esposa, madre, ama de casa y trabajadora. La solución hubiese sido: 1) trabajar o estar de ama de casa, o 2) compatibilizar todo pero teniendo ayuda, pero no desempeñar los dos papeles porque al fin y al cabo no han vivido las ventajas de haber trabajado y sí las desventajas de ser ama de casa. No han disfrutado plenamente de casi ninguna de las ventajas que pueden aportar cada uno de los dos roles. Han estado “en medio”, entre el trabajo y la casa, en una situación difusa y de indefinición. La cuestión es que **no han podido decidir ni elegir ninguno de los caminos** sino que en todos los casos les ha venido impuesto: impuesto por las necesidades, por la educación represiva y conservadora, por el marido, o por todo ello unido. Muchas destacan, pues, la preferencia por el trabajo de ama de casa frente al papel de trabajadora (los trabajos a los que han tenido acceso eran igualmente desprestigiados, poco valorados social y

económicamente). Han tenido que trabajar por necesidad, por ello muchas reconocen que ser ama de casa al menos ha resultado algo más “cómodo”.

“...en la fábrica es que... como te quedas viuda con cuatro hijos y una niña de cuatro años (..) la mitad de las veces tenía que faltar a mi trabajo porque... a mí me gustaba trabajar (...) tenía que fallar mucho porque... ¡a ver!, porque el mayor me quedó con diecisiete años, eran cuatro, pues, cuando no se ponía uno malo, se ponía el otro (...) y hemos ido campeando, sacando los hijos adelante y ... pero un [Silencio] un no vivir, el ir a trabajar y no poder estar en casa con tus hijos, es un no vivir (...), porque ni estás fuera ni estás dentro y ha sido un sacrificio... (...)” (GD3:4 ó ver GD7:6: “...el trabajo de ama de casa, pero como se tiene que salir a ganar pues mejor en el pueblo...” o GD4:2)

Algunas manifiestan su **frustración**, su deseo no cumplido de trabajar en lo que verdaderamente les gustaba. Han trabajado en lo que han encontrado, para cubrir necesidades económicas individuales y familiares (por motivos instrumentales), pero no han podido desarrollarse como personas, autorrealizarse, cualificarse más en sus trabajos. Reconocen, al igual que los jubilados, que su baja preparación y la coyuntura del momento no les dejó elección de sus trabajos, de sus vidas. Ello se traduce en un discurso resignado al haber tenido que trabajar en lo que han podido: sirviendo-limpieza de otros hogares, tareas agrícolas, costura. Eran trabajos considerados tradicionalmente como “femeninos”.

“M.- A mi me ha gustado la enfermería, pues cuando vine de allá con las hijas aquí, me coloqué en La Fe [Hospital de Valencia] y estuve 9 meses trabajando en La Fe de auxiliar, lo que más me ha gustado ha sido eso... ningún otro tipo de trabajo ni de casa ni nada ¡toda la sé hacer! pero a mí siempre me ha gustado eso: me enseñaron a poner inyecciones en las venas (...) Lo que me ha gustado ha sido eso siempre (...)”

M.- Entonces, como no había otra cosa, te gustaba (...). como no había otra cosa nos lo pasábamos bien: íbamos a la uva, a la panera, un mes o mes y medio, lo que había, y después ayudando a casa. (...)” (GD7:7)

“M.- Pues a mí, no es que me encantara coser, porque es muy esclavo, es esclavísimo, me levantaba a las cinco de la mañana a preparar, a cortar y preparar para no molestar a las vecinas la máquina y luego, coser, pero..., no tenía otra preparación para poder hacer otra cosa y sacar a mis hijos” (GD3:4 ó ver GD9:1-2)

Destacan aún menos puntos positivos de sus trabajos que los jubilados, si cabe algunas señalan la libertad y la “escapada” del hogar, las relaciones sociales, y un atisbo de independencia que el empleo les ha reportado. Esto último será pues lo que echan de menos una vez jubiladas, o mejor dicho una vez que dejan de trabajar, pues muchas no se han jubilado (siguen trabajando) y otras dejaron de trabajar pero no son “jubiladas” en el sentido propio del término. La queja respecto a su situación queda patente en sus testimonios. Aún así transmiten un discurso basado en la resignación y conformismo. Se observan pocas diferencias entre las trabajadoras y las amas de casa en exclusiva, pues todas protestan sobre su pasado laboral: las primeras por no haber trabajado en buenas condiciones; las segundas por haber estado entregadas al hogar. En común tienen, y eso se extiende a lo largo de todos sus discursos, la baja valoración social que han percibido, y la poca autovaloración en su faceta laboral.

Comparten un discurso en el que se manifiestan (unas de forma más clara, otras más “reservadas”) especialmente discriminadas respecto a los varones de sus edades, y en comparación con las mujeres de hoy. Pero no sólo en el ámbito laboral sino social general. No han tenido control sobre sus trabajos ni sobre sus vidas. Con todo ello transmiten un “discurso frustrante”, de deseo no cumplido, de no haber tenido ningún poder de decisión sobre sus espacios ni tiempos. Sobre todo las que han centralizado sus vidas en el hogar-familia, las amas de casa en exclusiva, son las que se manifiestan más “desgraciadas y desprestigiadas”.

“...criar a 7 hijos ¿te parece poco? (...) ...he tenido que hacer de todo, pues lo que menos me ha gustado ha sido..., ¿qué te voy a decir?, la verdad que nada por que he tenido que... porque aunque no me haya gustado he tenido que hacerlo (...) ...con 7 hijos lo que he tenido que planchar. Y he salido poco, he salido poco.”

(EM16:1 ó ver p.e. GD2:4-5: “...la mujer no tenía campo, no había campo para la mujer, tenías que buscártelo tú y mucho... (...) porque no, no te admitían en sitio ninguno, te discriminaba toda la gente...”)

Llama la atención el que muchas de ellas no mencionen su pasado dramático; parece que **no son conscientes de su pasado o, mejor dicho, “no quieren” serlo...** Muestran un discurso poco crítico que puede ser debido a que verdaderamente han estado bien (la minoría), porque son conformistas (“no ha estado tan mal”), o porque han “sufrido”, pero ahora prefieren “enterrar” su pasado, olvidarlo, e intentar disfrutar algo más su libertad. Si echan la vista atrás muestran dos discursos contradictorios pero complementarios:

- Por una parte se manifiestan “orgullosas” de su pasado “exitoso” por “haber cumplido” y haber salido adelante con su familia, hijos-marido, hogar y trabajo. Las que tienen más presente esta faceta muestran un discurso más positivo respecto al trabajo.

- Pero, por otra, no quieren recordar la “sujeción”, sobrecarga y dependencia de los demás (hijos, marido, padres, jefe) y prefieren disfrutar ahora de su tiempo libre más que nunca. Las que tienen presente esta faz del trabajo pasado transmiten un discurso más negativo.

En general, encontramos en las mismas mujeres relatos en los dos sentidos enunciados. Se trata de unos discursos ambivalentes. De ahí se deriva la complejidad de querer “clasificarlos” como positivos o negativos que sólo se hace a efectos de orden (más bien se trata de un *continuum*) no de simplificar la realidad observada.

De todas maneras hemos de subrayar que no todas las mujeres son conscientes de las desigualdades y discriminación que han soportado (algunas participantes GD2, GD3, p.e.), sino que muchas “aceptan” su situación, se resignan y conforman con “lo que les ha tocado vivir” (algunas GD9, y entrevistas). Se trata del “discurso tradicional” que tienen muchas mujeres mayores; quizás es un discurso “recatado” (a veces ausencia de crítica) más presente en las mujeres de lo que cabría esperar en vistas a sus vivencias. Pero, generalmente la discursividad femenina se fundamenta en la queja, en la lamentación, que desde fuera puede conducir a plantearse la duda ¿en realidad lo pasaron peor o es que se quejan más, son más expresivas? Sin duda, aparte de que sus discursos son más expresivos, también su situación fue peor que la de los hombres. Esto lo percibimos en nuestro estudio pero viene confirmado en otras investigaciones consultadas. A las penurias de hambre, pobreza, se añadía la educación en valores represivos. Por ejemplo, la represión sexual (ver GD2:20 ó capítulo 10). Pero no sólo a nivel relacional y sexual. La frase “*estábamos metidas en un bote*” resume casi a la perfección la educación que recibieron en general los mayores, pero sobre todo las mujeres. Estas pautas socializadoras han influido totalmente sobre sus vidas y trabajos: el miedo a salir de casa, la inseguridad ante los hombres, a ir a trabajar... el discurso del miedo.

“- Y te metían más miedo los padres, porque yo cuando me vine a Madrid, mi madre: “¡Que no se te ocurra de ir con nadie, que a ver lo que vas a hacer!” y es el miedo (...)”

(...)- Y hacen bien, desde luego, yo lo comprendo porque estábamos metidas en un bote, no podías salir, si salías era malo, si te metías era también, o sea que no sabías lo que ibas a hacer...

- No, no, yo salía a comer, yo salía a comer a la una y no te podían decir: “¿quieres tomarte un vermut?” y había veces que decías: “¡Jolín!, ¿si me ven?, ¿y si me ven?”, y no podías entrar a tomarte un vermut (...)”

- Nacimos en muy mala época... (...)”

- Pues yo, lo que... antiguamente lo que ha pasado es que hemos pasado muchas... las hieles amargas, para decir... porque era el año del hambre (...) nos fastidiaron mucho porque eran tiempos muy malos, tiempos malísimos ...(...) Pasé mucho, lloré mucho...” (GD2:5-6 ó ver GD2:21: “...con tu marido lo mismo que había hecho mi madre con mi padre. (...) el mejor plato, era para mi padre (...) ...mi madre, si había dos huevos, los repartía para los demás y ella se quedaba sin él (...) Era una vida... muy triste...” (GD2:21)

La discursividad femenina está cincelada, sea de forma latente (en todas) o manifiesta, de protesta y denuncia ante la “poca libertad, ausencia de poder de decisión, frustración” que han soportado. Recordemos los discursos del apartado 7.1. en el que nos

expresaban su dependencia primero de los padres y después de los maridos o jefes. Ha sido una vida muy dura, triste, reprimida...; una “vida a medias”. En general, tanto las que han trabajado como las que han sido amas de casa no se han sentido consideradas ni laboral ni socialmente. Parece que su historial les persigue y aún siguen sintiéndose las “más desgraciadas” en comparación con los jubilados. Generalizando, el discurso negativo de las mujeres se enfatiza en boca de las viudas, amas de casa, las que están más delicadas de salud y solas... que son las que transmiten unos discursos aún “más negros”. Su valoración global de pasado (no solo de sus trabajos), y también la valoración global de su presente parece más negativa a tenor de sus discursos. Critican el machismo más duro y recalcitrante, no a nivel individual sino social, que no dejaba trabajar (ni estudiar, ni salir, ni, nada) a las mujeres (véase las dos primeras transcripciones). Por contra, valoran y son conscientes de los avances que las mujeres de hoy pueden disfrutar.

“...tuve la cosa de que mi mujer no trabajó para nadie, cosa que yo no quise que hiciera que trabajara para nadie, porque ya me reventaba yo solo para trabajar y sacar a los dos hijos adelante” (EM20:4)

“- ...pagar el piso, comer... no podía ser, entonces yo me pongo a trabajar o nada así que me puse a trabajar, no quería, pero yo dije: “Yo voy a trabajar” (GD2:26).

“...todo, tan limitado que no podías, ni un momentín, aunque estabas casada, era tal la sujeción que tenías a tú marido, ¡eh!, tal sujeción que tenías a tu marido que yo me he pasado, desde que me he casado, fíjate si me habré pasado, pegada al teléfono, porque mi marido era camionero, y me he hecho nueve colchas a ganchillo, (...) yo no podía salir ni a tomar un café, (...) porque si mi marido me llamaba por teléfono y no me pillaba la bronca era... segura, y luego las listas que era: “Pues mira esta, pues mira la otra” y me he tirado, toda la vida, desde que yo me casé sentada en una silla... (...) y digo... ¡que hoy se queje la juventud!, no tiene derecho a quejarse. tendréis otros inconvenientes, yo no digo que no, pero solamente la libertad que tenéis la mujer hoy día vale por todo, hemos pasado una vida muy sacrificada, (...) muy canalla, nos las daban todas en un lado (...) digo: “Bueno y yo... ¿qué he pintado?”, que no podías salir a la puerta de la calle a tomar ni un café porque no te vicran, porque no tenías derecho, tu marido era el primero que te decía: “¡chhh!, tú en tu casa”. Entonces, ya me contarás...” (GD2:20 y ver GD2:21)

El bajo nivel formativo de los mayores queda aún más patente en el discurso de las mujeres, que aunque parece que no sobrevaloran tanto como ellos, igualmente dejan traslucir un determinado “complejo de inferioridad” por no haber podido estudiar.

“...los hombres tampoco iban, porque yo no he ido nunca al colegio, ¿eh?, pero la mujer, menos todavía, porque tenían que emplearla, hasta cuidar niñas, que tenían cuatro o cinco años y tenían que...” (GD3:36 y ver p.e. GD9:15: “...éramos más burros y ahora serán todos inteligentes (...) - ¿Cómo teníamos que estudiar si no teníamos dinero?, bastante hacíamos si comíamos, los años nuestros de posguerra bastante hacíamos si comíamos...”)

En general se sienten “desgraciadas”, y se lamentan de la “mala época” que les ha tocado vivir. En ello los discursos son semejantes en todos los mayores. Predomina el discurso de la fatalidad, se sienten un grupo desfavorecido: “*hemos sido bastantes desgraciadas* (...) mira vosotras las jóvenes al menos ahora podéis elegir entre quedaros en casita o salir a buscaros el pan... Pero nosotras, yo creo que todas las que estamos aquí y más... *hemos tenido que hacer lo que había que hacer* porque así estaba montado, era otra vida...” (GD9:3). Sin embargo, también coinciden con sus coetáneos en que vivieron mejor que sus padres y antepasados (véase 7.1.).

“- Pero eso el que vivía; mi madre me acuerdo que lloraba todos los días, (- pobrecilla), todos los días, (-¿estaba enferma?), porque estaba enferma y porque no tenía dinero; iba a la “tacita” y mi padre le decía: “¡¿ya no tienes dinero?!” y encima de que no lo tenía, que te dijeran “¡¿ya no te queda dinero?!” y se iba...”

- Hoy nos quejamos y si vemos a nuestros padres no nos podemos quejar.

(...)- Porque mi padre y mi madre murieron y no cobraron... (GD9:14)

Teniendo presente la idea de diferencias intragénero (entre las propias mujeres) podemos resumir los distintos *itinerarios* laborales femeninos adaptando la idea básica de McPherson (Moragas, 1991, pp. 175-6) del siguiente modo:

- 1.- Haber sido amas de casa exclusivamente.
- 2.- Amas de casa, pero trabajado de forma sumergida (pocas horas, baja remuneración).
- 3.- *Triple carrera*: han compatibilizado hogar, familia y empleo.
- 4.- Itinerario maduro o retrasado: amas de casa que se han incorporado al trabajo remunerado después de la crianza de los hijos.
- 5.- Itinerario intermitente: han compatibilizado hogar y empleo, con entradas y salidas frecuentes al mercado de trabajo. Las llamadas “mujeres re-entrantes”.
- 6.- Itinerario imprevisto: un acontecimiento familiar obligó a abandonar el mercado laboral (cuidado de familiares mayores) o bien a incorporarse al mismo (viudedad).
- 7.- Itinerario ininterrumpido: las que han trabajado de manera lineal, sin interrupciones, al modo “masculino”.

Sin embargo, la mayor parte de mujeres han seguido como estamos corroborando, los primeros itinerarios laborales más que los últimos, que conforman trayectorias laborales más lineales y continuas (el 7º tipo ha sido más característico de las mujeres de estatus alto). Al margen de que muchas han sido amas de casa exclusivamente y otras han trabajado al mismo tiempo, todas tienen discursos igualmente críticos. Hemos visto cómo las amas de casa y jubilados de menor estatus plasman un discurso con tintes más negativos, más críticos. Una reconstrucción menos clara, más ambivalente, tienen los jubilados/as de posiciones medias, que se sitúan en un extremo más o menos crítico dependiendo de la faceta que estemos analizando. En cambio, en el otro polo podemos observar un discurso sobre el pasado laboral más positivo que suele concentrarse en los/as mayores de estratos sociales más privilegiados. Veamos a continuación los matices discursivos de estos últimos.

7.4. EL TRABAJO COMO VOCACIÓN

Pero no toda la crónica del pasado laboral de nuestros mayores es tan negra como lo comentado en los anteriores apartados. De ahí la heterogeneidad intrageneracional que venimos resaltando a la largo de toda la tesis. Hemos encontrado no sólo diferentes discursos intergénero sino también interclase, según el estatus alcanzado. En contraposición a todo lo que se viene analizando, los jubilados de mejor nivel socio-económico, ejemplifican y representan las trayectorias más lineales y continuas de todos los mayores. La siguiente frase bien puede resumir esta idea: “*Hemos crecido de la nada. Ha sido difícil pero estamos orgullosos*”. Son los que han disfrutado de mejores condiciones de trabajo, incluyendo, claro está, la minoría de mujeres de estatus alto. Con ello podemos confirmar la existencia de diversidad significacional respecto al pasado en relación a los trabajos y al nivel educativo. El género y el hábitat, también aportan matices distintos a los discursos sobre la trayectoria laboral, aunque encontramos un trasfondo común de dificultad pretérita en boca de todos los mayores.

En cualquier caso, tal como decíamos al tratar el discurso predominante o común (apartado 7.1.) sobre el pasado de los mayores, los de capas más altas también nos cuentan que han tenido una vida de trabajo muy dura, horarios extensos, principios difíciles. Se encuentran tanto diferencias discursivas intragénero (ya comentadas) como intraclase. Es decir, dentro de un mismo estatus también se pueden hallar algunas diferencias entre los mayores que han sido empresarios (componentes del GD8, p.e.) frente a la mayor

uniformidad laboral de los empleados y cargos de la Administración (participantes del GD5, EM1, EM3, EM13)¹².

En general, estos jubilados han desarrollado su profesión con mejores condiciones laborales que las comentadas hasta el momento: han sido sus propios jefes (caso del GD8), han tenido trabajos cualificados, salarios elevados, posibilidad de formación, nivel educativo alto, poder de decisión, libertad, mayor reconocimiento social y autorrealización, etc. Esto hace que su valoración de la trayectoria laboral sea más positiva. La centralidad del trabajo en sus vidas es semejante a de los otros jubilados, pero las motivaciones, satisfacción y recompensas laborales son bien distintas. En relación a la cara positiva de sus trabajos anteriores, de entrada ya observamos una **mayor linealidad, menor diversidad y menos cambios** de profesión y puesto de trabajo. Si se producían cambios eran para ascender o mejorar.

“...he trabajado pues toda la vida en la Administración del Estado.

- ...igualmente funcionario.
- ...dedicado a la docencia toda la vida.
- ...en el comercio de la piel
- ...funcionario.
- ...funcionario.
- ...soy delegado de ventas de... del grupo Freixenet” (GD5:1)

“...a los 15 años a trabajar en la banca y practicamente entré de botones, luego ya fui auxiliar y fui ascendiendo y estuve en una escala administrativa y así he estado toda la vida y perfectamente, mi vida laboral ha sido perfecta, maravillosa. De verdad, no he tenido ninguna queja, he estado deseando que llegara la hora para irme a trabajar, me gustaba irme a trabajar (EM8:1 ó ver EM1:1 “...prácticamente en la misma empresa porque entré en la matriz y luego me pasé a una filial.” ó ver GD8:1, EM12:1, GD5:3)

Por tanto, si hay mayores con “amor al trabajo”, o al menos con actitudes más positivas hacia el mismo, los encontramos en las profesiones más cualificadas que, en nuestro estudio son la menor parte. Serán estos mayores cuyo trabajo ha sido “más expresivo” (o al menos más valorado socialmente) los/as que más echan de menos el trabajo (véase capítulo 8). En los trabajadores autónomos, agricultores y las profesiones más cualificadas encontramos unos discursos que denotan alta satisfacción laboral, sobre todo los que han sido empresarios de PYME’s (véase discursos GD8). Son los que han tenido mayor autonomía, libertad y poder de decisión en sus trabajos. Este mayor control sobre sus trabajos, y por ende, sobre sus vidas, coincide en los trabajadores del campo, en los autónomos y en profesionales liberales en general, con una marcada “ética individual” del trabajo (EM2, EM3, EM7, EM8, EM12, p.e.). El concepto de trabajo como algo “vocacional” y de realización sólo aparece en los de estatus superior. Podemos decir que no todos los jubilados de estatus alto están satisfechos de su pasado laboral, pero sí que hemos encontrado en sus relatos mayor satisfacción que en las verbalizaciones de los mayores de capas menos favorecidas.

Las **motivaciones** por las que han trabajado son de carácter más intrínseco (“les gustaba el trabajo en sí”) y más expresivo (el trabajo como fin, no sólo como medio). Las **razones** por las que trabajaron, obviando las económicas, también son más diversas: prestigio social, autorrealización, poner a prueba habilidades y conocimientos alcanzados, entre otras. Es donde hemos encontrado unos significados del trabajo más positivos y basados en la realización personal, que a veces aportaban un sentido “cuasimístico”, de sacralización del trabajo. El trabajo como *vocación* para muchos de ellos:

¹² Tal como justificamos en nuestro diseño de investigación, los mayores de estatus alto son una minoría de ahí que hayamos perseguido menos discursos de este “tipo” de jubilados. En cualquier caso vimos fundamental disponer de su discursividad para contrastar y complementar los análisis.

“...Yo estaba deseando ir a trabajar todos los días porque estaba a gusto con lo que hacía, porque yo cuando tenía 14 años decía: “Yo quiero ser empleado de banca, yo quiero ser de la banca”, esas cosas le tienen a uno de pequeño, ¿no? (...) accedí a la banca. Y yo iba a trabajar con una alegría tremenda, con una alegría tremenda. Perfectamente, yo siempre he sido feliz, feliz, feliz, he hecho lo que me gustaba...” (EM8:2)

“...a lo mejor llevaba 3 noches durmiendo 2 horas. No he hecho otra cosa: dejaba de hacer lo más sagrado para ir a ayudar a una vaca que no paría, un perro o un gato que no podía... (...) he trabajado a gusto y era feliz, porque cuando tenía una vaca mala de un pobre y se la curaba... (...) en aquella zona era muy considerado...” (EM2:3 y ver GD5:2: “...porque a mí me ha gustado siempre trabajar (...) yo el trabajo lo he considerado siempre una vocación, la vocación parece que... que... ¡no sé! uno tiene la idea de que el cura o el maestro pues son los vocacionales... ¡pues no! (...) trabajo es porque me gusta, me gusta mi trabajo, me realizo en él como ahora se dice...”)

El ejemplo más claro de actitudes positivas hacia el trabajo es que algunos han solicitado atrasar la jubilación, tener una “**jubilación tardía**” y **muchos siguen aún en activo**; otros se sienten útiles y están deseosos de “aportar más a la sociedad”. Sus motivaciones iban más allá de lo puramente instrumental y económico. Muchos de ellos podemos decir que aún “están en transición a la jubilación” porque aún siguen activos, incluso de manera oficial (ver 9.3.1.). De hecho, según datos oficiales el porcentaje de activos mayores suelen ser en su mayoría trabajadores autónomos (artesanos, empresarios, comerciantes, p.e.) o profesionales liberales (médicos, abogados, profesores, p.e.) que han aplazado su entrada en la jubilación.

“...ya estoy jubilado y he pedido continuar 5 años más (- Oye, yo creo que a ti hay que echarte de comer a parte...) no, no, yo pienso... pero yo pienso, pienso de verdad que yo me aburriría, ¡vamos!, no me aburriría porque yo, ya lo he dicho antes... que no solamente el trabajo en la Administración, yo es que he trabajado muchísimo, en muchísimos campos, es decir, yo he dado conferencias, he dado charlas (...)

(...)- Pues yo en mi profesión estaba completamente pendiente de los años de servicio para jubilarme, porque yo estaba loco loco por jubilarme, sin embargo me dedico pues, a un poco de contabilidad... (...) no paro de trabajar, yo moriré trabajando porque no he hecho otra cosa en mi vida nada más que trabajar, pero en mi profesión y bajo una empresa estaba loco por irme...” (GD5:2-3 y 6 ó ver algunos GD8)

Algunos de estos mayores tienen estudios superiores, pero representan una minoría. No sólo el bajo nivel educativo es característico de los mayores de menor estatus, sino que los mayores que denominamos de mejor posición social generalmente tienen un nivel bajo o medio de estudios oficiales, con la diferencia de que éstos han ido adquiriendo mayor nivel cultural, y ocupacional, a través de sus profesiones también más cualificadas. Por esto mismo algunos mayores que hemos clasificado como de estatus alto es más bien por su “nivel de pensión”, pues su nivel de estudios es medio o incluso bajo (p.e. EM12:1, EM3:1).

Otro aspecto positivo a destacar es el **discurso “creador”** de muchos de ellos: han creado su empresa, han salido a flote a pesar de todo, se han mantenido independientes, “han crecido de la nada”. Todo ello deja traslucir un discurso de esfuerzo y sacrificio pero que conduce a un discurso “orgullosa”, de recompensa, éxito y satisfacción elevados. Confirmamos cómo dentro de un mismo estatus según la profesión cambia la trayectoria laboral: no se manifiestan del mismo modo los funcionarios, los empresarios, bancarios o los comerciantes o artesanos (autónomos) teniendo todos ellos un nivel alto de preparación e ingresos. En cualquier caso, es en estas profesiones donde encontramos las actitudes más positivas hacia el trabajo y por tanto serán los que más echarán a faltar el trabajo y los que muestran mayor hostilidad hacia la jubilación (véase capítulo 8).

“- ...siempre había problemas que resolver e ibas con toda la ilusión del mundo, lo que pasa es que muchas veces no lo podía resolver y la gente pues tenías unos en contra, otros querían la fabricación... Se hacía mucha producción y te ibas con un burro si no lo podías solucionar de mil demonios.

- Yo resolver los problemas que siempre hemos tenido todos los industriales, tanto de gente que viene a comprar, clientes, proveedores, banca, de todo.

(...)... he trabajado con mucha ilusión porque era una cosa propia y francamente pues tenías que apretar..

- La lucha por regla general ha sido con ilusión (...) porque a Dios gracias hemos ido un poco adelante, cada vez hemos luchado más, cada vez ha sido más complicado pero cada vez el fruto ha salido a flote.
(...)- Mi caso también ha sido de superación, cada vez a más... (GD8:1)

En sus discursos muestran mayor **añoranza por “aquellos años”** que los jubilados de niveles más bajos. Llama la atención que esta minoría “privilegiada” manifieste añoranza de sus tiempos pasados cuando estudiaban o viajaban..., mientras los otros jubilados estaban en ese mismo año -esa misma época de juventud y posguerra-, emigrando de sus lugares de origen, buscándose la vida, intentando ganarse el pan.

“- (...) hace treinta años hicimos unos cursos en el Valle de los Caídos y nos acordamos del conejo al ajillo de Don Cipriano y de las sardinas asadas de la Serrata (...) de eso si nos acordamos. (...) los pequeños detalles...”. (GD5:14 ó ver GD5:7: “...muchas veces me dicen: ¡Hombre, hay que ver el valor que tienes tú de estar hablando ahora mismo del Frente de Juventudes! pues yo lo pasé muy bien, ¡yo lo pasé muy bien! (...) y ni me arrepiento, ni... no solamente no me arrepiento sino que añoro aquellos años...” o ver GD8:14)

Pero, no olvidemos que también realzan la **“otra cara” igualmente negativa** de sus profesiones (aquí podemos hablar más de “profesiones” propiamente dichas) bastante duras, caracterizadas también por horarios extensos, principios de expansión duros (en el caso de los empresarios), mayores conflictos laborales, mayor responsabilidad y “quebraderos de cabeza”, monotonía (en el caso de los funcionarios y asalariados de empresas), difícil desconexión del trabajo durante el poco tiempo de ocio del que disponían, principalmente. También ha sido difícil para ellos salir adelante, “nada les ha venido dado”, lo han tenido que ganar a pulso, sobre todo los empresarios y trabajadores por cuenta propia.

“- A todo esto conforme hemos venido hacia adelante era más esclavo que antes en principio: hacías más horas y tenías más problemas que cuando empezábamos...

- A mí me ha pasado al revés, al principio todas las cosas cuando empiezan...

- Pero es que nosotros al principio era muy sencillo, familiar, con pocas complicaciones, de cobra y paga al contado, casi, y eso evita un chorro de horas de oficina y de quebraderos de cabeza... esto permite que nos sobrara tiempo para hacer la labor de peonaje...

(...)- Nosotros hacíamos de todo: lo mismo la administración que tirábamos de gancho... no había maquinaria de nada; todo se hacía con la fuerza de brazos, pues igual hacíamos una tarea que hacíamos...

(...)- (...) al principio no hacíamos 12 horas sino 24, ni tiempo a comer, porque cuando empieza uno... es muy natural...” (GD8:4-5 ó ver GD8:1: “...trabajaba muy duro. Después en la banca pues un periodo difícil y tal pues trabajabas siempre que estabas despierto, o sea, porque sin estar en el banco estabas trabajando que es lo mismo que les pasa a los industriales...”

- Cuando una cosa es tuya... siempre está en la cabeza lo mismo, no paras nunca...

- Que no es como un obrero que le dicen “8 horas” y hace “pam, pam” y a las 8 horas te vas y casa y basta...” ó ver GD8:3-6: “...no he conocido nunca las 8 horas, he hecho 12 horas y después me iba a ensayar a la música; era músico. Íbamos a certámenes y eso...(.) es que no tenías tiempo ni a santiguarte...”)

La actitud hacia el trabajo será pues más positiva en los (también mujeres) que han tenido mejores ocupaciones y mejores condiciones de trabajo. Aún así encontramos **ambivalencia en sus discursos y diferencias intraclase**. Percibimos un discurso negativo igualmente hacia el trabajo, que se concreta en una crítica a la Administración donde han trabajado (algunos participantes del GD5), los que han sido “sus propios jefes” (GD8, EM13) o más positivo en los que han disfrutado de un trabajo “enriquecedor personalmente” (en el caso de la EM2 -veterinario-, EM19 y EM7 -profesores-), más expresivo y valorado socialmente. Discursos ambivalentes en los mayores de estatus altos, pero predomina un tono positivo en relación a los otros/as mayores de nuestro estudio. El hecho de que dentro de un mismo estatus se encuentren actitudes diferentes hacia el trabajo complica aún más los análisis y explica, cuando menos, la variabilidad intrageneracional e intraclase, dejándose traslucir la influencia de la percepción y trayectoria personal

(condiciones familiares, valoraciones personales) de cada persona. Pero, insistimos, los de mejor posición reúnen, en suma, las actitudes más positivas hacia el trabajo.

“...en mi pueblo (...), ya educando, conectando con 3 generaciones..., durante los 34 años (...) quema mucho y además no ves..., tienes la compensación de los niños (EM7:1) son las satisfacciones que te llevas de la escuela, ver la gratitud después de los críos, de que ya son unos hombres, y que tienen un “ese” que todavía recuerdan de su paso por la escuela. Eso es lo mejor de todo.” (EM7:2)

“- Yo no... yo no es desde luego... ¡tanto amor por el trabajo! (...) ...una primera parte, la organización sindical en la que yo sí que me encontré muy a gusto y muy satisfecho en mi función de... de asesor jurídico-laboral. Luego ya hubo otra segunda parte que es la Administración Central, que eso no me ha gustado nada, y yo creo que ahí queda sintetizado lo demás, ¡vamos!, que tanto amor al trabajo no (...) no tenían que decirme que nos tenemos que ir, yo estaba deseando irme (...)”

(...)- Bueno, pues yo he estado muy a gusto en mi profesión, la docencia me ha gustado muchísimo, lo que me ha gustado es enseñar y educar, hacer de sargento-semana no me ha gustado, pero he tenido que hacerlo

(...)- Bueno, yo empecé a los catorce años a trabajar y luego lo que hice, por las obligaciones que he tenido y tal pues me he realizado dentro de mi trabajo (...) lo que siempre me ha gustado, contabilidad... (...)

(...)- ...no porque a mí me vuelva loco el trabajo ni nada de eso, es que eran unos trabajos que a mí me gustaban... la primera parte fue jugar al fútbol, jugaba como profesional y a mí me gustaba (...) la segunda parte que es la que es casi treinta años pues que es delegado de ventas (...) yo en la empresa que he estado, que es Freixenet, ¿qué quieres que te diga?, yo he tenido una libertad, casi, casi todo eran por metas, se ganaba dinero y se sigue ganando, (...) libertad absoluta (...) mandaba en mi mismo...” (GD5:2-3)

En cualquier caso, a la fuerza, su **reconstrucción del pasado tiene que ser más positiva**, porque su realidad pasada así lo ha sido. Sin embargo, como ellos se comparan consigo mismos, cuando eran adultos (no toman como parangón los mayores de estatus medio y bajo o las mujeres) su situación actual no es descrita tan positivamente¹³. En general, los mayores mejor situados en la escala social tienen un discurso menos centrado en la “queja del pasado”, más satisfactorio y positivo que los otros jubilados y jubiladas. De hecho, ponen menos énfasis en hablar de sus trabajos, sus opiniones son menos descriptivas y más valorativas que las de los mayores de estatus medio... Valoran de forma positiva su pasado laboral y vital hasta el punto de sentir añoranza. En algún sentido, piensan que: “cualquier tiempo pasado fue mejor...”.

Pero no siempre el ser mayor “privilegiado” esconde un pasado plenamente satisfactorio y una hostilidad actual clara a la jubilación. Lo que sí podemos decir casi con total rotundidad es que en esta capa social se encuentran los discursos más positivos hacia el trabajo y unos significados más expresivos sobre el mismo. Veamos pues, cómo en muchos casos, a pesar del nivel alto y satisfacción con el trabajo pasado deseaban jubilarse de la “obligación” del trabajo. Parece que no han encontrado y no logran encontrar cómo cubrir ese “hueco social”. Tal como algunos dicen, ni han estado bien en su pasado ni tampoco lo están ahora: “*no estoy satisfecho de la jubilación, ni estuve satisfecho del trabajo tampoco, en ninguna parte, es decir... (...) porque ahora te ves que no encajas*”(GD5:4). Pero esta situación es más compleja de analizar y no puede entenderse sólo desde el trabajo, sino también desde aspectos como el tratamiento hacia los mayores (capítulo 10), las actividades que realicen (capítulo 9), el entorno y relaciones sociales (9.5.), tal como trataremos en próximos capítulos.

Aunque todos los mayores manifiestan que “han salido adelante”, los de mayor estatus han sido menos “maltratados por la vida”, han sido unos privilegiados (aunque muchos no son conscientes de ello) en comparación con la mayoría: no han tenido que emigrar, su puesto de trabajo ha sido y es más revalorizado y considerado socialmente; han disfrutado de una mayor seguridad en el trabajo, de algunos ascensos y mejora de puesto, de posibilidad de formación, entre otros. En concreto, las profesiones que han desarrollado

¹³ Pero eso será tratado en “actitudes hacia la jubilación”. Veremos como se invierte el sentido de su valoración hacia el pasado -positiva- y valoración hacia la jubilación -negativa- pero una valoración global del pasado, de nuevo, positiva.

parece que les hace sentirse orgullosos y satisfechos de su pasado y sin embargo sus discursos sobre la jubilación y sobre la actualidad parecen más pesimistas (*pasado bien, hoy mal*). Al contrario parece que ocurre a los jubilados de menor estatus: su pasado laboral no es muy alabado pero en la actualidad como jubilados se sienten bastante bien (*pasado mal, hoy bien*). De todas maneras no siempre se observan los discursos tan uniformizados por estratos como continuaremos observando (véase capítulo 8).

La valoración global del pasado sigue unas pautas parecidas a la valoración del pasado laboral (se repite el tono discursivo). Es decir, observamos en nuestro estudio que los de menor estatus, las mujeres, los que están solos y son más pasivos perciben de forma más negativa su pasado (en coherencia con su evaluación del pasado laboral). Los discursos menos críticos con el pasado se encuentran en aquellos que tienen (y han tenido mejor) posición social. En fin, una vez conocidas las distintas actitudes (significados, valoración, satisfacción, motivos) hacia el trabajo va quedando claro que el trabajo anterior es una de las dimensiones que marcará los discursos y percepción hacia la jubilación y envejecimiento. Pero vayamos paso a paso y veamos antes los discursos sobre el ocio pasado para luego conocer sus posturas ante el “fin del trabajo” o la jubilación. Este apartado (y el siguiente) pretenden ser “bisagra” o enlace, para desembocar en la discursividad, igualmente plural, sobre la transición a la jubilación.

7.5. EL OCIO SUPEDITADO AL TRABAJO O LA IMPOSIBILIDAD DEL OCIO

Se vuelve relevante desarrollar, aunque sea someramente, qué hacían los mayores “después del trabajo” porque su incidencia sobre la transición a la jubilación y la actividad parece nítida. El objeto de este epígrafe es dar respuesta a los interrogantes ¿a qué dedicaban el tiempo “fuera” del trabajo? ¿qué significado tenía para ellos el tiempo libre y el ocio? El discurso predominante nos indica una ocupación del tiempo libre “breve en el tiempo”, es decir, tenían poco (¡o nada!) tiempo libre: trabajaban “de sol a sol” fuera remuneradamente o en el ámbito doméstico. Además, el tiempo libre de trabajo solían dedicarlo a la familia, principalmente. Apenas pudieron “rozar con la punta de los dedos” el ocio; disfrutar plenamente del ocio no les ha sido posible. En cualquier caso se trataba de un ocio espontáneo, no programado, pasivo, pero veamos antes los distintos discursos según provengan de voces femeninas o masculinas, o bien según el estatus o el hábitat. Es decir, aunque todos tenían un tiempo libre limitado, un tiempo de ocio similar (generalmente el ocio como *descanso* y *diversión*), ni todos/as hacían lo mismo ni le otorgaban el mismo significado.

La frase “*siempre trabajando, poco de familia y de ocio nada*” bien resume la idea de supeditación del ocio al trabajo en el pasado de los mayores varones. Por tanto, si hemos observado la diversidad y complejidad en las trayectorias laborales parece que encontramos mayor uniformidad, sobre todo “intragénero”, en este aspecto. Es decir, los hombres (de cualquier estatus y hábitat) lo dedicaban a trabajar más (recordemos lo del “pluriempleo” y los horarios extensos) o a estar con sus familias. Las mujeres (de cualquier estatus y hábitat) a trabajar y cuidar de los hijos y del hogar. Pero no todo es tan simple.

En general, los jubilados varones dicen que no han tenido tiempo nada más que para trabajar e indagando en sus relatos, vemos que después del trabajo que ocupaba sus largas jornadas de sol a sol, seguían trabajando (en otros oficios distintos al principal, o en el mismo pero de forma informal: lo que ellos denominan “chapuzas”). En muchos casos, seguían trabajando generalmente para complementar los bajos salarios y afrontar las necesidades personales y familiares de entonces.

“P.- (...) salía de trabajar, andaba haciendo unas “chapuzucas”, mis cosillas, mis cosillas y tal, dentro del oficio ése, y bueno, era un complemento, si se puede decir, un complemento económico, porque claro, de

aquello no es que se ganase mucho (..) en el taller, pues claro, las ganancias económicas eran bastante bajas..., pero bueno, siempre hacías tus cosillas y vamos, ibas sacando un complemento (...)

(...)J.- ...y fuera del trabajo, pues yo no hacía nada porque yo hacía muchas horas extraordinarias para la empresa, yo trabajaba siempre para la empresa. Yo no tenía sábados ni domingos...” (GD6:7, o ver EM9:2 “...Después de trabajar no me daba a mí tiempo para nada (...) Yo la vida que tenía era nada más que en la carretera tirado...” o ver GD1:1: “...mi oficio era más esclavo y no me ha dado tiempo ni a cartas ni a nada... (...) echar horas extraordinarias... ver GD6:18 y GD1:13)

Además de seguir trabajando todos señalan algunas prácticas biológicas más básicas como parte de ocupación del tiempo libre de trabajo: dormir, descansar sin hacer nada, comer, tomar algún alimento o bebida.

“Cuando llegaba de trabajar, llegaba, me duchaba y me iba a tomar unos vinos con los amigos. La tertulia, eso sí era necesario, ya podía venir lo cansado que viniera. Luego he estado trabajando también muchos años con..., hacíamos taquitos de leña para estufas, para venderlas...” (EM10:3)

“- Si en la fábrica no había horas, yo me iba a la trapería. También he sido cobrador en la “Contestana”, he trabajado en la Construcción, he ido al campo y he ido...

- Yo nada.

- Yo trabajaba en la Construcción.

- Yo trabajaba domingos y todo en la imprenta. (...).

- Si querías tener un duro más, ¡hala!, sábado y domingo, ¡a trabajar!, para tener un duro y podértelo gastar. Y eso era, siempre trabajo, siempre trabajando, era una rutina de trabajo, trabajo y cama...” y ver EM15:2 ó EM20:2)

Se observa que muchos no hacían nada más que descansar “sin hacer nada”. Esto parece comprensible porque tras unas jornadas de trabajo tan duro y “tan activo” físicamente (sobre todo en los trabajos más físicos y menos cualificados) no les atraía (o no conocían, o no tenían posibilidades, o todo ello unido) ningún tipo de ocio activo sino más bien pasivo, de descanso. Pero también destacan algunas actividades consideradas de “ocio más activo” como por ejemplo: ir al bar, jugar a las cartas, pasear, salir con los amigos, ir al campo, deportes, etc. Los primeros parecen ser más practicados.

El “pasear” era y sigue siendo (como veremos en el capítulo 9) una de las actividades más practicadas por los mayores, sobre todo por los jubilados. Las mujeres tendían más a permanecer en el hogar, o a pasear por motivos de compras o para “sacar” a los niños. Además, el reunirse con la familia también ha formado parte del tiempo libre pasado de los mayores. Acudir a misa ha sido una de las prácticas (y sigue siéndolo, sobre todo en las mujeres) que los mayores han realizado en sus días festivos. En general la ocupación del tiempo libre es de carácter más bien pasivo, sencillo, barato, realizado en el mismo entorno y con actividades de pronta ejecución.

“- Yo al paseo, yo cogía y me iba al paseo por ahí como salíamos por la tarde pronto, pues luego a lo mejor me iba por ahí de paseo con la mujer... (...)

- Se salía del trabajo, se comía y o bien te ibas a dar un paseo por ahí con la señora o a jugar a las cartas a... a donde fuera, o bien a un bar o a donde fuera...

- O en casa...” (GD1:11 y ver 12)

“P.- (...) otro tiempo lo echaba en el bar y algo de piscina y tal. Y luego el ambiente familiar, con la mujer...

P.- Yo, después de trabajar, las actividades eran divertirme, ir al bar, echar la partida, ir al bar, pasear... (...)J.- Pues yo he paseado poco...” (GD6:7 y ver GD10:12, p.e.)

Una minoría son los que se dedicaban a actividades como formarse o estudiar. Estas prácticas eran más realizadas por los de mayor estatus (p.e. un miembro GD6:7). En cualquier caso, nos encontramos con mayores que han sido (y generalmente serán los que siguen siendo más activos hoy) bastante activos “socialmente”, y algunos no sólo han pertenecido a algún tipo de asociación cultural, folklórica o deportiva, sino que además han tenido algún tipo de participación más implicada y activa. No todos los mayores son tan

pasivos como nos hace pensar el estereotipo de pasividad atribuido a la gente que ha cumplido los 65 (véase 9.5. ó GD1:11-12¹⁴).

Aunque no han sido “deportistas practicantes” el deporte en general ha ocupado buena parte del tiempo libre pasado. La faceta de espectador (oyente de radio, lector de prensa) de deportes se extrae de cualquier discurso masculino; sin embargo no está en boca de las mujeres a no ser que sea como protesta. En concreto el fútbol ha sido (y sigue siendo, según nuestro estudio) el “deporte rey” contemplado por los jubilados; surge en todos los discursos de los GD de jubilados varones y en casi todas las entrevistas a jubilados. Las actividades de ocio estaban y siguen estando aún hoy bastante generizadas: hombres, fútbol o pasear; mujeres, pasear o compras, por ejemplo.

“...esto era de la Empresa Municipal de Transportes, y me iba por las mañanas a las 8 de la mañana y me veía los juveniles, la regional y la tercera división. (...) por la tarde me veía el televisado, mejor dicho, me veía el Madrid o el Athletic porque yo he sido socio del Madrid y del Athletic. (...) era socio de los dos. Me veía ese partido y después el televisado (...) ¡5 partidos casi todos los domingos!” (EM1314:4)

“- Pues yo estaba deseando de coger el domingo e irme al fútbol, tú sabes que había fútbol, irme al fútbol, se enfadaba mi señora, era mi hobby y mira, “estoy trabajando toda la semana y dejadme el fútbol”...(GD1:13 y ver GD8:7, p.e. “...Yo soy del Hércules de toda la vida, toda la vida del Hércules, pero claro, el Alcovano lo teníamos al lado e íbamos todos los domingos...” o ver EM20:2)

Muy semejante era la ocupación del tiempo libre de los **jubilados de mejor situación** socio-económica. Si los discursos sobre el pasado laboral eran bastante distintos no lo son tanto en relación al ocio. También encontramos mayor uniformidad intragénero en los hombres de la que se observa entre las mujeres. Algunas de las actividades citadas para los jubilados de medio y bajo estrato social se manifiesta también en sus discursos: tiempo dedicado a la familia, trabajando más, pasear, ir al campo, espectador de deportes, misa... Los de mayor estatus han tenido un ocio algo más activo, más viajes, lectura, entre otras.

“...la lectura y el paseo han sido las dos cosas que más he hecho. Pues distraerme como todo el mundo, pues alguna vez he ido al cine o a ver exposiciones. A en fin..., sencillamente pasear, principalmente a pasear, a ver cosas, a viajar.” (EM1:2)

“- (...) Tenías que hacer horas, pero aparte, el hobby sola era el de tomar café al mediodía. Pero más hobby no podíamos tener (...)

(...)- Veras, eso va en la forma de ser de cada uno, porque yo, por ejemplo, tenía el trabajo debajo de casa, quiero decir que como estaba todo el día trabajando en casa, cuando llegaba la hora me escapaba, tenía mi asunto que era la Filá, que entonces iba todos los días (...)

- Y cuando llegabas a casa ibas a descansar (...) la televisión o bien leías el periódico un rato.” (GD8:9 ó ver EM1314:13: “...hemos sido muy amantes del cine...” o ver EM12:3 “...he tenido poco tiempo para “hobbies” pero, lo que más me gustaba era salir con mi mujer y mis hijos...”)

En relación al trabajo doméstico una minoría de jubilados son los que han ayudado en las **tareas del hogar**, si cabe, la cooperación se ha limitado a encargarse de las compras y cuestiones relacionadas con los hijos, pero poco más. En los discursos de muchos jubilados apenas surgen comentarios sobre el apoyo a sus mujeres en las tareas del hogar: se supone que el tiempo invertido en las mismas era (y sigue siendo, tal como veremos en el capítulo 9) mínimo y con carácter de “obligatoriedad” la mayor parte de las veces. Veamos algunos comentarios irónicos sobre esta “irrisoria colaboración” masculina en el hogar.

“- ... ahora, eso de menear el café, nada, que te lo...”

¹⁴ “- ...dedicado a formación en la parroquia, en la parroquia trabajar muchísimo...” (GD1:11) (...) pasear, que si trabajar, yo me dedicaba a dar catequesis, a colaborar sin miramientos, prestando unos servicios a la iglesia y al pueblo,... lo he estado dando con los niños nueve meses...” (GD1:12)

- Yo en mi casa he colaborado al cien por cien. [Risas]

- Yo digo eso en mi casa y me matan, ¡vamos!, mi mujer me mata, me echa... (...)

- Yo he colaborado y sigo colaborando... [Dice con ironía]

(...)- (...) cuando los cuatro niños eran chicos, no tenía más remedio que trabajar en la casa y colaborar... porque nosotros hemos tenido ocho niños y me parece que no hay ninguno que se lleve un año... (...) los ocho bártulos, los ocho uniformes, uno los bañaba y la otra los secaba, o ella los secaba y yo los bañaba, poníamos la cena... y eso sí, mi casa, en ese sentido, cuando eran chicos, era como un cuartel...(...) al principio era una obligación, era una necesidad ¿qué iba a hacer!?, si mi mujer no lo podía hacer, si no lo podía hacer, si no podía coger el mercado..." (GD5:8-9 y ver GD7:11)

A pesar de que comenta alguno que ayudaba en las tareas del hogar y en la educación de los hijos, observamos que la mayoría no han participado en todo ello, independientemente del estatus que sean. Algunos de mayor estatus comentan que les hubiese gustado disfrutar más de sus hijos (véase apartado 9.5. ó GD5:9), pero reconocen que no han ayudado, ni ayudan en las tareas domésticas (ver epígrafe 9.3.2.).

Cambiando de tercio, aunque las actividades que han realizado los mayores de estos niveles son similares a las comentadas respecto a los jubilados de nivel más bajo, los que han hecho algunas actividades más enriquecedoras han tenido un nivel formativo y de ingresos más alto. Por ejemplo, este otro tipo de actividades eran: seminarios, cursillos, formación, deportes, leer, viajes, etc. (GD5:18) actividades que apenas observamos en los mayores de estatus medio y bajo y tampoco en las jubiladas que se centraban en la familia, en las tareas del hogar o en trabajar más.

A pesar del poco tiempo libre, es de destacar **la pertenencia a asociaciones, peñas festeras, clubes deportivos o culturales** de algunos mayores. Esto se observa también en los jubilados de estatus medio. Parece que encontramos mayor actividad asociativa, según sus discursos, en los ámbitos intermedios y rurales, y sobre todo, más en hombres que en mujeres. Pero muchas veces se trataba de un asociacionismo "determinado" política y religiosamente por la ausencia de libertades de la época. Según la información de las fichas que rellenaron, los de mejores estratos sociales también exponían mayor pertenencia a clubes y asociaciones: club de tenis (EM3, GD8), club de fútbol (EM1314), círculo industrial (club social empresarios), sociedad musical, filá (comparsa o peña festera) (GD8:3-4, p.e.), Acción Católica (p.e. leer GD8:9). En los medios rurales e intermedios destacan la pertenencia a asociaciones religiosas y folklóricas (GD7, p.e.). Se han hallado disparidades según el estatus, género y según el hábitat del mayor, pues en los entornos menores (más que en los urbanos y en las metrópolis) la gente parece que se ha reunido más que en las ciudades. Podemos establecer desde sus discursos, al menos, dos tipos de asociacionismo por estatus: uno más comunal (más característico del nivel medio y bajo) y otro más elitista y profesional (más en niveles altos) (véase estudio Rodríguez Cabrero, 1997 y apartado 9.3.2.3. y 9.5.3.4.)¹⁵.

"- Yo siempre he procurado tener un tiempo después del trabajo, para mí. Ya digo que particularmente pues muchos días en ese tiempo me iba a jugar a cotos (CARTAS). Llevaba una vida de trabajo, una vida de familia y una vida de filá. Yo he hecho mucha vida de filá, o sea que yo allí he ocupado mucho tiempo...

- (...) a mí me daba la locura de montaña, natación, fútbol, y en eso me entretenía, estaba ilusionado, me gustaba todo eso, basta ver que yo sólo he fumado cuando he ido a la filá, pero antes ni fumaba ni bebía, era un forofo de la vida sana, me dio por ahí..." (GD8:3-4).

Pero percibimos en todos los jubilados de nuestro estudio que sus recuerdos, su discursividad, giran en torno a sus profesiones aunque se les pregunte por su tiempo libre pasado u ocio anterior. Queda patente la centralidad del trabajo frente a la menor relevancia que otorgan a todo lo que no haya sido trabajo.

¹⁵ Los discursos femeninos sobre asociacionismo indican una liviana participación. Aunque también pertenecían a algunas de las asociaciones su asistencia ha sido menos frecuente debido a que el hogar, la familia, en definitiva el "espacio doméstico" ha sido su espacio "natural" (Véase 9.3.2.3. y 9.5.3.4)

La frase *“Nada de tiempo libre: casa, trabajo, hijos y nada más...”* bien resume la inexistencia del ocio pasado en las mujeres. La centralidad de la familia y la ausencia del ocio son las características comunes del tiempo libre femenino pasado. De forma genérica, las mujeres no tenían el tiempo diario tan estructurado y diferenciado como los hombres cuyo ritmo cotidiano era: trabajo-descanso-trabajo. En las mujeres no se perfila tan nítidamente de sus discursos la línea que separaba el tiempo de trabajo doméstico, trabajo fuera del hogar y tiempo dedicado a la familia. Su tiempo se caracterizaba más por la “simultaneidad” (combinando varias tareas al mismo tiempo y en un mismo espacio) frente a la “secuencialidad” de los jubilados. Por ello, las mujeres no poseen discursos sobre el ocio, el trabajo o la familia diferenciados, sino que se entremezclan sus opiniones: cuando hablan de la familia, hablan del trabajo y hablan del ocio al mismo tiempo. La ausencia de un tiempo y espacio privados que quedan absorbidos por el espacio y tareas domésticas ha sido patente en estas féminas. En el caso de las que han sido exclusivamente amas de casa su situación se presenta más clara porque sus días han transcurrido entre el hogar y los hijos; pero no por ello han disfrutado más del ocio y tiempo libre. En general es difícil averiguar qué era eso de “después del trabajo”, sobre todo en las que han trabajado en negocios familiares, por horas, o en trabajos sumergidos en el propio hogar. Si los hombres se quejaban del poco tiempo libre del que han dispuesto en sus vidas, igualmente las mujeres mayores transmiten una clara ausencia de tiempo para el ocio. Sus verbalizaciones son suficientemente indicativas de esta ausencia de “ocio” en sí mismo, de esta “imposibilidad” del ocio:

“- A la casa...

- A sus labores...

- A nada...

(...)- A hacer las cosas, yo me levantaba a las cinco de la mañana y no volvía hasta la una y por las tardes tenía que hacer las cosas” (GD2:7-8)

A lo largo de todo el discurso femenino predomina la queja de su pasado laboral, y se denota que no existía esa separación entre trabajo y ocio, pero sí una cierta fisura entre “trabajo de fuera” y “trabajo de casa”. Este último era llevado a cabo durante el tiempo de ocio y descanso (tardes, noches, fines de semana, v.g.). Por ejemplo, las que trabajaban en negocios familiares o en casa aún tenían una situación más pésima porque tenían lo negativo del ama de casa (espacio “cerrado”, dependencia, no reconocimiento social, p.e.) y lo negativo del trabajo remunerado entonces (poco cualificado, sin contrato, baja remuneración, sin poder de decisión, p.e.). A esto se añade la falta de separación entre el trabajo y el ocio, o al menos un tiempo dedicado para “ellas mismas”, para su actividad de ocio elegida¹⁶. El menor estatus de las mujeres, y de los jubilados en general, fomentaba la imperiosa necesidad de trabajar sin plantearse siquiera la posibilidad de ocio (véase la “jornada interminable” que no les permitía tener tiempo libre, apartado 7.3.). De todas maneras si les “sobraba” tiempo después de las obligaciones laborales y familiares solían dedicarse a actividades típicamente femeninas de ocio: ganchillo, calceta, punto, coser, bordar, principalmente. Se trataba de actividades claramente feminizadas y determinadas, generalmente relacionadas con el arreglo y cuidado del hogar (labores, jardinería, p.e.), pasear con/a los hijos/as, ir a misa... y poco más.

“...he salido muy poco, muy poco, siempre... porque mira (...) entonces se abría los domingos, los lunes y todos los días se abría el comercio. No tenía ni hora ni nada, más que se abría, así que siempre tenía que estar allí en el comercio trabajando todos los días hasta los días de fiesta” (EM5:1) ...He llevado el comercio, he

¹⁶ Soledad Murillo (1996), en su obra-tesis *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio* (Siglo XXI), ofrece una interesante reflexión histórica, teórico-conceptual y aplicada (método cualitativo, concretamente Grupos de Discusión), entre otros puntos, sobre esta ausencia de “tiempo y espacio privado” (tampoco “público”) en las mujeres, no sólo mayores, sino de todas las edades.

llevado mi casa, he llevado las 2 niñas que tengo para adelante (EM5:1) pues nada. No me ha dado tiempo a nada..." (EM5:7)

"...A las flores (...) Me encanta, sí. (...) mis "primores", hacer punto, coser, punto de cruz, esas cositas (...) me gustaba ir mucho a misa (...) estar en casa, porque a mí salir no me ha gustado..." (EM6:2-3)

"...aquí en casa casi siempre o con mi familia, iba a la Iglesia y nada más, no es decir pues me he dedicado a irme mucho de vacaciones, y de excursiones he ido muy poco... (...) los fines de semana los quería para descansar también, y por eso no he ido mucho a ningún sitio, ¿eh?, nada más que por aquí, por la Parroquia, por aquí, por el barrio, (...) la casa de mi hermana pues he ido muchos domingos a comer, los sábados me limitaba a limpiar un poco más la casa o a lavar... (...) He salido poco..." (EM4:4 ó ver p.e. GD9:2: "...hacer la cena y sentarnos que estábamos muertas..." y ver EM16:1-2, GD9:2)

Disfrutaban aún menos del ocio que los hombres que, al menos, sabían cuando acababa su tiempo de trabajo. Han vivido "la negación del ocio" al igual que la negación del trabajo remunerado, del estudio, de salir... Hasta tal punto llegaba la limitación a algunas de ellas, que no podían salir sin el marido, estaban "reprimidas" y recluidas en sus casas y así lo expresan en sus discursos alabando la libertad y poder de decisión de las mujeres de hoy no sólo respecto al trabajo sino respecto al ocio y poco tiempo libre que les quedaba. Tal como ellas dicen no podían salir, no podían tomar algo con amigas, no podían estudiar, no podían, no podían... el discurso de la "represión", del "no poder", del "deber parecer", de "las mujeres en casa con la pata quebrada".

Lo más llamativo es que entonces ni se plantearon estudiar, o trabajar, o conducir... pues se suponía que no podían... Todo ello nos recuerda las actitudes y discursos sexistas más recalcitrantes y retrógrados de algunos hombres. Desgraciadamente estas actitudes discriminatorias eran la tónica general en aquella época. En consecuencia alaban la mínima libertad que ellas no tuvieron (véase GD2:20, ya mencionado). No sólo se trata de que han tenido que aceptar aquella situación discriminatoria, sino que hasta tal punto estaban socializadas en este tipo de valores y actitudes que muchas, aún hoy, se resignan, no se quejan, parece que no se dan cuenta (¿o no quieren recordar?) de su situación pasada. Sería el discurso de las más tradicionales, o mejor dicho de las conformistas y resignadas. Algunas parecen algo más conformadas (GD9, EM14, EM18, p.e.) que otras (GD2, GD3, EM4, EM7, EM16, EM17, p.e.). Pero todas transmiten un discurso crítico y negativo sobre su pasado. Resaltan y admiran los cambios sociales, sobre todo de las mujeres, a los que ellas han llegado tarde. De todas maneras aún disfrutaban de algo, es lo que algunos autores han llamado la "emancipación tardía" de las mujeres mayores (G. Rodríguez Cabrero, 1997). De cualquier forma, cuando eran jóvenes los hobbies y aficiones estaban totalmente generizados. Aún siguen estándolo en la actualidad (véase apartado 9.4. y 9.5.), aunque no de forma tan tajante como en su pasado.

"- (...) entonces no podías irte a sitio ninguno. O sea que esto es como de la noche... pasar de la noche al día. Por otra parte también te voy a decir una cosa: Entonces como, yo por ejemplo, a mí me ha gustado mucho el baile (...) como le decía: "¿No te gusta el baile?, pues quédate ahí Pepe a ver el fútbol", pero era yo porque era un poco más liberal (...) padre me decía: "¿Un día te van a dar de hostias!", y yo decía: "Bueno, pues el día que me las den, pues bueno, pues me quedo con ellas". Pero que era muy esclava, muy esclava (...) pero tenéis campo libre para poder buscar donde sea, como sea y entonces, la mujer, o eras modista o eras sirvienta, no tenías otra ... (...) ¡con veinte años menos!, como se vive hoy la vida, que disfrutas de tomarte una caña, que disfrutas de tomarte tres... (...). Entonces no lo podías hacer, (...) pienso y digo: "¡Jolín, es que hay que ver lo que hemos hecho la mujer"... la mujer, sobre todo, la mujer. No va solamente con la sociedad, sino con tu mismo marido y con tu entorno de tu familia..." (GD2:21)

En los entornos rurales e intermedios parece que tenían actividades más al aire libre, en "la plaza del pueblo", más comunitarias (fiestas locales, paseos, ritos religiosos - procesiones, bodas, entierros-). Cualquier acontecimiento era y es más "social" en estas zonas. Parece que en estos hábitats han realizado más actividades al aire libre. Aunque desarrollaran unas mismas actividades, igualmente determinadas y feminizadas, se observa una mayor salida del espacio privado del hogar, para estar en el campo, paseando, en contacto

con la naturaleza. No olvidemos que en las zonas de actividad agrícola y ganadera, las mujeres han jugado un papel fundamental contribuyendo con su tiempo y trabajo “extra” a la economía familiar.

“M.- Coser, bordar las sábanas, las toallas, en casa. Nos íbamos debajo del algarrobo del tío Quico, tomábamos el aire.

M.- Y de noche estábamos con los chicos al lado del fuego, bordando y cosiendo...” (GD7:8 ó ver GD9:2: “...igual cogía espigas que me iba a cavar ¡he hecho de todo!” ó GD2:18: “...en mi pueblo había un río fabuloso, íbamos todas las tardes a bañar...” ó EM1819:6: “...a Portugal que estaba muy cerca. Comíamos en Portugal, a los saltos, Salto de Aldeadávila o Salto de Saucelle y todos esos que son paisajes muy bonitos. Unas veces llevábamos la merienda, merendábamos en el campo y otros días nos sentábamos allí...”)

De cualquier manera, exceptuando ese ocio peculiar en el campo y un mayor contacto social (charlar, pasear, p.e.) también parece un ocio pasivo no sólo el de las mujeres mayores rurales sino de los jubilados en general. El poco tiempo libre transcurría de forma pasiva, con actividades accesibles al “poco bolsillo y poco tiempo”, con finalidad más de entretenimiento, más instrumental, que no un ocio como objeto de expresión y realización personal, sea de tipo cultural, formativo, creativo; sino más bien en busca de la mera diversión o descanso de las duras jornadas de trabajo. Confirmemos las diferencias intergénero en el tipo de actividad de tiempo libre, pero el mismo carácter de ocio productivo (continuaban trabajando) o pasivo (descanso).

“M.- A dormir.

H.- Aquí en el pueblo cuando acabábamos de trabajar no había nada, si éramos solteros dábamos una vuelta por el pueblo, charlábamos un rato hasta la hora de irnos a dormir. Es lo que hacíamos todos.

H.- Yo, a trabajar en los bancales en lo poco que tenía (...)

(...)M.- Pues mire, en casa y ayudando a mis padres en lo que he podido, en el campo.

(...)M.- Íbamos a la uva, a cortar racimos, después en casa bordando la dote (...)” (GD7:7-8)

“H.- Yo igual. Yo me he dedicado sólo y exclusivamente al trabajo de mi empresa.

H.- Yo lo mismo. No tenía ni un día libre a la semana.

M.- Yo después de trabajar en el comercio con mi marido, a cuidar la casa y a mis hijas.

(...)M.- No, yo no lo dedicaba a nada. En casa a hablar con alguien, en la casa siempre hay qué hacer.

(...)H.- Yo a trabajar más.

M.- Yo de todo, igual me iba a vender que a limpiar a las casas, además de llevar la mía, ¡a ver!

H.- Pues después de echar tantas horas como echábamos entonces, (M.- De sol a sol), y de luna a luna, pues entonces si podías estar un ratito con los hijos y si no pues a dormir... (...)

(...)H.- Entonces ni domingos ni fiestas ni nada... (GD4:4 y véase GD3:8-9)

En resumen, las mujeres no han podido estudiar, ni trabajar en lo que querían, ni divertirse, ni conducir ni “conducirse”... No es que no tuvieran tiempo libre (las amas de casa tenían bastante) sino que no podían convertirlo en tiempo “liberado” de las obligaciones familiares, no podían transformarlo en tiempo de ocio, o de formación, o de diversión... Entonces ha sido como si no “dispusieran de su tiempo”, de su vida. Reclusión y pasividad casi total. Al menos los hombres han disfrutado de más tiempo libre, aunque tampoco hayan podido elegir sus trabajos pero han tenido más posibilidades, “más campo” y poder de decisión. En dos palabras: más libertad.

8. LAS PERSONAS MAYORES ANTE LA JUBILACIÓN: transiciones, significados, representaciones

Este capítulo consta de 4 epígrafes. En una primera parte, a modo de enlace con el capítulo anterior, se ofrece un acercamiento a las distintas transiciones a la jubilación y las posibles fases de la misma. La segunda parte, a modo de encuadre global desarrolla la relevancia del factor “edad” y concretamente el debate en torno a la edad de jubilación. La tercera versa sobre el trabajo, los ingresos, la salud y otros determinantes/consecuentes de la vivencia de la jubilación. En la cuarta, se perfilan las representaciones y vivencias de la jubilación de los jubilados y las mujeres mayores.

8.1. EL TRANSITO A LA JUBILACIÓN: ¿PROCESO O CAMBIO ABRUPTO?

La transición de trabajador a jubilado es uno de los cambios más importantes que tiene lugar en el último tercio de la vida. Junto a esta vivencia diferencial, se ha de decir que las formas de entrada en la misma también son cada vez más diversificadas, p.e.:

- Jubilados que acceden desde el paro (u otra situación laboral como la prejubilación, p.e.) a la jubilación; no desde el empleo remunerado y oficial.
- Enfermos y discapacitados obligados a jubilarse antes de tiempo. Se produce una transición precoz.
- Mayores que no tienen derecho a pensión, y tienen (o quieren) que esperar a los 69-70 años. Por ejemplo, profesionales (p.e. algunos niveles del ámbito académico) que no perciben pensión hasta los 70-75 años.
- Algunos funcionarios (p.e. militares) que cobran pensión (un tipo de sueldo o pre-jubilación) pero que en realidad siguen trabajando en otras profesiones.
- Los empleados de determinados sectores (minería, empresas...) se o “los” jubilan antes.
- Las personas del sector agrario se retiran paulatinamente y más tarde que las del sector industrial o servicios.
- Las personas asalariadas se retiran antes que los trabajadores autónomos o profesionales liberales, los cuales tienen una transición menos traumática y radical; continúan trabajando.
- Profesiones artesanales, comerciantes, autónomos (...) que no llegan nunca a jubilarse en el sentido estricto de la palabra porque siguen trabajando en la empresa familiar, por ejemplo.
- Personas, sobre todo mujeres, que nunca vivirán esta transición a la jubilación porque han trabajado de forma remunerada pero no han cotizado.
- Personas que no han cotizado porque no han trabajado de forma remunerada. Es el caso de las amas de casa. No viven esta transición; si acaso serán “jubiladas consorte”, por la jubilación del marido/pareja.

Pensemos que sólo el 38% de los jubilados se había jubilado a los 65 años y no antes (MTAS, 1999), y por ello cada una de las formas de transición a la jubilación “no oficiales” citadas pueden percibirse en la actualidad. Aunque son modos “especiales”, cada vez se tornan en tránsitos más comunes y menos extraordinarios, por ejemplo: “del paro a la jubilación” (EM10:4, agricultor), de la “prejubilación a la jubilación” (EM8:2 bancario, GD8:2 fábrica, EM3:6 administrativo Aviaco) o “jubilación anticipada”, antes de la edad oficial (muy generalizada, véase fichas GD y EM). Estas formas de acceso “forzado” al no trabajo puede constituir uno de los motivos de animadversión hacia la jubilación (véase apartado 8.4.4.). En algunos casos las pensiones son notables, pero en otros la pensión que se recibe por jubilarse antes es mucho más baja que si la jubilación es a la edad oficial.

“...me he jubilado prácticamente a la fuerza, porque ahora el día 6 de Agosto hace 4 años que me dió una angina de pecho...”(EM10:2) (...) al jubilarme he subido un poquito porque ganaba 50 de eso de mayor de 52 años, estaba en el paro. Antes ganaba 50 y pico y ahora 57 y pico. O sea, es una miseria...” (EM10:4)
“...ha sido una jubilación obligada, porque yo me encontraba bien, pero cerraron la fábrica entonces al cerrar la fábrica, en 58-59 años ¿dónde vas? Entonces aún tienes bastante nervio pero ¿a dónde vas? si en aquella época era peor que ahora, que no admitían a nadie. Así es que hasta queriendo continuar no podías, estuve obligado a jubilarme.” (GD8:2 y ver EM3:6 ó EM8:2)

En relación a la cuestión **¿es la jubilación un proceso o un cambio abrupto?**, podemos decir que si se toma la jubilación como el mero fin del trabajo, se deduce claramente que es un fenómeno abrupto, brusco, que el trabajador vive de la noche a la mañana. Pero si tenemos en cuenta las posiciones sobre la misma percibimos que se trata (dentro de su carácter de brusquedad) de un fenómeno ante el que se muestran distintas actitudes dependiendo de la “fase” por la que se atraviese y de la adaptación-no adaptación a la misma. Por tanto, a lo largo de todo el estudio se recordará que la jubilación tiene un carácter procesual a pesar de que se trata de un cambio brusco del trabajo a la inactividad. Suele vivirse como un proceso, y por tanto cambiante, variable, en constante mutación y no como un estado permanente.

De forma general, en un **primer momento**, las personas jubiladas se alegran de no tener que ir a trabajar, viven en un **estado eufórico**, de descanso, diversión, de no hacer nada. Pero, más tarde, con el paso de las semanas y/o los meses puede empezar la problemática de no saber dónde acudir, no saber cómo llenar el tiempo, con el riesgo de caer en el aburrimiento, en el “sinsentido”, en la depresión y en la desesperanza¹. Según Fericgla (1992) la jubilación es un rito de exclusión peculiar porque no sigue las etapas de cualquier rito, que son: “separación” (aparta al sujeto del estado antiguo), “liminaridad” (estado marginal respecto a una estructura social o cultural dada) y “reagregación” a un nuevo estado. Este esquema no se cumple en la jubilación. Siguiendo a Fericgla, la jubilación es especial porque no comporta una posterior reintegración (pp. 120 y ss.).

En cuanto a las distintas fases, para Moragas (1991:168) existen dos momentos principales: antes y después de la jubilación. La fase anterior sería mientras se toma la decisión y se barajan algunas alternativas, y la fase posterior se definiría a raíz de asumir el rol de jubilado². Según Havighurst et al. (1969), la persona tras la jubilación pasa por varias fases, 1) inmediata al cese del trabajo: el individuo se siente frustrado y en un estado de ansiedad permanente, 2) dominado por la inquietud pero también por encontrar un nuevo rol social y/o psicológico que adoptar. Durante esta fase se eliminan anteriores ambiciones y se crean otras nuevas en consonancia con la realidad, 3) Estabilización, en la que el individuo ha encontrado un rol que le permite compensar su falta de actividad. Al final, establece una nueva distribución del tiempo, cultiva nuevos contactos sociales y busca ocupaciones apropiadas para su estado y condición.

Fitzgerald (1988:25) expresa claramente los distintos momentos en su jubilación: *“Las noticias llegaron repentinamente una tarde. Una consolidación de la organización iba a eliminar mi puesto dentro de los mandos ejecutivos intermedios, e iba a permitir mi jubilación*

¹ S. Bautista de la Torre (1994), a través de su novela *“La vejez, esa eterna juventud”*, narra la vivencia de Nico (protagonista, administrativo jubilado) de la transición a la jubilación y vejez, que refleja paralelismos con análisis de nuestro estudio. Vemos las distintas actitudes hacia la misma, desde antes de jubilarse, la euforia, el vacío posterior..., y también el ocio, la enfermedad, la relación con la esposa, la muerte de seres queridos etc.

² Siguiendo al mismo autor, la decisión de jubilarse -factor básico en la aceptación de este proceso- puede ser tanto por factores institucionales o personales. En cuanto a los institucionales, sobre los que el individuo no tiene control son: ciclo económico (reestructuración de sectores, posibilidades de empleo), tendencias de la legislación social, política de la organización (trato trabajadores mayores), puesto de trabajo desempeñado (exigencias y futuro del mismo) y actitudes sociales sobre la jubilación. Los factores más personales pueden ser: estado de salud, motivación e intereses en otras actividades, finanzas personales y posibilidad de otros ingresos, actitud familiar (responsabilidades familiares, existencia de personas dependientes), deseo de cambio o de nueva actividad, satisfacción en el trabajo

anticipada. En principio, la incredulidad, luego la gratitud: '¡no tendré que trabajar nunca más!'. El fin de semana interminable... pero poco después de que la puerta se cerrase suavemente detrás de mí, me sentí inesperadamente desorientado", que concuerda con otros discursos de nuestro estudio. Recordemos que siguiendo a Atchley (1976; Aragón, 1986; Bazo, 1990; Agulló y Garrido, 1996) se pueden identificar distintas etapas que pueden o no experimentar los mayores. Como toda clasificación, expresan una gama de **posibles fases** que pueden vivirse o no tal como aquí se plantean:

0. Prejubilación. En esta fase la persona se plantea expectativas futuras, hace sus planes más o menos alcanzables hacia el nuevo periodo que empieza con la jubilación. Atchley propone incidir en la *fase remota* (que casi nadie vivencia) y en la *fase de pre-retiro* más cercana. La fase remota (en la que la mayoría aún no está preparada conscientemente para la jubilación) es la que Aragón denomina "aprender a aprender" (p. 302) y sobre la que se debería poner más énfasis. La fase cercana es en la que algunos trabajadores participan en programas de preparación. En esta última, habría que plantear expectativas viables que evitarían pasar por la fase de desencanto y desorientación.

1. "Luna de miel". En esta fase, más o menos eufórica, poseen motivación para experimentar la jubilación como "vacaciones indefinidas" que por mor del trabajo no podían disfrutar. Pueden darse dos casos: ocupación-actividad (el tiempo se ocupa con infinidad de actividades que se realizan al mismo tiempo, al "estilo de la vida laboral") o descanso-tranquilidad. Suelen durar poco tiempo; quizás pocos meses.

2. Desencanto-reorientación. Algunos jubilados, al finalizar la "luna de miel", no pueden encontrar actividades satisfactorias y pasan por una etapa de desencanto que en ciertos casos puede llevar a la depresión y frustración. Las esperanzas sobre la jubilación y sus ventajas no se cumplen; la persona se siente estafada por la sociedad a la que ha entregado su vida laboral. Se descubre que en realidad no se trata de un periodo de júbilo o de vacaciones sino de un nuevo modo de vida que habrá que adquirir. Este desencanto se complica si se añaden otros factores: salud deteriorada, pensiones bajas, muerte de familiares, etc.

3. Estabilización. Se caracteriza por el ajuste entre expectativas y realidad. Suele predominar la realización de actividades rutinarias. Algunos jubilados se mantienen en la fase de descanso-tranquilidad hasta el final de sus días, pero la mayoría busca alguna práctica que sustituya al trabajo. Se consigue con una variedad de actividades u obligaciones que se impone uno mismo o se le imponen desde fuera. No existen reglas, ni fórmulas mágicas sobre qué actividades pueden dar respuesta a la necesidad de ocupación, de responsabilidad y de reconocimiento.

4. Dependencia. Esta fase, que nos permitimos añadir a la clasificación de Atchley, implica pasar del estatus de jubilado sano e independiente al de persona dependiente. Quizás esta transición pensamos que puede ser más traumática que un primer tránsito del trabajo a la jubilación. Esta fase termina en muchos casos en invalidez, incapacidad, senilidad, muerte. Esta etapa es discutible que sea incluida en la jubilación, pues más bien sería el final del envejecimiento, natural e irreversible, pero temido por todos. Esta fase es identificada muchas veces con la jubilación, y esto es una de las causas de las representaciones sociales negativas que tiene la misma.

En definitiva, en la jubilación podemos atravesar varias fases hasta adaptarnos a la nueva situación al igual que a lo largo del ciclo vital vamos "surcando" etapas: de la niñez-adolescencia pasamos a la juventud y de ésta a la madurez. Se habla de continua *resocialización* en la que los mayores deberán adoptar nuevos roles (de abuelo, jubilado, viudo) y adaptar los otros anteriores (padre, marido, trabajador). El riesgo es querer mantener los roles "viejos" a toda costa sin intentar adaptarlos. Estos cambios de socialización pueden producirse de diversas maneras y han sido tratados por varios expertos (Moragas, 1991; Sáez et al, 1987, 1995, 1996, entre otros), aunque recordemos que la mayoría de autores limitan el estudio de la socialización a las primeras etapas vitales. Desde distintos estudios observamos (McPherson, 1983; Moragas, 1991:114 y

ss.), que el proceso de envejecimiento puede pasar por varios momentos hacia los que se tienen distintas concepciones: aceptación, acomodación, adaptación, asimilación e integración³.

Siguiendo a Altarriba (1992), los mayores pueden adaptarse a través de varios mecanismos o procesos como puede ser la "resignación", aceptando su devenir sin más; o la "rebeldía", intentando cambiar su situación a través de enfrentarse contra todo y contra todos. También, pueden pasar por una etapa de "regresión", es decir, que renuncia a los intereses y hechos actuales, estando orientados hacia el pasado más que hacia el presente o futuro. El "aislamiento" o desvinculación es otra de las reacciones, junto a la "negación" que sería no querer ver la realidad. Esta actitud implica no poner remedios para mejorar la situación y la crisis se va retrasando; pero cuando llega puede ser más perjudicial.

En nuestro estudio, hemos podido comprobar a través de los discursos de los mayores que en la jubilación suelen atravesar estas **distintas fases**. No es nuestro objetivo analizar la transición de la jubilación según las etapas⁴. Pero sí hemos podido confirmar, desde sus propios discursos la vivencia de la jubilación al menos en dos etapas: el principio de euforia que todos mencionan, y el "después" indeterminado, en el que han procurado adaptarse a la nueva situación. El principio, según recuerdan los que se han jubilado hace más tiempo, suele caracterizarse por un "deseo" de jubilación, de "liberación", pero poco a poco puede derivar a un discurso de rechazo hacia la misma si no se consigue una adaptación que satisfaga la entrada en esta etapa. Ellos mismos reconocen los cambios que vivieron desde que se jubilaron, y así han ido cambiando, coherentemente, sus opiniones.

"...2 meses que son de vacaciones..., que son de fantasía, yo me encuentro que mi opinión no es válida para un jubilado, (...) te encuentras con una ayudita que no vas a tener luego, porque dentro de un año vas a pasar a vivir de tu jubilación, y una jubilación, por muy buena que sea, significa casi un 30% menos de ingresos de los que yo tenía antes. Entonces yo sé que durante un año me voy a estar teniendo que sujetar, que, en lugar de X tipo de vida, voy a tener que estar llevando X-2, entonces yo, ahora mismo, ¿opinar?, voy a ser excesivamente optimista, entonces hay que esperarse un añoito." (EM3:10 y ver GD5:15, GD1:21)

Además de haber atravesado por distintas fases, otro discurso común encontrado es el **rechazo hacia la forma de jubilarse "forzada", "obligada", no elegida**. Todos

³ 1. *Aceptación*. Es cuando los mayores aceptan valores, costumbres, usos de otras generaciones (independencia, consumismo, p.e.) aunque no las compartan (prefieren ahorro, conservadurismo...).

2. *Acomodación*. Supone un grado mayor de interiorización y socialización. No sólo adoptando los valores externos, sino ajustando los valores propios a los sociales. Los mayores que deseen relaciones con otros grupos sociales deberán realizar acomodaciones para ser aceptados.

3. *Adaptación*. Supone un escalón más que la acomodación y por ello exige un cambio de conducta individual mayor que la acomodación. Es preferible que los mayores vayan fomentado la flexibilidad sobre todo durante los acontecimientos de la etapa media (emancipación de los hijos, jubilación, viudedad, deterioro progresivo físico, etc.). En concreto la adaptación a la jubilación requerirá muchos cambios de forma repentina y brusca. Para esta adaptación será necesario una mínima preparación (ver capítulo 12) y unas actitudes positivas frente a la nueva situación. Havighurst (1963) ya señalaba cinco elementos para esta adaptación: entusiasmo, fortaleza, autorrealización, autoestima y perspectiva optimista-esperanzada.

4. *Asimilación*. Consiste en la interiorización de los valores sociales por el individuo incorporándolos permanentemente a su conducta. Para el mayor es difícil entrar en esta dinámica porque sus valores y conductas chocan con los de otras generaciones. Requeriría una absorción total por parte de los mayores hacia la sociedad, cuando lo ideal pensamos que es una compatibilización de valores y normas de los distintos grupos sociales, pero no una total absorción o asimilación.

5. *Integración*. Constituye la última etapa de la socialización y supone la interiorización total de los valores del grupo integrador. En el caso de los mayores tendrían que "integrarse" totalmente teniendo que renunciar a sus valores propios y adaptando los del grupo integrador. Además de que esto parece complejo, pensamos que tampoco sería conveniente para su equilibrio personal y social, porque la sociedad estaría perdiendo sus posibles aportaciones sin respetar los valores positivos de los mayores. Por ejemplo, es mejor para no desintegrar a los mayores subir el nivel de pensiones que rebajarles la entrada a espectáculos. Lo primero puede considerarse una medida más integradora que la segunda.

⁴ Recordemos que para ello sería adecuada una "investigación de tipo longitudinal y diacrónica", que siguiera la evolución de los jubilados en distintos momentos a lo largo de muchos años. Así podríamos conocer las distintas fases de la misma. Este no es nuestro objeto de estudio.

coinciden en que debería ser una decisión más voluntaria y personal para que la jubilación no fuera un **trance abrupto** y repentino. Una serie de estudios muestran que cuando la jubilación está lejos es deseada; inmediatamente después se valora negativamente y al cabo de pocos años la actitud es positiva (Thomae, 1969; en Aragón, 1982:160). Pero, especialmente la situación profesional incide en estas actitudes. Así, entre los obreros es mayor la disposición a retirarse antes (Palmore, 1965; Dreher, 1969; Fillenbaum, 1971). Los empleados en mejores condiciones ponen más resistencia ya que están más satisfechos, y por tanto más motivados y autorrealizados en su trabajo (Geist, 1968; Davidson y Kunz, 1969). Independientemente de la adaptación y actitudes negativas/positivas de unos y otros hacia la vivencia de la misma, todos (excepto algunos de estatus alto que han podido decidir sobre el “momento” de jubilarse) rechazan el sentido de “obligatoriedad” al jubilarse (véase apartado 8.2.).

“...te jubilan y te jubilan, porque yo he estado trabajando hasta hace dos años, pero te echan y... y como ahí no sirve darle vueltas, ahí te dicen: “venga”, y a ver, a los sesenta y cinco te jubilan y adiós.” (GD3:7)
 “(...) hay una gran diferencia cuando se pasa de una vida activa a una máxima... Es un escalón muy fuerte, todas las personas humanas lo acusamos, quizá unos un poquito más o un poquito menos...” (GD1:2)

Para Yela (1988:300-301) las actitudes ante la jubilación y el envejecimiento pueden ser de *apertura o de clausura*⁵. Según este autor, una actitud “abierta” implicará que el individuo contempla los hechos, las situaciones y cambios con mirada atenta y tranquila al mismo tiempo. Este interés y vitalidad son los que posibilitarán nuevas vías de adaptación, autorrealización y dotación de significado a esta nueva etapa en la que las relaciones sociales, las actividades, la salud (entre otros) tendrán que percibirse desde otra perspectiva “más abierta” a la nueva realidad. Sin embargo, una actitud “cerrada” conllevará un comportamiento y conducta negativos. Desde esta negatividad se enfocará el cambio como provocador del aislamiento, como amenaza personal y social. En fin, veremos como los discursos sobre el tránsito a la jubilación son ambivalentes: en una misma persona, al igual que ocurría con las actitudes hacia el trabajo, se encuentran discursos contrapuestos. En general, cuando los mayores se refieren a la jubilación están hablando del fenómeno en global, sea en su parte de fenómeno procesual como en su faceta de cambio brusco. En cualquier caso, y tal como veremos en el 8.4., el *ergocentrismo* produce que sea común una actitud resignada ante la jubilación.

8.2. LA RELEVANCIA DEL FACTOR EDAD HOY: LA EDAD DE JUBILACION

8.2.1. La edad a lo largo de la vida y “las edades” de la vejez

“Ya no tienes edad para eso”, “a mi edad ya no puedo...”, “no es apropiado a tu edad”, son frases comúnmente utilizadas en nuestros discursos cotidianos. La cuestión de la edad marca nuestras vivencias y cobra especial relevancia en los últimos años, sobre todo, al referirnos a la gente mayor. Pero la edad no es sólo crucial en los últimos años del ciclo vital, sino que constituye un factor importante ya desde el nacimiento. Observemos nuestra sujeción y dependencia de la edad y, de forma más general, al tiempo, al reloj, a la agenda, al calendario. Los primeros años de un niño están programados desde el momento en que ve su primera luz: la crianza de los primeros años, la guardería o jardín de infancia, el primer ciclo escolar, el segundo, curso a curso y dependiendo siempre de la edad. A los 18 años el derecho a votar, la posibilidad

⁵ Las “actitudes de apertura” se funda en los siguientes sentimientos: *eupatía* (uno se siente bien consigo mismo), *simpatía* (en concordancia con los otros), *autonomía* (uno siente que vale ante los otros) y *anástasis* (a pesar de todo merece la pena vivir).

Las “actitudes de clausura” se consolidan con sentimientos contrarios: *cacopatía* (sentirse inferior e incapaz), *dispatía* (sentirse rodeado de un mundo y personas hostiles), *heteronomía* (sentirse dominado por la voluntad ajena) y *catástasis* (sentir que el esfuerzo es inútil y no vale la pena).

de conducir, a unas determinadas edades está establecida la independencia del hogar, el primer hijo/a, etc. Tal como dice Cardús (1975, en Sánchez Vera, 1993:58), "el ser humano desde que nace está inscrito en un orden temporal y la edad, el cumplir años, viene a ser la expresión de esta ritualización temporal en el mundo social, medido por un tipo de calendario".

La *sociología de las edades* constituye un área del análisis sociológico que tiene por objeto de estudio cómo la sociedad condiciona y define a las personas en sus diferentes procesos vitales marcados por la edad. Los conceptos y sucesos ligados a la edad vienen condicionados por el momento histórico y la coyuntura político-social. Estas etapas o edades imponen y dirigen el proceso de socialización de las personas que comparten muchos rasgos con sus coetáneos o congéneres; se identifican con los de su generación (término más amplio) o edad. La edad, al igual que el género, forma parte del constructo social que define el estatus (Sánchez Vera, 1993:37), y es una característica denominada "adscrita" o no adquirida. Pero elevar la edad como factor de primera categoría puede acarrear importantes problemas, sobre todo en el periodo de jubilación y vejez. Por tanto, aunque las edades ayudan a establecer un orden temporal y social no deberían ser tan determinantes como lo son, por ejemplo, en el caso de la jubilación.

En relación a la edad se tienen unas u otras representaciones sociales, unas ideas pre-establecidas de lo que se espera de cada edad. El otorgar demasiada relevancia a la edad puede devenir en exagerada simplificación y estereotipos. Por sí misma la edad no nos aporta apenas informaciones importantes desde un punto de vista psico-social, aunque sí puede ofrecernos datos objetivos. Hemos de reconocer, por ejemplo, la función de la edad en las estadísticas. Pero, se observa cómo son más explicativos el nivel de instrucción alcanzado (que a veces la edad puede indicarlo, en los primeros años, pero no en los adultos), la situación económica, el género más que la edad en sí.

Las distintas etapas vitales han recibido diferentes tratamientos (por ejemplo desde la Psicología del Ciclo Vital o desde la Sociología de las Edades) y también diversas denominaciones. Sheehy (1976) denomina de forma curiosa las distintas etapas vitales: "las embestidas de la veintena", "el remolino de la treintena", "raíces y expansión" (a los 40), el "decenio de la última oportunidad" (50 años), "la renovación o la resignación" (60 y más). Otra clasificación más tradicional es como sigue: infancia, adolescencia, juventud, adultez joven, adultez o madurez, vejez joven, ancianidad.

Estas cuestiones nos llevan a un planteamiento más genérico sobre las distintas etapas y edades del ciclo vital. Siguiendo a Guillemard (1991), "la protección social ha contribuido, pues, a estabilizar tanto el modelo de empleo estable como el modelo ternario del ciclo vital en el que se integra" (p.246). Según esta investigadora, este modelo consta de tres fases: un período de formación (la juventud), un período de actividad (la adultez) y un período de vejez (en el que se entra por la jubilación). Esta sucesión de etapas sigue siendo idéntica y el modelo apenas se ha modificado. Por tanto, pensamos que el ciclo laboral enunciado por esta profesora francesa no ha sufrido alteraciones debido a que el trabajo continúa siendo un valor central. De todos modos, estamos vislumbrando algunos cambios en este sentido. Es decir, en la "primera edad" la juventud no sólo se forma sino que realiza algún trabajo (y otras actividades de ocio, voluntariado) para compatibilizar con los estudios ya que se detecta que los mismos no conducen siempre al empleo. En la "segunda edad" los adultos no sólo se centran en su trabajo, sino que empiezan a interesarse por adquirir una mayor formación y por repartir su tiempo en otras actividades de ocio. Y la "tercera edad" no sólo se limita al descanso sino que los/as mayores muestran sus deseos de seguir activos/as, sea mediante el trabajo, remunerado o no remunerado, el voluntariado, el ocio u otras prácticas.

De este modo, aunque la trayectoria lineal del modelo "ternario" no está truncada se perciben atisbos de que el ciclo laboral está cambiando. Pensamos que las tendencias futuras seguirán, o deberían seguir, el rumbo hacia una sociedad de ocio, formación y trabajo para

todos. Pero para ello se requieren importantes cambios a distintos niveles: primero, que en las distintas edades del ciclo laboral se desempeñen roles diferentes y no nos limitemos al papel definitorio de cada etapa (juventud=formación, adultez=trabajo, jubilación=descanso); segundo, para romper esa linealidad del ciclo laboral es necesario cambiar los valores y actitudes que se tienen respecto al trabajo y al ocio. Por tanto, debería tocar fondo la asignación de roles según la edad, y la tendencia deberá enfocarse hacia un uso del tiempo más rico y diversificado⁶.

Pero una de las edades que más afecta a la persona de manera más abrupta es el 65 aniversario en el que es obligado jubilarse. Observamos que no hay edad de obligación para empezar a trabajar (aunque de forma oficial en España no se puede trabajar antes de los 16 años), pero sí para abandonar el mercado de trabajo, cuestión que parece cada vez más ilógica y por ello se están proponiendo modelos de jubilación flexibles que tengan en cuenta otros criterios diferentes a la edad cronológica. La edad no es, pensamos, un criterio objetivo para designar la aptitud, las necesidades u otras cuestiones cualitativas; lo que ocurre es que se emplea el criterio edad a efectos de orden y por su fácil uso para la administración y gestión. Pues bien. Antes de continuar con esta reflexión en torno a la edad debemos resaltar que, además, encontramos **distintas edades en la vejez**.

Por el simple dato de la edad los mayores no configuran un grupo social (al contrario de lo que defendía la *teoría de la vejez como Subcultura o Grupo minoritario* ya tratada), pues abarcan desde los 60 hasta más allá de los 100, y como es obvio, las diferencias dentro de este segmento de población son enormes como para considerarles grupo social por el factor "edad". Aunque hablemos de grupos o categorías de edad hemos de dejar claro que la edad, siendo imprescindible, no es indicadora por sí sola de la situación de las personas, sino que más bien suele venir acompañada de otras facetas.

Los mayores tienen rasgos comunes compartidos por el mero hecho de la edad (la experiencia de la Guerra Civil, la Postguerra, la Dictadura, una socialización peculiar, p.e.), pero esto es por la pertenencia a una determinada generación o cohorte y por haber vivido bajo una misma coyuntura económico-social. En fin, no podemos hablar de los mayores como un grupo de edad homogéneo, pues incluso aún teniendo edades parecidas las condiciones de vida, han podido ser, y pueden ser, muy diferentes.

La vejez puede dividirse en virtud de 1) la edad o criterios cronológicos, ó 2) en relación a "otro tipo" de criterios. En relación a las **etapas según la edad o según criterios cronológicos**, recordemos las distintas clasificaciones en que puede separarse una misma etapa como es la vejez (capítulo 1). Monlau (Rodríguez Domínguez, 1989:78) la divide así: 1) "vejez incipiente o vejez verde" (desde los 60 a los 70 años en el hombre y desde los 50 a los 60 años en las mujeres), y se caracteriza por la declinación de la virilidad y la adultez; 2) "vejez confirmada o caduquez", entre los 70 y los 85 años, en la que todo es decadencia, disminución y deterioro, en lo físico, fisiológico y psicológico, 3) "decrepitud o edad de los centenarios", reservada a los pocos que viven entre los 85 y 100 años, como periodo vegetativo y de invalidez casi absoluta. Aragón (1986:294), también distingue varias subfases: "tercera edad" desde los 65 años en que comienza normalmente la jubilación; "ancianidad" entre los 70-75 años, caracterizada por notorias limitaciones físicas y frecuentes modificaciones en las relaciones sociales y familiares; "última senectud", desde los 80 años, en la que se incrementan las limitaciones de todo tipo; y "cuarta edad" o edad terminal, a partir de los 90 años, marcada por la inexorable proximidad de la muerte. Sin embargo, y a pesar de estas clasificaciones aún seguimos sin saber en la mayor parte de estudios consultados a qué tipo de "vejez" (o edades dentro de

⁶ Respecto a la relación edad/empleo/jubilación, Guillemard (1991) ofrece un amplio análisis sobre la actividad económica en función de la edad. Esta socióloga profundiza sobre las implicaciones más relevantes del adelanto o aplazamiento de la edad de jubilación en diferentes países europeos (Países Bajos, Francia, Alemania, Estados Unidos, Gran Bretaña y Suecia). Describe algunas propuestas a desarrollar en una política de edades adecuada que afecta tanto a los/as trabajadores/as mayores como a la población general.

la vejez) se están refiriendo los autores. Máxime es nuestra desorientación cuando nos encontramos, sobre todo en las estadísticas, con la referencia de "65 y más años" sin establecer subgrupos dentro de la última etapa de la vida.

En algunos países se utiliza la edad de 60 años como línea divisoria tanto de la jubilación y, por tanto, de ser "considerado mayor socialmente". También en España se ha utilizado esta edad como punto de partida de muchos estudios sociológicos. Muchos expertos opinan que depende del problema de que se trate deberá utilizarse una u otra edad. En ese caso habría que hablar de vejez en términos laborales, vejez en términos sanitarios, etc. Pero, en general, se llama "tercera edad" a los mayores de 65 años, y dentro de este grupo se habla también de "cuarta edad" para designar a los mayores de 75-80 años. Por tanto, siguiendo a Casals (1982), la edad no puede fijarla el investigador en función de las necesidades del estudio, sino que viene marcada por causas socio-económicas. La sociedad llama "viejos" a aquellos que, como grupo social, se retiran del mundo productivo y que tienen que ser mantenidos sin trabajar.

Según Díez Nicolás (1991:432 y ss.) la opinión generalizada de la población es que varones y mujeres envejecen a la misma edad: 71,2 y 71,1 años, respectivamente. Otro dato que llama la atención es que más de la mitad de los entrevistados señalan que la peor edad es a partir de los 60 años (la mejor edad entre los 28-33 años). También se observa que cuanto más alta es la edad del entrevistado más alta es la edad que se considera peor etapa.

Pero en relación a las **etapas según "otros" criterios (otras "edades")**, nos planteamos ¿por qué una persona de 50 años es percibida como vieja para trabajar? ¿por qué una persona con 80 años puede sentirse "joven" y una de 45 años puede autodefinirse como "vieja"? Estas cuestiones conducen a la existencia de "diferentes edades" según la etiqueta o significado que se atribuya a las mismas. Siguiendo los análisis de varias obras consultadas podemos distinguir varias edades.

A simple vista, solemos identificar a las personas mayores con los cabellos grises o calvicie, arrugas, y demás rasgos físicos que muestran el proceso inevitable del envejecimiento. Estos factores marcan la "edad fisiológica", orgánica o biológica que define a los/as mayores como un grupo en el que aumentan las discapacidades y enfermedades. Esta importancia que se otorga a la edad fisiológica es lo que lleva a identificar a las personas mayores con la enfermedad. Tomando en consideración la capacidad de ser dependiente o independiente por parte de los/as mayores, nos encontramos con la "edad funcional", basada en criterios de mayor o menor posibilidad de movilidad, manejo y autonomía personal.

En la actualidad, la edad "objetiva" que marca la entrada en la vejez es la de 65 años (edad oficial de jubilación en España, pero no en otros países), y sin embargo cada vez es mayor la controversia acerca de la identificación de jubilación con vejez. La "edad cronológica" (los años que se tienen) es tomada como la más objetiva, y es la que suele emplearse para unificar al grupo de mayores, sin tener en cuenta sus distintas capacidades y circunstancias personales diferenciales⁷. Por tanto, podemos decir, paradójicamente, que *la edad no es sólo cuestión de años*. La "edad social", sin embargo, será la edad en que la mayoría de las personas, las instituciones y la sociedad general piensan que una persona es mayor. La edad social designa los papeles/roles que se deberían seguir a determinada edad. Este criterio suele fundamentarse en el aspecto económico y laboral, por lo cual a partir de 65 años, en nuestro país, es cuando a nivel socio-político, una persona es mayor. De todas maneras, las edades aludidas anteriormente no coinciden siempre con la "edad psicológica", que suele referirse a la idea personal y a la autopercepción del momento en que uno se considera mayor. Podemos encontrarnos con

⁷ Aragón (1986:294-297) distingue también diferentes edades: edad social, edad biológica y psicológica. Varios autores son los que hablan de *edades* más que de fases o periodos (Birren, 1959, p.e.). Recordemos que ya Ward (1979, en Aragón, 1986:294) indicaba que no era adecuado tipificar a la personas basándose en la mera edad cronológica, ya que es un indicador poco preciso y puede conllevar estereotipos.

jóvenes de 30 años que se sienten mayores, y con mayores de 80 años que se definen "adultos" pero no "viejos".

La edad, pensamos al igual que Sánchez Vera (1993:113), ha pasado de categoría analítica a fundamentación social de roles diferenciados. Las personas que pertenecen a un mismo intervalo de edad constituyen no sólo una "categoría estadística" sino un grupo social con diferencias propias. Por ejemplo, los tres grupos en los que se suele dividir la población indican la relevancia de esas tres partes: de 0 a 16 años, de 17 a 64, y de 65 y más. Estas categorías de edad a menudo con utilidad tan sólo administrativa y de origen artificial pueden facilitar la formación de grupos sociales con roles distintos, y por ello la "edad social" no coincide siempre con la "edad cronológica", pues en función del contexto, una edad tendrá un significado u otro. La edad es, entre otras cosas, una representación social de determinados roles adscritos socialmente. Son las representaciones de la edad, el comportamiento de los demás, del entorno social, lo que nos hace conscientes a cada uno de nuestra propia edad. No son sólo los achaques o la jubilación sino, sobre todo, la actitud del medio social respecto al envejecimiento. Si al hablar de edad psicológica decimos que "uno es tan viejo como se siente" debemos añadir la parte más sociológica de que "una persona se siente mayor dependiendo de la actitud de la sociedad, de los demás" (capítulo 10).

8.2.2. Los mayores ante la edad de jubilación: debate y polémica

Según la encuesta CIRES (1992) la edad es la característica más importante (54%), en opinión de la población general, para definir a una persona como mayor, seguida de otros aspectos como el aspecto físico (16%), la forma de ser (8%), la capacidad física (6%), la jubilación (3%), la capacidad intelectual (3%) o la sabiduría (3%). Pero la ancianidad no depende de la edad para la cuarta parte de los mayores. Sólo el 19% cita la edad de jubilación, pero igualmente frecuente es la respuesta que la retrasa a los 71 años (19%) o la adelanta a los 61 (17%) y no faltan quienes la retrasan más allá de los 75 años (15%) o la adelantan antes de los 60 (6%). La imagen de la vejez depende en parte de la edad (Durán, 1996): los más jóvenes citan edades más tempranas como límite de la vejez que los de mayor edad. Pero, continuemos con la edad de jubilación en concreto y subrayemos que, tal como apunta López Jiménez (1993:20), no es la edad la que determina el retiro, sino *la construcción social de las relaciones entre edad, división del trabajo y mercado laboral*.

El descenso de la edad de jubilación, como solución al desempleo y a otras crisis del mercado laboral, está conllevando diversos problemas (epígrafe 3.2. y 3.4.). Hemos de recordar que la edad de jubilación real está siguiendo un descenso acelerado en los últimos tiempos. Como se ha comentado anteriormente no hay correspondencia entre edad-productividad. A los mayores se les perjudica con la edad obligatoria de jubilación⁸, porque suele condenarles al aislamiento del mercado laboral, del aprendizaje, por lo cual se acelera su obsolescencia cada vez a edades más tempranas. Observemos, por ejemplo, las medidas recientes por parte del gobierno para fomentar el empleo a mayores de 50 años pues el paro está siendo más acentuado en estas edades (véase epígrafe 3.2.). Estas situaciones podrían mejorar si desapareciera el tabú de la edad, el mito de la edad, que hace incrementar los estereotipos como el que los mayores ya no son productivos y tampoco su formación-reciclaje es rentable (véase capítulo 10).

Si la edad de jubilación es diferente según los países (véase tabla 8.1. al final de epígrafe), en todos ellos existe en mayor o menor grado diversas contradicciones en torno al tema. Una de las paradojas es que, por una parte, se adelanta la edad de jubilación (incluso hasta los 50 años en

⁸ La edad de jubilación a los 65 años en nuestro país se definió en la Comisión de la Seguridad Social en marzo de 1981 como la edad a la que "los individuos no tiene suficiente buena salud para ejercer su profesión". La edad se convierte así en un factor de discriminación generalmente juzgado como aceptable desde una perspectiva de reestructuración del empleo (López Jiménez, 1993:20).

algunos sectores) y, por otra, estamos observando que la esperanza de vida (y por tanto de vida laboral, productiva) se alarga, sobre todo en los países más desarrollados socio-económicamente. Debemos recordar la jubilación se trata de los pocos fenómenos apoyados en una edad cronológicamente aceptada, pero el carácter arbitrario y burocrático como de cualquier edad-barrera llevan a preguntarnos porqué no establecer esta transición en virtud de otros criterios como el tipo de actividad desarrollada, la eficacia, la creatividad o el nivel de salud, ya que serían justificaciones más reales que permitirían una mayor optimización tanto de los recursos humanos como de los presupuestos económicos. Hay diferencias en la edad de jubilación española que permiten la coexistencia de distintos tipos de edades: edad de duración mínima de la cotización (60, más o menos), la edad legal de retiro a tasa plena (65 años) y la edad límite de cese de toda actividad (69 años). Las dos primeras más que edades de retiro serían edades de derecho a pensión, y expresan tanto el derecho al trabajo como el derecho a la jubilación o descanso. El problema es que estas edades no son siempre coherentes con la salud y con la capacidad de la persona.

En definitiva, no puede justificarse la discriminación por la edad que se aplica, directa o indirectamente, al generalizar que las personas son ineptas a una misma edad, sin tener en cuenta el sector económico, condiciones de trabajo, trayectoria laboral, condiciones de salud de cada trabajador, etc. Por ello resulta contraproducente una misma edad de jubilación para todos, sin tener en cuenta, si no características individuales sí características por grupos profesionales, por ejemplo.

Con todo lo anteriormente analizado, queremos plasmar que el debate sobre la edad de jubilación y sus consecuencias está despertando muchas opiniones contradictorias (¿adelantarla, o aplazarla?, ¿dependiendo del trabajo, de la salud o de qué criterios?, ¿dejarla como está?). Las opiniones están diversificadas, pero la tendencia es al adelantamiento de la edad de jubilación. Esta anticipación se comprende mejor en los/as mayores de estatus medio-bajo porque las condiciones de trabajo han sido pésimas en la mayoría de los casos; pero no se entiende un corte tan temprano y brusco en otras profesiones. La cuestión de la jubilación a una edad más temprana (sobre todo para determinados trabajos), es un punto que se contradice con las propuestas de algunos sectores profesionales y con las tendencias gubernamentales que pretenden aplazar la edad de jubilación progresivamente, tal como se plasma en las bases del "Pacto de Toledo" (julio, 1996) acordado (pero en un enconado debate hoy) por el gobierno actual.

Las actitudes hacia la edad de jubilación de los mayores de nuestro estudio serán coherentes con los discursos analizados en los epígrafes posteriores sobre el tránsito a la jubilación. Generalmente una actitud más positiva hacia la jubilación (de deseo y liberación) es afín a una edad de jubilación anticipada, antes de los 65. Sin embargo, las actitudes hostiles abogan por retrasar la entrada en la misma. Hemos de decir que gran parte de los mayores se están jubilando antes de la edad oficial, como también lo hemos comprobado en muchos de los mayores de nuestro estudio (véase fichas en el anexo 2). Muchos de los mayores consultados se decantan por un adelanto de la edad de jubilación (¡pero tampoco mucho antes!), entre otros motivos, para dejar paso a los jóvenes, para "reciclar y rejuvener" el mercado laboral, actualizar las profesiones, y también porque piensan que cuanto antes se descansen de los duros trabajos pasados mejor. Veamos los discursos de los mayores defendiendo la **edad de jubilación a los 65 años o antes**.

"...cuando una persona va llega a los 65 años, yo creo que ya está muy bien..., y si lo rebajan a los 60 en la enseñanza..., porque la enseñanza quema mucho: los niños queman mucho (...) y en los trabajos físicos, pues más todavía porque a los 65 años, una persona no tiene las mismas aptitudes, ni la misma fuerza, ni nada para desempeñar bien los trabajos, y más, como hay tanto paro..., pues que empiecen a dar oportunidad a los jóvenes..." (EM7:10 y ver GD6:20, ó EM1314:21: "...lo pondría de los 55 a los 60 años..." ó EM11:4: "...más edad es una equivocación porque, en parte, hay mucha gente joven que necesita trabajar y si está una persona mayor el joven

no tiene paso. Creo yo que a los 65 ya es, una cosa, un límite que está demasiado bien. Pero habrá trabajos que agotarán más..." (EM11:4)

Aunque existe una edad "normal" de jubilación⁹ se siguen perpetuando notables desigualdades en la práctica que van más allá de la edad según categorías profesionales, género, nivel de salud, etc. Todos los ciudadanos/as deben ser tratados por igual pero el sexo, el estatus, la salud (...), nos diferencia, como podemos observar en otros ámbitos sociales. Por ejemplo, las mujeres tienen en muchos países edades más tempranas de jubilación (véase tabla 8.1.). También el sector profesional marca diferentes edades reales de jubilación. En esta línea, la AISS (Asociación Internacional de la Seguridad Social), en su XXII Asamblea General (1992), trata la problemática y consecuencias demográficas, económicas y financieras más relevantes del aplazamiento o adelantamiento de la edad de jubilación. Tras la tendencia al adelantamiento en los años 80, parece que cada vez hay más interés en una mayor flexibilidad en el momento de la jubilación. Se está percibiendo la necesidad de retención e incluso reciclaje de los trabajadores mayores. Pero desde la parte de los trabajadores (también algunos sindicatos) más bien se demanda una jubilación anticipada que aplazada y ahí pueden surgir las confusiones. Por tanto, la jubilación aplazada o tardía no siempre goza de aceptación y popularidad. Aunque algunos individuos pueden valorar el derecho a continuar trabajando hasta una edad más avanzada, muchos consideran que tiene consecuencias más negativas si se eleva la edad normal de jubilación. Pero las tendencias futuras apuntan hacia una flexibilización y un aplazamiento de la edad de jubilación necesaria por distintos motivos: en respuesta a las tendencias demográficas; para reducir costos; por razones que guardan relación con el mercado de trabajo; para garantizar la igualdad intergénero; en razón de los cambios que se han producido en las tendencias del matrimonio y en las estructuras familiares; para mantener o elevar los actuales niveles de las prestaciones (AISS, 1993:15).

Por ejemplo, la seguridad social de EE.UU. en 1983 aseguraba la edad de elección de la pensión completa. Estas medidas, junto con el contrato de solidaridad en Francia y el de "relevo" en España están a favor de un retiro más flexible que reducía al 50% la jornada laboral. En España se dejan constantes la edad mínima y la edad normal de jubilación, pero se toman medidas que favorecen el retiro anticipado como la jubilación parcial entre los 62 y 65 años con reducción de ingresos y jornada laboral (RD. 1991/31 de octubre 1984) (ver capítulo 3) Según los mayores, muchos aceptarían el jubilarse antes con la condición de que se cumpliera el "contrato de relevo", es decir que alguien le sustituyera en su puesto de trabajo. Pero observamos, según las estadísticas y estudios recientes, que esto no se cumple: los prejubilados que son "retirados" de sus puestos no son reemplazados por nadie.

"...yo que me he jubilado con 52 años y 38 de servicio para aprovechar una coyuntura, una persona que ha dado 40 años de su vida a la empresa no creo que esté mal jubilarla. Y en ese caso meter a alguien más, ya sería mucho pedir "Yo me jubilo pero que en mi lugar metan a mi hijo por ejemplo", que eso lo he pensado más de una vez, y me han dicho "de eso ni hablar, si te vas te vas, tu hijo es aparte"(...) pero vamos, que lo tuviera en cuenta. Entonces habría personas que se jubilarían antes y perdiendo un poquito de su jubilación a mí no me importaría perder un 20% mío si metieran por ejemplo a mi hijo..." (EM8:10 ó ver GD6)

En general, casi todos los jubilados de niveles más modestos apoyan el adelantar la edad de jubilación. De todas maneras reconocen que muchos "no saben estar sin trabajar", pero la jubilación debería ser antes (pero no demasiado antes) para dejar paso a los jóvenes, pero también dicen que debería atrasarse dependiendo del trabajo y como se encuentre físicamente el trabajador. El debate está servido.

⁹ La edad normal de jubilación (a partir de la cual se percibe una pensión, sin condiciones especiales, con todos los derechos adquiridos), según diversas fuentes consultadas (véase tabla 8.1.), se sitúa entre los 50 y 70 años. De las 50 instituciones encuestadas (informe AISS, 1993), 16 países consideran edades más bajas para las mujeres.

“M.- Yo pienso que están jubilando demasiados hombres jóvenes, aunque tengan sesenta y cinco años, hay gente que con sesenta y cinco años todavía puede trabajar.

(...)M.- Rinden, ¿eh? y tienen que enseñar a los que vengan de atrás.

H.- ¿Y ustedes no comprenden que esos señores con sesenta y cinco años está trabajando y criaturas que tienen veinte años estén parados?.

(...)M.- Pero yo no estoy de acuerdo en que un hombre de sesenta y cinco años tenga que seguir trabajando.

H.- No, no, no, no.

(...)M.- Pero es que yo puedo enseñar a otra persona joven que entre porque si me han jubilado y no ha entrado nadie...

(...)M.- ¡Hombre por Dios! ¿Un hombre con cincuenta y un años para que le jubilen?

(...)M.- Que se jubilen a los sesenta años lo veo bien para que entre, se desplaza a la juventud, el peligro que hay es que se jubilan dos o cuatro y no entra ninguno. Ese es el peligro.” (GD3:38-39)

“...no está tan clara, debía ver primero el estado físico de una persona porque una persona a los 65 años se jubila y aún está bien... (...) debería ser para mí voluntariamente...” (GD8:2)

(...)- El que está en un andamio tiene ganas de jubilarse...

- Pero mira a los otros que están en el andamio: el encargado o el contratista ¡esos no quieren jubilarse!

(...)- La mano de obra, la mano de obra es la que más espera la jubilación” (GD8:19)

Defender una edad de jubilación antes significa pues, que sienten un mínimo “deseo de jubilarse” y se percibe el “fin del trabajo” como posibilidad de descanso, como premio merecido, como tiempo para disfrutar de ocio que nunca han podido disfrutar. En definitiva, ello es coherente con los discursos de la jubilación como liberación del sufrimiento pasado, cuando el trabajo había supuesto una coerción impuesta desde fuera, como una *medio para* alcanzar algo material, y no como una posibilidad de desarrollo personal y/o social.

“M.- ...a los 60, yo creo que a los 60 si la persona ha trabajado (M.- Aquí en estos pueblos la personas está muy trabajadas), están muy trabajados, hemos ido al campo y...

(...)M.- A los 65, si no tengo bastante cotizado serán 67; te vas a los 70 años ¿para qué quieres lo que te dan? Si va no estás para nada, para la Residencia la que tenga bastante.

M.- Si dicran a los 60 la personas aún podría disfrutar un poco y vivir un poco mejor (M.- Claro), después te lo dan a una edad que no están ni plata ni calderilla.

(...)H.- A los 60 sería lo ideal.

M.- Y no estoy conforme de que seas Guardia Civil y los jubilan a los 55 ¿eh?, porque ha sido militar le jubilan a los 55, todos descansadotes y los pobres labradores se jubilan a los 65...” (GD7:22)

Otra parte de los mayores rechaza la edad de jubilación actual y defiende un **alargamiento de la misma**. Estos discursos se encuentran en los mayores de estatus más alto que han tenido profesiones prestigiadas y con condiciones laborales óptimas (p.e. EM6:10, GD8:19). En cualquier caso, todos coinciden en que debería ser elegida, no forzada. El querer atrasar la salida del trabajo por jubilación parece un claro indicador de animadversión, en principio al menos, hacia la jubilación. Sin embargo, no todo es blanco o negro. Persiste un debate inacabado sobre la edad de jubilación. Gran parte de los discursos de los mayores coinciden en que la edad de jubilación **debería depender del tipo de trabajo** al que nos estemos refiriendo. Parece que resuelven el debate diciendo que “según el trabajo debería ser la edad de jubilación”, destacando la flexibilidad y voluntariedad de la misma. Encontramos mayor consenso en este aspecto: posibilidad de elegir el momento de la jubilación, es decir una **jubilación “flexible”**, no obligada por decreto.

“...todo lo que me venga impuesto, todo, me molesta...” (EM3:3) ...error, porque mira, todos los premios nobeles, que yo sepa, se sitúan entre los 65 y los 80 años, ¿a qué edad están jubilando a los científicos?, a los 65, ¡Dios bendito! Mira, si yo fuese albañil, a los 55 pediría la jubilación porque mi trabajo es durísimo y es físico, y a los 55 no aguantas. (...) el cerebro no necesita tanta gimnasia, tanto vigor, como pueda necesitar el organismo. Entonces,

no me jubiles a un científico a los 65, ni menos...” (EM3:17 o ver GD8:19: “...Un señor ~~magistrado que se jubila~~ a los 60 años ~~es un hombre que está en rodaje aún!~~

(...)- Un gerente, por ejemplo, puede estar muy bien hasta los 70 ó 75 porque es cuando más puede...”)

“...Un trabajo leve, en cambio eso no se lo puedes decir al que está con un martillo en la calle “pa, pa, pa”. (EM1314:21) el ordenador hoy está más difícil porque un ordenador, la vista la puedes cansar etcétera, una serie de problemas que le puede traer... Pero es que ~~más problema le trae al del pico, porque antes era un pico pero ahora es un martillo, que ese hombre está vibrando totalmente, o un tío que está subiendo de albañil~~ que tiene arriba un tejado, que está a la intemperie (...) ~~tiene que estar loco por jubilarse y merece la jubilación. (...) todo depende del trabajo, el que tenga un trabajo duro ese por obligación tenía que jubilarse antes, el otro que tiene un trabajo cómodo...~~” (EM1314:22 y ver GD6:23, p.e.)

Tabla 8.1. Edad legal y promedio real de la edad de jubilación por países

PAISES	EDAD LEGAL		PROMEDIO REAL	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Alemania	65	65	62.0	60.8
Argentina	60	55		
Australia	65	60		
Austria	65	60	61.3	58.6
Bahamas	65	65		
Barbados	65	65		
Bélgica	60	60	63.3	60.7
Camerún	60	60		
Canadá	60(1)	60	65.1	65.1
República Centroafricana	55	50		
Costa Rica	65	65		
República Fed. Checa y Eslovaca	60	57		
Dinamarca	67	67		
España	65	65	63.9	63.9(2)
Estados Unidos	65-67	65-67(3)	63.6	63.3
Filipinas	60	60		
Finlandia	65(4)	65	65.1	64.9
Francia	65(5)	65	62.4	62.4*
Gabón	55	55		
Ghana	60	60		
Grecia	65	60		
Holanda	65	65		
Irlanda	66	66		
Islandia	67	67		
Israel	70	65		
Italia	60	55		
Japón	60	55-57(6)	62.3	60.6
Jordania	60	55		
Kuwait	52	52		
Libia (Jamahiriya Árabe)	65	60		
Luxemburgo	65	65	60.6	63.0
Mali	55	55		
Marruecos	60	60		
México	65	65		
Níger	60	55		
Noruega	67	67		
Nueva Zelanda	60	60		
Países Bajos	65	65		
Portugal	65	62	66.0	63.8
Reino Unido	65	60	65.4	60.4
Santa Lucía	60	60		
Suecia	65	65		
Suiza	65	62		
Tanzania (República Unida)	50	50		
Túnez	60	60		
Ex-URSS (Rusia)	60	55		
Zambia	55	55		

(1) Según la institución y el año de la fuente de información, la edad de jubilación varía. El Ministerio de Salud Nacional y Bienestar Social establece a los 60 años y la Administración de Pensiones de Quebec a los 65 años (sin distinción de sexos).

(2) No se dispone del promedio real separado por sexos. Este es el promedio real de ambos.

(3) Según la AISS la edad legal es a los 67 años, y según la OCDE a los 65 años.

(4) Según la institución, la edad de jubilación varía. El Instituto Central de Pensiones y la Institución de Seguro Social establece la edad de 65 años; y el Instituto de Seguro de Pensiones de las Autoridades Locales establece a los 63 años (sin distinción de sexos).

(5) La Asociación de Regímenes de Retiros Complementarios, y la Asociación General de Instituciones de Retiro para Mandos Intermedios establecen la edad a los 65 años, y la Caja Nacional del Seguro de Vejez de los Trabajadores Asalariados a los 60 años.

(6) Según la OCDE la edad legal de las mujeres es a los 55 años, y según la AISS a los 57 años.

Fuentes: Elaboración propia en base a datos de la OCDE-Social Data Bank ("la Caixa", 1990, p. 53) y la Asociación Internacional de la Seguridad Social -AISS- (1993, p. 25 a 27)

8.3. TRABAJO, INGRESOS, SALUD Y OTROS DETERMINANTES DE LA JUBILACION

El trabajo anterior, el nivel de ingresos, la situación de salud/enfermedad y otros factores (a nivel psicológico, físico o social) inciden claramente en la vivencia de la jubilación y el envejecimiento. Además, estos factores no sólo son determinantes de la jubilación sino que, también, se presentan como cambios. Estas dos caras de un mismo aspecto (como determinante y cambio; como causa y consecuencia al mismo tiempo) son tenidas en cuenta en este estudio.

Siguiendo a Bazo (1990:101), los ingresos y la situación de salud influyen directamente en la adaptación a la jubilación. Aunque los empresarios/as es el grupo al que más le cuesta adaptarse a la pérdida de roles laborales también son los que más aprecian la parte positiva de la jubilación. En el extremo opuesto están las amas de casa y los trabajadores/as manuales que muestran la peor percepción de la jubilación, quizás porque al igual que en su trayectoria anterior tampoco ven en ésta mayores posibilidades de gozo y autorrealización. Las personas que se sienten solas y las de mayores ingresos tienen la peor percepción de la jubilación, según datos del estudio de la socióloga citada. Después, los más mayores en edad, los trabajadores/as manuales, las amas de casa y las de menores ingresos. Aunque por motivos diferentes (los primeros no podrán seguir "autoexpresándose" a través del trabajo; los segundos por el descenso de ingresos y salud) no tendrán actitudes muy positivas hacia la jubilación. En resumen, las personas con menores ingresos, las solitarias y los empresarios/cuadros superiores y altos funcionarios aparecen más reacias al gozo que supuestamente aporta el retiro laboral (véase apartado 8.4.).

Estamos viendo cómo **cada grupo social tiene su propias modalidades de retiro**: las alternativas son distintas dentro de cada categoría, aunque el riesgo de adquirir connotaciones negativas y la variedad de tipos de retiro aumentan según se desciende en la jerarquía ocupacional (Paillat, 1989; Guillemard y Lenoir, 1974; en López Jiménez, 1993:182). Además de la clase social, la localización espacial y la generación a la que se pertenezca también influyen. De nuevo, la situación más desfavorecida se encuentra en las mujeres, en los que no trabajaron y en los trabajadores no cualificados cuyo salario no supera las 50.000 ptas (la mayor parte son mujeres) (López Jiménez, 1993:183).

Junto a los factores comentados, otro de los determinantes de la jubilación (Barfield y Morgan, 1978; Kalish, 1991:173), son las **expectativas**: cuanto menor discrepancia había entre la realidad y las expectativas previas a la jubilación mayor era la satisfacción y la adaptación. Según Rosow (1963, Sáez et al, 1996:27), Streib (1965) y Kosa (1960), la actitud anterior que se tenía hacia la jubilación es el predictor más importante del ajuste. Pero no olvidemos un detalle importante: estas expectativas previas varían de acuerdo al tipo de trabajo, el estatus socio-económico (ingresos y estudios), género y estado de salud, entre otros. El estudio longitudinal de Streib y Schneider (1971, Sáez et al, 1996:28-29) concluye al comparar las expectativas antes de la jubilación y las experiencias actuales, que las personas tendían a esperar muchos más rasgos negativos como jubilados, que los que experimentaron realmente. Estos investigadores indican que apenas el 5% opinaron que la jubilación fue peor de lo que esperaban en el momento de jubilarse; y una tercera parte indicó que era realmente mejor de lo que pensaban en principio¹⁰. Según Aragón (1982:160), todos los especialistas están de acuerdo en señalar que el factor más importante es la expectativa. Se puede tener una actitud sumamente positiva, que son los que ven la jubilación como "una meta largo tiempo acariciada" y que les llevará al disfrute del descanso (Davidson y Kunze, 1965), hasta una actitud negativa equivalente a sentirse inútil, estar de sobra, el principio del fin, etc. (Strauder, 1955), habiendo una amplia gama de actitudes que son las que ahora vamos a desmenuzar.

¹⁰ En el estudio de Sáez et al (1996:32-33) sobre las expectativas de los jubilados y su concordancia con la situación real, el 71,6% de los encuestados afirmaba que su jubilación coincidía básicamente con lo planificado, solamente el 53,8% afirman que realmente este hecho sucedió como estaba previsto.

Concretamente, según Díez Nicolás (1996:42), un 37% de los jubilados sintieron un empeoramiento en sus ingresos frente al 53% que no notó cambios en este sentido, y un 40% señalan una mejora en el tiempo libre, siendo los aspectos en que más parece haberse notado la jubilación. Además, más del 10% parecen también haber notado cierto empeoramiento de su salud, de su estado de ánimo, y cierta mejora de sus preocupaciones, de su responsabilidad y de su vida familiar¹¹. Las “ganancias” de esta etapa quedan como reto, aún, por descubrir desde la sociedad. También tenemos que decir que no todos/as las personas mayores tendrán un discurso claro de *cambio*, sino más bien de continuidad. Adaptando el refrán a la tesis central de la *Teoría de Continuidad* podemos decir: “dime cómo has sido y te diré cómo envejeces”, siendo el pasado (junto a los ingresos y la salud) un indicador claro del envejecimiento. Esta mayor continuidad percibida se observa en:

- Los jubilados de estatus más alto perciben con menor intensidad (o menos abruptamente) los cambios porque muchos continúan trabajando o porque su elevado nivel y medios (mayor ingresos, mayor preparación) les protege de las contingencias más negativas.
- Las amas de casa también tienen un discurso de continuidad pero por motivos distintos: como no se jubilan no perciben este cambio. Su situación sigue siendo parecida e igualmente dependiente y precaria o, si cabe, sufrirá un empeoramiento a mayor edad.
- Los mayores de zonas rurales e intermedias perciben más suavemente los cambios en la jubilación, porque generalmente en estos contextos se percibe un mayor apoyo social y se encuentran las profesiones que permiten continuar trabajando remuneradamente.

Pero, hechas estas observaciones podemos recordar que los cambios son continuos porque estamos en un proceso de “re-socialización” ininterrumpido. Si parece claro que en el proceso de socialización es clave que la persona adquiera un trabajo para integrarse plenamente en el mundo adulto (Jahoda, 1979, 1982/87; Torregrosa, 1981, 1989; Torregrosa, Bergere y Alvaro, 1989; Kelvin y Jarret, 1985; Warr, 1987; Garrido, 1992; Serrano, 1995; E. Agulló, 1996, entre otros), hemos de decir que el proceso queda inacabado si la persona no logra resocializarse al “no trabajo”, a la actividad no remunerada y/o a la dependencia en uno u otro sentido que se vive en los últimos años. Por tanto, la jubilación y el envejecimiento son procesos “de transición” a través del tiempo. Pero lo más relevante es que son procesos en los que sus agentes están en permanente interacción social. Las personas somos lo que J. Ibáñez denomina “sujeto en proceso”. En este proceso podemos recordar la idea de mayores “emigrantes en el tiempo y en el espacio” apuntada en el capítulo 7, para remarcar que los mayores son “personas en transición” aún de forma más acentuada que las personas de otras edades, porque en ellos se concentran y se superponen valores pasados y actuales, procesos presentes y futuros. Veamos las distintas dimensiones (determinantes y consecuencias) de la jubilación.

8.3.1. La influencia del *ergocentrismo* sobre la jubilación

Las actitudes y valores hacia el trabajo pasado son una dimensión clara que nos ayuda a entender la vivencia de la jubilación. Una de las pruebas del trabajo como valor central es averiguar si *continuarían o no trabajando* tras la jubilación. Hemos encontrado resultados contradictorios. Por ejemplo, siguiendo los análisis de Mishara y Riedel (1986:92), si a los mayores se les garantizara la seguridad económica, la mayor parte de los obreros optarían por la jubilación, mientras que no lo harían los miembros de las profesiones liberales. Según Atchley

¹¹ Resultados similares se observan en Díez Nicolás (1991:487), en el que la mayoría de jubilados, sobre una pequeña muestra de la población nacional, piensan que su situación empeoró después de la jubilación en relación a los ingresos, salud, y en menor medida el estado de ánimo y las relaciones sociales. Sin embargo, había mejorado la disposición de mayor tiempo libre, y con mayor controversia entre los encuestados, la vida familiar, el grado de responsabilidad, la consideración social y sus preocupaciones

(1977:92) el problema sería más de los profesionales que no hallan satisfacción en la vida al desempeñar los papeles tradicionales de esposos o padres, sino sólo a través del ejercicio de la profesión.

Se percibe claramente tanto en las investigaciones consultadas como en nuestro estudio **la influencia del trabajo, profesión y trayectoria laboral** sobre el lugar que ocupa el trabajo y la actividad en la etapa postlaboral. El trabajo viene cambiando -y cambiará- sus formas, representaciones y significados, dependiendo de las culturas, de la edad, de la coyuntura socio-laboral. Pero desde distintas fuentes nacionales e internacionales se defiende la idea de que *el trabajo sigue siendo un valor central incluso en la jubilación*. Según la encuesta aplicada por Fericgla (1992:122), para el 46,8% de la muestra el trabajo sigue siendo una dimensión importante de la vida, puesto que estaba relacionado con todos los elementos de identidad, sociales y económicos. No es el trabajo en sí lo que echan en falta sino todo lo que él suponía: estilo de vida, relaciones sociales, estructura del tiempo y ritmos, etc. El papel que el trabajo juega en la vida de los jubilados constituye una clara referencia de identidad psico-social, lo que muestra que la función sociocultural y psicológica que suponía la actividad laboral muchas veces no es suplida por otros elementos, al menos de forma satisfactoria (Fericgla, 1992:153). De manera continua los discursos masculinos de nuestro estudio recurren repetidamente a su situación laboral como activo: no se identifican apenas con la de "jubilado"; algunos parecen anclados en el pasado recordando la dureza de su trayectoria laboral (en comparación a la actualidad) y el orgullo de haber superado aquellas vicisitudes (véase capítulo 7). Muestran un arraigo muy fuerte a su **profesión con la que aún se identifican a pesar de ser jubilados**. Las siguientes frases, con el verbo en presente, explica esta identidad con la profesión, con el pasado, más que con la situación presente de jubilado: dicen "*soy metalúrgico*" (GD3:3) o "*soy delegado de ventas de Freixenet*" (GD5:1) en tiempo presente, no "*he sido metalúrgico*" o "*soy jubilado*". El detalle de ir con corbata al campo también demuestra el no querer "*despojarse*", literalmente, de la identidad de trabajador: "...me siento abrigado con la corbata. Yo llego a la casita y solo me quito los pantalones y me pongo el mono, y voy con camisa y corbata, y me pongo a cavar con corbata..." (GD8:7).

El rechazo a la jubilación por estas pérdidas y otras posturas ante la jubilación dependerán, pues, del **tipo de trabajo**, del significado que se otorgue al trabajo-ocio-actividad y del nivel de satisfacción laboral y vital en general. Por tanto, según el tipo y características de trabajo, podemos decir que cuanto mayores han sido los esfuerzos físicos (fatiga, riesgo, cansancio...) más positiva suele ser la actitud respecto a la jubilación anticipada. El tamaño de la empresa y el ambiente laboral también influyen. Siguiendo a Gordon (1961), cuanto menor es la empresa menos interés se tiene en la jubilación. Pero el tamaño de la empresa no tiene tanta importancia en algunos sectores o en los contextos rurales, por ejemplo. Según Aragón (1982:160), en la gran empresa, con su habitual atmósfera masificada, se desea antes la jubilación. Lo contrario ocurre en la pequeña empresa, sobre todo si uno se halla a gusto en ella¹². Esto es precisamente válido en las grandes ciudades y menos en las pequeñas donde la posesión de un huerto o parcela, por ejemplo, puede ser un factor motivacional para aceptar de buen grado la jubilación (Geist, 1968; Davidson y Kunz, 1969).

En cuanto a la valoración y satisfacción con la situación profesional, resalta que cuanto más importancia tenga el trabajo para uno (a nivel económico, prestigio social, autorrealización) entonces la jubilación se verá como algo negativo, al menos en una primera fase. Los niveles de satisfacción más altos se encuentran entre los directivos, técnicos, administrativos y personal de las Fuerzas Armadas. La insatisfacción laboral es más acentuada en trabajadores de la

¹² El grado de vinculación con la empresa si es relevante, pues a mayor vinculación e implicación la actitud de rechazo a la jubilación será mayor (Lehr y Dreher, 1969; Thomae, 1969; en Lehr, 1980:229 y ss.).

agricultura, de los servicios, de la industria/transportes y del comercio (López Jiménez, 1993:184). Por tanto, ello implica que las actitudes y las consecuencias psicosociales no son idénticas para todos los sectores y niveles profesionales. Por ejemplo, las personas de más alto **nivel cultural y de profesiones liberales adoptan previamente una actitud poco optimista** ante la separación del trabajo, deseando retrasar la jubilación. Algunos estudios hechos con profesionales de actividades liberales y con funcionarios en Francia o EE.UU. (Mishara y Riedel, 1984, Streib y Schneider, 1971) encuentran en esos sectores profesionales el deseo de una continuidad en la actividad social después de la jubilación, mediante reciclajes que les permitan mantenerse en actividad, aunque fuera en otra ocupación diferente de la habitual, pero remunerado, al efecto de evadir en lo posible el efecto implacable del envejecimiento pasivo. Los jubilados de estatus sociocultural alto y de profesiones liberales, aunque inicialmente mantengan posiciones desfavorables a jubilarse, posteriormente suelen encontrar actividades que les ayudan a adaptarse (Rodríguez Domínguez, 1989:93).

Por el lado opuesto, los jubilados de **profesiones no cualificadas y con nivel socio-cultural bajo**, aunque inicialmente acceden con entusiasmo a la jubilación, posteriormente suelen mantener **actitudes negativas** al no saber cómo emplear el tiempo libre ni adoptar otras actividades sustitutorias del trabajo. Según Rodríguez Domínguez (1989:92) por el tipo de profesión se ha considerado a los profesionales no cualificados y obreros como el grupo social con expectativas más favorables previamente a la jubilación, viendo en ese evento la posibilidad de emplear el tiempo libre en sus propios hobbies, o simplemente como medio de liberarse de una carga o responsabilidad. Así lo describe también la experta Hareven (1981:306), diciendo que ya a finales del siglo XIX, "los miembros de la clase obrera mostraban signos de edad avanzada antes que los burócratas o los profesionales. Los obreros industriales... eran 'viejos' al llegar a la edad adulta, mientras que otros continuaban trabajando hasta el final de sus días...", todo dependía del empleo y de las condiciones del mismo.

Cada persona otorga al trabajo aspectos positivos y negativos. Por eso no es fácil coincidir en la visión del trabajo ni tampoco en la de la jubilación, ni siquiera con las personas más cercanas o con las que compartimos el trabajo. Por tanto, como dice Bermejo (1994), si existen grandes diferencias entre quienes realizan, por ejemplo, el mismo trabajo, aún habrá más entre los que trabajan en sectores distintos. En consecuencia, la pertenencia a una clase social o a una profesión, a una estructura social, a un contexto determinado de ocupación, siguiendo análisis del informe GAUR (1975:132), son más decisivos que la mera pertenencia a un país o grupo étnico o cultural. Las personas que viven en países distintos, pero pertenecientes a la misma clase social tienen, por lo general, actitudes más homogéneas ante el trabajo, la jubilación y la vejez que las de un mismo país pero pertenecientes a estatus diferentes. Las actitudes personales y colectivas ante el trabajo y el retiro dependen fundamental y básicamente de la **estructura económica y social** en que están encuadradas las personas. Es esta estructura la que condiciona los demás factores. Por ello no podemos hablar de la vejez en general o de la actitud ante el trabajo o la jubilación como algo uniforme, pues **una sociedad dividida en distintos estatus reflejará su división en todas las dimensiones, incluida la vejez**. Como ha ocurrido a lo largo de la historia, tal como dice Beauvoir (1983), "un abismo separa al viejo esclavo del viejo señor, a un viejo obrero con una pensión miserable, de un Onassis" (p.7).

Podemos ir, pues, afirmando que los resultados son ambivalentes en la relación trabajo/jubilación. De lo que no se presentan apenas dudas es de la influencia, positiva o negativa, del trabajo (y todo lo que el mismo implica) sobre la vivencia de la jubilación y el envejecimiento¹³ (véase apartado 8.4.).

¹³ Para más información sobre estos aspectos fundamentales consúltense las aportaciones de Lawton ("Meanings of Activity"), Tokarski ("Later Life Activity From European Perspectives") en Kelly (ed.)(1993), *Activity and Aging*. O también la obra de Hulicka (1981), *The Empirical Studies in the Psychology*

8.3.2. Los ingresos: determinante y cambio en la jubilación

Los ingresos son importantes tanto como determinante de una mejor/peor vivencia de esta etapa, como cambio (generalmente negativo) al producirse su descenso al pasar a la jubilación. Es claro que el dinero es uno de los aspectos que provoca ansiedad y estrés en todas las edades. Además de estos efectos a nivel individual, también es causa de conflictos y discusiones sociales (en familia, con amigos, en el trabajo). La última etapa no se libra tampoco de esta preocupación, o incluso se constituye en un problema porque la situación económica suele empeorar después de la jubilación. La diferencia con otros colectivos (p.e. los parados o trabajadores precarios) es que éstos aún tienen la esperanza de que su situación se puede reestablecer, pero los mayores saben casi con total seguridad que lo que no hayan conseguido (económicamente hablando) a determinada edad con el paso del tiempo va a ser más complicado mejorar la situación.

Si señalamos el mayor tiempo libre como uno de los cambios más relevantes en la etapa postlaboral, la reducción de ingresos es un cambio (generalmente negativo) igualmente importante en la jubilación. Aquí sólo ofrecemos una aproximación concisa al tema, porque aludir a los autores que mencionan la relevancia de lo económico en estas edades sería enumerar a todos los que ya incluimos en la bibliografía e, igualmente, trasladar los discursos relacionados con este aspecto convertiría este epígrafe en un amplísimo capítulo.

Varios son los estudios que han comprobado que la situación económica, en concreto la disminución de ingresos, es la pérdida más seria relacionada con la jubilación (Shanas, Townsend, Wedderburn, Friis, Milhoj y Stehouwer, 1968; Marshall, 1988; Gala Vallejo, 1990; Kalish, 1991; INSERSO, 1991,1993; Moragas 1991; López Jiménez, 1993; Buendía y Riquelme, 1994; Agulló y Garrido, 1996, etc.). En concreto, Sáez et al, 1996:28, concluyen que el principal problema de la jubilación era el económico (el 74% señalaron esta faceta), la soledad (59%) y la salud (38%). La población española considera que el gozar de salud y disponer de suficientes recursos económicos hace que la vejez pueda ser una buena etapa. El 74% de las personas entrevistadas por el CIRES están de acuerdo o muy de acuerdo con la idea de que *"si la situación económica personal y la salud son buenas, la vejez o la tercera edad pueden ser una de las mejores épocas en la vida de una persona"*. En lo que aquí nos compete, es de destacar que el temor del jubilado a que le falte dinero para seguir manteniendo su nivel de vida anterior (o por si en un futuro "fallan" las pensiones, o por si surge una enfermedad repentina que requiera más cuidados, p.e.) llega a convertirse, en determinados casos, en un problema patológico y traumático.

En cuanto a los ingresos como determinante, hemos de recordar que las actitudes hacia la jubilación variarán según el estatus socio-económico, lo que incluye obviamente los ingresos (más el nivel educativo) ya tratados en el segundo capítulo¹⁴. Pero esta disminución de ingresos, y esto es más relevante, suele ir acompañada de una sensación de estar siendo "perceptor pasivo". Ello es debido, tal como dice Altarriba, (1992:7; Cano 1990, p.e.), a que se produce un tránsito de ganar un salario (identificado con valor y autonomía) a recibir pasivamente una pensión asociada a la no producción. Los ingresos ya no dependen de las cualidades-aptitudes, intensidad de trabajo (p.e.); su cuantía ahora está fuera de su control e intervención, incrementando ello su dependencia y reduciendo su capacidad adquisitiva lo que implica una pérdida de su rol y "estatus" personal y social, que había sido base durante muchos años de su

and Sociology of Aging, e igualmente básico es el capítulo de "Work and Retirement" en *Handbook of Aging and the Social Sciences*.

¹⁴ La cuestión económica en los mayores plantea un problema con doble vertiente. Por un lado, el nivel de ingresos de cada uno de los mayores tras la jubilación (epígrafe 2.4.); por otra, el debate más general de la financiación de los gastos sociales por parte de los Estados del Bienestar (epígrafe 3.5. y capítulo 11).

identidad. Al unísono, pues, se producen al menos dos pérdidas; económicas (materiales) y psico-sociales (descenso de autoestima y prestigio).

Según Díez Nicolás (1996:42-43), el 82% dicen no depender económicamente de ningún familiar. Observamos un apoyo de los/as mayores a las familias, y a la inversa, los familiares ayudan a los/as mayores, sobre todo a los de estatus medio-bajo. Pero, siguiendo la encuesta CIRES (1995), el hecho de que un 18% de la población mayor de 65 años se encuentre en una situación de dependencia económica y un 9% no perciba ningún tipo de pensión induce a reflexionar sobre su precariedad socio-económica y su posible impacto psicológico y social en muchos mayores. Según comprobamos tanto en Agulló y Garrido (1996), como en este estudio, los/as mayores de estatus medio y bajo están en una situación económica precaria y problemática porque sus ingresos aún se ven más deteriorados que en la etapa activa. Para los/as mayores de estatus más alto también es una cuestión fundamental; aunque su situación no sea tan pésima, sigue siendo preocupante porque su nivel de ingresos empeora en relación a su situación anterior. A pesar de que la valoración que se hace de la situación económica es, en términos generales, bastante buena, casi todas las personas señalan que la jubilación ha supuesto una pérdida significativa de ingresos. La valoración del nivel de ingresos no se plantea en términos absolutos, sino en términos relativos, comparándolo con el que se tenía antes de haberse jubilado. En suma, la pensión se les queda muy reducida para todos los gastos que tienen que seguir afrontando, además de tener que mantener a la mujer (generalmente dependiente, ama de casa, y si es trabajadora su situación económica suele ser peor que la de él) y a algún hijo/a que aun no se ha independizado (que está desempleado/a, o con hijos/as, o pagando una vivienda, por ejemplo). Resulta paradójico que, a pesar de que las necesidades de los/as mayores son las mismas (o incluso se incrementan con el paso del tiempo), y su capacidad de consumo cambia¹⁵, sus ingresos pasan a ser inferiores en comparación con los salarios de la población activa y con su situación anterior.

Salvo los de mayor estatus, los jubilados en general sólo pueden “ir tirando”, tal como dicen ellos, con las bajas pensiones que perciben. Algunos discursos parecen optimistas, más bien “conformistas”, de austeridad, basado en el ahorro. Estas opiniones conformistas y de resignación pueden explicarse porque se comparan con las condiciones de vida (y de trabajo) pésimas que muchos de ellos han sufrido en su infancia y madurez; y también al compararse con sus antepasados y con otros grupos sociales marginales. Destacan la influencia de las pensiones sobre la realización de unas u otras actividades como ya tratamos en el capítulo 9. Además piensan que tampoco se ha avanzado tanto porque hay mucha desigualdad entre los mayores¹⁶. Los de nivel medio y bajo aluden continuamente al nivel modesto de pensiones y otros problemas materiales a los que no hacen referencia, obviamente, los de mejor posición. Además de los testimonios que se adjuntan, véase en el anexo (EM9:5, EM20:5, GD3:9-10, p.e.) unos discursos rotundos, enfadados, sobre las bajas pensiones, diferencias y “mal reparto” de las mismas.

“H.- (...) pues lo poquito que cobramos lo administramos bien, tenemos para las acelgas, el poquito de jamón york (...) y esas cosas, nos administramos y vamos tirando.

¹⁵ En muchos casos se dice que los jubilados tienen menos gastos, pero al igual que Kalish (1991) y otros autores citados más adelante (Grande, 1995; INSERSO, 1991, etc) pensamos que la reducción más importante en los gastos se produce pocos años antes de la jubilación al independizarse los hijos (Schulz, 1980), pero en edades más avanzadas los gastos son parecidos (desciende el gasto en vivienda y en educación de los hijos/as), o incluso aumentan otras necesidades y gastos (enfermedad inesperada, cuidados y atención especiales, etc.). En cuanto a la capacidad de consumo se pueden presentar argumentos parecidos: disminuye el consumo de un tipo de bienes (bienes duraderos, como por ejemplo, la vivienda), pero demandan y aumentan otros: servicios de asistencia, mayores atención, consumo de ocio, etc (véase 2.4.).

¹⁶ Los agricultores se nos presentan como el caso paradigmático de la situación precaria (p.e. menores pensiones), que perciben los autónomos, regímenes agrarios y trabajadores por cuenta propia (ver GD7:22-23, GD3, p.e.). Muchos “tienen” que seguir trabajando para complementar la pensión (ver 9.3.1.).

M.- Tienes que ir tirando de la cuerda para que te llegue... Yo con 55.000 pesetas..." (GD4:13-14)
"...Un parásito de la vida, porque otra cosa (...) estar a expensas de lo que quieran hacer conmigo. Como no tengo remanente... (EM20:3) (...) al cine no voy, lo uno porque no tengo medios para ir ya que los precios son muy grandes..." (EM20:4) ...me he privado de todo" (EM20:5 ó GD6:12, p.e.)

Si bien a todos afecta la disminución de ingresos, **en las mujeres mayores este descenso (o mantenimiento en peor situación) presenta posturas más acusadas.** La situación de la mujer es distinta por tres procesos:

- En las jubiladas la disminución de ingresos se acentúa porque ya sus salarios eran más bajos cuando estaban en activo.
- Las viudas perciben unas pensiones muy bajas (45% del salario base del marido).
- A primera vista, las amas de casa no notarán esta disminución porque nunca han percibido ingresos. Pero en realidad sí pierden el nivel adquisitivo al ser "jubiladas consortes". Al tener menos ingresos el marido jubilado, ello le afecta directamente en su capacidad adquisitiva: "*ahora me da (el marido) menos dinero para comprar, para...*" se quejan muchas de estas mujeres. A su dependencia anterior se unirá la disminución de ingresos del marido jubilado.

Las mujeres dejan patente en su discurso el enfado por este cambio negativo debido a diferentes motivos: las jubiladas cobran menos (las que cobran); las que han cotizado pero no lo suficiente no cobran; las que han trabajado y no han cotizado no cobran y pasan a "depender" de nuevo (porque antes disponían de su dinero propio) del marido o de una pensión no contributiva irrisoria. En resumen: las pensiones son bajas o, es más, son inexistentes para las mujeres mayores.

"...he estado pagando muchos años y me queda muy poquito. He estado pagando muchos años, a ver. Hay otras personas que han estado pagando bien poquito y cobran lo mismo o quizás más, eso tampoco estoy yo conforme con la paga." (EM5:4, o ver GD3:11: "...yo cobro setenta mil pesetas y yo tengo que mantener un hijo, la casa, la luz, el teléfono y dígame usted a mí, si hoy en día con setenta mil pesetas, si no tengo que hacer maravillas..." o ver GD7:18-19: "...Que nos dieran una paguita a nosotras...(.) muchas mujeres de aquí han cotizado 5 años, 3 años, 10 años... arreglo a lo que han cotizado que pagaran..." o ver EM4:11)

No olvidemos, de hecho, la inacabada guerra sobre las pensiones acentuada concretamente desde la decisión de la Junta de Andalucía de aumentar las pensiones no contributivas. El debate sigue candente. El disponer de suficientes recursos económicos es, sin duda, una de las condiciones que la población española considera necesarias para que, tanto la jubilación como la vejez, puedan dar lugar a experiencias psicosocialmente positivas. La disponibilidad de recursos económicos es uno de los factores (y cambio) que determinan la frontera entre una jubilación aceptada y satisfactoria y una jubilación (y posterior vejez) agobiante y rechazada.

8.3.3. ¿Supone la jubilación un deterioro de salud?

Junto con la situación económica, el estado de salud constituye otro de los principales factores que los/as mayores señalan como fundamental en su vivencia de la jubilación y vejez. En casi todos los estudios consultados sobre mayores (por no decir todos), aparece alguna referencia al tema de la salud/enfermedad significando que es un tema prioritario. Muchas investigaciones tratan el nivel de salud de las personas mayores de 65 años, sin diferenciar distintos periodos o edades. Por ello, debemos hacer notar que la situación de salud puede variar según tratemos los primeros años después de la jubilación (65-75 años) o después de estas edades. Es decir, se hace difícil el contraste de información porque en unos casos se refieren a los mayores en general, y en otros, se centran en los mayores más "mayores" (más de 80 años).

Aunque cada vez se dispone de más encuestas y estudios epidemiológicos¹⁷ observamos que no se contemplan aún distintos grupos de edad a partir de los 65 años. En cualquier caso, los aspectos sociosanitarios podemos decir que constituyen temas que preocupan más (a los "mayores-jóvenes", que son casi todos los mayores de nuestro estudio) desde la perspectiva de futuro que desde su propia vivencia de la jubilación en el presente. Estos temas se vuelven más relevantes para la gente denominada de forma eufemística de la "cuarta edad", a partir de los 75-80 años, pero tampoco son olvidados por la gente mayor "más joven" o de la "tercera edad". Recordemos que el empeoramiento de la salud, es considerado uno de los aspectos negativos más señalados en estas edades (capítulo 11); y subrayado como un factor determinante para la realización de determinadas actividades (véase apartado 9.1.)¹⁸.

La salud/enfermedad en estas edades se caracteriza por una **pluripatología**, es decir, se sufren muchas enfermedades, deficiencias (se refieren a "algo que falta") y discapacidades (referidas a "algo que se ha alterado") al mismo tiempo. No sólo es relevante la acumulación de dolencias, sino que a esto se añade que las enfermedades se caracterizan, en estas edades, por tener una convalecencia más larga; peores resultados de recuperación; mayor riesgo de reincidir en la misma enfermedad; tendencia a la invalidez e inmovilidad; mayor necesidad de recursos, servicios y planificación; sensación de gravedad (de la persona mayor y su entorno) más acentuada; mayor riesgo de complicación, etc., todo ello en comparación con cualquier otro grupo de edad más joven.

Según un informe de las NN.UU. (1992:24), los problemas de salud de los mayores son semejantes en los diferentes países desarrollados (tan sólo el 8% tiene graves deficiencias y sólo el 4-6% viven en instituciones por estos motivos). Sin embargo, apenas hay información sobre la situación de los mayores en países en vías de desarrollo, cuya salud se presenta más preocupante por problemas socio-económicos y deficiencias en los servicios de atención¹⁹. En virtud de diferentes investigaciones, los principales problemas de salud/enfermedad se dan a partir del tramo de edad 80-85 años. En España, la ENSFTE (INSERSO, 1990), señala que el 51% de las personas entre 60 y 64 años se sienten enfermas, frente a casi el 71% entre los que tienen más de 85 años. Siguiendo esta misma fuente de datos, los problemas más citados por los mayores son: problemas reumáticos, trastornos cardiorespiratorios, problemas de visión y de otros sentidos, y trastornos metabólicos y nerviosos, principalmente. Según el CIS (1989:43 y ss), algo más de las dos terceras partes (67%) de la población mayor de 60 años padece una o varias enfermedades o dolencias de carácter crónico o estable²⁰. Esta proporción se eleva desde el 56% (quinquenio de 60 a 64 años) hasta el 87% en los mayores de 85 años, y disminuye considerablemente a medida que aumenta el nivel de estudios.

Varios estudios son los que analizan las enfermedades más frecuentes en los mayores y suelen coincidir con las citadas (Onís y Villar, 1992; Comisión Nacional, informe 1982; Gabinete de estudios Bernard Krief, 1989; CIS, 1990; ENDESA, 1989:45-105, etc.). Todas estas

¹⁷ Consúltase el capítulo de Gabriel y Bermejo sobre "Salud en la Tercera Edad" (Onís y Villar, 1992, Cap. 2, Vol. 4, pp 34-71), las investigaciones sobre salud/enfermedad en los mayores CAM (1989), el estudio catalán de Alonsó y Antó (1989), las encuestas de morbilidad y discapacidades del INE (1987, 1989), encuestas del Ministerio de Sanidad y Consumo (1987 y 1993), Encuesta sobre Demandas Sociales Vinculadas al Cuidado de la Salud (Durán, 1993, CSIC), estudios del FIS (1990, Epidemiología del envejecimiento en España), INSERSO (1983, 1989), Tesis doctorales (Sarasola, 1989), etc.

¹⁸ El Gabinete de Estudios "Bernard Krief" y la Sociedad Española de Geriatria y Gerontología en su estudio (1989) señalan que para el 73,8% de la población mayor es el aspecto más negativo, seguido de la soledad (29,8%) y el no poder trabajar (9,4%). Otros estudios y encuestas (p.e. el barómetro de abril de 1997, estudio 2244 del CIS) llegan a las mismas conclusiones de considerar la enfermedad como el aspecto más temido en estas edades.

¹⁹ El mismo informe trata el tema de la ceguera y otras deficiencias visuales (pp. 116-126) como uno de los problemas más acuciantes y añade políticas y programas para prevenir y curar tales efectos.

²⁰ Cuatro de cada 10 personas se refieren a enfermedades circulatorias (40,7%) y el 35% de tipo osteoarticular, 14% respiratorias, 13,8% nerviosas, digestivas (13,5%), Endocrinometabólicas (10,2%), trastornos mentales (5,8%), genitourinarias (5,3%), sangre (2,9%) y otras (3,9%).

patologías presentan una incidencia considerablemente superior en las mujeres: no sólo se sienten más enfermas (autopercepción) sino que además declaran sufrir más patologías²¹. Pero en general, tanto el estado de salud como la autopercepción del mismo, son positivos. Así lo demuestran los datos extraídos de diferentes encuestas. En la encuesta CIRES (1995) sólo el 14% de las personas mayores de 65 años dice no estar nada satisfecha con su estado de salud y un 33% sólo está algo satisfecha. El 20% mencionan padecer muchas o bastantes veces cada una de las dolencias expuestas en el cuestionario (Díez Nicolás, 1996:42). No obstante, sólo un 11% considera que su salud es peor que la de otras personas y casi la mitad considera que es mejor o mucho mejor. En cualquier caso, hay que evaluar con cautela la situación de salud sobre la que se vierten también muchos estereotipos y mitos (ver R. Fernández Ballesteros et al., 1992; 1993, p.e.) que se confunden con la situación real (véase capítulo 10).

La salud constituye un determinante de la jubilación, pero el que la jubilación empeore la salud **no está claro**. En los resultados y el método de las investigaciones no siempre pueden distinguir si la jubilación es causa de un deterioro de salud, o si la enfermedad es la que acelera la jubilación. En cualquier caso el empeoramiento de salud debe analizarse teniendo en cuenta otros factores del proceso de envejecimiento y no sólo el hecho de la jubilación. De forma general, diversos estudios, siguiendo a Buendía y Riquelme (1994:77-78) permiten apoyar la tesis de "continuidad" (Atchley, 1979) en los mayores. Es decir, quien tenía buena salud seguirá disfrutándola en este periodo; y quien ya presentaba problemas físicos tenderá a empeorar.

Según la encuesta CIRES (1995), si bien lo más frecuente (72%) es que no se perciba ningún cambio, un 18% de las personas empeoraron su salud al jubilarse y casi un 10% dice que mejoró. La jubilación causa problemas emocionales y frecuentemente conduce a mayores dificultades en cuanto a salud física. Muchos empiezan a deprimirse, enfermar y "morir" de forma rápida, al menos a nivel psicológico (Kalish, 1991:167). Son numerosos los informes médicos que indican que la salud, tanto física como psicológica, sufre alteraciones como consecuencia del retiro. Por ejemplo, ya un informe editado por la Asociación Médica Norteamericana en 1966, concluía en que la jubilación forzosa es muy perjudicial para la salud tanto física como mental de muchos retirados. A pesar de que no hay acuerdo, algunos estudios epidemiológicos han encontrado relación entre jubilación y salud, o al menos han comprobado que la percepción del estado de salud empeoraba. Es decir, algunas investigaciones, por ejemplo la de Rahe, McKean y Arthur (en Mishara & Riedel 1986, p.161) *"han hecho aparecer una relación directa entre el número de los cambios importantes de la vida de un sujeto y los episodios de enfermedad subsiguientes. La viudedad, la pérdida de un empleo... poseen un efecto acumulativo y pueden aumentar el riesgo de muerte o de enfermedad grave"*. La conclusión a la que llegan Arbelo y Hernández (1981) es aún más clara: *"la jubilación tiene efectos psicológicos y sociales negativos se eleva la morbilidad, sobre todo en el primer año del retiro"* (p.71). Sin embargo, siguiendo a los mismos autores, en otras ocasiones la salud mejora. Por tanto, hay que tener en cuenta otros factores influyentes sobre la salud/enfermedad (laborales, económicos, familiares, etc.). La relación jubilación-enfermedad no puede confirmarse, pues muchos informes atestiguan una buena salud tras la jubilación (Eisdorfer, 1972; Kalish, 1991)²² y refutan el tópico de que la salud empeora con la jubilación (Emerson, 1959, Streib y Schneider, 1971).

²¹ Según Onís y Villar (1992), "las mujeres ancianas comparten problemas de salud con los varones. Sin embargo, muchos problemas son más frecuentes en la mujer mayor: la osteoporosis, los accidentes cerebrovasculares, los déficits visuales, la hipertensión arterial, artritis, diabetes y quizás la demencia senil"... Pero a esta situación se añaden "otros problemas de salud específicos de la mujer anciana: los relacionados con los cambios del aparato endocrino-reproductor (postmenopausia), las infecciones urinarias, el riesgo de ciertos tipos de cáncer", principalmente (p. 34-5, vol.4).

²² Streib (1967, Sáez et al, 1996) desde información de varios estudios (Tyhurst, Salk y Kennedy, 1957; Thompson y Streib, 1958) también demostró que la tesis del efecto patógeno de la jubilación no podía seguir manteniéndose. La creencia de que las personas que trabajan hasta rebasar su capacidad física de rendimiento y,

Según otros estudios (Haynes, McMichael y Tyroler, 1978; Kalish, 1991) el único factor que predijo la muerte cercana tras la jubilación fue la salud anterior a ella. En esta línea, Treanton (en GAUR, 1975) respondía así en relación a los efectos físicos del retiro: "el estereotipo muy extendido según el cual el cese de actividad provoca el deterioro físico -incluido la muerte- de los que cogen el retiro ha sido desmentido por recientes trabajos: de hecho, es el deterioro de su estado de salud lo que conduce a gran número de individuos a dejar de trabajar; no es extraño que su tasa de mortalidad sea elevada... Pero si se comparan dos poblaciones con una salud igual al principio, una que continúe y otra que cese de desarrollar una vida profesional, la segunda examinada tras un cierto lapso de tiempo, no se muestra en peor condición que la primera. Ciertas investigaciones van incluso a concluir que el cese de la actividad se traduce por una mejora física". Después de un estudio longitudinal realizado por Thompson y Screib (1958, en GAUR, 1975), con exámenes físicos antes y después del retiro, sus descubrimientos fueron que se produce un efecto general de mejora de la salud tras la jubilación. Tal como ya decía Cicerón (Zinberg y Kaufman (1987:84) *"tan débiles son muchos ancianos, que no pueden desempeñar ninguna tarea ni deber, ni ninguna de las funciones de la vida, cualesquiera que éstas sean; pero eso, en verdad, no es un defecto privativo de la vejez, sino que es propio de la mala salud"*. De nuevo, retomamos la "vieja" pero vigente idea del clásico Cicerón ante su intento de romper la identificación entre envejecimiento y enfermedad. Pero hemos de reconocer, eso sí, que bajo condiciones determinadas (mayor edad, estatus socio-económico deteriorado, hábitos de salud perjudiciales, etc.) la posibilidad de enfermar se verá más acelerada y acentuada.

En cualquier caso, muchos mayores en sus discursos mencionan la jubilación como "acelerador" del envejecimiento, como identificador de la vejez (Véase capítulo 10). Los **cambios físicos, relacionados con la salud-enfermedad y el bienestar/malestar**, ocupan buena parte tanto de los discursos masculinos como femeninos. Aunque los mayores seleccionados para nuestro estudio son aún "independientes físicamente", mencionan el mayor cansancio físico, la menor fuerza física, la pérdida memoria, la pérdida de agudeza visual... y los primeros achaques y dolores que en general soportan. Aunque los datos no indican que las personas mayores de 65 años valoren de forma negativa su estado de salud, sino más bien todo lo contrario, hay que destacar que un 43% ha notado un declive de la misma y un 45% ha visto disminuidas sus capacidades físicas. El declive en las capacidades mentales es menos frecuente, aunque afecta al 25%. El porcentaje de personas que dicen haber notado un declive es mayor entre las mujeres que entre los hombres. Siguiendo a Díez Nicolás (1996), el 23% afirman tener problemas de memoria (olvidar el día de la semana, lo que estaba haciendo o dónde puso sus objetos personales) frecuentemente o algunas veces, pero sólo un 8% dice desorientarse o perderse en algún lugar con esa misma frecuencia. Hemos comprobado que su discurso realza la **pérdida de salud progresiva**. En relación a cómo llevaban a cabo sus actividades anteriormente destacan que tardan más en hacerlas (mayor tiempo), les cuesta más (mayor esfuerzo requerido) y el resultado suele ser peor (menor efectividad).

"...los jóvenes que entran ahora en Aviaco y lo que ellos lo hacen en 10 minutos, a mí me lleva 18, que antes no me los llevaba..." (EM3:4) ...te empiezas a dar cuenta de que ves peor, de que tenías una vista hipermetrópe, increíble de buena, y ahora necesitas gafas para ver de cerca, gafas de media distancia y gafas para lejos, y cada vez que te pones las gafas oyes que te dicen: "viejo, viejo, viejo..." (...) eso te acaba pesando; sin histeria, ¿eh?, pero lo acabas notando..." (EM3:6 y ver EM1819:8: "...empiezo a morir, porque vivir vivo en la cama, es donde estoy más a gusto (...) molestias, dolores, historias y (...) antes de la jubilación yo estaba en plenitud de facultades..." o ver GD3:25-26, GD4:8, GD1:15, GD10:13, p.e.)

cumplidos los 65 años, se "desplomán" de pronto, es tan errónea como la creencia que asegura que una jubilación voluntaria, antes de la edad legal, promete más años de bienestar para la salud. Las investigaciones de Martín y Doran (1967), Mahan y Ford (1955), Topsan y Streib (1958) nos indican que no hay relación entre jubilación y deterioro físico. Eisdorfer (1972, Saez et al, 1996:25) va algo más lejos, ya que encontró en la salud de los jubilados informes más positivos que negativos.

Algunos destacan los cambios físicos del envejecimiento progresivo incluso a edades “tempranas”; antes de jubilarse empezaron a notarlo. Por ello muchos otorgan a la jubilación un significado de “liberación” del duro trabajo, como posibilidad de descanso físico, como premio (véase 8.4.2.). La “pérdida de reflejos”, de la capacidad de reacción y de “facultades”, tal como ellos dicen, es destacada por los mayores (ver 9.2.4.). Esta pérdida concreta es simbolizada y representada por la disminución de capacidad para conducir (o la capacidad sexual²³), que se torna en un indicador importante de que la persona “ya no está como antes”. De forma paralela, hacen mención al “ser mayor” cuando hablan sobre los cambios. Los cambios físicos son unos de los factores que conforman la identidad y el constructo de “ser mayor y envejecer” (capítulo 10).

“...enterrado 33 años en la mina, me quedaron secuelas, y entonces no puedo ir ni a la montaña ni a la marina. Entonces tengo que quedarme aquí, y lo que me ocurre es que llevo ya unos 7 años en que mi salud ya no responde: por aquí me encuentro bastante bien, pero si tiro para abajo o para arriba, para la marina, o lo que sea, ya no... Tengo que ir a sitios de rehabilitación. Tengo bronquitis también, tengo problemas en las vías respiratorias..., y es que estuve enterrado 3 ó 4 horas la última vez, y es que dicen que es, a partir de esto, que las vías respiratorias se me encogieron... (...) se me cierran y entonces me encuentro fatal...” (GD6:10 o ver GD3:9: “...pierdes una cantidad de reflejos terrible y ya te encuentras muy mal...”)

“- Y vas acobardándote un poco...”

(...)- Lo principal es el pensamiento; si uno tiene el pensamiento joven aunque no puedas realmente afrontar la cosa... no tienes tanto miedo y continúas realmente siendo joven... (...)

- Pero aparte de todo eso las facultades ya no son las mismas (- Claro) y eso donde más se nota es conduciendo un coche. Antes, cuando somos jóvenes, le pasas a uno delante y das un frenazo y no pasa nada; ahora ya ves el peligro “si le paso a lo mejor se cruza un perrito y tal...” y ¡todo lo ves negro! o casi negro todo... en los coches.

- En el coche se aprecian, por lo menos yo, las facultades que van perdiéndose.

- (...) no me atrevo a ir en coche (...) no te atreves a adelantar, notas que te has saltado un semáforo, te acozcas, que ¡ya no tengo reflejos!...” (GD8:10 ver apartado 9.1.4.)

Las **mujeres mayores** mencionan igualmente algunas características del envejecimiento físico: cansancio, pérdida de visión, menor rapidez. Muchas actividades se verán condicionadas por estos cambios y dolencias. Pero también incide la percepción subjetiva de enfermedad, que según algunas investigaciones en las mujeres es más acentuada. Según la ENSFTE (INSERSO 1990), el sexo, la edad, el estado civil y el nivel de ingresos del hogar son las variables que más condicionan el estado de salud de los/as mayores. En coincidencia con otras investigaciones, las mujeres declaran padecer enfermedades en mayor proporción que los hombres, y además, reciben en mayor medida asistencia médica y acuden más a las consultas.

“...tengo mucha artrosis. Algún día me levanto y esta rodilla me duele..., me duele el hombro, me duele la espalda, los riñones, y me han dicho que tengo los huesos muy mal..., tengo los huesos como si fuera mucho más mayor de lo que soy...” (EM4:9) “...y tengo el hombro muy mal, porque me ha quedado mal, y no me pueden hacer nada. Lo tengo desgastado de que he lavado muchísimo a mano...” (EM4:10)

“...pierdes la vista, pierdes reflejos, cuando eres más joven tienes un reflejo muy grande; cuando te haces mayor te quedas así más parada, no tienes la actividad que tienes cuando eres joven.

- Te cuesta más hacer las cosas ...” (GD9:7, y ver GD7:19, GD9:6, 8 o ver GD2:19: “...limpiar la cocina y antes lo hacías en un día y yo, por lo menos, en mi cocina ahora necesito tres...”)

La percepción subjetiva de que necesitan mayores cuidados y atención profesional es también mayor entre las mujeres. La encuesta CIRES (1995), más reciente, también concluye

²³ Concretamente, dentro de los cambios físicos los hombres destacan de forma bastante enfática los cambios relativos a la capacidad física sexual o reproductora (GD4:13 ó EM2:3).

que el porcentaje de personas que dicen haber notado un declive es mayor entre las mujeres que entre los hombres. Cabe subrayar que los indicadores más subjetivos de la situación de salud, que generalmente se obtienen a través de "autoinformes" de los propios mayores, son si acaso más relevantes que los aspectos físicos porque existe evidencia de que estas valoraciones personales son los mejores predictores de satisfacción con la vida de los mayores (Cockerham, Sharp, y Wilcox, 1983; Larson, 1978; en Montorio, 1994:75). Debemos recalcar la importancia de la autopercepción, las actitudes y creencias sobre la situación real de salud²⁴.

Este es momento de reseñar la estrecha **relación entre el bienestar psicológico y el nivel de salud** en las personas de forma general (Alvaro, 1992), y en concreto en los jubilados, pues los que se encuentran más satisfechos con su situación tienden a sufrir menos enfermedades, a autopercebirse como más sanos, a visitar menos al médico, etc. Nos referiremos ahora en concreto al "**estado de ánimo**" que puede estar incidiendo sobre su bienestar o malestar más general, y en última instancia sobre las actividades y la postura ante las mismas en esta etapa (véase capítulo 9). Se considera que las personas mayores que tienen un alto bienestar psicológico tendrán una vejez con mayor éxito y mejor adaptación, de ahí la importancia de este tema. Pero el concepto de "bienestar" abarca varios aspectos tales como sentimientos, emociones, valoraciones y reflexiones que las personas hacen sobre su calidad de vida²⁵ y precisa de continuas reflexiones e indagaciones²⁶.

Siguiendo la encuesta CIRES citada, el estado de ánimo de los/as mayores es positivo. Más del 60% dicen no sentirse nunca o casi nunca tristes o nerviosos y un 30% sólo a veces. Pero el 7% dice tener estos sentimientos frecuentemente. Además, un 72% dice estar satisfecho con la vida. No es frecuente percibir cambios tras la jubilación, aunque, llama la atención el que un 13% dice que empeora su estado de ánimo y un 9% lo mejora. Por tanto, el estado de ánimo durante la jubilación no es homogéneo sino que va experimentando variaciones a medida que va pasando el tiempo desde que la persona se jubiló (apartado 8.1.).

Otros indicadores del bienestar/malestar son la depresión, el estrés, que obviamente aumentan el malestar en las personas en general, y aún más en el contexto de la jubilación y envejecimiento. Reig (en Reig y Ribera, 1992), es uno de los expertos sobre la **influencia del estrés** en la mortalidad y morbilidad de los mayores. Describe las distintas situaciones, causas, acontecimientos vitales y ámbitos en los que se produce mayor estrés en esta etapa. Destaca las causas de origen psicosocial (jubilación, ingreso en residencias, viudedad, etc.) y profundiza sobre las formas tanto de evaluarlo como de afrontarlo. Hay una mayor incidencia de las enfermedades mentales entre jubilados, pero no hay relación entre jubilación y enfermedad

²⁴ La especialista Ribera (en Reig y Ribera, 1992: 165-206), investiga la importancia de la autoevaluación, creencias y percepciones sobre el nivel de salud/enfermedad. Concretamente, analiza la relevancia de las creencias en torno al apoyo social, al control personal y a las creencias religiosas, que pueden estar influyendo tanto sobre el estado de salud como sobre la percepción del dolor, por ejemplo. Según Gellner (1989) y estudios de Lohr et al (1988), "las percepciones de salud son mejores indicadores de la satisfacción vital que las condiciones objetivas de salud, las limitaciones o las habilidades percibidas" (Ribera, 1992:168).

²⁵ Varios instrumentos vienen sirviendo para evaluar esta faceta. Desde el primer inventario de bienestar subjetivo (*Inventario de Actividades* de Cavan, Burgess, Havighurst y Goldhamer, 1949, se han desarrollado múltiples escalas y cuestionarios para evaluar dicha cuestión. Estas escalas tienen en común que los indicadores del bienestar subjetivo (sea "felicidad", "satisfacción con la vida" o "estado de ánimo") se refieren más a un nivel global que a aspectos o preocupaciones específicas acerca del bienestar, que son tratados por varios estudiosos (Andrews y Withney, 1976; Magnen y Peterson, 1982; Schonfield, 1973; Neugarten, Havighurst y Tobin, 1961; Lawton, 1972; Adams, 1969; Woods y col. 1969; Dobson et al., 1979)

²⁶ Montorio (1994:148 y ss.) recuerda la necesidad de creación de nuevas escalas e instrumentos para medir esta faceta, pero destaca dos instrumentos por su mayor relevancia en la investigación. Estos son, el Índice de Satisfacción con la Vida (*Life Satisfaction Index*, Neugarten, Havighurst y Tobin, 1961) que contempla estos componentes: ánimo vs. apatía, resolución y fortaleza, adaptación, autoconcepto y tono de humor. El segundo es la Escala de Satisfacción de Filadelfia (*Philadelphia Geriatric Center Morale Scale*, Lawton, 1972) que evalúa el "estado de ánimo" considerado como un concepto multidimensional de bienestar psicológico.

mental. Como se ha aludido anteriormente, parece ser que es la enfermedad mental la que conduce a la jubilación y no a la inversa (Moragas, 1991:166).

Montorio (1994:81-110) se detiene en el tratamiento de la **depresión** como el principal problema emocional entre las personas mayores, sobre todo en los mayores que viven en instituciones en las que el 23% presentaban síntomas depresivos; e incluso llega hasta el 80% los que manifiestan síntomas depresivos, mientras que sólo alrededor del 6% de los que viven en comunidad a tenor de otros estudios (Gallagher y Thompson, 1983; Hyer y Blazer, 1982). Aunque la característica inicial sea el sentimiento de desánimo y melancolía (disforia), la depresión implica además determinadas conductas, pensamientos (ideas suicidas, p.e.) y ciertas manifestaciones fisiológicas (insomnio, pérdida de apetito, p.e.)²⁷.

Según Díez Nicolás (1996), "el 37% de los mayores se sienten a veces o frecuentemente deprimidos, tristes, indefensos, desesperados, nerviosos o angustiados" (p. 42). Desde otro estudio, se ha podido comprobar que el 78% de los ancianos deprimidos (Montejo Carrasco, 1985) habían padecido algunos sucesos críticos en las semanas o meses previos a la aparición del episodio patológico. Estos **sucesos críticos** son, principalmente: fallecimiento de familiares (esposo/a, hijos/as, sobre todo); enfermedades físicas (les recuerda la cercanía de la muerte, la incapacidad e impotencia por vivir); otros sucesos de tipo "pérdida" (jubilación, problemas económicos, familiares, rechazo); internamiento en alguna institución, etc. La depresión, junto con el estrés, es considerada como "enfermedad de nuestro tiempo" que puede darse a cualquier edad, pero sobre todo en etapas críticas vitales (adolescencia, pre-jubilación, vejez). Veamos algunos de sus discursos que manifiestan un ánimo más deteriorado:

"...pasar de 40 a 45 años no es perceptible pero pasar de 65 a 70 sí es perceptible físicamente, (...) ...el entusiasmo que sé yo... pues la cosa principalmente pues se es menos ansioso o..." (EM1:3 o ver GD1:15:
"...dejas todo eso y ya dices soy un parásito así que ya no... parece que... ¡no sé!...que ahí ya pierdes todo lo que tenías que... y ya vienen claro, los años, y vienen las canas y viene el dolor y viene el desgaste..."
"H.- (...)...cuando me jubilaron que fue casi a la fuerza lo pasé muy mal. Tuve unas depresiones y unas cosas porque... yo ganaba mis buenas perritas con mi taxi y me jubilaron a la fuerza y me quedaron 24.000 pesetas al mes, o sea que eso fue un poco triste (...)... el problema mío fue un poco gordo (...) de la noche a la mañana (...) que lo dejara, llegó el médico... ¡que lo tuve que dejar!, vino mi enfermedad y lo tuve que dejar. Entonces, son palos que pega la vida que es muy triste pero..." (GD4:3)

Es crucial señalar la importancia de la prevención, educación y formación recomendada por varios expertos/as en el área de la salud (Quintero, 1997; Quintana en VV.AA. (1977), Herrero, Pol y Prieto, en ENDESA, 1989; VV.AA., 1985:61-77, etc.) así como la necesidad de un continuo estudio acerca de la oferta y demanda de los servicios sociosanitarios para los mayores. No podemos olvidar, pues, la relación triangular entre los factores biológicos, psicológicos y sociales sobre la salud, y siguiendo las ideas de algunos expertos (Altarriba, 1992; Carrasco et al, 1979) proponer si no un modelo, sí una línea de investigación "bio-psico-social" para el estudio del envejecimiento. En definitiva, esto recalca el carácter económico, psico-social, cultural, que envuelve y define la situación de salud en los mayores (López Jiménez, 1993, pp. 139 a 147; Bazo, 1992, entre otros). Las deficiencias tratadas en este apartado son muchas veces consecuencia de un deterioro económico, de la profesión (empleos de baja cualificación son más deteriorantes), de la jubilación, de hábitos poco saludables (fumar, beber, automedicarse), de malas condiciones de la vivienda, del aislamiento, de la falta de apoyo, etc., más que del proceso de envejecimiento en sí.

Acabemos este apartado recordando la recomendación de la OMS tan repetida por diferentes expertos/as: el objetivo, pues, debe ser no sólo "*añadir años a la vida*" sino también

²⁷ Otros factores relacionados con la misma, p.e.: las habilidades sociales, los acontecimientos vitales y las actividades que se llevan a cabo (véase Buendía, 1994; 1997; Ballesteros et al., 1992; Gallagher y Thompson, 1982; Altarriba, 1992; Mishara y Riedel, 1986; Montorio, 1994:88-89, etc.).

“añadir vida a los años”. Es decir, es un logro haber alcanzado la esperanza de vida a la que se llega en la actualidad: pero, ahora, se plantea el reto de vivir esta última etapa con una mayor calidad de vida a todos los niveles. Esta mayor calidad pasa por la prevención de enfermedades a través de varias precauciones, aplicables a cualquier edad, pero que en esta etapa se tornan imprescindibles. Para alcanzar un estado de salud favorable habrá que tener en cuenta: una dieta equilibrada, ejercicio mental y físico adecuado, uso de medicamentos adecuado, etc. Por ello, para poder decir que los mayores disfrutan de un estado de salud favorable no basta con confirmar y alegrarse de que no sufren enfermedades graves, pues siguiendo las referencias de la OMS la salud no es sólo la ausencia de enfermedad sino una situación de *equilibrio a nivel físico, mental y social*.

8.4. HOMBRES Y MUJERES ANTE LA JUBILACIÓN: ¿júbilo o retiro?

Guillemard (1973) en su ya clásica obra, *La retraite, une mort sociale*, establece una tipología de prácticas de retiro, en relación al uso del tiempo, según el *capital material* (bienes materiales), *el capital social* (relaciones sociales) y *capital cultural* (nivel educativo) que se posea. Según estos aspectos, y siguiendo a la autora, la jubilación podía ser: 1) jubilación-realización, 2) jubilación-consumo, 3) jubilación-familiar, 4) jubilación-reivindicación, 5) jubilación-participación, 6) jubilación-decadencia. En esta misma línea analítica, varios autores (Reichard, Livson y Peterson, 1962; en Aragón, 1986; en Moragas, 1989, 1991; en Lehr 1980; entre otros) señalan cinco posibles "perfiles de jubilados":

1. El maduro: individuo bien integrado que disfruta con cualquier experiencia que viva. Tienen una actitud constructiva hacia la vejez.
2. El pasivo o “casero”: es el “señor de la mecedora” (*Rocking chair*) que se encuentra contento porque al fin puede descansar. Suelen ser personas cómodas, dependientes, que no adoptan responsabilidades.
3. El defensivo-activo o “blindado”: se organiza un sinnúmero de actividades para evitar la ansiedad de la inactividad. Suele estar a la defensiva de forma rígida.
4. El colérico: no se adapta ni ajusta a la jubilación, critica a los demás y les hace responsable de sus frustraciones. Está descontento, es hostil y fácilmente frustrable.
5. El autoagresivo o autofóbico: no se adapta, se odia a sí mismo y se responsabiliza-autoculpa de sus fracasos y frustraciones.

En el mismo eje, Neugarten, Havighurst y Tobin (1968) propusieron cuatro tipos de personalidad o actitudes similares a las anteriores²⁸. Si un comentario común podemos sacar de todos estos intentos de clasificación²⁹ es, sin duda, que las personas jubiladas no constituyen un grupo homogéneo en lo que se refiere a sus posturas ante la jubilación y que no resulta, por tanto, adecuado hablar de una respuesta general ante la misma. Sin embargo, y aún cuando

²⁸ 1) Integrado: incluye el reorganizador (mucha actividad), el focalizado (actividad moderada) y el desvinculado (poca actividad).

2) El “blindado”: abarca al conservador (actitud parecida a la de la edad madura) y al “retraído” que reduce su actividad y sus relaciones con los demás como defensa propia.

3) El pasivo-dependiente comprende a los “buscadores de ayuda” (muy dependientes de los demás, sobre todo afectivamente), los desorganizados y los “apáticos” que están pasivos y con poco interés por todo.

²⁹ La clasificación que nos aporta Hernández Rodríguez (1988:235) cuando trata las distintas reacciones de las personas mayores ante el aislamiento de en esta etapa es así:

1) Unos reaccionan adoptando las características psicológicas de la juventud, mediante uso de cosméticos y prendas de vestir juveniles, rechazándose a sí mismas y destacando los defectos de la propia generación.

2) Otras, aceptan la situación y proceden de forma consecuente y equilibrada.

3) Para otras la única solución es el suicidio, que en términos de Durkheim sería anómico -como consecuencia de la anomía y desorganización vital en la que se encuentran-. Una gran parte de los suicidios es de personas de 70 años o más, la tercera parte de más de 65 años, y casi la mitad (44,47%) superaban los 60 años. Entre las causas más importantes Hernández (1988) señala: enfermedad, debilidad física, aislamiento, rechazo familiar, sensación de estorbo, inutilidad, falta de cariño, etc.

nuestros análisis avalan en parte los distintos perfiles expuestos, no todos los discursos pueden explicarse desde las tipologías establecidas por estos autores. En nuestra opinión, uno de los principales problemas que presenta la utilización de estas tipologías es la definición de la jubilación que parece estar implícita en las mismas. La jubilación se entiende exclusivamente como final de la etapa de trabajo en el mercado laboral y, en ese sentido, resultan más aplicables cuando se trata de identificar las respuestas de los hombres ante la jubilación que cuando se trata de analizar las actitudes de las mujeres (Agulló y Garrido, 1996). Se puede decir que las diferenciaciones de perfiles propuestas sobre el tema resulta, en líneas generales, adecuadas para describir a la población masculina pero no para las mujeres, por ejemplo.

Siguiendo la clasificación de Reichard, Livson y Peterson (1962), sus análisis nos permiten concluir, por ejemplo, que el perfil del "maduro", es decir, del hombre que disfruta con la experiencia de la jubilación es más frecuente entre las personas de clase social media-alta y, dentro de este grupo, está asociado a la percepción de la misma como una oportunidad de realizar todas aquellas actividades que no se han podido realizar durante la etapa laboral. Aquellos hombres para quienes la jubilación era una etapa deseada o, incluso, decidida y que, además, tienen intereses y aficiones claramente definidos, suelen mostrar un alto nivel de satisfacción con la jubilación (véase 8.4.3.). No obstante, el perfil más frecuentemente observado entre los hombres jubilados, tanto si pertenecen a un estatus como a otro, es el que viene definido por la adopción de una actitud pasiva y de resignación tal como venimos constantando (8.4.1). En fin, la situación es muy compleja, y las actitudes discursivas son diversas, pero desde nuestros análisis podrían reducirse a cinco, tal como desarrollaremos en los próximos apartados (ver Figura 8.1. adjunta):

- *Rechazo de la jubilación*, negación de la jubilación. La jubilación es percibida como final de la posibilidad de mantener un determinado estatus, ritmo de vida, relaciones, p.e. Se encuentra la vida vacía de sentido. Todo ello puede deberse, como hemos comentado, a no haber desarrollado más que su faceta laboral o haberla sobrevalorado. Sería una jubilación, en principio, *destructiva o desestructuradora*.

- La aceptación de la jubilación. Se trata de una actitud *resignada y conformista*, que percibe la jubilación como algo "inevitable", que tenía que pasar tarde o pronto, y como una etapa más que hay que "aceptar".

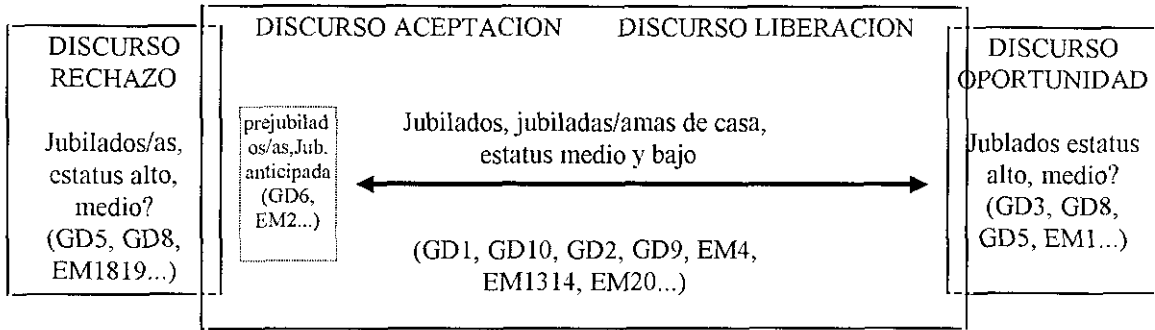
- Jubilación como *liberación* del trabajo pasado, pero sin contemplar posibles proyectos ni perspectivas futuras. La jubilación como premio a una dura vida de trabajo.

- La jubilación como *posibilidad y oportunidad* de proyectar intereses y actividades anteriormente insatisfechos. Es decir, la posibilidad de realizarse, de hacer todo aquello que no dio tiempo a hacer. Sería una jubilación más *constructiva o estructuradora*.

- Posición ambivalente, en la que se mezclan actitudes y reacciones de los posturas anteriores.

Vemos como el eje o *continuum* valorativo de los discursos hacia la jubilación es complejo. En un misma persona (dependiendo de diferentes aspectos) encontramos discursos en varios sentidos. La superposición de cuadros pintados en el esquema puede simbolizar la superposición discursiva hallada. El siguiente esquema es un intento de comprensión general de lo que en este capítulo se va a desentrañar.

Figura 8.1.
Discursos valorativos sobre la jubilación



Como veremos, la discursividad de los mayores suele situarse entre los significados ambivalentes que en el título exponemos: sería una concepción híbrida entre la jubilación como *júbilo* o la jubilación como *retiro*, con el sentido literal de “alegría-euforia” o “retirada, desactivación” que se suele aplicar respectivamente a ambos términos. El predominio de uno u otro sentido producirá un discurso de *rechazo* de la jubilación (polo más negativo) o bien de percepción de este proceso como una *oportunidad* (postura más positiva). Como los discursos parecen concentrarse en opiniones “intermedias” (resignación, liberación), empezaremos por analizar los discursos de los mayores que tienen estos significados “neutrales o ligeramente positivos”.

8.4.1. La jubilación como *resignación*

Se trata de un discurso resignado, característico sobre todo de los jubilados/as de estatus medio y bajo, pero también encontrado en algunos de mayor nivel. Es un discurso conformista, de aceptación de la jubilación como “desactivación forzada”; muy distinto al discurso del deseo-oportunidad, de liberación y/o satisfacción ante la jubilación. De entrada, debemos distinguir el concepto de “resignación” de otros como el de “satisfacción, asimilación o adaptación” (que van más allá de la “resignación o conformismo”). La “aceptación como algo inevitable” será el matiz con el que se utiliza la “resignación” en este apartado. En el lenguaje corporal lo podríamos equiparar al gesto de levantar los hombros, como símbolo de aceptación forzada, resignada.

En general, los jubilados de estatus medio y bajo construyen discursos más conformistas hacia la jubilación porque sus trayectorias laborales han sido, cuando menos, difíciles. Observamos, pues unos discursos basados en la resignación, conformismo y aceptación del paso al no trabajo sea por un deseo de realizar otras actividades (véase 8.4.3.) sea por la simple liberación del trabajo pasado (véase 8.4.2.). En general, echan de menos el trabajo pero no las condiciones del mismo. Al observar que tanto los mayores de nivel medio-bajo como los de estatus alto continúan activos podemos decir que **rechazan la pasividad** que puede implicar la jubilación **pero no rechazan la liberación de la obligatoriedad** que también suele conllevar. Percibimos que “no se sienten útiles” al pasar a la jubilación, pero aún así la “aceptan”. Rechazan la jubilación si no se sienten útiles (sobre todo los de estatus alto). Por tanto, vemos que no es contradictorio aceptar la jubilación (porque están cansados) y rechazarla al mismo tiempo (si implica estar desactivado y ser inútil). Según predomine una u otra aceptarán o rechazarán la misma.

“...la jubilación es una faceta más que hay que asimilar, nadie, nadie debe de decir: “Bueno, como ya me he jubilado ya no valgo para nada, ya como si fuera un trasto inservible”, no, no, no, hay que tener, yo creo, un espíritu de lucha constante para mantener esas relaciones, para poder salir y hablar (...)”

Otra prueba de la difícil desvinculación de muchos mayores respecto al trabajo es la gran cantidad de mayores que tras la jubilación oficial continúan trabajando. Los motivos pueden ser económicos o psicosociales (necesidad de contacto, autoperibirse como útiles, ocupar el tiempo y la identidad de manera positiva, etc.). Se trata principalmente de mayores pertenecientes al sector primario, pequeños comerciantes, trabajadores por cuenta propia, profesionales liberales y funcionarios (Casals, 1982:61) y los mayores con nivel educativo elevado (Sheppard, 1979; Bazo, 1990:92). Hay que destacar que sobre las personas que continúan trabajando no se dispone de datos fiables, por lo que es difícil averiguar hasta qué punto y en qué cantidad siguen trabajando los mayores de manera "extra-oficial", y menos aún información y datos sobre actividades no remuneradas (ver 9.3.). Salvo las ramas de minería, agricultura, construcción y otros trabajos manuales, el trabajador de 65 años y más suele estar en buenas condiciones físicas y desea poco la jubilación. Pero los datos demuestran que un reducido número de trabajadores prolongan su actividad hasta la enfermedad, invalidez o muerte. Los de categorías ocupacionales inferiores (deseen o no jubilarse) se ven constreñidos y obligados al retiro laboral. Según Berzosa (1983:38), "de diez personas jubiladas, seis prefieren seguir trabajando: tres de ellas para sentirse aptos y otras tres para obtener mayores ingresos". Veamos ahora la actitud del protagonista de la novela de Delibes que busca otro trabajo, aunque está jubilado anticipadamente; su opinión también "resignada" y conformada es esta: *"sesenta tacos no es mala edad para descansar... La fetén es que en el país sobramos la mitad del personal y si, por un lado, te alargan la escuela, por el otro te anticipan la jubilación, de forma que, a la postre, todo cuadrado. El pensionista, por la cuenta que le tiene, callará la boca, sabe que los demás trabajan para él y, aunque cobre dos reales, todavía tiene que mostrarse agradecido. Así es la vida."* (Diario de un jubilado, 1995:9-10).

Un ejemplo claro de la confusión de sus discursos, y por ello no pueden categorizarse, es el hecho de que muchos han aceptado la jubilación "a la fuerza por motivos de salud" o bien por "reestructuración de la empresa" (es el caso de la mayor parte de los prejubilados). En el fondo estos mayores tienen un discurso resignado pero tendiendo hacia la hostilidad, hacia la negación, manifestado en "las ganas" de volver a trabajar de nuevo, de estar ocupado.

"...he notado es que los primeros días era como que sé yo, no era normal, pero que luego te haces ¿eh?, te haces. Y no me he hecho antes más por la zozobra esa de ver el camión, si lo hubiese vendido quizá se me hubiese pasado más de la mente (...) me dijo que qué iba a hacer y le dije que se me rondaba la idea de darme de alta otra vez, además de verdad, porque estaba... (...) ibas para aquí y para allí y ya estabas pendiente, ya no, ahora estás como ipasmado! (...) Lo echo de menos porque entonces yo no paraba y ahora ya estoy parado, ahora, si tuviera algo para entretenerme, pero es que solo tengo el cachito de parcela... (...) ...es por la circunstancia de las cuerdas cervicales si no yo hubiese seguido más, ¿eh? (EM9:4) ...es lo mismo que cuando se te cae el cielo encima (...) yo era de los más activos..." (EM9:10 ó ver GD3:7-8: "...Al principio, la actividad del trabajo, pues la echas mucho de menos (...) lo sobrellevo bien, (...) No es una cosa que la eche, que yo me amilane, que yo me acobarde, no, no, lo voy sobrellevando." (GD3:7-8)

Podemos decir que el **trabajo sigue siendo un componente básico de la construcción de la identidad de la persona**. Recordemos la diversidad de estudios que defienden la centralidad del trabajo en la conformación de la identidad psicosocial (Torregrosa, 1983; Alvaro, 1992; Garrido, 1992; Serrano, 1995; Agulló, 1996, entre otros). La misma tesis de centralidad del trabajo podemos mantenerla y aplicarla al pasado de los mayores, pero si cabe con una acentuación mayor. Es decir, si la identidad psicosocial se cimenta actualmente sobre el trabajo, hace unas décadas, era el "único" pilar básico en el que los hombres podían apoyarse. En fin, las consecuencias de la pérdida laboral (por desempleo, invalidez, jubilación; y de ahí los paralelismos de la jubilación con las teorías e investigaciones sobre desempleo) pueden ser (han sido y son), nefastas, por ejemplo:

- disminución de ingresos,

- de autoestima, de sentimiento de utilidad,
- de consideración social,
- falta de estructuración del tiempo diario,
- pérdida de relaciones sociales,
- pérdida de responsabilidades,
- de estado de ánimo, de ilusión...

Al fin y al cabo, pérdidas. Los jubilados reúnen diversas de las pérdidas, que parece que notarán más en una segunda fase de la jubilación (no en el primer momento de euforia) que supone dejar el trabajo por cumplir 65 años.

“...pierdes autoridad, me parece a mí ¡eh!, se pierde la autoridad, se pierde aquello de que estabas haciendo, ese deber, esa obligación de que hoy pensabas ya lo que vas a hacer mañana, es la tarea esa, el día... un día, y otro, y otro y ... ¡en fin! esa es... y ya claro, dejas todo eso y ya dices soy un parásito (...) ya pierdes todo lo que tenías que... y ya vienen claro, los años, y vienen las canas y viene el dolor y viene el desgaste...” (GD1:15 y ver GD1:3: “...añoro porque quisiera estar activo, es una pena, me parece a mí, llegar mayor y dejar toda esa función que se tiene, se tiene obreros, se manda, se pelea, se cría a la familia... (...)” ...parece que sale uno de trabajar y como si no valiera ya uno para nada...” ó GD1:7: “...sigo guardando muy buenos recuerdos de muchos compañeros (...) un poco de nostalgia...” ó ver GD5 ó GD8)

Hemos de recordar que hay muchas personas que *no tienen consciencia* de que se han jubilado porque sus condiciones de vida son favorables y no distinguen los efectos, positivos o negativos de la jubilación. Suelen ser personas con hijos jóvenes, con un estatus y poder elevados, con un salario considerable (Kalish, 1991:172). En muchos casos, los efectos de la jubilación se ven, de algún modo **neutralizados**. Parece que algunas transmiten un discurso resignado pero con tendencia a ser un **discurso casi “inexistente”, poco definido**, desviado hacia otras cuestiones que quizás han frustrado las “expectativas positivas” sobre la jubilación que era percibida, antes de estos sucesos, como liberación y deseo. Si; se han liberado del trabajo pero otra “carga” ha pasado a ocupar el hueco del trabajo. Se trata de los casos en que otros acontecimientos vitales estresantes se viven al mismo tiempo: enfermedad, muerte de la pareja o familiar muy cercano, problemas de salud, soledad, cambio de residencia, v.g.. Estos mayores, parece que otorgan una menor importancia al abandono del trabajo, o mejor dicho, el problema surgido pasa a un primer plano, se superpone a la jubilación. No es que no tenga importancia el “dejar de trabajar” sino que a él se añade otro tipo de circunstancias consideradas “más básicas” que el retiro laboral. Aunque ellos manifiesten que la “jubilación no es problema”, el cambio de dejar de trabajar está latente, no les deja impasibles y ello se muestra en otros puntos de las mismas entrevistas. Como en esta etapa es frecuente que se den algunas de esas circunstancias (viudedad, enfermedad, soledad, etc.) es difícil discernir los múltiples determinantes de una jubilación más o menos *jubilosa*.

“... yo cuando me jubilé ya era viudo, y todos los proyectos que habíamos hecho mi mujer y yo para cuando nos jubilaríamos, para cuando yo me jubilara, pues eso no fue posible porque ya estaba yo sólo. Quiero decir, que si yo, al jubilarme, hubiera tenido a mi mujer, posiblemente no me habría aburrido tanto, o habría distribuido mi tiempo de una forma mejor (...) de viajar, de hacer tantas cosas que habíamos previsto hacer... Y bueno, me quedé viudo y, la verdad, me he quedado muy sólo, es una enfermedad terrible la soledad...” (EM12:2 y ver EM1819:7: “...en el momento de jubilar nos ha sido cuando él ha estado enfermo, entonces el trabajo ya no nos preocupaba. Nos preocupaba la salud de él...” ó ver EM20:8)

8.4.2. La jubilación como *liberación*

Esta línea discursiva adopta la jubilación como liberación del trabajo obligado y coercitivo, como descanso, como premio. Pero este “dejar de hacer”, sin perspectiva ni proyección, que caracteriza a esta postura puede tener el riesgo y peligro del “vacío” a

medio o largo plazo. Si en el anterior apartado hemos trasladado los discursos sobre la “resignación” ante la jubilación como una “aceptación” cuasi forzada, en éste los discursos resultan más positivos porque transmiten la idea de jubilación como abandono de un sufrimiento pasado, como liberación del yugo del trabajo, como premio a una larga y dura vida de trabajo. Estos discursos son comunes sobre todo en los/as jubilados/as de estatus medio y bajo, pues en los niveles más altos no se ve tan claramente que la jubilación sea una liberación porque el trabajo no era percibido de forma tan negativa.

En general, ello es coherente con el hecho de que no echan de menos el trabajo pero sí la ocupación del tiempo (por eso muchos continúan trabajando, véase capítulo 9); se “liberan” de la obligatoriedad y otras condiciones pésimas que suponían sus trabajos. Esta actitud de “salida de la cárcel del trabajo”, “salida de la jaula”, como fin de un “secuestro”, como “separación”, supone liberación pero también puede significar aburrimiento y posterior vacío.

“- No, yo ahora me siento libre.

- No, pero aún continuo haciendo algo.

- No, ahora me siento como si me hubiese salido de la jaula. Me siento libre, puedo hacer lo que quiera, me levanto y me acuesto a la hora que quiero, y no hay nadie que me diga...

- Pero es que trabajar trabajamos igual que antes, yo aún no he parado.

- Sí, pero tener esa tensión que tenías antes... ¡A las seis!, a toque de pito.

(...) pero eso lo haces tú por voluntad...” (GD10:3-4 ó ver GD4:1: “... estás cobrando y que todos los meses tengas y no te tienes que ocupar de nada pues ¡divinamente!” o ver GD3:8: “...Ya me jubilé, ya ni mirarlo...”)

Según un estudio sueco aunque más de la mitad de los empleados participantes en el estudio pensaban que echarían de menos el trabajo después de jubilarse, sólo el 36% de aquellos que estaban ya retirados declararon que éste era su caso (Skoglund, 1979, en Kalish, 1991:173). En otro estudio (Carlisle, 1979; en Kalish, 1991:173) se comprobó que cuanto menos discrepancia había entre los **deseos previos de participación** mayor era la satisfacción vital. Por tanto, de la falta de proyectos y expectativas, puede derivar la desadaptación, aburrimiento, hastío, en la etapa post-laboral si no se llena ese hueco liberado del trabajo con otra actividad (ocio, p.e.).

Si los discursos masculinos se asemejan por la liberación en la jubilación, no transmiten lo mismo los discursos femeninos de las jubiladas, pues ellas se han liberado sólo del trabajo remunerado que desempeñaban, pero siguen soportando las obligaciones familiares, trabajos domésticos y cuidados a otras personas (véase 8.4.5). En cualquier caso, aunque los jubilados adquieran mayor tiempo libre no adquieren más obligaciones familiares, ni las comparten con sus parejas, tal como sería de esperar (véase 9.3.). Por ello se sienten más libres y liberados de obligaciones horarias y de otra índole. Siguen teniendo mayor poder de decisión, más libertad, que las mujeres de sus edades.

“- Tenemos menos obligaciones.

- Tenemos menos obligaciones en todo.

- Libertad... cada uno se toma la que quiere y la que puede.

- Exacto, libertad tenemos la que queremos cogernos.

(...) - Nosotros estamos viviendo un sueño, hablando claro, porque hemos llegado... no tenemos ningún tipo de obligación, no se mete nadie con nosotros excepto si hay... es decir que tenemos obligaciones en casa, lo que estoy diciendo, un inválido, una persona mayor, que le tienes que hacer todo ¡todo! pero de eso se encarga mi mujer, pero yo a mi mujer tengo que ayudarla...” (GD10:9 ó ver GD10:3)

La conclusión del capítulo 7 sobre “cualquier tiempo pasado fue peor” resume las actitudes positivas hacia la jubilación, pero repetimos, más que desear la jubilación en sí, lo que se deriva es un gran rechazo al pasado laboral (orgullo por haberlo superado pero en el

fondo deseo de jubilarse). Aunque muchos después echan de menos el trabajo, ello demuestra que no podemos identificar el rechazo al pasado laboral con el rechazo a todo tipo de trabajo y actividad. De hecho, como veremos más adelante, la actividad elegida y libre de obligaciones (que no el trabajo en las condiciones pasadas) sigue siendo central.

Mencionan que en esta etapa empiezan las primeras molestias de salud, pero ello no es debido a la jubilación. En el fondo no pueden disfrutar en la jubilación por esos problemas; pero no por haberse jubilado sino por el propio envejecimiento en sí que es lo que ellos rechazan claramente (ver 8.3.3.). Muchas veces se reniega de la jubilación porque se confunde con envejecimiento, tal como se observa en el discurso cotidiano y también entre los propios mayores (ver capítulo 10).

H.- (...), ya no quiero aprender más oficios, ya sé bastante... Ya lo que no quiero es trabajar mucho que los huesos me duelen mucho. Tengo los huesos que ninguno me quiere, así que ya descansaremos y...

M.- Yo me quedé de 3 años sin padre, con 6 hijos que se quedó mi madre y ¡si no habré trabajado! así que ahora me parece mentira... Ahora el no trabajar me parece mentira, así que mira.

H.- Ya hemos trabajado bastante... O sea que ya descansaremos lo que podamos, porque ya ni podemos comer porque tenemos azúcar (...) ya no podemos disfrutar de nada. Ni te puedes comer un trocito de chorizo de allí del pueblo, ni puedes beber un poquito de vino ni puedes nada ¡nada!...” (GD4:8)

Mención aparte (mejor dicho, un estudio aparte) merecen los prejubilados, tanto los del sector minero como los de otras profesiones (EM3, EM8, EM9). Las actitudes que han tenido los prejubilados fueron de **“sorpresa”**: no se esperaban la pre-jubilación tan jóvenes, sin embargo se ven mayores para iniciar otras carreras laborales. Parafraseando a Paul Paillat (1983), en su clásico artículo, son “demasiado jóvenes para jubilarse, pero demasiado mayores para trabajar” en la mina o en otra profesión similar. Además de esta sorpresa inicial los discursos predominantes transmiten la liberación de obligaciones que estamos comentando. A semejanza esta situación a unas continuas “vacaciones”.

“...yo no pensaba en eso ni mucho menos porque yo claro era joven, cuarenta y tantos años y tal pues no pensé en ello, pero de un principio cuando llegó el primer plan, empezaron a retirarse compañeros (...) una cosa que te viene (...) que somos más rentables posiblemente en casa que trabajando (...) todo el tiempo libre del mundo, no me causó trastornos absolutamente ninguno (...) tengo más horas libres...” (GD6:2-3 o ver GD6:4: “...no contaba con ello, era una cosa que a mí no me parecía verdad... (...) pasaron unos meses y no lo creía... ¡pensaba que estaba de vacaciones!, pero luego ya me adapté a ello...” (GD6:4)

Reconocen que aunque no echan de menos el trabajo sí echan de menos la ocupación y ello puede suponer un trauma (a la larga) si no se ocupa el tiempo en algo que satisfaga y que vaya más allá de lo meramente material que ya tienen cubierto. Hay consenso en que se trata de un cambio muy brusco pero lo han aceptado porque económicamente han salido bien parados. Sin embargo, profundizando en sus discursos se nota un “reflejo de rechazo” desde su entorno, desde la sociedad, en la que son criticados (incluso por los propios jubilados más mayores del mismo ramo) por estar jubilados tan jóvenes (véase capítulo 10). En los prejubilados de nivel alto también se observa esta contradicción y actitudes ambiguas al estar apartados del mundo laboral “tan jóvenes” (EM3, EM8, GD6:5. p.e.).

Ahora parece que están viviendo una primera fase de euforia y satisfacción pero intuyen que seguramente al pasar los años no se encontrarán tan satisfechos. Ello es coherente con lo que decíamos al tratar las fases por las que pueden atravesar (en principio pueden estar viviendo una “luna de miel” pero luego pueden caer en el aburrimiento o desencanto). Quizás por ello se niegan a pensar más allá del presente y las perspectivas futuras que mencionan tienen más bien carácter negativo o pesimista (véase capítulo 11). Los prejubilados intentan justificar las altas pensiones que tienen. Se perciben las prejubilaciones **como premio, pero como un premio algo anticipado** e incluso

injustificado, desorbitado, según los jubilados y la opinión general (véase capítulo 11 p.e. GD6:11-12). Pero desde sus discursos se observa una clara “liberación” de los peligros del trabajo y una clara aceptación provocada por las elevadas pensiones.

Como venimos observando, tal como apuntaban Rimbeau et al (1983:92 y ss), “la separación clásica entre trabajo manual e intelectual que está en la base de la división de la sociedad de clases, también es una de las causas de la marginación y diferencias en la jubilación”. Por ejemplo, un escritor, un político, un artista o un artesano, y todos los que han tenido una relación enriquecedora en el trabajo prácticamente no llegan nunca a jubilarse del todo, pues pueden seguir desarrollando sus profesiones. En cambio, un jornalero, un obrero industrial, un oficinista o un empleado de almacenes tendrán que jubilarse, o “los” jubilarán, por motivos de desgaste físico y psíquico, o por motivos de la edad ya no podrán seguir desarrollando las tareas.

De forma general, siguiendo a Fitzgerald (1988:29), la mayor parte de la gente piensa que el trabajo es lo que le llena la vida, e incluso puede que no se den cuenta hasta que no se llegue a la jubilación... Si además, se deja que el trabajo “absorba la mayor parte de nosotros y de nuestra rutina diaria, entonces abandonamos más cosas”. **La paradoja de la jubilación**, siguiendo al autor, **es que cuanto peor es el trabajo más lo necesitamos**; cuánto más nos haya exigido más se echará de menos. Por ejemplo, *“los trabajos que no empleaban ninguna de las capacidades creativas de estos obreros eran embrutecedores y alienantes. Así que cuando se perdía el trabajo, ellos se perdían con él”* (ib., p. 29).

En fin, de un modo u otro la jubilación no deja de afectar a todos los niveles profesionales. Por tanto, quienes valoran negativamente su profesión desearán jubilarse y sin embargo suelen ser los que están menos preparados para cambios, entre ellos disfrutar de mayor tiempo libre. Pero, esta expectativa general no se cumple para aquellos que ven de cerca la jubilación; los sujetos de más de sesenta años, cuanto más descontentos se hallaban con su trayectoria laboral y con las circunstancias profesionales actuales, tanto más negativamente se enfrentaban con el cese de su actividad profesional (Lehr y Dreher, 1968; Reichard, Livson y Petersen, 1962, en Lehr 1980).

8.4.3. La jubilación como oportunidad

La jubilación se presenta como oportunidad cuando el deseo de jubilarse es con una intencionalidad, con una proyección, como posibilidad y oportunidad de “hacer otras cosas”. Es percibida la jubilación como proyecto, como *medio para* algo más que descansar del pasado. Por tanto, si en el anterior apartado se han trasladado los discursos indicativos de la jubilación como liberadora del yugo del trabajo y obligaciones pasadas, en éste se va un paso más allá y apuntamos aquellas voces (generalmente de nivel medio o alto) que deseaban la jubilación, pero no sólo como liberación sino como proyección y posibilidad. Por eso en una escala o eje imaginario estos discursos tendrían la valoración más positiva.

En cualquier caso ello no es incompatible con las actitudes de liberación, pues la jubilación puede significar ambas cosas para los mayores: liberación y posibilidad de realización. Aunque, como vemos en sus discursos, se suelen quedar en la simple liberación, lo cual puede conllevar una mayor desadaptación al no llenar el hueco “liberado” con otras actividades. El hecho de que este apartado reúna menos discursos es indicativo del liviano “deseo” de jubilarse de los mayores.

De lo que llevamos dicho hasta aquí, se desprende claramente la conclusión de que la vivencia de la jubilación se encuentra determinada por una multiplicidad de factores ya mencionados. Diferentes autores nos recuerdan que la experiencia de la jubilación no es

homogénea, sino que hay entre las personas jubiladas una gran heterogeneidad³⁰. Pero, las actitudes más positivas hacia la jubilación solemos encontrarlas en las personas que realizan una actividad que les llena, que les gusta, que tenían pensado relacionarse, estar activos, viajar (expectativas positivas, planes). Es la jubilación en su sentido más positivo, como posibilidad de desarrollar otras facetas vitales: voluntariado, ocio, relaciones sociales, por ejemplo.

“...es preferible jubilarse con la salud suficiente para poder disfrutar un poco de la vida, si ¡hombre! ¡si si te vas a jubilar cuando ya no tienes fuerzas ni para salir al sol!, pues ¿qué plan hemos hecho? ¿toda la vida trabajando?, el trabajo debe tener también su premio...” (GD1:9 y ver EM1314:1 “...yo me jubilé a los 60 años con el fin de disfrutar algo...” ó ver EM2, GD6)

“...y tuviese que trabajar en dos sitios me ahorcaba. (EM1314:2) no he podido disfrutar (...) Dos sitios es mucho. El 90% también trabajaba en el taxi: eran conductores y trabajaban de taxistas (EM1314:3)...me he liberado de lo que se llama trabajo cotidiano (...) hacer lo que te apetece...” (EM1314:11)

Tal como apuntaba C. Izquierdo (1994, I:53) “la jubilación no es acabar una vida sino transformarla”. Siguiendo a este autor, puede ser el comienzo de una etapa nueva, interesante y sugestiva: una etapa llamada a ser creativa y fecunda. Entre las personas con buena salud, la jubilación obligatoria no altera la vida, sino que en ocasiones la mejora puesto que procura a la persona, mayor tiempo para dedicar al descanso y al ocio. Aranguren et al. (1984), en sus reflexiones y análisis sobre el tema, señalaban la ancianidad como posibilidad de una *nueva etapa creadora* no sólo como correlato de la muerte y continua pérdida sino como una experiencia que también puede ser positiva³¹. Pero son pocos los mayores, como hemos comprobado hasta ahora, que le otorgan este significado a la jubilación y envejecimiento. En cualquier caso, algunos jubilados además de considerar la jubilación como una liberación la perciben como un deseo y una posibilidad de realizar otras actividades o simplemente para descansar. Esta idea es coherente, en cierto modo, con el discurso que defiende el adelantar la jubilación para poder disfrutar del no trabajo u ocio que nunca han conocido. De una vez por todas, poder elegir lo que quieren hacer con su tiempo sobre el que no han podido decidir en su pasado laboral. Jubilarse para disfrutar; no para desactivarse, desenchufarse y morir.

“...¿Cómo te vas... si estás muy joven”, y digo: “por eso me voy, porque estoy muy joven”, porque ¡si me voy a ir cuando no pueda mover los pies!, pues no tiene ningún sentido de que me vaya, me voy ahora porque me quedan unos años para poder disfrutar con mi mujer y poder disfrutar un poco de la vida”.... (...) diez años que la salud me ha respetado y me muevo con mi mujer aquí, allí (...) digo: “Por eso me voy, porque si me voy a ir cuando no pueda con los pantalones, no tiene sentido...” (GD1:8, y véase GD6:14)

“P.- (...) tenemos la opción esa de retirarnos un poco jóvenes pues a disfrutar un poco de ello...” (GD6:13)

“- (...) yo contaba que iba a estar hasta los 60 en la empresa. Cuando me vino eso pues como que me tocó la lotería y claro ahora estoy en casa, sin tener la obligación esta de madrugar, sin tener un jefe encima, sin tener que el esfuerzo que tienes físico, y sin tener muchas cosas que tal, pues la vida es muy libre, muy

³⁰ Según Villar (en ENDESA, 1989; Agulló y Garrido, 1996), la actitud que se toma ante la jubilación nos permite diferenciar entre tres grupos de personas:

1. Personas que intentan ignorar las dificultades, aunque éstas sigan ahí latentes y creando un estado de ánimo de cierta inquietud e incomodidad.
2. Personas que se dejan vencer por el problema, sufriendo sus consecuencias, pero sin adoptar ninguna medida para solventarlo. Su destino, lógicamente, es el sufrimiento permanente y la sensación de agobio, tristeza y desilusión.
3. Un tercer grupo de personas jubiladas afrontan directamente el problema y, lejos de dejarse oprimir por el mismo, se acrecientan ante él.

³¹ Véase la recopilación de las ponencias y comunicaciones de las IV Jornadas Interdisciplinares (Barcelona, 1983), organizadas por el Ambito de Investigación y Difusión “María Corral” que conformaron el libro “La ancianidad, nueva etapa creadora”. Los distintos autores (J.L.L. Aranguren, A. Corominas, L. Folch y Camarasa, J.M. Forcada, D. García Sabell, A. Ruíz Torres y J. Vimort) aportan reflexiones a la cuestión del envejecimiento desde varios puntos de vista: médico, ético, psicológico, sociológico, principalmente.

suelto para hacer muchas cosas (...) tener libertad... (GD6:22 y ver página 21: “...parece que para estar retirado tienes que estar uno fastidiado, no, no, no ¿por qué?...”)

Ellos mismos destacan la actividad como “protección” de los efectos negativos de la jubilación. Por ello, aceptan y desean vivir este periodo. El quedarse en casa, pasivo, deviene en actitudes negativas hacia la jubilación. La relevancia de “estar activo” queda patente en sus discursos. La “actividad” sigue siendo central (o casi central) incluso más allá del trabajo remunerado, más allá de la jubilación (véase capítulo 9).

Hemos de decir que en los **mayores de ámbitos rurales** encontramos más discursos sobre la jubilación como descanso, liberación de obligación, incluso como “deseo”, debido a que se ve una oportunidad de “cobrar” y poder seguir trabajando. Parece una situación ideal. En realidad muchos mayores de estas zonas no se jubilarán nunca. Pero esto depende más que del hábitat del tipo de trabajo anterior, del entorno, del nivel de salud, entre otros. La criticable separación rural-urbano se confirma cuando percibimos que en el ámbito rural se concentran determinadas profesiones (pequeños comercios, agricultura, ganadería, p.e.), y otras condiciones (mayor apoyo social, p.e.) para que el tránsito a la jubilación sea más liviano desde el momento en que uno deja de trabajar cuando quiere, y al mismo tiempo está cobrando (véase 9.3.). Esta transición menos abrupta no es debida al ámbito rural, pero sí podemos decir que es más fácil encontrar estas posturas en los mayores de estas zonas. Ahí está la clave de la cuestión.

A estas alturas, podemos agrupar esquemáticamente algunas de las imágenes y representaciones de la jubilación comentadas por los mayores.

Esquema 8.1. Representaciones discursivas de la jubilación desde las personas mayores

D. RECHAZO	D. ACEPTACION	D. LIBERACION	OPORTUNIDAD
Fin, final Putada (GD5:11) Escalón muy fuerte (GD1:2), salto muy grande (GD8:2), corte, desconexión “¡Estoy cortado!”, amarrado (GD6:14, 15) parásito de la vida (EM20, GD1) Enfermedad, accidente, castigo “Despagados”, te limitas, ya no estás para nada (GD8:18 y 19) Trauma, frustración. “Eres un número” (GD5:35) te cae el cielo encima (EM9:10), “se te cae la casa” (GD2:17) Suicidio laboral y social. Muerte	Una etapa más que hay que asumir (GD1:3) Un deber para que entren jóvenes... “Aguantar la marea”, ¡pasmado! (EM9:2 y 4). parado (EM9:4 y EM15:2) lo sobrellevo (GD3:7) “He cumplido una misión” (EM4:10) “Igual que antes” (GD9:7) algo inevitable	Fin, objetivo alcanzado Derecho Descanso, Vacaciones “estaba cansada” (GD9:2), Festivos, domingos, fines de semana Premio, lotería, la china (GD6:5, 11-12) Salida jaula (GD10:3), libre “Necesito jubilarme” (EM4:10) “¿A quién le amarga un dulce?”, muy suelto (GD6:19), ya ¡ni mirarlo! (GD3:8) Salida cárcel, Liberación secuestro Divorcio, separación viviendo un sueño (GD10:9) Regalo, sorpresa (GD6:4)	Medio para hacer algo... “Pensión gratuita” para... Un derecho a... Vacaciones programadas Proyección para hacer algo (GD5) Disfrutar algo más de la vida (EM1314:11, GD1:9, GD6:13) posibilidad (EM1 GD8)

————→ GD2, GD9, EM2, EM4, ←———— GD6

GD5, GD8, EM1819... ———→ GD1, GD3, GD7, GD6, GD10... ←———— EM1314, EM1, GD5, GD8...

Como venimos comprobando, de forma general, la vivencia de la jubilación puede compararse con otros acontecimientos vitales que también presentan esta característica de ambivalencia y ambigüedad. La jubilación puede ser *similar a la salida de la cárcel o de un secuestro*, por ejemplo, si el trabajo ha sido considerado y vivenciado como un cautiverio y escasa libertad. Por tanto, el fin del trabajo significará el fin del cautiverio y la puesta en libertad del mayor. Pero debemos reseñar una diferencia patente en este paralelismo: a la salida de la cárcel puede haber una reinserción (no vamos a entrar en detalle si en realidad se produce o no) pero tras la jubilación no suele producirse ningún tipo de “reinserción” a la sociedad sino al contrario. El cambio, que comporta aislamiento social la mayor parte de las veces, suele ser

brusco, abrupto, definitivo, o al menos tal como está planteado actualmente la salida laboral así se percibe.

Otro paralelismo que puede establecerse con el fin del trabajo es el "*fin de carrera*" o fin de estudios. Aquí también se observan posturas ambivalentes: por una parte se percibe alegría porque acabas unos estudios, ya se ha cumplido una etapa, pero surge la duda ante el incierto mundo laboral. Uno debe buscarse y planificarse la independencia (económica, familiar); la meta de los estudios se ha cumplido pero se inicia una nueva etapa por construir. A la hora de la jubilación el mayor siente que ha cumplido, ha acabado su carrera laboral, pero se abre un nuevo periodo de incertidumbre en el que deberá mantener su independencia alcanzada. Sin embargo, en este periodo suele empezar la dependencia (económica, familiar, social) y las metas que se tenían en la vida adulta se han "agotado". El problema surge, la mayor parte de las veces, en cubrir el hueco que antes llenaba el trabajo y en inventar nuevas metas y objetivos de vida para esta "nueva adultez" que no podrá girar, como hasta ahora, en torno al trabajo remunerado.

Aún hay más. El tránsito a la jubilación también puede parecerse a *una separación o divorcio*. Estas experiencias vitales suelen caracterizarse por ser ambivalentes: por una parte aportan libertad, y por otra casi siempre suponen una crisis de cambio. Un divorcio o separación matrimonial puede reconstruirse posteriormente; da la posibilidad de iniciar una nueva vida en pareja. Sin embargo, tras la "separación o divorcio del trabajo", de forma general, el reencuentro con el mismo no es posible: la separación es definitiva al igual que lo es la viudedad en determinadas ocasiones. Aragón (1986:301) nos dice que en el caso de que uno haya estado "casado" con el trabajo, entonces el dejarlo viene a ser como "un divorcio que parte su personalidad". Fitzgerald (1988:28) nos lo cuenta con esta metáfora: "Mi *matrimonio* no sobrevivió a aquellos días, puesto que rechacé disolver el vínculo con mi esposa corporativa. No se me ocurrió que, inevitablemente, la empresa se divorciaría de mí (...). Cuando abandonamos el trabajo o cuando él nos abandona a nosotros, casi siempre dejamos una parte de nosotros mismos detrás".

Otra comparación se establece desde el significado de la jubilación como algo repentino, accidental y además con un carácter y sentido negativos; como una mala noticia o una sorpresa desagradable. El mismo ex-director de la General Motors citado compara la jubilación con un *accidente de tráfico* y se expresa así: "me sentí desesperadamente desorientado. Era como un accidente de tráfico, llegué a pensar: en un momento estás conduciendo tranquilamente por la carretera y de repente estás mirando hacia arriba, tendido en el asfalto" (Fitzgerald, 1988:25), lo cual da idea del carácter abrupto de la jubilación que también nos transmite de este modo: "un día tenía una amplia oficina una gran mesa y un sillón de dirección, mi propia secretaria, incluso un aparador de nogal en el que guardar mis trastos. El siguiente día estaba sentado en mi casa con un suéter y unos pantalones de pana mirando cómo caía la nieve en el exterior".

También la jubilación puede compararse con el paro, *con el desempleo*. La diferencia entre una situación y otra es que el parado puede reincorporarse al mercado de trabajo y la persona jubilada ya no puede trabajar de forma remunerada. De todas maneras aquí hemos de hacer un paréntesis y destacar que no siempre los parados pueden reincorporarse al mercado laboral pues cuando se tienen más de 50 años -e incluso tan sólo más de 40- las personas son consideradas como "mayores" para ser empleadas (ver capítulo 3). Otra diferencia clara que encontramos entre la situación de la persona desempleada y la jubilada, esta vez a favor de las últimas, es que pueden tener la sensación, tal como dicen ellas, de "haber cumplido"; en cambio, el parado sentirá mayor necesidad de "cumplir" más tiempo con la sociedad y consigo mismo; aún se siente joven como para no trabajar y jubilarse -en el caso de los parados mayores de 50 años-.

Algunos estudiosos, como también testimonios de algunos mayores, han identificado la jubilación laboral con algo tan definitivo como *la muerte, la separación definitiva de la vida*. Esta postura suele devenir cuando se ha percibido el trabajo como valor supremo y único; es en

este caso cuando la jubilación laboral se asemeja a la muerte laboral y en definitiva a la muerte o separación de la vida en todos los sentidos. Puchol, profesor de Dirección de Personal en la Univ. de Comillas (1989:150), comenta que “frente a la jubilación, como ante la muerte o el riesgo de una hecatombe nuclear, la especie humana está aquejada de una ceguera particular (“negación psicológica”...) que hace que la mente rechace todos los hechos profundamente desagradables e ineluctables”. Pero añade la idea que venimos diciendo hasta aquí de que no todos los trabajadores contemplan la jubilación como un hecho negativo. Nosotros queremos añadir la idea de que si la jubilación significa muerte, fin del “rol vital-laboral”, el envejecimiento en general también será rechazado.

En fin, esta salida, separación, o situación de tránsito que es la jubilación puede vivirse de distintas maneras. Por ello, al igual que mucho presos se adaptan rápidamente al mundo “exterior” (o divorciados que superan su crisis), a la jubilación uno puede adaptarse de forma sino fácil sí menos complicada de lo que se plantea. En cambio, en la mayor parte de los casos los mayores ante la jubilación se encontrarán perdidos, desorientados, cual preso que no sabe dónde ir ni qué hacer. El trabajo marcaba un horario (al igual que la vida en un internado) y unas relaciones sociales (al igual que lo hacía el matrimonio antes de la separación conyugal, p.e.).

De forma general, se observa que la adaptación al periodo postlaboral, a esta liberación del trabajo, no suele ser fácil para casi ninguna persona. Ello dependerá como ya se comentó anteriormente de diversos factores como la actitud ante el trabajo, pues cuanto más “cárcel” haya significado el trabajo más difícil puede ser la adaptación al cambio. Pero si este “encarcelamiento” laboral se percibía de manera satisfactoria y se compartía con otro tipo de prácticas, también podemos decir que la persona notará menos el tránsito a la nueva situación. Por ello, vemos que no hay nada de simple porque unas mismas actitudes hacia el trabajo y hacia el ocio pueden derivar en vivencias y percepciones distintas hacia la jubilación. Con todos estos paralelismos citados hemos intentado reflejar que la vivencia de la jubilación puede significar una liberación o una cárcel; una satisfacción por haber cumplido o la sensación de inutilidad; una separación o una posibilidad de abrir otras relaciones; una nueva etapa de la vida o la muerte. Nos estamos decantando hacia unas posturas u otras por cuestión de orden, pero queda claro que un mismo fenómeno, como la jubilación, construye en las mismas personas representaciones contrapuestas.

8.4.4. La jubilación como rechazo

Las estructuras discursivas tratadas hasta ahora transmiten unas actitudes bastante positivas/moderadas hacia la jubilación (aceptación, liberación, oportunidad). Sin embargo, en este apartado desarrollaremos la animadversión hacia la jubilación, aunque ya se ha dejado claro que la ambigüedad y el encontrar discursos de cualquier tipo en un mismo nivel y género es la tónica común. De todas maneras, los discursos de no aceptación de la situación de jubilados se encuentran mayormente en los jubilados/as de nivel alto o en los jubilados/as que siendo de menor nivel desempeñaban sus trabajos más allá de los motivos instrumentales y materiales (son por ejemplo, algunos trabajadores autónomos, artesanos, agricultores o dueños de pequeños negocios). Se identifica el no trabajar “con ir al hospital”, con enfermedad. En este sentido se rechaza la jubilación en cuanto que implica “fin, pasividad, enfermedad”, sin embargo, se acepta (e incluso desea) si se identifica con “pensión gratuita” y poder trabajar o estar activos en lo que se quiera.

“...he trabajado en el campo y he estado conforme con el mío y es más me he jubilado después de mi tiempo - Y yo también he estado... y yo también he estado conforme con el mío y estoy porque hay muchos que me dicen: “¡Ay, es que trabajas mucho!”; mientras pueda es que estoy bien y le digo: “Mejor quiero trabajar que no ir al... al hospital!” porque me gusta trabajar, claro que he trabajado en el campo y sigo trabajando lo que puedo, cada uno en su fin.” (GD1:5-6)

“- Es que claro es un salto muy grande de estar en activo, resolver los problemas que tienes, y después de repente, llegas a los 65 años y “señor, usted ya no es útil”.”

- Te arrinconan (...)

- Te arriman, entren los jóvenes...” (GD8:2)

Nos encontramos con varios tipos de rechazo a la jubilación que nos hacen pensar que todos/as los mayores, en uno u otro sentido, reniegan de la misma:

1) Rechazan la jubilación los que han sido jubilados prematuramente: por motivos de enfermedad, accidente laboral, de reestructuración de la empresa. etc. Se trata de jubilados/as de cualquier nivel socio-económico. Por tanto, se observa una estrecha relación entre las actitudes hacia la jubilación, el momento y motivo de jubilación.

2) Rechazan la jubilación en cuanto que ha significado un apartamiento brusco de sus profesiones, la “muerte definitiva” de su carrera laboral, que verdaderamente les gustaba y les aportaba algo más que beneficios económicos (prestigio social, relaciones, proyectos futuros, autoestima, etc.). Estos discursos suelen ser característicos de los jubilados/as de nivel alto cuyas condiciones de trabajo eran muy positivas y tenían determinado poder de decisión y elección sobre sus tareas.

3) Rechazan la pasividad que reporta la jubilación, por ello en el momento que encuentren algo que supla sus trabajos (muchos continúan trabajando más allá de la edad oficial) se adaptarán incluso más fácilmente que los de medio y bajo que deseaban la jubilación pero tienen menos recursos (estudios, ingresos) para afrontar el vacío posterior. Pero lo de la adaptación/no adaptación no está tan claro: el que haya tenido el trabajo como centro de sus vidas (sea de uno u otro nivel) tendrá más difícil la adaptación; pero aún será más difícil el que no haya desarrollado otras facetas o ahora no las desarrolle. El estar socializados para el trabajo puede ser para todos un handicap en la jubilación.

4) Rechazan la jubilación las personas que la identifican con vejez dependiente, inutilidad, muerte (ver capítulo 10).

5) Muchos rechazan la jubilación en principio, en la primera fase (estatus alto, satisfacción trabajo), y otros más tarde, después de la “euforia” (estatus medio y bajo, menor preparación y expectativas) (ver 8.1.).

6) Rechazan la jubilación aquellas jubiladas que lo viven como “una vuelta al hogar” o aquellas amas de casa mayores que perciben el malestar del marido una vez jubilado.

Llama la atención el hecho de que estén de acuerdo con ser jubilados en cuanto a “pensionistas” que cobran una pensión, pero no lo están si ser jubilados implica estar “parados, pasivos, retirados” (véase capítulo 10). Muchos mayores piensan que los que rechazan la jubilación es porque están a gusto en sus trabajos, han sido trabajos “más cómodos” y llevaderos³². Por ello, de forma general, los discursos de rechazo se encuentran en las profesiones más cualificadas. A muchos les hubiese gustado continuar trabajando algo más; se “han visto obligados” a jubilarse.

“...podía haberme jubilado el 19 de Enero, a los 65. Si hubiera podido hasta los 70, pues yo sigo. Salí de la escuela porque ya era, vamos, forzosa, jubilación forzosa. La voluntaria de los 60 años, que podía haberla cogido..., no la cogí. Y tenía miedo de que después, en casa, me iba a...” (EM7:2)

“...era un enamorado de la enseñanza, he estado muy a gusto dando clase (EM1819:2) me entretenía con la clase, con los alumnos, a mí no me entusiasma ninguna otra cosa (...) Lo echo de menos” (EM1819:6)

“...por regla general llegamos todos a los 65 relativamente bien lo que no podemos hacer trabajos que antes hacías y hacer lo que te podían mandar en horas, pero todos nos quedamos despagados al jubilarse, yo hablo

³² Esta idea se comentó en el capítulo 7 cuando citaban “otras profesiones menos duras que las nuestras” (ver GD6:22, p.e.). Estos mayores muestran un discurso muy crítico frente a determinadas profesiones cuya “relativa dureza” no justifica sus altas pensiones y destacan la desigualdad en las pensiones (capítulo 8.3.). Todo ello incide sobre la postura ante la jubilación. Véase por ejemplo EM10:7 criticando la desigualdad ante la jubilación.

por mí, si fuera otra cosa yo querría llegar a más... (...) Yo estoy despagado porque me encontraba con condiciones de continuar.

- Yo hubiese continuado trabajando..." (GD8:19, y véase GD5:15, EM12:5-6, EM1:1, EM20:6)

Muchos confunden-mezclan el fin laboral con otras situaciones: soledad, falta de actividad alternativa, salud deteriorada... Por todo ello rechazan la jubilación, como una forma de protestar ante su situación peculiar-personal, pero que, según observamos es bastante generalizada:

"...así no se hace nada, está uno aburrido y no hay ambiente para nada, y no me gusta estar así parado, sin trabajar (...) ahora aquí durmiendo y nada. (...) Aquí en casa metido, porque como me tenía que quedar con mi mujer que no se puede mover ni andar ni salir ni nada, porque ella tenía de artrosis, azúcar y esas cosas, pues aquí en casa haciendo las cosas de casa y tal, y nada, porque no podía salir a parte ninguna..." (EM15:2)

Diversos estudios (Friedman y Havighurst, 1954; Kalish, 1991; Sáez et al, 1996) demuestran que allí donde la profesión no significaba para la persona más que una fuente de beneficios económicos (valor instrumental del trabajo), existía una mayor propensión a dejar la actividad profesional; por el contrario, donde no predominaban los valores económicos sino los expresivos (función social o filantrópica, posibilidades de lograr contactos sociales, de mejorarse a sí mismo y de enriquecerse con nuevas experiencias, ampliación de horizontes, etc.) las personas se enfrentaban a la jubilación con una actitud de signo más bien negativo, que es lo que en este apartado comprobamos.

Tanto para un ejecutivo como para un obrero menos cualificado el fin del trabajo puede tener efectos negativos, aunque por diferentes motivos. Fitzgerald (1988:25-32), ejecutivo jubilado, cuenta así la importancia del trabajo a distintos niveles y las consecuencias de perderlo: "he descubierto que el trabajo proporciona la base sobre la que mantenerse de pies en el mundo. Es un vehículo para superar nuestra dependencia adolescente, para conseguir la confianza que proviene de la autosuficiencia. Ganamos el respeto de los demás demostrando que podemos abrirnos camino... El trabajo proporciona la necesaria audiencia para ensayar nuevas aptitudes y diferentes conductas. Es el escenario en el que se nos compara con las expectativas de los demás y para descubrir nuestro propio y confortable equilibrio..." (p.28).

Para muchas personas, pues, el trabajo significa el recurso más importante para dar sentido a sus vidas. Sin trabajar la vida no tiene sentido ni interés: unos encuentran ameno lo que hacen; otros dan un tono religioso al trabajo (como un don divino) como una forma de llevar a cabo una misión sobre la tierra, etc. El trabajo será mucho más valorado para aquellas personas que consideraban sus empleos como fuente de sentido y utilidad en sus vidas. Pero vemos que no todas las personas echan de menos su trabajo. Por ejemplo, tan sólo el 19% de los que se jubilaron (Shanas et al, 1968) declararon que la pérdida del trabajo era primordial. Algunos encontraron otras tareas que le satisfacían como el trabajo; otros, sentían que habían justificado su existencia a través de muchos años de trabajo y que ahora tenían que descansar y divertirse. Siguiendo a Kalish (1991:170), "*pocas personas se divierten con las tareas que realizan en sus empleos, aunque les gustan las relaciones, el sentido de utilidad, y el dinero que le reporta*". Respecto a los empleados de los escalones más altos, directores y profesionales, parecen tener un mayor compromiso en sus trabajos, pero no se puede afirmar rotundamente que perciben las pérdidas de la jubilación en mayor medida que otros trabajadores. Todos sufren pérdidas y rechazan de algún modo la jubilación si supone una merma de las ventajas laborales.

Aragó (1986:301) defiende la misma tesis de que las profesiones con peores condiciones de trabajo son las que desearán en mayor medida la jubilación. Sin embargo, el deseo será menor en las profesiones más liberales, artesanales, vocacionales, en el que el sentido del trabajo no es puramente instrumental. Pero no sólo depende del trabajo que anteriormente se ha tenido, sino además es el **modo o manera en cómo uno se ha ligado al trabajo**. En efecto, expresa Aragón,

“el que se ata a la tarea y vive no sólo de ella sino para ella; el que está “casado” con el trabajo, sin más horizontes, puede llegar a concentrar su intereses en lo profesional, de manera que para él no existan ya ni hobbies, ni cultura, ni nada diverso de lo estrictamente laboral”. De todas maneras, debemos apuntillar que muchas veces el trabajo abarca tantas facetas de la vida (es cultura, es hobby, es todo) y tampoco se puede decir que estas personas se han centrado en lo “estrictamente laboral”, pues en estos casos el trabajo es algo más que tareas y funciones; va más allá de lo “estrictamente laboral”. De cualquier modo, en esta situación y de forma general, dejar el trabajo viene a ser como “un divorcio o separación” como hemos comentado anteriormente.

Observamos que el discurso de los pre-jubilados se muestra como un “discurso en transición”, complejo de analizar. La prejubilación como situación “puente” entre la jubilación y el desempleo, produce discursos ambiguos de rechazo y aceptación a la vez. En concreto los prejubilados mineros perciben la jubilación como “liberación” de un duro trabajo, pero también tienen actitudes negativas si profundizamos en sus discursos algo apáticos, con muchos silencios y miedos respecto al futuro.

“...tampoco para mí ha sido un drama, pero no ha sido tampoco de mi gusto por lo que te estoy diciendo; yo me encuentro bien, me encuentro capaz de hacer una labor...” (EM3:4) yo en principio no quería jubilarme, veo que la mayor parte de la gente que me rodea ve la jubilación como una liberación, ven el trabajo como una carga bíblica, no sé si es que les han enseñado mal, no sé si es que yo estoy mal enseñado, a mí el trabajo me gusta, me parece una forma de autorrealización... (EM3:4-5) ...Si te aplatanas, mala cosa, y ése es el peligro grave de los prejubilados y de los jubilados, que yo creo que yo no lo voy a tener (...) me asusta por ejemplo, pequeños ratos, he tenido quizás 2 tardes desde hace 2 meses y medio, de no tener programado una actividad, y me doy cuenta que, en ese momento, empiezo a estar incómodo...” (EM3:6 o ver “GD6:14: “...estar trabajando y tal parece que no pero se rehace, pues “yo sirvo para algo, valgo para algo” (...) llega a la prejubilación o jubilación “qué pasa ¿qué yo ahora no sirvo para nada?”, y no ¡hombre no! (...) que no se “apitone” (...) pero es que estás prejubilado en una empresa, en una empresa que estuviste trabajando, que estuviste cobrando por un trabajo que estuviste haciendo, pero ¡punto!” GD6:14)

Aunque están libres del trabajo siguen teniendo otras ataduras u obligaciones familiares, pero respecto a la prejubilación (en parte, por las elevadas pensiones) se muestran bastante satisfechos. Si bien, al principio tendrán un “discurso eufórico” por la liberación del trabajo, a medio plazo, su discurso pueden derivar (y así lo observamos en algunos prejubilados) hacia el rechazo y frustración por ser “tan jóvenes y no trabajar ya”. No se sienten tan libres y liberados (por responsabilidades familiares, pareja aún activa, hijos no emancipados) como ellos podían suponer.

“P.- A mí gustaríame hacer otras cosas, por ejemplo, viajar a otros países, a Benidorm, a Málaga por aquí por España, tal pero aunque te hayas prejubilado te has enganchado igual a la familia por cosas familiares que el hijo trabaja o la mujer o tal pues también pues... ¡no puedo hacerlo! (...) ¡estoy cortado!” (GD6:14: o ver página 15: “...poquitín amarrados en el sistema ese de no poder hacer cosas o vamos que nosotros queremos hacer y tal, pero dentro del matrimonio nos vemos obligados, en una palabra, a dar aportaciones económicas a los hijos y familia que tenemos alrededor, entonces en esta parte negativa...” (GD6:15)

En los niveles más altos, como la **actitud hacia el trabajo es y era más positiva** a pesar de que muchos de ellos tampoco lo echan de menos -en general, han tenido trabajos que les ha gustado más que al resto de mayores-, **la actitud hacia la jubilación es más claramente de rechazo**, al menos en principio. De cualquier modo, a medio-largo plazo su nivel **formativo y de ingresos les ofrece** (mejor dicho, puede ofrecerles) **más posibilidades de adaptación** que a los/as de estratos más desfavorecidos. Esta adaptación dependerá de la actividad que ahora suple al trabajo, que les satisfaga y “realice” más o menos. Es curioso que los mayores de mejor extracto social manifiestan a veces un discurso de rechazo (extremo) pero también de deseo (en el otro polo), debido a lo que venimos comentando: actitudes positivas hacia el trabajo unido a una mayor expectativa y posibilidad

de actividades. También en el caso de los prejubilados hemos encontrado estos **discursos híbridos y oscilantes** tanto hacia el rechazo como hacia la jubilación como posibilidad. Genéricamente, observamos en los mayores de mejores niveles que nada les satisface ya tanto como trabajar. El apego al trabajo y a la empresa era tal hasta el punto de decir que:

“...he querido a la empresa con locura, hay mucha gente que de ella reniega pero yo he dicho que no porque a mí la empresa me ha dado de comer, me ha criado a mis 5 hijos y estoy a la empresa muy agradecido. Hay gente aquí que siempre está cabreada. Porque dicen que a ellos les han hecho..., pero a mí al revés, yo al revés, estoy a la empresa agradecidísimo porque me han criado a mis 5 hijos que ya es bastante...” (EM8:6)

“...era conocidísimo; entraba y hablaba (...) aunque se tienen muchas ganas de jubilarse, después, cuando uno se marcha después de tantos años trabajando, pues yo echaba en falta mi trabajo, mi mesa, mi mesa, esa mesa que tanto conoces, que has estado mucho tiempo allí, en el mismo sitio..., y mi gente, el café de abajo, el portero que me abría, todas estas cosas yo las echaba de menos...” (EM12:2 y ver GD5:2-3: “...yo hubiese continuado algo porque yo ya estoy jubilado y he pedido continuar 5 años más...”)

Las expresiones más tajantes e insultantes que traslucen el rechazo a la jubilación y a esta etapa en general derivan de los de mayor estatus. Con sus palabras: la jubilación es una “putada”, los setenta años, el envejecer, más que la jubilación en sí. El hecho de que la jubilación sea en estas edades acaban por identificarla y aplicando el insulto a ambos procesos:

“...que no es broma lo que estoy diciendo, beber vino y considero que la jubilación... la jubilación no, los setenta años, es una putada (...). Ya pueden decir que yo escribo historias, que yo hago esto... todo eso es una putada, (...) uno no es tonto y se ve muy limitado y se ve muy fastidiado y sobre todo yo, que quisiera vivir otra vez, pues claro, estoy viendo que no...” (GD5:11)

El rechazo a la jubilación se denota claramente en sus declaraciones sobre la intención de haber continuado trabajando (que no sólo se encuentra en algunos prejubilados) más allá de la edad oficial.

“...He trabajado hasta los 70 años, me he tenido que venir aquí porque sino tendría que seguir, que si yendo al parto de una vaca, yendo a... porque la gente me apreciaba (...) ...Llevaba a casa rendido porque a lo mejor había atendido 5 partos (...) vaca, el perro y todos los bichos aquellos... Entonces sí echo de menos el trabajo. Mira, estuve 3 años de jubilado aún en Ferrol, pero como no podía dejar de trabajar, entonces se había muerto mi mujer... me vine aquí” (EM2:2)

“...y lo habéis dicho que... que en algunas cosas no me importaría trabajar dos horas, tres horas, en algo que a uno le guste (- Exacto), yo he dejado de trabajar por cuestión de salud, yo tuve una angina de pecho y tal y por lo tanto... después de jubilado, he estado dos años porque me encontraba muy a gusto... (...) aquello me entusiasmaba y todavía seguiría si es preciso, pero claro, siempre, teniendo la libertad como tenía de un horario que el que me lo mandaba era yo, claro, yo he sido, en ese aspecto, un poco privilegiado...” (GD5:6)

Son los mayores de estas profesiones más cualificadas los que defienden, coherentemente, **una edad de jubilación más tardía** que indican, a su vez, una actitud positiva hacia el trabajo y de rechazo hacia la jubilación como fin laboral. Dejan claro que todo ello dependerá del **tipo de trabajo** que se tenía, además de las actitudes hacia el mismo (véase apartado 8.2. sobre la “edad de jubilación”). Junto al rechazo de la jubilación por echar de menos el trabajo, el hecho de tener que permanecer en el hogar (espacio en el que no están acostumbrados a estar) también explica que nieguen la jubilación si ello supone “cerrazón”. El rechazo se vuelve rotundo si supone “ostracismo”, encerrarse en casa, hacer “de recadero” o cualquier otra actividad que “les manden” y les prive de la libertad y de estar en espacios públicos (empresa, bares, parques, clubes) que son los que prefieren.

“- (...) lo que no cambia en mí, es que yo siempre he sido poco casero; mi profesión, que siempre ha sido de estar por la calle y tal, pues yo en casa me cuesta... (...) acabamos de pasear, a las 5 a casa, pero no tengo la

felicidad completa, a mí me gusta estar por la calle. (- Es el ambiente que tú te has creado). Yo es que lo he hecho así toda la vida, tengo que estar en casa pues estoy pero yo estaría más a gusto en la calle... (GD8:9)
 - Yo también a la Asociación Musical Apolo, al Círculo Industrial y a la Filà.
 - Pues yo también a todo eso, pero a lo que más voy es a la Filà.
 (...) - Yo igual, pero procuro no quedarme mucho en casa ¿eh?
- A mí también me gusta salir por ahí. (GD8:10 ó ver GD5:12)

Se percibe una crítica directa a la infantilización de algunas políticas y medidas del gobierno. No quieren ser una “carga social” para el Estado y por ello piensan que aún podrían aportar algo a la sociedad. Se sienten “desaprovechados”, aún pueden ser útiles y capaces de aportar algo, aunque sea menos intensamente que cuando trabajaban. Pueden **aportar aún algo de su esfuerzo y tiempo**, se ven jóvenes para estar ya “retirados”. Esto puede considerarse, cuanto menos, como un indicador indirecto de hostilidad a la jubilación, como pasividad (véase GD5:16-17 ó capítulo 11). La insistencia en sus discursos de querer aportar algo más deja traslucir y esconde una baja autorrealización, baja satisfacción con lo que hacen, se sienten desvalorizados. Del principio a fin, sobre todo los jubilados del GD5 (Estatus alto, Málaga) empiezan el discurso y lo acaban reivindicando una mayor participación de los mayores, un papel social más reconocido (ver GD5:26 y 29, p.e.). Sin embargo, estos discursos no los encontramos en las voces de los jubilados/as de otros estratos cuyos discursos se encuentran en el eje “entre la aceptación y la liberación”.

“- ...¿los profesores eméritos que les llaman?, bueno pues nosotros deberíamos ser todos, cada uno en su tema ¿eh?, crear una estructura que pudiera absorber pues las distintas profesiones eméritos: profesores eméritos, funcionarios eméritos, agentes eméritos...unos irían, otros no les apetecería... en condiciones especiales, en condiciones especiales, (...) nada de trabajar ocho horas, pero sí dar unas charlas...
 - Sí, que se aprovecharan de tu experiencia...
 - ¡Claro!, que se aprovecharan en cierta manera del que tuviera experiencia y otros no la tendrían, es decir porque no hay nada general...” (GD5:26 y ver 29 ó ver GD5:16: “...No se está aprovechando la experiencia que se tiene en todos los sentidos de la vida (...cantidad de cosas que los viejos podrían hacer...)”)

El discurso de los prejubilados mineros es de los más críticos de nuestro estudio. Las prejubilaciones tal como están planteadas no generan puestos de trabajo. Además se prejubiliza y jubila demasiado pronto: **cuando se es un experto, no se aprovecha su experiencia** (en esto coinciden con los mayores que tuvieron mejores trabajos). Las prejubilaciones se plantearon como una solución política-laboral, sin embargo no está siendo así (GD6:19). Critican la falta de formación y de previsión que lleva a continuos accidentes debido a las imprudencias y a la escasa profesionalidad (ver GD6:19-20).

Algunos de los jubilados de mejor posición socio-económica se muestran tanto insatisfechos ante la jubilación como ante el trabajo pasado: se consideran una generación desgraciada, o tal como ellos dicen “a contratiempo”: *“nos ha pillado todo con el paso cambiado”*. Son más conscientes y críticos que otros mayores cuyos discursos son más conformistas, resignados. La percepción de ser “generación mala”, como si de una cosecha se tratara, es un discurso común en los mayores de nuestro estudio (véase capítulo 7). Destaca, de nuevo, la centralidad del trabajo y no del ocio. Los de mayor estatus se muestran críticos ante la sociedad juvenilista en la que no encajan: la sociedad está poco preparada para jubilación, para envejecer, para el ocio.

“...futuro no tienes porque la sociedad te lo ha metido en la cabeza y te han dicho: “A los sesenta y cinco años estás libre, estás libre...” y esto es un... y claro tú no te ves futuro, claro, no te ves futuro. La generación nuestra, además, en España concretamente, ha sido una generación muy mala la de la edad nuestra, hemos ido todos con el paso cambiado (...- Malísima, malísima) todo con el paso cambiado y la jubilación nos ha venido con el paso cambiado, no hay una estructura social adecuada para que un jubilado no se sienta totalmente sin hacer nada, no existe, eso no existe (...) no estoy satisfecho de la jubilación, ni estuve satisfecho del trabajo tampoco, en ninguna parte....

(...)- Por ese motivo, ¿no?, porque ahora te ves que no encajas en ningún sitio, no encajas...” (GD5:4-5 y ver GD8:2: “...es un salto muy grande de estar en activo, resolver los problemas que tienes, y después de repente, llegas a los 65 años y “señor, usted ya no es útil”...”)

El rechazo a la jubilación puede deberse a un rechazo más general al verse desconectados de la sociedad por no trabajar. Dicen que no encajan ni con jóvenes ni con mayores. Ello nos está indicando una clara desadaptación o al menos crítica a la falta de conexión intergeneracional. Se produce un debate (GD5:13-14, GD5:20) sobre si están o no desadaptados y desconectados (¿o los desconectan?) de la sociedad actual (véase epígrafe 9.5. y capítulo 10). Atribuyen la responsabilidad de esta situación al ente abstracto como es “el sistema de jubilaciones actual” o, también, al gobierno, las empresas, la sociedad general como responsables de estas situaciones injustas. Vemos como uno de los pre-jubilados denuncia la desconexión “empresas-trabajador después de la jubilación”. Aunque cada vez se organizan más asociaciones “para” y en pro de los mayores, las empresas, los departamentos de Recursos Humanos, siguen desvinculados de este tipo de iniciativas y “olvidan” a sus “Recursos Humanos” una vez jubilados (véase epígrafe 9.3. y 9.5.2.). Esto se añade a la desconexión social general que otros prejubilados y jubilados (GD6, GD8, GD5, EM10, EM3) manifiestan y hemos comentado. Esta pérdida relacional de los compañeros de trabajo (o la emancipación y partida de los hijos) puede desembocar en **soledad**, sobre todo en grandes urbes pero también en las zonas rurales “abandonadas” por los jóvenes, más de lo que a priori se puede pensar (véase 9.1.7.). En cualquier caso, la soledad es destacada como uno de los efectos de la jubilación, que no hace más que acentuar el rechazo hacia la misma. El tema de la soledad, incluso entre los que tienen pareja, hijos/nietos..., está indicando una “desconexión” y difícil adaptación (Ver 9.5., p.e. GD8: 12 y 13 ó GD5:13: “... yo veo a nuestra edad un fantasma que es la soledad”).

Los mayores de niveles favorecidos no querían jubilarse pero a largo plazo serán los que mejor podrán adaptarse al “no trabajo” si han cultivado otras actividades, si pueden cumplir sus expectativas/deseos, y porque además tienen más medios y recursos económicos. En estos mayores curiosamente predomina un discurso de rechazo pero junto a una hostilidad también son capaces de ver la jubilación como oportunidad (en el otro extremo del eje valorativo). Sin embargo, la tónica dominante es la sensación de vacío y un discurso conformista, resignado, pero una como *retiro* más que como *júbilo* :

“- Pero sin embargo me anunciaban eso antes de retirarme y no quería retirarme “ché, no, yo me encuentro bien ¿por qué me tengo que retirar?”, pero también para retirarte te dan tan buenas condiciones y demás dices “ché, pues es una lástima... se tiene que aceptar la cosa”.

- Pero si es que claro es que yo jubilado siempre pienso que es domingo ahora, porque antes trabajábamos ¿no? lo único es que ¡no nos sentamos!, me levanto, yo mismo me levanto mi mujer enseguida “¡ve a por el pan!” (...), es para lo que sirvo ahora, es la verdad, a por el pan, a por la niña, todo eso (- La mayoría), pero todos los días son iguales” (GD8:5 o GD8:18: “...te limitas a tu entorno.. (...) ¡Ya no estamos para nada!...”)

“- Sí, nos hemos deshumanizado todo, (...) la humanidad no existe...

- Te jubilas, cobras y te callas (- Exacto); Esa es la política que hay “toma, coge y ¡hala!”...” (GD5:30)

“- El mayor es algo que estorba, es una persona que...

- Es que ha pasado ya (...) un número, un número....

- No, porque no, porque no produce nada...

- Pues por eso digo, ya eres un jubilado y eres un número, ¿no comprendes? (...) eres el trescientos veintiocho y que cobras veinte duros y se acabó...” (GD5:31)

8.4.5. Jubilación femenina: aceptación de las jubiladas y “jubilación inexistente” de las amas de casa

Ya parece un tópico decir que “las mujeres no se jubilan nunca”, o que ellas “se adaptan mejor que los hombres”. Hasta el momento muchos estudios han resuelto de un plumazo la jubilación femenina con conclusiones de este tipo. Pero la cuestión va más allá. Cada vez hay más mujeres que trabajan fuera del hogar y por tanto se jubilan. Ello tendrá consecuencias positivas y negativas, pues la sobrecarga que generalmente sufren para compatibilizar trabajo y ama de casa puede liberarse en la jubilación. Sin embargo, si las mujeres se han centrado en su trabajo la jubilación (que suele ser sinónimo de re-incorporación al hogar) puede suponer una crisis como a los varones o, si cabe, mayor.

Aunque a lo largo de este estudio se van intercalando los análisis intergénero, vamos a recalcar ahora las diferencias por género notables en relación al tránsito a la jubilación. Cuando nos centramos en las mujeres, sin embargo, las tipologías mencionadas aún nos resultan algo más “incompletas” para describir las diferentes respuestas ante la jubilación. No es frecuente observar entre las mujeres una actitud que pueda calificarse de pasiva. El hecho de que las jubiladas sigan realizando el trabajo no remunerado dentro del hogar es el principal motivo por el que no podemos generalizar el perfil de la “señora de la mecedora” a todas las mayores, aunque si hemos encontrado esta actitud de pasividad y desánimo en algunas mayores entrevistadas (EM6, EM16, EM17), que coincide que son mayores más delicadas de salud, con un entorno social reducido o inexistente -viudas-, en hábitats urbanos y que han cumplido ya los 75.

Para la mayoría de las mujeres, la jubilación no supone un cambio tan brusco en las actividades como en el caso de los hombres, ya que las demandas asociadas al rol de ama de casa siguen estructurando la mayor parte del tiempo cotidiano. Para describir la respuesta de las mujeres ante la jubilación hacen falta, por tanto, categorías que den cuenta de la forma en que se asume el desempeño exclusivo del rol de ama de casa³³. La vivencia de la jubilación en la mujer es, como ya se ha señalado, más compleja porque su trayectoria laboral no ha sido tan lineal y continua como la de ellos. Las mujeres que han trabajado en el mercado laboral han seguido realizando las tareas del hogar y eso produce que (aunque su rol central haya sido su profesión) el hogar del que salieron puede servirles (aunque no siempre, y menos en las mujeres trabajadoras futuras) de “colchón”³⁴.

Para la mayoría de las mujeres, la jubilación no supone un cese de la actividad económica sino un cambio del tipo de actividades. Las mujeres que han trabajado fuera de casa abandonan sólo uno de los múltiples roles que han desempeñado de forma simultánea a lo largo de su trayectoria vital, pero conservan todos los demás, englobados bajo el rol múltiple de ama de casa. La actitud de las mujeres ante la jubilación debe ser contemplada, por tanto, desde la perspectiva de su actitud ante el rol de ama de casa (ver 9.3.2.). En el estudio de Agulló y Garrido citado nos encontramos con varias reacciones ante la jubilación por parte de las mujeres trabajadoras. Pero antes de sacar conclusiones, veamos otras posturas percibidas desde esta tesis en relación a las mujeres. Sólo apuntillar que la jubilación y el envejecimiento no se trata de un fenómeno neutral, ni un acontecimiento hacia el que se pueda permanecer impasible. Pero, de entrada, hemos de resaltar que no se obtienen discursos tan numerosos sobre la jubilación desde las mujeres y tampoco desde los GD mixtos, sino que las conversaciones derivaron más hacia otros temas como las preocupaciones futuras, los hijos, la familia, la educación, el

³³ A partir de esta idea proponemos, sin pretender ser exhaustivos, siguiendo a Agulló y Garrido (1996, 1997a) los siguientes “otros” tipos (adoptando la concepción weberiana, abierta y flexible de “tipo ideal”) de transición a la jubilación y envejecimiento aplicable a las mujeres mayores, que aquí sólo mencionaremos: *jubilación corporal o fisiológica, jubilación filial, jubilación de la pareja, ama de casa mayor, jubilación laboral, jubilada hiperactiva o sobrecargada, jubilada madura, jubilación psicológica, jubilación social y última etapa.*

³⁴ El volver a realizar las tareas del hogar, sobre todo para las mujeres de niveles favorecidos, puede ser fuente de frustraciones en las que se reincide y les recuerda la limitación de posibilidades que el trabajar en el hogar supone. Muchas se sienten atadas, con estrés, y con mayores problemas en el hogar que cuando trabajaban, fundamentalmente en las mujeres de clase media-alta donde la identificación con el rol de ama de casa es secundario (véase Agulló y Garrido, 1996).

duro pasado laboral. Resulta comprensible, no en vano, que la jubilación sea un tema central en los varones jubilados más que en las mujeres, aunque sean jubiladas. Si todos los jubilados son conscientes del tránsito a esta etapa cuando dejan de trabajar, no ocurre así en las mujeres. Las jubiladas sí que perciben este fin del trabajo remunerado, pero las amas de casa no lo perciben en el sentido estricto del término pero sí en cuanto que ven la “jubilación” como algo imposible porque el trabajo doméstico “no se considera trabajo”. Su discurso es de protesta ante esa jubilación que para ellas “nunca llega”. Diferenciamos estos discursos en las mayores: el de las trabajadoras jubiladas y el de las amas de casa.

Los discursos de las jubiladas oscilan entre **la liberación del trabajo pasado y la aceptación de la jubilación**. Al menos se distinguen dos tipos de discursos femeninos. Recordemos que las de mayor estatus manifestaban un mayor rechazo a la jubilación, pero las actitudes más generales son de liberación por parte de las mujeres de estatus medio y bajo, que son la mayoría. Se trata de una liberación del papel de trabajadora, pues del rol de ama de casa “no se jubila nunca”. Predomina el discurso de liberación porque recordemos que las actitudes hacia el trabajo (derivadas de las condiciones laborales) de las mujeres de capas sociales más bajas eran bastante negativas, y de ahí se derivará el deseo de alcanzar la jubilación. Las diferencias por género son claramente observables y además, tanto ellos como ellas reconocen que hay formas distintas de vivir la jubilación en relación al sexo:

“...el hombre al jubilarle, ahí se cortó su vida (...) muchos pero muchísimos (H.- Sí hay), porque yo tengo muchos compañeros y yo le digo, “pero es que ¿no encuentras otro aliciente? A mí no me hables más de la fábrica, yo ya me he jubilado, yo no quiero saber nada de la fábrica...”, “¿por qué tienes obsesión en la fábrica?, ¿por qué no te vas a un este de jubilados o ayudas a... que hace falta mucha gente?, (...) “que eres un hombre que estás fuerte y todavía puedes, ¿por qué?”... “¡ah! yo ya me he jubilado, ya he trabajado, ya me he jubilado”, pero ¡eso no!, eso yo lo veo que eso no es así y ya le digo (...) y no y “si allí llega y se sienta y no v ‘me voy al bar a tomar una copita’”, y así muchos...”

M.- Yo pienso que el hombre se ha jubilado y ahí se ha acabado todo.

H.- Hay parte de hombres que se han jubilado para no hacer nada y ¡qué le vamos a hacer!, pero hay parte de hombres que se han jubilado y se han puesto a trabajar...” (GD3:20)

Establecidas las diferencias básicas por estatus veamos el discurso predominante sobre “liberación” (y aceptación, más que deseo) de las jubiladas de nuestro estudio. Algunas, pero de forma menos destacada que los jubilados (véase apartado 8.4.3.) incluso perciben esta etapa como “oportunidad”, como posibilidad (posición discursiva más positiva en aquel eje imaginario que habíamos perfilado) de realizar otras actividades y de disfrutar, o al menos descansar, algo más que en su pasado. El predominio del discurso de liberación del cansancio, sensación de “haber cumplido ya” una “misión”, queda patente en sus voces:

“...ahora va me costaba mucho..., este último año que he estado ya se me hacía muy cuesta arriba, yo ya notaba que éste brazo no lo tenía bien porque me dolía... (EM4:1) ..porque tuve un problema con este hombro, estuve haciendo mucha rehabilitación y todo, ya me costaba mucho, y dije “ahora va si que necesito jubilarme”, por eso, porque ya no trabajaba como antes (...) no podía trabajar como entonces y ya decía: “ahora necesito jubilarme”, eso sí que, de verdad, ya lo estaba deseando” (EM4:2) ...pienso que he cumplido una misión, que he podido trabajar hasta los 65, desde que empecé...” (EM4:10)

“- Yo estoy contenta de haberme retirado (- Yo también) porque he peleado mucho con toda la gente, pero que a última hora ya estaba cansada, las cuentas ya no me salían... Quería contar, contar (...)

- Sí, sí, la persona tiene gananas de descansar.

- Estamos muy contentos de estar retiradas ¡mucho!” (GD9:2 y ver GD9:3 o ver EM1819:2; “...tenía que estar de corredora de un sitio a otro, entonces las prisas... y ahora la jubilación pues eso, se ha serenado. Y lo malo de la jubilación es que tienes que tener los años que tiene que ser. Lo bueno hubiera sido 10 ó 12 años antes, es cuando se puede disfrutar.” (EM1819:2)

Sólo una tercera parte de las mujeres mayores son “jubiladas” en cuanto que tienen pensión propia, pero ello no implica que sólo hayan trabajado remuneradamente este 35% de mujeres. La realidad de nuestro estudio (recordemos que siempre sería mejor decir *representaciones de la realidad*, más bien), y la realidad más general (comprobada en otras investigaciones) nos demuestra que las mayores han trabajado de forma remunerada pero sin contrato por lo que ahora no perciben pensión propia. Son consideradas oficialmente “amas de casa” cuando deberían ser “jubiladas”. Puede comprobarse como choca la autoidentificación como amas de casa que en verdad podrían ser jubiladas porque han trabajado. Esta confusión se ha manifestado desde la selección de nuestras participantes (autodenominadas algunas amas de casa y luego manifestaban haber “trabajado algo”) hasta el final de los análisis (no ocurre así con las de mayor estatus que se han identificado prioritariamente con su papel de trabajadoras y luego de jubiladas, no como amas de casa) (véase capítulo 10). Parece curiosa la tendencia femenina a considerarse “jubiladas” por el hecho de cobrar la pensión de jubilación o viudedad del esposo (Bazo, 1990:96-97), situación contrastada también en otros estudios. Su percepción proviene en muchos casos del hecho de cobrar la pensión o de sobrepasar la edad de jubilación; no de su propio trabajo (la mayor parte han sido amas de casa), lo cual es indicativo de la dependencia del estatus del marido hasta el final de sus días. Pero no se trata de un embrollo conceptual propio de nuestro estudio sino de la dificultad de separar a las mujeres mayores de nivel medio y bajo en “amas de casa” y “jubiladas” porque muchas han desempeñado ambos roles. **Unas se declaran amas de casa y han trabajado, otras se declaran “jubiladas” y han sido amas de casa.** La confusión está servida pero eso no impide, aunque sí dificulta, distinguir y analizar los distintos discursos. Las jubiladas, de todas maneras, aunque han vivido el tránsito a la jubilación tampoco tienen un discurso muy estructurado y claro en torno a la misma porque obviamente su transición a la pasividad no se da tajantemente: siguen siendo amas de casa, colaborando, y el paso abrupto al tiempo libre y liberado no es vivido como los hombres.

“- Yo ninguno porque sigo haciendo lo mismo, hago la misma vida, porque como estoy ayudando en casa, pues mira, y soy feliz también así, ayudando a mi hermana en el comercio... (...)”
 - Si es que los hombres sí que están bien pero nosotras... ¡igual que antes!
 - ¡O peor! porque...” (GD9:7)

Las referencias sobre la continuidad en el trabajo doméstico son, como decimos, muy numerosas (véase apartado 9.3.). En cualquier caso sus actitudes hacia la jubilación son positivas: no echan de menos el trabajo (en concreto las pésimas condiciones) pero sí las **relaciones y la mayor valorización** que tenían incluso en trabajos poco cualificados. Reconocen que al menos su trabajo extradoméstico tenía una determinada valoración “monetaria” y consideración social, aunque mínima, frente a la desconsideración del papel de ama de casa que ahora retoman como rol principal en sus vidas. Las mismas jubiladas distinguen sus actitudes de las de las amas de casa a las que perciben como más conformistas y pasivas en algunas de sus actividades.

“...cuando me quedé así tan parada, lo echaba de menos, el hablar con ellas (...) íbamos juntas y nos llevábamos muy bien oye y hablábamos y luego bajábamos a tomar un café si era preciso...” (EM4:2) Necesitábamos pues hablar, porque yo aquí, en mi casa, hablo poco y allí con las compañeras sí hablaba, a la salida...” (EM4:3; o ver EM1819:8: “...me jubilé y la verdad es que no me volví a acordar, no me preocupó más mi trabajo ni la tienda y eso. Luego seguimos yendo a Lumbrerales y las personas, las clientas que yo tenía en la tienda pues se alegran de verme y yo me alegro mucho de verlas a ellas. Charlamos, yo las saludo y ellas se van contentísimas...” o ver GD2:3: “...las que hemos trabajado antes tenemos que hacer algo, tenemos que... que... que no podemos estar en casa, nos falta algo, salir, ir a un sitio, ir a otro...”)

Otras rechazan la jubilación como pasividad y fin de relaciones sociales; procuran no estar solas, huyen de estar encerradas en casa, se buscan otras actividades y relaciones extradomésticas... Identifican la pasividad, la jubilación laboral con “ser mayor”. Para muchas de estas mujeres la jubilación ha supuesto un “fin” (desde este punto de vista la rechazan) pero también la “oportunidad” de realizar otras actividades que antes no habían hecho: ocio, disfrutar, relacionarse, etc.

“...has estado trabajando, terminas de... de... te jubilas...pues... es que se te cae... aunque tengas que hacer lo de la casa... yo, la casa lo mismo que.. en donde me dejo las tijeras, allí las encuentro, allí nadie me toca, pues todo el día metida en casa te aburres y así, de esa manera: “¡Uy, me tengo que ir a este sitio!, me tengo que levantar a esta hora, voy a hacer esto, voy a hacer lo otro”, ya tienes... ya estás. Pero la persona que no ha trabajado... tranquila en casa, lo mismo... o sea que no echa nada en falta. Nosotras que hemos trabajado fuera, sí (...) Teníamos esa actividad, yo por ejemplo me levantaba a las cinco de la mañana, cogía el coche de las seis, me iba a trabajar a Madrid, luego volvía, pues por la tarde ya tenía que hacer las cosas, pero ya había estado toda la mañana ocupada.” (GD2:17 y ver GD2:23)

El nivel de pensiones y otros medios disponibles (relaciones, salud, p.e.) también incide sobre un discurso de mayor o menor hostilidad a la jubilación. En relación a los ingresos muchas de las mujeres tienen un discurso de **conformidad** exagerado (más las amas de casa y en zonas rurales) en relación a los ínfimos niveles de las mismas. Aunque alguna destaca la seguridad económica que entraña percibir una pensión (aunque sea mínima), la mayoría reflejan un **discurso de protesta** (más las trabajadoras y en zonas urbanas) en relación a las bajas pensiones y el mínimo poder adquisitivo que ellas tienen (véase capítulo 8). Sobre todo observamos en las fichas técnicas de las participantes las pensiones risibles de la mayor parte de las viudas (las de las jubiladas son “algo” más elevadas), como percibimos de sus discursos que resaltaban la realización de actividades “en plan baratito” (GD2:14) o el deseo de seguir trabajando para ganar algo más (GD7). El llegar a fin de mes se convierte para algunas en un jeroglífico, un puzzle, un dilema difícil de resolver (ver GD2:7, GD9 ó discursos femeninos de GD7, GD3, p.e.).

Las actitudes hacia la jubilación son ambiguas, de rechazo o aceptación según el aspecto que consideremos. Parece que **no tiene un discurso tan definido** como los hombres sobre la jubilación. Siguen sintiendo la misma consideración (¿desconsideración?) social como mujeres mayores. Pero, al contrario de lo que podíamos pensar las mujeres tienen un discurso más allá de familia, pero eso sólo las que han trabajado fuera del hogar no así las amas de casa. Se trata de unos discursos complejos, referidos más bien al proceso de envejecimiento que a la jubilación:

- por una parte, parecen **satisfechas** y muestran unos discursos positivos hacia esta etapa en comparación con su pasado tan represor y limitado (liberación “tardía” pero liberación);
- pero por otra parte, sienten **frustración** (“demasiado tarde para...”) por no poder hacer más cosas por culpa de ese pasado y de la subordinación que han soportado (actitud negativa en comparación con la situación actual de las mujeres y otros mayores). Se sienten tan desvalorizadas como siempre. Aún hoy se siguen sintiendo “inferiores”, acomplejadas. Es un discurso más contestatario (más en zonas urbanas).
- además, otra actitud es la de **resignación, conformismo**, aceptación, cuando comparan la situación pasada, la actual y “lo que hubiese podido haber sido y no fue”. Piensan que no han completado sus deseos... pero se conforman y resignan con la “liviana” libertad que ahora han alcanzado (liviana porque la pensión es baja, su salud más deteriorada, están más solas, menor preparación, etc.; su situación es objetivamente peor).

Según tomemos unos discursos u otros las actitudes son positivas o negativas. Unas **más o menos liberadas, otras más sobrecargadas**, pero son opiniones ambiguas, abarcando ese *continuum* imaginario sobre el que estamos situando los discursos. Las

jubiladas están contentas de haberse jubilado pero comentan que “no saben” estar paradas. Se ve clara la **centralidad de la actividad**. Son muy activas aunque sea con labores del hogar. Pero no lo son todas: otras dicen que procuran hacer lo mínimo “cuando pueden”: *¡ya he trabajado bastante!... “ya he cumplido”... (EM4:10)*. Ahora quieren disfrutar y otorgan a la jubilación un significado más positivo: posibilidad de ocio, de descanso, de relación...

Recordemos que en los ámbitos rurales e intermedios, muchos mayores (no sólo las mujeres) continúan trabajando aunque se hayan jubilado. En los discursos rurales el tránsito a la jubilación no es tan brusco como en las zonas urbanas, y por eso las actitudes hacia la misma no son de rechazo, sino de aceptación y liberación de “alguna parte” del trabajo. La jubilación parece una situación ideal: supone cobrar una pensión (que otorga seguridad) y seguir trabajando “en lo que se pueda”. En las **mujeres mayores de las zonas rurales** y de estas profesiones encontramos que siguen yendo a trabajar ayudando a sus hijos, marido o para complementar su baja pensión (véase apartado 9.3.1.). Pero en ellas se añade un matiz interesante: oficialmente muchas aparecen como “amas de casa” cuando en realidad siempre han trabajado, y aún continúan trabajando. Podemos decir que “nunca se jubilarán” por tres circunstancias que en los hombres no se observan:

- 1) Nunca han trabajado oficialmente, han sido consideradas “amas de casa”.
- 2) Nunca han cotizado (aún habiendo trabajado), por lo que nunca serán “jubiladas” percibiendo pensión propia.
- 3) Siguen trabajado del mismo modo: extraoficialmente.

Por tanto, **la jubilación es inexistente** para las amas de casa. Pero, aunque las amas de casa no tienen discursos sobre “su” experiencia de la jubilación, sí evocan unos discursos en relación a la jubilación del marido (como “jubilada consorte”), de algún familiar o de alguien de su entorno. Recordemos que la jubilación no es una vivencia sólo personal e individual sino psicosociológica. Por tanto, no hemos encontrado discursos “neutrales” sobre la jubilación (porque a todos afecta), pero sí podemos decir que unos mayores permanecen más indemnes que otros ante la jubilación: las amas de casa, obviamente, son las que menos hablan porque les afecta menos directamente. Pero ello no las exime de los efectos de la jubilación de su pareja y entorno. La jubilación no es indiferente ni para las que no han trabajado remuneradamente. Ellos mismos reconocen los efectos que puede tener sobre el matrimonio, la pareja (ver p.e. GD3:40).

Como veremos más ampliamente en el capítulo 9.3.2., las mujeres mayores tienen diferentes tipos de discurso respecto al papel de amas de casa: de queja, de aceptación, o ambigüedad. Algunas son conscientes del **papel de ama de casa “eterno”**; otras se resignan más, no protestan. Pero, en general, se puede decir que las amas de casa tienen un discurso más conformista y resignado. Queda bastante claro que no protestan tanto del papel del ama de casa como de la **desvalorización** del mismo, del cansancio, del poco apoyo en las tareas por parte de sus parejas e hijos/as, de la soledad, del miedo futuro... Pero esta idea la comparten tanto amas de casa como las trabajadoras -que suelen ser amas de casa al mismo tiempo-.

“- El trabajo de la mujer es una rutina, que lo mismo da que sea principio de la semana que a finales porque el trabajo, el cocinar, el día a día, es todos los días lo mismo, desde que te levantas por la mañana hasta la noche.

(...)- No varía mucho...

- Yo, siempre igual, a cocinar, a frejar, a limpiar, y todos los días igual. (...)

- “De casa Fas, a casa Caifás”.

- Es siempre la misma rutina, hija, es una vida muy muy...” (GD9:4)

A pesar de las críticas a su pasado, de su situación precaria y “límite” en las **más activas...** sus discursos suelen ser más positivos. Y a la inversa, el discurso más positivo en

las mujeres suelen encontrarse en las que están más activas (y las de estatus más alto, como veíamos en Agulló y Garrido, 1996). Las amas de casa más pasivas centran su discursos en el hogar y familia. Pero no todas las amas de casa: las que son más activas (salen más, van al Hogar...) tienen un discurso más amplio. Pero éstas, hoy por hoy, no son la generalidad.

Muchas aprecian sus vivencias actuales en relación a su pasado algo “vacío” y siempre unido al ser “amas de casa”. Destacan que ahora están viviendo una liberación (pensemos en la actitudes más renovadoras de “liberación” respecto a la menopausia...), aunque sea tardía, de su pasado reprimido. Se encuentran mejor respecto a su pasado. Pero en comparación con la situación actual de mayores y mujeres más jóvenes reconocen que su situación económica es pésima, les amenaza el problema de la soledad, el sentimiento de “frustración” de expectativas al esperar a disfrutar con su marido y no conseguirlo, bien por haber enviudado bien por otros motivos. Todo ello produce que su **identidad esté mermada**, que sigan siendo dependientes, y que no encuentren un papel importante por el que vivir. Esta idea puede resumirse con sus propias palabras “¿qué pinto ahora?... ¿Qué he pintado yo?” (GD2:20, ver capítulo 7). En boca de estas mujeres hemos encontrado los discursos más negativos y más temerosos. Si pudiéramos establecer el **perfil del discurso más negativo**, lo encontraríamos en nuestro estudio en las amas de casa, viudas, con baja pensión, de zonas urbanas o megaurbanas, de estatus bajo, con un entorno relacional/familiar limitado (soledad), de más edad y salud deteriorada. Pero recordemos que no se refieren a la jubilación sino a esta etapa en general hacia la que todos los mayores tienen discursos más pesimistas.

La discursividad femenina, aunque aprecia los avances de la mujer al que ellas han llegado tarde (pero del que al menos están disfrutando un poco), está teñida de temor y miedo (a perder la poca pensión, a ser ingresadas en residencias, a la soledad, p.e.). Aunque ahora algunas estén intentando “recuperar el tiempo perdido”, en general son las que se autodefinen como más “desgraciadas”. Se percibe esta etapa como el “fin”, el “último trecho” en la vida... Además, el manifestar que no tienen nada que decir, es una misma señal de esta desvalorización femenina que estamos comentando.

“- Nosotros ya tenemos la carrera hecha...

- Ya vamos para abajo, cuesta abajo...

- Es que ya es el final, hija, el final ¿qué vamos a esperar?” (GD2:32)

“- Es que la vida nuestra es tan sencilla que no sabemos qué decir

- Como ves aunque somos viejas... no paramos ¿eh?... el día que paremos ¡mal asunto!...” (GD9:16)

De todas maneras, tanto mujeres como hombres siguen pensando que las mujeres “soportan” mejor esta etapa porque el papel de “ama de casa” las protege de la pasividad. Pero sobre esto no hay acuerdo, pues algunas piensan que los hombres llevan peor la jubilación; pero al mismo tiempo están más libres que ellas. Hay un claro debate sobre quién lleva mejor la vivencia de la jubilación. Lo que si podemos decir es que aparte del género hay que considerar otros **factores**: actividad, salud, ingresos, mayor esperanza de vida (más posibilidad de quedar viudas), etc. Pero, insistimos: el género marca una determinada actividad, unos menores ingresos, una circunstancia familiar y unas responsabilidades concretas.

“M- (...) te tiene atada de pies y manos y eso... El hombre pues se hacen amigos, se van a jugar a la petanca o hacen partidas de dominó, lo que sea, ellos están más... no sé...

M.- Más libres

M.-... no, están peor que nosotras...

H.- no, pero...

H.- No, oiga, no, peor no, yo estoy alegre con esto, ¿eh?

(...)M.- ... Eso es que el hombre se aclimata más a decir... -ahí no hay reglas sin excepción ¿eh?- “pues yo ya soy mayor, pues yo ahora salgo con el compañero y hecho una partidita, le traigo a la mujer el pan y”... la mujer no, yo al menos creo que la mujer no, porque conozco a varias compañeras y eso, y todas buscan otra actividad. salen de la fábrica o salen de sus trabajos y buscan o bien lo que aquí la señora, por la iglesia, por lo que sea se busca...yo tengo...” (GD3:14-15)

Como hemos visto, son las amas de casa las destinadas a soportar también la vivencia del “nido vacío” al partir los hijos, que habían sido el centro de su identidad como madre y cuidadora. Esta situación podría tener un paralelismo con la jubilación laboral, desde el momento en que sienten igualmente una “pérdida de identidad” y vacío en sus vidas. Sin embargo, la partida de los hijos para otras puede ser, también, una “liberación” de responsabilidades... Podemos cerrar este apartado diciendo que son las amas de casa mayores, las que están solas y tienen menos recursos, junto a una mayor esperanza de vida, las que presentan una de las situaciones más problemáticas cara a un posible futuro de “dependencia y soledad”. No sólo las mujeres tendrán que hacerse conscientes de su problemática sino que a todo el sistema político-social atañe conocer esta realidad que las mayores representan.

En general, las mujeres mayores manifiestan un claro rechazo no a la jubilación sino a otro tipo de problemas que coinciden en el entorno de la jubilación: soledad, partida de los hijos, falta de apoyo, disminución de ingresos y relaciones, etc. Como vemos algunas se sienten peor ahora que antes, pero no por la jubilación sino por otras circunstancias que las hace percibirse “desgraciadas” y sobrecargadas (superposición de roles que en los varones no se observa), y además “sin reconocimiento de esta labor”. Las mujeres con mayores obligaciones familiares en estas edades obviamente tendrán actitudes negativas a la jubilación laboral, pero en realidad están **rechazando los problemas que esta etapa conlleva.**

CAPITULO 9: ACTIVIDADES Y OCUPACIÓN DEL TIEMPO DE LOS MAYORES EN LA ACTUALIDAD: TIEMPOS, TIPOS, DIMENSIONES, SIGNIFICADOS

“La vida no consiste en otra cosa que
en el repertorio de nuestros haceres” (Ortega y Gasset)
“Una vida inactiva es una vejez prematura” (Goethe)

INTRODUCCIÓN: ¿Trabajo y actividad *versus* jubilación y vejez?

En este capítulo se intenta dar respuesta a los siguientes interrogantes: ¿a qué se dedican las personas mayores: actividades de ocio, de relación social, remuneradas? ¿qué significados y actitudes muestran hacia las actividades? ¿es central la realización de actividades o predomina la pasividad? ¿Existen diferencias discursivas intergénero, por estatus socio-económico o según su pasado laboral? De entrada, nuestro objeto de estudio puede parecer paradójico, pues estamos tratando “la actividad” de una parte de la “población inactiva”. Al optar por este objeto de estudio estamos denunciando, al mismo tiempo, el concepto homogeneizador de “inactividad” que se atribuye a esta etapa. Pero no es cuestión de dejarse llevar por el “deber ser”, el ideal de “mayor activo”, pues como comprobaremos, no todos los mayores son *activos*. De hecho, la pasividad es común en estas edades. Ello puede entenderse si retomamos las actitudes negativas hacia el trabajo, la necesidad de jubilarse para descansar. En cierto modo puede justificarse esa mayor pasividad porque ellos consideran que “ya han trabajado demasiado” y “se merecen” un descanso, ocio pasivo, ocio activo o lo que prefieran realizar.

Hoy valoran la capacidad de elección, la libertad “una vez por todas” de poder elegir qué, cómo y con quién hacer tal actividad. Entonces nos preguntamos ¿con qué autoridad podemos llamarles “pasivos” después de conocer su dura trayectoria laboral pasada y no respetar “su derecho al descanso” si muchos así lo prefieren? ¿por qué tiende a equipararse el criterio de utilidad, productividad (e incluso satisfacción) con determinadas actividades y no con otras? Antes de avanzar en el análisis recordemos el concepto de actividad aquí utilizado. El significado que se otorga a *actividad* es más amplio que el utilizado en la EPA (INE), pues en las encuestas oficiales se considera *activa* a la persona que trabaja, busca trabajo o está en edad de trabajar (ocupados y parados)¹. Sin embargo nuestra concepción de actividad va más allá del trabajo remunerado oficial. Por tanto, partimos de la no consideración de los mayores como *población inactiva*, sino como personas que realizan actividades de diversa índole. No podemos considerarles activos según términos oficiales, pero tampoco podemos definirles como *población inactiva* porque su actividad es notablemente alta y su utilización del tiempo diversificada. Por ello podemos hablar de vejez activa y creativa sin ser productora o productiva en el sentido clásico. Es decir, la actividad se orienta hacia otras vías, que pueden ser diferentes (o similares, según las posibilidades y preferencias) a la productividad del ámbito laboral.

Para este estudio el sentido de actividad será el siguiente: cuando hablemos de “actividades” nos estamos refiriendo a las actividades que se realizan con cierto esfuerzo y dedicación (trabajo remunerado, no remunerado, actividades de ocio o en interacción social). Recordemos la diferenciación entre labor, trabajo y acción que ya la autora Arendt (1958/74) nos muestra en su obra “La condición humana”. Queremos retomar algunos puntos de este enfoque que adapta ideas de pensadores clásicos (Aristóteles, San Agustín, Kant, Locke, Marx, Smith, p.e.) a su reflexión profunda sobre el *animal laborans* y el *homo faber*, sobre “la labor de nuestro cuerpo y el trabajo de nuestras manos”, el trabajo improductivo o productivo, intelectual

¹ Literalmente, “activos” o “población económicamente activa”, según el Manual de Definiciones de la EPA (página web. INE.es), es “el conjunto de personas de 16 o más años, que en un periodo de referencia dado, suministran mano de obra para la producción de bienes y servicios económicos o que están disponibles y hacen gestiones para incorporarse a dicha producción”.

o manual (p.119 y ver 204 y ss, y 418, p.e.); en fin ofrece una disertación amplia sobre el trabajo-acción-actividad como condición humana básica².

Se excluyen, pues, de nuestro concepto de actividad adoptado las actividades consideradas "esenciales biológicamente". Es lo que la OCDE (1982), y varios autores denominan "*necesidades esenciales elementales*" (Setién, 1993:348). Ramos (1990, 1995) las denomina "*necesidades esenciales*" y las incluye dentro de las actividades expresivas. Fernández Ballesteros et al (1992). Montorio (1994) y otros las nombran como "*Actividades de la vida diaria*". Se trata de actividades básicas para cubrir las necesidades personales más fundamentales a nivel individual. Son actividades para satisfacer las necesidades biológicas (alimentarse, medicarse, descansar, dormir, reposo por enfermedad) y mantenerse de forma independiente. Se trata de actividades relacionadas con la higiene y aseo personal (baño, ducha, vestirse/desvestirse, peinarse, afeitarse, maquillarse) y orden de objetos personales, principalmente³.

En este estudio nos centramos en **actividades remuneradas, no remuneradas, actividades de ocio y de relación social**. Además, queremos recordar que el hecho de colocar la actividad como cuestión central en la vida de los mayores no es una cuestión gratuita ni caprichosa. Según varios estudios y encuestas lo que más preocupa a los mayores es la soledad, la enfermedad, pérdida de memoria, sentimiento de inutilidad y la dependencia, principalmente (véase página web, CIS, Estudio 2244, Barómetro Abril 1997). En coherencia con estas preocupaciones, manifiestan la "necesidad" de estar activos porque ello implica directamente que tienen salud, relaciones, independencia. Aunque los significados de las actividades son diversos, el denominador común es la centralidad de la actividad (sea cual sea) en cuanto que supone "no ser mayor", que se identifica con lo que ellos más valoran según las encuestas, investigaciones y según nuestro estudio (véase capítulos 10 y 11). La actividad (a veces desde fuera catalogada como "pasividad") es algo que ellos ponen en el centro de sus vidas no algo que nosotros queramos realzar indiscriminadamente. La actividad no es, pues, un tema periférico al tratar a los mayores, sino que es un claro indicador de su calidad de vida global; es trabajo y actividad *versus* jubilación y vejez.

En cualquier caso, lo que sí cambia, como estamos comprobando, es la importancia otorgada a las actividades, los significados: si el trabajo ha sido el *medio* central en sus vidas pasadas, ahora la actividad sigue siendo *medio y fin* central para seguir sintiéndose vivos, idea general que ya habíamos apuntado y que iremos constatando más adelante. Se identifica ser mayor con pasividad, dependencia, aislamiento. La contrapartida de "no envejecer" suele ser la actividad, permanecer activo: los factores que indican una mayor actividad serán el polo opuesto de los que definen el "ser mayor" (véase capítulo 10).

Pero en principio se nos planteó una duda relevante ¿cómo clasificar las actividades de los mayores para encajar nuestro estudio cualitativo con resultados y teorizaciones de otras investigaciones? Llegamos a la conclusión de que las actividades que ocupan el tiempo de los mayores pueden ser clasificadas desde distintos criterios según tomemos unas referencias u otras. Por ejemplo, podemos considerar las actividades según los siguientes factores:

² Para Arendt (1974:19), la vida activa se constituye por tres actividades humanas fundamentales: *labor*, *trabajo* y *acción*. Para esta autora *labor* es la actividad correspondiente al proceso biológico del cuerpo humano (...), *Trabajo* es la actividad que corresponde a lo no natural de la existencia del hombre (...) el trabajo proporciona un "artificial" mundo de cosas (...), la condición humana del trabajo es la mundanidad. La *acción*, única actividad que se da entre los hombres sin el intermedio de cosas o materia, corresponde a la condición humana de pluralidad... (ver también p. 121 y ss.; 143 y ss.; 176 y/ó 183 y ss)

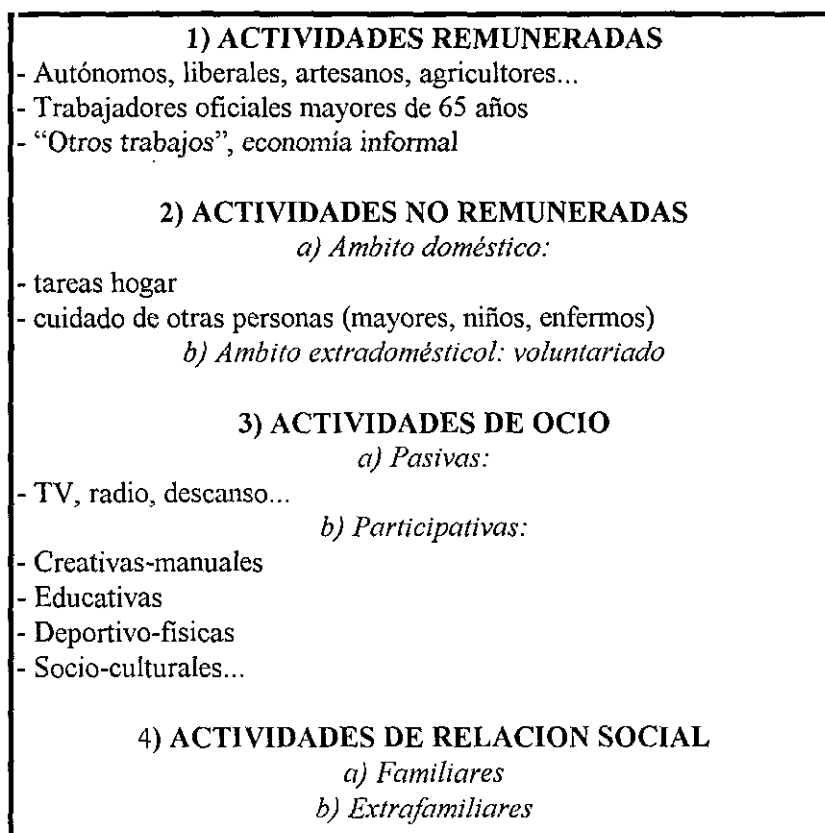
³ Este bloque de "actividades" no se considera "actividad" en este estudio, pues suponemos que la realización de las mismas es común a todos los mayores, y a la población general. Si los mayores "dependientes" fueran nuestro objeto de estudio, deberían ser consideradas estas "actividades" por la dificultad que entraña hacer las mismas, pero no es nuestro caso. Aún así, los mayores más delicados y de más edad de nuestro estudio resaltan la dificultad de llevar a cabo estas actividades: véase EM16:5 o EM1819:3 ó EM4:6, p.e.

- El tiempo de duración (corta o larga duración).
- El nivel de implicación (pasivas o activas/participativas).
- La periodicidad (diarias, semanales, excepcionales).
- El tipo o temática de las actividades (automantenimiento, físicas, formativas, laborales, culturales, etc.).
- La forma y medios de realización (manuales, teóricas-intelectuales).
- La cuestión económica (gratuita o de pago).
- El objetivo de las mismas (remuneración, satisfacción social, pasatiempo, ocio, p.e.).
- En relación al anterior, el grado de instrumentalidad (basado en la obtención de algún beneficio material) y el grado de expresividad (cognitiva, emocional y física).
- El grado de relación social (individual, grupal, social).
- El tipo de relación: familiares o extrafamiliares (intergeneracional o intrageneracionales).
- El espacio de realización (domicilio propio, clubes, calle, p.e.).

Pensamos que lo idóneo hubiese sido tener en cuenta todos estos criterios. Pero para ello precisaríamos de más tiempo y espacio, en definitiva, de un nuevo estudio o tesis orientado a profundizar en cada una de las actividades. En nuestro caso, hemos combinado casi todos los criterios en pro de una mayor profundización sobre las actividades de los mayores. Empero, no olvidemos que nuestro objetivo no era ofrecer una descripción de las mismas sino tratar de comprender y profundizar sobre la vivencia de la jubilación a través del sentido y actitudes hacia la actividad.

En definitiva, a la hora de analizar dichas actividades y tiempos se han considerado distintas clasificaciones. Ramón Ramos (1990, 1995), utiliza este tipo de clasificación: actividades instrumentales (trabajo profesional y académico, trabajo doméstico y familiar) y actividades expresivas (necesidades esenciales, tiempo libre -ocio activo, ocio pasivo-). La OCDE (1982, en Setién, 1993:348) utiliza esta clasificación del tiempo: tiempo destinado a las necesidades esenciales elementales; tiempo dedicado a actividades ligadas a las responsabilidades; tiempo dedicado a las obligaciones contratadas; tiempo libre. La misma clasificación es la que utiliza Ås (1982) y en la que se basarán autores posteriores. Alvaro (1995) sigue otra clasificación: necesidades personales, trabajo doméstico, educación, tiempo libre, trabajo remunerado. Varias son las clasificaciones con las que nos hemos encontrado (Parkes y Thrift, 1980; Javeau, 1983; Belloni, 1984; Izquierdo, 1988; CIS, Estudio nº 1079, 1987; Instituto de la Mujer, Encuesta OTR/IS, 1987; Szalai, 1966, entre otros). En nuestro caso (véase esquema 9.1.), observemos como ponemos el énfasis en las “actividades” y no en los tiempos, pues nuestro objeto no es cuantificar “cuánto tiempo” ocupa tal actividad, sino qué significado se otorga a lo que realizan.

Esquema 9.1
ACTIVIDADES DE LAS PERSONAS MAYORES en este estudio



De forma esquemática, nuestro objetivo es dar tratamiento a los siguientes puntos:

- Cuándo lo hacen: temporalización, laborables-festivos, estaciones (apartado 9.1.)
- Qué factores/dimensiones inciden/conforman la realización de unas u otras actividades (apartado 9.2. a modo de introducción, y resto del capítulo).
- Qué hacen: tipología actividades (apartado 9.3. al 9.5.)
- Con quién: actividades en interacción social (apartado 9.5.)
- Qué significados, actitudes, porqué, satisfacción (Todo el capítulo, concretamente apartado 9.3. al 9.5.)

9.1. TIEMPO Y TEMPORALIZACION DE LAS ACTIVIDADES DE LOS MAYORES

El mayor tiempo disponible y la libertad para ocuparlo de forma elegida es algo que todos los mayores alaban. Pero si esto es un cambio positivo para los hombres, no lo es siempre para las mujeres mayores que siguen disponiendo de menor tiempo libre aunque se hayan jubilado. Estas diferencias y otras cuestiones sobre la distribución temporal se tratan en este apartado. Se profundiza sobre cómo ocupan el mayor tiempo libre (estructuración del mismo; cuánto tiempo ocupan sus actividades y cuándo las llevan a cabo), y lo que es más importante qué significado otorgan al mismo.

9.1.1. TIEMPOS, SIGNIFICADOS Y MAYORES, EN PLURAL.

Hoy podemos observar cómo las nuevas tecnologías y las telecomunicaciones (satélites y antenas parabólicas, internet, p.e.) aplicadas al ámbito laboral o al ocio no cesan de modificar el significado del tiempo y por tanto el ritmo vital cada vez es más intenso y extenso. Junto a la posibilidad de realizar más actividades en menos tiempo, el tiempo total de vida se ha "estirado". No sólo están cambiando los hábitos vitales sino también el sentido y el valor que se le otorga al tiempo. Pero, "social y psicológicamente, el tiempo se mide por lo que se puede hacer con él" (Alba, 1997:65), por tanto cuando la persona tiene menos quehaceres (sea por unos u otros motivos: paro, jubilación) se queda sin el factor primordial que otorga valor a su tiempo y a su vida. En consecuencia, una dimensión esencial para entender el impacto psicosocial de la jubilación será la forma en que la persona organiza el tiempo en ausencia de categorías temporales impuestas desde el exterior. Es más, existen motivos para pensar que es la transición psicosocial que supone una variación mayor en la experiencia del tiempo vital.

Según De Vega (1988) las actitudes hacia el tiempo y el destino pueden resumirse así: la persona joven tiene presente, carece de pasado y menosprecia el futuro; la persona madura tiene presente, pasado y futuro; la persona mayor tiene un amplio pasado, un presente fugaz y un futuro incierto (en Almarza y Galdeano, 1988:402). Podemos generalizar la situación diciendo que en la etapa juvenil, por ejemplo, se dispone de todo el tiempo pero no de ingresos; en la etapa adulta, aumentan los ingresos y disminuye el tiempo; pero en la jubilación si bien aumenta el tiempo libre, generalmente disminuyen los ingresos, la situación de salud, las relaciones... En fin, veremos cómo los sistemas de significados respecto al tiempo dependen, irremediabilmente, de unas u otras condiciones de vida y aspectos que aquí desarrollamos.

La persona es socializada desde muy pronto para adaptarse a las estructuras temporales impuestas por las instituciones sociales. El sistema educativo primero y el trabajo, remunerado o no, después, imponen un ritmo temporal al día. Por una parte, la persona mayor puede estar percibiendo que el tiempo es vacío, se dispone de mucho tiempo libre que habrá de llenar (tiene mucho tiempo a la largo del día); pero por otra, el tiempo se acaba si se compara con la totalidad de la vida, de forma longitudinal, el tiempo se va, ya no tiene tiempo de emprender nuevos proyectos: tiene mucho tiempo presente (actual) pero poco tiempo en relación al futuro próximo; es la paradoja del tiempo en esta etapa. Este cambio se percibe tanto desde una **dimensión cromométrica como cronológica** del tiempo (Caja de Pensiones, 1985:23 y ss). La primera implica un cambio cuantitativo en el ritmo personal del tiempo diario, en el que todo se organizaba alrededor del trabajo. La segunda dimensión del tiempo podemos imaginarla de forma longitudinal, desde el pasado hacia el futuro, se dan distintos significados al tiempo, se empieza a percibir el fin del porvenir, el tiempo "por venir", uno deja de proyectarse hacia el futuro; o por otra parte, se percibe como una etapa con posibilidades de liberación y desarrollo o bien como fin. El dilema de la vejez consiste en que los meses y los años transcurren vertiginosamente, mientras que los minutos y las horas se hacen largos cuando no se pueden llenar con nada que satisfaga (Cano, 1993:193). Estas *asimetrías del tiempo* de las que hablaba Aranguren se reflejan con más nitidez en la vejez. La máxima urgencia es el presente; el pasado puede convertirse en un refugio, en un recuerdo... (ibidem, 1990:197). La forma en la que la persona experimente este tipo de cambios es, en nuestra opinión, un determinante esencial del significado psicosocial de la jubilación. Siguiendo a Comfort (1986:255), "en la infancia el tiempo va a paso de tortuga, corre en la juventud y vuela en la vejez". Pero también se podría afirmar lo contrario; todo dependerá de las actitudes y de cómo se emplee el mismo a lo largo del ciclo vital. Por ello, según la actitud que se tome, el tiempo puede percibirse como algo agobiante ("*el tiempo se va*", "*no hay futuro*", tal como dicen los mayores de nuestro estudio) o como una oportunidad más ("*tengo mucho tiempo libre*", "*tengo todos los días para realizar lo que quiera*", en sus propias palabras).

Otra clasificación del tiempo, según su utilización y significado es la de Javeau (1970), Belloni (1984) y Às (1982). El primer autor, retomado por Ramos (1990:30), distingue entre el

tiempo obligado, tiempo constrictivo, tiempo libre y tiempo necesitado. A esta clasificación Belloni añade el "tiempo condicionado". La conocida clasificación de Ås (1982), que Ramos sigue en sus estudios (1990, 1995), es así: tiempo consagrado a las necesidades esenciales elementales; tiempo consagrado a obligaciones contraídas; tiempo consagrado a las actividades ligadas a responsabilidades y tiempo libre. Observamos, pues, cómo los sentidos y usos del tiempo vienen siendo analizados desde distintos puntos de vista y por diversos expertos, desde hace unas décadas, pero con especial interés en los últimos años. La cuestión que aquí nos ocupa, en definitiva, es que la transición a la jubilación supone una transformación en las actividades con las que se llenaba el tiempo. Concretamente podemos destacar la obra de Young (1991), *Life after work*, en la que profundiza sobre los problemas temporales que surgen tras la jubilación, haciendo especial hincapié en las diferencias por género y los mayores problemas para los varones y su tiempo liberado en esta etapa⁴.

En primer lugar, el tiempo deja de ser una realidad completamente construida e impuesta a la persona desde fuera. Ya no hay ninguna institución social que configure, mediante un horario, más o menos rígido, el tiempo cotidiano. La persona jubilada, especialmente los hombres, no sólo ganan tiempo libre sino autonomía para organizarlo. Para algunas personas, esta autonomía constituirá una experiencia positiva, mientras que para otras se convertirá en una fuente de conflictos y angustias. En segundo lugar, la jubilación es, junto con la infancia, la única etapa del ciclo vital en la que el tiempo deja de estar orientado hacia el mercado de trabajo. El tiempo que la persona permanece en el sistema educativo es un tiempo invertido en formación para el mercado y el tiempo de la persona desempleada es un tiempo de búsqueda o de espera para re(incorporarse) al mundo laboral. Las horas libres que gana la persona jubilada no tienen, en principio, ningún destino específico. Esto es especialmente patente en el caso de los hombres, ya que gran parte del tiempo libre de las jubiladas es transferido inmediatamente al ámbito de la producción doméstica. Para las amas de casa, no se produce un cambio similar. Las tareas domésticas que siguen recayendo sobre ellas hacen que tengan el tiempo estructurado/organizado cual si estuviesen trabajando de forma extradoméstica.

Finalmente, durante la transición a la jubilación, el hogar vuelve a convertirse en el espacio en el que se consume la mayor parte del tiempo, tanto si se dedica a tareas productivas como si no. La mayoría de las mujeres inician la vuelta al espacio doméstico mucho antes que los hombres, convirtiéndose en la principal mano de obra de la que se nutre la economía no remunerada. Para los hombres, la "vuelta al hogar" se inicia con la jubilación.

La principal ventaja que las personas jubiladas ven en su nueva situación es la posibilidad de decidir libremente tanto el principio como el fin de las actividades cotidianas. Hay personas que consiguen estructurar el tiempo cotidiano sin problemas, lo que, en nuestra opinión, está asociado al hecho de que el momento de la jubilación haya sido decidido libremente por la persona (jubilación voluntaria, o al menos negociada) y a la existencia de una idea previa muy clara de lo que se deseaba hacer (expectativas precisas). Además, el nivel de salud e ingresos, la situación de dependencia/independencia, la posibilidad de movimiento y la posibilidad de planificación y de conocer los límites personales (saber qué actividades pueden y deben seguir realizándose y cuales no), también configurará una forma de distribuir el tiempo y unas actividades determinadas (Mira y López, 1975:47-61, Ramos, 1995, Cuenca, 1995, p.e.).

⁴ Se ha tomado una clasificación propia de tiempo y actividades adaptada a nuestro objeto de estudio pero inspirada, claro está, en clasificaciones de varios autores que tratan el tema del uso del tiempo general (no centrado en los mayores) y las actividades correspondientes que lo ocupan. En nuestro contexto español su estudio está cada vez más desarrollado (Durán, 1987, 1990, 1991, 1996; CSIC, 1994, 1997; CIRES, 1991, 1996; Cardú y Ros, 1985; EUSTAT (E. País Vasco), 1993; Ramos, 1990; Izquierdo, 1988, 1984; CIS, 1987; Instituto de la Mujer, 1987; Alvaro Page, 1995, 1996; Colectivo IOE, 1995; INSERSO, 1995; Raldúa, 1997, etc.). Más allá de nuestras fronteras destacan Adam, 1995, 1996 (la revista *Time & Society*, editada por la misma desde 1992); Bonke, 1995; Ås, 1978, 1982, 1995; Fraser, 1993; Harvey, 1981, 1985; Hewitt, 1993; McGrath, 1988; Parkes y Thrift, 1980; Javeau, 1983; Belloni, 1986; Slazai, 1972; Young & Schuller, 1988; Young, 1991, entre otros).

La mayoría de las personas tienen, sin embargo, dificultades para encontrar, sin ayuda de nadie, esta estructuración. Generalmente el tiempo en la vejez se define por su pertenencia al pasado. Según Auclair (1972) "no se cuentan los años de un hombre más que cuando no tiene nada más en su haber" (en Casals, 1982:99), pues mientras persiste la actividad, la sociedad califica, como ya hemos analizado, a las personas en función de ella y de los éxitos conseguidos. El sistema de valores de la cultura dominante en el mundo occidental es bastante coherente. Si damos valor a la actividad y al éxito necesariamente se lo quitamos a la inactividad y al fracaso. La vejez comporta en muchos casos ambas cosas. La filosofía oriental de la vida, por ejemplo, no exalta la actividad y, en consecuencia, el paso del tiempo no se concibe como algo trágico. La vejez es respetada y la muerte un fin noble para el individuo. Pero en nuestras sociedades occidentales la cuestión es bien distinta. Hasta hace pocas décadas el tiempo preocupaba a los poetas, a los románticos, a los físicos. Sin embargo, hoy, el tiempo preocupa a todos en cuanto aspecto fundamental para el funcionamiento de la sociedad: el tiempo es oro... Varios poetas han cantado a la brevedad del tiempo y de la vida, tal como lo expresó bellamente Ovidio: *"pasan los años a semejanza del agua que corre; ni la ola que pasa volverá nuevamente, ni la hora que transcurre podrá volver otra vez"*.

9.1.2. ¿REGULARIDAD O "DESESTRUCTURACIÓN" TEMPORAL EN ESTAS EDADES?

De entrada, se observa una mayor regularidad en el tiempo de las mujeres mayores que en el de los hombres. La estructuración diaria y significación es diferente en los varones, obviamente, porque ya no trabajan de forma remunerada. La jornada de 8-10 horas mínimo que cubría el día a día se ve liberada de trabajo "obligatorio" una vez jubilados; pero no ocurre siempre así (es por ejemplo, el caso de las mujeres mayores). Los jubilados, desde que se levantan hasta que se acuestan distribuyen su tiempo de forma más organizada de lo que en principio podíamos suponer. Dejan bastante clara la diferenciación entre las actividades de la **mañana y de la tarde** en un día cotidiano. Percibimos también que los jubilados realizan un tipo de actividades por las mañanas diferentes a las mujeres.

"...por ejemplo, ya con ochenta y tres años ya pues me dedico a hacer las cosas a la mujer, que es lo necesario hoy, a por el pan por la mañana prácticamente, pues a hacer algún recado y luego por la tarde me voy al Hogar, hecho la partidilla hasta las siete o las ocho, y luego a casita a ver la televisión... (...) Por la mañana la petanca... (...) por las mañanas salgo de mi casa, cojo mis bolitas, nos vamos a la plaza de Carabanchel, allí en frente del ayuntamiento, allí jugamos... (...)

H.- Yo muchas tardes pues me dedico así con amiguetes a correr así, por ejemplo pues al Botánico..." (GD3:13 ó ver GD4:7: "...desde el día 25 que salgo a las 6:30 hasta las 8:15 y bajo allá..." o GD10:7)

En las mujeres mayores parece que hay un mayor consenso, mayor uniformidad intragénero, en el ritmo matinal, más dedicado a tareas relacionadas con lo doméstico (compra, comida, casa, cuidados) y el ritmo vespertino centrado en otras actividades (cuidado nietos, pasear, misa, coser, cena, p.e.). En la temporalización diaria apenas se encuentran diferencias discursivas por estatus y sí más por género, edad, salud, circunstancias familiares, estado civil... en la vivencia y sentido del día a día. También cabe señalar un ritmo más lento y unas actividades distintas en las zonas rurales: barrer y regar la calle, sentarse al fresco, pasear por el camino (de tierra, no de asfalto), etc.

"...me levanto a las 8 ó a las siete, según venga. Arreglo la casa, después hago la comida, cuando acabo de comer friego y por la tarde a coser o a hacer ganchillo hasta la hora de hacer la cena. Dar una vuelta...

M.- Hay días que me levanto más pronto, otros más tarde. Más bien pronto, barro la calle, la riego y a hacer la comida, dar vueltas, comprar, y todo eso, nada más.

M.- Pues así hago yo también. Me levanto, pongo la comida al fuego, me voy a comprar

M.- Pasas la mañana comprando.

M.- Y por la tarde, un rato con cualquier amiga, te vas a dar una vuelta por el camino (...)

(...)M.- Me levanto, me aseo, comprar... (...) por la noche, nos sentamos al fresco, paseamos un rato y nos acostamos tarde.” (GD7:8-9 y ver EM7:4: “por la mañana, no me siento nunca. Yo, todas las mañanas, siempre tengo algo que hacer. (...) sales a la compra, y después siempre hay algo que arreglar, o algo que preparar (...) y luego ya, por la tarde, pues sí, si es invierno, pues a coser...”)

La desestructuración del tiempo surge más en boca de los jubilados que no en las mujeres mayores. Son sólo los más activos los que continúan teniendo su agenda más “apretada”, pero esto ocurre en la menor parte de los mayores. Aunque son una minoría, alguno destaca no sólo que tiene el tiempo estructurado sino que incluso “le falta tiempo” y procuran que su mujer “no le mande nada” (GD8:6) para poder hacer sus actividades, organizarse su tiempo como habían hecho en su vida activa. Quieren estar ocupados pero libremente, en lo que ellos eligen, no en las tareas domésticas ni en obligaciones familiares impuestas “desde fuera”.

“- Y a mí me falta tiempo: por la mañana a por el pan, a comprar, y enseguida acabo de esto y estoy para irme al Centro de Jubilados y enseguida a la tertulia (...) hora y media de tertulia en los Jubilados...

(...)- (...) Por la mañana que si el banco, que si el médico, que si recados, que si lo otro... y tengo un hobby que es muy bonito para mí: la numismática ¡me encanta! por la tarde miro mis sellos, mis monedas...(...)

(...)- (...) son los recados ¿no? (- Sí, el pan...), y lo peor es que si nos mandan otra cosa que a las 10:30 no puedo estar en la tertulia “mecachis la mar ¡ya me ha molestado!”... (...) después de hacer todos los recados, hablamos un rato, divagamos un poco... (...) A las 12 llego a casa “ché, ¿quieres algo o tal?”, y si me dice que no quiere nada mejor...” (GD8:6-7 y ver p.e. EM10:4 “... yo no tengo más tiempo, yo tengo el mismo. ¿No te digo que yo sigo mi rutina, mi vida? (...) Hombre, estoy más libre en cierto modo...” o ver EM3:6)

En cualquier caso, se trata de una organización espontánea, movible, intercambiable, abierta, que modifican en cualquier momento. El discurso general es que disponen de un tiempo excesivo libre y liberado por delante, el cual se ocupa con poca diversidad de actividades, muy espaciadas en el tiempo. Es decir, **pocas actividades que abarcan más tiempo a lo largo del día**. Los más activos e implicados en actividades transmiten una mayor estructuración del tiempo, pero de forma menos “seria e intensa” que cuando trabajaban; es decir, a esta ligera estructuración se añade un **ritmo pausado**, sin prisas (nada que ver con su vida activa pasada), de lo que hacen a lo largo del día o de la semana. Esta rutina tiene el peligro de convertirse en un “sin sentido” en algo que no significa nada para ellos o bien en un ritmo necesario para descansar y “pasar el tiempo” después de una dura vida de trabajo acelerado.

“- No, yo todos los días la misma rutina, todos los días.

- Yo, hago todos los días el mismo trabajo. Sólo querría seguir como estoy para seguir haciendo lo mismo.

- Todos los días igual: me levanto hacia las 11, doy una vuelta, a los Jubilados un rato por la tarde, por la noche a casa, y para de contar. Todos los días igual; a veces pienso: ¿qué es domingo o lunes? (...) La vida de jubilado es igual, es lo mismo.

- Yo los sábados hago una escapadilla, me voy un rato a la Filá, que me hace falta (...)

- Lo que trabajamos entre semana es un hobby, obligación no...” (GD10:6 y ver GD1:14 ó GD6:10 y 11)

De cualquier manera, no todos tienen la misma estructuración del tiempo. Según las **obligaciones familiares, las posibilidades de trabajo y actividad, el entorno familiar y amical**, entre otros factores, hace que los jubilados estén más o menos tiempo ocupados. La cuestión es que a mayor desempeño de tareas cotidianas observamos en los mayores una mayor estructuración del tiempo diario. Aunque esta organización diaria y semanal no es tan rígida (hora a hora programada) como cuando trabajaban remuneradamente o como las mujeres, pero sí se ve una determinada estructura diaria. Independientemente de que las

actividades les satisfagan o no, no podemos dudar de que tienen el tiempo mínimamente “estructurado”, aunque no sea planificado. Además de la mínima programación por menores obligaciones domésticas y familiares, observamos otra diferencia por género. Por ejemplo, en los discursos de los varones sale repetidas veces la idea de “matar el tiempo”, de entretenerse y pasar el rato; en cambio, las mujeres no otorgan este significado vacío al ocupar el tiempo.

“- Yo, a pasear por la mañana yo solo. Por la tarde con la mujer. A jugar unos “cotos” (cartas) en los Jubilados por la mañana y por la tarde otra vez: dos horas por la mañana y dos horas por la tarde.

- Yo voy a ayudar a mi hijo... (...) ni tengo hora de ir ni de salirme...(...)

- Pues yo tengo una casita y voy todos los días y lo llevo yo todo: labrar, cavar, sulfatar (...)

(...)- Yo tengo una casita y es para ir sábados y domingos a trabajar.

(...)- Yo tengo un hijo que es carpintero y por la mañana voy a ayudarlo (...) por la tarde me dedico a la huertecita un poco también (...)

(...)- (...)canto en el “Coro Just Sansalvador”, tienes una obligación de ir todas las semanas dos veces, si se tercia ir a cantar a alguna boda a algún pueblecito; es una obligación, pero es un hobby...” (GD10:4-5)

“- A matar el tiempo, a jugar 4 cotos... quitando eso ¡ya no nos queda nada más! más que distraernos

- Distraerse” (GD8:15)

“- (...) para la parroquia el trabajo que hemos desarrollado, hago lo que sé, para pasar el rato...” (GD1:14)

En el caso de los prejubilados, también mencionan un ritmo rutinario que aprecian (“una vida de ricos”) pero al mismo tiempo muestran un discurso poco satisfactorio de lo que realizan: “son cosas normales”, o “lo que hacen todos”. Otorgan un carácter de normalidad a las actividades que hacen. Tienen que seguir una rutina aunque no trabajen pues en su entorno más próximo (amigos, parejas) aún siguen activos. En general, estas actividades a las que se refieren como “lo normal” o piensan que es general se trata de actividades pasivas a las que no les otorgan demasiada importancia. Parece como si “estuvieran programados” (¿también el resto de población?) para determinadas prácticas.

“P.- (...) Suelo hacer más deporte, voy a la piscina casi todos los días. Luego voy al centro donde me echo unas partidas a la baraja y hablamos y tal... Suelo ir a hacer algún recado para la casa para la mujer, y cosas así. De tarde, suelo dar un paseo por ahí hasta Santullano (...) doy una vuelta en bicicleta, salgo con la mujer y preparo algo por casa de vez en cuando... suelen ser cosas normales de las que hago (...) estar más con la familia que antes y..., pareceme que una vida que nunca pensé que iba a llegar a hacer así; una vida de ricos. No hay problema de tiempo ni de horarios, ni de nada.

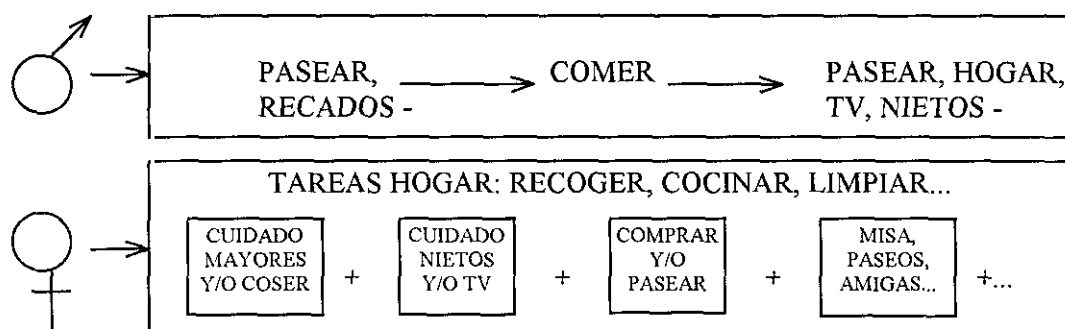
P.- Bueno, mi actividad, normal. Me dedico a andar por ahí, las cosas que hacen todos, poca cosa hago yo, la tele, el fútbol, pasear, lo normal (...)

(...)P.- (...) a coger y seguir siempre una rutina, (...) no tengo problema para acostarme ni para levantarme. Porque, como digo yo, tengo todas las horas del mundo...” (GD6:9 ó ver EM10:3)

En definitiva, los jubilados se muestran más libres todos los días; sin embargo para ellas los días no “son festivos” sino que son todos “iguales” porque no pueden eludir las responsabilidades doméstico-familiares como los hombres. En la estructuración temporal apenas encontramos diferencias discursivas por estatus (los de mejor posición siguen pautas parecidas) sino más bien por género, tamaño familiar y circunstancias familiares (ver EM1:3, GD10:11). Las circunstancias familiares (estado civil, obligaciones domésticas, modo de convivencia) marcan también un ritmo distinto a los varones. Es el caso de los jubilados que se implican más en las tareas domésticas. Son una minoría. Entre ellos destacan los jubilados viudos y/o los que viven solos (EM15:3 y GD7:8, EM20, p.e.): forzosamente seguirán un ritmo similar a las mujeres mayores debido a que tienen que realizarse las tareas del hogar y de automantenimiento más básicas: comida, comprar, fregar, etc. Pero aún así el trasfondo discursivo es diferente por género.

Muchas tienen el tiempo más rígidamente estructurado y organizado de lo que a priori se puede pensar: casa-compras-comida-nietos-cena. Pero esta secuencialidad sólo es aparente, pues en muchas ocasiones su ritmo se caracteriza por la **simultaneidad**, el tener que realizar varias actividades al mismo tiempo: por ejemplo, cuidar de los nietos, preparar la comida y estar pendiente del abuelo o abuela (padres o suegros) que son ya mayores. Sin embargo, en los varones su tiempo se caracteriza más por la **secuencialidad**, un ritmo más pautado, sin prisas, sin programación, “unas cosas tras otras”. Veamos gráficamente esta cotidianidad lineal y secuencial en los varones, y sin embargo la acumulación y simultaneidad -en un mismo día-, en las mujeres mayores.

Figura 9.1. Distribución temporal diaria de algunas actividades cotidianas de los mayores



Algunas se quejan de la rutina y sobrecarga de las tareas del hogar, aunque se resignan ante las mismas (véase 9.3.). En general las mujeres mayores están muy activas durante todo el día (más que los hombres) pero esta actividad es, como estamos viendo, muy concreta y limitada al ámbito doméstico, “puertas adentro”. Son las mujeres las que menos salen, y dicen que “en casa se está mejor” (véase apartado 9.3.). En coherencia con el pasado que han vivido, los hombres permanecen más tiempo en espacios extradomésticos y son más activos en este sentido. En cualquier caso, las mayores manifiestan en más ocasiones la sensación de hiperactividad y de que “les falta tiempo”, discurso que no se repite demasiado en los hombres (ver p.e. EM7:4 y ver GD2:23). En cualquier caso, esta mayor o menor obligatoriedad en la estructuración temporal dependerá, dentro del mismo género femenino, **del modo de convivencia, del tamaño de la familia, del estado civil** (que van relacionadas), **de si trabajan aún remuneradamente o apoyando el negocio familiar.**

“...me voy a la gimnasia, de doce a una, vengo de la gimnasia, como, me dejo ya... procuro de dejarme la comida, como, friego los cacharros, el postre me lo preparo en un platito y estoy fregando y estoy picando, el postre, a las tres entro al colegio, salgo a las cinco, a las cinco me... me bajo abajo, al hogar, que le tenemos abajo, en la primera planta, allí hacemos trabajos manuales, si hay fiesta pues se hace chocolate, si hay.. pues cuando el turrón... que siempre hay alguna fiesta que otra. Y luego de allí me voy a la peña taurina...” (GD2:10, y ver EM5:2 ó EM17:2: “...arreglo la casa, si tengo que salir a comprar compro, vengo, hago la comida, como y luego estoy viendo una novela (...) por la tarde me marchó con las amigas...”)

De forma general, se observa que los fines de semana tienen para todos un significado más familiar. Siempre se rompe un poco la “rutina” diaria realizando alguna actividad especial: excursiones o salidas al campo, misa dominical, recibir/hacer visitas de los hijos o nietos, visionado de fútbol, principalmente. Observamos que tampoco son actividades inauditas pero sí distintas a las realizadas de lunes a viernes. Aunque las actividades relacionadas con la familia (comidas, visitas, charlas) son comunes, otras prácticas de ocio continúan estando generizadas (mujeres misa; hombres fútbol, p.e.). Como

vemos, la misa dominical (y también otras celebraciones religiosas), ha sido una de las actividades que ha ocupado (y sigue ocupando) el tiempo de las mujeres (también de los hombres) sobre todo en los días festivos del calendario litúrgico de la religión católica. Las ceremonias religiosas (procesiones, rezos, entierros, bodas, p.e.) han marcado el ritmo de las fiestas, y también de los días laborales, del pasado de nuestros mayores. Las campanadas de la parroquia, sobre todo en las zonas rurales en los días festivos, simbolizan y representan el ritmo y muchas de las actividades que los mayores realizaban en comunidad. La mayoría de la gente de edad declara (según datos de distintos estudios) haber sido y seguir siendo “católicos practicantes” (véase 9.4 y 9.5.).

“...y yo salgo por las mañanas un poco, me voy un poco a la iglesia, me compro el periódico, me vengo a casa, como, me echo un poco; a veces me voy con un hermano que tengo (...) los domingos, o los sábados, estoy en casa con mis hijos y nada más, a la vejez ya se sabe: ir a misa, y luego ver mi televisión un poquito, leer mi periódico, una vida aburrida, pero bueno...” (EM12:4)

“P.- (...) los fines de semana, que igual te reúnes con otra gente distinta, que está trabajando todavía. Entonces ha cambiado un poco la cosa (...) casi todos los días son de fiesta pero, los fines de semana, son un poco distintos, parecen un poco más alegres, te viene algún familiar o vas tú (...)

(...)P.- Yo lo mismo. Hago lo que me apetece (...), y lo mismo me da que sea viernes que sábado. Hago lo mismo. Bueno claro, en verano, ir a la playa algún día...” (GD6:11 y véase. GD1:14, GD7:9)

Debido a que los fines de semana perciben que “tienen más obligaciones familiares” algunos prefieren los días laborales (que para algunos aún son “laborales”), porque están libres para hacer lo que deseen y porque prefieren las relaciones con los amigos que los compromisos familiares que aún perciben como “territorio” y “asunto” de mujeres. En el fondo, el mayor tiempo en el entorno doméstico no siempre es apreciado (véase 9.5.3. p.e. GD5:15 ó GD10:6); muchas veces les recuerda que están apartados del entorno laboral, “retirados” de la vida social activa. Las mayores se quejan de que el ritmo es similar al de los días laborables debido a la “obligatoriedad” contraída con las tareas domésticas. El cambio más relevante que señalan (al igual que los varones) es el aumento de relaciones familiares y amicales. Las relaciones familiares que señalan como positivas, tienen una contrapartida: se convierten en carga cuando hay que “cocinar” y atender a gran número de personas (marido + padres mayores, bisabuelos + hijos no emancipados + hijos ya casados + yerno/nueras + nietos). Por ello, otorgan a los fines de semana un significado enriquecedor pero también un sentido negativo.

“M.- Igual, siempre lo mismo, intentando levantarse una por la mañana para trabajar, en casa claro.

M.- Lo mismo da, pero bueno, los fines de semana más jaleo en casa porque vienen los nietos de mi otra hija que vive en Móstoles...

(...) M.- Yo los sábados y domingos me lo paso bien, esos son los dos días que más disfruto yo, en el campo, a veces, aunque no me dejan hacer nada, pero al menos estoy con mis hijos, esos son los días de fiesta que tengo. Los demás todos los días igual.(...)” (GD4:5-6 y ver GD7:8-9, EM4:5-6 y EM7:3)

En general, los fines de semana tienen un sentido más familiar. Pero ello no es así para todos los mayores, pues los hay que están solos (poca familia, están en otras localidades...). Estos, pues, son las que prefieren los días laborables a los festivos. Ya hemos visto que algunos varones también preferían los días de entre semana, pero los motivos eran distintos: los varones están más libres de obligaciones familiares, “van a su aire” (como cuando trabajaban); las mujeres (que viven solas, sin apoyo familiar) también prefieren entre semana pero porque están más relacionadas, más ocupadas, que los fines de semana solas y aburridas. En el fondo coinciden en que **están “mejor” ocupados, es decir, ocupados en lo que les gusta hacer y/o relacionados** con quien quieren. De nuevo, surge la relevancia de las actividades para preferir unos u otros días.

“M.- Yo pienso que el domingo es más tranquilo, o sea yo lo digo por mí, por mi hijo, porque ya el domingo no tiene que salir a hacer papeles, ni a hacer cosas... (...) me gusta más los días de la semana que sábado y domingo, no me gustan, ¡no me gustan! (...) no me gusta, me gusta la actividad...” (GD3:15 y ver GD2:9: “...el domingo, el sábado y el domingo es fatal porque como no tengo... no salgo apenas...” ó GD2:17)

Si en los jubilados hablábamos de una relativa desestructuración, libertad de realización de actividades, ritmo pausado, de *rutina desorganizada*, no podemos decir lo mismo en el caso de las mayores cuyo tiempo sigue siendo más estructurado y acelerado, se trata de una *rutina organizada*. Son las tareas domésticas y cuidados a personas los que se imponen “forzosamente” al tiempo de estas mujeres. El día a día de las mujeres mayores seguirá el mismo ritmo que las personas o tareas que aún siguen bajo su custodia. Aunque realicen actividades extradomésticas son las tareas familiares (en concreto la realización de la comida y cena) las que marcan el ritmo cotidiano, incluso en los días festivos y en cualquier época del año. El ama de casa “no acaba nunca”, siempre “tiene” que seguir, “es lo mismo siempre”, dicen ellas. Aún no podemos confirmar que se haya producido plenamente esa transferencia “de la entrega al tiempo propio”, siguiendo la expresión de S. Murillo (1996) o que se haya producido totalmente esa “emancipación tardía” de las mayores a la que alude G. Rodríguez Cabrero (1997).

9.1.3. EL CALENDARIO ESTACIONAL DE LAS ACTIVIDADES DE LOS MAYORES

Según la estación, verano o invierno principalmente, los mayores realizan unas u otras actividades, pero ello no es apenas novedad porque siguen las mismas tendencias que la población general. En los mayores se acentúa que el invierno es más hogareño (salen aún menos que la población general por no tener que ir a trabajar o estudiar, ver GD10:6); el verano es más extradoméstico, más externo (se viaja más, las clásicas vacaciones de agosto). Aunque en principio podríamos decir que están de “vacaciones” indefinidas, a estas alturas, visto el ritmo que llevan muchos mayores, no podemos afirmar tal cuestión. Es decir, aunque el ritmo diario disminuye en temporadas festivas, no podemos afirmar que los mayores están siempre en unas “continuas vacaciones”. Si acaso, los de mejores condiciones económicas y físicas, los que tienen hijos “fuera”, los que emigraron de su pueblo natal, son los que más viajan.

Otras fiestas también introducen cambios en el ritmo cotidiano de los mayores (navidades, semana santa, otros festivos) y días festivos puntuales (bodas, acontecimientos familiares puntuales, etc.). En cualquier caso, la estación del año (que lleva implícito un determinado clima), marca diferencias en el ritmo de los mayores, quizás en un sentido algo diferente al de la población general al no tener que salir para ir a trabajar o para ir a clase. Por tanto, el sentido clásico de “vacaciones” como “dejar de trabajar” no se observa en los mayores. El significado de “vacaciones” estará relacionado ahora con el viajar más, estar-viajar con los hijos, aumentan determinadas actividades (de ocio) y disminuyen otras obligaciones, etc. En cierto modo, también rompen su ritmo diario particular, su rutina diaria. Vemos que no sólo el trabajo (en este caso la actividad) es capaz de estructurar el tiempo, sino que la estación del año, las fiestas, las relaciones,... marcan el ritmo de los mayores. Se da un giro cualitativo en esta cuestión: antes el trabajo marcaba el tiempo, el ritmo; ahora el tiempo (entiéndase estación del año, día de la semana), marca la actividad a realizar. Se da el paso *del trabajo como eje “estructurador” a la actividad “estructurada”* por otros factores externos a la misma. Por ejemplo, si antes comentaban “después de trabajar haré tal cosa...” ahora dicen “voy a dejar de realizar esta actividad porque es sábado y vienen los nietos a comer, o porque me voy con mi amigo...”. Otras cuestiones estructuran el tiempo de los mayores. El trabajo y la actividad pasan a un segundo plano en algunas ocasiones.

“...los veranos salimos. Bueno, en verano..., a Canarias me gusta siempre irme en vacaciones de Semana Santa, pero ahora no..., ya llevo ya 2 años que me voy ahora. Me fui en Mayo, a finales de Mayo, porque es el cumpleaños de mi hijo y me gusta pasarlo allí con él, y me he venido ahora, el lunes que llegué. Ahora han venido y están ellos aquí (...) y en vacaciones y en Navidades nos juntamos todos en casa, todos vienen aquí. Esa costumbre la tenían todos de antes y todavía seguimos. Si ellos salen de vacaciones, pues me voy con ellos... (...) y si ellos van, pues me llevan a mí, así vamos también juntos....” (EM7:3 y ver GD6:10)

Destacan una mayor soledad, menos relaciones, menos actividad externa al entorno y al hogar durante el invierno. Por eso los que están solos prefieren claramente el verano porque ven más a la familia, tienen más “vida” social, viajan más. Algunos también viajan “en temporada baja” (de forma independiente o a raíz de los viajes del Inverso), pero estos siguen siendo una minoría (véase 9.4.). La mayor parte se adapta al ritmo laboral que llevan las personas más próximas de su entorno.

“...yo sí que tengo diferencias porque en invierno que es la etapa más dura nuestra porque es el invierno muy largo, muy largo, este último ha sido muy largo y muy lluvioso (...) el verano es más bonito porque uno puede salir de casa (...) mi condición particular de soledad en el invierno ya por ejemplo no es como antes que estaba acompañado, pues prefiero el verano. Porque es cuando yo estoy mejor, cuando estoy yo más acompañado.” (EM12:9)

Si en relación al tiempo cotidiano semanal no se encontraban grandes diferencias entre diarios y festivos (las mujeres seguían haciendo lo mismo), en cuanto a las estaciones del año se observan claras diferencias de tiempos y actividades, sean hombres o mujeres, de cualquier estatus o cualquier condición vital.

“- Pero también tenemos tiempo de irnos a una casita, irnos a la playa, pasar un mes en la playa cara al sol. Todo lo que antes no hemos podido hacer porque siempre estábamos trabajando. No podíamos ir ni para arriba ni para abajo. Ahora ha cambiado mucho.

(...)- (...) mediodía, en el invierno me voy a caminar hora y media. Ahora, con este calor, no...

(...)- (...) voy al monte pío, y tenemos otra actividad, pero la actividad en invierno es diferente a la de ahora. Ahora te vas a la casita o te vas a la playa y es diferente.” (GD9:3 y ver GD2:11, GD8:7, GD5:16)

Aunque el ritmo diario es el mismo en cualquier hábitat al que nos hemos trasladado para nuestro estudio, hemos señalado ya el compás más lento y pausado de las zonas rurales e intermedias (menores de 50.000 habitantes). En determinadas estaciones y fechas del año aumentan los “movimientos” y desplazamientos interurbanos (o intercomunitarios, entre CC.AA.) de los hijos/as para visitar a sus padres mayores que viven en zonas rurales (que son algunos mayores de nuestro estudio) bien porque siempre han vivido en las mismas, o bien porque al jubilarse “retornan” a sus lugares de origen. Véanse como en algunas zonas rurales e intermedias (EM5, EM7, EM8, EM9 y EM10 de Almoharín -Cáceres-, algunos componentes del GD7, GD9, GD8), los mayores esperan estas temporadas para “recibir” visitas de sus hijos que viven en otras zonas o Comunidad Autónoma. Las zonas rurales son como “despensas” y lugares de descanso a las que acuden los jóvenes en determinadas estaciones. Así nos lo confirma, Javier Alvarez, sociólogo y asesor técnico de la UDP de Castilla-La Mancha, en Albacete:

“...gente tipo de la que más información tengo, gente del ámbito rural de Castilla-la Mancha, es fundamentalmente gente que ha trabajado fuera y que con la jubilación, cuando se jubilan vuelven a su pueblo, retornan a su pueblo; o gente que ha quedado en el pueblo, tenían trabajo en el pueblo relacionado con la agricultura o bien sea con el vino en las cooperativas o con el queso en otras zonas, con el aceite en la zona sur de Albacete y que han conservado su casa, la han arreglado, son casas amplias donde una vez al año o dos veces como mucho viene el resto de su familia, sus hijos, donde procuran mantenerle y ser la despesa de sus hijos, se les está enviando continuamente todos los productos del campo allí donde están viviendo.., entonces su vida se dedica fundamentalmente a cuidar las tierras, las pocas tierras que tienen, el

paseo de las tierras, la asociación, reunirse con la gente, echar la partida, las excursiones, las fiestas y la vida religiosa que sí sigue siendo en el caso generalmente de las mujeres, hombres también..." (EE18:5)

Pero no sólo el medio rural sigue siendo la "despensa" de la ciudad, sino que estos medios, siguiendo los análisis de Camarero, Sampedro y Vicente-Mazariegos (1992:7-11), muestran una complejidad mayor de lo que tradicionalmente se viene relacionando con el mundo rural. Esta "ruralidad ampliada" incluye diversos mundos dentro de las zonas rurales: 1) como *soportes residenciales*, es decir, como residencia definitiva para grupos concretos de población; 2) como *soportes de turismo y ocio*, es decir, como residencia estacional y temporal; o bien 3) como *soporte productivo* no sólo de actividades agrícolas-ganaderas sino también de la industria y comercialización de productos tradicionales, y por último, mencionar 4) la ruralidad como *reserva mediambiental*: son núcleos envejecidos que aún no han logrado reponerse desde las emigraciones a los centros urbanos de hace unas décadas.

Respecto a los movimientos de los mayores de nuestro estudio, también se observa un proceso inverso: muchos mayores de hábitats metropolitanos y urbanos que emigraron en su juventud (algunos componentes de los GD1 y GD2 de Getafe, o del GD4 de Alcobendas, o algunos/as entrevistados como la EM6, EM4, EM1314 de Madrid) viajan a sus tierras natales durante estas fechas veraniegas. Generalmente los destinos ahora (y origen natal, entonces) son pueblos de Extremadura, Andalucía o las dos Castillas. Los mayores regresan a sus pueblos natales en temporadas estivales o festivas o bien viajan a las zonas donde viven los hijos (EM16, EM1314, EM1819), por ejemplo, "...vamos de vacaciones y lo sobrellevamos bien, luego nos vamos a un pueblo de la sierra de Gredos, ahí nos lo pasamos bien, nos entretenemos con unos, con otros..." (GD3:16)

En los medios rurales e intermedios resaltan una mayor vida en la calle sobre todo durante primavera-verano que no destacan los mayores de áreas urbanas y megaurbanas. Se observa una vida más sociable (¿más activa?) en estas estaciones que en invierno y dependiendo, como hemos mencionado, de las fiestas locales, sean de carácter religioso (Semana Santa, procesiones, romerías, p.e.) o de carácter más lúdico (Moros y Cristianos, Ferias locales, toros-encierros-vaquillas, Fallas-hogueras, pasacalles-desfiles, p.e.)⁵.

"M.- En invierno al fuego.

M.- En verano sales a sentarte de noche y estás hasta la 1 ó 1:30 ó las 2, pues yo me acuesto cuando me da la gana, hay noches que a las 3 aún estoy sin acostarme. Pero quiero decirte que es cenar y ¡a la calle!, lo mismo, en invierno no, al lado del fuego

M.- En invierno en el fuego y a ver la tele.

(...)H.- Ahora a la calle y no ves tanta tele..." (GD7:9 y ver página 10)

Por tanto, la estación del año no marca sólo un *tempo* diferente, sino que también influye sobre el tipo de actividades. Por ejemplo, "hacer conserva para el invierno en verano", "encender la lumbre con leña en invierno", "sentarse a la puerta de la calle" en

⁵ La temporalización de estas fiestas locales tiene, en muchas ocasiones, su origen en las tradiciones, tiempos y tareas agrícolas que hasta hace unas décadas eran predominantes en nuestro país (p.e. al fin de la cosecha y recolección -principios de verano- se celebraban las fiestas locales). También, el calendario litúrgico marcaba las mismas (p.e. las fiestas patronales). Actualmente, aún se conservan algunos de aquellos ciclos y temporalización anuales. En cualquier caso, sería interesante indagar sobre la simbología y significados de las distintas fiestas y manifestaciones folklóricas. Estas manifestaciones populares son algo más que meras actividades lúdicas y festivas puntuales. Algunos investigadores (sobre todo antropólogos) han estudiado este tipo de actividad participativa. Desde aquí sólo queríamos dejar patente que conocer los discursos y participación social de la población, en concreto de la gente mayor, aportaría un mayor conocimiento de "esas realidades sociales" a veces olvidadas e igualmente relevantes. Los mayores tienen un papel fundamental en este tipo de participación (sobre todo en los ámbitos rurales e intermedios). Este podría ser -y es- otro "campo" de posible vinculación y potenciación de la participación social de los mayores tras la jubilación.

verano a charlar con los vecinos, fiestas populares-folklóricas (más en zonas rurales) concentradas en las épocas de primavera-verano en el que participan más los mayores, etc. Todas estas actividades, como se puede observar, son características de las zonas rurales y no de las ciudades. En general, la vida es más “social” y comunitaria en verano y primavera en las zonas rurales (y también en las urbes). Pero es que ya hemos mencionado (apartado 9.1.7. anterior), que incluso la “muerte” es una vivencia más “social” en estos asentamientos más pequeños. El significado de todas las actividades parece que es más social, con las desventajas y ventajas (ya comentadas) que ello conlleva.

“M.- (...) en el mercado... Pues ahora mañana yo hago 20 botellas de tomate en conserva y las tengo para todo el invierno...

M.- Claro, para el invierno...

M.- Eso lo hacemos con todo...” (GD7:12)

En medios urbanos el centro de Jubilados, el “Hogar” es un refugio para el invierno, centro de reunión (¿o más bien de “acumulación”? Véase 9.5.) de mayores, sobre todo de los jubilados varones. En las zonas rurales adquiere este sentido más de “reunión” ya que los mayores se conocen desde hace más tiempo (“de siempre”) y se “reúnen” para charlar, tomar algo, o jugar a las cartas. Es en invierno cuando el Hogar es más “Hogar” que en todo el año, en el sentido más estricto de “hogar”, de recogimiento, que la palabra nos ofrece:

“H.- (...) hay que pensar que les gusta y a ver donde van, ¿y los de antiguamente que los echaban de sus casas? y hoy inclusive que les dicen: “abuelo! sálgase usted que voy a limpiar esta habitación”, abuelo haz esto y los echan en el frío y lloviendo y todo (...), menos mal que ahora tenemos ese recogimiento y allí se pueden meter (REFIRIENDOSE AL HOGAR)” (GD3:19 y ver GD4:8, p.e.)

9.2. DIMENSIONES Y FACTORES RELACIONADOS CON LAS ACTIVIDADES

En este apartado se trasladan los discursos sobre las dimensiones y factores que los mayores señalan como más “influyentes” y determinantes en la realización o no de actividades y en sus significados. En este epígrafe -a modo de presentación del resto del capítulo- se tratan los discursos de los mayores, de los expertos y los análisis al respecto.

En relación a las actitudes hacia la actividad, recordemos la tipología de Lowenthal (1972, en Kalish, 1991:175) que enumera varios estilos de vida posibles en la jubilación. El autor desarrolla cinco de estos estilos de vida: estilo *obsesivamente instrumental*, *instrumental dirigido a los demás*, *receptivo*, *autónomo* y *autoprotector*⁶. Queríamos siquiera aludir a los mismos porque pueden ayudarnos a entender las formas diferentes de entender la transición a la jubilación desde la actividad. De todas maneras, nuestro objeto-marco es la actividad, aunque

⁶ Estos son:

- El estilo *obsesivamente instrumental*. Son personas altamente vinculadas e integradas socialmente, orientadas a las tareas. Están comprometidas, e incluso en horas de ocio, son compulsivamente activas.
- Estilo *instrumental dirigido a los demás*. Para estas personas el trabajo ofrece satisfacción por medio de la interacción con los demás, particularmente para las que se encuentran en situación de dependencia. Cuando estas personas se jubilan tendrán que encontrar alternativas de satisfacción en los demás.
- Estilo *receptivo*. Tales individuos han desarrollado “redes de relaciones personales íntimas”. La jubilación parece tener poco efecto sobre estas personas. La jubilación puede ser más destructiva para los que consideran el trabajo como única fuente de satisfacción interpersonal...
- Estilo *autónomo*. Las personas autónomas son a menudo creativas y capaces de iniciar la acción y de establecer relaciones cuando son necesarias. La implicación del término autónomo es que estas personas todavía disfrutan de su desarrollo personal. La pérdida de los roles laborales debería causarles menor interferencia en sus vidas que en otras personas, pues pueden generar nuevos roles y capacidades.
- Estilo *autoprotector*. Estas personas se protegen a sí mismas para no expresar sus necesidades de dependencia y establecen pocas vinculaciones en la vida, y menos en edades avanzadas. Por tanto, el retiro y la consiguiente desvinculación son objetivos desarrollados, y a veces deseados, por este tipo de personas.

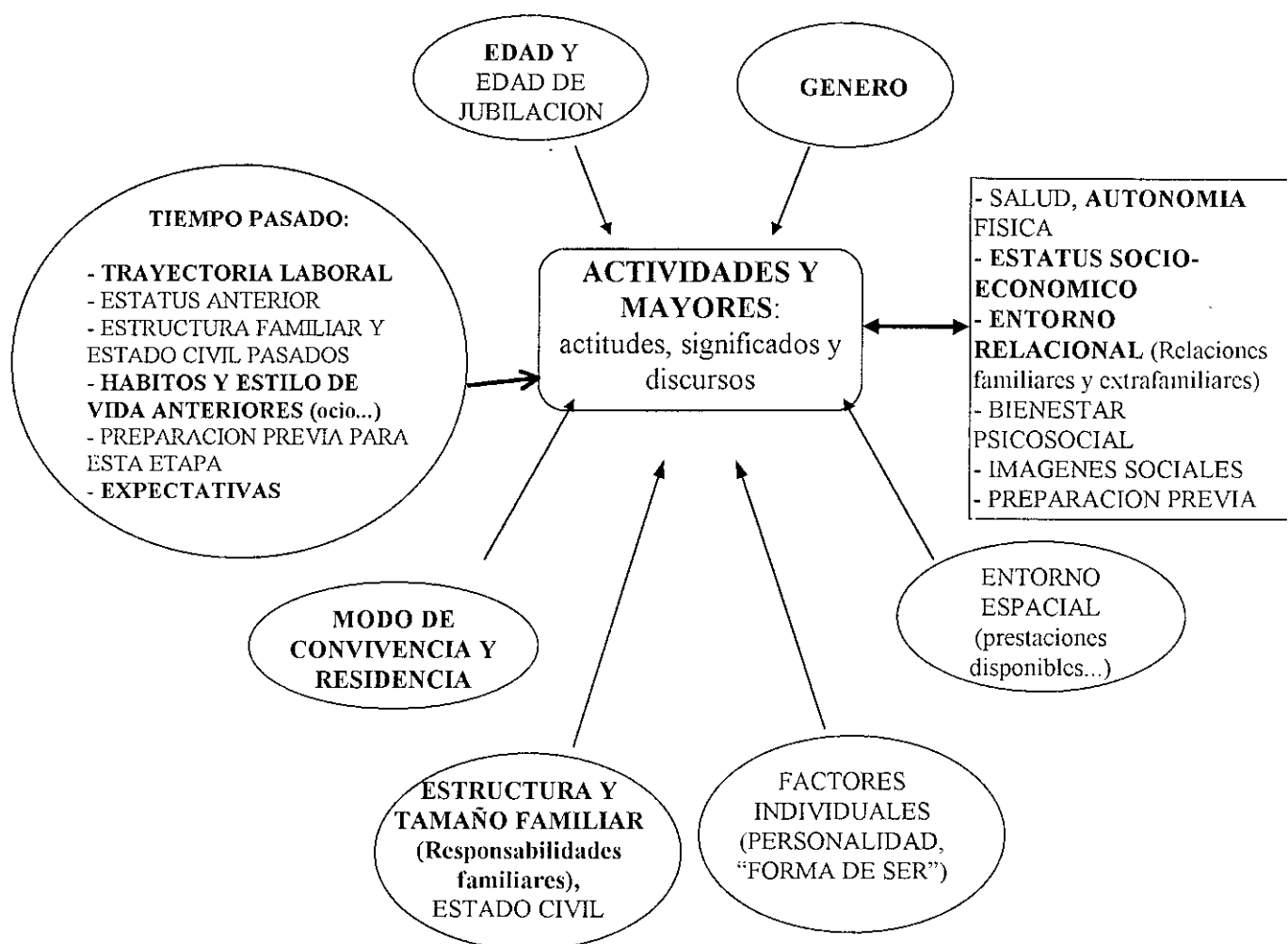
también hubiese podido enfocarse desde el concepto **Estilo de Vida**, si se toma el mismo, según varios autores (Ruiz Olabuénaga, 1989, 1994; Ayerdi, 1994; en Rodríguez y Agulló, 1999:248-251)⁷, como “un conjunto de patrones que estructuran la organización temporal, el sistema social de relaciones y las pautas de consumo y/o actividades (culturales y de ocio)”. Es decir, estilo de vida como ““un cosmos social, personal y diferenciado’, propiciado por un entorno concreto y que es influido al mismo tiempo por la acción consciente y coparticipada de los miembros que integran ese entorno/sistema” (p. 251). Sin embargo, en este caso la actividad nos parece el concepto más adecuado a nuestros objetivos-participantes de estudio.

9.2.1. La pluridimensionalidad en las actividades de mayores: discurso común

No podemos hablar de un sólo factor que nos explique las diferencias intrageneracionales en relación a las actividades. Son varias las dimensiones que han venido citándose (y se desarrollarán a partir del 9.2. al 9.7), pero este apartado intenta resumirlas y concentrarlas a efectos de orden en la exposición e interpretación. Tal como se observa en la figura 9.2. algunos factores parecen más relacionados (los que hemos subrayado en *negrita*) con las actividades que otros. Este galimatías de factores, que se irá resolviendo conforme tratemos cada una de las actividades, es bastante coincidente con los factores tratados en el apartado 8.3. sobre “determinantes de la jubilación”. De entrada, observamos un gran acuerdo discursivo tanto en los mayores como en los expertos y análisis de otras investigaciones en la diversidad de factores influyentes sobre realizar una actividad u otra.

⁷ Se trata de “un constructo que aglutina formas de pensar, sentir y actuar de un colectivo concreto, perteneciente a un entorno específico”, y además constituye “un conjunto de hábitos, pautas y actividades que sirven para diferenciar y diferenciarse de otros colectivos sociales” (p.251)”

Figura 9.2.
DIMENSIONES RELACIONADAS CON LAS ACTIVIDADES DE LOS MAYORES



Tal como los propios mayores señalan factores diversos como el estatus, el pasado laboral y las costumbres, las limitaciones físicas-salud, el género, estar más solo o relacionado (entorno relacional de apoyo), el día de la semana o momento del día (ver 9.1.), la personalidad o las obligaciones familiares, por ejemplo.

“H.- Pues eso va con la mentalidad de la persona, de la mentalidad.

(...)H.- (...) según cada casa, cada familia, la situación de cada familia, y la forma de pensar; esa es la primera base de una persona. Es decir, no es lo mismo una persona que dice "los problema económicos los tengo resueltos, tengo los hijos colocados, no tengo enfermedades, no tengo deudas" (...)

(...)- (...) hay quien desde pequeño, de toda la vida, ha sido activo y lo será hasta que no pueda más; pero hay quien ha sido sedentario, por no decir vago, pues no se mueve...” (GD4:9-11 y véase GD10:7-8)

“...por ejemplo, en el mediodía, en el invierno me voy a caminar hora y media. Ahora, con este calor, no. No puedo, ahora me acuesto la siesta y la siesta del borrego (...)

- Al ser una persona sola te cierras la puerta...

- Yo con la artrosis que tengo no puedo caminar, (...), pues tengo que hacer más reposo que caminar (...) y el estar inactivo, pues son las que se sienten más jóvenes, están más sanas, pero las que tenemos algo.

(...)- Los hombres están más libres” (GD9:5)

El factor “edad” al que tanto aluden es un factor ambiguo mencionado y bajo el que parece esconderse “lo peor del envejecer”. Se trata de una forma metonímica de denominar a las consecuencias inevitables del paso del tiempo: limitaciones físicas, pérdida de salud, soledad, etc. El constructo “edad” parece que reviste un significado soterrado de los problemas de vejez; un eufemismo que los mayores utilizan inconscientemente para referirse a la cara más negativa de esta etapa. Al decir edad están queriendo decir “dependencia” y otros problemas que conlleva el paso del tiempo. Con este concepto complejo de “edad” resumen, en cierto modo, tanto las causas como los aspectos más negativos de envejecer.

Aunque para cada uno este factor “compilador” tendrá un sentido, se observa coincidencia en cuanto que le otorgan un significado negativo. Entre ellos “se entienden” al considerar a la edad como una de las “causas” de su situación: al decir, “la edad...”, asienten los otros participantes “sí, sí, la edad” como si estuviera claro que es una de las causas más importantes de sus situaciones. De hecho, en algunos casos, sustituyamos donde ellos dicen “edad” por palabras como: vejez, dificultad, enfermedad... y observaremos como encaja y apenas cambia el sentido de sus discursos. Se confirma la relevancia de la “edad” que ya habíamos tratado (ver 8.2.). Son conscientes de la edad que tienen, y que unos sobrellevan mejor esta etapa que otros. Pero todos señalan diferencias “según la edad”. En contra de muchos autores y obras que pretenden ocultar la realidad de la edad⁸, del inevitable paso del tiempo, los mayores reconocen la “edad” como un factor a considerar, que explica a su vez otras situaciones superpuestas y resumidas de algún modo en este concepto.

“...La edad, los golpes que te da la vida, que se va viviendo. (...) eso lo trae el tiempo, la edad y lo que has vivido...”
(EM7:5 o ver GD8:11: “...¡ché! si yo siempre he sido bastante divertido ¿cómo dicen que ahora tengo mal genio?” y es la edad...

- En la edad está el misterio.

- Es la enfermedad más grave que hay...” y ver GD2:11, GD7:22, EM17:6, GD10:13; GD3:13, EM11:7)

La pluridimensionalidad es confirmada, también, según otras investigaciones y según los **discursos de los informantes cualificados** de nuestro estudio. Podemos observar como transmiten discursos con enfoques diferentes pero todos/as coinciden en señalar la diversidad de factores influyentes sobre las actividades. Estos discursos pueden agruparse según distintos “tipos” (adoptando el concepto de “tipo ideal” de M. Weber⁹), por ejemplo:

- Un *discurso académico* (EE1, EE2, EE3, EE4). Generalmente, se percibe como un discurso analítico, realista, ambivalente, crítico, evaluativo, “desde fuera”, teórico, descriptivo y profundo, pero algo “en el aire”, teorizador, globalizador.

- Un *discurso institucional-político* (EE5, EE6, EE7, EE8, EE9). Muestran unos discursos más optimistas respecto al presente -a veces utópicos-. Más centrado en el futuro, en proyectos a realizar o ya realizados con éxito. Un discurso más concreto, más proyectivo que retrospectivo (¿oportunista?).

- *Discurso asistencial* (EE10, EE11, EE12, EE13). Se percibe como un discurso problematizador, pesimista-realista, dramático, cercano a las vivencias más negativas de la

⁸ Generalmente se trata de OBRAS DIVULGATIVAS destinadas a los mayores. Obsérvese la proliferación reciente de obras, libros de bolsillo, prensa destinados a los mayores. Algunos de los títulos hablan por sí mismos: “mantenerse joven a los 70”, “Cómo rejuvenecer a los 60”, “Ser feliz en la etapa dorada de la vida”, por ejemplo. Estas obras son muchas veces igualmente estereotipantes y simplificadoras (en sentido positivo, excesivamente optimista) de la compleja realidad de los mayores.

⁹ Cuando hablemos de “tipos” de discursos, actividades o cualquier otro aspecto recordemos el matiz weberiano con el que clasificamos estos “tipos”. *Tipo ideal* es un concepto teórico pero también una herramienta que nos sirve para la explicación sociológica. Sirve para entender que existe relación entre los objetivos, actividades (...) de los actores implicados en el aspecto que estemos analizando en ese tipo ideal. Los *tipos ideales* no son ciertos o falsos, sino más o menos útiles para nuestro análisis sociológico: buscan una idealización o representación lógica que parece útil pero no agotan la realidad que, obviamente, es mucho más amplia que lo que puedan recoger/explicar los “tipos ideales”.

vejez, próximo a los más marginados en esta etapa. Parece el más pragmático, con los “pies en la tierra” y “puesto al día”; pero también el más alarmista.

- *Discurso organizacional* (ONG’s y otras asociaciones, EE14, EE15, EE16, EE17, EE18). Se trata de un discurso similar al anterior, pero si cabe este añade un matiz utópico y un carácter más proyectivo. Idealizador y aún minoritario.

En cualquier caso, cada uno desde su enfoque coincide en señalar diversos factores relacionados con la actividad de los mayores. Veamos el esquema adjunto:

Figura 9.3. Factores influyentes sobre la actividad de los mayores según los discursos de los informantes cualificados.



Por tanto, reunir estos aspectos nos sirve para introducir todo este capítulo 9 y así poder empezar a profundizar sobre lo que señalan los mayores y ver las coincidencias y divergencias. Las concordancias, ya comentadas, son patentes. Lo que varía, si acaso, es el orden de importancia, el significado y el grado con que unos señalan unos u otros factores. Unos enfatizarán y otorgarán más relevancia (en cuanto a mayor poder explicativo de la realidad) a unas dimensiones que a otras.

9.1.2. El género, aspecto fundamental

Los mayores son conscientes de las diferencias por género en estas edades a la hora de ocupar el tiempo y de otorgar un sentido u otro a las actividades. Las mujeres son las que reconocen (en su discurso generalmente más pesimista, de protesta y queja) las diferencias en las actividades, y la situación desventajosa en general en esta etapa. No es el sexo en sí lo que nos ayuda a entender la disparidad intrageneracional, sino (como ocurre al tratar las cuestiones de género) lo que pertenecer a uno u otro sexo/género implica. Ser mujer mayor sigue significando, en comparación a los jubilados varones, tener menos estatus (menores ingresos y estudios), tener más obligaciones familiares y domésticas, menor tiempo libre, relaciones sociales más limitadas al ámbito familiar (entorno doméstico), peor situación y percepción de salud, haber tenido una trayectoria laboral y vital menos satisfactoria y no elegida, soportar mayor soledad, y debido a todo ello más posibilidad de ser dependiente en todos los sentidos.

El poder de expresión del “género” se acentúa desde el momento en que incluye varios factores: resume, actúa de sinóptico de la compleja realidad. No olvidemos que hablar de género supone hablar de diferente estatus, diferente pasado laboral y vital, distinto entorno social, y por tanto, disparidades en las actividades actuales y su significación. Aunque no siempre personas del mismo sexo tendrán la misma situación, sí que podemos decir abiertamente que el género “incluye”, a su vez, otros factores primordiales. Queríamos dejar sentada esta aclaración que nos parece fundamental para nuestros análisis.

Como observaremos al tratar las actividades, las mujeres siguen centralizando las tareas domésticas y los cuidados a otras personas (apartado 9.5). Ello incidirá pues en su menor tiempo libre y actividad de ocio en general. La mayor/menor responsabilidad doméstica (pero al fin y al cabo siempre “responsabilidad”) dependerá de la estructura familiar (miembros en el hogar), del modo de convivencia, del estado civil, de la situación familiar. Todo ello **produce una mayor “atadura” o menor libertad en las mujeres mayores**. No ocurre lo mismo al género masculino que se ve liberado de obligaciones tras la jubilación; ni viven la sobrecarga ni la soledad femeninas. Aunque los jubilados también son conscientes de las diferencias intergénero, son los discursos de las mujeres mayores los más insistentes en reconocer esta situación “desventajosa” o al menos “diferente” para el género femenino.

“- Los cambios míos siempre han sido por el marido, antes no iba por él ahora tampoco por mi hermano... acabaré la vida con ganas de irme aquí o allá, así es que...

- Es que son las circunstancias.

(...)- Más que obligación aún, más, así es que eso es lo que me ha tocado a mí...(.)

(...)- Y es que estamos demasiado obligadas, cuando no es el nieto es la hija, y cuando no el marido o el suegro o la madre... quien más y quien menos todas estamos demasiado enredadas...” (GD9:6-7 y ver: GD3:14: “...somos más activas que los hombres (...) te tiene atada de pies y manos y eso... El hombre pues se hacen amigos, se van a jugar a la petanca...” y véase EM5:4, EM4:10, EM8:7, GD10:11 y 19, p.e.)

Las entrevistas que hemos hecho a parejas nos ayudan a confirmar las diferencias discursivas por género. Hemos observado cómo dentro de un mismo matrimonio, teniendo los dos miembros la misma situación (salud, pasado, familia, por ejemplo) por el hecho de vivir bajo el mismo techo y circunstancias comunes, aún así, manifiestan claras diferencias en las actividades según hable uno u otro miembro de la pareja. Es una prueba clara de las disimilitudes intergénero en estas edades.

“J- (...) no puede ser es que tampoco se pueda estar uno toda la tarde sentado. Yo no soy de estar sentado

A- No, esta tarde vamos a salir.

J- No, no, no, esta tarde vamos a salir, si me refiero a que tampoco se puede estar viendo televisión (...) hay un tanto por ciento que es el que tú tienes que estudiar que todo el mundo no es exactamente igual que yo, ¿me comprendes?. Todo lo contrario, hay gente que se habitúa a estar sentada y va le va bien.

A- Como a mí. (...) mi marido tiene mucha más energía que yo. Yo no tengo tanta energía, no soy..., he sido muy activa, mucho....(.) me encanta ir a los sitios.

J- Le encantaba.

A- Me encantaba, ahora ya no.(...) Pues ya es la edad, el agotamiento, la...

J- Por vaga, por vaga, por vaga, no la haga caso. No la haga caso.(...) Es que la televisión os absorbe un tiempo tremendo.(...) el 90% de las mujeres mayores os tienen que si la novela...” (EM1314:5-6)

También se observa la **dependencia de las mujeres, e incluso “miedo”** de alguna de ellas a salir solas en las zonas urbanas. Por ejemplo, manifiestan miedo de ir a Madrid (algunas del GD2, EM17 ó GD9), las distancias largas, no se desenvuelven bien en la gran ciudad que está “hecha para jóvenes”, por la inseguridad ciudadana, etc. Este miedo sólo cohibe y surge en boca de las féminas mayores, no en los hombres. Por ello prefieren

moverse en su propio entorno y van limitando su radio de actuación al barrio, a su zona, al vecindario.

“...una de esas excursiones que hacen por ahí pero les digo que no (...) a Bilbao me iba yo sola pero ahora no (...) me da miedo, pienso que me va a pasar algo por ahí y que voy a estar rodando y nada, quita, quita. No, no... Más tranquilita.” (EM17:3 y ver GD2:13: Yo sola no me voy, ¡eh!, sola tampoco me voy...” ó GD9:13)

Se observa un uso diferente del espacio, del tiempo, y por tanto diferentes actividades (véase apartado 9.3.). También señalan diferente forma de llevar la viudedad, la soledad: las mujeres piensan que lo llevan mejor que los hombres; distinto tipo de ocio, etc. (véase GD3:22, EM12, p.e.). Sin embargo, sobre la libertad alcanzada por las mujeres mayores no hay consenso: muchos reconocen que las mujeres tienen menos libertad de salir, más obligaciones, menores posibilidades económicas. En general, las mujeres soportan de forma diferente (casi siempre peor) esta etapa vital.

“...lo resuelven cada una como puede. Unas leyendo, las menos; otras haciendo punto; otras paradas, mano sobre mano; o viendo la televisión, o eso..., y los hombres siguen teniendo actividad, por lo menos se les ve en la calle; las mujeres no. Las mujeres se meten más en casa; por lo menos aquí, en el pueblo. En las ciudades ya no, porque hay asociaciones y eso, donde se reúnen, en las mismas Casas de la tercera edad (...) los hombres lo llevan bien, porque ellos tienen sus charlas, sus paseos y sus cosas (...) Los “mandados” de las casas los mandan a los mayores, y las mujeres están en las casas, dentro de las casas, yo no sé, pero a mí me parece que los hombres lo llevan mejor, por lo menos salen más.” (EM7:10-11 y ver GD5:24-25, p.e.)

No todos los mayores son conscientes de las desigualdades intergénero, pero si lo son los expertos que coinciden en la necesidad de considerar este aspecto. Recordemos que muchos son los estudios sobre mayores, pero pocos los que añaden la perspectiva de género. Muchos no van más allá de decir “X% hombres, y X% mujeres”. Algunas investigaciones ni siquiera tienen en cuenta este aspecto diferencial. En este estudio se pretende dar un salto cualitativo e ir más allá.

9.1.3. El estatus socio-económico, eje crucial.

El género femenino ha centralizado su vida en el ámbito doméstico (aunque hayan trabajado remuneradamente) y ello marcará una situación socio-económica (estudios e ingresos) más deteriorada que la de sus coetáneos, lo cual perfila una diferenciación en sus actividades y estructuras discursivas. Todos los mayores, incluidos los de ingresos más elevados, muestran una queja unánime ante las pensiones (véase capítulo 8 y 10). Obviamente el discurso femenino es más crítico porque en ellas se encuentran las pensiones más bajas: o bien pierden la pensión propia, o la del marido se reduce al 45% al enviudar, o no tienen derecho a pensión por no haber cotizado suficiente. Estos aspectos influirán sobre las actividades de los mayores, sobre todo de los/as de estratos más humildes.

“(...)H.- ... no hay que, como se suele decir, ¡tirando!.

(...)H.-... Dígame usted a mí muchas, muchas, muchas personas con una pensión de cincuenta mil pesetas, ¿dónde vas?...

(...)H.- Yo, cobro lo mínimo para mi mujer y para mí, pero luego vienen muchos gastos (...)

(...)M.- ...cobro setenta mil pesetas y yo tengo que mantener un hijo, la casa, la luz, el teléfono y dígame usted a mí, si hoy en día con setenta mil pesetas, si no tengo que hacer maravillas...” (GD3:10)

Aunque tienen poca pensión todas no se quejan: se conforman. Pero reconocen que influye hasta para “ir a la peluquería o no” (GD9:12), viajar (GD4:13), ir al cine (EM20:5), ir a museos (GD4). Como veremos, las actividades tanto de ocio como las domésticas siguen estando generizadas y marcadas por el estrato social en estas edades.

H.- Yo lo que pienso es que con los sueldos que tenemos... esa señora por ejemplo, con ese dinero, paga luz, gas, agua... ¿por qué no vamos de excursión? porque no puedes...

M.- Que no tengo una casa sola, que tengo dos contadores de agua, dos contadores de luz, tengo teléfono...

H.- Eso la estoy diciendo, una persona que cobra tan poco (...)

H.- Los que cobran 100 y pico mil de pesetas se puede hacer más cosas..." (GD4:13)

Cuando el estatus es alto las diferencias discursivas intergénero se atenúan, pero no desaparecen. Aún así, las mujeres tienen una situación más desventajosa respecto a los jubilados. En general, los mayores de nivel elevado veremos que tienen otra percepción de las actividades, mayor insatisfacción hacia las mismas, reivindican aportar más, trabajar voluntariamente (véase apartado 9.4. y 9.5.). Este discurso se concentra en las profesiones más cualificadas. El tener o no tener determinados "bienes" (p.e. parcela en el campo, huerta, chalet o "*la caseta i l'hortet*" en valenciano) también se relaciona con el estatus. Pero hemos de decir, que en las zonas rurales o intermedias es más común disponer de algún terreno (véase GD8:18, EM9:7, GD7 y apartados 9.1.7. y 9.4.).

En relación a la otra cara que define el estatus (el nivel de estudios), podemos decir que **el nivel educativo** que poseen es un factor decisivo a la hora de realizar unas u otras actividades. Por ejemplo, apenas leen, no manejan algunos de los aparatos más recientes (ordenador, p.e.) (véase apartado 9.4). A esto se añade el complejo/sentimiento de inferioridad ya tratado, de no haber podido estudiar. Nos transmiten, sobre todo los discursos masculinos de mejor posición, una sobrevaloración de los estudios.

"- Para todos hay, lo que antes éramos más burros y ahora serán todos inteligentes.

- Ahora son todos inteligentes, ¿no?

- No teníamos para estudiar.

- A los 14 años a trabajar ¡punto!

- Si es que, aún queriendo, no podías.

- ¿Cómo teníamos que estudiar si no teníamos dinero?, bastante hacíamos si comíamos, los años nuestros de posguerra bastante hacíamos si comíamos, ¿cómo teníamos que estudiar?" (GD9:17 y véase GD4:4, EM12:5, p.e.).

9.2.4. Dimensiones "físicas": salud-enfermedad, limitaciones y dolencias físicas.

La salud y las primeras dolencias (cuando no enfermedades más serias) conforman otro bloque de factores señalados, tanto por los mayores de nuestro estudio como por otras investigaciones recientes, como determinantes para la realización de unas u otras actividades. Ya citamos en el 8.3. las enfermedades más comunes de los mayores, pero toda aquella información detallada cobra más relevancia si tomamos en consideración los **problemas psicosociales** que pueden ser consecuencia de estas deficiencias físicas. Estos efectos pueden ser: no poder realizar algunas actividades de ocio o trabajo; no poder salir de casa; no tener acceso ni movilidad a muchos edificios; desintegración social; pérdida de relaciones sociales, incomunicación, soledad; rechazo familiar y social; sentimiento de inutilidad; descenso de la autonomía personal y aumento de la dependencia, etc. Todas estas consecuencias comentadas serán características de los más mayores en edad, y para los mayores más jóvenes y aún sanos pueden serlo a corto o medio plazo. Por tanto, no se deben cerrar los ojos a las diferentes propuestas de prevención de enfermedades teniendo en cuenta un futuro de mayor dependencia. En nuestro estudio, se trata por ejemplo, de la disminución de la memoria, de la menor capacidad visual y auditiva, de la pérdida sensorial y de reflejos, de la menor rapidez, agilidad y fuerza, entre otros.

"...no veo ni con gafas, y no ves como antes; yo antes con la luz de la bombilla bordaba y contaba los hilos y ahora no; ahora estoy haciendo a la niña y estoy sufriendo. Lo hago porque me gusta bordar pero no, no porque no tienes vista, pierdes la vista y ¡lo pierdes todo! (...) pierdes la vista, pierdes reflejos, cuando eres más joven tienes

un reflejo muy grande; cuando te haces mayor te quedas así más parada, no tienes la actividad...” (GD9:7, y véase EM17:4, GD3:23-24 y 25 y ver GD3:7)

Los mayores piensan que un mayor nivel de ingresos puede favorecer el estado de salud. Por tanto, hemos observado a tenor de varios análisis (GAUR, 1975; Aguirre, 1977; Quintana, 1977, pp. 135-168; Almarza y Galdeano, 1989, pp. 35-42 y 337-364; Endesa, 1989; Bazo 1989, 1991a, 1991b, 1991d, 1992; Reig y Ribera, 1992; Buendía, 1994; Quintero y González, 1997) que la situación de salud en esta etapa está influida por varios factores: recursos económicos, dieta y nutrición, actividades, edad, género, apoyo social, autopercepción, etc. Es decir, por ejemplo, una situación económica adecuada garantizará una buena salud, pues a mayores ingresos mayor posibilidad de consumir alimentos de calidad, de disponer de servicios, de mejores condiciones en la vivienda, etc. (ver 8.3.).

A las limitaciones físicas se unen algunos cambios psicológicos: el desánimo, la falta de ganas, la falta de ilusión. La desmotivación por hacer algo que no les “llena” y tampoco está considerado socialmente paraliza a los mayores (ver EM1819:4-5 y ver EM15:3-4). Todo ello se resume con un “discurso de pérdida” de facultades, de limitaciones y excesos o “pequeños vicios” que ya no pueden hacer porque tienen que prevenir o cuidarse de posibles enfermedades y dolencias.

“...hay menos desgaste en todos los conceptos. Es decir, no tienes ilusiones de los viajes, es decir, "es que me cansa el viaje, de tanto andar en coche", es que... la ilusión para el coche ya paso. Y también "si es que a mí no me apetece tomar unos vinos. si es que no me lo permite el estómago". ¿una noche de cenar? tampoco me lo permite. o sea, yo con un pescadito, con una sopita, algo parecido, tengo bastante. ¿El ir al baile? pues no me apetece esta noche tener que estar hasta las 4 de la mañana porque ya llego roto... todas esas circunstancias, y todo eso es dinero. El tabaco, no sé si aquí fumamos alguno... (H.- Yo fumo puros...), yo fumaba, pero llega el momento que dices "no, que es mi salud, ya no fumo" y claro todas esas cosas...

H.- Estás descalzo...

M.- Vamos dejando de todo, de todo.” (GD4:13 y ver GD6:10-11: ...Tengo que ir a sitios de rehabilitación. Tengo bronquitis también, tengo problemas en las vías respiratorias...”)

Hasta tal punto es relevante la autonomía física que a muchos -los que están más delicados o tienen algún familiar enfermo- sólo les preocupa (como valor principal) su situación de salud o enfermedad. La salud pasa a ocupar un primer plano en la escala de valores y preferencias en aquellos más delicados/as de salud (véase capítulo 8, 11 ó p.e. EM1819:7). A pesar de que los mayores de nuestro estudio no tienen problemas de salud graves (hemos seleccionado a mayores con un nivel de independencia considerable) en el sentido de no estar dependientes, todos/as enfatizan la importancia de la salud no sólo para estar activo sino para una mejor vivencia de esta etapa (capítulo 11). Ellos saben que los mayores “sin salud” piensan, actúan y son considerados socialmente de forma distinta.

“...todo depende de cómo esté uno económicamente y de salud: primero salud... si no tienes salud... Y por eso yo te decía: consulta a personas que estén más inválidas y verás como cambia... (...)
(...)- (...)... Tienes algún inconveniente para viajar, te tienes que cambiar la bolsita todos los meses pero... por eso ¿no tienes ilusiones? pues no las puedes tener porque no puedo ir, viajar, no puedo viajar con alegría...” (GD8:21, ver GD2:31, p.e.o capítulo 10)

9.1.5. Trayectoria vital y laboral: costumbres, hábitos y estilo de vida anteriores

Como vimos en el capítulo 7 el pasado laboral y vital ayudaba a entender mejor las actitudes hacia la jubilación (capítulo 8) de los mayores, y por ende, también nos ayuda a profundizar sobre las actividades en la actualidad. Ello explica, en parte, que las estructuras discursivas de los mayores son un reflejo del pasado claramente fragmentado según la pertenencia a uno u otro sexo, estatus o hábitat. Generalmente, los que en su pasado

practicaban determinadas actividades de ocio más participativas (p.e. deporte, actividades sociales) o bien más pasivas (TV, descanso, p.e.) la tendencia es a continuar en esta línea. Parece que se cumple en buen grado la Teoría de la Continuidad formulada por Atchley (1971, 1972, 1989) y hoy confirmada por otras investigaciones (Kelly (ed.), 1993)¹⁰. Tal como los mayores dicen, recordando el refrán popular, “genio y figura hasta la sepultura” (EM3:12 ó EM1:3), o tal como apuntan varios autores “uno envejece como ha vivido”.

“...lo que pasa es que “genio y figura hasta la sepultura”, no puedes evitar el que todavía te sigan importando las cosas que antes te importaban” (EM1:3) ...esa palabra tan manoseada de “genio y figura”. Sencillamente lo que se ha percibido de pequeño y que se ha vivido durante toda la vida (...) O sea, que esencialmente no hay una variación radical...” (EM1:5 y ver EM3)

Los propios mayores reconocen las diferencias entre ellos según sus andaduras laborales, que luego inciden en tener más o menos posibilidades de seguir trabajando soterradamente y/o realizar otras actividades. Se enfatiza la influencia de la profesión anterior sobre las actividades que en la actualidad realizan o dejan de realizar. Veamos, por ejemplo, como el que ha trabajado en la agricultura continúa trabajado como hobby en lo mismo (el trabajo como *medio* pasa a ser actividad/trabajo como *fin vital*), o cómo uno que fue profesor ahora no encuentra nada que le entretenga o que le aporte lo que el trabajo le proporcionaba (del trabajo como *medio* y *fin* pasa a la actividad *sin sentido*).

“...me entretenía con la clase, con los alumnos, a mí no me entusiasma ninguna otra cosa” (EM18:9:6)

“...en los pueblos tienen tierra y siguen trabajando porque es el ramo agrícola. Entonces pues viven como marajás porque si tienen un poquito de aquí y otro poquito de allí pues ya juntan dos poquitos, pero el que tenga nada más que un poco pues ese está castigado...” (EM9:7, ver GD7, GD8, p.e.)

Entre las mujeres hay una clara diferencia entre las que han trabajado de forma remunerada y las amas de casa. Las que han trabajado ahora tienen más necesidad de salir, de estar activas, de “realizarse”, de relacionarse... Las amas de casa aunque también lo deseen no lo manifiestan tan nítidamente ni tampoco lo necesitan tanto (¿están acostumbradas a permanecer relegadas en el espacio doméstico?) como las que han trabajado fuera del hogar. De hecho las más activas suelen ser las que han trabajado anteriormente fuera del hogar y ahora buscan otras “actividades” extradomésticas. Veamos algunas de sus expresiones (ver capítulo 9.3., p.e. GD2:3-4, EM7:5).

Piensan que las que no salen es porque no quieren o no les gusta, sea porque no pueden sea porque no han salido nunca (costumbres, pasado), o porque se conforman con la pasividad (debida a múltiples causas: soledad, limitaciones físicas, obligaciones familiares, etc.) (véase GD2:16). De hecho, las amas de casa mayores se consideran “más caseras” y prefieren permanecer en el hogar como siempre han hecho.

“... he sido muy casera siempre. Me ha gustado siempre mucho la casa, estar muy a gusto en casita. Hay algunas que no, que dan una vuelta por aquí y otra vuelta por el otro lado, que no paran en casa y la casa se les cae encima. Y a mí no, a mí es al revés, me gusta estar en casa. (...)” (EM17:4)

“J- Yo en casa, soy muy casera, he sido siempre muy casera. No he tenido más remedio con los hijos pero he sido muy casera.” (EM16:3 y ver EM6:10, GD9:6)

La falta de libertad pasada, la poca capacidad de elección, unido al bajo nivel adquisitivo de las mujeres mayores condiciona las actividades que actualmente ocupan su

¹⁰ Véase la edición de varios autores *Activity and aging* (Kelly, 1993) básica para nuestro estudio. Concretamente para este punto el artículo del propio Atchley sobre “Continuity Theory and the Evolution of Activity in Later Adulthood” (pp. 5-16). John R. Kelly es un sociólogo norteamericano, profesor de la Universidad de Illinois, autor de numerosas obras e investigador en organismos como el *Institute on Aging*. Los otros autores/as que componen esta obra también son profesores y/o investigadores sobre del tema.

tiempo y sus significados (ver capítulo 7, p.e. GD2:20 ó GD9). El hecho de que las mujeres mayores han tenido que compatibilizar el trabajo doméstico y el remunerado, las ha obligado a estar muy activas y esto produce que ahora, tal como ellas dicen “no pueden estar paradas”. Observamos cómo muchas están sobrecargadas pero otras son más pasivas. Con los varones ocurre lo mismo, pero se encuentra una mayor homogeneidad en la actividad que en las mujeres (véase GD9:2, GD3:12 y próximos apartados).

9.1.6. Entorno relacional: familia y relaciones extrafamiliares

Aludimos ahora a los factores relacionados con las interacciones sociales, el apoyo social (denominado *apoyo informal*) de éstas o bien la ausencia de relaciones (soledad). Nos referimos a la incidencia de las relaciones familiares (bien distintas según la estructura familiar, el modo de convivencia y el estado civil) y las relaciones extrafamiliares (ver 9.5.). Observamos cómo los que tienen un entorno más amplio de relaciones de amistad o vecinales quizás sus actividades sean más participativas que las de aquellos que viven en soledad. Obviamente, también son más participativos los que están en asociaciones o acuden a cualquier otro espacio social: parroquias, Hogares, Clubes.

En general, los mayores se limitan a actividades realizadas en un entorno próximo (familiar, amical), y de ocio más pasivo que implicado socialmente. Por tanto, las diferencias en las actividades, teniendo todos el mismo estatus y ocupaciones de nivel similar, género o nivel de salud igual, pueden entenderse por factores individuales (forma de ser, gustos, motivación, personalidad) y factores más psicosociales como los que estamos comentando: entorno familiar, amical, vecinal; modo de convivencia y residencia, estado civil y número de hijos que implica más o menos responsabilidades familiares, principalmente. La soledad y la viudedad conlleva que se realicen (o mejor dicho, dejen de realizar) determinadas actividades. Aunque el duelo de la muerte ya no se respeta como antiguamente, sigue habiendo mujeres que están años sin salir y vistiendo de negro (sobre todo en zonas rurales, aunque cada vez es un fenómeno menos observable). La viudedad influye a unos y a otras de forma distinta. Pero en cualquier caso la soledad deviene, generalmente, en mayor pasividad y en relaciones más limitadas. Parece que los/as que están solos muestran unos discursos más tristes y desanimados:

“...cuando me jubilé ya era viudo, y todos los proyectos que habíamos hecho mi mujer y yo para cuando nos jubilaríamos, para cuando yo me jubilara, pues eso no fue posible porque ya estaba yo sólo. Quiero decir, que si yo, al jubilarme, hubiera tenido a mi mujer, posiblemente no me habría aburrido tanto, o habría distribuido mi tiempo de una forma mejor. De la forma que nosotros habíamos previsto, de viajar, de hacer tantas cosas que habíamos previsto hacer... Y bueno, me quedé viudo y, la verdad, me he quedado muy sólo, es una enfermedad terrible la soledad, terrible.” (EM12:2 y ver EM15:5)

Pero no sólo depende de circunstancias y las relaciones o soledad (ver GD2:9 y EM17:7) sino, tal como estamos diciendo, de las circunstancias de las personas del entorno (que aún trabaje algún familiar cercano, o las amistades) o por el desconocimiento de las actividades que se pueden realizar en el entorno más cercano. En cualquier caso la importancia de las relaciones sociales es fundamental no sólo en los mayores (también en la población general), pero en estas edades se acentúa su relevancia (véase epígrafe 9.5.).

“...mi mujer... ella fue la que me entró en esto (...) que si supieran ellos o alguien les metiera un poco en esto, entrarían ahí. Entonces claro, si no lo sabes, si nadie te da ese empujón pues no puedes, no sabes...” (EM8:5 ó ver EM12:5 “- El entorno y las costumbres: el entorno también es muy importante, es decir, que yo, estos amigos que he tenido...” ó GD9:7, p.e. y ver epígrafe 9.7.)

9.1.7. Entorno espacial: hábitat y prestaciones disponibles.

Los mayores destacan que tanto un hábitat como otro presenta sus ventajas y sus inconvenientes. En cualquier caso, los mayores que se muestran más satisfechos con sus zonas o hábitats son los que viven en zonas intermedias (GD6, GD9, GD10) o rurales (GD7), pues los de zonas urbanas (GD1, GD2, GD4, GD8) o megaurbanas (GD3, GD5) subrayan con énfasis las desventajas de unas y otras áreas. En todo caso, los mayores destacan las ventajas siguientes en las áreas rurales-intermedias:

- 1) Proximidad relacional: se sienten más “arropados”, relaciones más estrechas para lo cotidiano o en caso de emergencia
- 2) proximidad física: distancias “cortas” y cercanía de servicios. No suele necesitarse medio de transporte.
- 3) cotidianeidad pública (cualquier actividad cotidiana -comprar, pasear...- es de carácter más público, en relación con los demás).
- 4) actos y celebraciones públicos (celebraciones, ritos, folklore popular) Algunos ritos y actos privados, se convierten en actos públicos y sociales. Por ejemplo, las celebraciones (religiosas, festivas, folklóricas) son sociales, con la participación de casi la totalidad del municipio-localidad. Por ejemplo, incluso la vivencia de la muerte de algún vecino es “más social”.
- 5) Consumo y servicios más económicos
- 6) Tranquilidad callejera y seguridad ciudadana
- 7) Transición suave a la jubilación, si se ha trabajado de forma autónoma

“H.- Sí, pero para los jubilados que estamos hablando yo creo que es mejor el pueblo

M.- ¡Claro! [Asienten todos]

M.- Y para las personas mayores, para todos.

M.- A nosotros si nos llevaran a una capital no sabríamos ni...

H.- ¡Hey! Yo me jubilé en Barcelona, si yo estuviera en Barcelona (M.- ¿qué harías?), una, que con la pensión que tengo tendría para medio mes allá (M.- Ahora lo has dicho), y aquí voy tirando, voy haciendo...

M.- Y si una noche están roncando o escuchan un chillido acuden todos y allí en Barcelona dicen “¡tira!” (...)

M.- Pero aquí es diferente. En la capital sólo salir ya necesitas más dinero... y aquí (...)

(...) M.- Positivos que nos viene mejor estar así, claro, la vecina por ejemplo “toma un calabacín”... pues ya lo he cortado y para cenar...” (GD7:12-13 y ver EM9:3-4, EM6:5, EM12:7), GD10:11-12 y 15, EM10:4)

Pero también junto a estos aspectos positivos señalan **carencias o desventajas** en las zonas rurales:

- 1) Aburrimiento, falta oferta de actividades. Por ejemplo, dicen las mujeres que “no salen”, “no se arreglan” como en las capitales porque no acuden a cafeterías, ni al Hogar, ni al cine, ni a pasear viendo escaparates (los paseos son por el campo).
- 2) Control social. No tienen anonimato, se conocen todos “para lo bueno y para lo malo”
- 3) Oferta de servicios limitada. Ausencia o deficiencia de muchos servicios (sanitarios, sociales, etc.), que “no llegan”.
- 4) Soledad, abandono jóvenes (emigraron), falta de vitalidad, poca “vida juvenil”.

“J.- En cambio allí es todo lo contrario, y en el pueblo no se puede estar, claro, por supuesto.

A.- En el pueblo hace mucho frío.

J.- Es que un pueblo es..., no es que sea aburrido, es que es insoportable. Oye es verdad (...) estamos hablando de una vida normal en un año(...) No estamos hablando de 15 días (...) tener una televisión y tragarte la televisión todo el día.” (EM1314:9 y ver p.e. EM1819:6: “..pueblos tienen muchos menos medios para pasar la vida y entonces es muy monótono...” ó ver EM4:6, GD7:12-13, ver GD7:8, 10 y 20)

Un aspecto importante que hemos observado, aunque ellos no lo mencionen, es la transición más suave a la jubilación en estos medios, porque es donde suelen concentrarse oficios como el agrícola u otras profesiones artesanales, en cualquier caso autónomos.

Como ya vimos en el capítulo 8, en estos contextos la jubilación es más progresiva, menos abrupta (Fericgla, 1992: 132, García Sanz, 1997, Serra, Dato y Leal, 1988:34). Como la jubilación surge a raíz de la sociedad industrial es comprensible que en los contextos donde predominen anteriores modelos de producción (agrícola y pre-industriales), a pesar de los avances y cambios (a lo que se une mayor posibilidad de relación) la jubilación sea menos gravosa, y a veces inexistente. Pero si a esto se añade que muchos tienen que abandonar sus pueblos (vender su propiedad para adquirir un piso en la ciudad) e ir a las ciudades donde viven los hijos, el cambio será abrupto y más negativo. De todas maneras, muchos son los que continúan trabajando en estos medios rurales (véase 9.3.), y **es la enfermedad la que suele jubilarles, no la edad**. Pero vemos que ello dependerá de la profesión que se haya tenido más que del hábitat, pero la clave de considerar el hábitat es que en él se concentran determinadas profesiones que permiten una jubilación más paulatina.

El envejecimiento urbano presenta modos de vida (ocupaciones, ritmos, movilidad, viviendas deterioradas, dificultades relacionales, etc.) que se transforman en un factor de crisis urbana actual. En la ciudad la vida es menos confortable, más cara, más tensa (Abellán, o.c., XLVIII); la gran ciudad es un problema para el mayor (Casals, 1982, 92 y ss.). El entorno urbano (circulación, falta de espacios verdes, obstáculos de todo tipo, etc.) resulta inadecuado para la población general, pero se convierten en problemas más acusados para los mayores, que suelen concentrarse en los cascos antiguos de las grandes ciudades y en viviendas deterioradas, o bien su vida se limita al barrio (similar entonces a los contextos rurales). De todas maneras, según García Sanz (SECOT, 1995) en los medios rurales los problemas tampoco faltan: pensiones más bajas, asistencia deficiente, falta de servicios generales, entre otros. En cualquier caso, en todos los ámbitos se encuentran ventajas y desventajas. El envejecimiento diferencial rural-urbano debe ser asumido y conocido por los poderes públicos; merece, pues, especial atención.

Algunos mayores que proceden de hábitats rurales muestran tal satisfacción que incluso llegan a un cierto localismo (p.e. GD10:16). Muchos muestran un “deseo” frustrado de querer estar en sus tierras pero no pueden bien porque emigraron cuando eran jóvenes (algunos miembros del GD4) o bien porque tienen que estar con sus hijos que se trasladaron a las ciudades (p.e. EM6). Otros critican las distancias físicas y la dificultad para relacionarse en las grandes ciudades (Madrid, Málaga, en nuestro estudio) en comparación a las ciudades intermedias “más manejables”, más prácticas. En zonas rurales o intermedias se perciben más relaciones, más actividades comunitarias, incluso la muerte es una “actividad social”, un “rito popular y comunitario” (ver 9.5.3.2.). En cambio, en las ciudades, según algunos de ellos “te mueres y no se entera nadie”. Aprecian las relaciones de los pueblos pero también el anonimato de las ciudades.

Hay pautas de los mayores y hacia los mayores que trascienden el hábitat y se encuentran en cualquier espacio. El hábitat es una dimensión más que ayuda a entender la actividad de los mayores, pero no es siempre determinante, como podremos comprobar. Algunos reconocen que incluso en las zonas rurales están emergiendo “pautas urbanas”, como por ejemplo, la pérdida del respeto a los mayores y la pérdida de algunas de las actividades relacionales: sentarse en la calle, algunas fiestas y tradiciones populares, etc.

“...los abuelos, la tercera edad yo creo que ha perdido bastante, y eso que en los pueblos todavía, todavía, nos salvamos un poco. En las ciudades es más. (...) no pueden atenderlos tanto...(EM7:7) ...Con la televisión entró la gente en casa... En los pueblos, antes, se juntaban las vecinas en las calles y se sentaban en las puertas a coser o a hablar o a eso..., y las mayores, pues las mayores se sentaban a escuchar a los otros o a dar también... (EM7:10) Si salen y eso, mejor en la ciudad, pero si tienen que estar dentro de casa, en los pueblos, porque en la ciudad te metes allí en un piso, y ya no te vuelve a ver nadie...” (EM7:11)

Parece que los de zonas rurales e intermedias prefieren vivir en sus propios hábitats. Sin embargo en los de zonas urbanas y megaurbanas hay mayor disenso: algunos aprecian estos espacios porque son “su entorno”, pero otros preferirían vivir en zonas intermedias. Para muchos el espacio “ideal” es una combinación de zona rural y urbana, las zonas intermedias, pero no sólo por el número de habitantes sino por otras condiciones vitales que incluyan las ventajas de los asentamientos más pequeños y ventajas citadas de las ciudades. Tres conclusiones para finalizar: a) la preferencia general por los espacios intermedios, b) mayor satisfacción de los mayores de zonas rurales e intermedias con su entorno frente al mayor conformismo o insatisfacción que muestran los mayores de ciudades y megaurbes, c) y sobre todo, la preferencia por seguir en el entorno donde siempre han vivido, donde disponen de relaciones sociales y familiares cercanas, p.e. “...*en Salamanca. Me he criado aquí y aquí me gusta estar, sí.*” (EM17:4 ó ver EM1314:19, GD10:6, p.e.)

9.1.8. Dimensiones “individuales”: personalidad, preferencias, expectativas

Otro bloque de factores a los que los mayores aluden es lo que podemos denominar “factores individuales”, que complejizan aún más el análisis y acentúan la heterogeneidad intrageneracional. Es lo que ellos denominan “carácter”, “forma de ser”, gustos, preferencias... para referirse a la decisión individual a la hora de realizar cualquier actividad. Pero como estamos viendo, todos estos factores individuales sumados nos llevan a otros factores -ya tratados- que explican que, junto a las diferencias individuales, predominan unas dimensiones compartidas si no por todos los mayores, sí por determinados “tipos o grupos” de mayores: mujeres, mayores de estatus elevado, mayores rurales o urbanos, mayores voluntarios, mayores sedentarios, etc. Es decir, los denominados “factores individuales” tan ambiguos no están en el vacío, sino que vienen determinados por el género, estatus, hábitat, pasado, entorno, entre otros. Aún así trasladaremos los discursos que reflejan la importancia de los “factores individuales”. Sea la pereza, las “ganas”, la dejadez, los gustos.... vemos que no son dimensiones meramente individuales sino que si profundizáramos “esta pereza, gusto particular por algo, esa mentalidad” vendrían marcados por otros factores. Ellos mismos aclaran que, aunque depende del “carácter”, ese carácter viene dado por las costumbres, la educación, la familia, el entorno o la profesión, por ejemplo.

“- Se hace uno perezoso...

- Por dejadez, por dejadez...

- No... por dejadez, por no llamar y por no citarnos y yo qué sé...” (GD5:12)

“- Es que según como se haya criado uno.

- Es según carácter de cada persona...”(GD10:11-12 y ver GD8:8, GD6:12-13, GD7:11-12, EM4:7, GD3:23 y 35, EM3:9; EM16:2-3 y 9)

A todas estas ideas, sumamos la diferente **percepción de los acontecimientos diarios**. Es decir, una misma situación variará según la forma de percibirla por el propio mayor: muchas veces en torno a un hecho se tienen distintas percepciones y opiniones, y eso es lo que ocurre también en esta etapa. Esto podía entenderse como una dimensión individual, pero en el fondo la percepción (en este caso discursos más o menos compartidos) de los fenómenos suele ser compartida y significada desde los demás, de ahí, de nuevo, la importancia de tomar las actitudes como acciones discursivas en relación a los demás, no como algo individual. Generalmente piensan que se vuelven más pesimistas, más negativos (reafirmando uno de los estereotipos de mayores) pero también se volverán más tolerantes, más “relativos” a la hora de valorar un problema o situación.

“...antes cuando yo tenía una edad normal, los problemas no los veía problemas, y ahora, que te digo yo, un familiar se dobla un pie o una cosa “complicadilla”, apendicitis, que en el fondo antes no le dabas... y ahora es como si se te cayera el mundo encima o una cosa que te lo ves ya que no lo sacarás adelante, eres muy pesimista, lo ves todo negro... (...)

- Sí, algo de eso hay.

- Los problemas se acusan más cuando eres más mayor.

- Eres más sensible.

(...)- Y ahora lo miras y de una punta haces un caballo...” (GD8:9-10)

“...Y es que ¡pasas! ¡of! eres un pasota increíble, eres un pasota increíble... Te da igual ocho que ochenta en el sentido... ¡vamos! te haces más tolerante, te haces más tolerante...”

- Exacto...

- ... muy to... bastante más tolerante, ves las cosas (...)

- Yo creo que más que pasota la palabra es tolerante...

(...)- Justificas cosas que no disculpabas... A mí me parece que te conviertes en más humano (...)

- ¡Hombre!, lo ves ya desde un prisma totalmente distinto... (GD5:22 y ver EM1:5: “...más indiferente hacia todo, ¿no?, o sea, ya empiezas a darle menos valor (...) no puedes evitar el que todavía te sigan importando las cosas que antes te importaban. Pero te importan menos (...) es la relatividad de las cosas...”)

Según los discursos de algunos mayores parece que se cumple el estereotipo del “viejo cascarrabias”. El carácter tiende a volverse más agrio, áspero, aumenta el mal humor, se pierde la ilusión; invade la desgana, la pereza, el miedo a hacer determinadas actividades... Estos cambios son destacados por muchos mayores en esta etapa.

“...cogemos manías en muchas cosas (...) no sé porqué se nos hace mal genio, no tenemos paciencia...(...) porque nos hacemos viejos, yo tengo la manía de que tiene que ser eso porque ¿por qué? Si una persona ha sido alegre, si no le ha faltado nada, ha estado siempre bien ¿por qué después ves ese cambio? ¡Lo he pasado en la familia! Yo mi suegro, para mí no era mi suegro era mi amigo, y con él nos íbamos donde fuera y hablábamos con libertad y con una cosa ¡cómo si fuéramos hermanos o amigos! y cuando el hombre empezó a tener sus cositas, empezó a no poder hacer lo que quería y a estar algo delicado pues se le puso un mal humor...”(EM1:7 o ver GD4:14: “...ya no tienes esas ilusiones como tenías antes...” o ver GD8:11: “...¡ché! si yo siempre he sido bastante divertido ¿cómo dicen que ahora tengo mal genio?” ...)

Algunos comentan que las actividades y vivencia de la jubilación son diferentes según cada persona y destacan la imposibilidad de generalizar. Pero, hemos podido observar (de forma manifiesta o latente) la coincidencia de sus discursos y actividades, que restan relevancia, si cabe, a los factores “más individuales”. Aunque **no podemos decir que “todos los mayores son iguales”, igualmente es una generalidad decir que “todos los mayores son diferentes” o que todo se debe a factores individuales y no comparten características comunes.** No coincidimos en la relevancia que muchos autores otorgan a los factores individuales desmereciendo la influencia de otros factores psicosociales (que conforman los que denominamos “individuales”) sobre la realización y sentido de las actividades en el envejecimiento.

“...puede influir de alguna manera en alguna mínima medida el ambiente o el medio donde se conviva, puede ser, pero hombre, el bien y el mal sale de dentro.(...) hay unas tendencias muy personales y muy particulares y efectivamente hay a quien le gusta el campo y hay a quien le gusta la montaña y a quien le gusta el mar y a quien le gusta la ciudad. (...)” (EM1:7-8)

9.3. ACTIVIDADES REMUNERADAS Y NO REMUNERADAS: ¿El trabajo tiene edad?

9.3.1. LOS SIGNIFICADOS DEL TRABAJO REMUNERADO MÁS ALLA DE LA JUBILACION

Generalmente, tras la jubilación laboral el tiempo dedicado al trabajo remunerado es nulo, es cero. Pero no ocurre así en todos los mayores pues según datos del Censo (1991) el 2,42% siguen trabajando más allá de los 65 años debido a las jubilaciones tardías en algunas ramas profesionales. En los países de la CEE la tasa de actividad de mayores de 65 años es de 7,1%, mientras que en España es del 5,6% (Castells y Pérez Ortiz, 1992) o del 7% (Encuesta "Nuevas Demandas", Durán, 1990), según la fuente consultada. En cualquier caso, estos bajos porcentajes se entienden porque España es uno de los pocos países de Europa en que no es compatible el trabajo remunerado con la percepción de pensión. En este apartado no nos referimos a los mayores de 65 a 69 años aún no jubilados (que son, según la EPA 1996, un 5% frente al 31% en 1977), sino a los jubilados oficialmente, pero que siguen trabajando sumergidamente.

No sólo este porcentaje de mayores son los que continúan trabajando. Estos son datos oficiales pero hemos de decir que muchos mayores siguen realizando actividades de forma similar a un empleo en cuanto que perciben una remuneración por ellas. Respecto a esta cuestión no se dispone de datos oficiales. De todas maneras, se sabe a raíz de sus discursos y manifestaciones que buena parte continúan trabajando. Estos trabajos pueden tener relación con su profesión anterior o ser una actividad que nunca habían desempeñado. En general, es más frecuente el primer caso, pero eso sí, casi siempre cobrando menos (porque también se trabaja menos horas, a tiempo parcial, en periodos puntuales o temporalmente) y en peores condiciones de trabajo (sin contrato, sin seguridad, con riesgo de perder la pensión, etc.).

En realidad, resulta casi imposible conocer con certeza los datos y la cantidad de mayores que trabajan, pues se trata de tareas de tipo "extraoficial". Por ejemplo, según datos de Ramos (1995:68) apenas dedican una hora al día al trabajo remunerado. Pero pensamos que este promedio es muy pequeño y que muchos/as mayores trabajan algo más (3:52 horas/día como media, según Durán, 1990), sobre todo, los/as profesionales liberales y trabajadores autónomos que pueden seguir trabajando por su cuenta.

Detrás de esta situación muchas veces se esconde el estereotipo social de que los mayores tienen "menos gastos y menos necesidades", "no necesitan trabajar", cuando en realidad muestran diversas demandas personales y sociales¹. Por ejemplo, un 30% de hogares españoles tiene por cabeza de familia a un jubilado (Cuenca, 1995; CIRES, 1993) con la responsabilidad económica y psico-social que dicha situación implica (ver cap. 8.3.). El hecho de que muchos mayores continúen trabajando o desearían continuar haciéndolo tras la jubilación puede explicarse también por el concepto negativo que se sigue teniendo del ocio, que en el 48% de las personas (Santisteban, 1992; Cuenca 1995:87) es identificado como actividades para "matar el tiempo" y, por tanto, no resulta incoherente que el 41% de los mayores de aquel estudio quisieran continuar trabajando. Pero en el momento en que el ocio sea algo más que "no hacer nada", mera diversión o entretenimiento "impuesto" desde arriba, y pase a ser un ocio más activo, elegido, libre, que aporte nuevos roles de autorrealización (que tome vuelo la mencionada "cultura del ocio"), probablemente el deseo de continuar trabajando será menor y la adaptación a la jubilación más fácil.

¹ Para conocer las distintas demandas y necesidades de las personas mayores pueden consultarse varios estudios en nuestro contexto (INSERSO, 1989, 1990; Durán, 1990; Cano, 1990; González Rodríguez, 1995. Véase capítulo 8.3.). La disminución evidente de otros gastos y necesidades no está evitando que el mayor sea un "demandante" de servicios (sociales y sanitarios) o un consumidor (medicamentos, alimentación, etc.), quizá algo distinto al de otras edades pero demandante y consumidor al fin y al cabo.

La imagen de estos trabajadores de edad es bastante frecuente si se observa nuestro entorno. Son por ejemplo mayores que hacen algunos "trabajillos", tareas agrícolas, trabajos artesanales, en pequeños negocios familiares, recados, etc. Observamos dos tipos, al menos, de trabajadores/as "después" de la jubilación: 1) los que trabajan por motivos instrumentales, por necesidad económica, por completar su baja pensión (y en el caso de muchas mujeres por completar la del marido). Es lo que ellos mismos denominan "realización de chapucillas para sacarse unos cuartos" y para pasar el rato; 2) y por otra, mayores de otros estatus, con profesiones liberales, autónomos, agricultores, artesanos, escritores... que continúan trabajando por motivos expresivos, más intrínsecos al propio trabajo, para "autorrealizarse". Como ellos mismos dicen "no nos jubilamos nunca", pero eso sí, la intensidad, salario y el tiempo de trabajo suele ser menor.

Sea cual sea la motivación o la razón el trabajo se caracteriza ahora por la no obligatoriedad con la que habían tenido que trabajar anteriormente. De hecho esta liberación de la "obligación" de trabajar de sol a sol, esta voluntariedad, es lo que ellos aprecian ahora. Veamos las diferencias discursivas por estatus (más que por género) en el trabajo más allá de la jubilación. En el caso de los **mayores con un menor nivel socioeconómico**, destacan que hacen "lo que les apetece" o al menos no están tan obligados como antes, pero la motivación suele ser más instrumental que en los mayores de mejor posición. En estos mayores encontramos ambas significaciones: trabajar como medio (para complementar pensión, ayudar a los hijos) o trabajar como fin (por "amor al trabajo", por placer), o simplemente por continuar con el mismo ritmo, por hábito, por costumbre. En esta última idea, presente en los mayores, de no querer quebrar el ritmo anterior se cumple no sólo algunas premisas de la *teoría de la Actividad* (Cavan et al., 1949; Havighurst y Albrecht, 1953; Havighurst, 1961; Neugarten et al., 1968), sino también de la *teoría de la Continuidad* (Atchley, 1971, 1972, 1993; Bengtson, Reedy y Gordon, 1985) defendida hoy por varios autores (Atchley, en Kelly, 1993). Esta continuidad en el tipo de trabajo que realizan se intuye porque siguen haciendo trabajos relacionados o idénticos a los que realizaban con menos de 65 años. La ruptura se produce, pues, en el eje de significación y en algunas condiciones laborales ya citadas.

"...hago algo, pero poco, coger alubias, tomates, coger pepinos, berenjenas, pimientos... esta es mi afición, que aún hago, pero poco ¿eh?... y es que en el campo nos jubilamos cuando nos morimos ¿eh?... (GD7:7)

"J- Por distraerme un rato por la mañana y ya está (...) Bueno, gustarme desde luego no me gusta. lo tengo que hacer porque es como una necesidad. Porque empleo el tiempo, ¿y qué vas a hacer si no tienes otra cosa?. Emplear el tiempo, prácticamente es la realidad, ¿no?. Porque gustar (...), con una vez que yo vaya a la parcela y lo cave y lo prepare tengo bastante. Pero sin embargo voy todos los días. ¿Por qué?, por ir, por pasar el rato, porque no tengo otro sitio donde ir (...) aunque está retirado está trabajando..." (EM9:2-3 ó ver GD10:3-4: "...trabajar trabajamos igual que antes, yo aún no he parado.

- Si, pero tener esa tensión que tenías antes... ¡A las seis!, a toque de pito..." o ver EM11:3, p.e.)

Del trabajar después de la jubilación pueden extraerse dos ideas fundamentales: por una parte, la actividad como indicador indudable de calidad de vida de los mayores; y por otra, la actividad y el trabajo como "amortiguadores" o "rejuvenecedores" en la jubilación y la vejez. Es decir, el trabajo además de aportar relaciones e ingresos (el trabajo como *medio para*) se convierte, según los "trabajadores jubilados", en una actividad como *fin vital* en sí mismo, para seguir sintiéndose más joven. De nuevo, recordamos el cambio de significado de la actividad, pero sigue siendo igualmente central en los mayores. Veamos las distintas motivaciones, con una ligera predominancia de las instrumentales en los mayores de menor estatus, y de forma general "para ayudar a los hijos" en sus negocios o empresas. También lo hacen para entretenerse y les hace sentir "más jóvenes".

“...tengo ahí un cachito de parcela de mi suegro que tiene unos olivos y una higuera y me voy y me entretengo en cavarlos y prepararlos, y eso es lo que hay. Porque no hay otra cosa y si algún día sale algo que pueda hacer pues habrá que... porque si no esto es poco dinero. (...) algunas cosillas extra, pero es que ahora no hay nada. (...) carretera no quiero. La carretera no porque me dijo el médico de las cuerdas cervicales...” (EM9:2 y ver GD10:4; “...Esa obligación, yo, por ejemplo, no la tengo, pero no pasa día que no baje y esté allí un par de horas, acabando talonarios, acabando loterías. ¡Ché!, echando una mano a los hijos, y es raro el día que no bajo...(...) para que no se le acumule el trabajo al chaval...”)

“...soy feliz también así, ayudando a mi hermana en el comercio, pues es una alegría ayudar también, porque ella nos necesita y nosotras estamos contentas también...” (GD9:8)

“J- Sigo trabajando con la muchacha [Una hija que ahora lleva la tienda] Me voy allí ahora y allí la ayudo.(...) como trabajaba antes tampoco, ya ni llevo cuentas ni llevo cosas...” (EM5:1) porque estoy más entretenida, porque si por ejemplo me quedo sola aquí pues me aburro, ¿no?. Entonces me voy allí y hago algo y creo así que no soy tan mayor (...) parezco más joven trabajando (...) No es que yo tenga tantas ganas de trabajar como antes, nada más que me gusta ayudarla” (EM5:2 y ver GD10:5 ó GD7)

De la “obligatoriedad” del trabajo se ha pasado a la “libertad” y voluntariedad” de la actividad. Se trata de una “jubilación progresiva a la carta” desde el momento en que les ayudará a pasar a la jubilación de forma menos abrupta. Recordemos que “despojarse” de la noche a la mañana de lo que ha conformado la identidad no es fácil (capítulo 8). Hay que tener otra actividad (por ejemplo este trabajo remunerado a “tiempo parcial” que aquí estamos tratando) que conduzca a una jubilación “flexible y progresiva”. ¿Qué mejor transición a la jubilación que ir dejando de trabajar poco a poco de manera elegida? Sin embargo hay un debate encendido en torno a cuál es el punto óptimo, la edad, el momento para jubilarse (ver 8.2.). En realidad lo que los trabajadores jubilados están haciendo es trabajar y jubilarse **“por su cuenta” de forma extraoficial: jubilarse poco a poco y cuando ellos puedan/quieran**. Esto lleva a muchas contradicciones. Por eso mismo tendrá que debatirse, aclararse e inventarse nuevas formas y posibilidades de transición a la jubilación. La jubilación al modo de estos “trabajadores jubilados” sería un ejemplo, porque hemos escuchado unos discursos más satisfechos y se intuye una mejor adaptación a esta etapa. Esto que hacen “espontáneamente” algunos mayores hoy habría que regularlo, proponerlo o contemplarlo oficialmente.

Algunas de las actividades que realizan no podrían definirse como “trabajo remunerado” en el sentido oficial, porque no se cobra por ello. Pero sí puede considerarse “trabajo” desde el momento en que la familia se ahorra tener que contratarlo-pagarlo. En el caso de productos agrícolas evitan comprarlos (GD7, EM9, EM10); en el caso de servicios o tareas de construcción (GD10) se evitan pagar “la mano de obra”, los servicios. De cualquier manera, observamos una continuidad en algunos jubilados/as en los trabajos que hacían anteriormente, y que posiblemente nunca dejarán de hacer. Pero recordemos que el ciclo laboral es distinto según el género². A partir de los 65 años el tiempo total dedicado al trabajo (profesional + no remunerado) de las mujeres queda por encima de las 5 horas aún después de los 65 años; sin embargo en los varones empieza a descender a partir de los 45 años para llegar apenas a las 2 horas a partir de los 65 años (Ramos, 1995:71).

“...las tareas del campo, arar por ejemplo, que tengo olivos, coger la recolección de la aceituna, de los higos, que también los tengo. Y etcétera etcétera, o sea que... tomates, las cosas del campo...” (EM10:1)... dos cachitos de fincas y todos los días voy a ellas. (...) tengo una finquita aquí abajo con un cuarto hecho, tengo ahí unas gallinas y unas cosas. O sea, que me sirve de entretenimiento, yo cojo el coche, me voy ahí por las

² Por ejemplo, en la juventud se coincide en la misma cantidad de horas de trabajo profesional y académico (algo más de 5 horas tanto para mujeres como para varones, Ramos; 1995: 68, datos del CIS, 1987 y Ramos, 1990). Sin embargo, en las edades adultas intermedias la situación es muy diferente: las mujeres aumentan el tiempo dedicado tanto al trabajo profesional como al doméstico; disminuyendo incluso el tiempo dedicado al trabajo remunerado, también de tiempo libre y aumentando el dedicado a las tareas no remuneradas. Sin embargo, los varones concentran su tiempo en el trabajo remunerado y el tiempo libre.

mañanas y estoy por allí. Tengo unas viñinas sembradas, unas viñas, que este año se han secado todas las uvas, este año ha sido malo. Pero bueno, me hago mis tarrillas, pero bueno yo tenía vino todo el año... (EM10:3)...para comer tengo nada más que eso, ¿eh?, ni un duro más... Los cachos de tierra me dan para eso, para esas cosas nada más, para el agua, la contribución, la luz y... (EM10:10 y ver GD7:13: "...hago 20 botellas de tomate en conserva y las tengo para todo el invierno...")

Ante la duda ¿el trabajo tiene edad? planteada hasta el momento, podemos decir que para determinados tipos de trabajos (sobre todo los que requieren condiciones físicas concretas como velocidad y fuerza, p.e.) sí que influye la edad. Pero no podemos decir lo mismo para la realización de todos los trabajos y menos aún para la actividad en sentido global. **El trabajo tiene edad, pero para la actividad podemos decir un "no" rotundo.**

"...si fuera más joven me gustaría seguir trabajando pero ya ¡tan mayor! que ¿quererme? sí, me quieren aunque sea mayor pero es que ya tan mayor pues... no me dejaron mis hijos trabajar, pero sino ¡uy! sí, ¡con lo que a mí me gusta trabajar!" (GD4:2 y ver GD7:19: "...no estamos para ir a fábricas porque las actividades de las manos y todo no tenemos los reflejos como los teníamos antes, y ya no puedes fiarte...")

Llama la atención que muchos de ellos no otorgan a estos trabajos el significado "clásico" de trabajo como empleo. No hay consenso entre ellos al hablar de los trabajos que están haciendo ahora: son "trabajos más ligeros", distintos al que hacían... Lo que sí quedó claro en el capítulo 7 fue el concepto de "trabajo" puro y duro, que es lo que ellos definen como "verdadero trabajo", es el que realizaron en su pasado. Generalmente las actividades de ahora son consideradas como "entretenimiento", pasatiempos y complemento de la pensión, pero no "trabajo", p.e. *"yo no quiero trabajar ya más (..) yo ya he trabajado mucho ¿eh? ya con mis chapucillas, y mis nietos y eso yo ya me entretengo..."* (GD4:2).

La confusión del concepto trabajo con empleo, ya comentado en otra parte, también se percibe en los mayores. Para unos trabajar es "trabajar remuneradamente", para otro "trabajar" es igual a estar activo, realizar algo que "produzca algo, que aporte" (concepto más general) relacionado más con el colaborar y ayudar aunque no se cobre dinero. No siempre coinciden con la idea de trabajo; la confusión de *animal laborans* con *homo faber*, siguiendo análisis de Arendt (1974), queda patente. La mayoría relaciona trabajo con remuneración y obligatoriedad. Para las mujeres, por ejemplo, **el concepto de trabajo es más amplio**: incluye trabajo doméstico, cuidados, voluntariado formalizado, por ejemplo. Algunos asemejan trabajo a remuneración y por ello se niegan a seguir activos, a que los mayores sigan trabajando. Otros lo equiparan a "actividad no remunerada" y así se acepta y justifica la continuidad de seguir "aportando", más que "trabajando". Cuando dicen "trabajar" quieren decir "hacer algo más que ver televisión", algo más activo... Pero veamos, de nuevo, esta confusión y la falta de acuerdo:

H.- Pero usted va a trabajar en cualquier sitio, le ven y al contratista pues se le ha caído el pelo.

M.-... No, pero si no es por esto, si es que ya...

H.- Pero si no le admiten, no le admiten

M.-... dar algo tuyo para a los demás ayudar.

M.- Que tú das pero recibes,...

M.- ...no es trabajar, no es trabajar para ganar un sueldo (...) (GD3:21)

Hemos de mencionar el caso especial de los prejubilados. Al tratarse de prejubilados tan jóvenes muestran una ligera insatisfacción en lo que hacen quizás porque saben que podrían estar trabajando, aún, en otras profesiones. Eso les crea actitudes ambivalentes hacia la actividad: por una parte deseaban la prejubilación, pero por otra parte se "sienten muy jóvenes para jubilarse y ya mayores para seguir trabajando en otros lugares".... De hecho, parece que adoptan una estrategia intermedia: continuar trabajando de manera "extraoficial" (algunas chapucillas) y aumentar sus hobbies que nunca habían podido desarrollar por falta de tiempo (véase apartado 9.3. y 9.4.).

“...hago lo que me apetece, porque tengo también..., yo también me dedico a la huerta y a criar animalejos y eso, pero vamos una cosa que hago por distracción, porque me gusta ocupar en eso el tiempo.

J.- Pues claro, por distracción porque la ganancia no es nada, porque si vas a echar cuentas no sacas nada en ello (...), pero bueno, te distraes [refiriéndose al trabajo de la huerta particular]” (GD6:8)

“M.- Pues, ahora que ya somos mayores no echamos de menos..., pero mira, aún vamos a la panera. Así es que, aún vamos a la fruta y a la panera, que es a limpiar la uva” (GD7:8)

Aunque es en las áreas rurales e intermedias donde se concentran los mayores que continúan trabajando (agricultores, ganaderos, artesanos, pequeños empresarios, p.e.), también en otro tipo de profesiones (aparte de las cualificadas de estatus alto), en las zonas urbanas, los mayores continúan “en activo”. En las zonas urbanas de algunos mayores de nuestro estudio (Getafe, Alcobendas) muchos tienen claro que seguirán trabajando mientras “el cuerpo aguante”; algunos identifican el dejar de trabajar, la jubilación, con “ir al hospital” (GD1:5-6), enfermedad, inutilidad, ser mayor, vejez, muerte (véase capítulo 8 y 10). Seguir trabajando es señal de que está uno más vivo (ver GD4:9 y 2, p.e.).

Pero no sólo los de menor estatus y ámbitos rurales continuaban trabajando, de forma remunerada. De hecho, los datos oficiales de continuidad en el trabajo más allá de la jubilación se refieren a profesiones más cualificadas. Como veremos, a lo largo de todo el capítulo, el discurso de los **mayores de estratos más favorecidos** se caracteriza por el “podríamos hacer”, por el deseo de seguir (o haber seguido) trabajando debido a las mejores condiciones de trabajo y a las actitudes más positivas (véase capítulo 7) hacia el trabajo. Por eso mismo son los que más rechazan la jubilación y, por ende, muchos continúan también trabajando. Como observamos, las motivaciones de estos “trabajadores jubilados” son razones más expresivas que las de los de menor nivel socio-económico. No se trata de complementar la pensión (tienen pensiones altas) sino porque les gusta de manera intrínseca su profesión, su cargo, sus responsabilidades. Pensemos que la población activa de 65 años o más son principalmente trabajadores fijos y ocupados en sectores administrativos y de los servicios en general, con un grado de especialización elevado y una categoría socio-profesional que los incluye bajo el epígrafe de profesionales, técnicos, jefes, directores, etc. También es elevada la proporción de los empresarios no agrarios con o sin asalariados, así como los profesionales por cuenta propia, agricultores, entre otros³.

“...y es que yo no paro de trabajar continuamente, leo, leo muchísimo, escribo también mucho (...) (...) - Sigo trabajando pero no va en la enseñanza ¿no? y con una responsabilidad ¿no?” (GD5:3-4)

“- Ahora, particularmente que he tenido siempre un horario y unas obligaciones, se ve uno muy suelto y muy libre y disfruto pues de, cada uno a su manera, en mi caso compro el diario, me voy a la casita, me entretengo trabajando el campo y me lo tomo con un sentido deportivo, de deporte, y veo que me sienta muy bien... pero al mismo tiempo pienso: si empezara trabajar ahora diría ‘ché, pues no...’” (GD8:5)

“...el que puede hacer cosas clandestinas ese es el que se queda por ahí trabajando en casas...

- Nadie se jubila: todos hacen después algo

- Un fontanero: un fontanero va y pone, en casa de la hija un no sé qué...” (GD8:20)

“...loco por jubilarme, sin embargo me dedico pues, a un poco de contabilidad, un poco de administración, y en fin (...) a mi la lectura me atrae mucho y trabajar, sigo trabajando, en 4 cosillas..., las cosas de la casa ¡todas!, o sea que no paro de trabajar, yo moriré trabajando porque no he hecho otra cosa en mi vida nada más que trabajar, pero en mi profesión y bajo una empresa estaba loco por irme...” (GD5:4)

“...yo seguí trabajando porque yo, me jubilé pero, oficialmente, y me hicieron ir todavía algunos años, que iba por la mañana y no me querían soltar, y me decían: “pues venga usted los miércoles, o...””(EM12:5)

³ Continúan trabajando los que eran autónomos, los clásicos “oficios” manuales, o los trabajadores y empresarios por cuenta propia (sean del nivel que sean). Según el INE, el sector de actividad que mantiene mayor proporción de activos es el de servicios, seguido del agrícola. En la industria y construcción se mantienen las tasas más bajas por tratarse de trabajos que requieren mayor esfuerzo físico (Campo y Navarro, 1985).

La necesidad de “aportar” no aparece de forma tan intensa en los discursos de los jubilados de estatus medio y bajo que, aparentemente, parecen más satisfechos de lo que hacen y deseaban la jubilación como modo de “liberación”. El discurso de los de mayor estatus se coloca en el plano del “me gustaría”, del deseo, es decir, enfatizan que podrían aportar aún mucho a la sociedad, en su profesión. Repetidas veces mencionan el sentirse “desaprovechados”, el potencial que la sociedad no aprovecha de ellos. Estas opiniones esconden un “discurso de la inutilidad” latente, pues no aceptan que los mayores no aporten nada (véase capítulo 8, p.e. GD5:16-17, GD5:29 y 39 ó GD8:18).

En fin, de este trabajo “después de la jubilación” puede beneficiarse la sociedad pero ello también está siendo causa de críticas por parte de los que piensan que es mejor una jubilación anticipada para que los mayores dejen libres puestos de trabajo. En el fondo de la cuestión está que la ocupación de los mayores en una sociedad de paro parece utópica y no conveniente. El potencial laboral de los mayores está creando especial controversia: parece que aumenta el miedo a que “quiten” puestos de trabajo y entonces se les anima a jubilarse anticipadamente; pero, por otra parte, también quiere fomentarse que continúen estando activos. Pero ¿se les anima a trabajar para que no sean un gasto (tesis economicista) o por su bienestar (tesis humanista)? ¿hasta qué punto es positivo que los mayores trabajen? ¿el derecho al trabajo debería ser “sin edad”? Aún no hay demasiado acuerdo sobre la mejor respuesta a estos interrogantes.

La suposición de que los mayores trabajen de forma remunerada oficialmente, precisa de un replanteamiento de los sistemas de pensiones, de la edad de jubilación y de otros mecanismos y pautas del mercado laboral. Esta medida requeriría una jubilación flexible y voluntaria que no se guiara por criterios de edad sino por variables de capacitación de la persona. De todas maneras, esta opción plantea muchos debates acerca, por ejemplo, de la “intrusión” de los mayores que podrían estar restando puestos de trabajo a los jóvenes (y por ello recibirían presión y críticas) si permanecen en activo más allá de los 65 años; el 57% de la población considera que los mayores de 65 años si trabajan están quitando puestos de trabajo a los más jóvenes (INSERSO, 1995b:15). Los límites de la participación social de los mayores abren un nuevo debate porque sus aportaciones no están claras. Por una parte se desean, pero por otra no se consideran convenientes. No obstante, ello no exime a la sociedad (ni a los mayores) de la responsabilidad y urgencia de dar (de “construir”) un nuevo papel para los mayores que puedan y quieran seguir estando activos de forma compatible, eso sí, con las tasas tan elevadas de desempleo.

9.3.2. CAMINO A LA VISIBILIZACIÓN DEL TRABAJO NO REMUNERADO

El presente apartado se centra en la indagación sobre tres tipos de actividad: 1) las tareas del hogar, 2) el cuidado de otras personas y 3) el trabajo no remunerado en el ámbito social o extrafamiliar. Todas estas actividades voluntarias y no lucrativas, sean desarrolladas en el ámbito doméstico o en el ámbito social⁴, se encuadran dentro de lo que se viene denominando *economía informal*. De hecho, muchas personas cobran y viven de estos trabajos (asistentas, cuidadores, etc.) y son profesionales de los mismos. Pero aquí nos referimos a la realización de estas tareas por las personas mayores sin recibir remuneración. En medio de la desconsideración social de estas actividades, el objeto de este apartado es “visibilizar”, profundizar y redefinir las mismas a través de los mayores.

⁴ La diferencia de las primeras con las segundas, estriba en que las aportaciones familiares (mayoritarias) siguen sin estar reconocidas socialmente en comparación al segundo tipo de actuaciones, que aunque recientes (y cada vez menos minoritarias), parece que están cobrando mayor significancia social y económica. De todos modos, si ambos tipos de aportaciones son “invisibles” la primera lo viene siendo ya de forma tradicional, y la segunda porque aún no ha cuajado entre los mayores.

Todos los trabajos no remunerados (domésticos, compras y otras gestiones, cuidados a otras personas, voluntariado) suelen llevarse a cabo de forma voluntaria y gratuita, pero muchas veces no han sido elegidos (p.e. las tareas domésticas adjudicadas socialmente a las amas de casa). Estas tareas, a su vez, restan tiempo a las actividades de otro tipo (p.e. las de ocio), y su realización suele destinarse a otras personas. Ahí están las principales diferencias con las prácticas de ocio que suelen ser elegidas, ejecutadas en el tiempo libre, y por motivos de satisfacción personal o como pasatiempo. Las actividades de voluntariado, sin embargo, se sitúan a caballo entre las actividades no remuneradas (porque también podrían constituir un empleo), las de ocio (porque son elegidas voluntariamente y ocupan el tiempo libre después de otras obligaciones) y las actividades sociales (fuera del ámbito familiar). Sin embargo, el trabajo con “bata, pijama, en casa y sin salario” no es valorado socialmente y ni es actividad de ocio ni de realización psico-social.

9.3.2.1. Tareas del hogar: de la costumbre a la desvalorización

En esta etapa se vivencia un incremento del tiempo en actividades no remuneradas (ámbito doméstico y ámbito social), pero sobre todo en el ámbito doméstico, pues la participación en el entorno social sigue siendo minoritaria. En cuanto a los discursos sobre la domesticidad la característica general que se percibe es una “generización” de las tareas; es decir, reparto claro de trabajos entre hombres y mujeres, siendo las mujeres las que siguen centralizando las tareas domésticas y el cuidado a otras personas.

El tiempo dedicado por las personas mayores al trabajo no remunerado dentro del hogar nos interesa tanto como tareas que ocupan el mayor tiempo libre en la jubilación como desde el punto de vista socio-económico. Estas funciones reportan un elevado beneficio económico desde el momento en que las familias se ahorran pagar a otras personas su realización. Este tipo de funciones, actualmente sigue siendo infravalorado, es “invisible” y no reconocido a nivel social. Paralela situación se observa con el rol desempeñado por las amas de casa de cualquier edad⁵.

Según varios estudios, y en concreto la encuesta CIRES sobre “Los mayores” (1995), es bastante frecuente que la gente mayor realice trabajos no remunerados dentro del hogar. El porcentaje de personas que realizan estas tareas dentro del hogar es bastante mayor entre las mujeres que entre los hombres. Las funciones domésticas pueden ser: alimentación (preparación alimentos); limpieza y orden del hogar; limpieza (tender, planchar, coser) de ropa y calzado; cuidado animales y plantas; adquisición de bienes y servicios (compra de alimentos, productos limpieza, compra de bienes duraderos, etc.); otras gestiones del hogar. La cantidad de tiempo dedicada por las mujeres a la producción doméstica no experimenta a lo largo del ciclo vital una disminución proporcional a la que experimenta la dedicación de los varones a la producción para el mercado de trabajo. Cabe destacar, en este sentido, que las mujeres mayores siguen dedicando una gran parte de los días laborables (y también fines de semana, como veíamos en el 9.1.) a la realización de las tareas domésticas. Paradójicamente, las jubiladas vuelven al hogar que “nunca” han abandonado. Incluso las trabajadoras han tenido que compatibilizar el empleo con las tareas del hogar que nunca abandonan. Han soportado la sobrecarga y conflicto de roles que esta situación conlleva. En la producción doméstica, no existe, por tanto, un momento equiparable al de la jubilación. El ama de casa, con sus múltiples papeles, “sólo se jubila cuando se muere”, pues “no existe la jubilación del ama de casa”, tal como ellas mismas expresan.

Veamos algunos datos. Los hombres mayores sólo el 16% frente al 60% de mujeres lleva a cabo frecuentemente tareas domésticas (CIRES, 1992); mientras el 57% de los varones

⁵ Este apoyo informal se está comprobando que ayuda a paliar los huecos que las aportaciones gubernamentales no cubren y, al mismo tiempo, está haciendo contener muchos costes a las entidades públicas y a la sociedad en general. Las amas de casa suponen más del 18% de la riqueza de nuestro país, según información del III Congreso Mundial de Amas de Casa celebrado en Madrid (Junio, 1998).

no se ocupa nunca de ellas, sólo el 17% de mujeres deja de realizarlas. Las mujeres siguen invirtiendo su tiempo en las tareas domésticas y otras actividades familiares (compras, cuidado de otros, gestiones y recados) y los hombres participan más en juegos con otros, van más a los Hogares, caminan y leen más, visitan más a sus amigos y escuchan más radio o ven la televisión, todo ello con mayor frecuencia y cantidad de tiempo que los varones de otras edades (Durán y Rodríguez, 1996; CIREs, 1992).

Esta continuidad del rol de ama de casa puede tener consecuencias positivas. Estas tareas siguen imponiendo a las mujeres una estructura temporal y esto puede desembocar en un mejor ajuste psico-sociológico en esta etapa. El hecho de no tener que compatibilizar el trabajo remunerado con el no remunerado supone una mayor organización de éste, lo cual es percibido de forma positiva por las mujeres. Pero no debemos olvidar que la jubilación, si bien supone una disminución del conflicto de roles provocado por la necesidad de compatibilizar diferentes tareas, supone también una vuelta al rol de ama de casa, lo que puede tener una incidencia negativa en la forma en que las mujeres trabajadoras afrontan su jubilación. El grado de identificación con el rol de ama de casa es claramente mayor entre las mujeres de clase social media-baja, quienes, a su vez, se identifican menos con el rol de trabajadoras fuera del hogar. Estas diferencias entre las mujeres de estatus social medio-alto y medio-bajo, que fueron tratadas en otras ocasiones (Agulló y Garrido, 1996, 1997a), se traducen en diferencias en la forma de percibir la vuelta a las tareas domésticas.

La estructura familiar y el tamaño del hogar son factores fundamentales que inciden en la proporción de tiempo que las mujeres jubiladas dedican a estas actividades. Como es lógico, las demandas generadas por el núcleo familiar van siendo menores a medida que avanza el ciclo de la vida familiar y esto se refleja en una menor dedicación de las mujeres, tanto amas de casa como jubiladas, a las tareas domésticas. No hay que olvidar, sin embargo, que si bien las demandas generadas por el núcleo familiar propio comienzan a ser menores, es bastante frecuente que las mujeres mayores, tanto amas de casa como jubiladas, desempeñen tareas remuneradas fuera de casa, en casa de hijos y, sobre todo, de hijas. Pocos estudios son los que reparan en estas aportaciones de las mujeres mayores fueran de su ámbito doméstico. En el estudio de Tobío, Fernández Córdón y Agulló (1998), sin ser el objetivo central de investigación, se pudo comprobar como las madres de las entrevistadas (las mujeres mayores, las abuelas) eran la persona principal de apoyo entre los distintos miembros de la red familiar que colabora con las madres jóvenes trabajadoras⁶.

Otra observación importante es el hecho de que algunas veces son las propias mujeres las que defienden su papel central de ama de casa como "territorio propio" y perpetúan, consciente o inconscientemente, estas desigualdades. Esta situación se sigue manteniendo porque desde un punto de vista histórico-social a la mujer se le ha otorgado como rol principal el de ama de casa y madre. Obviamente, las amas de casa (sobre todo las de más edad que tratamos en esta tesis) defienden su papel de *perfecta casada*, de *madre tierna*, de *buena hija*, y en fin, de cuidadora infatigable como veremos en el próximo apartado. Bajo los conceptos de instinto maternal y amor de madre se han venido justificando biológicamente todas estas funciones familiares que eran (¿son?) atribuidas a la mujer por motivos sociales y culturales. Esta tendencia se acentúa en las amas de casa mayores porque, entre otros motivos, estos papeles son lo que les ha conferido (y confiere) una identidad y autopercepción positiva. Es lo que hemos denominado en nuestros análisis el "discurso tradicional" de las mujeres mayores que aún predomina en muchas de ellas. Pero junto a este discurso emerge otro más moderno o renovador, o como mínimo "ambivalente", de protesta hacia esta "generización" doméstica.

⁶El estudio titulado "Análisis cuantitativo de las estrategias de compatibilización familia-empleo en España", a través de una muestra aplicada en el territorio español de 1206 entrevistadas (mujeres trabajadoras con algún hijo menor de 18 años) confirma este apoyo de las mayores en el ámbito doméstico.

9.3.2.1.a. Centralización femenina y rechazo masculino

Dos ideas fundamentales, tal como expresa el título se extraen en torno al trabajo doméstico: las mujeres centralizan las tareas y el espacio domésticos, y los hombres muestran un rechazo bastante acusado. En relación a las mujeres, aunque el discurso predominante es el de “queja” por tener que realizar estas tareas “eternamente”, encontramos al menos tres tipos de discursos intragénero oscilantes, en un eje imaginario, entre las tareas como una *costumbre aceptada* al polo de rechazo y *desvalorización* que sienten sobre la mismas:

- Un discurso “conservador o tradicional”, de resignación y conformismo ante las tareas domésticas que generalmente casi nunca se han planteado abandonar. Lo encontramos en las amas de casa mayores que nunca han trabajado o que habiendo trabajado han dado absoluta prioridad al papel de ama de casa y madre. Las tareas son percibidas como deber, como *costumbre obligada*.
- Un discurso “moderno o renovador”, en el que la protesta consciente y continua queda patente, y la intención de “huida del hogar” se refleja con claridad. Se encuentra mayoritariamente en las jubiladas, en las que han trabajado de forma extradoméstica. Es la negación y el *rechazo* hacia las tareas.
- Un discurso “ambivalente”, mayoritario, en el que se quejan de su “eterno papel de ama de casa” pero aceptan la situación estoicamente; se resignan porque no ven otra salida *¿qué tenemos que hacer?* En fin, muestran una *desvalorización pero aceptación* de las tareas. Es observable en la mayoría de las mujeres mayores.

El DISCURSO TRADICIONAL O CONSERVADOR de las mayores suele ser representado por las que han sido amas de casa en exclusiva, o las que aún habiendo trabajado remuneradamente, su papel central ha sido “sus labores”. En muchas mujeres de nuestro estudio hemos encontrado este tipo de discurso. Como estamos comentando, ni la jubilación ni la disminución de las demandas familiares que se produce como consecuencia de la independencia de los/as hijos/as impide, por tanto, que las mujeres sigan soportando una multiplicidad de roles: “abuela”, “madre”, “asistentita”, “ama de casa”, “enfermera”, “cuidadora”, por enumerar los más relevantes. Según Scherler (en UDP, 1992), ser mujer y mayor es un “doble lastre” que hay que soportar; en palabras de esta autora, “muchas mujeres que se han consagrado a su familia, las que han engrosado la cohorte de los ‘sin profesión’ y sin embargo lo han sido todo a la vez: ama de casa, esposa, madre, enfermera, cocinera y educadora, por no citar más que sus principales actividades” (p.172).

Entre ellas, hemos de decir que unas muestran más satisfacción que otras hacia la realización de las tareas del hogar. Casi todas se quejan, pero llevan a cabo estas tareas con total dedicación, como un “verdadero trabajo”, con **“significado pleno”, debido a que se trata de las actividades que han centralizado su vida**. Suelen mostrar actitudes de resignación y conformismo ante lo que les ha “tocado” hacer desde siempre.

“- Sí es que es una vida muy... igual... siempre con la casa, con los nietos, ahora he estado con mi madre murió muy mayor...

- Sí es que nunca acabas de hacer cosas...

(...)- Sí, pero todas tenemos obligaciones ¿eh?

- Ya, ya, pero unas más que otras...

- Es que además ¿qué haces? al menos ayudarles un poco, les ves que todos van... (GD2:10 y ver EM7:3)

Vemos que la pauta de pasividad y confinamiento al hogar que resumen con la expresión “estar quietecita en casa” sólo se vislumbra en los discursos de mujeres. Su espacio privado se confunde con el espacio doméstico. Murillo (1996) desarrolla ampliamente la diferencia entre

vida privada, doméstica y pública, para uno u otro género. Siguiendo la tesis de esta autora, si para los hombres parece clara su vida privada, como algo íntimo y como posibilidad de disfrutar de la individualidad, en las mujeres no ocurre lo mismo. La privacidad de las mujeres se define casi siempre en relación a los otros y al espacio doméstico. Su vida privada sigue orientada al cuidado -afectivo o material- y a la atención a los otros.

Sin embargo, los hombres han podido elegir (y eligen) estar en la calle y, aunque no hagan nada en especial, buscan el espacio público. En cualquier caso, disponen más claramente de su privacidad, domesticidad o relaciones sociales. Por contra, las amas de casa o las mujeres que han trabajado por motivos más instrumentales (la mayoría) parece que se sienten más cómodas en el espacio privado (¿doméstico?) que han tenido que hacer “suyo”. Sin embargo, reconocen que siguen igual de sobrecargadas con las funciones hogareñas pero ahora disponen de una pequeña parte de tiempo propio que antes era usurpado por la multitarea trabajo-casa-hijos de la que, en parte, se han liberado.

“...ponerte en actividad con otras personas, pero con este calor, cuanto más quietecita estés en casa mejor.

- Ahora el trabajo de la casa, cocinar, limpiar, y es que limpiamos más que limpiábamos antes, pues..., el trabajo no nos lo acabamos.

- Planchamos más que nunca.” (GD9:3 y ver GD4:7)

Un indicador claro de que “el papel de ama de casa” es aceptado con resignación podría ser la “poca protesta” de muchas de ellas ante la obligatoriedad de tener que realizar todas las tareas del hogar que siguen centralizando. Se trataría de transcribir los silencios y gestos de conformismo de muchas de ellas que, obviamente, no se pueden plasmar con palabras. El silencio delata esta actitud más conservadora que aún persiste en muchas de ellas. Se percibe como algunas no son apenas conscientes de lo “sobrecargadas y discriminadas” que han estado, se resignan y tampoco critican tanto su pasado. A veces ni ellas mismas lo aprecian, no se dan cuenta del valor que tienen, no se plantean que es un trabajo como otro cualquiera y que no tendrían porqué realizar. Al preguntar a qué dedican su tiempo muchas mayores suelen responder en principio “*a nada*”... y después avanzando en las entrevistas descubrimos que están ocupadas todo el día con quehaceres domésticos o familiares. Detrás de esta “no respuesta” se esconde la autodesvalorización, derivada en parte de la desconsideración social de estas tareas como “actividad y/o trabajo”. **Reducen el concepto de actividad/trabajo a algo más extraordinario y relevante que a las funciones domésticas.** Tras el discurso conformista también puede estar encubierta la “suposición” de que ellas tienen que seguir haciendo estas tareas como siempre. La internalización de este rol como “obligación” es tal que no se plantean en ningún momento la ruptura o puesta en duda del mismo. Piensan que las tareas domésticas son fáciles de desempeñar sobre todo para las que han tenido que hacer compatible el hogar y su trabajo remunerado. Ahora parece que no tienen que hacer nada; “sólo” tienen que hacer lo de casa pero aún así notan más el cansancio que antes.

“- (...) yo de 56 ó 57 años, yo limpiaba en casa y me iba a trabajar... hacía toda el trabajo de casa y me iba a trabajar y ¡bien!. Y ahora hago el trabajo de casa (- Y me canso como un burro), y me siento y digo “va no tengo ganas de hacer nada” y sólo he hecho lo de casa...” (GD9:8)

“...Nada, la vida normal, hago las cosas, si tengo que salir voy a comprar...” (EM17:6 y ver EM4:10. p.e.).

Debido a la centralidad de las tareas domésticas y cuidados que usurpan tiempo propio a las mayores, la uniformidad de actividades entre ellas es mayor. Esto deviene en una autoidentificación como “amas de casa” tanto por parte de las mismas (lo cual es comprensible) como por parte de las trabajadoras. Las trabajadoras prefieren este concepto, inclusive el de “sus labores”, al de jubiladas, ancianas o mayores (véase capítulo 11). Las amas de casa parece que

siguen identificándose con este rol porque prefieren y les gusta la realización de estas tareas debido a que, obviamente, es en lo que se sienten “más seguras y cómodas”, en lo que tienen más práctica, lo que siempre han hecho y lo que les reporta identidad. No han cultivado otros hobbies y otro tipo de participación como pudieron hacer sus maridos después del trabajo.

“- A mí la cocina también me encanta.

- A mí me gusta más limpiar, yo soy maniática de arreglar, de ordenar...

- A mí me gusta más cocinar...” (GD9:6)

Otra muestra de que el discurso tradicional sigue estando bastante arraigado es el hecho de que las mujeres siguen dando prioridad a estas actividades antes que a otras. Tal como muchas manifiestan “lo primero es la casa y si sobra tiempo lo demás...”. La centralidad del hogar y familia sigue estando patente. Es la ausencia de descanso y “jubilación” para el papel de ama de casa. Por tanto, aunque dedican **tiempo al ocio, siempre es después de sus obligaciones familiares y sociales**. Pautas parecidas siguen incluso las que han sido trabajadoras fuera del hogar (excepto las que tienen un discurso “mas renovador”, tratado más adelante). En cambio, en los hombres se observa una priorización de las actividades extradomésticas en todo caso.

El tema de las tareas del hogar, las conduce a una discusión sobre si ahora están más libres que antes o es sólo una “ilusión exagerada”. Reconocen que La Mujer, en mayúsculas y en conjunto está mejor hoy... pero para las mujeres mayores ¿de qué liberación hablamos? Para el caso de muchas mayores esa liberación aún no las ha llegado. Esta situación cambiará en un futuro, pero ellas “ya no lo verán”.

“...no, yo creo que todas, las mujeres, yo creo lo tenemos muy mal...

- Pues yo creo que ahora estamos mejor que antes...

- ¿Tú crees? Yo no lo sé

- Al menos estamos algo más libres que antes, por lo que decíamos de salir y eso...

- Ya, ya, pero de lo demás yo no veo...” (GD2:10)

UN DISCURSO RENOVADOR, AÚN EN CIERNES, refleja una protesta consciente y bastante insistente. Sería el discurso más “feminista” de entre las voces de las mayores. Cada vez más mujeres son las que muestran esta actitud e intención (aunque no lo consigan) de “huida del hogar”, y de acabar con el hecho de que las tareas domésticas sean el núcleo de “su vida”. Según sus opiniones esta posición es la que las confina al hogar, y lo que es peor a la desvalorización social resumido en la expresión de “marujas”, concepto - mejor dicho, imagen social- frente al que se sublevan (véase capítulo 10). Aún no son demasiadas las que representan este tipo de discursos, pero es una minoría incipiente cuyo discurso, más bien, heredarán -y han heredado- generaciones venideras. Suelen caracterizarse por haber sido trabajadoras remuneradas, sobre todo de ocupaciones de nivel medio y alto, y son las que ahora son más activas, en concreto más allá de la esfera doméstica. No se conforman en que el papel de ama de casa sea central en su jubilación y posterior vejez.

Ya vimos en Agulló y Garrido (1996), que las mujeres de estatus medio o elevado cuentan con ayuda externa para la realización de estas tareas, lo que las convierte, lógicamente en más llevaderas. Es frecuente que las mujeres de clase media-alta desarrollen dentro del hogar tareas organizativas más que ejecutivas. Las condiciones de trabajo son más favorables y la insatisfacción con el mismo es menor que en el caso de las mujeres de clase media-baja. El grado de identificación con cada uno de los roles (ama de casa o trabajadora) incide sobre la satisfacción y sobre los significados hacia las tareas domésticas y hacia la jubilación. La

identificación con el rol de ama de casa es claramente mayor entre las mujeres de clase social media-baja.

En las mujeres menos tradicionales -en este sentido- escuchamos un discurso de rebelión, de ruptura con el papel tradicional que sigue “atando” a las mujeres, y lo que es más relevante, las condena a permanecer en el espacio doméstico. Frente a la mayor libertad que adquieren los hombres, las mujeres ven las tareas del hogar como un handicap para su vivencia de la jubilación y envejecimiento; y lo que es más importante paraliza “la liberación de las mujeres” de más edad.

“...yo por ejemplo muchas veces me sublevo contra mí porque lo primero no soy tan mayor, tengo ahora sesenta y siete años y me encuentro bien, pero ¡claro! (...) ¡me ata mi hijo! pues no puedo decirle a mi hijo cierro la puerta y me marcho y ahí te quedas con tu amargo, no puedo y también te sublevas, te sublevas porque yo me sublevo, me sublevo por eso, porque yo podría hacer otra actividad, yo podría... trabajar ya... no, porque... (...) viene el hijo y ¿qué haces?, ¿cierras la puerta? ¿echas el enfermo a la calle? (...) pues no, tienes que abrirla, ahora, no te puedes mover, te tiene atada de pies y manos y eso...” (GD3:14)

Aunque en general todas se quejan de la obligatoriedad del trabajo doméstico, las que han sido trabajadoras fuera del hogar reconocen que su visión y actividades más orientadas hacia el exterior contrastan con el discurso más resignado y de conformismo (tradicional) de las que han sido amas de casa exclusivamente: “...las personas que no han trabajado, que no han salido de casa para trabajar están ya en casa más... más tranquilas, se conforman con lo que tienen en casa, sota, caballo y rey. Nosotras, que hemos trabajado fuera, es que tenemos que salir... (G2:3-4)

Ya quedó claro su discurso de queja sobre el pasado (en comparación a la situación de las mujeres de hoy) pero que en la actualidad arrastran y prolongan aquella situación más deteriorada respecto a los hombres de sus edades o de las mujeres más jóvenes. Son las que se sienten “más desgraciadas” sobre todo porque no han podido elegir: no han tenido libertad ni capacidad de decidir si querían estar en casa, tener hijos, trabajar, producir, reproducir o hacer todo a la vez (véase capítulo 7).

“...hemos sido bastantes desgraciadas, hemos tenido una época... mira vosotras las jóvenes al menos ahora podéis elegir entre quedaros en casita o salir a buscaros el pan... Pero nosotras, yo creo que todas las que estamos aquí y más... hemos tenido que hacer lo que había que hacer porque así estaba montado, era otra vida...

- En eso tienes razón, pero bueno ¿qué íbamos a hacer? trabajar y trabajar, en casa y fuera...” (GD9:3)

Contrasta este discurso de queja concienciada frente a los discursos de los hombres que nunca tienen este tono desesperado por las obligaciones familiares que “tienen” que realizar: ellos “se sienten” más libres. El discurso de libertad de los jubilados se contrapone al discurso de “obligatoriedad y frustración” de las mujeres. En fin, estas mujeres establecen una clara relación con la “obligatoriedad de tareas” y una peor vivencia de la jubilación por no tener apenas tiempo libre en relación a la libertad que disfrutaban sus coetáneos. Para legitimar su discurso de queja se comparan con los hombres de sus edades, o con las mujeres más jóvenes, pues si se contrastan con la situación pasada su discurso es más positivo, más conformista. Según el punto de referencia (mujeres jóvenes, pasado o jubilados) podemos decir que las mujeres tienen un discurso más tradicional y conformista o más moderno y de protesta.

Esta minoría que está “rompiendo la tradición”, son las más activas y concienciadas de que su situación es claramente discriminatoria. Son las que tienen un discurso más “moderno” que intenta quebrar la relación “mujer mayor=hogar, mesacamilla”. Recriminan a los hombres porque son “machistas irrecuperables” pero su enfado aumenta cuando observan que sus compañeras de edad también son igualmente sexistas. Tienen presente que son **duramente criticadas**, tanto por las demás mujeres como por las vecinas más “próximas” en el espacio y tiempo (misma generación, mismo hábitat) pero “alejadas” en

sus discursos e ideas. Aún sigue siendo “mal visto”, y sobre todo en estas edades, que las mujeres “desatiendan” su casa y se dediquen a otras actividades. El hábito “moderno” de limpiar “cuando se pueda” o “cuando se quiera” (por ejemplo los fines de semana, como una participante del GD2 manifiesta) no está bien considerado. La pervivencia de la pauta sobre que “la mujer tiene que atender su casa y a su familia antes que nada” puede dejar, en el fondo, latiendo el sentimiento de culpa en algunas de estas mayores que no son amas de casa como “marca la tradición”, como “Dios manda”, como siempre.

“...los sábados y los domingos no salgo porque como estoy todo el día en la calle, que las vecinas y todo me critican, que me da igual porque me lo dicen, que cuándo hago las cosas y digo: “Pues las hago, pues cuando me conviene”, digo: “Tú, como no vienes a hacérmelas, pues están sin hacer”. Y resulta que yo me voy por la mañana, me voy a la gimnasia, de doce a una, vengo de la gimnasia, como,... (...) sábado y domingo, pues me doy la paliza, pero con mucho gusto y mi marido me lo dice: “Tú no te preocupes” y mis hijos igual: “Tú mama, tú haz las cosas, que si las vecinas murmuran” (- ¡Qué les importa!...) hoy (...) todo el día he estado en mi casa, y tan a gusto, haciendo limpieza general y así estoy de ancha...” (GD2:9-10)

Algunas empiezan a reconocer tímidamente que “no tienes ganas de hacer nada”, que “hacen lo mínimo” en su casa... Esta actitud que **parecía impensable hace unas décadas** (una mujer que no atendía su casa y a su familia no era una “mujer completa”; el mito de la “*perfecta casada y madre tierna*”) es el que empieza a emerger en estas mayores ya que, por supuesto, en las generaciones de jóvenes es predominante⁷. Pero los discursos de las mujeres mayores hemos visto que están en otra línea. Repetimos, algunas de las mujeres manifiestan un discurso verdaderamente rompedor porque sus coetáneas y la sociedad general espera de ellas que sean amas de casa principalmente, y ellas se revelan contra esta tendencia general y esa pauta de “deseabilidad social”, de cumplir lo que la sociedad espera de ellas. De hecho, es patente el aumento de actividades extradomésticas (cursos de alfabetización, asociacionismo, otros) que las mayores están realizando. En números absolutos su participación social aún es baja, pero está incrementándose (y empieza a reconocerse) su papel en contraste con la invisibilidad que hasta ahora las caracterizaba.

“...acabamos de cenar, fregamos si tenemos ganas, y si no, a sentarnos a la calle, al fresco...” (GD7:9)

“- (...) vas a misa y cuando vuelves ya no tienes ganas de hacer nada. A ver la tele.” (GD9:3)

“- (...)... yo hago lo mínimo (...)” (GD9:3)

“- “Bandolear” es lo que más me gusta a mí: coger el bolsito e irme es lo que más me gusta, bandolear, dar vuelta por ahí, ir a misa...” (GD9:6)

Sin embargo, el resultado de mantener estas actitudes más renovadoras hacia el trabajo doméstico y “querer” escapar del hogar, produce en muchas mujeres (como se ha observado) una **sobrecarga de actividades y de roles** más acentuada que las amas de casa exclusivamente. Este cambio a mayor actividad, que a veces puede ser negativo (cansancio, fatiga) produce que algunas jubiladas rechacen la jubilación desde el momento que saben que eso va a conllevar la “vuelta a casa” (véase capítulo 8), aunque se liberen del trabajo remunerado. Preferían estar “sobrecargadas” dentro y fuera del hogar que volver a “encerrarse” en casa. Pero este es el caso de las que más han disfrutado en sus trabajos (estatus medio y alto) que son la minoría de las mujeres aún. Las más activas en la jubilación suelen ser las que han trabajado antes, y no tienen familia que atender (por el “nido vacío” o viudedad, p.e.). Todos estas dimensiones marcaran una mayor/menor sobrecarga de tareas y por tanto aceptación o rechazo hacia la mismas.

⁷ En cualquier caso, no todas las jóvenes “rechazan” el papel de ama de casa (¿regresión al papel tradicional?) por motivos bien diversos: pocas posibilidades en el mercado de trabajo de encontrar un empleo cualificado, poca necesidad (económica o expresiva) de tener que trabajar remuneradamente, por ejemplo, hace que “prefieran” estar en casa como un “mal menor” (véase Tobío et al, 1996).

“- ... ya te has jubilado, ya te has quitado de ahí y ya se te cae la casa encima, no digas que no. ¡Hombre! ahora no porque yo también soy mayor, pero ahora estoy aquí y tengo más actividades, a lo mejor, que antes porque ahora tengo más, más jaleo, más... que si voy aquí, que si voy allí, ¡que no paro en mi casa!, que yo mi hija... mis hijas me llaman y me llama mi hija anoche y me dice: “Pero mamá, ¿dónde andas?” (...).
- Y mi hija, ¿sabes lo que dice mi hija?, cuando tiene que ir a algún sitio y llama por teléfono y dice ‘Mamá, ¿estás libre este día?’...” (GD2:23)

Las viudas con pocas obligaciones familiares parece que se sienten más liberadas (no siempre, otras se encierran y “entierran” en sus hogares tras enviudar) pero ¿y las mayores que tienen marido, padres mayores, nietos, hijos no emancipados que atender? Estas son las que representan el discurso de la queja frente al “discurso de la liberación y emancipación” emergente. Ello dependerá de la situación familiar, salud, estatus (...) pero sobre todo de las “obligaciones familiares” cuyo factor no incide -ni ha incidido- apenas sobre el ritmo vital de los hombres. De todas maneras, pensemos que actualmente la familia y tener hijos sigue siendo un obstáculo para la carrera profesional de las jóvenes. Un porcentaje muy elevado (57,9%) de madres trabajadoras (véase Tobío, Fernández Cordón y Agulló, 1998) piensan que tener hijos menores de 18 años es un obstáculo para sus profesiones; sin embargo, el 81,5% de las mujeres entrevistadas opina que los hijos son “indiferentes”, no “entorpecen”, la carrera profesional de los hombres.

En resumen, este desprecio (o al menos pérdida de interés) hacia las tareas del hogar, que viene refrendado por la **desvalorización de la sociedad general**, parece que se esconde tras el discurso de las mayores que no sólo hablan del hogar y familia, sino que van más allá, **hablan de otros temas y otras actividades**. Veremos en el capítulo 11 como incide la imagen social sobre el autoconcepto de ellas mismas: en concreto se niegan a ser “marujas” por la desvalorización y desprestigio del ama de casa mayor que este término indica. Han dado un salto cualitativo más allá de la queja. Parece que van superando “las críticas sociales” hacia su ruptura del papel de ama de casa y hacia sus actitudes de rebelión frente al hogar. Ya veíamos en el capítulo 7 y 8 que alaban y reconocen que “la liberación femenina” les ha llegado tarde pero al menos les ha llegado... Sin embargo, este es aún un discurso minoritario entre las mujeres mayores.

“...así que llegué a ... pues a las once y media llegué a casa.

- Pues mira que si os ven las vecinas, os critican.

(...)- Yo antes me preocupaba mucho, de verdad te lo digo, antes sí, parece que... ¡yo no sé!, porque siempre te casaban con alguno, siempre, y me preocupaba más, antes decía: “ si es que...”, pero ahora no, yo no sé si ya he cambiado, he visto tantas cosas que digo: “yo ya no”, ya he cambiado, de verdad (...) no me interesa lo que digan (...) claro lo que tienes que ir con un cuidado, pero vamos, como yo no hago ninguna cosa mala, pues no tengo por qué esconderme. ¡¿Que me critican?! ¡¿que dicen que llevo a las tres de la mañana, a las cuatro de la mañana?! ¡yo, mis hijos son los primeros que lo saben...” (GD2:10-12)

Junto a los significados del trabajo doméstico expuestos, hemos de decir que predomina UN DISCURSO AMBIVALENTE que manifiestan la mayoría de mujeres que ya han cumplido los sesenta. Se trata de un discurso en el que se combinan las ideas que hemos comentado anteriormente. Por ello, lo hemos denominado “ambivalente”, que une (más que separa) ambos puntos de vista. En general, se quejan del “eterno papel de ama de casa” pero aceptan la situación estoicamente; se resignan porque no ven otra salida y suspiran *¿qué tenemos que hacer?* Podemos decir que son *mujeres en transición* porque representan el tránsito que estamos viendo en la actualidad de “la mujer tradicional” (concentrada en las amas de casa que tienen más años) a la “mujer moderna” que ha intentado compatibilizar los roles de ama de casa y trabajadora. En estas mujeres mayores

empieza a chocar **el viejo modelo de mujer tradicional** con el **nuevo estilo** de mujer moderna.

Por una parte, manifiestan una clara queja su pasado (las mujeres se quejan más porque en realidad han estado -¿y siguen estando?- más atadas al hogar que sus coetáneos) y, por otra, una **alabanza sobre la actualidad**, respecto al avance y liberación de la mujer de hoy que ellas también disfrutan, aunque **les ha llegado un poco tarde**. Es lo que denominamos, siguiendo la expresión de Rodríguez Cabrero (1998 y EE:4:6,7 y 11) “emancipación tardía”, fragmentaria, parcial, no plena, de las mujeres mayores.

“...lo veía yo por mis padres que no tenían pensión, tenían que estar a expensas de lo que los hijos le dieran, un cachito de pan, ¿comprendes?, porque no tenían pensión. Yo tengo muy poca, pero no dependo de mis hijos. En lo que yo tenga para tomarme, ya te digo, un café y comerme una fruta... (...) en la vejez la que quiere se va al baile el lunes, el martes, el miércoles, el jueves, el viernes y el sábado (...)se va a... entonces no podías irte a sitio ninguno. O sea que esto es como de la noche... pasar de la noche al día.” (GD2:21)

“- (...) por eso yo te digo que yo desde luego envidio esta vida y yo pienso y digo: “Si yo, ahora mismamente, con veinte años menos...” ¡con veinte años menos!, como se vive hoy la vida (...)...digo: “¡Jolín, es que hay que ver lo que hemos hecho la mujer”... la mujer, sobre todo, la mujer. No ya solamente con la sociedad, sino con tu mismo marido y con tu entorno...” (GD2:21-22)

A la queja general, se une la protesta de **no sentirse apoyada por nadie en la tareas del hogar**: ni por sus maridos, hijos, hijas (lo que las asombra más), nueras, o nietos/as mayores. En todas estas cuestiones que estamos comentando las mujeres tienen un discurso común y coincidente: es como si hubiésemos reunido a todas las mujeres de nuestro estudio en una misma asamblea. Parece que no hayamos hecho distintos GD y entrevistas pues, en estos puntos, el discurso femenino es similar.

“- Pero es que las cosas de diario hay que hacerlas...

- Sí, sí, hay que hacerlas...

- ... no te las hace nadie...” (GD2:12)

“M.- (...) pero ahora como todos tienen demasiado pues ¡al revés! se van a la marcha y no piensan si la abuela... es así, porque el trabajo (M.- ¡te dejan la loza!) y aún te dejan la loza, eso está claro...

M.- Y hazles la paella y hazlos cocido si quieren...

M.- Y un cacito para el niño si eso... Después se queda la loza...” (GD7:16, y ver GD9:7, GD3:7)

Las mayores de mejor posición socio-económica disponen de **ayuda doméstica remunerada**, pero, como hemos dicho, son una pequeña parte. Muchas de ellas “no pueden” permitirse este tipo de ayuda. En otras observamos una actitud claramente tradicional, de “reserva de territorio doméstico”, porque “no quieren que nadie entre en su casa, prefieren “apañarse” ellas mientras puedan. Sin embargo, en el caso de algunas mujeres, por ejemplo una de las participantes -EM16, viuda, 75 años, Madrid- que se encuentra delicada de salud, dispone de una mujer-asistenta interna, a tiempo completo, que la cuida. Otra viuda, por ejemplo, también dispone de ayuda a domicilio para las tareas del hogar (EM17, 84 años, viuda, Salamanca) por parte del ayuntamiento que en algunos casos ofrece este tipo de servicios a las personas solas, más mayores y desfavorecidas.

“...prefiero estar en mi casa que tengo a una señora que me cuida muy bien. Me cuida mucho y prefiero estar en casa que estar..., y es que mis hijas también me dicen mucho de ir con ellas...” (EM16:3)

“...la asistenta 3 días a la semana y me dice que “¿qué voy a limpiar si todo está limpio ya?”, Mercedes me dice, “si está todo limpio”. Digo: “Tú límpialo y hazlo con cuidadito no rompas nada”... (...) Lo hago todos los días. ¿eh?, ¿qué voy a hacer?, me entretengo y lo hago todos los días y va está...” (EM17:3)

Aunque tienen igualmente una sobrecarga de trabajo pero pueden hacerlo “cuando quieran”; esta es la diferencia de cuando trabajaban o tenían la obligación de atender hijos. Por

ello cambia no sólo el ritmo de trabajo sino las actitudes y significados hacia el mismo. En algún sentido, se pasa de la “obligatoriedad” a la libertad horaria en la realización de algunas tareas (ver GD9:2, p.e.)

Como a lo largo de sus vidas el **“listón” de la disposición y libertad de actuación era muy bajo, ahora se conforman y contentan** con lo que tienen, procurando **compatibilizar** las obligaciones impuestas con las actividades elegidas voluntariamente por ellas. Como están acostumbradas a “poco”, dicen ellas, es decir acostumbradas a estar desvalorizadas, encerradas... ahora se sienten algo mejor. Las actividades extradomésticas les sirven como “huida del hogar”, para escapar muchas veces de la soledad, aislamiento y aburrimiento: prefieren “el Hogar al hogar”. Pero todo ello no impide que se perciban como más desgraciadas en relación a las personas de su entorno sean más jóvenes o igualmente mayores que ellas (ver GD2:27)

Los discursos de algunas mujeres mayores están en la línea de los discursos feministas contra la discriminación sexista que condena a las mujeres al espacio doméstico. Ellas han “luchado” desde sus hogares, transmitiendo a sus hijas nuevos valores antidiscriminatorios. Han hecho posible la incorporación de las mujeres al mercado laboral plenamente, pues tuvieron que compatibilizar “in extremo” lo doméstico y profesional. Esta generación han sido semilla de las trabajadoras actuales. Son las que se han “sacrificado” para que sus hijas trabajaran, estudiaran, fueran independientes, para *“que no fueran como nosotras”*, dicen algunas mayores. Sin este apoyo de las madres y abuelas los avances de las mujeres jóvenes hubiesen sido más lentos. Aunque las mujeres de los años 60-70 más jóvenes son las que en realidad dieron “el salto”... son sus madres, las mujeres mayores de hoy, las pioneras de los avances. Estas aportaciones de las mujeres mayores actuales y pasadas son las que aún no se reconocen ni se valoran. **Han permanecido en la sombra, de “tramoyistas” del escenario y representación del avance de las mujeres.** Ahora que son mayores notan esta liberación tan reivindicada pero reconocen que “no les han llegado todos los avances que las mujeres jóvenes disfrutaban” o les han llegado tarde. Es sabido que las mujeres jóvenes o de mediana edad han sido las primeras que han trabajado y han sido amas de casa a la vez. Pero pensamos que esto no es del todo cierto, pues son las mayores (las madres de aquellas) las que ya han tenido que hacer frente a esta difícil armonización de la esfera doméstica y laboral.

En las mayores observamos una **superposición de roles**: no se desprenden del viejo rol de ama de casa, al que se suma un nuevo papel que caracteriza a la mujer moderna. Dudan sobre si su **situación ha cambiado a mejor: respecto al ocio sí pero no respecto al trabajo doméstico y cuidados que aún desempeñan de forma prioritaria.** Se está dando una clara superposición de roles más que una sustitución o intercambio de los mismos. “La mujer sigue haciendo lo de casa; si quiere salir sale, pero después de hacer lo de casa...”.

“- Sí, eso es lo que pasa...”

- Sí, pero es que acabas de criar a tus hijos y empezas a cuidar a tus nietos y a tus padres v...!, así que no paras...

(...)- No, no, yo creo que todas, las mujeres, yo creo lo tenemos muy mal...

- Pues yo creo que ahora estamos mejor que antes...

- ¿Tú crees? Yo no lo sé

- Al menos estamos algo más libres que antes, por lo que decíamos de salir y eso...

- Ya, va, pero de lo demás yo no veo...” (GD2:10)

En cuanto a la contribución de los hombres a las actividades domésticas parece aumentar levemente con la jubilación; pero su relación con la producción doméstica tiene un sentido totalmente diferente al que adquiere para las mujeres. Las **diferencias intergénero** se pueden enfocar desde distintos puntos de vista. 1) En primer lugar, existe una diferencia esencial en la escasa cantidad de tiempo dedicada por los hombres a estas tareas en comparación a las mujeres.

2) En segundo lugar, una diferencia notable en el grado de identificación con las tareas domésticas y sus significados. Mientras que los múltiples roles asociados al rol de ama de casa siguen ocupando un lugar central en la identidad femenina, los hombres rara vez se identifican con los mismos, autopercebiéndose más como colaboradores del ama de casa que desempeñadores de las funciones. Algunos "ayudan" en las tareas domésticas pero no llegan a "compartir" las mismas. Para los no tienen el carácter de obligatoriedad que tiene para las mujeres. 3) En tercer lugar, se encuentran también diferencias en el tipo de actividades que desempeñan. Es decir, las actividades están claramente "generizadas", encargándose los hombres solo de aquellas consideradas "masculinas": reparación/mantenimiento vivienda; cuidado/mantenimiento vehículos, adquisición bienes y servicios duraderos, otras gestiones del hogar, cuidado animales, p.e.

Por ejemplo, en los medios rurales el ritmo es más pausado y encontramos unas actividades domésticas peculiares que no se realizan en los medios urbanos, pero eso sí, igualmente generizadas. Por ejemplo: barrer la calle, regar la calle, recoger leña para la lumbre, encender-apagar el fuego de la chimenea, cuidar de la "*caseta i el bancalet -o l'hortet-*", etc. Las dos primeras las hacen las mujeres; de las últimas se encargan los hombres. Respecto de la "*caseta*" se encarga la mujer, los maridos se responsabilizan más bien de "*l'hortet*".

"M.- (...) Arreglo la casa, después hago la comida, cuando acabo de comer friego y por la tarde a coser o a hacer ganchillo hasta la hora de hacer la cena. Dar una vuelta...

M.- Hay días que me levanto más pronto, otros más tarde. Más bien pronto, barro la calle, la riego y a hacer la comida, dar vueltas, comprar, y todo eso, nada más.

(...)H.- Yo, pasear, me levanto por la mañana y arreglo algo de casa. Si es invierno encender el fuego o meter la leña, prepararla y luego coger el camino el día que puedes y me voy a pasear, a ver esta obra, la otra obra..., siempre a ver cosas por ahí. Y por la noche, estar en casa..." (GD7:8-9)

En fin, de forma general, los hombres siguen realizando aquellas tareas que siempre han tenido adscritas y tradicionalmente "masculinizadas". Se puede decir, por tanto, que en aquellos casos en los que la jubilación trae consigo un aumento del apoyo de los hombres al trabajo doméstico, éste no suele convertirse en una actividad central, sino como "entretenimiento", como "ayuda" a la mujer y asumen, más bien, el papel de "ayudantes". Con algún matiz y excepción, la hostilidad hacia estas tareas al más puro estilo tradicional y sexista es común en los varones mayores. Sea un rechazo plano o rotundo, o bien sutil y suave, pero siempre traslucen un **discurso de rechazo**. Tal como expresan, sobre todo de forma más rotunda algunos de estatus alto, "se niegan a ser recaderos" y "amos de casa"; son tareas que desvalorizan y piensan que no hacen más que acentuar su posible imagen de jubilados inútiles, pasivos. Rechazan la realización de estas tareas y le otorgan un significado despreciativo de las mismas, les parece que hacen "bobadas" (en sus propias palabras), algo sin sentido.

Este rechazo deviene ya de la etapa adulta e infantil anterior, en la que los hombres nunca habían participado en las tareas domésticas, entre otros motivos, porque no han sido socializados para ello. Ahora que tienen más tiempo libre tampoco ayudan en estas tareas y además, sobre todo los de mayor estatus (quizás porque son los que más valoran sus profesiones pasadas ahora se sienten más inútiles), se toman con ironía y regodeo el que algunos ayuden a las mujeres y se niegan en rotundo a llevarlas a cabo.

"- Yo en mi casa he colaborado al cien por cien. (...) Yo he colaborado y sigo colaborando..." [Dice con ironía. Risas]" (GD5:8)

"- ¡Era el recadero, el recadero! ¿Joven de espíritu y adaptado?, sí, para mi no, yo no le hago un recado... ¡vamos, no me lo hago ni a mi mismo! (...) ¿comprendes?..

(...)- Pero hay una cosa muy importante: el considera, a las personas ya mayores como recaderos, de decir "éste no vale más que para hacer los recados", entonces tú te niegas a eso precisamente...

- No, me niego pero...

- ... porque no te consideras un inútil, piensas que puedes hacer otras cosas a parte de los recados...

- ¡Sííí!, me niego para no considerármelo, me niego y pongo los remedios..." (GD5:20-21 o ver GD1:2-3:

"...no estoy en contra de ningún compañero que se dedica a ayudar a las mujeres como aquí ayudan los compañeros, yo soy un colaborador de la mujer también, pero (...) si hay que ir a por el pan se va, y si hay que ir a por una caja de leche se va (...) dedicar mi tiempo a ayudar a la mujer, yo no estoy de acuerdo (...) el hombre no se debe de encerrar nunca en casa al amparo de la mujer, es una opinión...." (GD1:2-3)

Quizás los que tienen una situación familiar determinada (aún hijos no emancipados, mayores a cargo) colaboran algo más en las tareas del hogar; pero siempre se trata de una **"colaboración" nunca son "corresponsables"**. En cualquier caso no lo consideran trabajos "suyos" sino adscritos a la mujer a la que ayudan. No se identifican ninguno de ellos con las tareas, ni siquiera los que viven solos que tienen que realizarlas obligatoriamente sino tienen a nadie que se las haga, por falta de recursos para contratar a alguien⁸ o por otros motivos.

"...porque en casa, mi mujer ha sido la regenta de la casa durante toda la vida y yo no le voy a quitar a ella su potestad, pero sí soy su ayudante en algunas cosas, a lo mejor, ¿qué te diría yo?, una o dos veces por semana me toca barrida de patio, parque y terraza, que es que es pequeña la casa pero bueno, tiene su parquecillo y su terraza, el riego de las plantas, cada 15 días el limpiar las plantas (...) ventilo nuestra habitación y hago nuestra cama, le procuro echar una mano en la cocina y sistemáticamente hago la compra..." (EM3:6) ..has quitado una labor dura a tu mujer, resulta que lo ves todo tan monín, que te produce satisfacción de "amo de casa" (RISAS)" (EM3:8 y ver GD10:9: "pero de eso se encarga mi mujer, pero yo a mi mujer tengo que ayudarla..." ó ver GD1:20, EM8:6)

Se percibe que **la colaboración masculina en el hogar es superior en situaciones "extremas"**, por ejemplo, cuando la mujer está delicada de salud (GD8, GD5), cuando el tamaño de la familia requiere más ayuda (GD5) o bien cuando viven solos (viudos, p.e. EM15:8-9 ó EM20:3-4). En esos casos, podemos decir que se ven "forzados" a realizarlas. No se identifican con el papel de amo de casa, siguen viendo estas actividades como "cosas de mujeres", y ya hemos visto que cuando ayudan lo hacen de forma forzada y con menor intensidad de la que podrían en relación al mayor tiempo disponible en la postjubilación. Desgraciadamente, vemos que siguen vigentes los resultados de algunas encuestas de hace unos años sobre el reparto de tareas. Según el estudio INNER (1988), la opinión de los mayores da cuenta de la persistencia de la desigualdad intergénero aún existente: por ejemplo, el 75% de los hombres mayores de 55 años está de acuerdo con la frase "*las labores del hogar son cosas de mujeres*". Los cambios, pues, siguen un ritmo lento.

"...las tareas de casa no me gustan nada, cocinar nada... pero como me lo tengo que hacer que estoy solo no tengo otro remedio pues lo tengo que hacer. A mí no me gusta porque es de mujeres." (GD7:10)

"...dedicado los nietos y a mi casa, porque mi mujer lleva ya muchos años fastidiada y entonces... tengo que ayudar como es natural. Mi hija... casualmente tengo una hija soltera en la casa, que está trabajando, y su horario no le permite nada más que echar cuatro ratos y el resto pues lo hago yo, ¿no comprendes? porque desgraciadamente ella no puede hacerlo en estos momentos..." (GD5:11 y ver GD5:13)

En general, son "sus mujeres" (esposas, hijas, madres, hermanas) las que se encargan de estas tareas. Parece que los jubilados de menor estatus no le otorgan un significado tan negativo al hecho de ser recadero o a ayudar en lo doméstico, se resignan

⁸ Algunos mayores disponen de ayuda doméstica remunerada. Es el caso de los mayores mejor posicionados socio-económicamente y/o los que viven solos por viudedad o porque no viven con los hijos y/o los que están delicados de salud. Es el caso del EM12 (74 años) o EM2 (86 años), que son viudos que viven solos, no son del todo "independientes" y disponen de ayuda doméstica remunerada privada. O bien otro jubilado que dispone ayuda a domicilio por horas de organismos públicos para los más desfavorecidos socio-económicamente (EM20, 79 años, viudo, Salamanca).

más a “echar una mano” en casa. Pero el rechazo hacia las tareas es general⁹ y puede deberse tanto al pasado que han tenido como a la costumbre de estar fuera del **espacio doméstico**. **Prefieren el espacio público** (calle, Hogar) al privado u hogar familiar. Manifiestan una clara preferencia por otro tipo de actividades, algunos de ellos optan por el *Hogar* antes que el *hogar*.

Muestra de la hostilidad a las tareas es más bien el rechazo a estar “obligados” a realizarlas, a estar en el espacio doméstico, a no ser libres. No se niegan a “colaborar” pero no quieren obligarse (ni que les obliguen u organicen su vida otras personas) y tener que aprender este tipo de tareas. No muestran ninguna intencionalidad por aprender cómo hacer estas tareas que por otra parte siguen estando “generizadas”.

“H.- (...) la mujer siempre me tiene atareado pintando..., y eso. Yo, antes de casarme, ni sabía fregar, ni sabía barrer, ni sabía hacer nada y ahora sé fregar, barrer y hacer de todo (...)

H.- Con la cosa esta de que hay que ayudar a las mujeres pues hay que hacerlo, ¡a ver!

(...)H.- (...) a mí no me gusta eso de... Ahora cuando he estado con la obra pues, en fin, todo lo he barrido yo... (H.- Si hay necesidad de hacerlo se hace pero si no...), pero no nos hemos obligado y no lo hemos hecho antes... (GD4:6 ó ver GD8:6-7 ó GD8:5: “Sufrimos casi todos de lo mismo: ahora ¿en qué nos entretenemos? ¿en qué nos entretienen? Pues cuidando a los nietos y haciendo recaditos, que es lo único que nos queda... - (...) me levanto, yo mismo me levanto mi mujer enseguida “¡ve a por el pan!” (...), es para lo que aprovecho ahora, es la verdad, a por el pan, a por la niña, todo eso” y véase GD3:16, EM1:2)

Muchos jubilados hasta tal punto “huyen” de las tareas domésticas que prefieren los días laborables a los fines de semana que tienen un significado más familiar, más entrañable, pero de mayor compromiso familiar y doméstico. Los jubilados sienten que no pueden ir “a su aire”, se sienten agobiados con las obligaciones familiares a las que siempre se han dedicado de forma secundaria. En realidad, **pretenden escaparse de todo lo que suene a obligación** (p.e., visitas familiares, estar más en casa con familia, ayudar en casa), y por ello prefieren espacio público o espacio privado en el que se encuentran más a gusto que el doméstico. Ello lo demuestran dando preferencia a las agrupaciones, Hogares, relaciones sociales “externas” y otras actividades (véase 9.5.). En definitiva, antes que “encerrarse en casa a ayudar a la mujer” prefieren Hogar, jardín, parques, cualquier otra actividad aunque sea pasiva y poco gratificante.

Muchas veces, son las propias mujeres las que no han fomentado -o han impedido consciente o inconscientemente- el ser ayudadas, por verse amenazadas en el espacio que siempre han controlado y también por observar que los hombres no “saben” hacer las tareas domésticas. Aunque cada vez son menos, en el fondo muchas amas de casa -tal como veíamos en el discurso tradicional- se niegan a ceder su papel de ama de casa que les otorga identidad ante sus parejas: prefieren hacerlo todo ellas. Por esto, los jubilados reconocen las críticas femeninas por dos motivos: las ayudan poco, y cuando las ayudan lo hacen mal. Esta es otra justificación que sirve a los hombres para seguir sin ayudar en el hogar.

“... ¡trae voy a fregártelo!, ¡no se lo hago bien! y “¡trae le fregona!” voy a... el suelo u otra cosa, ¿no? y, ¡nada!, enseguida dice que lo hago mal y... ¡pues hala!, ¡hazlo tú hija!...” (GD3:15 o ver GD4:6)

⁹ Este rechazo a las tareas domésticas se acentúa en los jubilados pero también es característico, aún hoy, de los hombres más jóvenes. En recientes estudios (Tobío, Fernández Cordón y Agulló, 1998), no se observa el reparto de tareas domésticas sino que los jóvenes y adultos sólo se responsabilizan de tareas puntuales y siempre con menor intensidad que las mujeres que siguen centralizando el trabajo doméstico en cualquier edad. Las mujeres utilizan otras estrategias (ayuda doméstica remunerada, familiares...) pero apenas cuentan con el apoyo de sus parejas (no llega al 10% de los maridos/pareja los que se ocupan por sí solos de alguna tarea doméstica). Según un estudio reciente de la UAM (Marzo, 1999), sólo el 8% de familias españolas reparten las tareas domésticas de forma equitativa.

“...no he hecho mucho porque por suerte o por desgracia ha estado la cuñada o las hijas... y trabajo de casa no he hecho nunca y la mujer a veces me critica la cosa.... (H.- A mí también me gusta más que me sirvan que no hacer...)”, en casa pues encender el fuego y hacer algo que puedes sí, pero ahora ya no...” (GD7:11)

Parece ser que los hombres que apoyan en las tareas siguen siendo "la excepción que confirma la regla". Los hombres apenas hablan de estos temas, lo cual encaja con la educación en valores sexistas que han recibido; han sido socializados para desempeñar un trabajo remunerado como rol central en sus vidas y son, precisamente, los que ahora requieren una nueva concienciación y "socialización para la etapa postlaboral". De todas maneras, se observan cambios de actitudes relevantes en dirección contraria que apuntan a un mayor reparto de tareas del hogar no sólo en las generaciones más jóvenes. Las mujeres mayores en este sentido están jugando un papel importante para lograr la igualdad intentando que la "socialización postlaboral" de la pareja pase por una mayor implicación en las tareas del hogar y demás roles familiares que den identidad propia al jubilado y que ayuden a "liberar" a la mujer de todo el trabajo doméstico y familiar. Pero en resumen, en el espacio doméstico de los mayores de nuestro estudio sigue predominando la desigualdad y el no reparto equitativo de tareas domésticas, que curiosamente, los propios jubilados (y también algunas mayores) defienden en contraposición al equilibrio intergénero que en el mercado laboral y en el espacio público las mujeres están alcanzando. El espacio privado de los mayores sigue siendo un lugar de discriminación sexista.

9.3.2.2. Cuidado de otras personas: entre la sobrecarga y la satisfacción

Las funciones en relación al cuidado de otras personas, además de las labores materiales y domésticas comentadas, pueden ser diversas. Por un lado, están las tareas de carácter asistencial: cuidado de los nietos/as (alimentarles, vestirles, jugar, pasear); cuidado de las personas más mayores de la familia (padres, suegros, tíos/as mayores, p.e.); cuidado de los enfermos; apoyo a la familia (hijo/a) en situaciones más problemáticas y necesidades urgentes (préstamos, acogida en casa de hijos mayores no emancipados, etc.), etc. Y además, las funciones socio-educativas y/o afectivas pueden ser: educación de los nietos/as en ausencia (u otras circunstancias) de los padres; acompañamiento de nietos/as y/o padres; fomento de relaciones intergeneracionales, etc.

En cuanto al cuidado hacia otras personas se percibe una misma feminización. Las mujeres siguen siendo las últimas responsables de estos quehaceres aunque los hombres ayuden en mayor grado que en las tareas domésticas. Por tanto, estas funciones son otras de las áreas a las que un alto porcentaje de personas jubiladas, especialmente mujeres, dedican su tiempo. Si a las tareas domésticas tratadas se añade el tiempo dedicado al cuidado de otras personas, el resultado suele ser una jornada de trabajo completa e "interminable".

Dentro de las tareas relacionadas con el cuidado de personas, es necesario distinguir el que se dedica al cuidado de los/as nietos/as del que va destinado a cubrir las demandas de personas adultas enfermas, que en el caso de las jubiladas suelen prestar al marido o a los progenitores. Mientras que el papel de *abuela canguro* suele ser percibido más como un enriquecimiento de las relaciones familiares, el de *enfermera informal* adquiere más la forma de un trabajo, carga u obligación. El tiempo dedicado al cuidado de enfermos/as constituye, además, un tiempo que invade y condiciona completamente el resto de las actividades de la persona. La dimensión más importante de este tiempo no es tanto la cantidad de horas efectivamente dedicadas al cuidado de la persona enferma, sino la condena a permanecer en el espacio doméstico y "la privación de privacidad".

Pero la dimensión más relevante de la dedicación de estas mujeres, tanto jubiladas como amas de casa, a la atención y entrega hacia otras personas, es su falta de reciprocidad. Las mujeres mayores invierten mucho tiempo en cuidar pero no reciben, en general, el tiempo de

otros cuando son ellas las que, a medida que avanza el proceso de envejecimiento, generan más demandas de atención. Como señala Durán (1991), uno de los aspectos más negativos del trabajo de las amas de casa es que no hay previstos mecanismos jurídicos ni económicos para resolver las situaciones en que la actividad doméstica sea imposible o indeseada por las mujeres de edad avanzada. De hecho, las pensiones de jubilación no cubren nunca los costes del cuidado o atención doméstica a precios de mercado. Se asume implícitamente que los mayores podrán atender a su automantenimiento o que otros miembros de su familia lo harán por ellas.

Para los varones no implica problema porque en la mayoría de los casos, como sus mujeres son como promedio tres años más jóvenes que ellos y alcanzan, además, mayor longevidad, apenas se observa en sus discursos la preocupación por quién les atenderá cuando sean dependientes. Suponen que sus mujeres y/o hijas. Pero esto no es cierto para las mujeres que son las más se preocupan, ahora que son mayores, por quién cuidará de ellas, en resumen: “¿Quién cuidará de nosotras si las hijas trabajan y los maridos se nos mueren antes?...” (GD9:9-10), se plantean las eternas cuidadoras con tono desesperado. Esta falta de “reciprocidad”, esta asimetría hace que se preocupen por quién desempeñará en un futuro los cuidados que ahora ofrecen (véase capítulo 11).

Observaremos como sus discursos oscilan entre un extremo de rechazo por la sobrecarga y cansancio que suponen estos cuidados, y en el otro polo del eje, un discurso de satisfacción por estar cumpliendo un papel relevante a sus familias y a la sociedad, pasando por unos significados compartidos en los mayores sobre los cuidados como resignación, conformismo y “deber u obligación” a cumplir.

9.3.2.2.a. *Un discurso claramente feminizado: las mayores como cuidadoras*

En este apartado destacaremos, primero, cómo las mujeres mayores son las que siguen centralizando el cuidado de otras personas, en concreto de enfermos y/o mayores. El cuidado de los nietos y apoyo a los hijos, tratado en segundo lugar, es compartido con los jubilados, pero eso sí, siendo ellas las que mayormente se responsabilizan de sus cuidados.

Uno de los puntos negativos de esta situación es que no siempre este apoyo es satisfactorio para quien lo otorga (la madre, abuela) ni para quien lo recibe (el mayor, el enfermo o necesitado). Ambas partes pueden sentirse incómodas ante esta situación que se viene perpetuando por “obligación” de madre, por tradición sumisa de las mujeres, por educación en roles generizados, por todo ello. Claramente expresan su sentimiento de dependencia, de sumisión y de no haber tenido control sobre sus vidas. Ha predominado en ellas el rol maternal aunque hayan trabajado remuneradamente. Siguen dando prioridad al cumplimiento de los papeles familiares como el rol de *perfecta casada* hacia el marido, de *madre tierna* aún hacia sus hijos, de *abuela cariñosa*, de *buena hija* hacia sus padres ya mayores y, en fin, de cuidadora incansable.

En el caso de los cuidados de los nietos y otras tareas de apoyo, las madres jóvenes aprecian totalmente este apoyo de las mujeres mayores. Son las abuelas, concretamente, la principal estrategia para que las mujeres puedan compatibilizar el trabajo y la familia, como se constató en la investigación de Tobío, Fdez Cordon y Agulló (1998). Pero en otras investigaciones paralelas empieza a percibirse la sobrecarga y malestar de las cuidadoras, sobre todo las de edades más avanzadas. Por tanto, este sería otro punto negativo. Recordemos que varios estudios son los que analizan las consecuencias de la doble jornada de la madre trabajadora¹⁰ con pésimas repercusiones sobre ellas mismas, pero también sobre

¹⁰ Estos efectos negativos pueden ser de distintos tipos: psicológicos y de conducta (estrés, irritabilidad, cambios de humor, sentimiento de culpa, sobrecarga, ansiedad, p.e.), físicos (alteraciones del sueño, trastornos intestinales, cansancio, p.e.), laborales (disminución del rendimiento, absentismo laboral, errores, p.e.), accidentes domésticos, etc. (Véase referencias bibliográficas).

los hijos, sobre la empresa y por ende, sobre la sociedad general. Sin embargo, pocos reconocen los esfuerzos que a su vez están llevando a cabo las mujeres mayores. Muchas aún trabajan, otras se han jubilado y otras nunca han trabajado fuera del hogar. Todas ellas de mediana o avanzada edad también están sobrecargadas porque tienen que atender a sus esposos, a sus hijos aún no emancipados (préstamos, acogida en casa, p.e.), a sus padres (u otros familiares) ya mayores (según el INSERSO, 1995a, de la gente mayor suele encargarse las hijas en un 45% de los casos, y en segundo lugar, la pareja, hermanos/as u otros familiares). Las mujeres se quejan más en sus discursos de no disfrutar de esta etapa, de no disfrutar de sus nietos tanto como los abuelos (sus parejas), por ejemplo, porque tienen demasiadas cosas que hacer para sus edades. Se encuentran igualmente cansadas, irritables y fatigadas. Si nos paramos un momento a contabilizar las horas y preocupaciones que acarrearán estos roles, comprobamos sin duda que estas actividades sobrepasan con creces la extensión e intensidad de una jornada de 8 horas. Además, la sociedad y el estado no reconocen aún lo que se están “ahorrando” con el papel “invisible” de las mujeres mayores. Tal como hemos citado en otra parte, sólo recientemente se está estudiando y “corriendo el velo” del papel de las mujeres como “cuidadoras de la sociedad”¹¹. Aquí estamos hablando de mujeres mayores de 65 años pero, igualmente, las mujeres de mediana edad se identifican con estos discursos, todo ello a tenor de los pocos estudios sobre mujeres de edades avanzadas (Arber y Ginn, 1991, 1996; Durán, 1987, 1996; Brown y Laskin, 1993; Serra, Dato y Leal, 1988, Freixas, 1993; Agulló y Garrido, 1996, entre otros).

Pues bien; otro punto negativo puede ser la adopción de distintas actitudes y reacciones por parte de las abuelas hacia este tipo de apoyo. Muchas se sienten útiles y satisfechas prestando esta colaboración; pero para otras resulta claramente un “abuso” que les roba tiempo para sus actividades personales. La tónica común es que muestran actitudes ambivalentes cuando hablan sobre este tipo de actividades: se sienten útiles pero al mismo tiempo están agobiadas, cansadas y lo que es peor: *desvalorizadas*. Al igual que las diferencias en el uso del tiempo y el no reparto de tareas no deja tiempo a las madres jóvenes, las mayores tampoco se sienten *liberadas* aunque estén jubiladas. Tal como ellas dicen, a modo de queja unánime: “... y es que acabas de criar a tus hijos y ¡empiezas a cuidar de tus nietos y de tus padres!” (GD2:10). Son las principales “cuidadoras” de nietos/as, de mayores, de enfermos y discapacitados. No olvidemos que, alrededor del 14% de mayores, ayudan a otras personas más mayores, nonagenarias o centenarias (INSERSO, 1995a:231-236; INSERSO, 1995b:73-77).

Pero, al margen de la dimensión temporal, el tiempo propio que se usurpa a estas mujeres, también hay que considerar la condena que supone estar en el espacio doméstico y el verse *atadas*, obligadas a llevarlo a cabo muchas veces sin elección. Tienen la sensación de no poder abandonar el hogar y las tareas de las que habían intentado huir. Las que ya se han jubilado, paradójicamente, “vuelven” al hogar que nunca han abandonado. Algunas ni siquiera se habían planteado el que estas tareas no eran obligación suya, sino que es algo que la sociedad espera de ellas. Así lo expresan: “*las mujeres no nos jubilamos porque siempre tendremos algo que hacer en casa, por la familia, por algo...*” (EM7). Por ello los discursos sobre los cuidados son ambivalentes y se sitúan en un eje entre el rechazo por esta sobrecarga y, en el otro polo, la satisfacción de estar cumpliendo un papel, de estar aportando algo.

¹¹ Estamos iniciando un estudio (A. Garrido y M.S. Agulló, 1999-2000), subvencionado por el Instituto de la Mujer, centrado en profundizar y “desvelar”, tal como indica su título, “*La contribución de las mujeres al mantenimiento del bienestar social: el cuidado de otras personas*”, en el que se indagará sobre estas cuestiones que en este apartado sólo apuntamos.

En general, aunque se quejan de prestar este apoyo, siguen desempeñando este rol de “servicio y entrega” porque es el que ha aportado identidad y significado a sus vidas. Incluso para las mujeres mayores que han trabajado remuneradamente el papel de ama de casa y madre sigue siendo primordial, sobre todo para las de nivel medio-bajo (Agulló y Garrido, 1996). A esto se añade que si bien con la edad disminuyen las demandas de su propio núcleo familiar, es muy frecuente que sigan realizando estas tareas en casa de sus hijos, principalmente de sus hijas. Su nido puede quedar “vacío” pero no lo notará porque acude al “nido lleno” de la hija. Pero la cuestión es que tienen que atender “dos nidos”. En concreto un estudio del INSERSO (1995:79-84) prueba que el 35% de mayores presta ayuda en tareas domésticas o en el cuidado de los nietos/as. Esto es cierto cuando los mayores conviven con su familia (44%) y dependiendo del estado de salud.

Queda claro desde sus discursos el papel como **cuidadoras de sus padres mayores** al que otorgan un significado e importancia prioritario. No entienden las actitudes más recientes de “abandono” de los mayores y ellas tienen claro que cuidarán de sus mayores (en concreto a sus padres u otros familiares) “hasta la muerte”. Aunque los jubilados también están de acuerdo en el “no abandono” de los mayores, son ellas las que se encargan de hacer realidad esta acción tan positiva (“ellas quieren/deben hacerlo”) y tan poco reconocida socialmente (protestan porque no se aprecia su papel).

“...tengo un problema con mis padres, tengo mi padre con noventa y siete años y en vez de llevarle a una residencia, le tenemos mis hermanas y yo porque... tiene un problema, que no tiene vejiga, lleva bolsa para el pis y entonces cuando tengo que tener a mi padre, estoy nerviosa al máximo, porque tengo que dejarle ya el desayuno: “padre, de aquí no se mueva, ¿eh? hasta que yo no venga” y estoy muy nerviosa allí en mi trabajo, en el sindicato, estoy muy nerviosa (...) ...ya no me muevo para nada, mi padre es lo primero, atender a mi padre, que le tengo como mis hermanas, como un rey, a caprichos, lo que le gusta..., atenderle lo mejor que puedo, bañarle, limpiarle y ascarle y los mejores alimentos que se puede darle...” (GD3:18)

Ya hemos comentado como las pautas de cuidados están cambiando. Pero, de todos modos, los mayores (sobre todo las mujeres) siguen cuidando en muchas ocasiones de sus padres/madres u otros miembros mayores de la familia (tíos/as, hermanos/as mayores). Esto, sobre todo, lo observamos en las mujeres que aún tienen padres/madres vivos (véanse las fichas que han rellenado en la que se preguntaba sobre “otros” mayores que convivían con los mayores participantes). Por tanto, la imagen de los mayores abandonados, tal como apunta Casals (1982) puede estar exagerada; “lo que sucede es que ciertamente hay casos gravísimos de abandono o falta de respeto filial que resultan muy escandalosos, pero que representan un porcentaje muy pequeño de los ancianos... pero ello no quita gravedad al problema” (p. 84). De hecho, entre otras medidas, se está proponiendo desde organismos de/para mayores la creación del Defensor del Mayor (al igual que está el Defensor del Menor) y un proyecto de ley que comprometa a los hijos a “no abandonar” a los padres (ver capítulo 12). La situación se torna más grave cuando los mayores son dependientes, necesitan que alguien les cuide, no pueden vivir en su propia casa, etc., que se une a los problemas de salud y soledad comentados. En resumen, comparan el cuidado que han prestado -y prestan- a sus mayores (atendiéndoles hasta el final) y no entienden el “abandono” por parte de los jóvenes.

“H-(...) ¿qué hacen con los padres? pues sí, es que la vida es así de dura, pero es que todo el mundo nos hemos sacrificado porque... pero es que tengamos las posibilidades de irnos... (...)

H.- Esa es una de las mayores preocupaciones de los mayores y de tipo general (...), una de las cosas más duras que hay es desprenderse de un ser mayor (M.- Ahí, ahí), ni residencias, ni hospital -hospital para curar-, pero no una residencia para desprenderse de un ser querido mayor ¡no! ¡a mí no me cabe! y yo estoy... y a mí me tocará igual que a todos.

(...)H.- Pero es que va mucho con lo que han visto en su casa, con sus padres...

H.- Yo resulta que lo que ha dicho este hombre todo el mundo lo sabemos. Yo tuve a mi padre (...) y estábamos con mi padre “como Mateo con la guitarra”, por todos los costados....” (GD4:18-19)

Lo mismo ocurre con el **cuidado de enfermos y otras personas dependiente mayores o de otras edades**. Se intuye un discurso del “destino como condena” a hacer lo que “tienen que hacer” y no poder elegir ni escapar de las obligaciones, a las que muchas veces se resignan, pero que en otros casos están hartas de soportar. Es el papel de las mujeres como cuidadoras de su pareja enferma (EM1819), hermano delicado (GD9), hermana, cuñada (GD10), suegros o cualquier otro familiar dependiente:

“A- Bueno, pero estás así por lo bien que te he cuidado yo, ¿eh?

J- Ah, sí, eso sí.

A- Claro que sí, llevo 10 años dedicada a él(...) a ver si le duele, a ver si se duerme o si respira.

J- Porque me ha atendido la señora que si no estaría perdido...” (EM1819:5 ó ver GD9:7-8).

También el apoyo entre vecinos queda manifiesto en el discurso femenino. Este **apoyo informal al vecindario** es mencionado en muchos estudios (apoyo informal de mayores a mayores) como uno de los servicios más extendido (sobre todo en medios rurales, y casi siempre ofrecido por mujeres) y más valorado por los mayores (ver 9.5.3.2.).

“...ayudo a una señora mayor que es vecina mía, que tiene una hija que la van a operar ahora, que está enferma y la mujer es ciega y yo la ayudo lo que puedo, pero ¡no puedo hacer más! (...), porque tengo a mi hijo también enfermo y... (...) realmente me dedico, ¡hombre!, le doy horas y lo que sea a llevarla a traerla, a comprarle... (...) ¡puede ir!, pero hay que llevarla y me he ido con ella, ¡en fin! Si tiene que hacer médico o cualquier cosa me voy con ella...” (GD3:13)

Nunca se desprenden del papel de cuidadoras, son la “madre que nunca falla,” aún en las peores circunstancias de **los hijos, por ejemplo**. Este apoyo incondicional se denota en sus discursos a veces desesperados por el sacrificio y servicios que prestan, y sin embargo, denuncian la poca posibilidad de apoyo, de descanso y de mayor disfrute en la jubilación. Se denota en sus discursos la protesta por **la descompensación que supone el papel de ama de casa** que no garantiza, de ningún modo, según ellas, que en un futuro se preocupen de ellas.

Según Troll (1971, en Kalish 1991) las diferencias en las clases sociales en relación al apoyo pueden ser importantes: “los viejos de clase media tienden a ayudar a sus hijos durante más tiempo, mientras que los viejos de clase trabajadora tienen más probabilidad de recibir ayuda de sus hijos” (p.144), tal como se ha comentado en otros apartados. Hernández Rodríguez (1989:233) quiere llamar la atención sobre el hecho de que un padre es capaz de mantener a muchos de sus hijos y que, paradójicamente, los hijos no pueden mantener a su padre. Desgraciadamente, esta situación suele darse en demasiadas ocasiones que retomaremos en el capítulo 10. El tratamiento familiar hacia los mayores, sería, de nuevo, objeto de otro estudio. En fin, las circunstancias y situaciones familiares concretas abocan a las mujeres a seguir ocupándose de estas funciones destinadas “a otros”. Es la sensación “de vuelta” a las mismas obligaciones, de no acabar ni jubilarse nunca.

“M.- (...) tengo la moral por los suclos, porque ¡a ver!, tengo ahora sesenta y seis... sesenta y siete años, hace dos años que me he jubilado y la verdad que cuanto más necesitas es cuando tus hijos menos están, pues ¡claro! están casados todos ...(...) si antes vivía mal, ahora vivo peor, y esa es mi historia.” (GD3:4)

“...otra vez he vuelto a lo mismo. No he podido colocarme, ¡a ver!, el otro se quedó solo, luego cuando ya levantaba cabeza, pues se me ha quedado el otro, el otro está enfermo y no puedo, no puedo más que estar pendiente de él, sacarle adelante como pueda, tiene cuarenta y dos años y tiene mucha vida por delante y no voy a dejarle morir, porque es mi hijo, así que con eso tengo otro trabajo, porque tengo que ir a terapia con él, vamos de aquí a Fuenlabrada vamos dos veces en semana (...) esa locura hay que evitarla, así que ese es mi trabajo, ese es mi castigo, ¡vamos!, si era poco... (...) ...vuelta a lo mismo, hay que sacarle...” (GD3:8)

Respecto al **cuidado de nietos, y las tareas concretas que ello supone (acompañamiento al colegio-guardería, recogida, merienda)**, sobre todo por las tardes, es una de las funciones que más ocupa el tiempo de los mayores. Esto se observa no sólo en nuestro estudio, sino también en otras investigaciones sobre mujeres más jóvenes que dicen recibir la colaboración de la red familiar, en concreto de las abuelas, como apoyo más relevante para armonizar su trabajo y su familia-hogar (Tobío, Fernández Cordón y Agulló, 1998). Según estas madres trabajadoras entrevistadas son sus madres (**las abuelas maternas**) las que más colaboran con ellas en las tareas relacionadas con el cuidado de los nietos (op. cit. 93-109) en comparación a todos los apoyos que puedan recibir. Estas tareas relacionadas con los nietos y analizadas fueron: cuidado cotidiano de los nietos en edad preescolar, cuidado de los nietos fuera del horario escolar (antes, después), llevar o traer a los niños a la guardería/colegio¹², preparar la comida de los nietos, llevarles al médico, atenderles en situaciones extraordinarias (sea por motivos de enfermedad, vacaciones-ocio de los padres o cualquier otro motivo)¹³.

Por tanto, desde el punto de vista de los mayores que ofrecen este apoyo, y desde las madres más jóvenes que lo reciben, se coincide en señalar la colaboración en el cuidado de los nietos. Y es aquí, donde ya entran en el escenario los varones jubilados (los abuelos) pero, como habíamos apuntado, en un plano y papel secundario.

"M.- Nos traen a lo niños, eso sí...

M.- ¡Hala, hala! con los nietos, a cuidarles, para acá para allá hasta que venga la madre de trabajar, pero bueno, ¿a ver qué haces? porque es que como las guarderías acaban antes que las madres pues alguien tiene que encargarse de esos niños, las abuelas, los abuelos, ¡quién sea! porque como todos trabajan, ¡qué vamos a hacer!, al menos así les quitamos de..." (GD4:18 y ver GD2:10)

Predomina en las mujeres un discurso de queja desde el momento en que aún se sienten sobrecargadas y cansadas de la acumulación de tareas domésticas y cuidados. Ello hace que otorguen distintos significados a los cuidados, pues el encargarse de los nietos se percibe de manera más enriquecedora, positiva, esperanzadora ("ver como crecen"). Y sin embargo, el cuidado a los mayores ("ver como mueren") se percibe más como carga, como un "trabajo" a veces penoso, sobre todo, cuando el nivel de dependencia del mayor (a veces demencia senil, o la enfermedad de Alzheimer -cuyos niveles ascienden de forma imparable entre los mayores-) es tal que no se puede establecer una relación personal, de iguales. Prefieren el papel de *abuela canguro* al de *cuidadora de enfermos*, de *enfermera* o *asistenta*. Pero, la mayor o menor sobrecarga que soportan en relación a los cuidados variará dependiendo del tamaño familiar, de la estructura y obligaciones familiares. En fin, aunque no rechazan el cuidar a otras personas, si son conscientes de que a veces se "aprovechan" de ellas, y lo que es más relevante, intuyen que en un futuro nadie las cuidará. Demandan eso sí, comprensión y "valorización" porque aún aportan a la sociedad, a las familias.

Hemos de decir que los mayores están en el punto de mira de los programas intergeneracionales propuestos por los/as expertos/as. Estos programas pueden constituir un vehículo que promueva la solidaridad entre gente de diferentes edades, y además puede generar sentimiento de utilidad en los mayores. Esta solidaridad puede germinar en nuevos sistemas de

¹² En estas tres tareas cotidianas alrededor del 30% (según la tarea a la que nos refiramos) de las abuelas maternas prestan sus servicios, aunque su apoyo también es fundamental -pero menor- en otro tipo de tareas relacionadas con los nietos y con el hogar de las hijas/hijos. Con los otros abuelos se sigue la misma pauta pero con un porcentaje menor de apoyo respecto a las abuelas maternas. Este apoyo variará dependiendo de la cercanía/lejanía de la persona que presta la ayuda, el tipo de tarea, la situación familiar, el estatus socio-económico, la edad (de las madres trabajadoras que reciben el servicio), y otras variables y análisis que son desarrollados ampliamente en el estudio citado.

¹³ Para conocer datos concretos que confirman el tipo de apoyo consúltase el estudio citado. Podemos destacar un dato: el 65% de las abuelas maternas se encarga de los nietos en situaciones extraordinarias, el 40% de los abuelos maternos, 35% de las abuelas paternas, el 22% de los abuelos paternos, y porcentajes menores referidos al resto de componentes de la red familiar.

apoyo, favorecer la convivencia social y ayudar a la solución de los problemas y conflictos sociales. Por tanto el apoyo ofrecido por los mayores, sobre todo mujeres mayores "más jóvenes" (de menos de 80 años), bien sea de forma directa o indirecta debe ser contemplado por las distintos organismos que tendrán que encontrar cauces y mecanismos para valorar, económica y socialmente, este tipo de funciones hasta ahora desconsideradas. Pensamos que es de interés general el revalorizar las contribuciones y el papel que la gente mayor puede aportar al grupo familiar. Además, deberán tenerse en cuenta los distintos discursos femeninos y la libertad de decisión en realizar o no estas tareas que ahora se "suponen" obligación femenina. Pero, eso sí, habrá que tener presente que en un futuro las mujeres mayores (las adultas y jóvenes de hoy) no estarán disponibles para desempeñar el papel de eternas "*cuidadores de la sociedad*" como sus madres. Habrá que buscar otras medidas (legislativas, laborales, asistenciales, de concienciación social, ver capítulo 12) que suplan o complementen el papel familiar, y en concreto de las mujeres.

Recordemos que, aún hoy, muchos estudios sobre jubilación señalan las tareas domésticas como protectoras del bienestar de la mujer en esta etapa climatérica, en la jubilación y, posteriormente, en la vejez. Hemos de romper una lanza en este sentido y decir que, si bien esta continuidad (¿obligada o voluntaria?) en las tareas del hogar produce que no se viva un cambio abrupto al igual que los varones sufren en la jubilación, ello no exime a las mujeres de otros problemas que se acentúan en la etapa postmenopáusica y aún más en la vejez. No olvidemos que en las mujeres mayores la mayor esperanza de vida y la permanencia en el "nido" (propio o de las hijas) no las protege tal como comúnmente se piensa de otras vivencias negativas en estas edades. En total acuerdo con Freixas (1993) estas mujeres están en una situación de puente, "*sosteniendo y apoyando a tres generaciones; sus hijos e hijas, sus nietos y nietas y sus padres y madres; y todos esperan de ella funciones nutrientes activas*". Por tanto, las mujeres mayores en general siguen sin desmarcarse de estos servicios a los demás que siempre han ofrecido aún a costa de su desarrollo personal, su tiempo de ocio y su "invisibilidad" social.

Una reflexión más. Algunas medidas se están aplicando para ayudar a estas mayores cuidadoras, pero son insuficientes y muchas veces criticables por el riesgo de confinar a la mujer al hogar. Por una parte, "pagar" a estas mujeres es condenarlas al hogar, pero no apoyarlas es seguir en la desvalorización. Hay un amplio debate en torno a estas medidas¹⁴. De todas maneras, hemos comprobado que otro indicador clave de la continua desvalorización (a veces invisibilidad) de estas tareas es la existencia de un discurso social contradictorio, representado en un polo discursivo por algunos expertos/as y en el otro extremo por los discursos más conservadores. Se solapan al menos dos tipos de estructuras discursivas. El eje de valoración hacia estos cuidados, como hemos confirmado, oscila entre un discurso que aboga por la urgencia y necesidad de "profesionalizar" estos cuidados y servicios (p.e. defendido por los expertos/as entrevistados/as), junto a otro discurso opuesto, aún tradicional, que piensa en la familia (concretamente, en la mujer) como cuidadora insustituible. Esta **superposición de discursos**, corroborada a través de nuestro estudio, plantea un debate político-social aún incipiente en el que se entremezclan criterios morales, economicistas y de otra índole. El límite que une/separa el papel de la familia-mujer y el de los servicios profesionalizados no está claro en nuestro contexto. La familia (concretamente en los países del sur de Europa) aún sigue siendo un valor cultural central y, lo que compete a esta cuestión, conforma la "principal red asistencial"

¹⁴ Pensemos por ejemplo en el programa de "Ayuda a las amas de casa cuidadoras de mayores" de la que es pionera la Generalitat Valenciana y otros puntos de nuestro contexto español. En este caso se ofrece una ayuda económica (entre 15 y 30.000 ptas) a las amas de casa mayores de 45 años, con mayores de 75 años a su cargo y con renta familiar modesta. En esta línea también es pionero el programa "Respiro" (p.e. aplicada por Cruz Roja y algunas Consejerías de Servicios sociales de las CC.AA., p.e. CAM) en la que se trata de enviar a un profesional durante unas horas para que el ama de casa cuidadora pueda dedicarse a otras actividades, descansar y "respirar" de los cuidados continuos.

informal. El nuevo papel de la familia, de los mayores, de las mujeres y de los cuidados profesionalizados es, pues, una cuestión recurrente en nuestro estudio.

Es paradójica la preocupación por su futuro como mayores cuando reconocen que **siempre han cuidado (y siguen cuidando) de sus mayores incluso han vivido bajo el mismo techo**. Recordemos que la familia extensa, miembros de 3 generaciones compartiendo una misma vivienda, era característica hasta hace unas décadas cuando aún no había sido suplantada por el nuevo modelo de familia nuclear predominante en la actualidad. También las familias monoparentales u hogares unipersonales es un nuevo modelo emergente, en concreto en muchos mayores que viven solos (por viudedad, porque los hijos no tienen espacio, etc.). Con todos estos cambios, de forma latente o manifiesta, en los mayores late el miedo no sólo de no ser cuidados sino de ser abandonados. Algo impensable por ellos hacia sus mayores (véase capítulo 10). En cualquier caso, las mujeres perciben la **falta de reciprocidad y la descompensación** que supone el ser cuidadoras desde el momento en que no tienen claro quién cuidará de ellas. Dudan en un futuro que sus hijas (casi todas trabajan) o sus parejas (que suelen morir antes) se preocupen de ellas cuando sean más dependientes. **Tienen un discurso ambivalente**. Por una parte intuyen que no serán correspondidas y se resignan diciendo ¿si no pueden cuidar (sus hijas/nueras) de sus hijos como van a cuidar de nosotros? No quieren que sus hijas sufran como ellas (canción de Serrat “Princesa”: la madre limpia escaleras pero no quiere que su hija sufra y trabaje como ella...). En cierto modo “comprenden” y tratan de justificar la menor preocupación de sus hijos/as por ellas porque trabajan y “no pueden” ocuparse de los mayores. Pero al mismo tiempo reivindican, les preocupa, y no les parece *correcto que no se preocupen por los mayores en un futuro*. Esta situación aumenta su enfado y les genera nervios y tensión. Este discurso de preocupación en cierto modo está legitimado porque ellas son cuidadoras y ven que no serán correspondidas. Hayamos el **discurso más dramático y desesperado en boca de las mujeres**, sobre todo en las más mayores y que están más solas. Su discurso es de desesperanza y pesimismo en este tema. Son ellas las que ponen sobre la mesa, con un discurso claro, abierto, el problema de los mayores más dependientes. El discurso de los varones (o a veces la ausencia de discursos sobre esta temática) parece más tranquilo, menos reivindicativo por lo que han hecho (no han sido cuidadores) pero igualmente exigente, incluso puede parecernos egoísta porque suponen que serán cuidados por sus mujeres e hijas sin haber sido -sin planteárselo siquiera- cuidadores. Todos estos discurso “ocultan”, esconden una insatisfacción por no ser bien tratados los mayores como grupo. Protestan de que no les apoyan y, lo que es más gravoso, no serán apoyados (véase capítulo 11).

Se percibe en el horizonte la disminución de esta total disponibilidad (gratuidad, voluntariedad y en entrega) que hoy muestran las mujeres mayores. En el futuro estas madres que apoyan no estarán disponibles porque las mujeres del tercer milenio están, y estarán, totalmente integradas en el mundo laboral extradoméstico. Por ello, el interés tiene que ponerse en revalorizar estas tareas, fomentar otras estrategias, buscar otras alternativas, preservar otras ya iniciadas, para que el menor apoyo que prestarán las abuelas del mañana no signifique un obstáculo o un paso atrás en el caballo de batalla por la igualdad intergénero.

Una última pregunta se nos plantea: en el espacio privado y doméstico de no reparto de roles ¿qué rol tienen los jubilados? rol de “colaborador”, de abuelo, de padre... En cualquier caso, la ausencia de roles relevantes para los mayores queda bastante patente no sólo en el espacio doméstico sino en la esfera social general. Este vacío de roles es una de las lagunas por cubrir y uno de los retos sociales por alcanzar. Una de las alternativas es su mayor participación social, que aunque minoritaria, a continuación vamos a tratar.

9.3.2.3. Actividades no remuneradas en el ámbito extradoméstico

Si el apartado anterior ha sido muy extenso en coherencia con la inversión de tiempo e importancia que otorgan los mayores a aquellas actividades, éste resulta breve acorde con la corta participación de los mayores fuera del ámbito familiar y doméstico y de forma “no remunerada”. Aunque en aumento, pocas son las personas voluntarias mayores que participan más allá del umbral del hogar. Pero esta participación cada vez mayor (y no tan despreciable en comparación al voluntariado de otras edades) merece siquiera un somero análisis. Para muchos mayores estas prácticas son consideradas como *ocio*, desde el momento en que le otorgan sentido pleno (ocio como desarrollo personal y social) o como *trabajo* porque es tomado con seriedad, continuidad e implicación (más propias del trabajo vocacional y voluntario)¹⁵.

Introducción: ¿una minoría privilegiada emergente?

En contra del tópico y la representación de “poca participación social” de los mayores, desde los escasos estudios y reflexiones existentes se confirma una reciente eclosión del movimiento asociativo de los mayores en nuestro contexto español (Rodríguez Rodríguez, 1993; Ariño, 1993; Zayas, 1994; Ortí Benlloch, 1995; INSERSO-Colectivo Ioé, 1996; Bazo, 1996; Rodríguez Cabrero, 1997). En nuestro estudio hemos percibido esta participación emergente, sin embargo, aún minoritaria. La participación social más común sigue restringiéndose al ámbito más próximo y privado. El presente apartado versa sobre las actividades no remuneradas, pero esta vez fuera del entorno familiar y en concreto desde entidades ya organizadas.

Los prácticas de los mayores pueden ser, como veremos, muy variadas: 1) Conservar la memoria colectiva (usos y costumbres, trabajos artesanos, tradiciones culinarias, etc.); 2) Conservar el folklore y cultura populares (fiestas, canciones, danzas... y otras manifestaciones); 3) Preservar lazos intergeneracionales extrafamiliares; 4) Aportaciones a los problemas sociales, políticos o económicos; 5) Defensa de intereses de los mayores o de la sociedad general, principalmente. Estas actividades pueden considerarse todas de carácter no lucrativo o de voluntariado en el sentido de que la gente mayor no tiene la obligatoriedad de realizarlas, a diferencia de como ocurría en su etapa laboral remunerada. Si retomamos el estudio de Rodríguez Cabrero (1997), podemos citar al menos tres tipos de voluntariado en los mayores (pp. 114-115 y pp. 164-165):

a) voluntariado cultural (presencia de élites profesionales, trabajadores más activos y conscientes y mujeres profesionales y líderes), b) voluntariado asistencial (desde ong's como Cáritas, Cruz Roja o a nivel informal), c) voluntariado social e intergeneracional (desde los Centros y Hogares prestan servicios a la comunidad o a los propios mayores). Otros tipos de voluntariado a los que aludimos en nuestro estudio podrían incluirse o añadirse a estos tipos de voluntariado y participación: voluntariado parroquial, voluntariado vecinal-informal, voluntariado económico, etc., junto a los significados y discursos que los nutren. Para comprobar este auge de asociaciones de/para mayores pueden consultarse los estudios citados, discursos y actuaciones de los mayores cada vez menos puntuales, y más asentadas en el tejido social¹⁶.

De forma general, el voluntariado de mayores no está todavía muy desarrollado en España en comparación a otros países del norte europeo y a EE.UU. Sin embargo, en nuestro contexto español contamos con una incipiente colaboración de voluntarios de edad. Por ejemplo, como voluntariado económico en España existe la organización SECOT (Seniors Españoles

¹⁵ Para aclarar esta cuestión incluiremos aquí las actividades sociales que implican mayor compromiso social, y en el apartado 9.4. y 9.5. cuando son actividades de ocio y de relación, respectivamente, pero con significados e intencionalidad bien distintos.

¹⁶ Citemos, por ejemplo, la reunión (26-27 de abril de 1999, en Getafe) de la *Red Intermunicipal de Mayores*, que reunió a dirigentes mayores de Hogares, Centros de Día... de 13 municipios del sur de Madrid.

para la Cooperación Técnica), cuyos componentes se dedican al asesoramiento jurídico y empresarial de los más jóvenes. Según los análisis de Acebal (SECOT 1995), existen 51.000 personas mayores, de 17 países, insertas en una treintena de organizaciones de voluntariado¹⁷. El movimiento Senior (Acebal, 1995, autor al que hemos entrevistado para este estudio, véase EE16) implantado recientemente en muchos países¹⁸, se gesta con una doble orientación¹⁹. En esta experiencia convergen (concretamente en SECOT): asociaciones empresariales, Círculo de Empresarios, Acción Social Empresarial, Cámaras de comercio, empresas individuales, socios protectores, confederaciones y federaciones patronales, entre otros. A diferencia de otras ONG's, como Cáritas o Cruz Roja, el voluntariado económico (representado aquí en SECOT) no atiende fines sanitarios, ni religiosos, ni de militancia política o sindical, sino que se centra en ayudar a gente de empresa necesitada de apoyo para lanzar sus servicios o negocios. Todos estos apoyos pueden fomentar y mejorar las relaciones intergeneracionales e intrageneracionales²⁰. Además, ello puede reportar también una mejor situación de salud física y psico-social de los voluntarios mayores, mayor autoestima, sentido de utilidad. Es por tanto, esta faceta, la que nos gustaría destacar en cuanto al capital humano de los mayores al servicio de la colectividad.

También en otras ONG's ya clásicas (en Cáritas y Cruz Roja, sobre todo) las personas mayores están cobrando mayor peso y presencia social. En Cáritas, según su Memoria 1996 (1997:29) el 13,8% de los voluntarios²¹ son mayores de 65 años²². También, según la Memoria 1996 de Cruz Roja (1997:13), los mayores voluntarios son el 6% respecto al total de mayores usuarios de otros servicios a los que pueden acogerse o utilizar: teleasistencia (31% de los mayores), Ayuda a domicilio complementaria (24%), A.D. Básica (7%), Centros de día (9%),

¹⁷ El reparto geográfico de este capital humano es: 29.000 en EE.UU. y Canadá (3 organizaciones); unos 20.600 en Europa Occidental (22 org.); y unos 1.700 en el resto del mundo (3 organizaciones).

¹⁸ El origen del voluntariado económico de mayores está en Estados Unidos (1964), Canadá (1967) y Reino Unido (1972). En 1975 nace la primera asociación francesa, y en 1978 la idea se extiende a Japón y Holanda. Esta primera etapa, siguiendo al mismo autor, se dirigía a la Cooperación Internacional al Desarrollo. En la década siguiente se expande a nivel internacional este movimiento de seniors: Australia (1981), Alemania y Bélgica (1983), Italia y Luxemburgo (1986), Portugal y Sudáfrica (1988) y España (1989), y se añade una orientación hacia la cooperación nacional para el desarrollo del tejido de pequeñas empresas y entidades. Un segundo ciclo, se caracteriza por la creación de organizaciones especializadas en asesoría a PYME's

¹⁹ 1.- **Cooperación Internacional al Desarrollo.** El contenido de la asistencia es predominantemente técnico: reorganización de industrias medias, asesoramiento para la renovación de equipos y sistemas de plantas, formación y reciclaje del personal... 34.000 seniors disponibles para la ayuda a los países en vías de desarrollo y 2.920 proyectos en Asia, América Latina, Oriente Medio, Asia y Pacífico (datos de 1992, SECOT 1995).

2.- **Apoyo a las PYMES del propio país.** Esta es la otra vertiente. Unos 30.900 mayores forman parte de agrupaciones dedicadas a este apoyo. Al igual que en el anterior, son los EE.UU. y Canadá los que reúnen a algo más de la mitad de este voluntariado. Pero en Europa Occidental han sido creadas algunas recientemente.

²⁰ Los receptores de estos servicios son:

- Personas físicas (frecuentemente jóvenes) que tienen un proyecto empresarial y pretenden conocer la viabilidad del proyecto. Se presta apoyo a emprendedores individuales.
- Empresarios que desean o se ven forzados a introducir cambios importantes para sobrevivir, piden recursos para sus consultores comerciales. Los mayores apoyan a empresas con dificultades.
- Empresas que con creciente éxito precisan abordar varios problemas. Se apoya a empresas en crecimiento.
- Asociaciones sin fin de lucro u otros tipos de pequeñas entidades de finalidad social, dirigidas por voluntarios no profesionales y que requieren mejor gestión para mejorar su eficacia y eficiencia

²¹ El total de voluntarios de Cáritas es de 42.372 personas. La distribución por sexos es: 72,2% mujeres y 27,8% hombres. La distribución por edades es: - de 20: 4,7%; 21 a 30: 15,6%; 31 a 50: 35,1%; 51 a 65: 30,8%; +de 65: 13,8% (página 29). Además, hemos de decir, que el programa de Mayores es el segundo en el que más ha invertido Cáritas (del total de recursos 17.403.473, el 13% o 2.282.329 ptas), después de la "Acogida y Asistencia" (17,7%) y con mayor presupuesto que otros programas como Empleo (9,4%), Cooperación internacional (8,3%), Transeúntes (6,4%), Drogodependencias (5,3%), Infancia 5,0%), Mujer (3,2%), etc. (página 27)

²² Hemos de recordar una observación metodológica que nos parece básica. Los porcentajes de participación deberán interpretarse con cautela. Un mismo dato puede ser elevado si se contrasta con la participación de la población general; o bien puede parecer menor en comparación con la mayor cantidad de tiempo libre del que disponen los mayores.

“abuelos sustitutorios” (0,1%), etc. (1997:12-14). Junto a programas de acción internacional, sanitaria, formación, sensibilización -por ejemplo-, que Cruz Roja desarrolla (dirigidos a la población general), el programa de mayores es uno de los prioritarios dentro de la “Acción hacia grupos más vulnerables”. Es al que más voluntarios se dedican (11.088, del total de 20.865 en estos programas) y del que disfrutan más usuarios (61.974), en comparación a otros “grupos vulnerables” (refugiados, inmigrantes, toxicomanías, mujer, etc.) (ibidem: 11).

En un estudio de CRUZ ROJA española (Suárez del Toro, 1995) se manifestaba que “la mayor parte de las personas mayores que colaboraban como voluntarias lo hacían precisamente en actividades de atención a los mayores. La mayoría se situaban entre los 60 y 64 años aunque existía un 2,8% de mayores de 80 años” (pág.129). Según otros datos relativos a Europa, el 70% del voluntariado de Cruz Roja es mayor de 60 años (Izquierdo, 1994:53), pero esto no es extrapolable a España. Como se puede observar, de un total de 112.303 voluntarios de Cruz Roja en España sólo 4.723 tienen más de 60 años (SECOT, 1995)²³.

Otras actividades de voluntariado, que se han citado de pasada en este apartado y que queremos recalcar, son las actividades -también altruistas- de ayuda a domicilio (desempeñada por muchos mayores atendiendo a otros que aún lo son más), actividades que aportan conversación, compañía, etc., actividades de apoyo a la comunidad (organización de actividades lúdicas, organización de actividades festivas a nivel de barrio o comunitarias, etc.), etc. Todo este tipo de actividades son llevadas a cabo por voluntarios porque las organizaciones oficiales y estatales (sanitarias, educacionales, de servicios sociales) no pueden cubrir toda la demanda por no considerarlas importantes o por falta de recursos. De momento, solo recordar que hay organizaciones que se dedican al voluntariado de mayores, y aunque sean minoritarias, sus beneficios en relación a una mejor adaptación a la jubilación y al proceso de envejecimiento auguran un aumento necesario de este tipo de propuestas o medidas. Es digno de mencionar la campaña actual (abril 1999) “Sin tí somos menos” que está lanzando la Comunidad de Madrid, para captar a los mayores como voluntarios, y de forma general concienciar a la sociedad de la necesidad de impulsar y acrecentar estas iniciativas en pro de un mayor bienestar para todos.

Pero siguiendo con algunos datos más, según un estudio coordinado por la asociación británica RSVP (*Retired and Senior Volunteer Programme*) para valorar la situación de los voluntarios mayores en Francia, Alemania, Italia, Países Bajos y Reino Unido, “sobre una muestra de 1.027 voluntarios se deduce que su contribución supone un promedio de 21 horas al mes de actividad voluntaria, lo que equivale a más de un millón de horas de trabajo para sus comunidades” (Luque, 1995). Siguiendo al mismo autor, “si se diera el caso, de que uno de cada diez mayores de la UE actuara como voluntario, la sociedad se beneficiaría de unas 2.400 millones de horas anuales de trabajo voluntario” (en SECOT, 1995:141). Todo ello expresa el importante papel que las personas mayores pueden reportar sobre el ámbito social extrafamiliar. Podemos citar por ejemplo el proyecto “Abuelos-nietos”, que llevan a cabo algunos voluntarios mayores de Cruz Roja (Memoria 1996:13). Este programa trata de recuperar la figura de los abuelos para los menores que por diversas circunstancias tienen que estar parte del día solos. Tal como decía Susana Gende, psicóloga y una de las expertas entrevistadas, “...se llama “Abuclos-Nictos”, es un programa que empezó a desarrollarse en Asturias, este año lo vamos a poner en marcha en otras 4 oficinas provinciales (...) poner en contacto a familias con una problemática social diversa, por ejemplo, paro, desempleo, adicción a las drogas, familias monoparentales, etc..., con personas mayores que desean colaborar como voluntarios para atender específicamente la problemática de los niños de esa familia (...) después de una capacitación de Cruz Roja es hacer de abuelo, de abuelo sustituto, es decir, acompañan al chiquillo a la escuela, al parque, hablan con el profesor, le dan la merienda, y sobre todo, comparten

²³ Según esta investigación española de un total de 2.721 voluntarios mayores que participaron en la encuesta, el 25,8% realizaba tareas de acompañamiento a otras personas; el 21% colaboraba como profesor de idiomas o de apoyo administrativo; otro 21,3% participaba en labores puntuales; el 16,1% colaboraba en el desarrollo de actividades lúdicas; y un 14,7% eran monitores en talleres y cursos (SECOT, 1995:129).

afectos con ellos. Es una manera de contribuir un poco a estabilizar la situación familiar, y para el chiquillo supone un apoyo impresionante, es un programa muy bonito, es una experiencia muy fácil de hacer, es algo de muy bajo coste y con los resultados estamos muy satisfechos" (EE17:4)

Además, todo este tipo de prácticas puede reportar también una mejor situación de salud física y psico-social de los voluntarios mayores, mayor autoestima, sentido de utilidad. Es por tanto, esta faceta, la que nos gustaría destacar en cuanto al capital humano de los mayores al servicio de la colectividad. Pero no olvidemos, no obstante, que la participación en estos espacios es, aún, minoritaria²⁴.

9.3.2.3.a. La satisfacción de los/as mayores que participan voluntariamente

No todos los mayores tienen discursos en torno a este tipo de prácticas en cuanto que son una minoría los que son "activos" de este modo. Si sólo nos fijáramos en los discursos sobre participación social nuestra imagen general de los mayores estaría distorsionada, legitimándose erróneamente unas de las **representaciones sociales positivas** que se les aplican: los mayores son activos, están implicados socialmente, no notan la transición a la jubilación. Como hemos encontrado una minoría -en realidad no tan minoritaria en relación al voluntariado de otras edades- que realizan estas actividades extradomésticas es digno analizar esta faceta de los mayores y no quedarnos con la **representación social negativa** que se puede extraer de que los mayores son pasivos o si son activos es sólo en el ámbito doméstico o para algunas tareas remuneradas.

Hemos de empezar diciendo que los mayores que invierten más tiempo y otorgan mayor relevancia a estas actividades no remuneradas reúnen determinadas características: a) disponen de un entorno propicio y cercano para la participación; b) los que no cubren su "hambre" de actividad con la familia y ocio; c) cuentan con un pasado más o menos implicado (nivel de concienciación social actual medio-alto); d) tienen un nivel de independencia alto (salud, menor edad, menos obligaciones familiares), principalmente. Si consultamos el "perfil del voluntario mayor" según investigaciones recientes, se observa una coincidencia con los casos de voluntarios que hemos encontrado en este estudio.

Este "trabajo" de voluntarios suelen realizarlo desde el marco de pertenencia a alguna organización, ONG's u asociación (que no son conceptos similares²⁵). Si tenemos en cuenta sólo el nivel de pertenencia a asociaciones vemos que es bastante elevado (véase apartado 9.5.3.4.), pero si se considera la participación más activa, más implicada, la participación es mínima. Veamos este tipo de "trabajos" de algunas de las personas mayores porque estamos ante un estudio cualitativo, de profundización, no sólo de analizar lo más representativo socialmente.

Las actividades que realizan suelen enmarcarse en **entornos de carácter religioso, folklórico o social**. El discurso común en la participación de cualquier tipo es la mayor

²⁴ Además de aportar servicios a los mayores, Cruz Roja, Cáritas y otros organismos, se esfuerzan en promover un mayor reconocimiento social de los mayores y pretenden ser organismos reivindicativos de los mayores como ciudadanos de pleno derecho. Otros organismos en esta línea son SECODES (Seniors para la Cooperación y el Desarrollo), ABUMAR (Abuelos/as en marcha), etc. A nivel europeo es de destacar la REBE (Red Europea de Voluntariado Económico), la Asociación de Seniors de Europa Comunitaria (ASEC), y las conferencias de Servicios de Expertos Seniors que se reúnen de forma bienal, entre otros.

²⁵ Nos gustaría establecer aquí las diferencias entre "ONG" y "asociación" en base al fenómeno "oenegista" y a las confusiones actuales de este tipo de organismos. Entendemos ONG como la organización independiente (financiera e ideológicamente) que lucha (desde una metas e ideas creativas, a veces utópicas) por intereses de otros, de todos (Cáritas, Cruz Roja, Greenpace, p.e.), pero no por intereses propios. Sin embargo, hay otro tipo de asociaciones que vienen denominándose ONG pero vemos que sus intereses son propios y particulares (OCU, UDP, p.e.), o bien que sus fines son de ocio o culturales (peñas festeras, deportivas, p.e.). Queríamos hacer esta breve aclaración para advertir que denominar a toda asociación ONG es desvirtuar el concepto y puede conducir, al final, a que cualquier organización -p.e. dependiente del gobierno-, paradójicamente, sea una "organización no gubernamental".

implicación, el ritmo continuado y regular de actividad, la motivación expresiva del que la realiza, el carácter altruista general... que bien podría considerarse “trabajo” desde el punto de vista que mucha gente “vive realizando estos servicios”, pero no es “trabajo-empleo” porque no cobran, no es obligatorio, y de no realizarlas no estarían cubiertas por otras personas más jóvenes, ni por el mercado ni por el Estado. A pesar del debate que hay sobre si el voluntariado de mayores quita puestos de trabajo, no vamos a entrar en esta polémica, pero si hemos de decir que en todo caso no es una problemática de mayores, sino del “voluntariado a cualquier edad” que habrá que gestionar y limitar para que en realidad no signifique mano de obra barata... tal como algunos de ellos reconocen.

“...que la actividad que realicen tiene que ser sin quitar puestos de trabajo a los jóvenes. Tiene que ser una cosa como lo mío de catequesis, o sea, deben ser cosas así porque si no los mayores no deben de trabajar nunca, no pueden ser activos en cosas remuneradas. Eso no, ellos ya dieron su vida y su trabajo, ahora que lo den los jóvenes. Ellos deben de ser siempre por un “hobby”, por una entrega o por un... eso, o por una distracción, pero no por una necesidad ni eso...” (EM7:9)

Aunque estos voluntarios son minoría y no podemos generalizar, si cabe decir que quienes las realizan reflejan los discursos más positivos de todo nuestro estudio, de satisfacción (social y autosatisfacción) y por tanto una posible mejor adaptación. Ayudan a cubrir ese “vacío” personal o social que deja la jubilación o la desconexión que implica, a veces, el proceso de envejecer. A diferencia de la mayor parte de jubilados que son más pasivos, a los que aquí nos referimos otorgan un significado positivo a su ocupación del tiempo, no desvalorizan lo que hacen; tienen unas actitudes y discursos más positivos hacia la actividad. Ellos se sienten “activos” hasta el punto de referirse a estas actividades como “trabajo” porque verdaderamente ocupan una gran parte de su tiempo y se lo toman en serio como una profesión elegida, vocacional (incluyen casi todas las características del trabajo, *excepto ser remunerados*). Se confunde el concepto de trabajo con el de actividad porque otorgan un significado positivo a ambos. Muchos no entienden que se puede “trabajar sin quitar puestos de trabajo”; observemos la confusión de “empleo” con “voluntariado”.

H.- Pero usted va a trabajar en cualquier sitio, le ven y al contratista pues se le ha caído el pelo.

M.-... No, pero si no es por esto, si es que ya...

H.- Pero si no le admiten, no le admiten

M.-... dar algo tuyo para a los demás ayudar.

M.- Que tú das pero recibes,...

M.- no es trabajar, no es trabajar para ganar un sueldo....” (GD3:20)

Como veremos, las prácticas religiosas (*misa dominical, otros ritos*) marcan -y han marcado- el ritmo de muchos de los mayores (sobre todo mujeres) debido a su socialización en la religión católica. Del mismo modo, muchos mayores siguen vinculados a sus parroquias. La mayoría lo hacen como meros “receptores” de actividades religiosas (véase apartado 9.5.3.4.), pero otros están más implicados y “trabajan” voluntariamente en el seno de la misma. En nuestro caso tenemos a mayores activos en el catecumenado (ama de casa-GD3, jubilada-GD9, jubilado-GD1, jubilada-EM7, prejubilado-EM3), como visitadora de enfermos (jubilada-EM4), apoyo a transeúntes y marginados (prejubilado-EM8), colaboración en las fiestas al Patrón de la localidad (jubilado-GD10), por ejemplo.

“M.- (...) y estoy trabajando en distintas cosas de la iglesia, de asociaciones de mujeres...” (GD3:3) (...) desde que murió mi marido, pues yo me he dedicado más a todo, a ayudar a los demás de una manera, a otros de otra y resulta que yo, pues nada y este año pues ya pienso dejarlo y dicen que no que no lo deje porque, yo..., son unas preparaciones que hacemos a las personas mayores en la iglesia, se llama

catecumenado, son cuatro años (...) no sé si lo voy a poder dejar (...) ...empiezo yo, pero ¿cómo voy a dejar esto y lo otro? O sea, pero yo soy muy activa..." (GD3:7 y ver EM7:3, GD10:20, EM3:6, EM4:5)

Observamos que casi todos los voluntarios suelen ser **mujeres**, según los datos de distintos estudios mencionados, aunque en nuestro estudio también nos encontramos con jubilados que cooperan voluntariamente en alguna organización. Llama la atención el hecho de que uno de ellos (EM8) fue animado (¿influido?) por su esposa a integrarse en una asociación parroquial de su localidad (Mérida, Badajoz). Pero ya hemos mencionado que los factores decisorios para participar como voluntarios son diversos. Sus discursos resultan altamente positivos. Observamos como en entornos rurales e intermedios es característico un tipo de participación que pivota en torno a la iglesia. En los ámbitos urbanos se desvincula más de este carácter eclesial, o bien se superpone un nuevo tipo de participación a la clásica participación religiosa "tradicional". En las ciudades hay más tejido asociativo, más posibilidades, sin embargo parece que la participación es mayor en ámbitos rurales o intermedios que en zonas megaurbanas. De todas maneras, más que el entorno espacial, tendrán influencia otros factores como el entorno relacional propicio a estas prácticas, las obligaciones familiares y otras dimensiones ya comentadas²⁶.

"...Mérida, en una asociación que se llama Asociación de Transeúntes del Padre Cristóbal que me satisface por completo, he encontrado ahí un aliciente en mi vida muy muy importante (...) y todas las mañanas me dedico humanamente a estos transeúntes, ¿no?, que son gente que necesitan ayuda. Vamos, que estoy muy muy feliz de haberme jubilado... ("EM8:2)...ir al centro ese del Padre Cristóbal con el que estoy muy satisfecho porque son personas muy agradables, les haces falta porque la mayoría son alcohólicos y toxicómanos, y son personas a las que les haces falta... (...) voy todos los días de 10 a 1 de Lunes a Viernes, ahora estoy de vacaciones y muchos días me da pena no poder ir pero...(...) antes de esto salía de casa a las 10 ó 10:30 y media, me iba al Casino, me leía la prensa a las 12 y media o a la 1 (...) he sacado un provecho tremendo. El catecumenado que hemos empezado el primer año, son 5 años, he empezado el primer año y ya hemos terminado. Hemos hecho muchas amistades, eso es una convivencia muy bonita..." (EM8:5)

No sólo en entornos parroquiales participan algunos de los mayores, sino también en otros **ámbitos sindicales, sociales** (Centros de mayores) o relacionados con la empresa en la que han trabajado. Es el caso de una jubilada y jubilado sindicalistas que trabajan en defensa de los intereses de mayores (GD3) o dos de los jubilados de la agrupación de jubilados de la empresa CASA (GD1), o bien algunas mujeres que coordinan algunas de las actividades en algún Hogar de mayores (GD2). Hemos de destacar el caso ejemplar de CASA ofreciendo a sus jubilados un espacio en el que reunirse o al que acudir una vez jubilado. Pocas empresas -sólo algunas como ENDESA, IBERIA, RENFE ofrecen, por ejemplo, cursos de preparación a la jubilación- tienen esta u otra consideración por sus trabajadores "después del trabajo". En este estudio se quiere destacar, también, la urgencia de convertir el área de "recursos humanos" en más "humanos" para que no abandonen de forma tan radical al trabajador tras la jubilación²⁷ (véase 12.2.).

²⁶ Recordemos que son varios factores (no sólo la actividad, pero principalmente la actividad) los que incidirán en un mejor tránsito a la jubilación: entorno, ingresos, estudios, salud... Vemos que la actividad puede desarrollar cada uno de estas facetas: interacciones, sentimiento de utilidad y bienestar a todos los niveles.

²⁷ "...ex-subdirector de ventas, ¿eficaz? al 100%, ¿íntegro? al 120%, ¿ecuaníme? como pocos, sensato, dedicado en cuerpo y alma a Aviaco (...) de Parkinson, y al cabo de 12 años, porque hace 12 años que está malito, ni Aviaco oficialmente sabe de su existencia, ni le mandan un recordatorio, ni le van a ver. Entonces, esa parte es muy, muy, muy injusta. Y no sé por qué razón, la vida laboral aquí en España, por lo menos aquí, donde yo vivo, la separamos tanto de la vida humana, ¡no lo entiendo por qué! (...) es triste pensar que has dedicado, como este chaval, que entramos en el año 64, 25 ó 26 años de su vida, los que pudo por salud, en cuerpo y alma en Aviaco, y que no se acuerden..." (EM3:7)

"...una agrupación de jubilados que es de la empresa donde trabajábamos (...) mucha colaboración con los centros cívicos del Ayuntamiento, tenemos muchas reuniones con ellos, nos convocan a muchas reuniones..." (GD1:4) (...) las consultas que nos pueda hacer cualquier compañero, a organizar algunos viajes que hacemos, a echar una mano al que esté un poco... en inferioridad de condiciones físicas, porque ahora mismo tenemos un compañero que lleva dos meses y medio en estado de coma y raro es el día que no vamos alguno a ver qué es lo que necesitan o a ver dónde les podemos echar una mano porque ahora le han echado del hospital de aquí porque le han mandado a un hospital de terminales y claro..." (GD1:13)

"...estamos en el Hogar; que si hacemos excursiones, que si nos vamos al baile, que si damos convites, chocolate en el invierno, ahora les damos... en el verano les damos limonada, que si jugamos a la petanca, que si jugamos a las cartas, ¡bueno!, a la rana, bueno, ahora estamos distraídas, pero estupendamente.

- Muy bien.

- Sí, yo también... vamos, durante el día... pero hay días que tienes que ir a una Junta al Hospitalillo (...) porque tienes que hablar con los... con los de arriba, con los profesores... (...) el centro desde las cuatro y media o las cinco hasta las siete o las ocho, haciendo carnets, o atendiendo al público..." (GD2:8 y ver GD3:11-12: "...haciendo por los demás, me incorporé al Sindicato y llevo diecisiete años en el Sindicato, colaborando y luego ya digo un puesto de responsabilidad, pues seis años (...) un trabajo bonito, no me aburro en casa y doy a los demás lo que puedo, lo que mi capacidad puede dar (...) CC.OO., al que yo pertenezco, si no... hay otros sindicatos, hay asociaciones de mujeres..." (GD3:11-12).

En esta minoría de mayores de nuestro estudio hemos encontrado los discursos más positivos en relación a sus actividades y ocupación del tiempo, y por tanto también en relación a la jubilación y esta etapa. En cualquier caso, no olvidemos que muchos son los factores que inciden en una vivencia del envejecimiento más positiva, y por eso, incluso estos mayores demuestran descontento (no con la actividad) con otras facetas de su vida como jubilados/as. Sobre todos los que viven solos o tienen bajas pensiones (mujeres generalmente) manifiestan junto con sus discursos de satisfacción con el voluntariado un discurso de preocupación y queja. De ahí, que la actividad sea central en esta etapa pero otros factores se añaden a ella para poder entender la vivencia de la jubilación (ver 8.3.).

Pero continuando con los discursos de estos mayores activos, observemos la elevada implicación y compromiso de algunos de ellos en las actividades. En otros/as es más puntual, y adquiere un significado de *pasatiempo* y una forma de interacción más con otras personas. Por ello, aunque las mujeres que están participando están más implicadas, en general, debido a las obligaciones familiares y la tendencia femenina en estas edades a permanecer en el hogar, las que participan en estas actividades, suelen tener una base común: estar solas (viudas, p.e.), tener pocas responsabilidades familiares, y sentir la "necesidad" de salir del hogar. Las mismas mujeres perciben el mayor "reconocimiento social" que tienen este tipo de prácticas frente a las funciones familiares que aún siguen siendo poco valoradas socialmente. Otro punto a destacar es la capacidad de decisión y elección que han tenido en estas actividades voluntarias, frente a la obligatoriedad impuesta socialmente de realizar las tareas domésticas.

En las fichas individuales de los participantes de los GD y entrevistas podemos observar un alto nivel de pertenencia a asociaciones (sobre todo en medios rurales e intermedios) pero de los discursos se extrae un bajo nivel participativo general (participación puntual, sólo en las fiestas, sólo en algunas celebraciones religiosas...). Hay dos formas de acudir a estas organizaciones: para participar activamente (la minoría) o de forma pasiva (para pasar el rato). El ejemplo más claro es el de los Hogares o parroquias, a los que muchos asisten (los hombres de nivel medio y bajo a los Hogares, las mujeres a la parroquia) y pertenecen, pero pocos participan. De hecho, según distintos estudios citados la pertenencia a las asociaciones, Hogares, es muy elevada, pero el nivel de participación al modo de estos voluntarios/as que estamos tratando es ínfimo.

En general, no encontramos en nuestro estudio a muchos que manifiesten directamente que "se sienten útiles y muy satisfechos con lo que hacen"; sólo hallamos mayor

satisfacción en los discursos de los que están más comprometidos que son la minoría actualmente. Podemos decir, pues, que estos mayores es más probable que tengan una mejor vivencia de la jubilación y envejecimiento en virtud de sus discursos positivos, aunque tampoco podemos decir que “sólo” estos mayores se adapten mejor a la jubilación, pues otros mayores en cuyas actividades pasivas están satisfechos (¿o más bien conformados?), principalmente por ser acciones “elegidas”, pueden adaptarse igualmente a esta etapa. Observamos pues que no es tan simple, ni se puede establecer relación directa causa-efecto: **una participación social no siempre implica mejor jubilación, pero si parece más probable que puedan adaptarse mejor los mayores más activos.** El aspecto crucial para entender una mejor vivencia en esta etapa parece ser el hecho de que hayan elegido estas actividades y las mismas les llenen el hueco laboral (jubilación) o familiar (nido vacío, viudedad) que pueden dejar estas edades. Veamos esta satisfacción:

“...me dedico a estas personas que están en este centro al cual estoy cada vez más orgulloso de pertenecer a este voluntariado del Padre Cristóbal de aquí de Mérida. Cada vez estoy más orgulloso, son personas a las que les haces falta y sigo muy contento.” (EM8:3)... creas muchas amistades, pero vamos, a mí me gusta más el asunto este de los transeúntes y sin techo que lo veo una cosa, no sé, lo veo de una necesidad en la vida que la gente pasamos. Yo pasaba antes, yo pasaba antes, no sabía lo que era eso. (...) por lo menos para mí me fortifica y me da no sé, me da a la vida una calidad tremenda que antes yo siempre he sido una persona de pequeño que me gustaba el catolicismo, y la Acción Católica, pero luego después lo dejé pero he vuelto ahora y me encuentro con más fuerza (...) algo más, ¿no?, hay cosas que son muy insignificantes para ti y sin embargo para otras personas esa insignificancia es un provecho tremendo para ellos. (EM8:5)

“M.- (...) estoy desde las nueve de la mañana hasta la una en el sindicato haciendo un buen, me supongo, que es un buen trabajo porque siempre que se ayuda a los demás se hace un buen trabajo (...), los miércoles voy a un programa de radio, en Onda Latina, la voz del Pensionista y Jubilado y estoy muy contenta y muy satisfecha, llevo siete años haciendo el programa y me encuentro muy cómoda, muy cómoda, en el sindicato y en la radio también. Estoy encantada, o sea, que soy una persona mayor pero me siento muy útil todavía porque puedo dar a los demás (...) ...las mujeres mayores que no saben defender sus derechos y te llaman a ti para que vayas y las ayudes es una satisfacción grandísima (...) a cualquier sitio que lo necesiten a ayudar. Esta mañana he estado yo en una Residencia viendo a una señora que tenía muchos problemas (...) voy donde me necesitan y allí voy, así que estoy muy contenta, me siento útil a los demás y estoy encantada de la vida (...) mientras pueda lo voy a hacer...” (GD3:6 y ver GD1:15 y otros citados más arriba).

Muchos de estos voluntarios se lo toman como un trabajo, con seriedad, con un horario, responsabilidad, continuidad y entrega; o mejor dicho, mejor que un “trabajo” porque lo realizan con libertad, por motivaciones exclusivamente intrínsecas (les gusta la actividad en sí) y no materiales. Por todo ello se sienten satisfechos, se sienten útiles, les gusta, y adquieren tanto autoestima como reconocimiento social. Aquí podemos decir que se cumple literalmente ese cambio de significado del trabajo pasado como *medio* a la actividad como *fin* en sí mismo. A estas opiniones se añaden, desde alguno de ellos, un discurso muy crítico hacia los mayores por varios motivos: son pasivos, no acuden a conferencias en los Hogares; sólo juegan a cartas, no conocen este tipo de actividades; los hombres piensan que son “tonterías de mujeres”; no protestan ante su situación económica más deteriorada en la jubilación; no demandan lo que necesitan, etc.

“...unas conferencias muy, muy interesantes que se han dado aquí en este distrito, en los cuatro Hogares que hay aquí y tiene que bajar el conserje o quien sea a avisarlos: “por favor, que son ponentes cualificados todos, muy preparados, que dan unas conferencias maravillosas”, que son dignos de escucharlos y siguen jugando a las cartas y hay casi obligarlos para que suban a una conferencia (...) pero están enviciados, cartas, cartas, cartas, cartas y va digo que yo estoy a favor de los Hogares, estoy a favor, pero la mente está cerrada (...) Solamente con la gente que hay mayor que necesita que se las ayude, ¿eh?... eso es que me lleva a mí a los demonios porque yo lo oigo por la radio (...) que se mueren solitos ahí, habiendo tantos como nosotros que somos casi un poco mayores y estamos mejor, que podríamos echarles una mano, ayudarles...” (GD3:21-22)

“...retirando medicinas a los pensionistas y hay algunas personas que no se dan cuenta todavía, y eso existe y debe de ser, pues ¡hijos míos!, en vez de estarnos con los brazos cruzados (...) las pensiones de miseria que suban para arriba, que la pensión de viuda sí suba, al salario mínimo interprofesional, que no le llegamos, ¡ni muchísimo menos!, es la pensión de viuda del 45% de la base reguladora del marido (...) las hay de treinta y dos mil, ¡eso es una miseria!, pero se conforman, son conformistas... (...) hay que reivindicar y no quedarnos en casa...” (GD3:11-12 y ver también EM8:7: “...de decir “son cosas de tonterías de las mujeres”, pero es porque no van....”)

Muchas veces transmiten un discurso muy reivindicativo e implicado socialmente que no es el discurso de los mayores general, pero que rompe estereotipos y representaciones negativas de que los mayores son pasivos, no se asocian, no reivindican, no son conscientes ni conocedores de la realidad... De hecho, si el nivel de participación de los mayores no es más elevado ello es coherente con el bajo nivel de implicación social de la población española general, no es exclusivo de los mayores. Cada vez el tejido asociativo y los mayores implicados es más elevado. De momento son una minoría, pero eso sí, emergente y en auge. En cualquier caso, no es casual que este apartado sobre aportaciones de los mayores a la sociedad, resulte algo más breve y los análisis al respecto sean más limitados. Esta ausencia es indicativa de que *el capítulo de las contribuciones y participación de los mayores al ámbito social* aún está empezando a escribirse. Esperamos que las investigaciones y reflexiones de gerontólogos/as y demás expertos/as sobre mayores “en activo” vayan en aumento lo cual sería indicador del crecimiento de la participación social de los mayores y una vejez menos dependiente.

Nuestro enfoque sigue el hilo conductor de las últimas tendencias que consideran a la gente mayor como algo más que simples perceptores de servicios y prestaciones. El “diamante” a seguir puliendo, el potencial y ganancias que puede suponer la gente de estas edades, es resaltado recientemente desde distintos puntos de vista. Nuestra línea se sitúa en relación a una recomendación de la ONU (Castro, 1990:24): *“Los viejos también pueden crear valor añadido. No se les puede considerar sólo como sujetos pasivos. Se trata de administrar los recursos y de consumir desde una conciencia ecológica, intergeneracional”*.

9.4. ACTIVIDADES DE OCIO DE LAS PERSONAS MAYORES: De la pasividad a la participación.

Además de la idea “distintos ocios, diferentes significados” que se desprende de los mayores, otra de las cuestiones generales observadas es el cambio de significado del ocio como descanso en la etapa adulta al ocio como fin vital en esta etapa. Es decir, ya no se trata de una distracción del trabajo sino de encontrar sentido a la vida diaria, al día a día, al tiempo libre que ahora ocupa todo el tiempo. Empero, para muchos mayores estas actividades han sido inexistentes y/o no tenían un sentido muy enriquecedor. De la noche a la mañana, al pasar a la jubilación, no se puede esperar que éstas llenen de significado su tiempo; hubiese sido necesario una mayor preparación que hasta ahora no se ha dado. En las nuevas generaciones las actitudes hacia el ocio y tiempo libre serán diferentes. Tal como dice Aguirre (1983:36), el ocio será actividad, plenitud, “cuando los propios ancianos lo pidan como una exigencia que nace, individual y colectivamente, de su propia personalidad, desarrollada y realizada desde el nacimiento mediante la educación y el trabajo”.

Por tanto, el ocio tendrá uno u otro significado dependiendo de distintos factores: según la finalidad, según la cantidad de tiempo que ocupe, según las actitudes hacia el mismo o dependiendo de lo que aporte psicosocialmente al individuo, por ejemplo. Los términos de ocio, tiempo libre, trabajo, pueden tener **distintas connotaciones**. Podemos decir que el ocio es difícil definirlo porque dependerá de la **experiencia subjetiva** de cada uno y puede tener distintas acepciones. De todos modos, faltan estudios que analicen el ocio de manera más cualitativa, y no sólo descriptiva o cuantificando las distintas prácticas. A lo largo de la vida las prácticas de ocio pueden variar dependiendo de los distintos factores ya citados.

9.4.1. EL OCIO COMO CONSTRUCCIÓN: EVOLUCIÓN Y DELIMITACIÓN CONCEPTUAL

Se puede observar como en cada momento histórico el tiempo ha tomado significados distintos. Se ha pasado de la *inexistencia de tiempo libre en la Antigüedad* a una *dignificación del mismo hoy*. Históricamente el uso del tiempo dependía de la clase social a la que se pertenecía: los esclavos trabajaban; los señores filosofaban o gobernaban; los guerreros luchaban..., pero no existía segmentación de los tiempos. No podemos decir que siempre haya existido el concepto de tiempo libre tal como hoy lo conocemos. Siguiendo a Moragas (1991:225-226), en la Grecia clásica, el ocio tenía un significado formativo y de mejora de la persona, mientras que en Roma el ocio se oponía al *neg-ocio* y constituía una forma de recuperar energías para trabajar mejor. En la Edad Media, el ocio de las masas está orientado por la Iglesia que regulaba las fiestas. El protestantismo considera el tiempo libre como una pérdida de tiempo, falta de virtud, vicio. Vemos, pues, como esta concepción del ocio-tiempo libre y el valor supremo del trabajo, desarrollada en la clásica obra de Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, irá arraigando hasta nuestros días siendo hoy el trabajo un valor central.

La génesis del ocio se encuentra en el entorno de la Revolución Industrial. Las condiciones de trabajo seguían siendo duras, pero los avances tecnológicos fueron haciendo posible menos horas de trabajo y una misma producción. En este entorno las reivindicaciones de los trabajadores para reducir el trabajo y aumentar el tiempo libre se van haciendo patentes. En 1924, la OIT organiza la primera conferencia sobre *El tiempo libre del trabajador*. El tiempo libre aparece como alternativa a la alienación del trabajo. Por tanto, parece que este concepto no tomará verdadero sentido hasta que las condiciones sociales y laborales permitan la reducción de la jornada laboral y la ampliación de tiempo disponible. En este sentido vemos como tiene un origen paralelo a la jubilación.

También a lo largo del ciclo vital los significados del ocio van adaptándose a las distintas etapas y situaciones de las personas. La cantidad de tiempo libre es amplia en la niñez y adolescencia, pero se reduce al empezar a trabajar y vuelve a ampliarse en la jubilación. El día de un adulto se divide generalmente en tres partes (de ocho horas cada una) que suelen ser: trabajo, descanso/sueño y tiempo libre/comidas/otras actividades. El tiempo del jubilado es distinto porque al no tener que trabajar esas ocho horas quedan libres para otras actividades y/o descanso. En cualquier caso el sistema de valores actual conduce, a veces, a la frustración vital debido al inexorable paso del tiempo. Se plantea que la edad no es lo más relevante; pero, percibimos como la edad marca grupos claramente diferenciados y constituye un límite objetivo para la realización de determinadas actividades (ver 8.2. y 9.1.).

Antes que nada conviene aclarar la confusión, aún arraigada en los discursos oficiales y cotidianos, sobre la utilización de los conceptos "tiempo libre" y "ocio" como sinónimos. Este problema de indefinición es señalado ya por Ennis (1968:525). Setién (1993:346-347) reafirma también, más recientemente, esta dificultad de medición y conceptualización¹. Cada autor aporta, por tanto, sus definiciones y matices al tema del tiempo libre y del ocio. Siguiendo a Cuenca (1995:84-85), *tiempo libre* sería un tiempo en el que no se tiene la necesidad de realizar un actividad obligatoria como el trabajo o la formación, sin embargo *ocio* es algo distinto, es hacer lo que no se está obligado, porque tiene un sentido. El tiempo libre se opone al tiempo de trabajo, pero el ocio no; el ocio se identifica con la actividad gustosa que estaríamos dispuestos a hacer sin que nos pagasen nada, porque es un modo de expresión y desarrollo acorde con la forma de ser y pensar de cada cual. Por eso el que tiene claro su ocio y lo pone en práctica no desea "matar el tiempo", sino vivirlo. La disponibilidad de tiempo libre facilita el ocio, obviamente, pero no siempre el tiempo libre se convierte en ocio en el sentido que expone el autor citado.

Ya Havighurst (en Duocastella et al, 1983:48) destaca algunos de estos criterios básicos para la valoración del tiempo libre: "la creatividad, la autonomía, la sociabilidad, el desarrollo del talento, el descanso y la integración personal"². Vemos, pues, que el ocio ha tenido diversas definiciones. Gordon, Gaitz y Scott (1976) lo conceptualizan así "actividades personales y discrecionales en las que la expresividad se impone a la instrumentalidad" (Mishara y Riedel, 1986:92). Para Gordon y col. (1976) las actividades de ocio pueden ordenarse según el grado de expresividad (cognitiva, emocional y física). Estos autores atribuyen cinco objetivos a las actividades de ocio: distracción, diversión, desarrollo de la persona, creatividad y trascendencia sensual³. El ocio son "las ocupaciones voluntarias que la persona realiza después de cumplir con

¹ Setién, como profesora, socióloga e investigadora, en su tesis-obra *Indicadores sociales de calidad de vida*, premiada y publicada por el CIS, resume el ocio y tiempo libre en 3 dimensiones y 16 indicadores para estudiar el ocio. Estas dimensiones con sus indicadores correspondientes son:

1.- Tiempo disponible para el ocio: 1) tiempo libre diario, 2) tiempo libre sábado, 3) tiempo libre domingo, 4) tiempo libre vacaciones anuales, 5) satisfacción cantidad de tiempo libre, 6) aspiraciones respecto a la cantidad de tiempo libre

2.- Utilización del tiempo libre: 7) actividades de tiempo libre, 8) frecuencia actividades tiempo libre, 9) lugar actividades tiempo libre, 10) interacciones en el tiempo libre, 11) aspiraciones respecto a utilización del tiempo libre, 12) satisfacción con tiempo libre

3.- Valor del ocio: 13) significado del ocio, 14) valoración subjetiva, 15) aspiración en la distribución del tiempo libre y 16) valores que compiten con el ocio.

² Se considera básico el artículo del autor "The nature and values of meaningful free-time activity" en *Aging and Leisure: a research perspective into the meaningful use of time*, Kleemeier (1961), Oxford University. Otras obras relacionados con ocio y mayores son: Roadburg (1985), *Agind: retirement, leisure an work in Canada*; Benard (1988), *Positive approaches to ageing: leisure and life-style in later life*; Kaplan (1979), *Leisure, lifestyle and lifespan: perspectives for gerontology*; Berjano y Llopis (1996), *Jubilación: expectativas y tiempo de ocio*, entre otros (véase bibliografía)

³ Estos autores proponen esta clasificación:

1. Las actividades de mayor trascendencia (que requieren una expresividad muy elevada) pueden ser: juegos y deportes de competición, baile intenso y rítmico, acción, etc.
2. Las de creatividad (requieren una expresividad medianamente elevada): Creación artística, literaria,

sus obligaciones laborales, familiares, sociales", dice Bermejo (1994:53). Según Dumazedier (1964/75:31), el ocio es un "conjunto de ocupaciones a las que el individuo puede dedicarse voluntariamente, sea para descanso, para divertirse, o para desarrollar su formación o información desinteresada, su voluntaria participación social, o su libre capacidad creadora, cuando se ha liberado de obligaciones profesionales, sociales y familiares"⁴.

Tanto desde sus manifestaciones como desde otras investigaciones se desprende un claro aumento del tiempo dedicado a las actividades pasivas, pues las prácticas de ocio más participativas en el tiempo libre siguen siendo minoritarias. Sin embargo, tal como concluyen algunos expertos (Cuenca, 1995), el tiempo libre de los mayores es un tiempo de relación, de sociabilidad, de actividad, y contrariamente a otros análisis, el tiempo libre ha dejado de ser un tiempo de descanso. Por tanto, el concepto de ocio como actividad gratificante y autónoma empieza a ser más importante que el ocio como descanso (p.89). El ocio es algo más activo y los intereses de autorrealizarse más elevados; no sólo será un tiempo libre de distracción y diversión. Pero, de todas maneras, los cambios son lentos y sigue predominando un ocio bastante pasivo, centrado en el propio hogar, con pocas exigencias personales y expresivas, como veremos a continuación.

Se impone una reflexión que valore la libertad e individualidad del tiempo libre, evitando el culto al ocio dirigido sólo por intereses mercantilistas o políticos que priven a la persona, en este caso al mayor, de la autonomía y libertad personal. Tal como defienden algunos autores (Aranguren, 1992; Subirats, 1992; De Castro, 1990 y otros ya citados)⁵ la tendencia ha de ser hacia un ocio constructivo, una oportunidad de autorrealización personal y social libre. Esta idea se relaciona con la actitud más positiva de los mayores hacia la jubilación como proyección, como posibilidad de poder hacer algo más... El tipo de ocio "dirigido" se observa en un determinado tipo de mayores hacia los que se dirigen unas actividades de ocio, sin apenas posibilidad de organización y desarrollo personal, formativa, de realización personal, de participación social.

En nuestro caso, no utilizamos el concepto de tiempo libre como sinónimo de ocio por varios motivos: a) el tiempo libre de los mayores puede ser "todo" su tiempo en cuanto que no tienen obligación de trabajar, b) el tiempo libre de los mayores puede ser ocupado por actividades remuneradas-laborales, no remuneradas o de ocio.

El ocio de los mayores será un tiempo "liberado" de **las actividades de automantenimiento y de las obligaciones (laborales, domésticas, familiares o sociales)**; es un conjunto de actividades que se realizan "después" de **todo ello, de forma voluntaria, elegida, sin remuneración, con fines más expresivos que instrumentales**. Como ya se ha mencionado, una de las consecuencias objetivas de la jubilación es el aumento del tiempo libre. Aunque sabemos que en estas edades todas las actividades podrían ser consideradas de "tiempo

musical, etc.; altruismo, voluntariado (preocupación por los demás); discusión, análisis; aplicación del arte y el juego al trabajo.

3. Las de desarrollo (requiere una expresividad media): cultura física y deportes, adquisición de conocimientos (estudio, lectura seria); cultura artística (visitas a exposiciones, museos, etc.); participación en las actividades organizadas (clubs, círculos, asociaciones); visitas con guías, viajes; juegos intelectuales y educativos.

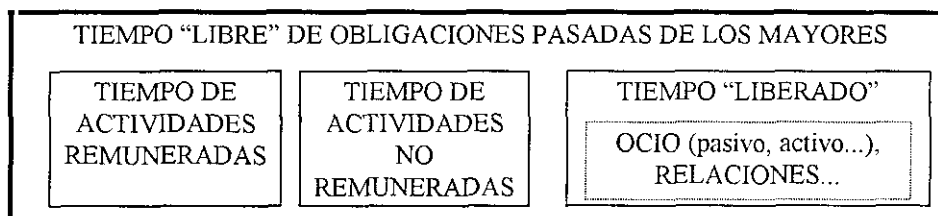
4. Las diversiones (requiere una expresividad media baja): vida social; deportes como espectador; juegos y entretenimientos de todo tipo; conversaciones; pasatiempos; lectura; distracciones pasivas (radio, TV, etc.).

5. Las de descanso (requiere poca expresividad): reposo, sueño, soledad.

⁴ Recordemos también la definición de Beverfelt (1979) "es el conjunto de ocupaciones a las que el individuo se consagra voluntariamente para reposar, divertirse, o aumentar su información, desarrollando su formación desinteresada, su participación benevolente o su libre capacidad creadora". Ocio debería cumplir tres características (Bermejo las llama las tres "D"), diversión (gozo, disfrute, placer, humor, alegría), descanso (del trabajo, de las dificultades cotidianas) y desarrollo (personal, aprender, ayudar a los demás, superarse).

⁵ Consúltense también las siguientes obras: *La vejez como autorrealización personal y social* (Aranguren, 1992), *La tercera edad: tiempo de ocio y cultura* (De Castro, 1990), *La vejez como oportunidad* (Subirats, 1992), etc; las aportaciones de la *World Leisure & Recreation Association*, 1993; Argyle, 1996; etc.

libre" (porque no están obligados a la realización de ninguna), este epígrafe versa sobre las actividades de los mayores en el tiempo "liberado". Si bien parece claro que los conceptos *tiempo libre* y *ocio* son distintos, generalmente suelen emplearse como sinónimos. Esta similitud es errónea porque con *tiempo libre* se hace referencia al tiempo que queda después de todas las obligaciones (laborales, domésticas, familiares, etc.). El tiempo libre es un concepto amplio que incluye al *ocio*. El tiempo libre puede llenarse con ocio, formación, trabajando más, etc. Nuestro esquema conceptual sobre el tiempo "liberado" de los mayores es como sigue:



Ya podemos anticipar que **no son pasivos de forma general** (recordemos que en apartados anteriores las actividades remuneradas y no remuneradas ocupaban una gran parte de su tiempo y discursos), **pero el tipo de ocio que predomina sigue siendo pasivo**. En cualquier caso, la heterogeneidad de actividades de los mayores, contra toda representación negativa de "uniformidad" queda patente en nuestro estudio.

9.4.2. EL OCIO COMO PASATIEMPO

Las actividades que tienen como finalidad última el descanso, la diversión, la recreación, pero desde un punto de vista pasivo, en el que el mayor apenas participa y cuyas acciones requieren poco esfuerzo psíquico y/o físico ocupan buena parte del tiempo de los mayores de nuestro estudio. En este apartado profundizamos sobre esta faceta del mayor como espectador o receptor de actividades más que como actor o partícipe directo en las mismas. De entrada, se observa la predominancia de este tipo de ocio pasivo tanto en hombres mayores (dedican 5,76 horas a este tipo de ocio y 2,19 al ocio más activo) como en mujeres (4,12 horas) (Ramos, 1995:76). Según este investigador, el "ocio pasivo" (audición de medios de comunicación, lectura) es el que predomina ante el bloque de "deportes y ocio activo" (deportes, juegos salón y azar, hobbies, paseo, viajes...) o "espectáculos, diversiones y relaciones sociales" (cine, teatro, activ. religiosas, baile, copas, charlas...). Nosotros no hemos utilizado esta clasificación, pero convenía apuntar la idea general de predominio del ocio pasivo, coincidente con nuestro estudio.

Los cambios respecto a la década anterior en las pautas de ocio son lentos; observamos las enormes coincidencias de principios de los ochenta con la situación actual⁶. Por ejemplo, una gran parte de mayores (más de la mitad) siguen sin leer de forma frecuente, sin asistir a espectáculos, etc. Desgraciadamente, aún tendrán que cambiar muchas pautas, actitudes, intereses y valores para que podamos decir eso de que los mayores son, cada vez, más cultos, más exigentes, más participativos. ¿Pero hasta qué punto esto es característico de los mayores y no de la población de otras edades? En realidad, las características de este ocio pasivo atribuido a

⁶ El informe nacional de 1982 (op. cit., p. 41) y datos del Ministerio de Cultura de 1978 (Del Campo y Navarro, 1981) muestran los porcentajes respecto a ver la televisión, oír radio, pasear y conversar incluso son superiores a las encuestas más recientes del CIRES o del INSERSO-CIS (1995). Las actividades preferentes en el año 1982 eran: pasear (71,6%), conversar (68,5%), asistir a la Iglesia (68,8%), visitar a familiares y conocidos (64,1%), hacer compras, recados (56,6%), ir al Bar o cafetería (28,2%), ir al Hogar del Pensionista (17,1%), Espectáculos (12,0%). Según del Campo y Navarro (1981), se trata de personas que nunca leen un libro, no visitan una biblioteca, ni escuchan música, ni acuden a museos, exposiciones, teatro o cine (p. 26-28).

los mayores puede extrapolarse también a otros grupos de edad. Por tanto, lo que marcaría las diferencias en la ejecución de actividades es la cantidad de tiempo empleado en las mismas (que es superior en los mayores), el nivel de instrucción (que en los mayores suele ser menor), el nivel de ingresos, las actitudes hacia el ocio, por ejemplo, más que el factor edad.

Siguiendo a Díez Nicolás (1996:43), los datos de investigación de 1995 son casi idénticos a los de 1992. Más del 80% ven frecuentemente la televisión, alrededor de dos terceras partes oyen la radio y pasean frecuentemente, y algo menos de la mitad visitan a amigos o parientes, hacen tareas del hogar, recados y van de compras con esa misma frecuencia. Pero más de dos tercios nunca van a un espectáculo, ni cuidan niños. Alrededor de la mitad nunca leen un libro o periódico, hacen excursiones, juegan con otras personas a juegos recreativos, hacen manualidades o viajan. En general, más de tres cuartas partes de los mayores se muestran satisfechos o muy satisfechos con la ocupación de su tiempo, pero sólo un 10% afirman haber iniciado alguna actividad nueva después de jubilarse.

Falta, pues, un reconocimiento del ocio como actividad valorizante, que otorgue al mayor una estatus social digno al igual que lo hacía el trabajo. Lo que ocurre es que el ocio se ha forjado en el contexto de la vida productiva, donde es definido por oposición al tiempo de trabajo profesional, y apenas tiene sentido independientemente del trabajo. El esquema legitimador que hace depender al significado del tiempo libre y ocio del trabajo ya no sirve para esta etapa. De todos modos las tendencias van cambiando y el camino se abre hacia una mayor dignificación del ocio. Pero, en realidad, ¿está perdiendo importancia el trabajo? (véase Rifkin, Offe, Castillo, Castells, p.e.) ¿se tiende hacia una sociedad del ocio y tiempo libre o son sólo cambios puntuales? Tiempo al tiempo... Aunque el ocio es considerado como un indicador claro de calidad de vida personal y social, aún no ha adquirido la centralidad que tiene el valor trabajo o familia, p.e. El protagonista de *Diario de un jubilado* de Delibes, nos recuerda el ritmo cotidiano y el ocio pasivo de algunos de los mayores: *"la verdad es que no me pinta esto de estar sin pegar sello de la mañana a la noche. Te levantas y el cafelito, una ojeada al papel, los amiguetes, cuatro vasos donde el Arcadio, un meneo a las tragaperras y vuelta a casita que se te pega el arroz. Hace treinta años aún me quedaba la caza... Y en cuanto a la tarde, tres cuartos de lo mismo. Esto no es vida. Te queda la tele, es cierto, que menudo invento..."* (ob. cit., p. 13).

9.4.2.1. El ocio pasivo como descanso y pasatiempo común

Cuando las jornadas eran agotadoras estaba justificado sobradamente dedicar el tiempo libre-ocio al descanso del "duro trabajo" o al ocio pasivo. Pero actualmente con una mayor disponibilidad de tiempo libre y una mejora en las condiciones de trabajo, se sigue empleando el tiempo sobrante con otros trabajos (como complemento del salario) en vez de invertirlo en ocio u otras actividades. Recordemos las últimas encuestas de trabajadores de la UE en la que se patentiza la preferencia por aumentar el salario, por ejemplo, antes que tener mayor tiempo libre. Esto confirma una de las tesis que venimos defendiendo sobre la falta de preparación y/o revalorización del ocio o no trabajo. Esta "desvalorización" del ocio se acentúa en los mayores cuyo trabajo ha sido central en sus vidas. Por tanto, la necesidad de "descanso" en estas edades aún es menos comprensible porque ya no tienen que descansar de la jornada laboral. De todas maneras, este descanso es legitimado y justificado por muchos de ellos como un "descanso" no al trabajo -que ya no tienen que realizar-, sino como premio y descanso merecido tras una larga trayectoria laboral.

Como estamos viendo en los mayores predomina un significado del ocio como descanso y diversión más que de desarrollo, siguiendo la terminología de Dumazedier apuntada en la introducción. Este tipo de actividades son las que mayor tiempo ocupan a los mayores de nuestro estudio, aunque en los jubilados varones es más acentuado porque las mujeres invierten

una gran parte de sus días en actividades no remuneradas (tareas del hogar y cuidados a otros). Aunque las mujeres parecen más activas porque dedican más tiempo a las actividades domésticas, su ocio suele ser también de carácter más pasivo.

Un primer tipo de actividades, las más pasivas, serían las dirigidas *al descanso o reposo, sin hacer nada*, sin prestar atención a nada, sin móvil utilitario de ningún tipo. Estas formas pasivas de “estar” tienen el objetivo de satisfacer la necesidad de descanso, sin ninguna otra exigencia más que la de “matar el tiempo”, o lo que se denomina ocio por el ocio, el estar “ocioso”. Según Ramos (1995:79) los varones dedican mucho tiempo a este “no hacer nada” (una media de 2,41 horas diarias) en comparación con las mujeres (1,71 horas)⁷. Este tipo de actividades pasivas no deben confundirse con las actividades de automantenimiento (dormir, p.e.), pues aquellas son consideradas necesidades esenciales, y sin embargo éstas son un descanso, relax y pasividad más elegidas, más allá de lo necesario biológicamente⁸.

Muchas veces se extrae una idea de pasividad de las personas mayores como algo generalizado y como causa de un conflicto que se les plantea por la falta de estructuración del tiempo cotidiano. Por contra, si consideramos la jubilación como una etapa de descanso o de compensación tras una larga trayectoria laboral, aspecto mencionado a veces por los mayores, el ocio pasivo de las personas jubiladas puede tener el mismo significado que el tiempo que se dedica los domingos y días de fiesta a descansar sin hacer nada. Aunque las personas jubiladas y, en general, las mayores de 65 años, no parecen “aprovechar” la cantidad de horas libres de las que disponen, la mayoría de ellas están bastante satisfechas con su uso del tiempo libre. Según la encuesta CIRES sobre Tercera Edad, un 40% de las personas consideran que su tiempo libre mejoró con la jubilación y sólo un 4% percibió un empeoramiento. También es conveniente destacar que un 71% de las personas entrevistadas afirman que están haciendo lo que deseaban hacer tras la jubilación.

En cualquier caso, hemos de decir, que “pasar el tiempo sin hacer nada” es percibido por los jubilados como “premio”, en cambio, “desde fuera” suelen calificarse como actividades “sin sentido” desde el momento en que se atribuye al concepto de actividad en relación a la productividad y fin monetario. Se percibe una discrepancia discursiva de algunos de los mayores que se conforman en “descansar” y el discurso de la población general que tiende a desvalorizar, a exigir un determinado nivel de actividad, y a descalificar todo lo que no sea activo-productivo. Lo que los analistas critican para los mayores tiene, en algunos casos, un sentido de “descanso merecido”. Además, la idea de “pasividad elegida” (el poder de elección) produce que la pasividad atribuida a estas actividades se diluya y tome verdadera relevancia la posibilidad de elegir la actividad (pasiva o activa) de forma voluntaria. De todas maneras, no olvidemos que muchos de ellos no “las eligen” sino que las realizan porque no tienen otras alternativas.

La pasividad y rutina queda patente. Sobre todo los hombres (excepto los más implicados, que son una minoría) se muestran bastante pasivos, “dejando pasar el tiempo”. En todo caso se trata, más bien, de un discurso masculino (GD1:14 ó GD8:15, p.e.). En las mujeres apenas encontramos estos discursos sobre “matar el tiempo” sin hacer nada, “pasar el rato para no aburrirse” (véase 9.2.). Sin embargo, también las mujeres más mayores, de menor estatus, delicadas de salud y solas se muestran más pasivas, más “caseras”, no les gusta salir... Algunas veces el motivo es porque “no pueden” pero otras veces prefieren estar en el hogar (ver 9.1.5. p.e. EM6:3-4, EM17:4, EM4:4, EM16:3). Esta menor “salida del hogar” en estas edades atribuida al género femenino puede deberse tanto a características pasadas (educación, pasado restringido al hogar, vida limitada y dependiente, sobre todo para las

⁷ Llama la atención el hecho de que el 59% de varones dedica 4,08 horas/día y el 48% de mujeres 3,56 horas/día a “no hacer nada”. Siguiendo a Ramos (CIS, 1987), los varones disponen de más horas de ocio al día (9,57 h) y las mujeres bastante menos (entre 5,47 y 6,20 h.) (1995:75).

⁸ A otro nivel, más allá de las necesidades básicas, p.e. podríamos citar: comer (gastronomía, no sólo por necesidad, sino como placer), beber, fumar, p.e. que también mencionan los mayores como actividad en sí.

amas de casa) como a limitaciones físicas, falta de relaciones sociales, estatus socio-económico, características personales (desmotivación, p.e.) o a todo ello.

En general, el trabajo remunerado era tan central (no en las amas de casa, para las que no ha variado apenas la actividad) que ahora echan de menos el trabajo (véase capítulo 8) y otorgan poca importancia a las actividades que hacen: lo perciben como algo que “hay que pasar”, como resignación de que ya no se puede hacer actividades de más utilidad y mayor significado. Ellos mismos se perciben como aburridos (véase capítulo 11), al mismo tiempo que no aceptan ya las obligaciones “impuestas” y defienden el derecho al descanso (véase también EM16, EM17, EM15, por ejemplo), a aburrirse, a no hacer nada, el “derecho a la pereza” que ya destacaba Lafargue.

“- ...Yo a lo mejor llama la chica y “¿Qué vais a hacer papá?”, pues nada. “Si os parece vamos a la sierra o tal o qué” y vamos u otras veces el chico, y así, y así se va pasando el tiempo.” (GD1:14)

“- Total que somos unos viejos aburridos (...)

(...)- Nos distraemos con cualquier cosa.

- Yo de no hacer nada no me aburro (...) No me aburro no, cuando veo la obligación de hacer una cosa ya no me entra, aunque no haga nada... La obligación de ir a por el niño a la escuela ya no me entra, ya... y he estado 4 ó 5 años yendo a la escuela a por el niño pero no es pesado pero es una obligación...” (GD10:6-7, o ver EM15:3, GD4:5)

Un segundo bloque incluye aquellas actividades en las que la gente mayor tiene que poner un *mínimo de atención* para llevarlas a cabo, aunque el nivel de actividad, expresividad, compromiso y movilidad que se requiere es mínimo. Estas actividades son por ejemplo: lectura “superficial” de prensa/libros (distinto a estudio o lectura profunda), escribir (cartas, diario, p.e.), escuchar la radio, escuchar música, ver televisión-vídeo, charlar-conversar, telefonar.

Si las actividades de descanso son, más bien, características en los discursos de los mayores “más mayores” y delicados (a partir de 80-85 años) y por eso no son predominantes en nuestro estudio, percibimos que **ver TV y escuchar radio** (sobre todo la TV) es una de las actividades que ocupan más tiempo en los mayores en global. Esta constituye la actividad “reina”. En casi todos los discursos surge que ven la televisión. Aquí no vamos a trasladar las verbalizaciones porque serían demasiado numerosas y repetitivas. Con ello, observamos que ocupa un lugar central en su tiempo. Comentario especial merece por ser la práctica más desarrollada por los mayores según varios estudios (INSERSO, 1995b, CIRES, 1992, 1993, 1996; Díez Nicolás, 1996; Bazo, 1990; Aragón, 1986; Ramos, 1995). Aunque hay una línea homogeneizadora de actividades: tele, paseo, charlas, recados..., ver la televisión es común pero no sólo entre los mayores sino que estamos hablando de una actividad socialmente transversal, realizada en todas las edades.

Según los datos de la encuesta sobre Tercera Edad realizada por el CIRES en 1993, la actividad más frecuentemente realizada por las personas mayores de 65 años es *ver la televisión* (83%), *escuchar la radio* (64%) y *caminar* (65%). Alrededor del 40% visita frecuentemente a *amigos y familiares* y va de *compras* (porcentajes parecidos en INSERSO, 1995b:99-104). De forma general, el tiempo se distribuye así entre los mayores (Bazo, 1990:107), dar un paseo (29% del tiempo diario), televisión (24%), labores del hogar/cartas (14%), leer (10%), radio (7%), ir al club de jubilados (6%) y otros (10%). Según Ramos (1995:79) más de 3 horas al día son dedicadas a la televisión, incluso es algo superior en las mujeres mayores. Pero aquí hay una diferencia que conviene destacar: las mujeres ven más televisión como actividad secundaria (al mismo tiempo que hacen otras cosas) y porque pasan más tiempo en el hogar respecto a los hombres, y por esta razón puede entenderse la mayor pasividad del ocio de las mujeres de edad.

La encuesta CIRES sobre “Uso del Tiempo” (1996) indica que la cantidad de tiempo y los patrones de distribución del mismo son bastante similares en diferentes grupos de edad. Actividades como *ver la televisión, descansar sin hacer nada, hacer o recibir visitas y pasear*

son las cuatro actividades a las que, tanto jóvenes como mayores dedican mayor tiempo. De todas maneras, hay diferencias etáneas en la distribución del tiempo. El porcentaje de jóvenes (CIRES, 1992) que ven con frecuencia la TV se eleva al 75%. No se puede decir, pues, que las personas jubiladas se diferencien en este aspecto del resto de la población. Tanto las personas que trabajan fuera de casa como las que no lo hacen dedican una parte considerable del tiempo libre del que disponen a ver la televisión. Por tanto, si comparten algún tipo de actividad jóvenes y mayores son de carácter pasivo y tienen lugar en el ámbito doméstico. La televisión es la actividad más compartida, pues la charla, viajar, pasear o hacer excursiones, por ejemplo, son escasamente compartidas ("la Caixa", 1994; Agulló y Garrido, 1997b). La dificultad de compartir actividades puede explicarse por los distintos ritmos horarios que llevan unos u otros, las diferencias en valores, preferencias y opiniones, etc. Habrá que buscar nuevas zonas de "común interacción" no sólo que generen relaciones intergeneracionales a nivel familiar, que ya existen, sino a nivel extrafamiliar⁹.

La principal diferencia entre las personas jubiladas y las que siguen teniendo un empleo, es que las primeras dedican un mayor número de horas a esta actividad. Según Aragón (1986:305) la televisión es vista en menor medida por las personas de mayor nivel cultural, y para muchos, la televisión "sustituye" en cierto modo al trabajo y al ocio desde el momento en que "ayuda" a informarse, a estar al día, a evitar la "soledad" ("te da compañía", dicen muchos), etc. Así lo plantea M.A. Durán (EE1) en su entrevista: *"Yo creo que los viajes son una cosa estúpida, los viajes y la televisión. La televisión está muy denostada pero las personas jubiladas ven una enorme cantidad de televisión y ¿qué sería de ellos si no tuvieran esa televisión? Por eso establecen unas relaciones tan íntimas: es muy barata, es muy variada, están a cualquier hora y aunque los demás estén durmiendo y la persona mayor tenga insomnio o los demás se hayan ido por ahí y él se haya quedado solo pues tiene la posibilidad de conectarse con un caudal que intenta ser personalizado y que no lo es, pero..."* (EM1:4). Sin embargo, las funciones negativas o disfunciones (pasividad, desconexión de relaciones personales, manipulación, p.e.), en virtud de varios estudios, pueden ser más influyentes que algunas de las aportaciones positivas.

Existen diferencias intergénero en la forma de utilizar el ocio. Mientras que las mujeres se dedican más frecuentemente a actividades tradicionales de ocio productivo (como por ejemplo, la costura, como veremos más adelante) entre los hombres se observa una mayor pasividad¹⁰. No nos confundamos: las mayores son más pasivas en relación al ocio (y en contraste con los mayores), pero más activas en su tiempo global y en comparación a los varones. Aquí habría que distinguir si estamos hablando de las mayores con mejores condiciones de vida (que son las más activas) o las más deterioradas socio-económicamente que se muestran más pasivas. Pero en igualdad de condiciones los hombres parecen más pasivos:

"...Me distraen las novelas. (...) yo me siento aquí y escucho la televisión (...) No me gusta leer tampoco, fíjate. No me llama a mí... (...) porque antes no se leía" (EM6:8)

"H.- ...con ochenta y tres años ya pues me dedico a hacer las cosas a la mujer, que es lo necesario hoy, a por el pan por la mañana prácticamente, pues a hacer algún recado y luego por la tarde me voy al Hogar, hecho la partidilla hasta las siete o las ocho, y luego a casita a ver la televisión..." (GD3:13 ó ver GD9:3 "...ahora casi nada, en mi casa, viendo la tele, rezando el rosario por la tarde..." ó EM20:3, EM4:1, GD2:11)

⁹ Para una mayor reflexión de las relaciones intergeneracionales puede consultarse el apartado siguiente 9.5. sobre "Actividades de relación social" y las distintas obras y reflexiones (Fundació "la Caixa", 1993; 1994a; 1994b; Martínez Fornés, 1991; Agulló y Garrido, 1997b, entre otros) que tratan la relación entre jóvenes y mayores, la cooperación y solidaridad intergeneracional y otras cuestiones relacionadas con el tema.

¹⁰ Las diferencias intergénero en las horas de tiempo libre son significativas: los hombres mayores tienen un promedio de 9,57 horas diarias libres, mientras que las mujeres sólo de 6,20 horas (Ramos, 1995:75).

Los programas que ven unos u otras serán diferentes: ellas prefieren las telenovelas; ellos los deportes. Algunos coinciden en criticar que tampoco les satisface la programación televisiva y muestran gustos similares; incluso mencionan los mismos programas (no sólo en cuanto a fútbol y toros los jubilados): telenovelas, concursos, p.e. Pero no se conforman con la programación actual. La critican y exigen mejores programas, más adaptados a sus preferencias. Esto constituye una pista o argumento más para acabar con la representación de los mayores como “conformistas” y poco críticos con lo que se les ofrece.

“A- ...con la televisión ¿a qué vas al cine? Si quieres algún día cuando dan alguna buena película...(...) ¿Sabes lo que pasa?, cuando hay fútbol él se va a aquella que es más grande y yo me quedo en esta viendo una película o lo que me de la gana, no regañamos porque tenemos dos (RIE).” (EM1314:13)

“...que pusiesen mejores cosas en la televisión (...) del oeste, películas así que son más entretenidas. Pero esas de robos y de que si droga (...) las películas que ponen ahí son asquerosas...” (EM15:8)

“J- (...) ahora, lo que sí voy notando ya es que voy perdiendo el interés por ver la tele, que me aburre soberanamente. Si no es una película de vaqueros casi no la quiero ver...” (EM1819:5 ó ver EM16:2: “...La tele la veo muy poco, está muy mal, está muy mal la tele ahora.” (EM16:2)

Recordemos, además de los factores comentados, la influencia de la climatología, en relación a las estaciones del año, el hábitat rural-urbano (véase 9.2. y 9.1.7.) sobre el desarrollo de unas u otras actividades. Por ejemplo, ver la televisión y otras prácticas pasivas desarrolladas en el hogar parecen más frecuentes en invierno que en verano, sea en medios rurales o urbanos, jubilados o mujeres mayores, y de cualquier capa social.

“M.- En invierno en el fuego y a ver la tele.

M.- A la tele.

H.- Charlar.

H.- Ahora a la calle y no ves tanta tele (...)” (GD7:9)

En cuanto a la relación satisfacción-ocio, varios estudios han comprobado la relación directa entre ambos¹¹. Según Meléndez (1991, Cuenca, 1995:95) la participación en actividades de ocio influía más sobre la satisfacción física y psico-social de los mayores que otros factores como la salud, los ingresos, la educación o el tipo de trabajo desarrollado anteriormente. En la base de todo esto está el respeto hacia el ocio que los mayores elijan, pero el peligro es que la justificación de este respeto puede estar escondiendo la falta de interés por ofrecer y animar a los mayores a que construyan el tipo de ocio que les convenga sin intentar que se resignen a la oferta de ocio, bastante pasiva, que se les presenta actualmente. Es decir, muchas veces se comenta que “ellos prefieren los pasatiempos, crucigramas, cartas y televisión” ¿pero es una preferencia o una imposición ante la falta de oportunidades? En el caso de que sea una preferencia deberá, claro está, respetarse. Pero si no lo es, ahí está el problema y el reto de inventar nuevas formas de ocio según sus gustos, preferencias y posibilidades.

9.4.2.2. El ocio al aire libre de los jubilados

Las actividades al aire libre que se desarrollan en estas edades suelen ser el pasear o caminar y “estar en el campo” (en “el terrenillo”, en la huerta propia, o en la “caseta i l’hortet” mencionados); en el caso de las ciudades se trata del contacto con los espacios abiertos, extradomésticos (calles-plazas, jardines, parques, p.e.). Pasear es común en casi todos los jubilados. Si las actividades de “descanso” y ver TV-escuchar radio ocupan una parte

¹¹ Desde Havighurst (1957) hasta los últimos estudios sobre ocio de los mayores, pasando por las investigaciones de Kelly, Steinkamp y Kelly (1987), Eliot (1971); Campbell, Converse y Rogers (1978), Flamagan (1978), London, Crandall y Seals (1977), McLean (1976) e Iso-Ahola (1980) (ver bibliografía), se ha demostrado que el ocio era muy importante para la satisfacción vital y bienestar psicosocial.

considerable en los discursos y tiempos de los mayores “pasivos”, el **pasear o caminar** es una de las actividades que ocupan mucho tiempo, tanto en hombres como en mujeres. Desde fuera esta actividad puede catalogarse como “pasiva”, pero no es así desde el momento en que los mayores disfrutan realizándola y la consideran actividad “activa” con todo el sentido de la palabra. Respecto a la TV y descansar los discursos sobre pasear-caminar, parecen más satisfactorios.

Hemos observado que el pasear es una actividad que no conoce de estratos sociales, aunque si parece ser una actividad más masculina en estas edades, sobre todo esta diferencia intergénero parece más marcada en zonas urbanas y megaurbanas. Las mujeres también pasean, pero más bien le otorgan un sentido de “desplazamiento para” (comprar, p.e.), como un *medio*, más que por el simple hecho de pasear (como un *fin* en sí mismo) en el que los hombres invierten tanto tiempo.

“...ir a pasear, principalmente (EM2:3)...últimos meses ya estoy peor, y eso que ando mucho. (...) Ahora sólo paseo por aquí, cojo el autobús. Ahora, cuando te deje, me voy de paseo, cojo mi bastón -tengo 4 ¿eh?-, y es que ando mucho, pasco mucho, me voy por ahí por Cibeles. Pasco del Prado y poco más.” (EM2:5)

“- Yo no, yo me estoy por ahí todo el día, y por la tarde con la mujer a dar una vuelta

(...) - Yo a gastar los zapatos por la calle Madrid...

(...)- Dar paseos, disfrutar...” (GD1:14, y ver EM13:14:4, EM1:2, EM20:4, GD10:4, EM18:19:3, GD8:7)

En general, podemos decir que es una de las actividades preferidas y que ocupan mucho tiempo, pero sobre todo a las hombres, que son los que más acostumbrados están a permanecer fuera del espacio doméstico. Paseando “pisan la calle”, “huyen” del espacio doméstico (cuyas tareas rechazan) con el que no se identifican, e incluso, sienten que “molestan”. Al pasear “vuelven” al espacio público que es donde ha transcurrido sus trabajos y una gran parte de su vida.

“...me gusta mucho andar! más que pasear andar! (...), y si ahora no corro es porque no puedo, sino correría también; a eso le dedico mucho tiempo. Por la mañana mucho y por las tardes con mi señora, y nos hacemos como mínimo 4 ó 5 kilómetros ¡seguro! (...) a la dehesa de San Sebastián de los Reyes también, así es que yo la mayor parte del tiempo lo dedico a andar...” (GD4:7)

“- (...)Ahora, lo que no cambia en mí, es que yo siempre he sido poco casero; mi profesión, que siempre ha sido de estar por la calle y tal, pues yo en casa me cuesta... (...) acabamos de pasear, a las 5 a casa, pero no tengo la felicidad completa, a mí me gusta estar por la calle...” (GD8:9)

En cambio las mujeres, sea por molestias físicas, por la falta de costumbre de “salir” y abandonar el espacio doméstico, siguen permaneciendo en el hogar (debido a que lo prefieren o porque quizás se han acostumbrado a recluirse en este espacio). Los paseos (aunque parece que aumentan en estas edades) son menos importantes en los discursos y en las vidas de las mujeres mayores. Siguiendo a Ramos (1995), los paseos tienen una gran presencia en los mayores, sobre todo en los varones a partir de los 65 años; en cambio el tiempo dedicado a esta actividad por las mujeres es más homogéneo a lo largo del ciclo vital, no sufre un cambio relevante en edades avanzadas. El motivo de la diferencia puede ser que los hombres tienden a permanecer más tiempo en la calle que las mujeres, porque no están acostumbrados a permanecer en el hogar. El 42% de los varones están 3 horas al día paseando. Ello supone una media genérica de 1,26 horas frente a la media de 0,24 horas de las mujeres (op.cit.:78-79). Los paseos, actividad tan realizada por los mayores, suele desarrollarse mayoritariamente en parques (obsérvese la cantidad de gente mayor que se encuentra en ellos) y en las zonas rurales (donde la movilidad es menos dificultosa, las distancias son “más cortas”).

El pasear también puede tomarse como una actividad indicativa de una mínima calidad de vida de los mayores en estas etapas no tanto en cuanto es una actividad que requiera gran esfuerzo pero si requiere “salir del hogar” lo que ayuda a distinguir a los mayores más activos y

autónomos de una gran mayoría, aún, que permanecen o prefieren permanecer en sus casas. El pasear siendo una actividad “simple” a primera vista, es indicadora de un determinado estado de ánimo, relaciones sociales o soledad, situación de salud (a veces más subjetiva que objetiva) que impide salir de casa. Escuchemos algunas manifestaciones femeninas:

“M.- Yo con no estar parada ¡cualquier cosa! eso de estar parada ¡nada! Ahora que pasear poco, porque no me gusta gastar tiempo en pasear, ni leer tampoco porque me duermo y tengo mala vista (RISAS)
(...)M.- ¡Uy! yo de paseo ¡me quitan el bolso!... me da miedo ir pasear, prefiero estar en casa...
M.- En casa se está muy a gusto también...” (GD4:7 y ver GD9:4, GD6:7, GD2:11, EM16:2)

Pero no solo los paseos cotidianos son las actividades que realizan los mayores al aire libre. Otras actividades relacionadas con el **medio ambiente y naturaleza** pueden ser: pasear por el campo, excursionismo, visitas a zonas de interés natural, recopilación de datos medioambientales, agricultura, horticultura, jardinería, cría y cuidado de animales, etc. Estas actividades fomentan el contacto y apreciación del medio ambiente natural. Pueden tener como objetivo la ampliación de conocimientos sobre el mismo, participación en acciones de mejora, información, denuncia de actuaciones perjudiciales, etc. De todas maneras, las actuales generaciones de mayores (tampoco las más jóvenes) parece que no poseen una especial conciencia ecológica, pero, aún así, cada vez existen más grupos de excursionistas, grupos interesados en las ciencias naturales, asociaciones de “amigos de la naturaleza”, etc. En el presente y un futuro el interés por estas cuestiones deberá ser obligado no sólo para la gente mayor sino para todas las generaciones.

En relación a las actividades campestres podemos mencionar algunas peculiaridades que encontramos en los discursos de los jubilados. Por ejemplo, los paseos por el “camino” sin asfaltar, por el campo, por “el terreno” o la huerta particular son características de las zonas rurales e intermedias. Las actividades en el campo son comunes en los mayores (más en hombres, las mujeres apenas las mencionan) aunque no hayan trabajado de agricultores. Para muchos es un hobby nuevo que adquieren en estas edades, algo que siempre les hubiese gustado hacer. Sin embargo, en general tienen un ocio similar a lo que realizaban cuando estaban activos. Parece que se cumple la “*hipótesis integradora o de la continuidad*” (Moragas, 1991:233), que indica que las actividades realizadas en el tiempo libre están relacionadas con las actividades laborales. Sin embargo, según “*la hipótesis segregadora o de cambio de actividades*”, el ocio y el trabajo serán esferas contrapuestas. Sería por ejemplo el deporte o actividad agrícola cuando el trabajo es de tipo intelectual. De cualquier manera, el ocio en contacto con el campo es característico, obviamente, en los **hábitats rurales e intermedios** y en aquellos que anteriormente realizaban estas actividades o al menos como hobby.

“- Yo tengo un trocito de huerta, como me gusta mucho el campo, pues allí me voy y allí me entretengo. El bar no me gusta (...) pero la mayor parte del tiempo, al campo, a la huerta.
- Pues yo tengo una casita y voy todos los días y lo llevo yo todo: labrar, cavar...” (GD10:4-5 y ver GD8:7)

Como vemos es más característico de ámbitos rurales e intermedios, entre otros motivos porque en las zonas urbanas y megaurbanas no se suele disponer de parcela particular, a excepción de algunos mayores que emigraron y son los que de vez en cuando vuelven a “sus tierras” (nos referimos a jubilados emigrantes que tienen alguna parcela en su pueblo natal, por ejemplo dos participantes del GD4, un participante del GD1 ó GD3:16). Otros viajan a diferentes lugares, sobre todo los de mejor posición social, o que al menos no tienen problemas económicos o limitaciones físicas; es decir, los que disfrutaban de un nivel de independencia aún elevado. En relación a los viajes u otras salidas del hogar, los de mejor posición viajan algo más, sea por visitar a sus hijos (EM1314, EM1819:4) o por placer (EM8:4, EM1314:8) (véase viajes organizados 9.5.3.4.)

Los mayores de zonas urbanas también mencionan algunas actividades en “busca de aire puro” realizando excursiones a la sierra, por ejemplo. Aunque en general los mayores suelen seguir un ritmo como si trabajaran (similar a sus hijos, pareja, comercios, p.e., que obviamente siguen un horario “laboral”, no “sus horarios” tan libres), algunos procuran “ir al contrario” (a contratiempo) del ritmo que llevan los trabajadores “para ir más tranquilos” (véase apartado 9.1. ó v.g. EM1:12 y EM3:8).

Algunas actividades son características de las zonas no urbanas, por ejemplo: barrer la calle, regar la calle, pasear por el camino (afueras del pueblo), charlar y sentarse en la calle “al fresco”, en la puerta (las casas son bajas, con la puerta a ras de suelo, de la calle), ganchillo en la calle, ir al cementerio paseando, encender-apagar el fuego, ir a la sierra, o al río, por ejemplo (GD6:7-8, p.e.). Las “visitas al cementerio” son bastante habituales entre los mayores rurales (EM7:2 ó GD10:13, p.e.). Ello viene relacionado con una significación social y vivencia de la muerte distinta en estos ámbitos (la muerte es un “rito más social”). La muerte urbana está más escondida en los tanatorios; su simbología es privada, anónima (ver 9.5.3.2.). La muerte es un tema recurrente en este estudio. En cualquier caso, no suele citarse la palabra muerte sino que se emplean distintos eufemismos lo que demuestra que sigue siendo un tema tabú (véase capítulo 10).

9.4.2.3. Los jubilados como jugadores y “deportistas pasivos”.

Si en el título se menciona la faceta de jugadores y pasividad es por ser la que predomina en sus discursos y desde resultados de otras investigaciones. Esto parece comprensible tanto si observamos el nivel de deporte tan bajo de la población general, como si nos atenemos a que sus condiciones físicas ya no permiten los deportes más esforzados. Aún así, ya se ha mencionado algún dato sobre el aumento de tiempo invertido en las actividades no sólo deportivas, sino físicas en general, en estas edades. Este tipo de actividades podrían englobarse, pues, en cualquier epígrafe porque sabemos que pueden ser beneficiosas tanto a nivel psicológico, psicosocial, como a nivel físico y relacional.

Pensemos que las actividades físico-deportivas en los mayores han sido tratadas con “recelo e ironía” (Aragó, 1986:307). Es decir, el deportista mayor representaba la ridiculez o era percibido como alguien “que no admitía el paso de tiempo” y realizaba actividades “impropias” de su edad. Pero en los últimos tiempos la imagen de los mayores “en buena forma”, con el chandal o realizando gimnasia, es habitual y está siendo cada vez más generalizada y fomentada. Parece que hay una mayor aceptación y práctica de estas actividades por parte de los mayores que además de mantener la forma física y mental, ayuda a prevenir enfermedades. Estos beneficios se unen a los de tipo psico-social que aún son más importantes: ofrece la oportunidad de relacionarse, de afiliarse e identificarse con otros; reconocimiento y aceptación del cuerpo; sentimiento de utilidad; mejora de la autonomía física y social; mayor sensación de bienestar, etc.

Estas actividades pueden ser: gimnasia (individual o en grupo); deportes (individuales o en equipo); bailar; viajar, andar. Las actividades que más realizan los mayores suelen ser: paseos, gimnasia y natación, petanca, tenis, marcha, excursionismo, fútbol y poco más (Moragas, 1993). En general, sólo el 13% hace ejercicio físico o practica algún deporte (CIRES, 1995), aunque este porcentaje es también bajo en la población general.

Merece una mención especial el seguimiento de la actualidad deportiva por parte de los varones mayores. Estos “deportistas pasivos”, espectadores de deportes, se reflejan en las horas dedicadas a la escucha (emisoras deportivas), lectura (periódicos deportivos), charlas o visionado (partidos, competiciones por TV) de temas relacionados con los deportes, sobre todo del fútbol. Muchas son, pues, las actividades propuestas u ofertadas (en octubre de 1998, p.e., se celebró la *Iª Olimpiada de Personas Mayores*, en Madrid) y muchos los intentos de realizarlas, pero el nivel de participación de las mismas continua siendo ínfimo.

Hemos de destacar el fútbol, como deporte rey, mencionado por los jubilados de cualquier estatus. El hobby común es el fútbol. Ello queda reflejado tanto en todos los discursos de los jubilados como en las fichas individuales que han rellenado los participantes; pero como era de esperar son “espectadores”, “deportistas pasivos”. Los toros, los paseos (ya tratados), otros juegos y actividades, son otras de las aficiones que mencionan, pero el fútbol se presenta como uno de los hobbies principales y preferidos por los jubilados.

“Soy aficionado a los toros, soy aficionado al fútbol. De los toros he leído tanto de ello que me da igual combatirme con los grandes... Sí, tengo libros, tengo libros y todo sobre ello. (...) de fútbol soy aficionado (...) me gusta el equipo merengue” (EM10:9 y ver EM15:4 ó EM1819:13)

“...voy a misa y me voy al fútbol, eso sí, todos los domingos voy a misa... tengo que estar muy malo para no ir y luego si hay fútbol en Salamanca me voy al fútbol y si no pues a ver ahora a estos sitios donde dan todos los partidos” (EM20:3)si hace frío tampoco voy al fútbol” (EM20:4, o GD8:6-8, EM1314:4, GD10:5)

Además del paseo, ya tratado en apartados anteriores, otras actividades también participativas, pero con menos exigencias físicas y orientadas principalmente al entretenimiento, son los juegos de azar, los juegos de mesa y/o juegos de salón. Estos **juegos recreativos y "deportes" sedentarios** ocupan una parte importante del tiempo de los mayores, sobre todo de los varones. Estos pueden ser: Juegos de salón y deportes más sedentarios (petanca, billar, bolos, mini-golf, ping-pong, dardos, etc.) o juegos de azar y de mesa (cartas, dados, lotería, bingo, máquinas “tragaperras”, parchís y otros). Una parte importante del tiempo de los mayores es ocupada siendo “deportistas pasivos”, espectadores de deportes o bien con estos juegos más sedentarios. Dotan a estas actividades de un significado de “sociabilidad”. El reunirse con otros y la interacción que reportan estas actividades es uno de los aspectos que más aprecian.

“...me voy a jugar la partida después de que vengo de la parcela a mediodía, pues juego la partida, me tomo una cerveza que es lo único, ni más ni menos. Distraerte un rato, y luego ya vienes y comes en casa y por la tarde ya te entretienes por aquí, ya no voy a la parcela porque hace calor (...) por despejarte un poco, no por otra cosa.” (EM9:3 ó ver GD3:13: “...Por la mañana la petanca...” ó GD8:6, GD1:3 y EM1819:5)

Aunque los propios mayores reconocen las ventajas de hacer ejercicio, no sólo físicas, sino el significado de sociabilidad que les reporta, saben que algunas de estas actividades son poco apreciadas y desvalorizadas por los demás (véase capítulo 10), p.e. así dice un mayor que juega a la petanca: “Haces mucho ejercicio (...) los demás dirán que eso es un juego tonto...” (GD3:13). Algunos juegos podrían incluirse en el apartado anterior de “actividades pasivas” pero lo mencionamos aquí porque ellos le dan una significación especial. Por ejemplo, los juegos de azar (loterías, quinielas, sorteos, bingo, “tragaperras”...) parecen coherentes con algunos de sus discursos de confianza con el destino, con la providencia, con la suerte. Los juegos de azar son bastante practicados por los mayores, incluso algunos estudios están comprobando como la ludopatía es uno de los riesgos de la ociosidad en general y en concreto en los mayores. Debido a la sencillez que suponen estos juegos, unido a la necesidad de mantener una “esperanza e ilusión”, puede entenderse, en parte, la tendencia de muchos mayores al juego.

“...es el vicio ahora que tengo por ahí es jugar a la quiniela y a la primitiva, vamos no a la quiniela, a la bonoloto y a la primitiva y ya está, es lo único que..., juego todas las semanas 500 ó 600 pesetas” (EM15:6)
“- ...a mí particularmente, esas quinielas que salen, esas bono lotos...Sí también nos atrae, no está mal porque la ilusión de tener...” (GD10:11 y ver GD10:18: “jugando a los ciegos, a la lotería, a la quiniela”)

Como hemos mencionado, “las cartas” también es otro de los juegos muy practicado por los mayores, sea en espacios públicos como los Hogares, bares o casinos, sea en espacios privados, en casa, con amigos o familiares. Estas actividades vienen siendo muy

denostadas por algunos estudiosos del ocio y también desde los mayores más activos e implicados socialmente (que ocupan el tiempo en actividades más productivas desde la concepción clásica de “productividad”). Hemos visto un discurso más enfadado y activo, pero también “productivista”, de una minoría crítica porque el juego sedentario (en concreto las cartas) sea tan predominante en los mayores:

“M.- (...) El vicio, por favor, de las cartas, que yo lo respeto y muy mucho, pero hay otras cosas...

H.- Hay otras actividades.

M.- (...) personas mayores y que su mente esté cerrada solamente en las cartas y que no sean capaces de ir a una conferencia de esas...” (GD3:21-22)

De todas maneras, se está comprobando que estos juegos no resultan tan nefastos si se tiene en cuenta que ayuda a mantener una determinada agilidad mental (capacidad cognitiva) en los mayores y requieren, también, un mínimo de relación y contacto social igualmente necesario a cualquier edad. Tal como dice Carmen Domínguez (EE10), las trabajadora social y socióloga entrevistada, responsable del programa de mayores de Getafe: *“...el baile tiene mucho éxito dentro de las actividades, hace unos cuantos años, cinco o diez años, nos echábamos las manos a la cabeza porque los viejos no querían más que bailar y jugar a cartas. Ahora nos dicen los expertos que jugar a cartas es fantástico para desarrollar o mantener todo el tema de... cognitivo, que el baile estimula la circulación de la sangre, que va fenomenal para los huesos, que además se establecen relaciones interpersonales...”* (EE10:2). Ejercitar la mente (del modo que sea) y mantener contactos sociales (con cualquier fin) son unos de los antidotos para retrasar el envejecimiento más pasivo y decrepito del que todos huyen. Estar activos -pero en cualquier tipo de actividad-, no lo olvidemos, será indicador de un notable nivel de autonomía físico, social y mental, indicador de calidad de vida.

En relación a los **deportistas activos**, con todo el sentido de la palabra, se observa que es más practicado por los mayores de mejor posición socio-económica y de salud. Son sobre todo varones, aunque las mujeres (cada vez más) practican algún tipo de gimnasia organizada o andar (varios km.), p.e. Llama la atención el aumento de actividades físicas por parte de algunas mujeres mayores, que tal como revelan los estudios más recientes cada vez son más activas fuera del ámbito doméstico. Aunque aún son minoritarias, encontramos algunas que realizan este tipo de actividades (yoga, gimnasia) que suelen ser organizadas, no por cuenta propia como ocurre con algunos mayores o con los/as deportistas más jóvenes: “en un balneario, he estado, o sea muchas actividades, porque no puedo estar quieta, mis amigas dicen ¡pero hija mía!..., voy a yoga por dos veces a la semana” (GD3:14)

Pero en general, la práctica de deportes aunque minoritaria sigue estando masculinizada en todas las edades. Las jóvenes son algo más deportistas que las mayores, pero sigue dándose una mayor práctica en los varones. La generización del deporte es transversal, aunque en edades avanzadas se pronuncian estas diferencias por género. Escuchemos la opinión de los más deportistas: “sigo todavía teniendo ilusión por hacer deporte, yo todavía hago deporte y a mi me falta algo si... si no lo hago y además me servía de hace tiempo, bueno, ya no juego al fútbol, yo jugaba al fútbol, ahora ya no, ahora juego al tenis por ejemplo...” (GD5:15 o EM3:8: “...gimnasia, 2 veces por semana...”).

Actividades como la caza, pesca u otros deportes relacionados con la naturaleza, parece que son más practicados por los más jóvenes, los de mayor independencia (física, económica), los que antes ya practicaban y los que viven en medios intermedios-rurales donde es menos complicado ir a cazar o a pescar por ejemplo.

“H- (...) en la casita de campo que tenemos que si esto que si lo otro... Y sino me voy a nadar, a andar, y llega el domingo y me voy de caza, y sino me voy al pueblo, que me gusta la naturaleza y me voy a coger espárragos, llega

el otoño y a coger setas, y así sucesivamente. Yo no me paro, como mucho, tampoco me privo de nada, pero hago ejercicio, quemo aquello..." (GD4:9)

"P.- (...) ¡no echo de nada el trabajo, ahora la ocupación sí!, pero ¡claro! yo esa ocupación, por ejemplo pues, lo llené con otras cosas, ¡vamos! otras cosas de ocio, por ejemplo deporte, la caza, la pesca, ¡en fin! mil cosas de que se pueden eso..." (GD6:5, y véase EM9:8, GD6:7, GD5:15, GD8:14)

La centralidad de trabajo y actividad "más productiva" es tal que algunos mayores critican el ocio que practican los más jóvenes: lo no productivo debería ser más productivo. Se critica el deporte como pérdida de tiempo. Esta crítica está latente en el discurso social más general que sigue valorizando la actividad productiva monetarizada ante cualquier actividad con objetivos distintos a la producción a cambio de un salario. El ocio sigue a la zaga del valor supremo que es el trabajo.

"J.- ...no juzgo por mí, juzgo por gente joven que practica mucho el deporte, la carrera, el ver que de esa forma gasta las energías, o sea, queman calorías, queman energía. Y yo, me parece que sería más rentable otras cosas, como por ejemplo, como dice este señor, dar un poco de vueltas o limpiar, porque se ve que hay mucha mierda por todos los lados..., y al fin y al cabo, es que es una cosa que lo mismo da gastar las energías en una cosa que en otra, y a mí me parece que sería más aprovechadas para un lado que para otro, o a lo mejor estoy confundido yo ¿no? (...) cada uno tiene su forma de pensar" (GD6:11)

De todas maneras, en un futuro parece que las tendencias se inclinan al aumento de la actividad física y el deporte, por lo que los expertos/as nos recuerdan la necesidad de fomentar y habilitar locales y personal para el fomento de las mismas¹². Ticó (1996:486) nos recuerda cuatro modelos que en la actualidad se aplican en la utilización de la actividad física de los mayores:

- a) Modelo higiénico-preventivo. Se sirve de las actividades físicas para conservar la salud y prevenir los estilos de vida no saludables.
- b) Modelo utilitario. A través de las actividades físico-recreativas busca los mismos objetivos que el anterior pero con un objeto más socializador.
- c) Modelo socio-cultural. Utilizando actividades recreativas, en las que el ejercicio físico no tiene un fin en sí mismo, sino que su principal objetivo es el aspecto lúdico de integración grupal de la actividad.
- d) Modelo terapéutico. El objetivo, a través de actividades rehabilitadoras, es intervenir en la recuperación de algún trastorno del individuo.

9.4.3. FEMINIZACIÓN DE LAS ACTIVIDADES MANUALES DE OCIO

Las actividades manuales no sólo son aportadoras de descanso, entretenimiento y diversión -que caracterizaba a las actividades anteriormente tratadas- sino también como actividades desempeñadas con el objetivo de conseguir una mayor autorrealización, desarrollo personal, creatividad, expresividad. Aquí nos referimos a actividades como las que siguen: actividades relacionadas con las Bellas Artes (pintura, dibujo, escultura); artesanía (cerámica, cestería, macramé, joyas); marquetería, tallado de madera, bricolage; costura, ganchillo, calceta, bordados, bolillos, hilandería; manualidades (papiroflexia, macramé, arroz, migas, tela); construcción maquetas, miniaturas, montaje de juguetes; gastronomía, cocina; fotografía, vídeo; copia, encuadernación; tocar instrumentos musicales, principalmente.

El título del apartado versa así porque precisamente si encontramos algunas actividades de las enumeradas (sólo una minoría de las mencionadas) suelen aparecer en los discursos

¹² En este sentido, se observa en las distintas referencias, investigaciones y programas destinados a fomentar y analizar este tipo de actividades (Parreño et al -INSERSO-, 1985/90; Coutier, Camus y Sarkar, 1990; Caracuel, 1992; Ticó, 1992, 1996; Zambrana y Rodríguez, 1992), que son cada vez más relevantes en las últimas décadas vitales si de verdad se quiere alcanzar una mayor calidad de vida (no sólo cantidad de años).

femeninos. Sin embargo, si atendemos a algunas tareas de bricolage y/o reparaciones del hogar, automóvil o electrodomésticos (que también son manuales) la participación es masculina¹³. Aprecian sobre todo, el que puedan ser elegidas voluntariamente, como vemos a continuación:

"H.- Pues yo, además de pintar en mi casita, hacerme un mueblecito, estar con mis nietos y damos paseitos, y eso es lo que más nos gusta.

H.- Bueno, yo creo que a todos nos gusta... es decir que ahora hacemos lo que nos gusta, o sea, que nadie nos manda; eso es lo primero. No tenemos la obligación, no estamos obligados...." (GD4:7)

Observamos como dependiendo de la intensidad (tiempo invertido), nivel de experiencia e interés una actividad puede ser más o menos enriquecedora para la persona¹⁴. En el caso de los mayores, recordemos que actividades como *jugar con otras personas* (23%), *leer libros* (30%) o *hacer manualidades* (22%) se situarían en una frecuencia media (CIRES, 1993). De los tipos de actividades enunciadas las "más creativas" son sólo realizadas por una minoría. Además, del poco tiempo que invierten los mayores en ellas, son las mujeres las que mayormente las llevan a cabo. Principalmente las que tradicionalmente han realizado son: coser, bordar, ganchillo, calceta. Se percibe una clara idea de continuidad en la realización de estas actividades de tiempo libre que las mujeres mayores (sobre todo las amas de casa) ya realizaban en su pasado. El ocio de las mujeres está marcado por las obligaciones domésticas tanto en el tiempo en el que las han realizado (después de las tareas domésticas, al igual que ahora) como en el espacio de realización (hogar) y las características de la actividad (manuales). Confirmemos esta feminización del ocio manual en sus contenidos discursivos:

"- Pues a mí me ha gustado siempre coser, mucho, más que leer; leer no leo nada, porque no lo sé, como he ido poco al colegio, no lo he cogido el leer..." (EM4:6)

"...que es punto de cruz..., pues eso lo he estado bordando este invierno, por la noche, con la luz encendida... (...) coser, o sea que yo, sí, estar parada no, incluso ganchillo, hago mucho ganchillo también, y cosas de ésas, ¿qué se yo?, he estado haciendo puntillas para toallas, les hago para mis hijas, para mi nuera" (EM7:4 y véase discursos femeninos EM6:3 "...les digo que me compren lanilla y hago cositas, "primores" que me gusta mucho, por no estar sin hacer nada..." ó en GD4:5, GD9:2 y 6, GD3:14)

Estas actividades "más personales" y "no orientadas a los demás" de forma tan declarada como las tareas domésticas, parece que adquieren por ello un sentido distinto en las mujeres mayores. Si en los últimos tiempos estas actividades habían adquirido una imagen trivializada, parece que empiezan a revalorizarse socialmente a tenor del intento de "recuperación" reciente de estas actividades artesanales, hechas a mano, tradicionales. Por ello, aunque muestran un discurso de satisfacción hacia estas labores (más positivo, generalmente, que hacia otras tareas domésticas y cuidados porque las realizan voluntariamente) ya empiezan a notar las limitaciones físicas para su realización:

"...no puedes hacer lo que hacías entonces. Y hasta queriendo hacer pues no haces... por ejemplo como coser, dices "yo me haría una falda", pero dices "si vas y con 200 pesetas la tienes ¿para qué quieres calentarte la cabeza?"

(...)- (...) no veo ni con gafas, y no ves como antes: yo antes con la luz de la bombilla bordaba y contaba los hilitos y ahora no; ahora estoy haciendo a la niña y estoy sufriendo. Lo hago porque me gusta bordar pero no, no porque..." (GD9:6 y ver EM17: ... "se me resbala la aguja y no puedo coser..." ó GD7:10)

¹³ Sin embargo, éstas últimas han sido tratadas en este estudio como "actividades no remuneradas" (véase apartado 9.3.) y no como actividades manuales de ocio. Algunos varones realizan algunas de estas actividades manuales, pero son determinadas y concretas, consideradas típicamente masculinas

¹⁴ Por ejemplo, una persona puede dedicarse a la costura desde un nivel muy básico, y sin embargo otra puede ser una especialista en bordados, alta costura que requiere mayores conocimientos y experiencia. Es diferente saber cocinar algunos platos que ser una experta gastronoma. O no es lo mismo cuidar de tres macetas, que cuidar de una amplia huerta en la que ya se requieren mayores conocimientos y medios.

Hemos de añadir que en las mujeres se puede observar una cierta superposición de significados en una misma actividad. Por ejemplo, el “cocinar” es considerado tanto una tarea doméstica obligatoria como un hobby o afición que gusta realizar; o el coser por placer (muchas mujeres perciben estas tareas como algo más que un hobby; un “trabajo” placentero) o por arreglar algún descosido. Observamos de nuevo la supeditación del ocio de muchas mujeres a los roles tradicionales de ama de casa y esposa. Los jubilados expresan un rechazo hacia estas tareas manuales (no mencionan apenas trabajos manuales, exceptuando alguna “chapucilla” en el hogar) confirmado al consultar tanto otros estudios como departiendo con algunos informantes expertos. Por ejemplo, la concejala de Tercera Edad de Alcoy nos decía así, en relación a los varones mayores: “... (dicen) *‘lo de las manualidades no porque lo veo más cosas de mujeres pero lo de la gimnasia y lo de ir a pasear tres días a la semana...’* (...) *los hombres en el tema de manualidades por la educación (...) no quieren apuntarse, no hay casi. Pero sin embargo si que hay muchísimos en dibujo y pintura; y en gimnasia también hay muchísimos...*” (EE8:3). Veamos estas diferencias intergénero en el matrimonio entrevistado de Salamanca:

“A- No, no, a veces me gusta tener siempre una labor empezada que ahora no lo puedo hacer porque tengo cataratas y entonces me tienen que operar ahora y llevo un poco de tiempo que me quejo mucho de tener una labor siempre que si quieres la haces y que si no, no pero que sabes siempre que tienes ahí la labor (...)

J- Y otra cosa, le gusta mucho la cocina.

A- ...bordar” (EM1819:6) (...)

(...) J- (...) a mí no me gustaba más que dar clase (...) no me emociona otra cosa (...). Ella tiene su ilusión en la cocina y yo la tengo en el sofá.” (EM1819:6-7)

9.4.4. ACTIVIDADES FORMATIVAS: SOBREALORADAS PERO “NO ALCANZADAS”

Se trata de las prácticas desarrolladas para adquirir un aprendizaje y conocimiento, o para aplicar las aptitudes intelectuales de la persona (algunas también pueden considerarse manuales y/o creativas). Por ejemplo: lectura, estudio; consulta y organización de bibliotecas, hemerotecas, centros de documentación; manejo de ordenador; coleccionismo (filatelia y numismática, monedas, discografía, etc); escritura, redacción, oratoria; asistencia a cursos, seminarios, conferencias; aprendizaje de idiomas (estudio, cursos); visitas a museos, exposiciones; asistencia a conciertos, recitales, teatros, exposiciones; viajes culturales; aprendizaje y perfeccionamiento de instrumentos musicales, coros o juegos educativos (ajedrez, puzzles, p.e.).

Se aprecia que estas actividades son minoritarias en los mayores (pero también en la sociedad en general) en comparación con las citadas en apartados anteriores. Al igual que ocurre con el desempeño de otras actividades, éstas vendrán determinadas tanto por el estatus socio-económico como por el hábito que se tenía durante la vida activa. Por ejemplo, sólo el 2% dedica tiempo a la formación y sólo el 35% de los mayores leen (Durán, 1990). Según un estudio reciente, los adultos de 40 años muy activos y con menos tiempo son los que más leen, y no así los mayores de 65 que disponen de mayor tiempo libre (A. de Miguel, Ministerio de Cultura, Asociación de Libreros, 1998). Ellos mismos reconocen que leen poco:

“...leer no leo nada, porque no lo sé, como he ido poco al colegio, no lo he cogido el leer (...)...un poco, hojeando, pero yo para decir, cogerme y ponerme a leerme libros y eso, pues no, no soy de ésas; se ve que no le he cogido gusto...(...) a mí nunca me ha tirado así leer...(...) me gusta coser...” (EM4:6);

“- Yo leer algún rato, no es gran cosa, me he hecho un holgazán (...) el periódico cada 8 ó 10 días. (...)

(...)- Lo que no es mucho trabajo y te distrae un poco es leer y no nos va el leer porque no, hemos perdido...

- A mí leer ¡nada! ¡va he leído bastante! [Dice el de la imprenta)

- (...) libros buenos, y estás leyendo leyendo y dices '¡Me cago en la mar! ¡si me duermo!'..." (GD10:5)

Recordemos que su educación formal ha sido limitada, y en muchos casos ausente. La no lectura puede ser entendida, desde los mayores, por varios motivos: a) minusvaloración de estas actividades: en su pasado laboral se daba preferencia al trabajo ante los estudios; b) ausencia actual de posibilidades educativas y formativas accesibles e interesantes para ellos; c) falta de hábito, desinterés, desmotivación y d) dificultades en la visión, "letras demasiado pequeñas" que apenas pueden leer; formato poco atractivo.

En todo caso, también puede observarse una lectura mayor de los periódicos deportivos o de la programación televisiva; las mujeres mayores prefieren las revistas del corazón o novelas. Los que si leen más libros y la "prensa seria" suelen ser los de estatus alto, los de mayor nivel educativo, aunque también son una minoría en nuestro estudio.

"- (...) hay quien le da por leer, y son bien pocos los que están jubilados que les da por leer, porque resulta que no nos ha gustado nunca... y cogemos el diario, leemos los titulares y nos quejamos (- Las letras grandes), las letras grandes (- las letras grandes y para de contar), lo demás... yo te diré que no he comprado un diario desde que era chaval... la revista si la compro es por la dirección de la tele (...)

- A mí el diario me gusta repasarlo todos los días, leer no, pero repasarlo... leerlo lo que dices tú: las letras grandes.

(...)- Es que antes ¿qué libros había? Si estaba "La vida en la escuela" y estudiaba yo, mi hermano ¡todos del mismo libro! ¿qué nos teníamos que enseñar?

- La misma enciclopedia íbamos pasándola de unos a otros (...)

(...)- (...) cuentan una historia y además escriben con nombres de extranjeros, americanos (- Y leyéndolo te pierdes), y leo el nombre "Sokov" (...) llegas a leer una línea dices "no sé si he leído 'Chow o Chew'", no lo sé, y tira adelante... cuando llegas al 2º capítulo 'Chow estaba aquí ahora 'Chow está allá'..." (GD10:7-8 y ver GD7:20 "...está la biblioteca aquí y hasta para venir a leer un libro ¡nadie!..." y ver EM1:2, GD6:7)

Algunas de ellos reconocen que no les gusta leer, otros manifiestan que no pueden por dificultad en la visión o falta de concentración. En general prefieren realizar otras actividades de ocio a las que están más acostumbrados y les parecen menos dificultosas: por ejemplo en las mujeres ganchillo y otras labores (GD9:2, p.e.). Sólo son una minoría los que dicen leer mucho. Este discurso se encuentra en los de estratos sociales más altos pero ello no significa que todos los de estatus elevado tengan esta afición. En realidad parece que ejerce más influencia el hábito anterior, el nivel educativo y la profesión concreta más que los ingresos, que es la otra cara que conforma el estatus. Esto lo podemos saber porque los mayores en general no leen; si cabe los que tienen un mayor nivel cultural o preparación dedican más tiempo a esta práctica. Veamos los contenidos discursivos de los que leen -y algunos escriben-, encontrados en los de estratos sociales más favorecidos.

"...los abuelos eran maestros, así que aquí, en casa, yo digo que "en casa del tamborilero se toca el tambor", pues nosotros nada más que los libros y magisterio, y no sé..., pero es que eso lo vivimos tan natural (...) los libros: ha sido nuestra vida, (...) (EM7:2) la lectura sí. Siempre tengo, por lo menos, 2 empezados" (EM7:3)

"...empiezo a releer lo que en 20 años no pude; porque yo leí mucho hasta los 30 años. A partir de ahí me casé, empecé a tener obligaciones y lees un libro que te dura 6 meses, otro que te dura 9, ésa es la cosa, es así. Prensa leo poca pero leo un diario, el que a mí más me agrada..." (EM3:7)

"...colaborando en un master de pediatría, dando unos seminarios y también estoy escribiendo con un compañero un libro de historia contemporánea, que me lo ha encargado una editorial..." (GD5:11 y véase otros discursos de mayores de estatus alto: EM12:4, GD5:3-4, GD8:5)

A pesar de que la lectura no ocupa mucho tiempo libre de los mayores de nuestro estudio, algunos llevan otras actividades culturales a cabo: pertenencia a un coro (GD10:5), numismática o coleccionismo (GD8:7), asistencia a espectáculos (GD2:10 y 15), por ejemplo. Recordemos, según datos del CIRES (1993), que sólo el 6% de mayores asistía a espectáculos.

Algunas mujeres, coincide que son las más activas y las que menos obligaciones familiares tienen (viudas, viven solas), demuestran su afición por el teatro, por la poesía, por escribir, pero son una minoría. Parece que las mujeres que están fuera del ámbito doméstico son más activas, o al menos le otorgan un significado de mayor relevancia, que los hombres de sus edades. Pero, en general, son menos las mujeres que realizan actividades extradomésticas en relación con los hombres: suelen ser más pasivas (no olvidemos, en su tiempo libre y ocio, que es menor) y se limitan al hogar propio.

“- Yo lo que me pasa, ¿sabes?, que leo mucho, me gusta mucho la poesía, entonces yo me las aprendo de memoria y lo mismo me llaman para recitar en el hospital, que me llaman para... (...)

(...)- Yo he hecho teatro pero... pero no me gusta así... A lo mejor, yo mira, me pongo yo, yo, a lo mejor me pongo con un libro y escribo cosas (...)

- No, yo escribir, no.

.(...)- Y lo del teatro, cuando hemos hecho las obras...” (GD2:11-12)

De todas maneras, la demanda de formación y este tipo de actividades aumenta, y una prueba de ello está siendo las "aulas de la tercera edad" y la existencia de diversas asociaciones en este área (CEATE -Confederación Española de Aulas de la Tercera Edad-, la ACOTE -Asociación para la cultura y el ocio de la Tercera Edad-, o la FENIMA -Federación Nacional e Internacional de asociaciones para la cultura y el tiempo libre de los mayores-, entre otras), o de actividades puntuales en esta línea¹⁵.

Parece ser que en un futuro los mayores demandarán, y ya hoy están demandando, una mayor accesibilidad (y mayor calidad) a la formación (nuevas modalidades, a domicilio, por ordenador o asistencial, precios asequibles, cursos de calidad y de interés para los mayores, etc.), cuestión que desde niveles oficiales y empresariales no está nada claro. La formación y reciclaje destinado a mayores sigue percibiéndose como algo poco rentable, pero aún así se está fomentando desde distintas instituciones y organismos¹⁶.

Encontramos un discurso de sobrevaloración expresivo de un mayor nivel educativo, sobre todo por los de nivel más alto y medio, en medios urbanos, y más en jubilados que en mujeres mayores. Esta demanda parece mayor desde los mayores de mejor posición socio-económica, pero recientemente también las mujeres solicitan aumentar su formación en general más baja que la de sus coetáneos. Esta sobrevaloración por la formación queda patente en los discursos de casi todos los mayores (mujeres u hombres), a veces “acomplejados” y frustrados por su nivel “bajo” de formación alcanzado en comparación a la juventud actual. Algunos participantes, los de nivel medio y alto sobre todo, manifiestan **su deseo por aprender algo más** y critican las pocas posibilidades que los mayores tienen (y nunca han tenido) en este ámbito. Veamos también algunas voces desiderativas de estas actividades formativas (aprender música, idiomas, informática-ofimática, encuadernar, dar clases, p.e.). En fin, un deseo de cultivar otras actividades más allá del pasatiempo, entretenimiento, descanso y pasividad.

“...me hubiera gustado haber estudiado un poco de música, sé un poco de música porque en mi casa todos hemos sido..., haber profundizado un poco más (...) encuadernar sería también bonito, es una cosa que creo que no es costosa de esfuerzo y sería bonito de hacer (...) hay muchas cosas.” (EM12:10 y ver página 5)

“H.- (...) Me gustaría hacer otras cosas, tener conocimientos de... informática, de inglés, que ahora toda la juventud tienen todas esas cosas. Creo que para los mayores no es, no hay oportunidades... (...) (H.- Pero si hay en los Hogares), ¡no lo hay!

H.- ¿Qué no? pues el otro día recibí una carta y...

¹⁵ Por ejemplo 1ª Muestra de Teatro de Mayores, celebrada en Madrid, del 10 al 12-5-1999.

¹⁶ Actualmente está en elaboración, desde la Universidad de Granada -en colaboración con otras universidades españolas, Sevilla, Salamanca, como pioneras de estas iniciativas-, el primer estudio-guía de las actividades que realizan las “universidades de mayores” y “aulas de formación permanente” para mayores.

H.- Pues yo no he recibido nada y estoy en el Hogar de la Comunidad de Madrid, en el de la Caja de Ahorros, y ¡no hay nada de eso!" (GD4:7)

A banda de que la oferta es aún limitada, en sus discursos se transmite una idea del desconocimiento de las Aulas de Educación Permanente, Universidad de mayores, y estas iniciativas interesantes, pero aún minoritarias y poco conocidas por los mayores, sobre todo en los medios no urbanos.

"...lo mismo que han desarrollado los Hogares ¿por qué no se crean también aulas culturales para las barriadas que haya suficientes igual que hay...?"

- Aquí falta información...

- No, pero no, no veo yo... no veo yo que haya en todas las barriadas, en todos los sitios... a lo mejor hay un hombre que no ha aprendido de niño...

- Pero lo están haciendo...

- Pero yo creo que falta información porque en la Universidad se están dando unas clases, eh... unas charlas, mejor dicho, por decirlo de alguna forma, para personas mayores, ¿no comprendes?... (- Pero no está desarrollado) está desarrollado pero lo que pasa es que ahí no hay información suficiente..." (GD5:30)

9.4.5. EL OCIO COMO FRUSTRACIÓN E INSATISFACCIÓN: ENTRE LA QUEJA Y EL DESEO

Si en las actividades de ocio tratadas hasta aquí los contenidos discursivos eran positivos y de satisfacción (exceptuando el apartado anterior) desde el momento en que pueden elegir la realización de las mismas, por contra, muchas mayores y los jubilados de mayor nivel socio-económico transmiten un discurso de insatisfacción y frustración respecto a su ocio. La protesta por no estar contentos con sus actividades se une al deseo no alcanzado de llevar a cabo actividades con sentido y significado pleno. Empecemos por los discursos femeninos para continuar con las opiniones de los de mayor estatus: ambos insatisfechos pero con diferentes razonamientos.

En las mujeres observamos la "imposibilidad" de ocio, **una protesta femenina por el ocio ausente y deseo de tiempo libre**. El discurso femenino se sitúa en el plano del "me gustaría hacer" (ocio, otras actividades), y sin embargo "debo hacer" (tareas domésticas). Se trata de un discurso teñido de queja y voluntad de hacer otras cosas. Los motivos del menor tiempo y actividades de ocio en las mujeres es debido a las obligaciones domésticas, pero también por problemas económicos o de otra índole. Los primeros obstáculos apenas aparecen en los hombres como impedimento para el ocio; la segunda barrera (posibilidades económicas), si cabe, se menciona en los jubilados de estatus bajo, pero siempre se acentúa en las mujeres por tener peores condiciones de vida que ellos. A esta subordinación material se añade una supeditación del ocio a las obligaciones que se les otorga a través de los papeles tradicionalmente femeninos. En definitiva, el ocio acabará realizándose, casi siempre, en *relación a* y después de lo doméstico y de otras obligaciones impuestas desde fuera.

"(...)M.- Pues yo en casa, la cocina, las cosas de casa y luego el paseo un ratito con alguna de mis hijas, con las que vivo o algún nieto de los 2 que tengo..." (GD4:5)

"- (...) porque lo primero tengo poca pensión, entonces no puedo yo dedicarme a... incluso me gustaría ir al teatro, ver buenas obras de teatro, que me encanta el teatro, pero de verdad, con la pensión que tengo no puedo dedicarme a ir al teatro porque vale mucho dinero y entonces no puede ser..." (GD2:1).

El discurso de las mujeres mayores está teñido de queja y protesta por no tener tanto tiempo libre como los jubilados (cantidad) y por tener menos posibilidades de actividades extradomésticas. Recordemos que muchas se han "liberado" del trabajo remunerado (las jubiladas) pero no de las obligaciones domésticas y familiares. Un discurso del "deseo no cumplido", de la insatisfacción, de "frustración", queda patente en muchas de las mujeres. Es lo

que hemos denominado el “ocio imposible”, frustrado, no alcanzado aún. Ello se acentúa en las mayores de capas sociales más bajas y en las amas de casa en general; tal como hemos visto, muchas denuncian que no “han pintado nada” en sus vidas, no han podido elegir sus destinos, y ahora tampoco. Este deseo manifiesto de hacer otras actividades esconde que no les satisface ni mucho menos las que hacen ahora.

A pesar de los avances de la mujer que las mayores no dejan de reconocer, también expresan y se **quejan de la dificultad** para las mujeres mayores (solas y/o viudas, de menor estatus, sobre todo) de **establecer relaciones, realizar actividades** que les gustaría hacer y que no les es posible. En concreto es señalada la situación de viudedad femenina. A la austeridad económica y la identidad mermada de las viudas, se une, un menor tiempo libre y liberado, la imposibilidad de elección y la ausencia, muchas veces, de un ocio elegido.

“- (...) llega el sábado y el domingo y dices: “¡pero bueno, y yo que... ¿y yo qué pinto aquí?!” porque... pues claro, si no tienes... si no tienes algo, si no tienes un ligue, si no tienes nada. (...)”

(...) M -... no puedes salir de noche porque en la mujer no lo ven bien, aunque la vida ha avanzado mucho peor también una viuda... sabes tú que la viuda nos tienen como que lo lleváramos aquí, en la frente...

(...) no te puedes ir a un cine porque si sales de noche y vas sola... “pues mira esa”. Resulta que hemos avanzado, pero hasta cierto punto.

(...)- ...llegas a casa, viuda, y llegas igual a las doce... : “De donde vendrá, de dónde vendrá esa”...” (GD2:9)

La menor relación social de algunas mujeres mayores, las mayores limitaciones de salud (que se unen a lo comentado anteriormente), el cambio de modo de convivencia y de entorno espacial propio condicionan también las actividades en su tiempo libre. Esta ausencia de control sobre las actividades, esta “inercia” que las lleva a realizar lo que “deben realizar”, hizo mella en su juventud-adulthood y sigue patente en estas edades (ver EM6:8-9 ó EM16:6). Hasta tal punto están interiorizadas y arraigadas estas pautas, que aún así, la mayoría tiene una actitud de conformismo, de resignación. Ello conduce a dudar sobre si muchas se han planteado siquiera (¿o no quieren plantearse por no sentirse aún más desvalorizadas?) estas cuestiones desiguales por género, en la línea del discurso conservador aún predominante y ya comentado en otros apartados.

La frase repetida por algunos mayores “*aún podemos seguir aportando*” es fiel reflejo de la idea que aquí queremos tratar de la insatisfacción actual y, al mismo tiempo, del **deseo frustrado e incumplido de los jubilados de mejor posición** socio-económica. Observamos una desvalorización hacia las actividades y el ocio en general en muchos mayores debido a que el trabajo ocupaba un puesto central en sus vidas difícil de sustituir por “cualquier” actividad de ocio. A esta crítica se une el deseo (mencionado sólo por algunos mayores), aún no alcanzado de realizar determinadas actividades. Esta desvalorización hacia las actividades nos recuerda la protesta unánime de las amas de casa reivindicando una mayor valoración social por su labor en el ámbito doméstico y por el papel invisible que siguen desempeñando (ver 9.3.2.). Para estos mayores las actividades que realizan ahora estarían en el mismo nivel de desvalorización y falta de relevancia social y personal. No es sólo que no se valore socialmente lo que hacen sino que ellos mismos tampoco lo aprecian.

Debido a que estos mayores de mejor posición socio-económica son los que han tenido una actitud más positiva hacia el trabajo conduce a que ahora reflejen una actitud más negativa hacia la jubilación y el tipo de ocio, generalmente pasivo, que la misma implica. Por ello se puede entender que los discursos más pesimistas y exigentes se encuentren en los mayores de estatus más elevado. Es decir, otorgan poco sentido, un significado pueril a las actividades que ahora realizan porque las comparan con las del pasado que eran tan valorizadas socialmente.

“...aunque no había tiempo para ocio había más cosas para entretenerse. La gente se unía más (...) - Ahora no haces más que bobadas: vas a desayunar, tomas un café, charlas... y todo son rollos. - Y ahora vas a los sitios y no hay nadie: voy por la mañana al Apolo (SOCIEDAD MÚSICA APOLO DE ALCOY), y no se puede jugar un coto (...), ¡no somos cuatro! y antes no se podía respirar del humo, de a tope que estaba aquello... los casinos están vacíos ahora...(.)

(...)- Pues porque ya no haces nada; vas y charlas un rato. Yo me reúno con el cuñado...” (GD8:6)

En cualquier caso, sus hobbies suelen ser más variados que los de las mujeres y coetáneos de nivel medio y bajo: numismática, deporte, casa de campo (más característico en zonas rurales e intermedias), viajes, fútbol, casinos, cartas, juegos de salón. Pero se trata de un ocio más bien pasivo (aunque “menos pasivo” que el de los mayores en global), limitado al propio entorno, espontáneo, sin programación o preparación previa.

“- El día que hace buen tiempo damos una vuelta por el pueblo y a comer, acabo, y otra vez a lo mismo. - A mí me ha fastidiado en los Jubilados porque yo estaba muy bien jugando al billar (-Tú tenías el billar) y estaba de maravilla pero lo han quitado todo... Por la mañana que si el banco, que si el médico, que si recados, que si lo otro... y tengo un hobby que es muy bonito para mí: la numismática ¡me encanta! por la tarde miro mis sellos, mis monedas... y lo paso muy bien... (...)

(...)- Nosotros la cuestión que tenemos, nuestro caso, son los recados ¿no? (- Sí, el pan...), y lo peor es que si nos mandan otra cosa que a las 10:30 no puedo estar en la tertulia “mecachis la mar ¡ya me ha molestado!” (...)- una tertulia de jubilados que no sé si tiene muchos sentido...” (GD8:7)

A esto se acompaña una pérdida de ilusión por hacer algunas de las actividades que antes hacían: parece que algunos actúan por inercia, resignados, con conformismo. Consideran que lo que dicen y hacen son *bobadas* para los otros, y por eso prefieren, desde esta valoración social negativa, las relaciones intrageneracionales. Esta preferencia, en ocasiones, por relacionarse con gente de su edad es difícil discernir si se debe a una “preferencia personal” o más bien es por evitar “el rechazo de los más jóvenes”. En cualquier caso, observamos que la autovaloración está influida por las representaciones sociales de los mayores (capítulo 10). En definitiva, no están a gusto con lo que hacen: les parece que son bobadas, “no hacemos nada”. Es un discurso del absurdo, sin sentido, hacia las actividades: “...los que hay allí son de tu edad, hablas de lo mismo, no te dicen que dices bobadas, porque los otros también las dicen... *porque estás en casa y te dicen “¡qué bobada dice!”* (- Sí, sí), *pues una bobada de mi vida, de mi historia, de mi vida... pero para los jóvenes eso son bobadas...*” (GD8:12)

A esta desconexión intergeneracional e incompreensión por parte de los jóvenes, se añade la preferencia por la diversidad de actividades: andar, estar con los nietos, charlar, estar con los amigos, cazar, tomar café, bar, etc. Valoran la diversidad y, sobre todo, la capacidad de elegir las mismas. Pero, las diferencias en el tipo de actividades según el estatus no son tantas como en principio se puede pensar: por ejemplo, leen algunos participantes del GD5 pero no así los del GD8, siendo todos de estatus elevado. Pero lo que si cambia es el significado que le otorgan a las mismas: los de mayores estatus tienen una tendencia acusada a desvalorizar más lo que hacen en su tiempo libre, al igual que eran los que valoraban más positivamente su pasado.

La pérdida de ilusión, la desmotivación, las limitaciones físicas, unido a la sensación de “ridículo”, de que ya “no son jóvenes” para realizar determinadas actividades (bailar, viajar, p.e.) explica esa pasividad en el ocio de los mayores, incluso en los que tienen más posibilidades y recursos de todo tipo. Parece que en cierto modo se cumple en estos mayores “más pasivos” la tesis principal de la *Teoría de la Desvinculación* de Cumming y Henry (1961; Henry, 1964) ya analizada, en cuanto que los mayores quieren estar más tranquilos, “a su aire”, realizar sus propias actividades.

"H.- (...) hay una cosa y es que es una mentalidad que... bueno, se va a un baile, ya no se piensa lo mismo que antes, o sea, ¡hago el ridículo ahora!, ya no tienes esas ilusiones como tenías antes. Es una cosa... vas al restaurante con esa ilusión de decir "voy a tomar..." y ya no te apetece los wiskies porque ya no tienes el gusto aquel (H.- No puedes beberlo) (...)

(...)H.- (...) no tiene ilusiones de los viajes, es decir, "es que me cansa el viaje, de tanto andar en coche", es que... la ilusión para el coche ya paso. y también "si es que a mí no me apetece tomar unos vinos, si es que no me lo permite el estómago", ¿una noche de cenar? tampoco me lo permite, o sea, yo con un pescadito, con una sopita, algo parecido, tengo bastante. ¿El ir al baile? pues no me apetece esta noche tener que estar hasta las 4 de la mañana porque ya llego roto... todas esas circunstancias, y todo eso es dinero. El tabaco, no sé si aquí fumamos alguno... (...), yo fumaba (...)

H.- Estás descalzo...

M.- Vamos dejando de todo, de todo." (GD4:13 y ver GD8:11 "...cuando éramos jóvenes tenías la ilusión de salir fuera, te hacía ilusión y ahora... (...) Sí, vas acorralándote..." GD8:11 y 21)

Sus discursos cruzan más allá de la frontera de la protesta y queja. Manifiestan un discurso de deseo de realizar otras actividades, coherente con lo comentado anteriormente. Es decir, a un discurso negativo de desvalorización (presente) se superpone un deseo de hacer otras cosas (propuesta, futuro). En el fondo, ambos tipos de discurso están relacionados y muestran una clara insatisfacción. Las actividades de ocio se convierten en mera forma de "pasar el tiempo", sin aportar apenas sentido de utilidad social o autorrealización. Son los de mayor estatus los que manifiestan una clara desvalorización y un deseo de "seguir aportando algo más a la sociedad" a través de sus actividades, pero no encuentran hueco, por no conocer asociaciones voluntariado o por no atraerles la oferta de actividades que hay, pero no por causas materiales. De los diferentes significados del ocio tratados (como *descanso, pasatiempo, diversión*, p.e.) pierde sentido para estos mayores porque desearían poder vivir el ocio como *posibilidad de desarrollo personal y social*. No les satisface el ocio que se plantea a los mayores (ver jubilados de estatus alto, GD5, GD8, EM1, EM3, EM7, EM12). Otros, tampoco hacen lo que desean en su ocio porque tienen obligaciones familiares, no están "libres": constituyen los discursos típicos de los prejubilados que son los mayores "más jóvenes" de nuestro estudio (4 componentes del GD6, EM3, EM8).

"...lo que más me gusta y lo que más me gustaría es ayudar a los demás, ayudar a los demás, porque es que, si no, vives una vida vacía, ya, sí, lo di todo cuando estaba en el trabajo, pero todavía tengo vida, tengo energías todavía (...) todavía puedo servir para algo, y si no, si llega la noche y digo: "bueno, y hoy, ¿qué he hecho?", éso a mí me angustia..." (EM7:3)

"(...) A mí gustárame hacer otras cosas, por ejemplo, viajar a otros países, a Benidorm, a Málaga por aquí por España, tal pero aunque te hayas prejubilado te has enganchado igual a la familia por cosas familiares que el hijo trabaja o la mujer o tal pues también pues... ¡no puedo hacerlo! (...) ¡estoy cortado!" (GD6:14 y ver GD5:5: "...la jubilación nos ha venido con el paso cambiado, no hay una estructura social adecuada para que un jubilado no se sienta totalmente sin hacer nada, no existe (...) ahora te ves que no encajas...")

En sus discursos se descubren continuas alusiones a que están siendo desaprovechados, que podrían aportar algo más (véase GD5:17, GD5:25-26. p.e). Esta línea discursiva no se percibe en los mayores de posiciones socioeconómicas más modestas. Además, estos mayores mejor posicionados critican "las limosnas", con las que hacen referencia a las rebajas, descuentos, ofertas en los Hogares de viajes organizados, etc. Demandan, eso sí, más pensiones para tener mayor independencia y poder desarrollar las actividades que deseen más libremente, no las que se les "impone". También critican la ausencia de posibilidades y ofertas (formativas, de ocio, p.e.) para los mayores (véase capítulo 11). Aquí encontramos un discurso contrario desde algunos expertos, cuya opinión está más en el línea no de la "ausencia de oferta" (hay una oferta considerable) sino que la explicación puede derivar de la falta de preparación, la pasividad y el "desconocimiento" de los mayores hacia las actividades ofertadas (véase por ejemplo: EE5, EE7, EE8, EE9 y EE2). Sin embargo, los

expertos a nivel asistencial y organizacional, sobre todo, coinciden en que la oferta no es la "deseable" ni satisface plenamente a los mayores. El discurso de los investigadores intenta conjugar tanto una explicación (más centrada en el mayor) como otra (que responsabiliza a los entes sociales). Pero son los propios mayores -sobre todo de estratos más favorecidos-, los que reafirman y critican esta ausencia o deficiencia de los servicios que se les ofrecen en relación a las actividades "con sentido" que se adapten a las diferentes preferencias.

"...has puesto el dedo en la llaga, la cuestión... yo lo que me parece es que a la persona mayor no le tienen que regalar nada en plan lastimero..."

- Nada... en los viajes, veinte por ciento menos, las medicinas, que no paguen medicinas (...) no, no, "usted deme un sueldo digno y déjeme de bobadas, ¿no?, deje usted de rebajarme el diez por ciento o prepararme el viaje con el INSERSO, no, usted me deje a mí..." (GD5:26 ó bien GD5:30-31, en apartado anterior)

En definitiva, el ocio sigue estando sumiso tanto a las obligaciones y contingencias que acompañan a la vejez (escasos recursos, enfermedad, invalidez, bajo nivel de instrucción, aislamiento demográfico, etc.) como a las diferencias socio-económicas que existían en el mundo laboral. Para Paillat (1989), el ocio viene determinado por los hábitos pasados, los recursos acumulados y las posibilidades presentes. En la misma línea discurre Ticó (1996:485), al decir que objetivamente el ocio está relacionado con la salud (sensación de salud), movilidad, recursos disponibles, el aislamiento demográfico, las costumbres anteriores, el nivel de instrucción y también la oferta existente; y desde el punto de vista subjetivo, la percepción personal que tengan los mayores del ocio, del tiempo y del espacio donde se realice el mismo. No es tan importante la cantidad de ocio como la calidad; pero añade, que aún así, una actividad que satisfaga al individuo nunca podrá cubrir necesidades básicas de otro tipo (insuficientes ingresos, cuidados de salud, p.e.).

Tener o no tener condiciones de vida saludables influirán sobre el tipo y significado del tiempo libre en general, y sobre el tiempo de ocio, más concretamente. En fin, ya en el informe GAUR (1975:244-245), se resaltaba esta idea: el ocio no es deteriorante en sí mismo ni el tiempo libre es el que tiene que dar sentido a la vida de los mayores. En realidad, son las circunstancias económicas, sociales y culturales sobre las que se asienta la vejez las que hacen que el ocio y la inactividad deterioren la mente, la personalidad y el entorno de la persona mayor. Por tanto, el sentido que adquiera el ocio y tiempo libre en la vejez está condicionado por todos los factores citados, los cuales están en continuo proceso de cambio y evolución.

Se observa una tendencia a hipervalorar el ocio de los mayores (así lo indican muchas medidas y políticas) con la intencionalidad de convencer que es lo mejor que pueden estar haciendo. Pero, en realidad el ocio y la inactividad están desvalorizados actualmente. Así lo perciben los mayores y eso puede conllevar un continuo malestar psico-social, insatisfacción y frustración ya aludidas. Hace falta, pues, construir un ocio desde/para las personas de edad con significado y valoración social, que evite la creación de actividades artificiales -como el activismo profesional sucedáneo de una verdadera actividad laboral- que tratan de ocupar o pasar el tiempo en espera de la vejez y muerte. Esta desvalorización del ocio se debe, como venimos repitiendo, a la maquinaria social fundada en el trabajo remunerado, en el consumo y en la actividad productiva. Algunos denominan a este fenómeno "laborofilia" o *work-addiction/work-alcoholic* (amor al trabajo, adictos al trabajo), por lo cual se relega a la marginación o al olvido a todo aquel que no produce.

Si el mayor tiempo libre puede convertirse en rutina, salta a la palestra, pues, la necesidad de preparación y socialización adecuada para el mismo, como un área de actividades que puede dar salida a la pretendida "revalorización de las actividades no monetarizadas". Ya se ha visto que no es posible inventar ni desarrollar a los 65 años aficiones cuando jamás se preparó al individuo para ello, sino para todo lo contrario: "para obedecer, realizar un trabajo rutinario, para contemplar deporte, para ver y no hacer" (Casals, 1982:59). Nosotros pensamos que siempre se

puede aprender; aunque claro, sin una base anterior, sin una educación previa de la sociedad en general hacia estos nuevos valores, no va a ser una tarea fácil. Se está produciendo una transformación y dignificación del ocio ("no sólo de trabajo vive el hombre" diremos, parafraseando la cita bíblica) porque los mayores cada vez tiene más preparación y condiciones de vida óptimas que conducen a una mayor "aptitud para el ocio". Por tanto, con tantas horas por delante, una de las claves del éxito en la jubilación es la capacidad de la persona para reordenar la nueva etapa para seguir sintiéndose útil y desempeñar un rol social relevante en sustitución de un trabajo remunerado. Actualmente se están fomentando programas de voluntariado social, de educación de adultos, de ocio y tiempo libre diversificado, etc. para ayudar a que el mayor esté integrado y cambie ese "rol sin rol" que la sociedad le ofrece por un "rol activo y definido". Según varios autores, y en concreto Moragas (1991, p.42), "quizás el tema más relevante para la sociología sea la definición del rol social del anciano en una sociedad que aumenta rápidamente su proporción pasiva mientras reduce su población activa"

Nos hubiese gustado concluir diciendo que el ocio activo y con efectos más positivos está presente en los mayores. Pero hemos visto como predomina un ocio pasivo ("tranquilo", dicen ellos) y la participación de los mayores, aunque emergente, es minoritaria. **Los mayores no son pasivos en general pero si su ocio.** Se trata del ocio como pasatiempos o descanso, pasivo, en el propio domicilio, bastante repetitivo, barato, de corta duración, que exige poca movilidad (sedentarios) y poca implicación, que genera relaciones sociales mínimas y poca autorrealización.

En total acuerdo con los expertos/as pensamos que lo más adecuado para la gente mayor y la población general es la realización de un ocio "útil" y participativo. Por ello los mayores no necesitan meras actividades para "matar el tiempo", sino actividades con sentido y significado pleno. Poco importa el carácter de las mismas (diversión, formación, p.e.) sino su significado y sentido para la persona. Si la finalidad del tiempo de los mayores ya no es la productividad habrá que poner como reto la consecución de una mejor calidad de vida, física, mental y social de las personas mayores. Esta mayor calidad pensamos que debe pasar obligatoriamente por la consideración de los discursos y opiniones de los mayores respecto a porqué, cuándo, dónde y en qué quieren ocupar su mayor tiempo libre. Aunque la situación está empezando a cambiar, hasta ahora la mayor parte de actividades les vienen inculcadas o programadas desde otros organismos. Se trata de que los mayores sean más partícipes y el tiempo libre sea un **tiempo "liberado" y "libremente" elegido.**

Las actividades que pueden reportar una mejor vivencia de la jubilación y el envejecimiento son las que aportan, siguiendo términos de Bermejo (1994:55), y ayudan a desarrollar estas facetas: física (corporal), psíquica (mental) y psico-social (relaciones, sentimientos) y que cumpla las tres "D": descanso, diversión y desarrollo. Según Laforest (1991:171), las actividades corren el peligro de no tener más sentido que matar el tiempo. A esto se añade que con las condiciones físicas deterioradas, la capacidad de estar activo disminuye, pero lo que no debería perderse es la actitud de interesarse por las cosas del entorno. Cicerón destacaba este punto nuclear *"nada impide que hasta la vejez más extrema conservemos el interés por muchas cosas... El espíritu permanece despierto, con tal que se tenga interés por las cosas que uno hace"*. Por ello, la finalidad de estas actividades quizá no sea tanto la productividad como la calidad de vida, física, mental y social de las personas mayores.

Hasta ahora la mayor parte de actividades les vienen inculcadas o programadas desde otros organismos. Cambiando estas pautas se fomentaría un mayor poder de decisión y organización en los mayores hacia sus propias actividades, evitando la "infantilización" de los mismos. Lo idóneo es llevar a cabo un ocio "a la carta", según sus gustos y preferencias. El *ergocentrismo* como algo presente más allá de la jubilación, y la importancia de la actividad "elegida voluntariamente" es una de las conclusiones de este capítulo central. Por tanto, tal como venimos repitiendo, los mayores deberán procurar permanecer ocupados, activos, ilusionados.

Queremos concluir uniéndonos a la reflexión de Laforest (1991) dirigida a los mayores: "*¿Por qué te empeñas en cerrar los postigos antes de que llegue la noche?*", dice este gerontólogo francés defendiendo la idea de que no hay que retirarse de la vida antes de tiempo. Apoya la permanencia en la actividad, eligiendo uno mismo en qué quiere emplear el tiempo, y dice: "*cuando seáis viejos, seguramente podréis contar con quien os cuide, con el desvelo de los que os quieren. Pero no contéis con nadie para conservar vuestra vida en movimiento, ni con los propios hijos. Es algo que sólo vosotros podréis hacer*" (p. 172-173).

9.5. ACTIVIDADES DE RELACION SOCIAL: Las más enriquecedoras y preferidas por los mayores¹⁷

Los mayores otorgan un lugar central a estas prácticas relacionales en las que se precisa de los demás. Podemos hablar de relaciones sociales en un sentido de "actividad" ya que los mayores así las consideran al tratar su ocupación del tiempo. Estas acciones, sin embargo, no son incluidas como "actividad" en los epígrafes de otros estudios que tratan las actividades de mayores. Nosotros, en cambio, hemos hecho un apartado expreso porque los mayores adjudican a las mismas una especial significación, en cuanto que implica mayor conexión social, además de ocupar una parte considerable de su tiempo libre. Se trata de actividades como charlar-conversar, reunirse con amigos o miembros de la familia, en fin, todo lo relacionado con alguien, aunque sea con el "simple" (para ellos no tan simple; tampoco para nosotros) objetivo de *juntarse*, pasear o conversar. Debido a la importancia que le han otorgado los mayores se profundizará algo más sobre este tipo de actividades, y al mismo tiempo, de relaciones, que son el marco donde se realizan las mismas. En estas actividades en interacción, podemos distinguir, al menos, dos niveles:

- 1) Actividades y relaciones en el ámbito familiar, en el entorno más próximo (realizadas y centradas en miembros de la red familiar) (apartado 9.5.2.)
- 2) Actividades y relaciones en el ámbito extrafamiliar. Son por ejemplo, las amistades, el vecindario o las actividades "más organizadas". Si todas ellas son informales, éstas últimas se caracterizan por estar realizadas en el marco de alguna asociación u organización (apartado 9.5.3.).

Se viene descubriendo que las actividades y relaciones sociales se alteran al pasar a la jubilación y con el propio proceso de envejecimiento. Según Durán y Rodríguez (1996:25), la edad, el grado de actividad, la calidad de vida y el estado de ánimo se asocian con la frecuencia de relaciones, pero son simultáneamente causa y consecuencia de la misma: entre los mayores de 75 años es perceptible el descenso en la frecuencia de relaciones y asimismo desciende entre quienes llevan una vida poco activa, de baja calidad o bajo estado de ánimo. De forma genérica, en estas edades las relaciones con los familiares siguen igual (o aumenta la dedicación a las mismas) y las extrafamiliares han cambiado por dos motivos: la mayoría ya no se reúnen con sus compañeros/as de trabajo, aumenta la relación con amigos/vecinas o se generan, en algunos casos, relaciones nuevas o relaciones de forma más "organizada" en asociaciones u otros contextos. De cualquier manera, en la interacción no queríamos destacar la "cantidad" de relaciones, sino la "**calidad**" que es lo que verdaderamente otorga sentido a las mismas. Un mayor número de contactos no implicará siempre un mayor calidad relacional. Las relaciones, al igual que otras actividades, ahora adquieren una significación especial, desligada del trabajo. Muchas de las relaciones anteriores a la jubilación solían ser *medio para* (uno las mantenía

¹⁷ Si en los apartados anteriores nos hemos centrado en *qué* significados y *porqué* motivos realizaban determinadas actividades los mayores, en este se profundizará sobre las actividades sociales, en interacción con los demás. Cualquier actividad desarrollada anteriormente podría ser incluida aquí desde el momento en que fuera compartida con alguien. Pero a efectos de orden, ahora repararemos sobre *con quién* realizan los mayores estas actividades sociales que prefieren.

para algo) y ahora se convierten en una actividad, en un *fin* en sí mismo, es el “relacionarse por relacionarse”, sin ningún objetivo instrumental programado.

9.5.1. ACTIVIDAD E INTERACCIÓN *VERSUS* SOLEDAD Y DESINTEGRACIÓN.

Hay distintas formas o dimensiones de estar solo: vivir solo, aislamiento social, soledad y anomia (Del Campo, 1987). O también, el aislamiento puede ser físico, espiritual, familiar y social; y todos estos tipos pueden percibirse aunque se esté rodeado de gente (Sánchez Vera; 1993:147). Tengamos presente la diferencia entre calidad y cantidad de relaciones.

Parece haber relación entre el sentimiento de soledad y el grado de inactividad-aburrimiento. Aquellas personas que tienen una esfera de intereses reducidos, una menor orientación hacia unos objetivos y hacia el futuro, que están descontentas y demuestran escasa confianza en sí mismas, son las que más se quejan de soledad (Lehr, 1980; en Sáez et al, 1996:48). El aburrimiento aparece como una consecuencia de la ausencia de ritmo en la ocupaciones del día. Según Goldfarb (1965, ibidem) la pobreza de intereses ha de hacerse también responsable de la sensación de soledad: es lo que el denomina “soledad en función del aburrimiento”. En nuestro estudio los discursos más pesimista, más pasivos eran de las personas que están (o se sienten, mejor dicho) más solos. La **soledad**, aún teniendo compañía de la pareja e hijos, es destacado como un problema por los mayores. Esta se relaciona directamente con la **pérdida de relaciones laborales** que los jubilados viven. En algunos casos se tratará de una “soledad objetiva” (estar solo, vivir solo), pero en otros se trata de la sensación de soledad aún estando rodeado de gente:

“...y se te puede caer la casa encima porque no tienes con quien hablar, aquí solo...” (EM15:5)

“...veo a nuestra edad un fantasma que es la soledad que hay que tratar por todos los medios de luchar contra él. La soledad es que cuando tú ya te desvinculas de tu profesión y tienes tu círculo de amigos y ese círculo de amigos por salud, por... por vaguedad (...) lo vas dejando y llega un momento que te encuentras solo, te encuentras solo de amigos y te encuentras solo de familia porque tus hijos se van casando, se van trabajando...” (GD5:13 y ver GD8:11-12: “...la hija, y el hijo y el yerno están trabajando... Si tienes uno, como si tienes dos, como si tienes cuatro, entonces resulta que ¡estás sólo en casa!, estás solo...”)

Recordemos que somos seres sociales desde que nacemos. La afiliación (sea más o menos formal) es una de las necesidades básicas del ser humano, y si cabe, aún más en las edades tardías. Por contra, se produce una disminución relacional debido al recorte de papeles que se produce, aunque ello dependerá, como hemos, dicho del estado de salud y movilidad, del tipo de trabajo, obligaciones familiares o de las actitudes más o menos sociables de las personas. Las interacciones, al igual que otros factores, tendrán un carácter parecido al que se ha tenido en la vida activa, pues quien no haya tenido amigos en las etapas adultas difícilmente podrá adquirirlos en estos años; es decir, se da una cierta continuidad también en estos aspectos. De forma general, de acuerdo con varios autores (Sánchez Hidalgo y Allendez, 1975:153; Cano, 1990, etc.), el sentirse solos de forma abrupta puede conllevar problemas psicológicos y sociales. La soledad y falta de apoyo acelera no sólo el deterioro mental y emocional sino también el físico.

Según la encuesta CIRES, la mayor parte de las personas entrevistadas (84%) no perciben cambios importantes en las relaciones sociales tras la jubilación, aunque el 8% menciona que empeoró o mejoró la relación con otras personas. Pero si la jubilación no produce cambios en las relaciones, el propio deterioro de la salud (por ejemplo), la menor movilidad, sí provoca un claro descenso de las mismas. En general, las relaciones sociales se empobrecen respecto al periodo anterior; se reducen los contactos personales en cantidad y en intensidad. Fernández Ballesteros (1992; en Buendía y Riquelme, 1994:71) no confirman esta alteración del esquema de relaciones sociales y familiares en la jubilación. Este descenso ocurre más bien a los hombres

porque se han centrado en relaciones extrafamiliares, concretamente laborales, según varias investigaciones incluida la presente.

Todos/as los/as expertos/as en temas de jubilación y vejez coinciden en afirmar que el apoyo social, sea derivado de la propia familia o de otros grupos sociales, constituye una de las claves para vivir la etapa postlaboral de forma positiva. Es decir, no parece suficiente una buena salud y una independencia económica, sino que la necesidad de relaciones interpersonales es igualmente básica para la realización de determinadas actividades, y por tanto para una vivencia positiva e integrada de la jubilación y envejecimiento. El apoyo social derivado de las relaciones sociales, especialmente de aquellas que implican emocionalmente a la persona, constituye uno de los factores que determinan el nivel de bienestar psicológico de la persona (véase Alvaro, 1992), y como vimos también determinante de la jubilación (véase 8.3.). Algunos autores señalan que la relación con otras personas sólo tiene efectos significativos en el bienestar psicológico en el caso de que éste se vea amenazado por algún acontecimiento estresante (*hipótesis de los efectos amortiguadores*) mientras que otros afirman que el apoyo proporcionado por otras personas ejerce una influencia directa en el bienestar psicológico, tanto si éste se ve amenazado como si no (*hipótesis de los efectos directos*). Ambas hipótesis no tienen porqué ser incompatibles, ya que no es contradictorio que los efectos que el apoyo social tiene para la persona se vean, además, intensificados en momentos en los que se ve viven situaciones estresantes. Probablemente, son las características psicológicas, así como el contexto social y cultural en el que se desenvuelve la persona, lo que determina el predominio de un tipo de efectos sobre el otro (véase Alvaro, 1992; Barrón, 1992; Garrido y Alvaro, 1993). Pero tanto si los efectos del apoyo social son directos como si sólo se perciben cuando la persona se enfrenta a situaciones críticas, no cabe duda de que es una dimensión esencial para entender la experiencia de la jubilación y la experiencia, más amplia, del envejecimiento.

En definitiva no todos los mayores están ni se sienten solos, pero la soledad (subjetiva, objetiva o por el modo de convivencia) se percibe mayormente desde estas edades, en concreto en zonas urbanas y megaurbanas¹⁸, y sobre todo en las mujeres, donde se concentra la experiencia de viudedad, una mayor esperanza de vida, mayor deterioro físico, menor pasividad y menores interacciones extrafamiliares, entre otros (ver 9.5.2.1.). Ya podemos anticipar una conclusión de este apartado: parece que una mayor disponibilidad de relaciones y entorno relacional más amplio (en cantidad e intensidad, "calidad de relaciones") facilitará un mayor nivel de actividad, y lo que es más importante significados más positivos y satisfactorios sobre las acciones que realicen. Podemos decir, desde los propios mayores, que prefieren y perciben de forma más enriquecedora la actividad que comparten con los demás. Es la idea de actividad e interacción como antídoto (*versus*) frente a la soledad y desintegración.

9.5.2. ACTIVIDADES DE RELACION FAMILIAR

Son los propios mayores los que destacan las relaciones familiares como actividad central. Junto a las transformaciones que ha vivido la familia -en todos los sentidos-, la relevancia de sus funciones parece que se resiste al paso de los tiempos. El fenómeno de modernización de la sociedad se ha visto acompañado por una transformación también del modelo familiar extenso y tradicional a una familia moderna, caracterizada por su nuclearización y desintegración de las formas clásicas, fomentando la privacidad y el individualismo¹⁹. Estamos viendo una progresiva

¹⁸ En España hay 1.200.000 mayores que viven en completa soledad; en Madrid son 100.000, cifras que además se duplican en verano (Solidarios para el Desarrollo, La Vanguardia, 30-7-1999). Según Díez Nicóas el 16% de mayores viven solos (1996:41).

¹⁹ Bestard (1986), señala que se plantean las transformaciones familiares en "términos opuestos (familia extensa/familia nuclear, tradicional/moderna, familismo/individualismo, matrimonio por interés/matrimonio por amor, relaciones de parentesco instrumentales/relaciones de mutua obligación), que no son más que cambios de las grandes dicotomías de los pensadores de finales del siglo XIX (solidaridad

"verticalización" o estiramiento de la familia, con menos miembros pero de diferentes generaciones (3-4 generaciones) y la desaparición de la familia horizontal (muchos miembros pero abarcando sólo 2 generaciones). Nuevos modelos de familia están emergiendo actualmente: familias monoparentales, familias con hijos de diferentes padres separados-divorciados, parejas homosexuales con hijos, etc. A pesar del predominio de la familia nuclear (padres e hijos) y el aislamiento físico de otros miembros familiares, en varias investigaciones (Harris, 1971, 1986; Roigé, 1996; Campo y Navarro, 1982; Köning, 1981; Conde, 1982), se constata una continuidad en determinadas funciones y relaciones independientemente de que no se viva bajo el mismo techo. Incluso en algunas puntos la residencia compleja (extensa y múltiple) no ha sufrido un descenso tan acusado²⁰.

Este cambio en la "forma" pero no tanto en el "contenido y significado" de las relaciones familiares es lo que se viene denominando, desde que así lo acuñaron Rosenmayr y Kockeis (1963), la "intimidad a distancia". Por ello debe quedar claro que aunque se haya roto la dicotomía familia/espacio doméstico, cuyos conceptos eran equivalentes, hoy, el que miembros directos de una misma familia (padres/abuelos) no convivan en un mismo espacio no implica desaparición de relaciones. Distanciamiento geográfico no es equivalente a distanciamiento generacional. Es decir, a pesar de que no se convive de forma general, con gente mayor, las relaciones, el apoyo y la solidaridad familiar siguen siendo muy relevantes tanto para los mayores como para los más jóvenes. No implica una reducción directa de las relaciones, sino que cambian sus formas, roles y valores de las tres y cuatro generaciones coexistentes. Los diferentes apoyos son una prueba de que este apoyo familiar sigue vigente. Según Pitrou (1992) se trata de *"apoyos silenciosos, que escapan a toda observación sistemática, que no son objeto de ninguna formalidad, de ningún reconocimiento, no pueden ser objeto de ninguna evaluación precisa, ni en un momento dado ni aún menos a lo largo de las diversas etapas de la vida"*. Señalar, por tanto, la transformación patente de una familia extensa a una familia "extensiva" en términos de Roigé (1996), que significa lo que venimos explicando: a pesar del descenso numérico de los que cohabitan con 3 ó 4 generaciones, aumenta la importancia de los lazos familiares observados en cada uno de los intercambios, apoyos, servicios, bienes-dinero, llamadas o visitas, que aunque no se ha contabilizado siguen siendo centrales hoy para las relaciones intergeneracionales. De hecho resulta compatible la existencia de una mayor autonomía residencial junto a un contacto y apoyo generacional altos. Ambas facetas, varios estudios lo comprueban, no son excluyentes, y la familia, pues, sigue siendo uno de los pilares sociales básicos. Tal como dice Goody (1988), a pesar de los cambios, la familia sigue siendo *"tanto fuente de apoyos como de los desacuerdos más íntimos y universales"* (Roigé, 1996:953).

Por contra, estos cambios están produciendo un descenso de la importancia de los roles tradicionalmente desempeñados por los mayores (como transmisores de conocimientos, p.e.), fruto de la creciente tecnología y modernización, las nuevas pautas familiares, y otros cambios de valores y actitudes sociales, que no hacen más que desprestigiar al mayor. El interés por analizar la familia en esas edades es reciente porque los estudios focalizaban su atención, hasta hace pocos años, en los primeros años de vida, juventud y matrimonio. Según Casals (1982), la menor capacidad de consumo y otros roles limitados en los mayores pueden haber incidido en que *"hasta el momento nadie se ha preocupado por las familias ancianas a nivel teórico, ya que en nada intervienen en la marcha de la sociedad ni en las formas sociales de producción"* (p.81). Nosotros pensamos todo lo contrario, y así lo estamos viendo en las distintas actividades y aportaciones de los mayores que legitiman su creciente y diversificada participación. Hay que

mecánica/solidaridad orgánica, comunidad/sociedad, organización gentilicia/organización política, pre-capitalista/capitalista)" (p.26).

²⁰ Es por ejemplo el caso de la Cataluña rural (el 37% de la población rural catalana aún vive en familia extensa), estudiada por Roigé (1988, 1996), o el caso de otras zonas rurales españolas (con predominio de la agricultura, oficios artesanales o pequeños negocios familiares) en las que aún pervive este tipo de familia.

decir que cada vez son más los/as expertos/as que tratan las relaciones familiares y el papel familiar del mayor en la vejez (Townsend, 1957; Shanas & Streib, 1965; Troll, Miller & Atchley, 1979; Harrison, McKeown y O'Shea, 1971; Casals 1982; Bazo, 1990; Lehr 1980; Kalish 1991; Sánchez Vera, 1993; Moragas, 1991; Rodríguez, 1994; Romero, 1987, entre otros)²¹.

Según la encuesta CIRES (1995), en coincidencia con los/as mayores de otros estudios (Cano, 1990; Agulló y Garrido, 1996, p.e.), las relaciones con la familia son bastante frecuentes. Aproximadamente, la mitad de las personas jubiladas ve a los/as hijos/as (51%) o nietos/as (44%) que no conviven con ellas todos los días (CIRES, 1995). Y más de una cuarta parte afirman ver, según Díez Nicolás (1996:41), a sus hijos/as o nietos/as al menos una vez por semana. Si tenemos en cuenta, además, a las personas que los ven al menos quincenalmente, hemos de concluir que más del 75% de las personas jubiladas tienen relaciones frecuentes con hijos/as y nietos/as. En la misma línea, la valoración que hacen del ambiente familiar es muy positiva: un 88% de la población lo valora como "bueno" (58%) o "muy bueno" (30%).

La mayoría de las personas jubiladas, concretamente el 81%, no perciben cambios significativos de las relaciones familiares tras la jubilación y un 16% incluso dicen haber experimentado cambios positivos. En otros estudios (Agulló y Garrido, 1996) y también en este, hemos observado que las relaciones familiares no sufren cambios importantes con la llegada de la jubilación. No olvidemos que el significado y papel de la familia en nuestro contexto español no siempre es comparable a otros países (p.e. de Europa del Norte) en los que la familia ha perdido esos papeles de atención incondicional y en los que las relaciones se muestran distintas y distantes. El valor de la familia en nuestro entorno, al igual que en países como Italia o Portugal, sigue siendo más central que en otros contextos.

9.5.2.1. La importancia de tener o no tener pareja

"Altre cop sols, la vida mia/ Com en el jorn que ens vam casar.../
 S'han fos els cants y l'alegria/ i restem sols vora la llar./
 Tots han volat els ocells joves,/ tots han volat lluny de son niu./
 s'han espargit les vides noves;/ restem tu i jo vora el caliu./
 Ja han assaonat altra esperança/ com en el jorn que es vam casar;/
 eixuga el plor de l'enyorança.../ Encar som dos vora la llar!!"
 (De vell a vella, Miquel Forteza)²².

La importancia de la pareja (o de la ausencia de la misma) queda patente desde los mayores, sea de forma latente o en sus discursos sobre la misma. Según el CIRES (1993), las personas con las que más frecuentemente comparten los mayores el tiempo son la pareja (30%), los/as hijos/as (19%) o la pareja y los/as hijos/as (13%). Según Díez Nicolás (1996:41), un 16% de los mayores viven solos, pero un tercio viven con su pareja y una cuarta parte con sus hijos/as. Estos datos nos ayudan a introducir la importancia que, desde un punto de vista

²¹ Algunas investigaciones tratan a la familia (sobre todo a las mujeres) como principal agente que se encarga del apoyo y cuidado de las personas dependientes, no sólo de los mayores (Comas y Roca, 1993). Otros estudios versan sobre los cuidados formales e informales (incluida la familia) hacia las personas mayores (INSERSO, 1995). Algunos autores también analizan el aspecto de los cuidados, pero desarrollan las relaciones intergeneracionales e intrageneracionales de los mayores (García y Pérez 1994, Rodríguez 1994, Fundación "la Caixa" 1994). Desde distintos prismas comprobamos que es relevante analizar los tipos de relaciones-actividades de las personas mayores con los diferentes componentes de la familia, que sigue siendo tanto pilar o "colchón" para la gente mayor como para la sociedad general.

²² Traducción catalán-castellano: "Otra vez solos, vida mía,/ como en el día que nos casamos.../ Se han fundido los cantos y la alegría/ y nos quedamos solos junto a la lumbre. /Los pájaros jóvenes han volado, /todos han volado lejos de su nido;/ se han esparcido las vidas nuevas;/ quedamos tú y yo cerca del rescoldo./ Ya ha sazonado otra esperanza/ como en el día que nos casamos;/ seca el llanto de la añoranza.../ ¡Aún somos dos junto a la lumbre! (De viejo a vieja, Miquel Forteza, Caja de Pensiones, 1985:29).

psicosociológico, tiene la presencia de la pareja durante la transición a la jubilación y durante el proceso de envejecimiento.

El hecho de que la jubilación coincida, a veces, con el fallecimiento de la pareja, es un aspecto a tener en cuenta a la hora de entender el bajo estado de ánimo de algunas personas. La viudedad (mayoritaria en las mujeres) ha sido señalada como uno de los factores deteriorantes y estresantes del envejecimiento que dificulta un adecuado ajuste a la jubilación. Una prueba más de la búsqueda de afectividad y huida del aislamiento social en esta etapa es el hecho, bastante frecuente, de contraer segundas nupcias (o convivir juntos) como recurso para evitar la soledad y una forma de mantener la convivencia familiar perdida con la viudedad y/o partida de los hijos/as. De forma general, los resultados de estudios coinciden con Kalish (1991) que concluye, junto con otros expertos, que "la relación marital es una de las más importantes -quizá la más importante- relaciones experimentadas en los años adultos. La satisfacción con el matrimonio alcanza su menor nivel en la mediana edad para aumentar después" (Atchley y Miller, 1980). Aragón (1986:312) nos recuerda las distintas funciones positivas de la pareja tanto para satisfacer necesidades interpersonales de tipo cognitivo (sentirse reconocido como algo valioso y estimable), afectivo (sentirse querido, aceptado) como de asistencia mutua (apoyo, compañía, cuidados).

La jubilación afecta a las relaciones familiares de varias maneras, pero en especial a la pareja. Por ejemplo, se hace necesario un rediseño y reorganización de los roles en el hogar pues el jubilado estará más tiempo en casa y tendrá que adaptarse a "un nuevo espacio y rol doméstico" con el que no se identifica (véase apartado 9.3.2.1.). La mujer, en cambio, seguirá desempeñando estas tareas bien se haya jubilado o bien siga siendo ama de casa. Es decir, si el hombre era el "cabeza de familia, el hombre de la casa", ahora es la mujer "la reina de la casa" porque sigue desempeñando su papel tradicional, cuando el hombre ha dejado de representar su rol central de trabajador. El jubilado pasa de unas relaciones socialmente abiertas a las relaciones más cerradas del hogar y la familia. Por ello, en muchas ocasiones la jubilación puede suponer una amenaza para la mujer y su "territorio" y un desajuste para el hombre que no está acostumbrado a estar tanto tiempo en el hogar familiar. Vemos como la "familia-pareja autoritaria o asimétrica" en la que los roles estaban repartidos por género está dando lugar a la "familia-pareja igualitaria y simétrica" en la que los roles no están diferenciados. Sin embargo, estos cambios no se observan aún en las parejas de mayores. Se torna necesario, pues, una redistribución y co-responsabilidad de papeles en el hogar solicitada tanto por las mujeres mayores y también por los expertos/as (Fericgla, 1992:125; Díez Nicolás, 1996:60; Rodríguez Domínguez, 1989:95, entre otros).

En cuanto a las relaciones sexuales, en nuestro estudio, aún no siendo nuestro objetivo, hemos observado un cambio de actitudes más abiertas (hacen referencia al sexo) hacia esta temática contra los estereotipos e imágenes sociales que etiquetan a los mayores como desinteresados por este tipo de relaciones (véase capítulo 10). En otras investigaciones (Durán y Rodríguez, 1996:25), la opinión respecto al sexo muestra una liberalización importante en cuanto a que el índice de "sin respuesta" (19%) de los mayores al respecto no es mucho más elevado que en otros temas, y resulta similar para varones y mujeres. Según la encuesta CIRES (1992), el 70% de mujeres y el 39% de hombres dicen que "nunca tienen relaciones sexuales", el 9% de los varones (1% de mujeres) manifiestan tenerlas "frecuentemente" y el resto (34% varones y 10% mujeres) dicen limitarse a relaciones "ocasionales". De todas maneras, los arquetipos de género en el que fueron socializados influye en que nos encontremos con formas diferenciadas, según el género, de percibir las cuestiones sexuales.

Siguiendo a Díez Nicolás (1996:42), en cuanto a la frecuencia de relaciones sexuales, los datos más recientes confirman los de otros estudios: sólo un 3% dice mantener relaciones sexuales frecuentes, y alrededor de un tercio dicen mantenerlas ocasionalmente. En un estudio de la Cruz Roja Española (1982, en Aragón: 1986:314-315) sobre la sexualidad de los mayores, se

especifican varios intereses y motivaciones en este tipo de relaciones. Hay diferencias por género en cuanto al *interés físico*, *interés sentimental*, *interés amoroso* como *autoafirmación*, etc. En cambio, el *interés por tener* compañía sigue una evolución parecida en el hombre y en la mujer.

Recordemos como la sexualidad de los mayores sigue siendo un tema estereotipado y las representaciones de aquellos que muestran un determinado interés por las mismas suelen ser negativas; se les etiqueta como "viejo verde" a ellos o "vieja loca" a las mujeres de edad (véase capítulo 10). De todos modos, se perciben cambios en este sentido, pues tal como dice Aranguren, "hoy se le reconoce al viejo una capacidad erótica que antes se le regateaba" (1992:41); hasta ahora la vida sexual de los ancianos sólo se comentaba cuando era motivo de escándalo. Cualquier conducta sexual era considerada impropia o como una desviación. Tal como expresa el doctor Folch i Camarasa (ibidem, p. 42), "la vida sexual es un aspecto de la vida de los ancianos mal conocido, hasta hace poco tiempo, era inabordable... Sabemos muy poca cosa. Pero hoy podemos decir que no hay un límite cronológico después del cual la vida sexual desaparece". Si a este tema aluden algunos de los mayores, en general deparan en destacar la relevancia que otorgan a la pareja como compañía y apoyo²³. Se produce ese "re-encuentro" al que habíamos aludido en la cita del epígrafe. Vuelven a estar los dos solos como de recién casados, antes de tener los hijos...

"J- Vamos, ¡que no me deja salir solo!... y ¡yo a ella tampoco! (...) si hay que salir a por la compra vamos juntos y si hay que hacer cualquier cosa la hacemos juntos. Si vamos a comer terminamos de comer a la vez, si salimos salimos juntos, si nos quedamos nos quedamos juntos. Ahí no hay forma de que nos separen... A- 50 años va a hacer que nos casamos, y cuatro que fuimos de novios.. ¡siempre juntos!..." (EM1819:5 y ver GD3:13)

Pero parece que son los que están solos, o mejor dicho, se ha quedado solos debido a la viudedad, los que más mencionan y valoran la misma. La pérdida de la pareja se ve agravada si se añade a otras pérdidas que se dan en esta etapa (fin del trabajo, pérdida de relaciones, pérdida de salud progresiva, etc.). La viudedad es un fenómeno femenino: la mayor parte de los viudos/as son mujeres. Pero no sólo se trata de destacar esta feminización de la viudedad, sino que en ellas se encuentra un discurso más negativo y pesimista. La "resignación" y pesimismo también caracteriza a la menor parte de viudos de nuestro estudio: muchos se "refugian" en otros espacios (bar, Hogar) porque no saben -ni quieren- desenvolverse en el ámbito doméstico. Aunque la mayor parte de viudos/as son mujeres (véase apartado 2.5), también ellos sufren este cambio y pérdida de la pareja. Hasta tal punto les parece negativo que mencionan la soledad que le ha reportado la viudedad como "verdadero" problema, no el dejar de trabajar o la jubilación en sí. La pérdida laboral pasa a un segundo plano ante la pérdida de la pareja:

"- ...es que la etapa de jubilado mía, como está tan ligada a la muerte de mi mujer y a la soledad, ya no es igual que esa etapa para otras personas, que yo, para mí, ha sido lo más importante de todo, y lo que me ha marcado más ha sido la muerte de mi mujer, la soledad, más que..., más que la jubilación, la falta de mi mujer..." (EM12:5 y ver EM2:3: "...mi mujer enfermó y murió, y con ella me hubiese muerto y metido en la caja. Ella era el ideal de mujer, era inteligente, buena..." ó ver EM20)

Aunque no hay acuerdo sobre si son las mujeres o los hombres los que llevan mejor la viudedad, muchas viudas son las que muestran una sensación de vacío, **una identidad**

²³ En los/as mayores de estatus medio-bajo (Agulló y Garrido, 1996) se percibió que las relaciones con la pareja habían mejorado, pero para muchas personas habían empeorado. Algunos/as mayores, sobre todo las mujeres, destacan como posibles factores negativos los siguientes: mayor incomunicación y conflictos con la pareja, problema del alcoholismo/discusiones en la pareja, poco apoyo en las tareas domésticas, "atadura" a las tareas del hogar y familia, etc. En cambio, otras resaltan algunos cambios más positivos; más tiempo compartido con la pareja, mayor apoyo por parte del cónyuge, "reencuentro" con la pareja, etc.

mermada y dependiente del marido, hasta el punto que muchas viudas, aún hoy, observemos que llevan en sus tarjetas “Sra. Carmen Pérez. Viuda de M. Hernández” o “Viuda de Hernández”, con el apellido del marido. Siempre “los demás” (marido, hijos, jefe) es lo que ha dado identidad a sus vidas. En el caso de las viudas amas de casa, al morir su marido “muere su identidad y papel de esposa”. El ejemplo de la tarjeta personal sería un símbolo que representa la dependencia de las mujeres mayores incluso “más allá de la muerte”. El luto, además las condena (mejor dicho, las condenaba) a quedarse en casa (durante años), a no poder salir, a “vestir de negro sus vidas” aún más. Estas *mujeres de luto* son las que ahora aprecian los avances de la mujer y están viviendo un resquicio de libertad... aunque les haya llegado un poco tarde, por ejemplo: “me quedé viuda pues nada, con las amigas. Bueno, estuve dos años sin salir, entonces se guardaba mucho luto. Y dos años de negro, ahora ya no, ni de luto ni nada, no se pone nada...” (EM17:1).

Podemos observar la existencia de, al menos, tres significados sobre la viudedad:

- Viudedad como “desgracia vital”, como “muerte personal”. Suelen otorgar este significado las amas de casa, las que tienen más obligaciones. Han sido tan dependientes fuera del espacio doméstico que no saben (¿no quieren?) desenvolverse solas, sin su marido, no les motiva salir y suelen permanecer pasivas en el hogar.
- Viudedad como “liberación” (en algunas mujeres), obviamente no hacia al marido, pero sí hacia el yugo de las obligaciones domésticas (alguna participante del GD2 y GD3). Ahora, salen más, tienen otras actividades extradomésticas, se sienten más independientes.
- La “viudedad resignada”. Estas mujeres adoptan una postura intermedia, intentando adaptarse a la nueva situación (soledad y libertad, al mismo tiempo) pero apenas logran sobrevivir satisfactoriamente sin el soporte del marido (dependencia).

Para las segundas, las más “liberadas”, los cambios serán más positivos, pues, en coincidencia con algunos análisis del estudio de Alberdi y Escario (1986) la viudedad supone para muchas la recuperación de la independencia, o incluso, la primera oportunidad de ella, pues pasaron “del control del padre al control del esposo y ahora no las controla nadie” (p. 115)²⁴. Pero esta libertad puede tener el coste de la soledad que muchas mujeres de nuestro estudio destacan. En esta disyuntiva de soledad-libertad se encuentran las viudas. En general, las viudas mayores “son conscientes de las escasas posibilidades de encontrar pareja que tienen y, a la vez, lo desean menos, ya que conocen las dificultades de adaptación matrimonial que puede presentárseles con gente de su edad” (op. cit.: 115).

En general, en torno a la viudedad se construye un discurso de cambio negativo en estas edades (no salen porque el marido no está, no se desenvuelven demasiado bien, les embarga la tristeza, desánimo, etc.). En muchas mujeres es una de las principales pérdidas. Muchas se sienten que son “menos personas”, más solas, por su sujeción y dependencia anterior al marido. Aunque algunas, tras una primera etapa de “desolación, luto” se sienten “liberadas”, la mayoría permanecen pasivas y “semi-encerradas” en casa. Tienen dinero propio disponible cuando estén viudas (“esa emancipación tardía” tan buscada) pero la pensión es pequeña y no les compensa la pérdida del marido: pérdida de compañía, de afecto, de identidad. Todo ello influirá sobre sus actividades. Se observa en ellas una mayor pasividad, tanto en el propio espacio (no tener a nadie con quién conversar) como cara al espacio extradoméstico (no tener a nadie con quién salir).

“M.- Pero es que tienes al marido y eso es muy bonito. Porque la compañía es todo.”

²⁴ La autovaloración, autonomía e independencia (por haber “superado” la dependencia del marido), la viudedad a distintas edades y estatus, los estereotipos sociales y discriminación de estas mujeres, las diferencias con otras mujeres solas, etc. son tratadas en el estudio cualitativo -y novedoso- de Alberdi y Escario (1986, *Estudio sociológico sobre las viudas en España*).

M.- Claro, ni hijos ni nadie reemplazan el sitio del marido ¡nadie! pero ¡nadie! (M.- Por bien que lo hagan) Yo tengo dos chicas y mejor que se han portado (...) pero como el marido ¡nunca en la vida! (...)

M.- Lo que hablas, lo que todo... todo (...) subo cuando quiero, bajo cuando quiero pero falta mi marido...

M.- Falta lo principal...

M.- Igual que a él ¡le falta su mujer!

M.- Las conversaciones de hoy ya no son igual como las de los jóvenes (...)

(...)M.- Por mucho que digan, eso no lo tapa nadie.

M.- El que no lo ha perdido no lo sabe; el que lo ha perdido lo sabe bien." (GD7:14)

Tal como hemos apuntado anteriormente, el cambio a una mayor **soledad** es destacado más por las mujeres (viudas, sobre todo). Sólo tendrán un discurso algo más positivo las que mantienen una mayor vida social, las que salen algo más, las que van a Hogares o se asocian, en fin, las que son más activas y tienen vida extradoméstica, más relaciones sociales. Estas son aún una minoría. Generalmente las que se "quedan en casa" (a las que no hemos convencido para participar en GD, sí en entrevistas), parece que son la mayor parte de las mayores, aunque la tendencia futura sea al cambio y a una alta participación social de la mujer mayor. Esta minoría de mujeres más activas son un botón de muestra de las nuevas tendencias que los expertos apuntan. Son una nueva ola de mujeres mayores que quieren aprender, alfabetizarse, viajar, salir... pero son aún una minoría. En general, tienden a pensar que "están acabadas", se resignan y se confinan ellas mismas a continuar "exiliadas" en el hogar. Tanto el tema de la viudedad como el de la muerte de algún hijo (u otro familiar directo) procuran relativizarlo, quitarle importancia y verlo de otra manera. Empero, aún así, sobresale un discurso de tristeza y desamparo. Este discurso de desánimo, tristeza, sale más de boca de las mujeres sea por uno u otro motivo: mayor soledad (objetiva y percibida), mayor pasividad... Recordemos que el discurso más desolado y desolador lo encontramos en las mujeres que están pasivas, solas, más delicadas de salud, de más edad, con poca solvencia económica, principalmente.

" las cosas te las tomas ya de otra manera (...) por los golpes que te va dando la vida (...) no quiero hacerme ilusiones (...) ahora viviendo muy al día (...) antes era, quizás, un afán de pensar más... (...) una preocupación tonta que tuve, porque ahora murió ella (UNA HIJA) y he quedado yo (SOLLOZANDO...) después ves que no tenías ni por qué haberte preocupado por ellas, y eso lo ves con el tiempo, son los años (...) porque yo creo que son realidades, para mí, como antes veía las otras que eran realidades. Yo no creo que eso sea negativo, porque yo, desde luego, no quiero transmitir mi tristeza, mi..." (EM7:5)

"...sola se está muy mal, porque se pone una mala y fíjate el plan (...) se murió mi marido, mi madre, que no te he contado nada de mi madre (...) se echa de menos a las personas. (...) mi padre, que en paz descanse. Vivían más arriba..." (EM6:6 y ver EM17:7, EM5:5 ó EM16:4)

9.5.2.2. La influencia del propio "nido vacío" y de otros "nidos llenos"

Si tener pareja era altamente valorado en estas etapas, y ello puede influir sobre una mayor/menor actividad, también lo es seguir relacionándose con los hijos/as o yernos/nueras. Como ya se ha visto, aunque se esté viviendo el "nido vacío" (expresión utilizada por varios autores) porque los hijos emancipados han abandonado el hogar, también comprobamos como muchos mayores (en concreto las mujeres) siguen en continuo contacto con "otros nidos" que son los de los hijos, en concreto de las hijas. Recordemos el papel que desempeñan las mujeres mayores apoyando en las tareas domésticas y en el cuidado de los nietos (véase apartado 9.3.2.2.). Muchas viven una transición del hogar propio que se vacía a otro que se está llenando, bien porque viven con sus hijos (lo menos frecuente), bien porque el contacto sigue siendo la tónica común. Estas relaciones nos hacen reflexionar sobre las distintas pautas de residencia según diferentes culturas, hábitats y etapas históricas (patrilocalidad, matrilocalidad, neolocalidad, p.e.). En nuestra sociedad occidental predomina la neolocalidad, es decir, la nueva pareja establece su propio hogar y no vive con ninguno de sus padres (familia nuclear). Sin

embargo, en relación a lo que venimos comentado, se daría una especie **“matrilocalidad a la inversa”**, si se nos permite adaptar la terminología clásica a nuestro caso. Es decir, la pareja joven no va a vivir a casa de la madre de la mujer-esposa, sino que es la madre (la abuela) la que se traslada (aunque no vive) a casa de sus hijos (principalmente hijas) para realizar alguna tarea doméstica, gestión o estar simplemente con los hijos y nietos. Podríamos hablar, pues, de una especie de “filialocalidad”. La imagen de la abuela corriendo desde el hogar propio al de su hija o hijo, y de éste al colegio a llevar a los nietos, y de allí a la compra y vuelta al hogar (...) es bastante general. Sirvan, pues, estos comentarios para enfatizar el apoyo (instrumental y afectivo) de las abuelas, sobre todo cuando son jóvenes. A edades más avanzadas, se dará un cambio de papeles, y al abuela pasará de ser “cuidadora” a ser “cuidada” (ver 9.3.2.2.).

Por tanto, el tener o no tener a los hijos cerca (tanto espacial como afectivamente) incidirá en una mayor relación, y por ende, en un tipo de actividad u otra que realicen con los mismos. En cualquier caso estas interacciones son apreciadas muy positivamente por los mayores, sobre todo cuando no resurge la duda de quién cuidará de ellos en un futuro... Hemos observado que la relación de las mujeres con los hijos (sobre todo con las hijas) se centra muchas veces en el apoyo que prestan las mismas a las tareas del hogar, por lo cual muchos de estos comentarios podrían ir englobados también en el apartado 9.3.2. El apoyo de las mujeres, y los mayores en general, a sus hijos e hijas es diverso: apoyo (económico, afectivo) en situaciones difíciles, visitas, regalos, cuidados de la casa y nietos/as, cesión de bienes (dinero, muebles, etc.), alimentación, etc. Las visitas (hacerlas o recibirlas) de los hijos, por tanto, es otras de las actividades señaladas por los mayores. De entrada queda claro el aprecio de este tipo de relaciones para seguir “sintiéndose” activos, combatir la soledad, la desintegración, y en última instancia alargar la vejez más deteriorada y dependiente de la que huyen.

Las personas mayores y sus hijos/as tienen contactos frecuentes. Si a los datos enunciados en el apartado anterior, añadimos el contacto telefónico o por carta (pronto por internet), por ejemplo, las interacciones son aún más numerosas. Sin embargo, muchas personas mayores coinciden en reseñar la desconexión que existe con las nuevas generaciones de jóvenes, sus hijos/as y nietos/as, a menudo por la distancia geográfica, y otras veces por las distancia ideológica y social. Discuten sobre el denominado conflicto intergeneracional entre los/as mayores y sus hijos/as. Suelen achacar estas relaciones de carácter negativo al hecho de que los jóvenes tienen otros valores, otras ideas, que chocan con el comportamiento y conducta de los/as mayores. Algunos echan de menos el modelo familiar tradicional, en el que los/as abuelos/as tenían un papel más relevante y hacia los padres se tenía mayor “respeto”. Piensan que en el modelo de familia tradicional (donde el marido se ocupa del trabajo remunerado y la mujer del trabajo doméstico) había más unión. Siguiendo a del Campo y Navarro (1981, 1982), Flaquer (1990) y Solsona y Treviño (1990), podemos decir que la familia nuclear tradicional está compartiendo su existencia junto a nuevos modelos familiares que topa con los valores de algunas de las personas mayores. Los/as mayores, sobre todo las mujeres, parece que reivindican relaciones más estrechas con la familia. Si las relaciones familiares se han deteriorado creemos que está más asociado a la marcha de los hijos y al conflicto generacional que a la jubilación en sí.

Se perciben diferentes relaciones según el género: las mujeres tienen una relación más estrecha con los hijos (sobre todo con las hijas) y con sus madres (abuelas); los hombres, en cambio sus relaciones con la familia son menos frecuentes y su proximidad es menor. Quizás los hombres intensifican sus relaciones con la jubilación a raíz de tener más tiempo que cuando trabajaban (al igual que las trabajadoras remuneradas), pero sigue siendo menos intensa que las de sus mujeres. Parece que los jubilados aprecian ahora estas relaciones familiares más que antes.

Algunos mayores se quejan de que los hijos y nietos “sólo acuden a comer o cenar a casa”, pero se sienten solos el resto del tiempo. En este relato crítico por parte de los mayores se esconde la desconexión (más que conflicto) con los jóvenes; la dificultad (y por

ello a veces, rechazo) de mantener relaciones intergeneracionales, sobre todo fuera del entorno doméstico. El tema de la soledad, presente o futura, es recurrente en sus discursos.

“- ...Estamos hablando de ahora... ¡ahora! en esta época que tenemos ahora... Te vas de casa, vuelves, y ellos están todos trabajando ¡estás solo allí!

- Yo tengo 3 hijos (- Yo también), 2 hijos y una hija, bueno, somos 15 en el chalet... y ahora he venido aquí y mi mujer está sola ¡con 15! (...)

- ¡Y eso que aún estamos bien y que nos valemos!, y nos levantamos y todo...

- Ahora, a cenar... Llego a cenar ¡quince! (RÍE) y para dormir ¡quince!, pero lo que dice él: solo a todas horas. Mi mujer “no tardéis mucho”...

- ¿Y lo satisfecho que está cuando ve a los 15 en la mesa?

- ¡Ché! ¡contento!

- ¡Ah! Eso tapa lo otro...” (GD8:13)

La preocupación por los hijos/as por parte de los varones, aunque no se muestra tan patente (en coherencia con su pasado) como en las mujeres, también es un tema central en su discursividad. Las opiniones de los mayores son semejantes en cuanto a la preocupación por el paro juvenil, dificultades de los hijos para independizarse, etc. Observamos la preocupación primordial de las mujeres en concreto hacia los/as hijos/as, sobre todo en las que han sido exclusivamente amas de casa. Al igual que percibimos una centralidad discursiva sobre el trabajo en los varones, en las amas de casa mayores se percibe la centralidad de los/as hijos/as. En fin, el género, las circunstancias familiares, el estado civil y el modo de convivencia parecen determinantes: los mayores de nuestro estudio que están solos (viudos/as, o que viven solos) y con peor nivel de salud tienen menos interacciones familiares y sociales. Las mujeres tienden a concentrar sus interacciones en el entorno familiar más que en el extradoméstico. Siguen permaneciendo en el espacio doméstico en el que han pasado la mayor parte del tiempo, aunque en esta edad algunas “recuperan” algunas amistades o ven la posibilidad de salir del hogar (parroquia, hogares, voluntariado). Empero, la mayoría limitan sus conversaciones (de hecho muchas se han negado y/o han fallado a la cita para participar en GD, más que los hombres) y relaciones al ámbito familiar. Quizás son más activas y su interacción es mayor, pero eso sí, “en casa, con la familia”, y desarrollando las actividades y relaciones de antaño. En general, muchos/as comentan que sus relaciones con los hijos/as mejoran con el paso del tiempo. Esta idea coincide con las conclusiones del estudio de la investigadora A. Freixas (1993) en el que comenta que “la comunicación y la calidad de la relación con los hijos/as parece que aumenta con los años y que este proceso mutuo de interrelación se convierte en una ayuda para ambos” (p.186).

También nos encontramos con lo que los expertos/as han denominado “**rol inverso**”; es decir, cuando los hijos/as adultos cuidan de sus padres. Blenkenr (en Kalish 1991, p.145) creó el término *madurez filial* para significar que los hijos/as adultos/as deber ser capaces de soportar la dependencia de sus padres. Los roles, por tanto, no se consideran invertidos, sino que estos cambios en los roles son tratados como un cambio natural debido a la mayor madurez de los/as hijos/as y su aceptación de lo que se espera de ellos/as. Varios expertos (Narotzky, 1991; Waernes, 1990; INSERSO-CIS, 1994; Roigé, 1996) piensan que la familia sigue siendo el principal agente cuidador de los mayores. Narotzky destaca cómo el cuidado de los mayores condiciona el tipo de residencia y la herencia, sobre todo en los medios rurales. Es decir, analiza cómo la atención a los mayores se convierte en el elemento crucial de transmisión de bienes, lo denomina “renta del afecto” para definir esta traslación de bienes (desde los mayores) a cambio

de cuidado y afecto (desde los hijos/as)²⁵. Se observa un entrelazamiento de intereses económicos y afectivos difíciles de separar, pues las prestaciones son mutuas y recíprocas.

Pero esta situación es más compleja cuando los mayores tienen un nivel socio-económico o de salud muy deteriorado y/o cuando los hijos/as no quieren o no pueden atenderles. Desgraciadamente, esta situación es bastante común, sobre todo en zonas urbanas y en casos más problemáticos que dificultan las relaciones de parentesco. Recordemos como algunas de las enfermedades de los mayores de más edad y otras alteraciones a causa de las mismas (alteraciones del sueño y horario, comidas especiales, manías, miedos, obsesiones, etc.) pueden afectar sobre el ambiente y ritmo familiar de manera determinante.

“- Hay gente que no está bien con la nuera o... ese es el problema que hay en la jubilación.

(...)- Todo encauzado va bien, pero ¡ay de aquel hombre que se tiene que ir con un hijo y no encaja con la nuera o la nuera no puede ver al suegro, y así sucesivamente, eso es un calvario tanto para unos como para otros (- Es un problema), porque “¿el abuelo este cuando se muere?”

(...)- (...) a muchos matrimonios jóvenes les interesa tener al padre porque les ayuda mucho en cuanto a... económicamente (- Y aguanta a los nietos), pero el viejo lo pasa mal ¿eh? yo oía estos días a un viudo y tuvo que irse a casa de la hija (...) “...como si fuera forastero” y ese es el problema del viejo porque de verdad dependes de la hija, antes con la mujer... (...) problema que tenemos” (GD8:3 y ver página 11, EM11, p.e.)

9.5.2.3. Los significados de ser abuelo/a.

La relación abuelo-nieto podría incluirse en el apartado 9.3.2. y aquí debido a su doble significación: por un lado, puede verse como “actividad no remunerada”, como “trabajo” en cuanto que hay que cuidarles (el rol de *abuela canguro*, sobre todo cuando son más pequeños); o bien, puede ser considerada como práctica de ocio, en la que prevalece el sentido de pasatiempo y diversión frente a la asistencia o cuidados. En cualquier caso, el “estar con los nietos” también es recalcado por los mayores como una actividad en sí misma. Se constata, pues, los distintos significados de la vivencia de ser abuelo o abuela.

Para muchas de las personas de edad, el trabajo ha supuesto un obstáculo en la relación con los hijos/as, a los que prácticamente no han visto. Según Kalish (1991), muchos abuelos/as utilizan estas relaciones para desarrollar algunos aspectos que no han podido resolver en su pasado, mejorando de esta forma el bienestar psicológico y compensando así pérdidas pasadas como el “hueco” de los/as hijos/as. De todas maneras, a pesar de la distancia generacional casi siempre suele resultar una relación beneficiosa para ambas partes (Robertson, 1977; Rodríguez Domínguez, 1989:95). Ya vimos como las tareas domésticas son rechazadas por los varones, pero el papel de abuelo es valorado muy positivamente. El hecho de que ellos no pudieran apenas disfrutar del “papel de padre” completamente es común en los jubilados de mayor estatus. Algunos sienten “envidia” por los padres jóvenes que pueden estar más tiempo con sus hijos.

“...tengo hijos ahora, que me da envidia, me da mucha envidia de ellos porque yo he tenido... bueno... he tenido... que tengo cinco hijos y ¡en fin!, la que ha luchado con ellos es mi mujer, se podía permitir el lujo de tener... (...) en aquellos tiempos y más viviendo en un pueblo como se vivía, yo por lo menos, y claro... ahora cuando yo veo a mi hijo, por ejemplo, que es médico y que su mujer es médico y que económicamente están bien... pero se permiten el lujo, digo, permitir el lujo no,...(...) ...de bañar a la otra niña, de no sé cuantos...

- ¡Claro, claro!...

- ... y disfrutan, y yo no he disfrutado de eso. (...) eso de ver a una niña o a un niño bañándose y disfrutar de ellos... yo no he disfrutado porque lo hacía mi mujer y yo aquello no lo tocaba...” (GD5:9-10 y ver GD8:10: “...vienen los nietos a casa y se me cac la baba.” y ver GD3:7, GD5:22, p.e.)

²⁵ Es por ejemplo el caso de *L'Hereu* (El Heredero) en Cataluña; esta tradición, que aún sigue vigente, consistía en que el hijo primogénito (esposa e hijos) heredaba todos los bienes de los padres a cambio de cuidarlo y convivir con él hasta el final de sus días.

Los que tienen nietos, consideran el “ser abuelo” como un papel fundamental en esta etapa. Algunos mayores, perciben en los nietos una forma de recuperar el tiempo perdido respecto a los hijos/as que “ya se fueron” (y con los que muchos padres, ahora jubilados, apenas contactaron) y, ahora con los nietos pueden “recuperar” y volver a llenar el nido. Hasta tal punto las actitudes son positivas que lamentan el que los nietos se hagan mayores porque la relación se vuelve más distante y les parece vivir una “segunda jubilación” al perder, en cierta manera, el rol de abuelo que aprecian. Fijémonos como los propios mayores manifiestan la evolución de sus interacciones tanto con los hijos, como con los nietos. No es lo mismo cuando los hijos/nietos son pequeños, cuando son adolescentes o cuando ya son adultos. Cuando los nietos son mayores parece que las relaciones se vuelven más distantes (a veces llegan a sentirse rechazados) sobre todo cuando son adolescentes.

“...los nietos eso... me lo estimo yo de una manera... ¡yo qué sé! me gusta mucho... y disfruto. Si hace falta ir a buscarlos no es que me busquen ellos a mí sino ¡yo a ellos! porque ¡me gusta! lo disfruto, la prueba está que ha sido una segunda jubilación cuando se han ido a la escuela que no los podía llevar en el carrito...”

- Es un cariño lo que nos pasa ahora, supongo que a todos, que dices “¿cómo puede ser esto?, que yo esto no lo hice por los hijos y ahora con los nietos ¿cómo puede ser esto?” y es que claro si es que no tenías tiempo ni a santiguarte (...).” (GD8:5)

“(...) Ahora, los nietos que se han hecho grandes ya te ven diferente, es un poco de... ¡pasotismo!

- Si te ven bien y si no también...

- Sí, sí... y dices “hace 8 días que no te he visto”, y dicen “pues no he podido” (GD8:12 ó GD4:20: “...y ahora ya son grandes y ya no se acercan ni a casa...” ó ver GD6:8, GD9:8)

El hecho de que las mujeres han estado siempre criando a sus hijos, obviamente, conlleva a que no sientan que su “papel de madre” esté por realizar, al contrario. Por ello se muestran más críticas y sobrecargadas, igualmente satisfechas del “rol de abuela”, pero a veces otorgan un significado ambivalente (de rechazo y aceptación) que no se observa en los jubilados. Para unas significará ser una “esclava” de los hijos; se sienten explotadas. Otras perciben este papel de manera muy positiva, con ilusión, plenamente satisfechas. Una de las expertas entrevistadas (Enriqueta Ferri, concejala de Tercera Edad de Alcoy) manifestaba estas diferencias por género en la forma de relacionarse con los nietos/as: *“...porque los abuelos simplemente los cuidan a los niños y juegan con ellos; se dedican el tiempo que están con ellos a jugar. Pero las abuelas al mismo tiempo le tienen que hacer la merienda, le tienen que cambiar los pañales... (...) el abuelo se dedica a jugar, disfruta del niño pero la abuela no solo juega sino que también les tiene que hacer (...). Entonces la abuela lo vive de forma diferente; disfruta también pero (...), siempre refunfuñando “que si tengo mucho trabajo, porque yo ya no doy para tanto, yo ya no estoy para estas cosas, y a mí el niño este me hará enfermar, porque no me hace caso” (...) las mujeres siempre van más agobiadas, porque tienen más trabajo y más responsabilidad... y además eso, en las personas mayores es donde más se nota...”* (EE8:4)

Y esto se reafirma con las voces de algunos de los mayores al respecto:

“- (...) echando una mano en la casa porque yo he tenido la suerte, o la desgracia que todavía tengo cinco hijos en casa, solteros, ya todos son mayores (...) y un nieto, que eso si que hay que decirlo como cosa curiosa... Este niño tiene ahora once años, va a cumplir doce, entonces, una de mis hijas dijo: “Toma, papá, un niño”, con veinte días (...) pues yo he vuelto a empezar otra vez y a mi, lo digo de verdad, a mi eso me ha rejuvenecido, en todos los sentidos, porque yo lo llevo al ajedrez, lo llevo al futbito (...) ese ajetreo, yo ya lo tenía olvidado (...) enseñarlo a comer, educarlo, estudiar con él, es decir, volver otra vez a...” (GD5:13 ó ver EM11:2: “...otros que lo hacen tan a gusto y tan contentos... Dependerá de muchos factores (...) oigo a mujeres que a veces “es que mi hija se piensa que yo tengo que ser su criada” o cosas por el estilo, y hay otras madres que aunque revienten pues hacen lo que pueden”)

Según Smith (en Kalish 1991) los diversos significados pueden ser: ser abuelo/a como algo fundamental; como algo que hace la vejez más valiosa; como recurso de inmortalidad personal o familiar; como recuerdo del propio pasado; o también puede ser algo deteriorante y negativo. Según Aragón (1986:313) el rol del abuelo tiene dos caras: por una parte, tiene un papel de asistencia, ayuda y aliento muy positivos; pero, por otro lado, puede suponer mimos, rigideces o intervencionismo que puede anular o mermar, en muchos casos, la figura y función de los padres. Los factores que condicionan este tipo de relaciones pueden ser: que convivan o no juntos, proximidad de las viviendas, compatibilidad/incompatibilidad, nivel de interacción-conflicto con yernos/nueras, etc. La influencia de ser abuelo sobre los mayores ha sido investigada por algunos autores (Neugarten y Weinstein, 1964; Roberston, 1977). En concreto, cuando "el ser abuelo" es una experiencia positiva ello puede ser por varios motivos: a) son una fuente de renovación biológica o continuidad vital, ya que con los hijos y nietos su existencia se prolonga en el futuro, b) aporta una autorrealización emocional, les permite desarrollar unos sentimientos, c) posibilita la experiencia de ser a veces una fuente de recursos de toda índole (económica, consejo, asistencia, etc.), d) puede darse una realización "vicaria", es decir, sentirse orgullosos de los logros de sus nietos, éxitos que tal vez ni ellos ni sus propios hijos jamás alcanzaron. En resumen, siguiendo a Aragón (1986:313), estas relaciones positivas con los nietos abren sus vidas a una nueva dimensión; se sienten valorados y ello influye en su autoestima. Por otra parte, en estas relaciones puede haber un cierto aislamiento; según los autores citados aproximadamente un tercio de los abuelos se mantenían a distancia, quizá por las dificultades en reconocerse como abuelos por estilos de personalidad diferentes (ib. 314) o por la simple lejanía geográfica y/o generacional.

Esta importancia del "rol de abuelo/a" ha sido estudiada en varias ocasiones. Pero es en los últimos años cuando se está prestando mayor atención debido, entre otros motivos, a que cada vez hay más abuelos/as y menos nietos/as. En cuanto a la relación bisabuelos/nietos ni que decir que no conocemos ningún estudio sobre la misma. Este fenómeno nuevo apenas ha dejado tiempo para ser analizado; tan solo se observa que, a pesar del deterioro en que suelen encontrarse los mayores, cada vez es más común este tipo de encuentro generacional, teniendo en cuenta que la experiencia de ser bisabuelos/as era hasta ahora inaudita y poco generalizable. Siguiendo a Moragas (1991), "el rol de bisabuelo/a es un papel que empieza a iniciarse,... y que posibilita la familia de 4 generaciones, excepcional en el pasado, e incluso aparecen tatarabuelos y la familia de 5 generaciones" (p.137).

Para Aragón (1986:313) las relaciones abuelos/nietos tienen efectos tanto moderadores como estimuladores muy positivos para ambas partes. Según Kalish (1991), la relación con el/la abuelo/a se caracteriza por la existencia de menos obligaciones y menos responsabilidad que la existente entre padres e hijos. Estas relaciones suelen basarse en: visitas, intercambios de cartas o regalos, cuidados a los nietos/as, etc. Siguiendo al mismo autor, las relaciones abuelo/a-nieto/a cambian con el tiempo, pero cuando los nietos/as son jóvenes se da una cierta complicidad porque se comparten circunstancias parecidas en la niñez-juventud y en la vejez. Estas coincidencias pueden ser: 1) ambos colectivos están subordinados al grupo de edades medias y carecen de poder, 2) se les recuerda continuamente que no son productivos, 3) tienen mucho tiempo libre; la educación y la jubilación son vistas como placeres desde fuera, no como trabajo o aburrimiento que puede suponer, 4) no tienen el tiempo tan estructurado, 5) su educación está "incompleta": los jóvenes aún no han finalizado, y los mayores no suelen tener educación formal elevada, 6) tienen menos poder adquisitivo, 7) suelen ser más vulnerables y débiles, principalmente.

Antes de acabar este apartado hay que añadir que aunque los/as mayores concentran sus relaciones con la pareja, hijos/as y nietos/as, también **se relacionan con otros miembros de la familia**; sobre todo con los padres y las madres (en el caso de que aún vivan) y los/as hermanos/as. Parece que la relación es menos frecuente con los miembros de la familia política

(suegro/a, cuñados/as, etc.) y con otros miembros de la red familiar más indirectos, lo que se denomina la "familia extensa" (primos/as, sobrinos/as, etc.). En el caso de las zonas rurales algunos estudios llegan a la conclusión de que las relaciones son más cercanas (en calidad e intensidad) y más extensas (en cantidad, en número de personas) al mismo tiempo. En las zonas urbanas suele predominar lo que hemos denominado "intimidad a distancia" y la interacción viene pautada por el parentesco más directo, es decir, componentes de la familia de 2 ó 3 generaciones directas (abuelos/as, padres/madres, hijos/as). Pero la relación con otros miembros de la familia, de forma general se percibe como una interacción puntual, esporádica, en fechas determinadas: en períodos vacacionales (Navidades, verano, Semana Santa), en fechas claves (aniversarios, onomásticas), en celebraciones (bautizos, comuniones, bodas), u otros encuentros familiares (entierros, p.e.). También pueden darse conflictos con la familia propia o de la pareja, pero estos suelen ser debidos a otros motivos diferentes al paso del tiempo o a la jubilación; es decir, que si las relaciones estaban afectadas antes de la jubilación en la mayor parte de los casos tampoco han mejorado. Por tanto, la tendencia, como habíamos señalado, es al mantenimiento y continuidad de las relaciones, sin experimentar cambios importantes.

Las **relaciones entre hermanos/as** parecen importantes en estas edades, pero quizás menos que las relaciones con la pareja, hijos/as y nietos/as ya comentadas. De todos modos, Cicirelli (en Kalish 1991) demostró que cerca de dos tercios de personas mayores con hermanos vivos se sentían muy unidos, al menos, a un hermano o hermana, mientras que sólo el 5% no se sentía unido a ninguno. Para Moragas (1991), en la primera etapa (niñez-juventud) se tienen relaciones muy estrechas entre hermanos. Estas relaciones descenderán en la etapa de la adultez, pero volverán a aumentar en la última etapa de la vida (al igual que ocurría con las relaciones de pareja). Con frecuencia, se produce un "reencuentro con los hermanos/as" que a lo mejor tienen que resolver problemas comunes y debido a que disponen de más tiempo que en la etapa laboral.

Las personas solteras, viudas o separadas, que no tienen hijos/as y/o pareja, también mencionan la interacción con la familia (incluidos los hermanos/as) pero extienden; para evitar la soledad, más sus relaciones extrafamiliares. No podemos confirmar los resultados de otras investigaciones respecto a que las mujeres casadas están más satisfechas que las solteras, viudas o divorciadas (Baruch et al 1983, Veroff et al 1981 y Ward 1979 en Freixas 1993, p. 188). Empero, en ocasiones se ha observado un mayor sentimiento de soledad y desánimo en las personas jubiladas que no tienen pareja, sobre todo las viudas cuya situación especial ya ha sido comentada.

Como **conclusión** de esta parte de interacción familiar, tal como señalan los autores precedentes y los propios mayores, la familia es una dimensión que incide sobre el nivel de actividad y contribuye, así, a una satisfacción general, a una mayor calidad de vida. Se puede refutar la tesis sobre el "fin de la familia", pues no sólo esta institución sigue siendo un agente básico de socialización en los primeros años vitales, sino que hasta la muerte cumple un rol fundamental en los mayores y en la marcha de la maquinaria social.

9.5.3. ACTIVIDADES DE RELACION EN EL ENTORNO EXTRAFAMILIAR

Este tipo de relaciones es relevante porque, aunque la familia sea la principal fuente de apoyo, ésta "se está quedando cada vez más reducida, y en consecuencia, con menos capacidad de actuación... De esta forma la comunidad puede considerarse como una familia extendida" (García y Pérez, 1994, p.14). Pensamos que en esta familia extendida (barrio, comunidad, sociedad) la tendencia es hacia un aumento de las relaciones intergeneracionales (e intrageneracionales) con las que todas las partes obtengan algún beneficio material, psicológico o social. Consideramos, pues, que estas relaciones son relevantes para comprender mejor la jubilación y el envejecimiento.

Recordemos que las relaciones sociales de la gente mayor ha sido un área prioritaria de investigación (desde que Cumming y Henry patentaran la teoría de la Desvinculación en 1963). Pero la existencia de relaciones no garantiza siempre la satisfacción y el apoyo, pues las interacciones pueden ser “amenazantes”. De cualquier modo, el apoyo social adecuado (que puede tener un sentido emocional o de ayuda económica y material, p.e.) está comprobado que es útil para proteger frente al estrés y disminuir los síntomas depresivos (Parkes y Pilisuk, 1981; Norris y Murrell, 1984; Díaz Veiga, 1985). Aunque no se dispone de muchos instrumentos, existen algunos indicadores y técnicas²⁶ para estudiar las distintas dimensiones de las relaciones sociales y el apoyo social.

En este apartado trataremos las actividades sociales con los miembros del entorno más próximo, pero traspasando los límites del espacio familiar. Se trata de actividades e interacciones no planificadas, no programadas, irregulares y no comprometidas (excepto las actividades sociales en un entorno más organizado tratadas en 9.5.3.4.). En esta línea, se puede decir que los mayores, a fuer de sus discursos, prefieren actividades sociales informales (sin ser “voluntarios oficiales”), con contactos espontáneos, charlas imprevistas en el bar, en el parque, en el rellano de la escalera, en los comercios. Ello puede ser debido tanto a la falta de información de existencia de tales espacios formales, a la insuficiencia o inadecuación de estos espacios, o a la necesidad de libertad y huida del compromiso social de los mayores. Aún así, la presencia y participación de los mayores en contextos “más allá de la familia y amigos” es un fenómeno en ciernes, emergente y en auge.

9.5.3.1. El valor de la amistad: actividades y relaciones intrageneracionales

La relación y actividades amicales tienen gran importancia desde el momento en que ocupan gran parte del tiempo de los mayores (sobre todo de los varones jubilados) y, sobre todo, porque le otorgan un significado especial. Pero, tal como hemos señalado las actividades en el entorno familiar son las que predominan. Comparadas con otros sectores de la población (CIRES, 1995), las personas jubiladas son las que menos comparten el tiempo con sus amistades (sólo el 11% lo hace) y las que más frecuentemente afirman no compartirlo con nadie (10%).

Estas relaciones son más dificultosas debido a las distancias geográficas entre unos y otros y a la menor movilidad de los/as mayores, fundamentalmente los de estatus socioeconómico medio-bajo, menor salud y sobre todo de las mujeres (no tienen coche propio, no tienen carnet de conducir, deben coger el transporte público). Según Cantor (en Kalish 1991) “la persona mayor es la que tiene menos posibilidad de tener amigos íntimos viviendo a grandes distancias, especialmente si la salud o las limitaciones económicas hace que su movilidad sea restringida” (p. 152). Recordemos algún dato en relación a las mayores dificultades de movilidad espacial de los mayores. Siguiendo a Tobío (1995:71-72), sobre los datos de una encuesta aplicada en Madrid, tan sólo el 10,5% de los hombres se desplazan en automóvil y un 5% en el caso de las mujeres. Algo más de la mitad de los desplazamientos de los jubilados (52%) y casi dos tercios (64%) de las mujeres se realizan andando. El resto de viajes se realizan fundamentalmente en transporte público. Queremos señalar, pues, la importancia de la movilidad

²⁶ Los indicadores más utilizados para estudiar estas relaciones son: 1) para la integración y participación social: existencia, cantidad y frecuencia de contacto con personas significativas. 2) Redes sociales: tamaño (personas que componen la red social), densidad, dispersión geográfica, multiplicidad (funciones o actividades), reciprocidad, homogeneidad, variables temporales (frecuencia, duración, antigüedad y tiempo invertido). 3) Desde la perspectiva funcional: multidimensionalidad (consecuencias), procedencia del apoyo, problema, percepción del apoyo (Montorio, 1984:158-159).

Los instrumentos de evaluación de relaciones no son muy numerosos. Por ejemplo: Perfil de Análisis de Redes (Cohen y Sokolowsky, 1979). Apoyo y Vínculos Sociales (Ward, Sherman y Lagory, 1984), Escala de Recursos Sociales (Duke University, *Center for the Study of Aging and Human Development*, 1978), Escala de Evaluación de Apoyo y Contactos Sociales (Díaz Veiga, 1985), principalmente (Montorio, 1984, 159-167).

espacial tanto para la realización de actividades como para el mantenimiento de las relaciones sociales, las cuales serán más complicadas de mantener (o iniciar otras nuevas) en los mayores. Esta menor "independencia" y libertad para desplazarse puede ser debido a que se trata de una movilidad limitada (restringida al barrio, p.e., debido a que se desplazan mayormente andando) y determinada (por motivos concretos²⁷) en comparación con otros grupos de edad. Estas diferencias intergénero y etáneas dibujan, pues, diferentes itinerarios o recorridos en los mayores en relación a los grupos de adultos, cuya frecuencia, motivos y medios de desplazamiento son diferentes. Este contraste, unido al menor tiempo disponible de los adultos-jóvenes y a la utilización de espacios distintos (lugar de trabajo, formación), serían una causa más de que cada generación "sigue su camino", expresión que en este caso puede tomarse en sentido literal. Los distintos recorridos elegidos pueden conducir a menores "punto de encuentro" y por tanto dificultan las relaciones extrafamiliares.

Otra conclusión a la que estamos llegando es que las personas mayores, parece ser, recurren a redes de apoyo informal (familiares, amigos y vecinos) antes que a las redes formales de los organismos públicos. Recurrir a los amigos y vecinos cuando el/la mayor no tiene a ningún familiar disponible es bastante común. Pero en algunas ocasiones encontramos, en los/as mayores de estatus medio-bajo, otras declaraciones que transmiten justo lo contrario: se mantienen relaciones extrafamiliares con bastante frecuencia. Estas conductas y actitudes tienden a romper uno de los mitos existentes acerca de que los mayores "están solos, aislados y no tienen amigos".

"...Pero bueno, el rato que pasas más ameno es el que pasas con los amigos..." (EM1819:5)

"...Yo me dedico con unos amigos, nos vamos a pasear, charlamos de cosas políticas, charlamos de cosas de deportes, charlamos... ¡vamos!, que llevamos una conversación amena..." (GD3:7)

De nuevo, las personas que viven en solitario -sobre todo mujeres-, son las que tienen menos relaciones, se sienten más solas, o al menos, tal como hemos visto, así lo expresan. En definitiva, la falta de esta forma de apoyo social mediante las amistades o el vecindario es mencionada, en ocasiones, como un factor que agrava y acentúa el sentimiento negativo hacia la jubilación y las actitudes de rechazo hacia el envejecimiento. De todas maneras, los mayores que realizan actividades con un carácter más allá del entretenimiento personal, solemos encontrarlos en los de mayor estatus y mejor posición socio-económica, aunque no siempre los de nivel alto realizan actividades que superan el sentido lúdico de pasar el tiempo. Muchos son los que confirman la necesidad de programarse. Vemos de nuevo la centralidad de la actividad en cuanto a brújula orientadora no sólo del tiempo libre, sino del espacio, de las pautas de relación con los demás, de garantía de utilidad social y personal, indicadora en definitiva de retraso de la vejez dependiente y pasiva: "...reunirse eso es una cosa estupenda (...) te creas una obligación..." (GD5:18)

"(...) ...encerrarse es una tontería y además encerrarse es medio morir, de pena, de cosas... A mi me gusta muchísimo (...) hemos organizado de un tiempo a esta parte una reunión de matrimonios que nos vamos a cenar los últimos viernes de cada mes, con una idea ya fija de un tema a tratar, un tema familiar, puede ser matrimonial, hijos, convivencia, relaciones conyugales, ¡en fin! alrededor del matrimonio, pero como eso es tan sumamente amplio... y hemos hablado de muchísimas cosas... (...) no solamente es la tertulia o lo que se puede suscitar allí, sino después (...) es una cosa muy aleccionadora y es una cosa muy buena" (GD5:11)

²⁷ Siguiendo a Tobío (1995:71. Sobre datos de la *Encuesta origen-destino, 1988*, Consorcio de Transportes), las jubiladas se movilizan principalmente para la realización de compras (50,5%) u "otros motivos" (38,5% para hacer gestiones, ir a médicos y similares) y el 10,5% por motivos de ocio. En cambio, las amas de casa sólo el 5% por ocio, "otros motivos" el 35% y la compra será la causa mayoritaria entre las mismas (58%). Sin embargo, las pautas de los jubilados son algo distintas. Los desplazamientos por "otros motivos" abarcan casi la mitad de las causas de movilidad, la tercera parte debido al "ocio", y el 18% para hacer la compra (el más elevado en comparación con varones de otras edades).

Una cuestión en la que muestran discrepancia los mayores es en la preferencia de relaciones sociales intra o intergeneracionales. Se plantea el dilema de organizar actividades dirigidas a unas determinadas edades, a los mayores, o si las actividades deben ser intergeneracionales para evitar la segregación y los “ghettos” de mayores, con cuyo argumento se denosta a los Hogares y Centros de Mayores. Sobre esta cuestión nos encontramos con expertos/as que defienden las actividades intrageneracionales, en las que cada grupo de edad se desenvuelve mejor con sus iguales, su identidad grupal les refuerza. En cambio, otros opinan la pertinencia de fomentar las actividades intergeneracionales. Pensamos que ambas opiniones pueden ser compatibles ya que pueden respetarse las actividades intrageneracionales y al mismo tiempo fomentar otras para todos las edades.

Si existen opiniones distintas entre los/as expertos/as sobre si las personas prefieren estar con gente de su edad (relaciones intrageneracionales) o con gente de otras edades (relaciones intergeneracionales), los mayores parece que prefieren pasar más tiempo con gente de sus edades, excepto, como hemos apuntado, en las relaciones con la familia. Por tanto, excluyendo los contactos familiares, prefieren las relaciones intrageneracionales porque: se sienten más cómodos; comparten los mismos recuerdos, valores y opiniones; no se sienten arrinconados o marginados; no sienten ese vacío o conflicto generacional, etc. (Rosow 1967, Bengston y Cutler 1976, en Kalish 1991). Lo importante en este sentido sería discernir si los/as mayores prefieren **estar con gente de su edad porque les produce mayor satisfacción, o porque se sienten discriminados** por los jóvenes. Ambos motivos pueden ir unidos, pero si la preferencia por la gente mayor ha sido motivo de abandono, exclusión, es donde pueden surgir problemas psicosociales de envergadura. Al igual que opinan muchos gerontólogos/as, pensamos que el mayor debe tener la oportunidad de decidir con quien quiere compartir su tiempo; tiene que disponer de libertad para relacionarse con gente de todas las edades o de su edad. Pero claro está, esto depende también de las actitudes y el tratamiento del resto de grupos más jóvenes. De nuevo, resaltar el respeto para que el ciudadano pueda elegir su ocio y tiempo libre.

“- ...que no, yo me reúno con la gente que es amiga mía, y yo tengo amigos míos pues jóvenes, y yo tengo amigos míos muchacho más mayores que yo,...(...) me gusta pues recordar las cosas antiguas...

- ¡hombre claro!

-... pues sí, pues ¿por qué no?...

- Y con los tuyos...” (GD5:6)

El charlar con los amigos, con gente de su misma generación es común en todos, incluso podemos decir que lo prefieren porque quizá no se sienten tan “desfasados” e incomprendidos con gente de sus edades. Aunque también aprecian, como vimos anteriormente, las intergeneracionales. Lo que si dejan claro (sobre todo los mayores de mejor condición socioeconómica) es que prefieren “auto-organizarse”, no que les organicen su tiempo libre ni sus relaciones. Pero al mismo tiempo critican que no se “les” ofrecen posibilidades desde fuera: “¡a mí que no me busquen! a mí sitios organizados... (- A mí ¡que no me busquen!) ...yo voy y socialmente a donde me conviene ir y donde quiero ir, pero *basta que digan que hay una fiesta para la tercera edad para que yo no vaya...*” (GD5:5-7). En definitiva, la realización de cualquier actividad con los amigos ocupa buena parte de sus discursos más satisfactorios y de su tiempo empleado en charlar, caminar, tomar algo, jugar a las cartas, ir al bar,... pero con los amigos. Y hablamos en masculino porque siguen siendo los hombres de estas edades los que otorgan mucha importancia al reunirse y conversar con los amigos.

“- ¡Vamos! y hago lo que más me gusta, beber vino con mis amigos, eso me encanta, vino, que no es broma lo que estoy diciendo, beber vino (...) por eso que a mí no me lleven a bailar ni a ninguna tontería (RISAS). Ahora, la conversación con los amigos y... con una botella de vino, se entiende, y si es bueno, mejor, más a gusto, y jugar al dominó...

- Yo comparto la opinión de eso de... para mí, uno de los ratos buenos que... es tomar una copa con los amigos, a mí, eso me encanta. Yo cuando bebo vino, o me como mis tapitas es que sobre entiendo que es que estoy con los amigos... (...) días que no me tomo una copa de vino, pero en cambio me tomo bastantes copas de vino en el momento que estamos los amigos. Y eso lo hago a menudo... en el pueblo lo hago más que aquí, yo soy de pueblo (...) los íntimos de siempre (...)
 (...) - Yo siempre... yo, lo que sí me critico es no cultivar...
 - La amistad... (GD5:11 y ver EM8:5, p.c.)

Hasta tal punto aprecian estas relaciones que muchos las prefieren a las relaciones familiares, incluso aprecian los días “no festivos” porque pueden dedicarlo a sus amistades y “escapar” de obligaciones familiares (ver 9.2. ó GD5:14). Estas pautas, por ejemplo, son inobservables en el grueso de mujeres mayores. La amistad tan valorada, sobre todo por los jubilados varones, tiene al menos dos significados: amistad como “refugio” de la pérdida de relaciones de trabajo (que la mayoría no mantienen), o como “escapatoria” del hogar, de las tareas domésticas que rechazan y con cuyo espacio no se identifican lo más mínimo.

“- ...Y la amistad es, para mí, lo único que en la vida se adquiere con verdadera importancia, la amistad, la amistad es un sentimiento completo, ¡vamos, completo!
 (...) - Lo tienes que sustituir...
 - (...) ...que yo voy con mis amigos a la una aquí, me tomo una copa y charlo y viene otro amigo y nos vamos a otro lado, eso es... en el día de hoy, eso es, eso es lo que cuenta...” (GD5:14 o ver GD5:12: “...Yo es que creo en el cielo tomando vino y jugando al dominó con unos amigos, el cielo...”)
 “...los amigos te los tienes que llevar y cultivar tú y eso es una labor del día a día. Yo tengo amigos, verdaderos amigos, que muchas veces estamos ya separados unos de otros pero bueno, todavía nos seguimos sintiendo y hablando. Eso hay que conservarlo día a día, los amigos... un buen amigo es tanto o más que un familiar, ¿eh? Eso es una cosa que hay que conservar y mirar. Por desgracia ahora se va tan deprisa y hay muchos amigos ahora, pero son amigos del bar o de la barra...” (EM12:8)

Muchas mujeres, claro está, también mencionan y aprecian las relaciones con amistades, sobre todo las que tienen una red familiar más limitada, tanto de cantidad de miembros como de “calidad” en las interacciones (véanse algunos de estos discursos en el GD2). Pero los relatos femeninos se centran más en las relaciones familiares que sigue siendo su red básica de actividad e interacción. Las mujeres más activas socialmente y las tendencias futuras (observables en las jubiladas de mejor posición) apuntan a un cambio femenino también en este sentido relacional.

“...nos vamos a tomar un café, un pastelito, y después nos vamos a misa (- Por la mañana también). Es en lo único que se nota la diferencia...
 - Pues yo no tengo tanto tiempo, eso es para la que tiene tiempo entre semana.
 - Pues tu también haces como yo, que te vas de merienda.
 - ¡Los sábados!” (GD9:4 y ver GD2:12)

9.5.3.2. El vecindario ¿apoyo informal o interacción ocasional?

Avanzando la respuesta del enunciado, podemos decir que las relaciones vecinales conforman una red de apoyo informal importante y cotidiana, sobre todo, eso sí, en las zonas rurales e intermedias. La interacción vecinal en los enclaves urbanos también pueden ser de apoyo informal pero tienen un carácter más esporádico y ocasional. Al igual que comentamos en el apartado anterior, queremos reseñar la relevancia del significado de las interacciones sociales, ir más allá del recuento y frecuencia (cantidad) de las relaciones. Ya Bradburn (1969, en Setién, 1993:337) señaló que la forma de percibir las relaciones sociales debería ser tomada en cuenta para evaluar las mismas. Recordemos que Setién (1993) elabora un amplio listado de indicadores para evaluar el entorno físico y social. Aunque no se centra en los mayores, no olvida mencionar la relevancia de analizar el *entorno creado por el hombre* en el que incluye, entre otras, las relaciones amicales, vecinales y pertenencia a organizaciones y/o asociaciones voluntarias.

Además de conocer la frecuencia de relaciones, esta autora propone indicadores que nos muestren la satisfacción, motivos, metas y aspiraciones en cuanto a las relaciones extrafamiliares que inciden sobre la calidad de vida de la población (véase pp. 338-345).

De forma general, las relaciones vecinales entre los mayores suelen estar feminizadas. Se trata de interacciones cotidianas y más estrechas en los medios rurales e intermedios. Sin embargo, en las zonas urbanas esta interacción es más superflua -aunque de cortesía-, esporádica, ocasional y para situaciones extraordinarias o emergencias. Como vemos, según el género y el entorno donde se habite las relaciones vecinales entre los mayores de nuestro estudio tienen uno u otro significado. De entrada, se puede decir, que este tipo de interacción es híbrida, a mitad de camino o “a caballo entre lo doméstico y lo público”. Esta singularidad basada en la cercanía puede significar desde una relación estrecha de amistad (citada por las mujeres de medios rurales, EM7, GD7, GD9) o bien ser un “último recurso” en caso de apuro o emergencia. El abanico de actividades, según sea la interacción más o menos estrecha, puede abarcar desde el simple saludo de cortesía hasta la más íntima amistad y confianza, pasando por el préstamo-regalo de alimentos, conversaciones, apoyo en accidentes domésticos, intercambio de llaves de reserva, participación en las mismas fiestas y actos públicos comunitarios, etc.

Muchas veces, las relaciones vecinales de muchos años en los barrios urbanos permiten el establecimiento de unas relaciones parecidas a las existentes en los medios rurales, donde la persona se siente más integrada en general, tiene posibilidad de comunicarse, de recibir ayuda, vivir un estilo de vida más relajado, etc. en comparación con los mayores niveles de aislamiento y soledad de las grandes ciudades (Díez Nicolás, 1996; García Sanz, 1995, entre otros). De todos modos, aunque las relaciones con el vecindario suelen ser superfluas, en algunos casos las mujeres destacan el contacto con vecinas como una importante fuente de apoyo social y afectivo, lo que es prácticamente inobservable en el discurso masculino.

Una de las ventajas de los asentamientos medios (ya visto en 9.1.7.) es la “proximidad relacional”, que se ve favorecida por la “proximidad física (distancias “cortas” y cercanía de servicios), en la que no suele necesitarse medio de transporte. Las relaciones, incluidas las vecinales, son más estrechas e intensas. Por tanto, desde nuestro estudio se percibe como los mayores de ámbitos rurales e intermedios han manifestado una mayor ocupación del tiempo en este tipo de relaciones extradomésticas que los mayores de las grandes ciudades que señalan más soledad, en coherencia con otros estudios ya citados (Cantor, 1989; INSERSO, 1995; García Sanz, 1995, 1997; Saco, 1997). He aquí una de las principales ventajas de los entornos más pequeños, que los propios mayores señalan: la mayor posibilidad -comodidad y accesibilidad- de relaciones sociales más cercanas.

“...si una noche están roncando o escuchan un chillido acuden todos y allí en Barcelona dicen “¡tira!” (...) M.- Acuden aquí..

(...)M.- (...)vecina por ejemplo “toma un calabacín”... pues ya la he cortado y para cenar...” (GD7:12-13)

“...Entonces hablo con todo el mundo, o sea que... si estoy en casa y por la puerta veo que... todas vienen a hablar conmigo y todas hablan conmigo, o yo con ellas y, si voy a la tienda a comprar o a hacer la compra, eso sí lo hago yo, todas las salidas que hago que hago que voy a la compra, pues eso, procuro hablar (...) si no lo hiciese yo creo que estaría mal (...) que está en Cáceres y me dice: “mamá ¿qué has hecho hoy?”, y le digo: “pues mira, he salido, he hablado con ésta, he hablado con la otra, me he enterado de esto, me han contado esto. Mira, fulana le pasa esto, tiene éste problema” (...) si le puedo yo solucionar en algo, si hay alguna cosa que yo pueda hacer por ella, aunque no sea más que eso, escucharla...” (EM7:3 y ver GD5:12)

Una actividad característica de las zonas rurales es “hacer/recibir visitas” a la gente, sobre todo a las personas mayores y/o enfermas. Lo singular es que se trata de visitas “no programadas”, inesperadas. En las ciudades esto no es observable: hay que planificar cómo ir a visitar a alguien, cuánto tiempo se va a tardar, dónde aparcar, avisar con antelación para asegurarse de que después del desplazamiento se encuentre en casa... Las relaciones en el

contexto urbano son más complicadas. Hay que programar, incluso con días/semanas de antelación, cualquier encuentro, cita o relación social con amigos o familiares.

“...y yo decía: “ah, pues voy a hacerle una visita”, e iba a su casa, y sigo haciéndolo si hay alguna que no sale en Semana Santa digo: “ay, pues a esa señora no la he visto yo en misa ni ha salido, pues voy a ir a verla a su casa”, porque yo me he criado ahí, cuarenta y tantos años y he nacido allí y toda la gente me conoce” (EM4:6 ó ver p.e. EM1314:5: “...Si quieres hacer una tertulia tienes que irte al centro donde te tiras una hora con el autobús, porque si llevas tu coche estás perdido, no sabes donde aparcar, y si llegas a la otra parte, es decir, al autobús, necesitas otra hora para poder desplazarte en autobús y otra hora para venir, o sea que prácticamente la tarde...” o ver EM11:6-7, GD9:9)

Incluso “para morir” la cercanía de las relaciones vecinales (más frecuentes e intensas) en los medios rurales e intermedios es señalada como positiva y práctica. Incluso la muerte es una “actividad social”, un “rito popular y comunitario”. Pensemos que en estas zonas no suele haber tanatorios ni crematorios. Puede observarse como los entierros constituyen un acto público (algo inobservable en las zonas urbanas). En primer lugar, el difunto permanece en el hogar durante toda la noche, al que van a velar los vecinos de la localidad. Al día siguiente, se traslada el féretro (con el séquito de curas, familiares y amigos) de su domicilio particular a la iglesia, y de allí al cementerio. En cambio, en las ciudades, según algunos de ellos “te mueres y no se entera nadie”. En fin, tanto de forma cotidiana como en alguna emergencia que se presente la interacción vecinal en estos contextos es muy apreciada. El entorno relacional suele ser más extenso en los entornos espaciales más pequeños (véase apartado 9.1.7.).

“...en el verano nos sentamos al oscurecer en la puerta, en la calle, se saca la butaca, se sienta una allí un ratito, pasa una y la conoces, se para y charlas con ella. Y se pasa de otra manera. A mí yo cuando voy todas: “Ay, ¿cuándo has venido, cuándo has venido?” (...) muchas de ellas a saludarte, todas las que pasan. Me conoce todo el mundo...” (EM6:5)

“- (...) pero eso pasa en Alcoy ¿eh?

- Arriba de tu casa ¿quién vive? [le pregunta a un participante de Alcoy]

- Pues no lo sé, creo que vive el hijo de un notario...

- Se muere uno, a lo mejor en el mismo edificio y ni se enteran, y eso en Alcoy ¿eh? (- Sí.), en cambio aquí y en Muro se muere uno de arriba y te enteras enseguida pero en Alcoy no...” (GD8:15-16 y ver GD7:12)

En fin, las relaciones con el vecindario suelen caracterizarse por ser ocasionales y de cortesía. La mujer, quizás invierte más tiempo en este tipo de relación (sobre todo en medios rurales e intermedios) pero aún así, y sobre todo en medios urbanos, el vecindario sigue siendo más una “posibilidad”, un recurso de apoyo informal no siempre aprovechado (o rechazado) porque a veces es incompatible con la búsqueda del anonimato que se persigue, sobre todo, en las ciudades. Aunque no procede enzarzarnos en análisis sobre los espacios -más propios de la Sociología Urbana y Rural-, sí queremos mencionar, siguiendo las ideas del sociólogo Cano (1990:149), que ciertos recursos (como por ejemplo, Hogares, clubes, asociaciones) pueden contribuir a reorganizar de modo diferente el espacio urbano y a generar redes de relaciones que tengan como base, entre otras redes, el vecindario.

9.5.3.3. ¿Relaciones con los/as ex-compañeros/as de trabajo?

De forma general, destaca el cambio de relaciones extrafamiliares en esta etapa debido, principalmente, a que cuando trabajaban las interacciones con los compañeros eran diarias e intensas y ahora son casi inexistentes. Con la jubilación estas interacciones desaparecen y aumentan las relaciones con otros amigos/as y miembros de la familia. Pero esta pauta es aplicable a los jubilados varones, obviamente, no para las amas de casa que nunca han trabajado remuneradamente. Sin embargo, también las jubiladas echarán en falta estas relaciones laborales

perdidas tanto como posibilidad de “salir del hogar” como oportunidad de ampliar sus relaciones y actividades más allá del ámbito doméstico.

Además de estas diferencias por género en cuanto a las relaciones laborales, de nuevo, aparece como un factor clave el hábitat. En las zonas rurales o intermedias los jubilados pueden seguir manteniendo el contacto con los antiguos compañeros de trabajo. Observamos la facilidad en estas zonas de reunirse con los amigos que son, muchas veces, ex-compañeros de profesión. En el caso del GD8 de empresarios, comentan que aún siguen reuniéndose con sus amigos, que también han sido empresarios, “industriales”, dicen ellos. Además, dos de ellos pertenecen al “Círculo Industrial de Alcoy” (con antiguo prestigio y tradición empresarial que aún conserva) al que acuden, generalmente, empresarios mayores. Veamos estas interacciones y las actividades que comparten: conversar, recordar pasado laboral, pasear, tomar algo, jugar a cartas, etc.

“(.) ...se habla de todo pero más que nada de fútbol, porque tenemos un club que es patente, Alcoy tiene renombre... y allí hablamos de eso. Jugamos a las cartas, tomamos un aperitivo, en fin, que hay una tertulia, y recordando tiempos pasados, todo eso es muy bonito “tu te acuerdas cuando quedamos campeones, ¿sabes quién se ha muerto!...” y de ahí viene todo (...). el periódico y... ir al bar, hacer una pequeña tertulia...
(...)- Ahora no haces más que bobadas: vas a desayunar, tomas un café, charlas... y todo son rollos.
(...)- Y a mí me falta tiempo: por la mañana a por el pan, a comprar, y enseguida acabo de esto y estoy para irme al Centro de Jubilados y enseguida a la tertulia (...) hora y media de tertulia...” (GD8:6)

Sin embargo, en las ciudades y zonas urbanas se hará más difícil y complicado -a veces imposible-, este tipo de relaciones. Tan sólo algunas empresas de sectores profesionales determinados (en nuestro caso, tenemos discursos de jubilados de CASA, Construcciones Aeronáuticas, S.A., de Getafe) o en colectivos profesionales concretos que vinculan de algún modo a sus “ex-colegas” de profesión o formación (en nuestro caso, un profesor de EE.MM. que pertenece a la “Asociación de antiguos alumnos de Universidad de Salamanca”). En algunos momentos, vemos que los mayores jubilados hablan de sus amigos (véase apartado 9.5.3.1.) y de las interacciones con los mismos, pero resulta que sus amigos son los ex-compañeros de trabajo, han tenido su misma profesión, o incluso han compartido la misma empresa, oficina o lugar de trabajo (es el caso de dos participantes del GD5, GD6 y de algunos entrevistados).

“- estoy colaborando en un master de pediatría, dando unos seminarios y también estoy escribiendo con un compañero un libro de historia contemporánea, que me lo ha encargado una editorial...” (GD5:10 y ver GD5:13,, GD6:14 y discursos del apartado 9.7.3.1.)

“A- Mira, tenemos una fiesta... mi marido es antiguo alumno de la universidad, entonces desde que hizo las bodas de plata tenemos una fiesta anual. Cuando hizo las bodas de plata que las hizo él pues entonces éramos muy jóvenes y había muchísima gente (...)

(...)- ...entonces la fiesta nuestra se reduce, ahora ha perdido mucho, pero hasta ahora: hombre, en unas conferencias, una lectura del acta anterior para ver que movimiento ha habido de socios y demás y una misa por los caídos de la facultad...” (EM1819:9-10)

Sin embargo, en las mujeres esta superposición y coincidencia de amigos-compañeros de trabajo es casi inexistente. Las relaciones de amistad femeninas se construyen y han construido en otros contextos (vecindario, por cercanía, ámbito parroquial, p.e.). En algunos hombres, las relaciones con los compañeros se mantienen, sobre todo en los primeros años después de la jubilación. Pero de forma general, las relaciones de amistad acaban limitándose por la cercanía más que por el trabajo anterior, del que al final acaban desligándose (sobre todo en contextos urbanos). Pero, aún así, el trabajo es tan central que incluso prefieren seguir juntándose con “ex-colegas” del mismo puesto o sector. Aquí se denota, una vez más, la influencia del trabajo anterior más allá de la jubilación... Muchos se reúnen en los bares, en la calle, en el Hogar, o en alguna asociación.

“ (...) agrupación de jubilados que es de la empresa donde trabajábamos; al ser de la empresa donde trabajamos y tener una media de cuarenta años de servicio, unos con otros, pues ¿qué pasa?, que a la hora de hacer una excursión, a la hora de hacer una reunión, a la hora de vernos en una comida que se haya organizado, tal, pues todos nos conocemos, no todos tenemos amistad, pero por lo menos nos conocemos porque hemos vivido durante muchos años bajo el mismo techo. (...) nos reunimos entre nosotros, cualquier conversación que surja, pues todos tenemos el hilo de lo que es esa conversación porque es una relación mantenida durante muchos años y bajo el mismo techo” (GD1:4-5)

Hemos percibido una posible tendencia de los hombres a relacionarse algo menos con la familia, en comparación con las mujeres trabajadoras y las amas de casa. Parece que mantienen mientras pueden más relaciones intrageneracionales, con gente de sus edades (perteneciente al Hogar u otros grupos de amigos). Piensan que así son vistos como "carrozas" por los más jóvenes y prefieren las relaciones con sus iguales; no sienten tanto apego a la familia y al mismo tiempo, tampoco se sienten tan "atados" u obligados como las mujeres a atenderles y a permanecer, por ende, en el hogar.

Ya hemos visto como la influencia de la andadura laboral que se ha vivido es decisiva. En cualquier caso, lo que está claro es que el trabajo remunerado proporciona la oportunidad de relacionarse con personas ajenas al núcleo familiar y este hecho ha sido señalado como una de las principales funciones que, desde el punto de vista psicosocial, cumple el empleo (Jahoda, 1987; Torregrosa, Bergère y Alvaro, 1989; Offe, 1992; Garrido, 1992; Serrano, 1995; E. Agulló, 1996; Crespo et al, 1998, entre otros ya citados). No obstante, las relaciones sociales que se mantienen en el lugar de trabajo son heterogéneas y es bastante probable que tanto la pérdida de las mismas como las consecuencias psico-sociológicas que podrían derivarse de dicha pérdida, dependan, en gran medida, del tipo de relación que se haya mantenido. En muchos casos tan sólo se constituían como *sociogrupos* (término tomado de la sociometría y dinámica de grupos), es decir, cimentada sobre relaciones instrumentales, para realizar alguna tarea. Pero en otra se constituían como *psicogrupo*, es decir, en virtud de relaciones afectivas, de la simpatía entre los miembros. La mayor parte de las veces en el contexto laboral un mismo grupo (departamento) puede constituirse tanto en *sociogrupo* como en *psicogrupo* al mismo tiempo. Es entonces cuando más se echarán en falta las relaciones laborales.

Las relaciones sociales que la persona mantiene en el lugar de trabajo pueden clasificarse, según Argyle (1992) en cuatro tipos, según el grado de proximidad que impliquen. Un primer tipo de relación es aquella en la que se establece una amistad que trasciende el ámbito laboral. Este tipo de relación se caracteriza por el alto grado de apoyo social prestado dentro del trabajo y por las actividades extralaborales que se comparten. En un segundo grupo se encuentran aquellas relaciones en las que el apoyo y la cooperación entre los compañeros de trabajo sólo se manifiesta en el contexto laboral. En tercer lugar, se sitúan aquellas en las que, a pesar de que no se establecen vínculos afectivos y de apoyo, predomina un sentimiento de cordialidad en el trabajo. Por último, estarían aquellas relaciones en las que el rasgo definidor es el conflicto y la falta de apoyo. De nuevo, con esta clasificación podemos intuir que según se haya tratado de un tipo u otro de relación al jubilarse se echarán o no en falta las mismas²⁸.

La disminución del contacto con los/as compañeros/as de trabajo no parece tener, sin embargo, una sensación de pérdida tan acusada para las personas jubiladas de estatus socioeconómico medio-alto. En algunos casos, ello es debido a que se mantiene, de una forma u otra, el contacto con ellos, en clubs privados, asociaciones o en colegios profesionales, por ejemplo. A este nivel podemos citar agrupaciones de Jubilados según la profesión o sector de

²⁸ Por ejemplo, en el estudio mencionado de Agulló y Garrido (1996), llama la atención que algunos/as de los/as entrevistados/as de estatus medio-bajo, sienten "pena" por sus antiguos compañeros de trabajo que aún no han podido jubilarse y tienen que estar soportando las pésimas condiciones de trabajo. Esto se relaciona con el significado instrumental hacia el trabajo, y la poca satisfacción que tenían hacia el mismo (véase capítulo 7), incluidas las relaciones con sus colegas de profesión.

trabajo (*Agrupación de Jubilados de Enfermería, Asociación Nacional de Veterinarios Jubilados, Asociación de Pensionistas de la CAM, Colegio Libre de Eméritos, Hermandad de Pensionistas del Ministerio de Comercio, Economía y Hacienda, etc.*), *Hermandad de Veteranos, viudas y Huérfanos de las Fuerzas Armadas, SECOT*, etc. Sin embargo, la tónica común es que **el hueco de los compañeros de trabajo es “sustituido” por relaciones familiares o relaciones amicales** más cercanas.

Esta posibilidad de asociación con los ex-compañeros de trabajo aún resulta más infrecuente e improbable en los/as mayores de estatus medio-bajo que no tienen tantas posibilidades de organización y encuentro relacionadas con sus profesiones más desprestigiadas y con poco nivel de asociación más allá del trabajo. En algunas ocasiones el hecho de que se vuelva a ver a los compañeros, o a visitar la empresa, puede ser desilusionante según algunos estudios (Kalish, 1991:168), pues el jubilado puede percibir que su lugar ha sido sustituido por otra persona, tienen otro estilo, otras normas, nuevos roles y ello puede incomodar al ex-trabajador que, en muchos casos, opta por desvincularse y no querer mantener el contacto.

La pérdida o disminución del contacto con las personas del ámbito laboral no llega, sin embargo, a afectar al bienestar de las personas jubiladas. Ello es debido, probablemente, a que son las relaciones con la familia y con los/as amigos/as, -que, como hemos visto, se mantienen en nivel bastante satisfactorio- las que contribuyen a cubrir ese posible "hueco social" y ayuda a aumentar el bienestar psico-social de las personas. De cualquier manera, hemos de mencionar que a la “pérdida de relaciones laborales” en esta etapa se añade la dificultad de generación de nuevas relaciones, ya apuntada en el apartado 9.5.3.1. Los contenidos discursivos de los mayores son coincidentes en alabar el mantenimiento de relaciones, pero también reconocen que en estas edades es más difícil hacer amistades, hacer “nuevas relaciones”. Por eso prefieren el entorno donde siempre han vivido o mantener las relaciones pasadas (en el caso de los hombres las laborales) en la medida de lo posible.

“Para la vejez ¿conocer caras nuevas?...” (GD8:16)

“...te vas a un sitio que no conoces y, en esas edades no es fácil empezar a hacer amistades, cuando uno es joven sí, en cualquier sitio y con cualquiera te juntas... pero ya así, mayores no, no lo veo yo... (...) porque cogemos manías en muchas cosas... (...) esperándote y tú, ¿qué? sin embargo, cuando sois jóvenes esperas el momento de escapar, y te vas y no pasa nada...” (EM11:7)

“...salir solo no le compensa a uno; no tiene uno amistades para salir con uno y con otro... Y luego después que cada uno es de una condición, de una forma de ser (...) es mejor ir cada uno a su aire...” (EM15:4)

Varios estudios son los que confirman la no generación de relaciones nuevas en estas edades (Cano, 1990:147 y ss.; Salvadó, 1996:477, entre otros). A veces ni siquiera se conservan las que se tenían antes (las laborales). Muchos expertos recuerdan que las situaciones nuevas (relaciones, cambio de vivienda, etc.) producen inseguridad e intranquilidad a los mayores (Sánchez Hidalgo y Allende, 1975:154), por lo que se acentúa la reducción de actividades exploratorias y nuevas que en otras edades pueden ser más numerosas. En muchos casos se da un proceso de recogimiento (recordemos la tesis básica de la *teoría del Disengagement*, de Cumming y Henry, 1961; Henry, 1964), más o menos amplio hacia la privacidad y hacia los ámbitos más inmediatos, tanto espaciales (el propio hogar, la escalera-rellano, el barrio) como relacionales (familiares y vecinos). Se trata de un aislamiento territorial, voluntario o forzoso, pero aislamiento (a veces este deriva en aislamiento cultural y relacional), sobre todo en las grandes urbes.

En fin, las relaciones familiares son frecuentes pero no lo son tanto las extrafamiliares que no cruzan el umbral del vecindario o de algunos amigos más íntimos. Las nuevas relaciones y los ex-compañeros de trabajo no suelen hacer cuajar en la gente mayor, aunque también los jóvenes y adultos se centran en su familia, grupo de amigos y compañeros trabajo/estudio, siendo el asociacionismo también muy bajo.

9.5.3.4. Actividades sociales organizadas: una participación en auge.

El epígrafe 9.3.2.3. versaba sobre la participación de los mayores a un nivel de mayor implicación y compromiso. Sin embargo, ahora desarrollamos las actividades e interacciones más esporádicas, informales, pero eso sí, en el ámbito social extrafamiliar de organizaciones o asociaciones²⁹. Aunque comparten el mismo contexto, aquella era una “participación” con todo el sentido de la palabra; ésta, sin embargo, puede definirse como interacción y asistencia “cuasi pasiva”, menos implicada, puntual y menos formalizada.

Es preciso aludir de nuevo al estudio del catedrático de sociología Gregorio Rodríguez que hace un pormenorizado análisis de la participación social de los mayores. Nos ofrece una reflexión teórico-conceptual del asociacionismo de mayores en relación a los discursos extraídos de su estudio. Desde esta aproximación teórica (pp.35-48), nos introduce en los distintos campos, mediaciones, articulaciones y tipos asociativos básicos (véanse cuadro y esquema en Rodríguez, 1997: 49 y 51-52). En los 4 campos que expone se incluyen distintos tipos asociativos básicos:

- 1) Campo marginal preasociativo: endogrupo asilar, endogrupo familista, endogrupo comunalista
- 2) Campo protoasociativo: grupalismo lúdico, grupalismo convivencial, grupalismo instructivo
- 3) Campo asociativo promocionista: asociacionismo reivindicativo, a. educativo y a. cultural.
- 4) Campo asociativo personalización altruista: asociac. mutualista, a. solidario, a. sociopolítico.

A través de estos esquemas explicativos analiza los discursos de los mayores respecto al asociacionismo (op. cit. 35-106). Si nos fijamos, las dos primeras formas de “asociarse” es la participación que en este apartado tratamos como más espontánea. Los dos segundo tipos de asociacionismo ya fueron tratados, en el caso de algunos mayores de nuestro estudio, en el apartado 9.3.2.3. Además, siguiendo a este autor, la participación social no sólo depende del marco posibilitador y de la oferta existente, sino de las trayectorias vitales, de la clase y del género (op. cit. 106-115). De entre todos los análisis destaca la participación en auge, aunque aún determinada, de las mujeres mayores; la participación exclusiva de las clases altas; la no asociación de los de menor estatus, y la tendencia asociativa de los mayores de estratos medios.

Aunque desde nuestro estudio no podemos confirmar, tal como hace el autor en su exhaustivo estudio, las pautas más concretas de asociacionismo (recordemos que no era nuestro objeto de estudio), sí coincidimos en las tendencias más generales ya comentadas. Todas las actividades citadas hasta ahora pueden realizarse tanto en el ámbito familiar o con amigos; o bien en un ámbito más social, extrafamiliar (comunitario, barrio, Hogares o Clubes, asociaciones). En este ámbito asociativo, como veremos, se repiten algunas actividades que ya hemos tratado en apartados precedentes. Se ha mencionado que las actividades realizadas a nivel grupal generan efectos beneficiosos: fomentan las relaciones, satisfacen la necesidad básica de asociación, pueden ser fuente de identidad y equilibrio personal, fomentan la identificación social, elevan la comunicación y disminuyen el aislamiento/soledad, son fuente de desarrollo y solidaridad social. Si todo ello lo reportaba el trabajo anterior, ahora los distintos grupos sociales que pueden promocionar estos beneficios psico-sociales son: los grupos de relación, grupos familiares, asociaciones, clubes, casinos, Hogares³⁰, centros recreativos, peñas, tertulias, grupos para juegos

²⁹ Obviamente, sólo el tratamiento del nivel de participación en organizaciones y asociaciones de mayores podría constituir (y constituye, véase por ejemplo el estudio de Rodríguez Cabrero, 1997) un tema amplio de investigación aún falto de más estudio y reflexiones. Aquí, sólo se avanzan unas pinceladas al respecto asentadas sobre los relatos de los mayores de nuestro estudio y de otras aportaciones.

³⁰ Llama la atención los diferentes nombres con los que se denomina a estos centros: *Centro de la Tercera Edad*, *Hogar del Jubilado*, *Hogar del Pensionista*, *Centro Social para mayores*, *Salón de los Ancianos*, *Casa de la Tercera Edad*, etc. Esto nos recuerda los múltiples términos empleados para definir a los mayores, punto ya tratado en el capítulo 1. Hemos de recordar que no deben confundirse estos centros

de salón, grupos para intercambio de información o discusión, etc. Aparentemente parece que no hay asociaciones de mayores pero no es así la realidad. El problema puede estar en la poca presencia social o el "poco ruido" y alcance -presencia emergente, pero que aún no ha alcanzado entidad social suficiente-, que consiguen sus opiniones y actividades. Cabe señalar también la casi total ausencia de estudios y análisis sobre el funcionamiento de las asociaciones de mayores lo que es indicativo de su carácter incipiente. A pesar de esta ausencia, disponemos de la Guía Directorio de Asociaciones de Personas Mayores en España elaborada por el INSERSO (1996) y en la que se refleja la actividad de 2.899 asociaciones de mayores³¹. Aunque las actividades de las asociaciones son de diverso carácter, se puede establecer una tipología de organizaciones, siguiendo al INSERSO (ib., 16-17), según las actividades que realizan. Las organizaciones son, por orden de mayor a menor presencia:

- 1) Asociaciones de ocio (actividades recreativas, deportivas, viajes, talleres, etc.),
- 2) A. de carácter cultural (actividades formativas y culturales: museos, cursos, exposiciones, etc. Se relacionan con Universidades y otras entidades culturales),
- 3) Federaciones de asociaciones (actúan como intermediarios con los poderes públicos),
- 4) A. profesionales (profesionales jubilados para auto-ayudarse a través de actividades variadas. Suelen estar apoyadas por colegios profesionales),
- 5) A. vinculadas a sindicatos (defensa del pensionista en todos sus aspectos, pero principalmente de sus pensiones y prestaciones sociales), y
- 6) A. prestadoras de servicios profesionales a grupos sociales diversos (profesionales jubilados o pre-jubilados que aportan sus conocimientos y experiencia de modo gratuito y voluntario)³².

Los datos del estudio del INSERSO que estamos siguiendo indican que hay una asociación de mayores inscrita por cada 1.274 personas mayores de 60 años, que comparado con el índice general de densidad asociativa de la población española (una asociación por cada 261,9 habitantes) podemos afirmar que es muy inferior. Otro dato relevante es que el 30,15% de las asociaciones se hallan en capitales de provincia y el resto en otras poblaciones, aunque en Madrid ocurre lo contrario: el 60,73% se hallan en el área metropolitana (ibidem, pág. 19-22). Pero aún es más significativo el número de mayores asociados que representan el 12,4% sobre la población total de mayores de 60 años (de los 8.204.029 de mayores de 60 años sólo 1.019.057 pertenecen a alguna asociación de mayores).

Según Bazo (1990:110), el asociacionismo de mayores es muy bajo: sólo un 14% dicen haber acudido en la última semana a reuniones de asociaciones de mayores (aunque es mayor que el asociacionismo religioso y político, 12 y 2% respectivamente). Esta escasa asistencia, como vemos, es una característica observada en varios estudios, no sólo en España (Kutner, 1956; Harris, 1975; Bazo, 1990; INSERSO, 1996). De todas maneras, esta baja participación en asociaciones no resulta tan extrema si se compara con el nivel de asociacionismo de la población general y si se tuviera en cuenta que muchos de los mayores están asociados, pero no a asociaciones de mayores sino de todas las edades y de otra índole (culturales, religiosas, p.e.) Recordemos la cautela que hay que aplicar al leer un porcentaje, cifra o discurso: siempre hay varios puntos de mira para interpretarlos.

(más orientados a actividades socio-culturales) con los "Centros de Día", Hospitales de Día, o Residencias cuyos servicios son de carácter socio-sanitario y se ofrece otro tipo de atención.

³¹ Según datos del Registro de Asociaciones del Ministerio del Interior hay 6.438 asociaciones de mayores inscritas, pero éstas se reducen a 2.889 porque son las que respondieron al cuestionario enviado por el INSERSO, tenían los datos completos y apuntaban una actividad regular. El cuestionario que se aplicó pedía la siguiente información: datos de identificación, recursos y población objeto de su acción, actividades realizadas, servicios prestados, programas ejecutados, gestión de Centros de atención a mayores, actividades de información y difusión y participación.

³² La mayor parte de asociaciones se denominan con el concepto de "asociación" (68,4%) pero otras se identifican con estos términos: club (10%), hogar (6%), centro (2,15%) y otros (13,3%, incluidas términos en otros dialectos: *llar* en Catalán o *nagusien* en Vasco) (INSERSO, ib. 17-18).

Siguiendo el estudio del INSERSO citado, en números absolutos Cataluña (137.968) y el País Vasco (134.137) tiene mayor número de asociados mayores. Pero son Navarra, La Rioja y el País Vasco, las CC.AA. que tienen mayor población de mayores representada en las asociaciones (36,5%, 32,2% y 30,6%, respectivamente). Generalmente, el 80% de las asociaciones manifiestan tener un número de socios inferior a 500, lo que indica que se trata de asociaciones de ámbito local y de pequeño tamaño (ibidem, pág. 36 y ss.). A pesar de la baja participación, de todos modos, se vislumbra una presencia social, política y económica cada vez más relevante cuantitativa y cualitativamente en los países más avanzados a nivel socio-económico, en concreto en España desde la Ley de Asociaciones de 1964 y desde la aprobación de la Constitución. Pero la gran eclosión se percibe desde finales de los años 80 (64,9% creadas desde 1986 a 1995)³³. Para conocer la evolución de este asociacionismo en nuestro país, datos concretos de las asociaciones (asociados por CC.AA., financiación, cuotas, actividades, servicios, etc.) y demás información debe consultarse el estudio citado del INSERSO (1996), pero queremos remarcar la necesidad de un análisis cualitativo de las actitudes, significados, profundidad y alcance psicosocial del asociacionismo de/para los mayores. Otra crítica que podríamos hacer sobre este estudio es el no haber contemplado (ya en el propio cuestionario, véase págs. 94-97) la población asociada por género y por edades por ejemplo, lo cual nos impide tener esta información que podría ser muy relevante.

A nivel internacional, hemos de decir que las asociaciones más reivindicativas de mayores se originan en EE.UU., pues las de carácter asistencial empezaron a aflorar antes en Europa. La asociación "Panteras Grises" (*Gray Panthers*, creada en 1971), se opone a la jubilación obligatoria y quiere reformar los sistemas de pensiones; además preconiza la coalición de jóvenes y viejos y el empleo de métodos militantes (Alba, 1992:190)³⁴. Siguiendo en este plano, destacamos la *International Senior Citizens Association*, la *Association pour le Défense des Personnes Agées* en Francia y el *Centre International de Gerontologie Sociale*, ubicada su sede central en París. También destacamos la EURAG (Federación europea para el Bienestar de las personas ancianas) en Suiza, la ASEC (*Association de seniors de l'Europe Communautaire*), la FIAPA (Federación Internacional de Asociaciones de Mayores), la Red Europea sobre la marginación de personas mayores en núcleos urbanos, AVISMUNDI (con sede en Barcelona) y la AARP (*American Association of Retired Persons*), que según información de Ignacio Martínez (sociólogo de UDP), cuenta con nada menos que 18.000.000 de personas afiliadas.

En España, probablemente la primera fue el *Sindicat de vells de Catalunya* (creado en 1936) y desaparecido tras la Guerra Civil (Alba, 1992). Otras asociaciones en nuestro contexto español pueden ser: la UDP (Unión Democrática de Pensionistas y Jubilados de España), la CEAM (Confederación Española de Asociaciones de mayores), el CONAMA (Consejo Nacional de Mayores) similar a los "panteras grises" en España, CEM (Consejo Español de Mayores). También federaciones y asociaciones de ámbito autonómico, como por ejemplo la FATEC (Federación de Asociaciones de Tercera Edad de Catalunya que incluye 473 asociaciones de mayores), la FOAM en Andalucía con 358 asociaciones, entre otras³⁵.

³³ La evolución de las asociaciones, según los años de su fundación, es: el 2% son anteriores a 1975, el 6,5% creadas de 1976 a 1980, el 19% de 1981 a 1985, el 30,7% de 1986, el 34,2% después de 1990 (hasta 1995, fecha del estudio), y 7,6% NC (véase INSERSO, 1996:87).

³⁴ Para un mayor conocimiento del Asociacionismo de Mayores consúltense los siguientes documentos: II Congreso Nacional de Organizaciones de Mayores (realizado en 1995), III Congreso Nacional de Organizaciones de Mayores (Fundación Maphre y Fundación Independiente, 1998), el citado INSERSO (1996), principalmente en España. Véase bibliografía.

³⁵ Con objetivos más concretos en la defensa de los mayores en España tiene una presencia media la ACOTE (Asociación para la cultura y el ocio de la Tercera Edad), la CEATE (Confederación Española de Aulas de Tercera Edad), la FENIMA (Federación Nacional e Internacional de asociaciones para la cultura y tiempo libre de los mayores), o prestadoras de servicios profesionales, como por ejemplo SECOT o CONEX (Fondo de CONocimiento y EXperiencia). En el ámbito laboral, los departamentos de los sindicatos dedicados a la defensa de los trabajadores mayores (UGT y CC.OO.) y las asociaciones profesionales de mayores, etc.

Podemos anticipar que muchos mayores están muy activos e implicados socialmente (alguno en GD1, en GD3, en GD2, EM8, EM4), pero estos no son la mayoría. El pertenecer a asociaciones, como hemos visto, no llega siquiera al 13%, pero la participación -algo más que la pertenencia-, aún es menor. En las fichas hemos observado un alto nivel de pertenencia a asociaciones pero de los discursos se extrae un bajo nivel participativo general (participación puntual, fiestas, folklore, religiosidad, ritos, p.e.). No se debe confundir estos distintos tipos de participación. En nuestro estudio, encontramos, siguiendo la terminología de Rodríguez Cabrero (1997:169) distintos tipos de entidades según el significado de la participación:

- Asociaciones “reivindicativas” (defensa derechos del mayor). Por ejemplo, 2 participantes del GD3 pertenecientes al departamento de mayores de CC.OO.

- Asociaciones “expresivas” (relación social, ocio, fomento integración). Como integración social podemos citar: asociación empresa donde trabajaban o relacionado con profesión anterior (GD1, CASA y jubilado de la EM1819). En cuanto a ocio: asociaciones folklóricas (GD7, GD10, GD2, GD9), religiosas (GD1, GD7, GD3, GD9, GD10, EM4, EM8), deportivas (GD8, GD6), o clubes sociales privados (GD8, GD5).

- Asociaciones “utilitarias” (servicios para el mayor). Sólo asistencia, como “perceptores”, actividades más pasivas pero en Hogares, p.e. Este tipo de participación, más bien asistencia, es común en nuestro estudio (GD1, GD3, GD2, GD4, EM20, p.e.) y mayoritario según otras investigaciones. Destaca esta participación en los mayores de nivel medio y bajo, y de forma más acusada en jubilados que en mujeres mayores.

- Asociaciones “normativas o cívicas” (compromiso con la cultura, necesitados y sociedad general). Requiere más implicación (GD1, GD3, GD2, EM8). Hemos observado esta participación en ámbitos intermedio, rural o urbano, más que en grandes ciudades (véase apartado 9.3.2.3. y datos citados). En fin, las estructuras discursivas de los mayores están en la línea de lo comentado: pertenencia elevada, pero poca participación, y si cabe, se trata de una asistencia puntual e interesada:

“- Yo, a las Amas de casa.

- Yo también.

- Yo, a los Jubilados, pero no voy casi ¿eh? cuando hacen algún viaje o excursión...

- Yo también.

- Yo no soy de nada.” (GD9:6)

Veamos a continuación algunos contenidos discursivos relativos a las actividades e interacciones en estos contextos. Nos referiremos a los siguientes ámbitos, por ser los que los mayores de nuestro estudio mencionan con mayor énfasis y relevancia: a) Hogares o Centros de mayores, b) Ambito parroquial y c) Otras asociaciones/organizaciones.

a) Hogares o Centros de mayores.

Aunque nuestro objetivo tampoco era analizar el funcionamiento de estos espacios, que requeriría de otras investigaciones, trataremos brevemente sus actividades en cuanto que forma parte del discurso y ocupa un tiempo determinado en algunos mayores de nuestro estudio. Hay que remarcar que dentro de las prestaciones que se ofrecen a los mayores en relación con el ocio, los Hogares (23%) y las vacaciones organizadas (16%) son los más utilizados, aunque para el caso de los Hogares observemos como apenas la cuarta parte de los mayores lo han utilizado alguna vez (CIRES, 1992). La revista *Sesenta y más* (nº 38, INSERSO, 1996:35) también confirma que los servicios más utilizados y conocidos son, por este orden, los Hogares, viajes vacacionales y reducción de tarifas.

Hemos de recalcar que los mayores que acuden a estos lugares son una pequeña parte, y además tienen características determinadas. Según el CIS (INSERSO,1995:104-105) son varones y con un nivel de autonomía elevado. Del 30% que acuden a estos

espacios el 42% son hombres y el 23% mujeres. Por edades, el mayor uso de estos centros está en los mayores “más jóvenes” entre 65 y 69 años. Pero las opiniones, desde los mayores de nuestro estudio, son divergentes. En el estudio de Agulló y Garrido (1996), ya percibimos que entre las personas de clase media-alta, la asistencia a estos centros públicos - generalmente- era muy poco frecuente. Estos espacios están asociados a la vejez y ésta no suele tener connotaciones positivas. Hay algunas personas de estatus medio-alto que expresan una opinión claramente negativa de los Centros de la Tercera de Edad y de las actividades organizadas para las personas jubiladas.

En nuestro estudio, los mayores de niveles favorecidos también emiten un discurso de rechazo, percibiendo estos espacios como “ghettos”, lugares de reclusión, que arrinconan a los mayores del resto de la población y ofrecen actividades que tampoco les atraen. También muestran un rechazo hacia las **actividades organizadas**. Las actividades que se ofrecen desde los Hogares (viajes, fiestas, bailes, etc.) no les gustan, pero reconocen que algunos si que acuden “aunque sea a tomar algo, a leer la prensa, por pasar el rato...”. Prefieren, como vimos, sus **actividades de ocio particulares y “elegidas”**. El rechazo hacia estos espacios y actividades aún llama más la atención si nos fijamos en que muchos los critican de manera infundada, no argumentada, porque ni siquiera han estado nunca en ninguno de estos lugares. La aceptación es mayor por parte de los mayores de estratos medios y bajos.

“...lo odio cordialmente, yo de la tercera edad no quiero saber nada... Es que además es todo mentira, que es un camelo...” (GD5:5-6)

- Bueno, yo, de momento digo lo que no están bien ¿cómo se llaman los sitios que son para viejos?

- E.- HOGARES, HOGARES

- Los hogares...

(...)- Yo no he pisado en mi vida un hogar de esos y lo veo absurdo y fuera de lugar...

- Es multiplicar por cien un mismo problema...() si en un hogar de viejos hay ahí cien personas con un problema determinado, lo que hacen allí es contarse sus penas y... y...

(...)- Eso es una política de gueto... Viajes para la tercera edad, hogares para la tercera edad...

(...)- (...) todo el mundo tiene sus deficiencias, tiene sus.. sus limitaciones, ¡pero claro!, si tú los limitas todavía más, como dice él, los metes en un gueto, pues entonces es peor...” (GD5:23)

“ (...) - En las guarderías esas o los hogares esos (...) no hay quien entre, mal acondicionados...”

- Pero la verdad es que no he ido nunca...

- Mal... no hay nada...” (GD5:28-29 y ver GD3:21-22: “...es que los hogares del pensionista está pensado para lo mismo, para que la gente no proteste ó ver GD10:20)

Junto a una elevada valoración de las relaciones intergeneracionales, muestran una demanda de espacio propio (adecuado y elegido por ellos) y también de relaciones intrageneracionales, entre sus iguales.

“- Ahora, para muchas personas es un avío tremendo... tanto en unas circunstancias como otras. Tu en un... en un pueblo... concretamente en un pueblo, o en un barrio, quitas el hogar de jubilados y estás haciendo un daño a mucha gente, a mucha gente, que entre otras cosas no tienen el mismo criterio que tú, lo de gueto, que van a jugar, a reunirse con sus amigos, a contarse sus batallitas, ¡pues muy bien!, (...)

- Sí, pero dale una alternativa...” ()

(...)- Claro, no es el Hogar... Es una idea que ha tenido la Asociación de Vecinos de allí...

- ... para que vaya todo el mundo...

(...)- Sí, sí, sí, porque el joven, desde luego, al hogar del jubilado...

- No, al hogar del jubilado no entra. (...)

- Claro, el problema viene porque es una sociedad vieja con estructura de jóvenes...” (GD5:23-24)

Hemos observado como algunos no acuden a estos viajes organizados por “miedo” y por no conocer a nadie, por ausencia de relaciones sociales. De nuevo resurge la relevancia del

entorno relacional sobre las actividades. En relación a las actividades “organizadas para” mayores muchos comentan “irónicamente” la intencionalidad malévola de las mismas: muchos han tenido un mismo comentario sobre los viajes colectivos como “una confabulación para cargarse a los viejos porque somos muchos” (GD5:5, EM15:6-7, EE2:14, p.e.).

“...¿y con quién voy si no conozco a nadie ni tengo trato con nadie así de...? (...) ...oye uno tantas cosas raras por ahí de que si el autocar con los la tercera edad ha tenido un accidente, de que si esto, de que si lo otro, que si ha tenido una amistad y lo ha metido en casa como a un vecino de aquí que lo robaron un ladrón y todas esas cosas y te da miedo de todo, de tener amistades y de salir y de todo. O sea, que no...(...) no soy yo partidario de todas estas cosas, de salir con extraños por ahí y andar por ahí de eso...” (EM15:6-7)
“...eso está planificado ¿eh? eso... los viajes, las fiestas, eso es para cargarse a los viejos (Rien. Hablan al unísono). ¡para las pensiones!. Ahora los llevan al... con una solanera, un calor, a la 1 a la Alcazaba, luego dos copas de coñac, el baile, pum, pum, pum, y caen como chinches...” (GD5:5)

Sin embargo, otros aceptan estos espacios y acuden a los mismos con asiduidad. Pero muchos son los que “pertenecen” a los hogares, están apuntados y pagan la cuota, (EM6, p.e.) pero no asisten sea porque no les gusta o por las distancias que hay que recorrer para ir a ellos; esto último sobre todo en las grandes ciudades³⁶. Tal como ya apuntábamos, y a tenor también de otros estudios, la asistencia es mayor por parte de hombres, estatus medio o bajo, hábitats urbanos o intermedios. Las mayores que acuden suele ser porque tienen pocas relaciones familiares, están solas o porque van con amigas (p.e. algunas del GD2). Algunas hemos observado que se refugian en el “Hogar” huyendo del “hogar propio”, o en la parroquia u otra asociación (p.e. jubilada GD3, ó EM4). El nuevo “Hogar” o espacio al que acuden, al menos, no es tan cerrado, se les tiene más consideración, están algo más activas, haciendo algo más que tareas domésticas... El sentido que dan a las actividades de ir al Hogar es distinto al de los hombres: los hombres tienden a ir porque no saben qué hacer, por aburrimiento, por llenar el tiempo y huir del espacio privado. Las mujeres que suelen acudir a estos centros puede ser debido a que están más solas en casa, no porque no sepan qué hacer y como pasatiempo, sino por encontrar compañía, huyendo de la soledad. Los discursos y significados son bien distintos. Pero la tónica común es poca asistencia y, menos aún, participación. Parece que se vislumbra un discurso algo más esperanzador y positivo en aquellas que tienen algunas actividades “de puertas afuera”. No son las mujeres las que más asisten a estos lugares, pero parece que las que van se muestran satisfechas.

En fin, los discursos más positivos respecto a los Hogares alaban los servicios y oportunidades que allí encuentran: ambiente agradable, relaciones con gente de su edad (conversar, tomar algo, jugar a cartas, etc.), comida-bebida económica, servicios de peluquería, podología, viajes organizados económicos, etc. Por tanto, el significado que se otorga a las actividades de estos espacios suele ser de “practicidad”, por comodidad y por la amplia oferta de servicios -generalmente, más económicos-. De nuevo la faceta de “receptores” de servicios y actividades parece que predomina sobre la faz más expresiva y organizativa que los mayores podrían aportar en estos lugares y en cualquier espacio público (véase Agulló y Garrido 1998c -sobre el estudio citado de 1996-, donde se desarrollaron las actitudes de los mayores hacia algunas prestaciones sociales).

La dedicación a algunas actividades tras la jubilación, como venimos comprobando, resulta ser uno de los motivos para una mejor adaptación a este nuevo período de “no trabajo”. Si además de invertir el mayor tiempo libre en otras actividades éstas van acompañadas de un aumento en las relaciones sociales (como ocurre en estos Hogares) esto suele ser señal de una

³⁶ Veamos los discursos del matrimonio entrevistado (EM1314) que pertenece al Hogar del Pensionista de Francisco Silvela y al de Chamartín, pero sin embargo no acuden y no salen más por no encontrarse cerca de su domicilio. Sin embargo, reconocen que en ciudades intermedias (cuando visitan a sus hijos) se hace más cómodo el trasladarse y, por ende, relacionarse y salir de casa.

vivencia de la jubilación positiva. De nuevo, resaltemos la posibilidad de encuentro intrageneracional, de reunirse con el grupo de “pares”, y su importancia no sólo para la necesaria re-construcción de la identidad tras la jubilación sino para una mejor calidad de vida que puede ir de la mano de un entorno saludable y de la identificación con el grupo de iguales (ver p.e. EM12:6: “...son conocidos...cantan y bailan...(se llaman) “los Artríticos Reunidos”... son mayores pero majos...).

Por tanto, encontramos dos formas de asistir a Hogar: una más implicada (organizando actividades, p.e., véase apartado 9.3.2.3.), o de forma “receptora” de servicios y actividades (jugar a cartas, pasar el rato, conversar...). Esta última más pasiva es la habitual. El hogar es percibido como pasatiempo-entretenimiento o como espacio donde uno puede desempeñar alguna actividad relevante y con sentido de autorrealización personal y social. Pero otro punto criticable de estos espacios es la falta de actividades y servicios que ofertan, por ejemplo cursos atractivos para los mayores. Pero muchas veces esta crítica también es infundada porque no llegan a un acuerdo sobre si falta oferta de recursos o en realidad es que están desinformados, desincentivados y tienen opiniones basadas sobre prejuicios más que sobre un conocimiento certero de los mismos.

“H.- (...) para los mayores no es, no hay oportunidades tampoco... A mí me hubiese gustado cuando me jubilé, con 61 años, aprender inglés y aprender informática (H.- Pero si hay en los Hogares), ¡no lo hay!

H.- ¿Qué no? pues el otro día recibí una carta y...

H.- Pues yo no he recibido nada y estoy en el Hogar de la Comunidad de Madrid, en el de la Caja de Ahorros, y ¡no hay nada de eso!

H.- Pues yo recibí el otro día... con una serie y una cantidad de cosas, y de oficios... que había de todo ¡de todo!. Yo no sé si era carta del ayuntamiento, pero había de aprendizaje para todo...

H.- Seguro que en la Casa de la Juventud si hay...

H.- Que no, que acércate al Hogar de La Luna, y allí lo hay, hay de todo.

(...)H.- Y hay de todo. Yo tengo un amiguete que está estudiando un poco de imprenta...” (GD4:7-8)

b) Ambito parroquial

Al igual que observamos dos tipos de participación en los Hogares, aquí al menos se perciben dos significados en cuanto a las prácticas en el ámbito parroquial: 1) como “oyente”, asistente o participante pasivo de las misas y demás celebraciones; 2) o bien, como participante con una mayor colaboración e implicación. Esta última participación ya ha sido tratada. Ahora vemos la interacción y actividad “menos continuada” pero más generalizada y “representativa” de los mayores en este ámbito.

Se trata de actividades de carácter más *ritualista, espiritual y/o religiosas*. Recordemos la definición de religión de Durkheim (1912/1987:42), “es un sistema solidario de creencias y prácticas relativas a las cosas sagradas (...), creencias y prácticas que unen en una misma comunidad moral, llamada Iglesia, a todos aquellos que se adhieren a ella”. A pesar de la tendencia a la secularización de los últimos años, la religión sigue desempeñando una función psico-sociológica relevante, sobre todo para los mayores cuya socialización y educación fue determinada por el predominio católico. La religión hoy tiene un carácter menos oficial, más “a la carta”, pero sigue cumpliendo otras funciones, como por ejemplo: ayuda a paliar la soledad; genera redes sociales de interacción, aporta cohesión y disminuye el conflicto social (función integradora); ayuda a obtener mayor comprensión de los acontecimientos e interrogantes vitales (ante la muerte, p.e.); aporta una guía de valores para vivir en sociedad, etc. Tomando las ideas de distintos estudiosos (Weber, 1921/83; Luckmann, 1963; Matthes, 1971; Berger, 1971; FOESSA, 1976; Mardones, 1985; Díaz Salazar 1989; Orizo, 1983; CIS, 1984; E. Agulló, 1994) destacamos, para nuestro caso, la función *integradora*, función *legitimadora* del orden social y función de *socialización* que la religión aporta. En todas las personas, y en los mayores aún más,

se percibe esa necesidad de trascender, de creer, de comprender y explicar el mundo, que puede encontrarse en una u otra religión.

Aunque no existen muchos estudios sobre la religiosidad de los mayores, sí se puede avanzar que las funciones anteriormente enunciadas, de uno u otro modo, pueden entresacarse de los discursos de los mayores. La religión puede analizarse desde sus manifestaciones y ritos (cuantificables, denominado “religiosidad o prácticas”) o desde las creencias e ideas (difícil de medir, actitudes, valores, nivel más subjetivo). No reparar en esta diferencia supone desconocer lo básico del fenómeno religioso tan complejo de analizar. Setién (1993:369) señala cuatro dimensiones (que incluyen 13 indicadores) para el análisis de la religión: identificación religiosa de la población, creencias religiosas, prácticas religiosas, actitud hacia la Iglesia Católica. La mayor parte de los estudios de Sociología de la Religión han centrado su atención en la cuantificación de la prácticas y asistencia a ritos olvidando, así, el enfoque cualitativo y el significado y valoración hacia los mismos. No se trata de medir ni cuantificar, pero si realizaremos un rápido acercamiento a algunas manifestaciones religiosas, mejor dicho al significado que le otorgan, porque han ocupado (y ocupan) buena parte de su tiempo discursivo y vital.

Según Bazo (1989:136), el 12% acude todos o casi todos los días a la iglesia. Pero siguiendo a la misma investigadora, las variables ocupación, origen y sexo tienen más poder explicativo que la edad en sí. Si bien con el aumento de la edad la religiosidad asciende, se produce un descenso en edades muy avanzadas debido al nivel de salud y dependencia creciente de los mayores (Blazer y Palmore, 1976; en Bazo, 1990:138). En virtud de varias consultas y observaciones se confirma una mayor religiosidad (tanto en el nivel de las prácticas como de las creencias) en los mayores en comparación a los jóvenes (con los adultos no habría tantas diferencias). Según la Encuesta CIRES (1993), destaca la frecuencia con que se realizan actividades como rezar (32% de los mayores) o asistir a la iglesia (30%). Las actitudes y prácticas religiosas de los mayores, sobre todo de las mujeres, son muy distintas de las de otros grupos de edad. Vemos como sólo el 4% (Del Campo y Navarro, 1981:29) se declaraban no creyentes o indiferentes. Este dato probablemente ha cambiado en la actualidad, pero debemos tener presente que el proceso de secularización afecta menos a los mayores a los que ha llegado un poco “tarde”. De todas maneras, con esto que estamos diciendo no puede quedar la impresión de que todos los mayores realizan este tipo de actividades, y además los que las realizan suelen limitarse a una “acción pasiva”, de asistencia a actos como espectador. Sin embargo, si el nivel asociativo de los mayores es bajo, podemos decir que a título parroquial o de carácter religioso está bastante presente y no es tan ínfimo como en otro ámbito (p.e. político). De todas maneras habría que hacer estudios más profundos para contrastar y conocer los pocos datos existentes, muchas veces fundamentados en estereotipos, sobre la participación religiosa de los mayores en relación a la población general.

Releyendo las transcripciones que hasta el momento hemos plasmado, habremos observado como muchas expresiones que utilizan los mayores están teñidas de este carácter religioso. Esto puede ser debido tanto al arraigo de sus creencias religiosas como al sentido cultural y social -no religioso- que han adquirido estas expresiones en el lenguaje no sólo de los mayores, sino en la población general. Algunas veces no son más que meras expresiones ancladas en el habla cotidiana, pero otras esconden tras de sí determinadas creencias religiosas. Podemos destacar las referencias religiosas, concretamente aclamando a Dios y/o Virgen, cuando hablan de su futuro, de la muerte, o se refieren a alguna experiencia especial (positiva o problemática) actual o futura. Esto son sólo algunos ejemplos, pero sus discursos -sobre todo los femeninos-, están plagados de este tipo de frases y expresiones:

“...muchas veces que estoy disgustada y digo “Cristo Bendito, qué pena ser tan sola”...” (EM17:7)

“...examen y aprobó, sacó el segundo y ahí está trabajando ¡Un milagro de Dios!” (GD2:6)

“- ... Bendito sea Dios (...), ¡madre mía!, ni... ni agarrados del brazo, ¡eh!” (GD2:20 y ver GD2:31)

“...hemos de dar gracias a Dios de que todo lo que queremos, lo tenemos.” (GD9:3 y 9 ó 13)

“...y gracias a Dios he colocado dos hijos, hoy los tengo casados, estoy con mi mujer...” (GD3:3 y anexo)

De entrada, hemos de decir que acudir a misa (y otros actos de culto comunitario) también ha sido una de las actividades que ha ocupado (y sigue ocupando) el tiempo de los mayores (sobre todo de las mujeres) con mayor asistencia en los días festivos del calendario litúrgico de la religión católica a la que casi todos pertenecen (ver 9.1.). La mayoría de la gente de edad declaran (según datos de distintos estudios) haber sido y seguir siendo “católicos practicantes”, aunque si bien podríamos establecer distintos grado de “prácticas”. Sin duda, las mujeres muestran una mayor “religiosidad práctica” en este sentido³⁷. Es el grupo poblacional donde se encuentran la mayor parte de los practicantes en la actualidad, aunque no todas lo sean y para cada una tenga un sentido.

La misa dominical u otras ceremonias religiosas (procesiones, rezos, entierros, bodas...) han marcado el ritmo de las fiestas, y también de los días laborales del pasado de los mayores. Las campanadas de la parroquia -sobre todo en las zonas rurales-, anunciando el inicio de cualquier celebración comunitaria (campanadas de muerte, p.e. comunicando el entierro de un vecino), representan (aún hoy) muchas de las actividades que los mayores realizaban (y realizan) en comunidad.

“...el fin de semana te centra un poco el que eres de costumbres, más o menos, religiosas y entonces, el hecho de ir a misa ya te centra las actividades que realizas el domingo.” (EM3:8)

“H.- Yo, para mí, es igual lunes, martes que domingo, que sábado (H.- El sábado a misa), el sábado a misa que dice este hombre y después ya pues con la familia y les invitas...” (GD7:9)

Empero, algunas de estas prácticas religiosas están adquiriendo más bien un carácter folklórico-cultural, coherentemente con el proceso de secularización apuntado al principio. Detengámonos por un momento a pensar hasta qué punto la Semana Santa, las fiestas patronales, las celebraciones de los sacramentos (...) han perdido el carácter más religioso que las fundamenta y están adquiriendo otro carácter (a veces superpuesto, más que sustitutorio) más secular y eminentemente sociológico. Por ejemplo, para muchos mayores, sobre todo mujeres, estas actividades (misa, novenas, rezos, etc.) es un hábito, una costumbre que da sentido y organización temporal a sus vidas. Para otras, es una forma “digna, bien vista y considerada” de relacionarse con otras personas, e incluso, de huir y salir de su domesticidad. Otras, sin embargo, le otorgan un carácter más trascendental a este tipo de actividades. La mayor parte, pensamos, mantienen una superposición de significados al unísono.

“...rezando el rosario por la tarde, a lo mejor rezo 3 ó 4 ¡sí!, si no me gusta eso...” (GD9:3)

“- (...) un café, un pastelito, y después nos vamos a misa...” (GD9:4 y ver 17)

“M.- Yo también a esas, ¡de esas somos todos!, la Virgen, el Cristo y la Aurora.

M.- Y al Corazón de Jesús.

M.- Y a la Virgen aún pago lo de mi marido... y al Cristo. Las mujeres a la Virgen y los hombres al Cristo.

M.- A ver si nos regalan algún otro santo que no tenemos...” (GD7:9-10)

“...ahora me han buscado para lo del IV Centenario de las Reliquias de Sant Hipólito, es decir, quien me busca me pillá.

(...)- Yo también a los Jubilados y también a un grupo de matrimonios de la parroquia.

(...)- Todos yo creo que también pertenecemos a las asociaciones de San Hipólito y de la Virgen ¿no? (GD10:20 y véase GD9:6, p.e.)

³⁷ Véase E. Agulló (1994), E. Agulló y M.S. Agulló (1996), que aunque no realizan un análisis específico sobre la gente mayor, sí se confirma (en relación a otros estudios) una mayor religiosidad en las mujeres de todas las edades. Según el CIRES (1992) las actividades religiosas son doblemente frecuentes, teniendo en cuenta la religiosidad de la población general, en las mujeres que en los varones. La “feminización” de la religiosidad en todas la edades es confirmada por varios estudios (Riley y Foner, 1968; Bazo, 1990, Agulló, 1994, entre otros).

Observamos como la participación en asociaciones religiosas o folklóricas es más característica de los medios rurales e intermedios (o en barrios urbanos, en Getafe, p.e.) que en las grandes ciudades. Muchos son los que “pertenecen”, pero sólo “pertenecen”, aunque ello no implica que participen activamente. En cualquier caso, en los asentamientos medios parece que se observa mayor vida comunitaria (extrafamiliar) que en grandes urbes donde está más cimentada la soledad y el individualismo.

c) Otras organizaciones y asociaciones

Muchos mayores son los que asisten a las actividades ya organizadas por este tipo de asociaciones. Pero, en general, son los de menor nivel socio-económico los que más aprecio muestran hacia las mismas. En coherencia con el apartado en el que hemos tratado los “Hogares y Clubes de mayores” los jubilados de estatus superior, y sobre todo los de grandes ciudades (p.e. participantes del GD5) son los que más rechazo manifiestan hacia este tipo de iniciativas comunitarias.

Recordemos que la Política, en mayúsculas, también es un área de actuación y expresión necesaria en las personas que quieren ser partícipes de los asuntos sociales, comunitarios, públicos, que van más allá de los intereses personales. A pesar del individualismo como valor y actitud generalizada, el sentimiento de ciudadanía y la participación socio-política (participación y actitudes cívicas) tiene un significado relevante en las personas, incluido, claro está, los mayores. En este ámbito *político*, observamos en los estudios consultados, que la participación de los mayores sigue siendo, al igual que ocurre en otros grupos de edad, muy minoritaria. Pero este bajo nivel de participación se puede contemplar desde dos puntos de vista: la baja participación de los mayores es coincidente con las bajas cotas de participación de la población general; y este bajo nivel de prácticas no sólo se limita al ámbito político, sino que el bajo asociacionismo es similar en otras áreas (recordemos que sólo el 12,4% de los mayores pertenece a alguna asociación, y sólo el 2% participa activamente en ellas. INSERSO, 1996) .

Esta participación incluye distintas actividades: voto, apoyo a los partidos, pertenencia-a filiación a los mismos, asistencias a asambleas-reuniones, etc. Entrando en detalle, hemos de decir, que tan sólo un 2% de los mayores declaran asistir con frecuencia a reuniones de algún partido político (Bazo, 1990:110). Por tanto, la abstención y apoliticismo es la nota predominante en los mayores (Del Campo y Navarro, 1981:29-30), siendo un 38% el que declara no saber o no contestar a las preguntas sobre “participación política”, y un 20% se declaran apolíticos o se abstendrían. La tendencia del voto aparece con un claro sesgo conservador respecto a las inclinaciones del resto de la población; pero se trata de un tamiz conservador carente de extremismo. Según análisis de Bazo (1990:141), los estudios no confirman tal imagen sesgada de conservadores (Genn y Hefner, 1972) sino que los mayores más bien tienden a adoptar posiciones de centro (Justel, 1983:231). Muchas veces las diferencias se establecen en cuanto a la edad, cuando en realidad se debe más bien a variables como el nivel educativo y la ocupación que pueden hacernos entender de forma más clara la inclinación política que no la edad.

El que sean más activos, más reivindicativos (en este grupo) depende también de su **pasado, ideología y nivel de conciencia social pasada y actual** respecto a los mayores “como grupo”. Esta idea de “colectivo de mayores” o de “identidad generacional” no parece ser aceptada por los mayores que prefieren identificarse con otras cuestiones antes que con “otros mayores”. Este tipo de puntos apenas sale en los discursos registrados para este caso. De cualquier manera, es en los discursos masculinos donde encontramos más alusiones a temas o preocupaciones políticas, que suelen ser aquellos que ya anteriormente estaban preocupados y

concienciados por estas cuestiones. En las voces femeninas no encontramos (sirviéndonos, de nuevo, de la informática) siquiera la palabra “política”.

“...los que hemos vivido una vida muy intensa, sobre todo en la política y en la cuestión social y eso, pues oye nos gusta... por lo menos a mí me gusta pues recordar las cosas antiguas...” (GD5:6)

“- ...y la política de ahora no es la política de hace treinta años (- No, no, no.) que antes no se podía hablar de política y ahora super hablamos de política...” (GD5:10)

“H.- (...) otras veces me voy a reuniones de cosas, de acontecimientos políticos, por ejemplo el domingo estuvimos aquí en la Plaza Mayor, a reivindicar las 35 horas (...) de cosas de politiquilla, cosillas de ... ¡vamos! a mis años ya no puedo, antes luché también un poquillo cuando empezamos con las cuarenta y cuatro horas, cuando al célebre Camacho...” (GD3:13 y ver GD3:6 y 11, 9.7.3.1. o anexo)

Pero en general, parece que hay una reticencia a hablar de política, y si surge también encontramos una crítica hacia la política en general, como si de algo peligroso se tratara. Quizás debido a los vaivenes político-sociales, sobre todo a la represión política y la inexistencia de la democracia que han soportado, se muestran un tanto escépticos ante la misma y ante cualquier tipo de participación que adquiere una representación negativa para algunos de ellos. El hecho de que cuando preguntábamos, para rellenar la ficha individual si pertenecían a algunas asociación y contestaran, a veces con rotundidad-enojo, “no, no, yo soy independiente... no me ha gustado la política” da idea del rechazo generalizado a estar afiliado a algún partido, sindicato o asociación (exceptuando los más implicados, ya referenciados en el apartado 9.3.2.3.). Este escepticismo-hostilidad puede entenderse, quizás porque late el temor pasado de lo que suponía definirse e identificarse con alguna ideología en concreto. O quizás no quieren “estar atados” a nada porque ya se han visto demasiado “obligados” en sus trabajos de los que no han podido huir ni en las peores condiciones. Quizás se superponen estos discursos en uno u otro sentido.

“J.- Así me gustaría pasar muchos ratos a mí, mucho mejor que hablar de cosas de política, y de fútbol y de todo eso, no sé de ideologías y, para mí, esto es lo más grande que hay.” (GD6:11)

“(...) Pero siempre habrá alguna persona que será más follonera, que le gusta meterse digamos en política, le gusta meterse con... pero ves la tele y dices...” (GD10:9)

En cuanto al **ocio y viajes organizados** para mayores son bastante denostados por los mayores de capas sociales más altas. Sin embargo, son alabados por las mujeres, de estatus medio y bajo, y también por los jubilados de las zonas rurales y de menor estatus. Estas actividades se perciben como una oportunidad de salir y “conocer mundo” de forma económica: de otro modo no podrían con las bajas pensiones que tienen todas ellas (y los menor estatus). Son apreciados por la generalidad de mayores de estratos medios que disfrutan (muchos por primera vez) del placer de viajar y conocer otros lugares diferentes a su tierra natal. Por todo ello muestran un discurso muy positivo y satisfactorio en relación a las actividades de ocio programadas bien desde el IMSERSO, desde el Hogar o Centro de mayores o desde cualquier otro organismo o asociación.

“...en lugar de pedir sólo ir a bailar a Benidorm. Tú vete a bailar donde te dé la gana y, te repito, y con jóvenes, hombre, y con viejos y con medianos. No te clasifiques, ¿eh?, eso es terrible... (...) Ahora, cuidado los que tengan poco espíritu; ha ido muy bien, ha ido muy bien el IMSERSO, porque si tienes poco espíritu, pues hombre, aunque sea “borreguilmente”, con sólo viejecitos, te están espabilando. Por eso te digo que todo lo que te diga tiene una parte positiva y una parte negativa. Yo hablo desde mí, como todo el mundo, y entonces yo, para mí, eso me clasifica entre los viejecitos y no me gusta. No porque no lo sea, sino porque no me gustan las etiquetas...” (EM3:15 y ver EM12:10: “...Demasiados viajes, yo creo que ahí, es cierto que también se gastan dinero (...) lo hacen los políticos porque eso es un voto a favor...”)

“- Yo a la Filá, a los Jubilados, casi todos los años voy al viaje este que se hace 8 días a Benidorm, he ido 3 ó 4 años, y a Mallorca también he ido con ello...

- También a los Jubilados, este año se van dos autobuses a Benidorm.

(...)- Yo estuve en febrero en Mallorca...” (GD10:20)

“- Hemos estado en Gijón (...)Y otro día... otro año fuimos a Lisboa (...) y pagamos cinco mil y pico también...” (GD2:15-16 y ver GD7:11, EM20, p.e.)

Alaban los viajes organizados por asociaciones (p.e. UDP), pero critican, por ejemplo, los viajes de un solo día que suelen ser para “venderles” algo; están hartos de que les timen y se les tome como “ignorantes”. Según estudios sobre consumo (OCU, 1998), los mayores son la población más timada con productos que supuestamente ofrecen mayor calidad de vida (ver p.e. GD7:20).

Si bien hemos dicho que las mujeres son las que menos “salen del hogar” para acudir a estas asociaciones, hemos de decir que son una minoría en auge y respecto a sus antepasadas su nivel de participación social (aunque sea como “receptoras” aún) es el más elevado de la historia de la mujer mayor. Recordemos que tradicionalmente han estado condenadas -aún más que hoy- al espacio y actividades domésticos. El espacio doméstico (con las tareas que implica) era equiparado al espacio privado. Estas mujeres no han tenido privacidad porque lo doméstico, paradójicamente “privaba” de individualidad, libertad y privacidad individual, que no fuera orientada y/o entregada a los demás. Este pistoletazo de salida de las mujeres más mayores del hogar ha sido posibilitado en parte por el florecimiento de determinadas asociaciones como por ejemplo las organizaciones de “Amas de casa” y viudas. Son espacios que las mujeres han encontrado abiertos para una nueva posibilidad de participación extradoméstica, con oportunidad de aprender, de viajar, de relacionarse más allá del umbral de la puerta del hogar (véase GD7:9 ó GD2:10, ya mencionados).

Resumiendo, podemos decir que encontramos dos tipos de participación en las mujeres: a) hacia la familia y en el espacio doméstico (la mayoría) y b) en asociaciones (minoría). Pero hemos de añadir, que cuando las mujeres participan en algo parecen más implicadas, o al menos así lo reflejan en sus discursos: mayor entrega, primeras responsables de los problemas familiares, voluntarias, etc. En general las mujeres participan menos que los hombres, pero su contribución -aunque invisible- cuando se presta parece más intensa e implicada que la de ellos. Son las “cuidadoras de la sociedad”, acostumbradas a dar (servicios, cuidados, su tiempo) sin esperar nada a cambio. Las amas de casa (mayores y jóvenes) han sido (y son) un ejemplo de solidaridad, de entrega a los demás, a costa de los pocos beneficios personales (excepto la satisfacción de “dar y darse” que es lo que las ha mantenido en sus roles tradicionales) para las mismas.

En conclusión de este epígrafe 9.5.3.4., una observación general que se puede realizar es la tremenda dispersión de asociaciones que, en definitiva, están defendiendo intereses afines. Por tanto, una mayor organización, coordinación y comunicación entre todas ellas favorecería una identidad y presencia social adecuadas para ir manteniendo sus derechos o luchar por adquirir otros nuevos que no les aparten de la vida social después de la jubilación. Según un informe del Consejo de Europa (1984), el problema era que las asociaciones estaban manipuladas por los partidos políticos o sindicatos. Sin embargo, actualmente parece que las asociaciones de mayores están cobrando mayor independencia y autonomía, pero esto se da, sobre todo, en algunos países pioneros de este tipo de asociacionismo (Estados Unidos, p.e.) pero no en otros países -como el nuestro- cuya participación social de mayores todavía se está gestando a nivel asociativo.

Otro punto a destacar es que no se trata de fomentar asociaciones especializadas exclusivamente en las defensas de los derechos e intereses de los mayores, lo cual podía conllevar un peligroso *gerontocentrismo* (al igual que pasa con el actual *juvenilismo* muy característico en nuestras sociedades) sino de enfocarlas hacia la participación socio-política y hacia la solución de problemas sociales actuales desde la solidaridad y hacia la cooperación intergeneracional. Resulta imprescindible que los mayores de mejores condiciones representen y

defiendan a los que estén en peores situaciones, que la gente mayor aprenda a defender sus derechos, a formar coaliciones serias, a organizarse de forma autónoma sin depender de orientaciones políticas, etc. Tal como señala Ruiz-Giménez *"no son suficientes las 'Declaraciones de derechos' y los Pactos o Convenios internacionales, jurídicamente vinculantes desde luego, laudables y necesarios, sino que urge impulsar, por arriba, la creación de órganos de vigilancia y, en su caso, de sanción (entre ellos un Tribunal Penal Internacional, que enjuicie y castigue los crímenes y delitos más graves contra la infancia y la ancianidad); y por abajo, en cada nación, una red de promotores de justicia y solidaridad"*, y en esa línea están situadas las ONG's y asociaciones, lo cual es una posibilidad, según defiende el autor más adelante, que torna imprescindible el hecho de que *"los Gobiernos faciliten el funcionamiento de esas organizaciones..."* (SECOT, 1995:179).

Recordemos que este estudio pretende poner en entredicho las tesis que siguen defendiendo el envejecimiento y jubilación como una etapa teñida únicamente de declive, deterioro y decadencia inminentes. Pensamos que -sin olvidar las necesidades de la gente más dependiente-, los mayores con su tiempo libre y liberado por delante también pueden constituir, y constituyen de hecho, un papel activo y digno de ser (re)valorizado por la sociedad. Un mejor conocimiento y aprovechamiento de las actividades de los mayores es, en última instancia, en beneficio de una mayor calidad de vida. En definitiva, las contribuciones de estas asociaciones y de los mayores en general pueden ayudar a que el nuevo siglo vea una mejor calidad de vida no sólo para los mayores sino para toda la sociedad.

Siguiendo la idea que encabezaba este capítulo, podemos decir que la actividad y la interacción social se vuelven dos elementos imprescindibles para afrontar la cara negativa de la jubilación y vejez más problemáticas. En resumen, la relevancia de la actividad e interacción no *versus*, sino *en/para* la jubilación y vejez. Y a modo de compilación de este capítulo 9 ha quedado clara la centralidad y relevancia de la actividad, de un tipo u otro, para tener unos discursos más positivos sobre la jubilación y en última instancia, pensamos, para una mejor percepción y vivencia de la misma. **A ello se une la diversidad significacional de las actividades de los mayores.**

"...lo que creo es que el trabajo va unido con la persona...(.) tenemos que tener una dedicación" (GD5:8)

"...pasamos de los sesenta y cinco años, conviene tener alguna actividad, poquísima, ¡hombre!, que es, por ejemplo como aquí la compañera, o aquella, que le gusta esa actividad pues yo, yo las admiro... (.) tiene una compensación como que estás haciendo bien y hay gente pues que no se preocupa de eso y yo creo que se aburren mucho más que nosotros, porque nosotros tenemos todo el día ocupado (...)"

H.- La actividad en nuestra edad es lo principal...

M.- Te sientes útil y eso es muy bueno.

H.- La actividad en nuestra edad es lo principal. Cuando ya no se tiene actividades una persona ya... ya va más para lo que... un, un vegetal, que te echan, como un tiesto, que le echan agua y a subsistir, le echan agua y ¡nada!, echa flor y... punto, no hay más.." (GD3:18-19)

(...) M.- (...), que tienen que tener una ocupación, porque se previene hasta incluso la senectud y si se está en casa como un muerto..." (GD3:40 ó ver GD9:2)

Las razones de la importancia de la actividad que los mayores transmiten se asientan sobre varios aspectos, **ejes interpretativos o significados:**

1.- ACTIVIDAD COMO NECESIDAD, como "necesidad biológica". Son actividades indicadoras de un mínimo vital, actividades necesarias de automantenimiento (no eran objeto de nuestro estudio).

2.- TIEMPO. La actividad como forma de pasar "tiempo": Ocupación del mayor tiempo libre, pasatiempo, pasar el rato. Generalmente implica un ocio pasivo (apartado 9.4.2.)

3.- ESPACIO. La actividad como forma de ocupar un “espacio”: ocupar un nuevo “espacio” distinto al hogar (9.4.2.2., 9.5., varones), salir de casa, no pensar sólo en problemas personales y familiares (9.5.); o bien seguir en el ámbito doméstico (9.3.2., mujeres).

4.- MEDIO PARA. La actividad como “herramienta”, como medio para alcanzar algo, generalmente material. Este carácter más instrumental de la actividad se encuentra en el apartado 9.3.1. (actividades remuneradas) o en sus trabajos pasados.

5.- INTERACCION. La actividad como forma de estar conectado con “los otros”, con la sociedad, de mantener las relaciones familiares y sociales (apartado 9.5.)

6.- UTILIDAD SOCIAL. La actividad como forma de “sentirse útil”: Sentimiento de utilidad y de aportar algo a la sociedad (apartado 9.3.2. y 9.5.)

7.- AUTORREALIZACION y PROYECCIÓN. La actividad como forma de sentirse y mantener independencia, autonomía, autoestima, identidad. Actividad como “proyección personal” para alcanzar mayor bienestar físico y psicosociológico (apartado 9.3. y 9.5.)

- La actividad como FIN O ESENCIA VITAL es un significado general que destacan los mayores. Se trata de realizar la actividad en sí misma “por realizarla”, por motivos más expresivos, pero no como *medio para* conseguir algo inmediato y material.

- NO VEJEZ. La actividad, y esto resumiría todo lo anterior, como hito y símbolo de “no envejecimiento”, de calidad de vida, de retraso y prevención de la cara más negativa (pasividad, inutilidad, dependencia) de la vejez (presente a lo largo de todo el estudio).

Observamos como uno u otro significado de la actividad enunciados se transmiten en los discursos de los mayores. Todos estos significados se resumen en el temor a quedar pasivos porque la pasividad es equivalente a vejez. El estar activos es indicador de retraso de la vejez más dependiente y decrepita; es sinónimo de calidad de vida y lejanía de la muerte (véase capítulo 10).

Sus propios discursos son concluyentes y suficientemente explicativos (aunque no todos lo tienen tan claro como estamos viendo y prefieren y quieren que se les respete una relativa pasividad...). Recordemos que para unos “estar activos” es simplemente pasear, salir a la calle; para otros es “algo más”... Pero en general, como venimos comprobando, el “sentirse activos” (incluso en la misma pasividad, vista desde fuera) es igual a autonomía, a no vejez. Pasividad igual a dependencia y ésta igual a vejez. Incluso, ellos discuten sobre los distintos tipos de actividades, cuáles son más adecuados: algunos defienden actividades “más pasivas” (la mayoría, piden respeto), otros las más activas y culturales...

Otra conclusión que podemos avanzar es que la pasividad no tiene relación directa con los 65 años. Como comprobamos en nuestro estudio, **la pasividad y edad no siempre van relacionadas, pero sí la dependencia y la pasividad.** Como en este estudio los mayores analizados tienen un nivel de independencia elevado aún se puede rechazar más fácilmente la dudosa articulación mayores-pasividad. Los mayores “más mayores” y más dependientes son los que hacen generalizar esta idea de pasividad a todos los mayores.

El ocio predominante es el pasivo, pero éste ¿se ha elegido libremente o no? Aquí está la llave: lo importante es si se ha elegido libremente; entonces cualquier ocio (pasivo, activo, hogar) resultará beneficioso para el mayor. Por tanto, la clave de análisis está en tener presente que **importante es lo que tiene sentido para uno mismo.** Observamos como dentro de un mismo estatus o de un mismo género se encuentran significados y tipos de actividades dispares. En definitiva, podemos decir que sobre ello incide si se ha sido más o menos activo, si el entorno espacial y relacional es propicio para ser más activo, de las obligaciones familiares, de las expectativas y motivaciones, etc.

Cualquiera que sea el significado que se otorgue la actividad ayuda a una mejor adaptación a esta etapa, a que la jubilación y vejez sean una continuación de la “vida activa” anterior, que sea un trance menos abrupto. Si las razones por las que sigue uno activo tienen un carácter más psico-social (utilidad social, relaciones, p.e.) que personal parece que los discursos

son más positivos que los que solo están activos por “pasar el tiempo o por salir de casa”. En fin, precisamente los que están más activos le dan más importancia a las actividades más participativas (pero esto no es la generalidad de los mayores) pero en los más pasivos ocurre similar situación: algunos están satisfechos con lo que hacen (satisfacción con la pasividad) pero otros se lamentan, se aburren, no otorgan importancia a lo que hacen ahora.

H.- (...) me creo que si me quedara en casa, yo ya no estaría aquí...

H.- Sí, sí te creo.

(...)H.- Eso es meterte en una jaula, tú te quedas, una persona que es activa, te quedas metido en casa y es meterte en una jaula, empiezas a pensarlo a pensarlo y a pensarlo y como dicen por la parte de Galicia, “hincas el pico” (...)

(...)H.-...estando en las actividades esas no tienes más pensamiento que lo que vas a hacer por ahí, cuando estás por ahí, entonces yo, parece ser que hasta hace rejuvenecer (...).

H.- A mí me da mucha vitalidad, porque yo ahora últimamente (...) ¡como no tenga una actividad, no estoy a gusto! Y cuando no tengo actividad, pues me da por andar, cuando no tengo actividad pum, pum, pum, me cojo aquí en Urgel y me voy a la Puente de los Franceses andando” (GD3:23-24)

Escuchemos como concluyen los propios mayores sobre la importancia de la actividad:

“H.- ¡Actividad, actividad y actividad para la tercera edad y se acabó!. (...)

M.- Mentalizarse en que tienen que hacer una actividad.

H.- EI que no tenga una actividad no tiene vida.” (GD3:42)

Por tanto, predomina en los mayores de nuestro estudio la centralidad e importancia que otorgan a la actividad (en coherencia con la centralidad del trabajo anterior) remunerada o no remunerada, sea activa o pasiva, individual o colectiva. Este discurso es común. Aunque ellos no todos hablen de la importancia de la actividad directamente, lo que hacen, cuándo, cómo lo hacen, porqué y con quién, ocupa buena parte de sus discursos e indica esta relevancia. Podemos decir que las actitudes hacia la jubilación que ya hemos comentado (véase capítulo 8) nos abren una luz para entender las actitudes que ahora tienen los mayores hacia la actividad. Es decir, muchos defienden las actividades más pasivas en coherencia con un discurso hacia la jubilación como “descanso, pasar el tiempo” (jubilados de estatus medio y bajo). Otros, los que otorgaban más importancia al trabajo y no querían jubilarse tienen unos discursos más positivos si las actividades son más participativas e implicadas socialmente (una minoría). Sin embargo, la mayoría acepta la actividad -sea cual sea- desde el momento en que es “elegida” (los que perciben la jubilación como “libertad” y liberación de obligaciones, posibilidad de elegir).

Los mayores tienen unos discursos positivos hacia las actividades si pueden realizarlas libremente, cuando quieren y como quieren, sin obligaciones. Podemos decir que esta concepción de actividad como una opción libremente elegida se encuentra en los discursos de los jubilados más que en las mujeres, que siguen estando “obligadas” a la realización de las tareas domésticas y cuidados a otras personas aún en su tiempo libre. Pero todos, en eso sí coinciden, están de acuerdo en apreciar la libre elección de actividades...

“...jubilado, tampoco es negativo, porque sigo haciendo cosas, sólo que las que me gustan” (EM3:4)

“...Hay días que a lo mejor no tengo apenas nada que hacer en todo el día y hay días que no paro en la casa, o sea que... Además, no está previsto ni programado, ni presupuestado. Precisamente...() es que no me gustaba comprometerme para dentro de 3 días, o sea, yo procuro eludir toda clase de compromisos, y vivir con toda la autonomía y con toda la independencia que me es posible... (...) quiero vivir al día.” (EM1:3)

“...me vengo y en paz (...) es mi rutina. Unos días hago una cosa, otros días me entretengo cortando una higuera, he cortado un olivo, pero yo me entretengo. Y ya digo, yo no me canso, yo cuando me parece miro el reloj, cojo el coche y para casa...” (EM10:3 y ver GD4:9, EM1314:7, EM3:4, entre otros)

En definitiva, los mayores aprecian la libertad en la elección de las actividades. Valorarán aquellas actividades que les permitan “huir” de esa obligatoriedad que ha caracterizado sus pasados laborales. La necesidad de liberación (véase capítulo 7 y 8) y de descanso puede confundirse, a menudo, con la pasividad general atribuida a todos los mayores, sin tener en cuenta que lo que magnifican es el tiempo libre y “liberado” pero “libremente” elegido. En definitiva, las actividades en estas edades vienen caracterizadas por la diversificación y por su complejo sistema significacional, cuyo desmenuzamiento ha sido la cuestión central del capítulo que aquí acaba.

ABRIR CAPÍTULO 10 PARTE III

